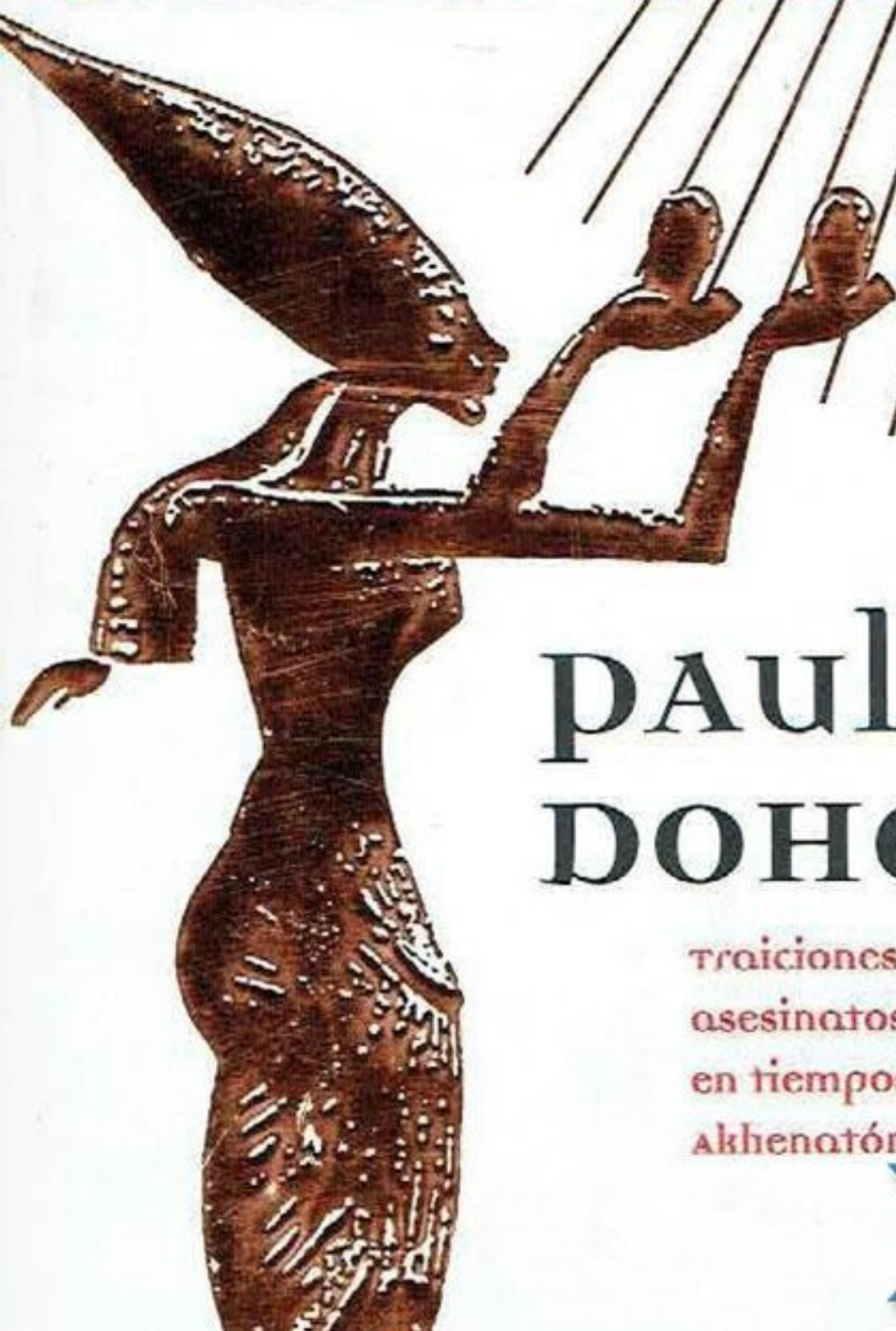


ESPIRITU DIABÓLICO



PAUL
DOHERTY

traiciones y
asesinatos
en tiempos de
Akhenatón

Lectulandia

El cortesano Mahu rememora en su vejez toda una existencia vivida a la sombra de Akhenatón, el hijo maldito del faraón Amenhotep, que, contra todo pronóstico estará destinado a ocupar el trono de Egipto y llevar las riendas de un imperio carcomido por las intrigas políticas.

Mahu se convierte en el *alter ego* del joven soberano, en su protector y confidente. Le apoyará incluso cuando Akhenatón declare que no hay más dios que Atón, y que él es el propio hijo de la divinidad, originando así un cisma sin precedentes en la historia de Egipto. La revolución y el caos se adueñan de su reino, mientras que en la atribulada corte se suceden las traiciones y asesinatos.

Y en medio del torbellino que está minando los pilares del poderoso imperio, el faraón hereje desaparece misteriosamente...

Lectulandia

Paul Doherty

Espíritu diabólico

Trilogía de Akhenatón - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.03.2019

Título original: *Título*
Paul Doherty, 2003
Traducción: Julio A. Sierra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Para Madge Duncan-Sutherland con mi agradecimiento
por toda su ayuda y apoyo

Personajes principales

FARAONES

Faraones guerreros de la XVIII Dinastía (1550-1323 a. C.) que fundaron el gran imperio del Antiguo Egipto:

SEQENENRE

AMOSIS

TUTMOSIS III

HATSEPSUT

LA CASA REAL (de AMENHOTEP III)

AMENHOTEP III, el Magnífico: faraón de Egipto durante casi treinta y nueve años. En ese tiempo el País de las Dos Tierras llegó a lo más alto de su poder

TIYE: Gran reina y Gran Esposa de Amenhotep III. Había nacido en Egipto, era hija de Thuya y Yuya, de la ciudad de *Akhmin*

TUTMOSIS: Príncipe, presunto heredero de Amenhotep III

AMENHOTEP, el Velado (también el Gran Hereje y el Grotesco): Príncipe, pasó a la historia como Akhenatón, hijo menor de Amenhotep y Tiye

SITAMÓN: hija de Amenhotep III y la reina Tiye

NIÑOS DE LA KAP (Casa de la Enseñanza)

HOREMHEB: general

RAMSÉS: gran amigo de Horemheb

HUY: principal cortesano, embajador durante este periodo

MAYA: tesorero durante este periodo

MERYRE: principal sacerdote de la época

PENTJU: médico real

LA CASA REAL (de AKHENATÓN)

AKHENATÓN (Amenhotep IV): Faraón

NEFERTITI: Gran Reina y Gran Esposa de Akhenatón, hija de Ay

Hijos de Akhenatón:

MEKETATÓN

MERITATÓN

ANKHESPAATÓNENATÓN (ANKHESENAMÓN)

TUTANKHATÓN (TUTANKAMÓN)

KHIYA: princesa de Mitanni, una de las «jóvenes» esposas de Akhenatón

EL GRUPO DE AKHMIN

AY: primer ministro de Akhenatón, padre de Nefertiti, hermano de la reina Tiye

MUTNODJMET: hija menor de Ay

NAKHTIMIN (NAKHTMIN o MINNAKHT): hermanastro de Ay

OTROS FUNCIONARIOS

HOTEP (AMEN-HOTEP): primer ministro, amigo íntimo y principal arquitecto de Amenhotep III

RAHIMERE: alcalde de Tebas

BEK y UTI: artistas y escultores reales

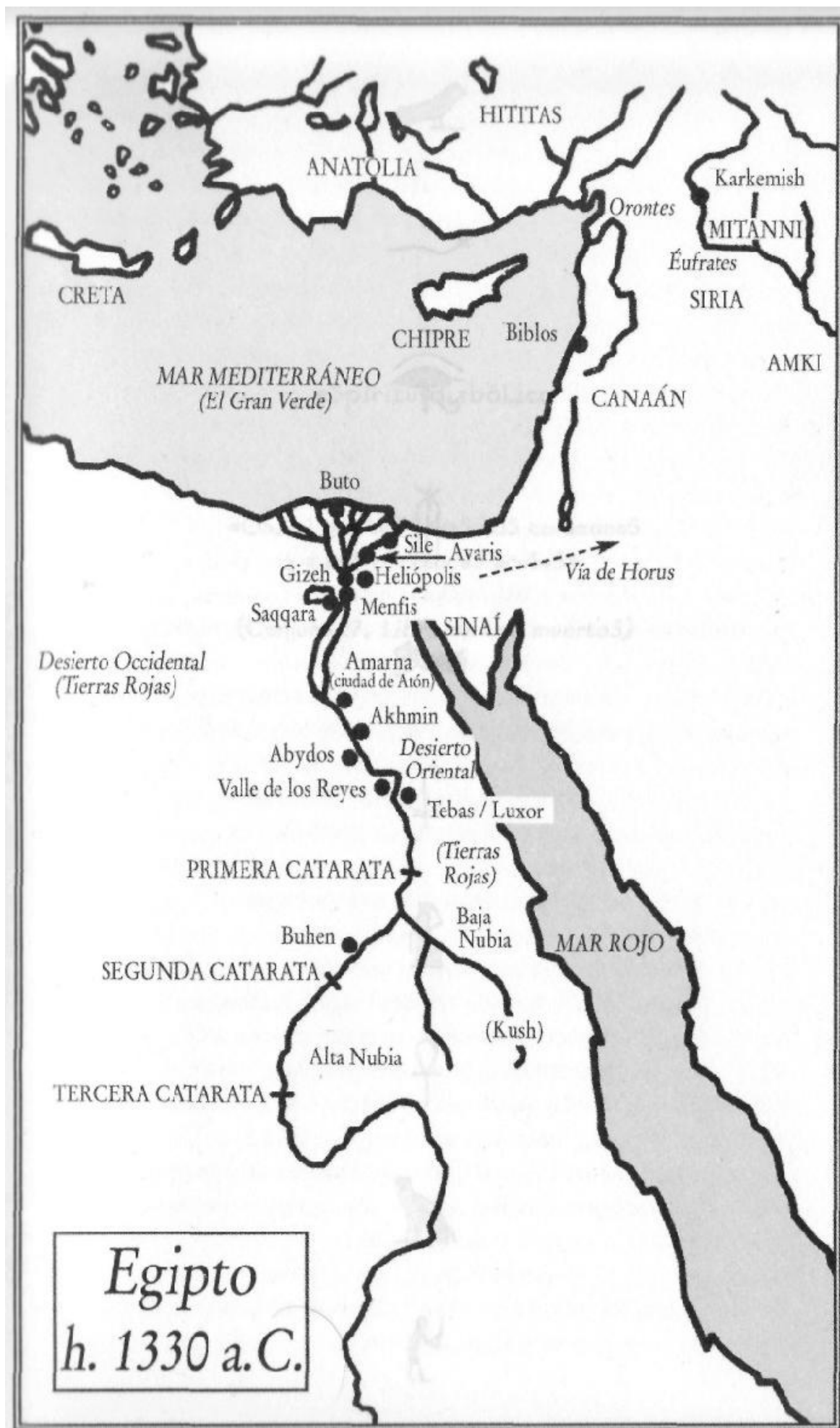
TUTU: chambelán

Introducción

La XVIII Dinastía (1550-1323 a. C.) marcó un momento de gran esplendor, quizá el máximo, del Antiguo Imperio Egipcio, tanto en el interior como en el exterior del país. Fue un periodo de grandeza, de espléndida magnificencia y triunfante imperialismo. También fue un tiempo de grandes cambios y acontecimientos violentos, particularmente en los últimos años del reinado de Amenhotep III y el breve paso por el poder del «Gran Hereje» Akhenatón, cuando se desencadenó una lucha feroz entre ideologías religiosas en el mismo momento en que la creciente amenaza del imperio hitita comenzaba a planear sobre Egipto.

He tenido la gran fortuna de poder acceder a este antiguo documento que asegura ser, dicho en palabras actuales, «la confesión completa y franca» de un hombre que vivió en el ojo del huracán: Mahu, Jefe de Policía de Akhenatón y sus sucesores. Mahu aparece como un siniestro personaje a cargo de la seguridad, un trabajo que permitía encubrir, y de hecho así ocurría, una gran cantidad de pecados. Esta confesión parece coincidir totalmente con las pruebas que se han hallado en otras fuentes arqueológicas sobre Mahu, ya sea en los descubrimientos de El-Amarna, la ciudad de Atón, o las evidencias que ofrece su propia tumba, que nunca ocupó. Agudo observador de su tiempo, Mahu era un hombre cuya mano nunca, literalmente, estaba lejos de su espada (véase la *Nota histórica* en la página 355). Parece que Mahu escribió su confesión bastante tiempo después de los años turbulentos que marcaron el final de la XVIII Dinastía. Llevaba unos diarios de los que posteriormente realizó una transcripción, con toda seguridad durante el brevísimo reinado de Ramsés I (1307 a. C. aproximadamente). El documento original de Mahu fue traducido al demótico unos seiscientos años más tarde, durante el siglo VII a. C., y luego copiado otra vez en época romana en una mezcla de latín y griego. Su confesión, que he decidido publicar en una trilogía, refleja estos periodos diferentes de traducción y enmiendas. Por ejemplo, Tebas es la versión griega de «Waset», y algunos otros nombres propios, por no mencionar los jeroglíficos, han recibido interpretaciones diversas por parte de los diferentes traductores y copistas. Desgraciadamente, la confesión de Mahu no aclara ciertas cuestiones polémicas de este periodo. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo reinó con exactitud Amenhotep III? ¿Permitió que su hijo se convirtiera en corregente de pleno derecho mientras vivió? ¿Cuál fue la duración del reinado Akhenatón? De todas maneras, el relato de Mahu hace revivir la sangrienta lucha que destruyó Egipto hace casi 1500 años. Describe claramente las intrigas y conflictos, la ambición sin límites de hombres y mujeres que se enfrentaron en luchas a muerte por el sueño imperial.

Paul Doherty





Espíritu diabólico

*«Oh, tú que te llevas los corazones
y a los corazones acusas».*

(Conjuro 27, Libro de Los muertos).

Capítulo 1

He tragado su magia.

Llamo a sus espíritus.

*Mis pensamientos corren como carros tirados por caballos
preparados para la guerra, ardiendo por el fragor de la batalla.*

Siento el sabor de su sangre en mi boca.

*Veo a sus Kas llegar ante mí,
liberados del Mundo Inferior,
dispuestos a perseguirme.*

*Hablo de aquellos que se han ido,
tragados por la Noche Eterna,
tragados por el destructor,*

sus almas amontonadas como huesos en un caldero.

La oscuridad desgarrada por las estrellas se aleja.

*Un nombre regresa, recuerdos, imágenes,
y es como atravesar arenas movedizas,
o como tratar de ver a través de la cálida neblina del desierto.*

Estoy de pie y los veo venir

pero no puedo distinguir sus formas o sus rostros.

*Tantos nombres, tantas almas, tantos pensamientos,
tantos recuerdos,*

hace tanto, tanto tiempo.

Solamente tú, Ramsés, Señor de las Dos Tierras,

fuerte en tu brazo y en tu espíritu,

encarnación de Horus,

señor de las Coronas Gemelas,

guardián de la Diadema,

poderoso Faraón.

Tú debes saberlo, pues estuviste con nosotros,

en espíritu desde el principio.

Éste es mi himno para ti:

*«Los cielos están nublados,
sus luces oscurecidas.*

Los pilares del cielo tiemblan,

los huesos de los Dioses de la Tierra se quiebran.

La tierra se serena bajo tus pies.

Las criaturas del mundo

han visto a nuestro Faraón

*mostrando todo su poder.
El Rey es el Señor de la Sabiduría,
es el dueño de los cuellos de los hombres».*

Ah bien, ya está encendido el fuego. El fuego despeja la bruma que acumulan los años. Veamos entonces, ¿quién soy? Pues bien, soy Mahu, ex general de los grandes faraones y amigo de ellos, y ahora vivo solo en una pequeña mansión junto al Nilo, donde abundan las palmeras. Por encima de sus verdes ramas puedo distinguir, entre la neblina, los tenues espíritus de las montañas. Esas montañas conocen los secretos. Ellas guardan la verdad acerca de Aquél cuyo nombre no se puede pronunciar, y el resto. Oh sí, el resto.

He comenzado mi confesión el decimonoveno día de Akhit, la Estación de la Inundación, en la que las aguas del Nilo bajan crecidas y fértiles, dando vida a las Tierras Negras. La Estrella del Can está muy alta en el cielo oriental; ahora se ha ido, lo mismo que los blancos destellos del ibis. ¡Todo son recuerdos! Los escribas del faraón también han venido y se han ido, así como Ojos y Oídos del faraón. Con sus ojos de cobra y su nariz aguileña, me recuerda al general Ramsés, con sus finos labios siempre retorcidos en una sonrisa afectada, ¿o era una mueca? Incluso ahora el fantasma de Ramsés se alza entre las sombras con todos los demás, mirando con aquellos ojos demasiado juntos, siempre cambiantes.

Me han traído comida, plumas para escribir y tinteros, rollos de papiro, un cuchillo de asta y una piedra de frotar. También han encontrado los diarios que fui escribiendo con el paso de los años. Éstos me servirán para recuperar la memoria. Voy a escribir todo lo que ocurrió. Quieren mi confesión, así que el faraón la tendrá... cuando despeje las brumas del pasado para hacer revivir aquellos gloriosos días del Magnífico, de Amenhotep III, con su panza gorda y sus muslos recios brillando por el sudor perfumado. Amenhotep el Magnífico, Señor de las Dos Tierras, Portador de las Plumas Divinas, sentado plácidamente sobre un taburete, con su propia hija libidinosamente sobre sus rodillas, con sus largas piernas colgando, llevando en una de sus delicadas manos un loto azul que había florecido al mediodía y en la otra un látigo con puntas de plata. Junto a él está la reina Tiye, de rostro pequeño y fiero corazón, una reina cuyos sueños estaban dominados por su misterioso dios. ¡Ah, ahí viene Maya! Con su viejo cuerpo cubierto por vestiduras empapadas en perfume y la cara más pintada que cualquiera de las jóvenes que cantan en los templos. Al siempre sonriente Maya le gustaba vestirse con ropas femeninas, tenía el rostro tan suave como la luna llena y un corazón igualmente cambiante. Sus labios, rojos y gruesos, siempre estaban húmedos, como si hubiera estado chupando sangre. Aquella boca desdeñosa se encontraba siempre lista para cantar sus propias alabanzas: «Cuando comencé era muy bueno», decía la inscripción de su tumba, «pero cuando terminé era brillante».

Las sombras cambian, y me muestran a Pentju, el médico, tan astuto como peligroso. Detrás de él está Huy, la gloria del faraón, seguido por Horemheb, el gran guerrero, con su enorme cuerpo, su impasible rostro macizo y los ojos de una feroz pantera. ¿Y Ramsés? Bueno, Ramsés está siempre a la sombra de Horemheb. ¿Y los otros? Oh sí, ya aparecerán. Nefertiti, «la Bella ha llegado». Camina, como siempre lo hacía, con su magnífica cabeza inclinada hacia atrás y aquellos extraños ojos azules mirando atentamente por debajo de los gruesos párpados. La sigue su hija Ankhesenamón, de una hermosura igualmente inquietante y traicionera. Lleva su peluca perfumada sujeta por una cinta de oro; sus ojos azulados están rodeados de *kohl*^[1] negro; un collar de plata rodea su hermosa garganta y su falda, bordada con dientas trenzadas, golpea de manera provocativa contra la exquisita curva de sus muslos. Lleva puesta una sandalia dorada mientras sujeta sin esfuerzo la otra en su mano. Detrás de ella está Tutankhamón, cariñoso y apacible con sus inocentes ojos oscuros en el rostro de un niño sonriente. Dominándolos a todos ellos, como una nube sombría que cubre el cielo, se encuentra el Hereje. El Velado, cuyo nombre no puede ser pronunciado. Todos ellos acuden a Mahu, y ¿por dónde podría empezar Mahu sino por el principio mismo?

Nací saliendo inesperadamente como una semilla podrida del vientre de mi madre, de manera tan brusca y tan dura que ella murió al mes, o por lo menos eso es lo que dicen los relatos aceptados. Mi padre, Seostris, un portaestandarte de los guerreros nubios de Medjay, no estuvo presente en el parto. Seguramente conozcáis ya a estos guerreros. Son las tropas auxiliares procedentes del sur. Hace muchos años, durante la Estación de la Langosta, el país de Medjay decidió unir su destino al de los egipcios al emprender la guerra a sangre y fuego, por tierra y por mar, contra los *hicsos*^[2], unos bárbaros que convirtieron la ciudad de Avaris, en el Delta, en su fortaleza y amenazaron con poner a todo Egipto bajo su yugo. Tan insolentes se volvieron, que el príncipe de los *hicsos* envió un mensaje al faraón de la época diciéndole que mantuviera callados a los hipopótamos de su laguna porque interrumpían sus dulces sueños en Avaris.

El bravo Seqenenre aceptó el desafío y dio comienzo a una guerra despiadada aunque cayó abatido en el combate. Su hijo Amosis se puso al frente de sus ejércitos y, como el fuego que se propaga por la pradera, marchó contra los *hicsos* y los redujo a cenizas. Las doradas barcas de guerra egipcias hicieron añicos las defensas del enemigo a lo largo del Nilo. Las tropas de Amosis irrumpieron en Avaris y la arrasaron hasta los cimientos. Mis antepasados, los guerreros de Medjay, estuvieron junto a los soldados de Egipto y, gracias a esa ayuda, se selló un pacto de amistad eterna entre ambos pueblos.

Mi padre fue un guerrero desde el momento mismo en que salió del cascarón. Soldado nato, no se preocupó por mí. Mis recuerdos de él son difusos: un hombre

firme y decidido, con la cabeza afeitada, vestido con faldellín y pectoral de cuero, botas de marcha en sus pies, cinturón de guerra ajustado en la cintura y un carcaj con flechas cruzado sobre la espalda. Hombre orgulloso de servir al faraón, había recibido el Collar de Honor de Oro junto con las Abejas de Plata al Valor por matar enemigos en combate cuerpo a cuerpo durante la batalla. (Todavía poseo esas condecoraciones: el pesado collar de oro y las pequeñas abejas de plata talladas sobre un trozo de plata pura, con un broche de piedras preciosas para sujetarlo en la túnica). Lo recuerdo mostrándome el *khopesh*, la espada curva que usó contra el Pueblo de los Nueve Arcos, aquellos innumerables enemigos del faraón que envidiaban las riquezas de Egipto y deseaban apoderarse de sus ricas tierras y sus hermosas ciudades.

Mi padre me visitaba ocasionalmente, a veces acompañado de un asistente que llevaba su escudo ceremonial. Se agachaba y me observaba con frialdad. Sus ojos estaban surcados de arrugas después de tantos años de mirar a través del calor y el polvo de las Tierras Rojas. Desde el principio estuve solo. Vivía con la hermana de mi padre, Isithia, una mujer de rostro duro, fibrosa, de mirada penetrante y lengua afilada. Una mujer sin hijos cuyo marido se había ido al norte por asuntos de negocios y nunca regresó. ¡Yo entendía perfectamente por qué! Por cierto, dejó a Isithia bastante dinero y una mansión en el campo rodeada de altos y gruesos muros. Uno de mis recuerdos más intensos es el de estar jugando en los escalones de la columnata de entrada, decorada con palmas de color azul, verde y ocre rojizo. Alrededor de la casa había estilizadas columnas esculpidas que representaban papiros verdes con raíces rojas y capiteles dorados, un peristilo sombrío que proporcionaba la acogedora sombra contra el calor. Las habitaciones interiores tenían techos de vigas pulidas y pavimentos de baldosas: un vestíbulo, una sala de audiencias, otros salones y escaleras de madera pulimentada que conducían a las habitaciones superiores. Isithia y yo solíamos sentarnos en la amplia terraza, lejos del calor, para disfrutar de la fresca respiración de Amón. La casa estaba totalmente rodeada de verdes jardines, regados por un canal que venía del Nilo, sombreado por enredaderas trepadoras y con flores en los bordes. Era un lugar hermoso con gran variedad de árboles que delimitaban sus senderos: palmas, sicómoros, granados, acacias y terebintos. Todo el jardín estaba salpicado de elegantes pérgolas de colores en donde uno podía sentarse a disfrutar de las flores y de los diferentes aromas. En el centro había un estanque cuadrado, de agua cristalina con blancos nenúfares flotando en su superficie. Ya desde niño podía pasar horas sentado allí, observándolos, viendo florecer el loto azul al amanecer y cerrarse al mediodía para hundirse bajo el agua mientras el blanco se abría únicamente al caer la noche.

Muy rara vez abandonaba aquella casa y aquel jardín. Solía quedarme en la terraza, muy cerca de los almacenes de cereales, apoyado en el enrejado construido alrededor del parapeto para evitar que me cayera. No es que Isithia se preocupara demasiado por mí. Era una mujer fría. La única criatura por la que alguna vez había mostrado cariño fue Seth, un feo perro *saluki*^[3], un animal de guerra feroz, de épocas

más turbulentas y que en mi juventud era una raza poco común. Seth la seguía siempre a todas partes. Ella llevaba también su matamoscas. Odiaba las moscas y los ratones. Cada agujero, cada grieta por la que pudieran deslizarse, eran generosamente tapados con grasa de gato.

La recuerdo sentada, con su matamoscas en la mano, en su sillón de respaldo alto y patas rematadas en garras de pantera. Aquel sillón tenía mucho que ver con ella. Isithia era una pantera de ojos rasgados y barbilla chata, una mujer alta que se vestía con ropa holgada y fajines bordados. Rara vez usaba peluca o sus sandalias de bordes de plata, siempre en manos de una criada que caminaba detrás de ella. Si las noches eran frescas, echaba sobre sus hombros un chal con flecos. Preparaba perfumes y medicinas para venderlos a una selecta clientela, y a menudo viajaba al Valle de los Pinos para recoger aquellas hierbas que no podía cultivar en sus propios huertos. En general, éstos producían suficientes frutas y verduras como para autoabastecernos, con cosechas de cebollas, puerros, lechugas y sandías. Isithia no iba mucho al mercado, pero contrataba a los mejores cocineros para comprar y preparar patos y gansos cebados. Siempre bebí la leche más fresca, endulzada con la miel de las colmenas del fondo del jardín, que guardaba en recipientes de cerámica, y cuando las abejas no producían lo suficiente, endulzaba la leche con semillas de algarroba. Cuando me portaba mal, sólo me daban el jugo de un tallo de papiro para chupar. Isithia nunca me golpeó, aunque a veces me agarraba por los hombros y me sacudía. Hacía su propia vida. Sus clientes llegaban por la noche: mujeres en busca de pociones y a veces hombres. Yo a veces escuchaba ruidos de golpes y gritos, pero no puedo saber si eran de placer o de dolor.

Los criados de Isithia eran *shemsous*, esclavos personales, que llevaban un collar con un jeroglífico que indicaba su estado, enrollado en una varilla. Ellos la temían tanto como yo. Les asustaba su lengua y su matamoscas. También había algunos esclavos o *bekous*, hombres y mujeres capturados en la guerra a los que se hacía trabajar en los jardines y vivían en cobertizos ni siquiera aptos para el ganado. En una ocasión dos de ellos se escaparon. Mi padre los persiguió, los atrapó pero nunca los trajo de vuelta. Sobre todos ellos ejercía la autoridad Api, el *wedpou* o mayordomo de Isithia, tonto como un buey pero igualmente fiel.

Mi tía era indudablemente rica. Sus cámaras fortificadas contenían recipientes con aceites y ungüentos: alheña, lirio, abeto, mandrágora y loto, todos guardados en cofres cerrados, revestidos de ébano y oro con soportes de plata. No sé si mi padre conocía la verdad sobre su hermana o el terror silencioso que inculcó en mí. Algunas veces por la noche, en la víspera de algún día desfavorable, Isithia se situaba en el pórtico recitando versículos espeluznantes del *Libro de los Muertos*. Flanqueada por calderos con fuego, rociaba la oscuridad con aceites y hierbas, mientras Api se mantenía en las sombras detrás de ella. La voz de Isithia resonaba profunda y terrible durante toda la noche.

¡Regresa! ¡Retírate!

*Retrocede, ser peligroso.
No vengas contra nosotros.
No te alimentes de mi magia.
Regresad, cocodrilos del sur.
¡Regresa, tú que te alimentas de heces, humo y miserias!
¡El odio hacia ti corroe mi estómago!*

Una noche incluso alcancé a verla en cuclillas sobre un plato de carbones encendidos, cubiertos con hierbas. Había recogido su falda, agachándose como si estuviera en una letrina, lanzando maldiciones a la noche. Isithia practicaba el *hek*, la magia de la oscuridad. Estaba siempre aterrorizada por los *aatamu*, los espíritus malignos que vienen del Oeste. Sólo los dioses saben qué habría en su pasado; su alma debía de pesar mucho con todas sus maldades. Apenas me hablaba; aparte de citar proverbios sobre la necesidad de paz y seguridad. Recuerdo bien una de las estrofas que me hizo aprender de memoria.

*Se está tan bien cuando las camas son suaves
y las almohadas están bien colocadas para los oficiales
, cuando la necesidad de cada hombre es satisfecha
con una sábana y una sombra
y una puerta bien cerrada para quien ha dormido a la intemperie.*

En años posteriores, al examinar los registros, descubrí que el ex marido de Isithia había sido oficial del ejército. Tal vez a ella le aterrorizaba el caos que la guerra podría causar. Alguna vez intenté preguntarle por mi madre, pero esbozaba una sonrisa breve y forzada y me ordenaba guardar silencio. Le pregunté acerca de mi nacimiento y saltó como un gato sobre un ratón.

—Naciste entre el vigésimo tercero y el vigésimo séptimo día —me dijo apuntándome con su matamoscas mientras lo agitaba—. Por eso debes tener cuidado siempre con las serpientes y los cocodrilos.

Al recordarlo ahora, ¡cuánta razón tenía! Le pregunté cuál de los dioses debía ser mi patrono, cuál de los seres divinos había protegido mi nacimiento. Acercó su rostro al mío con gesto de fingida tristeza.

—Es extraño que preguntes eso, Mahu. Extraña también es la respuesta. Ningún dios.

Repito: ¡cuánta razón tenía!

Mis recuerdos deberían ser placenteros: una casa limpia con sus salas para baños, letrinas de sólidos mosaicos y alcobas bien decoradas. El aire se endulzaba con las fragancias del enebro, la canela y el incienso, mucho incienso, el perfume divino de los dioses, quemado en pequeños recipientes con sus asas talladas en forma de brazos humanos. Las comidas eran abundantes, deliciosamente preparadas y servidas en platos de caña. Sin embargo, no puedo recordar nada agradable. Jamás nos visitó ningún niño. Recibí algo parecido a una educación. El primer jeroglífico que dibujé

fue *sebkhet*, un recinto amurallado que representaba mi vida de niño, encerrado entre muros. En raras ocasiones, mi padre venía y nos llevaba a mi tía y a mí al otro lado del Nilo, a la *Todjeser*, la Necrópolis. Me encantaban aquellas salidas: las rápidas aguas del Nilo, las brisas refrescantes, el olor acre de las superficies de gruesos papiros, los destellos de color cuando los patos y las aves salvajes alzaban el vuelo elevándose en el cielo azul. A veces, el rugido de los hipopótamos resonaba a lo largo de las orillas. Sentía un escalofrío de miedo cuando mi padre señalaba las tranquilas aguas donde estaban los cocodrilos. Ocasionalmente, podía llegar a ver los obeliscos con punta de oro y los pilonos esculpidos de los templos de Tebas.

—Aquello es Waset —solía susurrarme mi padre al oído—. La Ciudad del Faraón. Y desde aquí puedes ver... —Y comenzaba a recitar una lista de los templos, pero yo no estaba interesado. Me sentía muy feliz sólo con que él estuviera cerca de mí. Al llegar, la tripulación se preparaba para atracar en el Gran Embarcadero. Por encima de nosotros se elevaba el pico de Meretseger, la siniestra diosa, y aquellos despeñaderos escarpados que podían cambiar bruscamente de color. Éstos surgían sobre la Ciudad de los Muertos y sus laberintos subterráneos de tumbas, el Valle de los Nobles, el Valle de los Reyes, aquellos lugares adonde iban a parar los muertos. Desembarcábamos en el muelle, pasábamos junto a la inmensa estatua de color verde del dios Osiris y subíamos por las calles tortuosas de la Ciudad de los Muertos, un lugar de horror y fascinación, donde el olor a natrón, la fuerte sal de los talleres de los embalsamadores, se mezclaba con el más penetrante olor a corrupción. Luego doblábamos una esquina y podíamos ver sarcófagos perfectamente tallados o *vasos canopos*^[4] elegantemente esculpidos. Los talleres de embalsamamiento, los de los ebanistas y los de los fabricantes de sarcófagos eran muy ruidosos. Lo mismo que pasaba en la vida sucedía en la muerte. Los ricos podían comprar lo mejor, pero los cadáveres de los pobres estaban por todos lados. No eran más que esqueletos deshidratados, envueltos en su propia piel, tendidos sobre el suelo o en repisas. Con ellos el embalsamador no seguía los ritos de Osiris, sino que introducía el jugo barato del enebro dentro del cadáver por el recto, para luego ser conservado en natrón. A los muy pobres se les administraba una sustancia todavía más barata, más corrosiva, antes de ser deshidratados en un baño de natrón envueltos en una sucia mortaja para luego ser alojados con otros muchos en alguna sala de sarcófagos. Podía ver que el matamoscas de mi tía se movía más enérgicamente ya que las moscas zumbaban por todos lados. Grandes nubes negras de esos insectos parecían perseguirla.

Finalmente, dejábamos atrás la ciudad para continuar por el sendero rocoso y desmoronado hacia el Valle de los Nobles. En la entrada, el Señor de la Necrópolis nos daba la bienvenida con su báculo en la mano, cuyo extremo superior estaba esculpido en forma de *ankh*, el símbolo de la vida. Era escoltado por dos sacerdotes que llevaban máscaras de Anubis, a los que presentó como *Wabs* o Los Puros. Nos condujeron hasta la tumba de mi padre, la Casa de la Eternidad, que albergaba el cadáver de su esposa y algún día ocuparía él, lo mismo que Isithia y yo. Ya entonces

pronuncié una oración silenciosa para, en la muerte, ser libre y poder estar tan lejos de mi tía como fuera posible. Entramos en un patio. En el interior, una pequeña estela tenía inscrito este mensaje:

*La Gran Hechicera se ha purgado y purificado.
Ha confesado sus pecados que serán destruidos.
Honor a ti, oh Osiris.
El que escucha todas nuestras palabras,
que lava nuestros pecados,
ha justificado su voz.*

Ésta era la primera referencia clara a mi madre que yo había visto. Mi padre se agachó y señaló las palabras *Ma a Kherou*.

—¿Sabes lo que significa, Mahu?

—No, señor —respondí.

Mi padre esbozó una sonrisa, algo raro en él.

—Quiere decir «Que tu voz sea la de la verdad». ¿Tu voz será siempre la de la verdad, Mahu?

—Por supuesto, señor.

Ésa fue la primera promesa que hice en mi vida y la primera también que nunca cumplí.

—¿Era mi madre...?

—Tu madre era una buena mujer —respondió mi padre.

Tomó mi mano, otro acontecimiento inusual, y me hizo dar la vuelta hasta el otro lado de la estela para leer en voz alta la confesión tomada del *Libro de los Muertos*.

—«No he maltratado a las personas. No he retirado leche de las bocas de niños pequeños». —Lancé una rápida mirada a mi tía.

Debajo de esto había una imagen del alma de mi madre mientras era pesada en la Balanza de la Verdad. Mi tía se deleitó diciendo los nombres de los demonios que también estaban inscritos allí, listos para apoderarse del alma de mi madre si la balanza se inclinaba en su contra: El que Camina a Grandes Zancadas, El Devorador de Sombras, El Triturador de Huesos, El que se Alimenta de Sangre, El que Perturba las Sombras. Traté de aferrarme a la mano de mi padre, pero me apartó suavemente. Mientras se ponía en pie, revolvió mi pelo negro.

—No te preocupes, Mahu. Tu madre está en Yalou, los Campos de los Bienaventurados, bajo la protección del gran Osiris.

Me condujo por la explanada hacia un pequeño templo con columnas en el frente. El Señor de la Necrópolis quitó los sellos de la puerta. Durante un momento esperamos a que se encendieran las antorchas y mi padre me hizo entrar orgullosamente en el vestíbulo.

—¡Ésta, Mahu, es nuestra Casa de la Eternidad! La hemos preparado bien.

Las paredes del vestíbulo de entrada estaban decoradas con escenas de la vida de mi padre: el momento en que es recibido en audiencia por el faraón para entregarle las Abejas de Plata; cazando en el desierto; conduciendo su carro de guerra hacia una manada de antílopes; entre los papiros, con el *bumerang* listo, a la espera de poder derribar las aves acuáticas de magníficos colores que levantan el vuelo huyendo a su paso. Había allí plasmadas también otras escenas más conmovedoras: mi madre, grácil y elegante, ungiéndolo con perfume o vertiendo agua en sus manos.

Dejamos el vestíbulo y descendimos por un angosto pasillo. Los muros estaban pintados con escenas de almas transportadas a Abydos, de adoración a los dioses, de ofrendas de frutas sobre brillantes recipientes de latón. En la entrada a la cámara funeraria mi padre se detuvo para hablar con los sacerdotes, para asegurarse de que el sacerdote del *Ka*, el Sacerdote del Doble, continuara ofreciendo oraciones y libaciones a los dioses en el aniversario de la muerte de mi madre. Por fin, entramos en la cámara funeraria que contenía cuatro sarcófagos. A la izquierda se encontraba el de mi madre, rojo oscuro y cubierto con textos del *Libro de los Muertos*. Quedé fascinado por los *ojos wadjet*^[5] pintados bajo la tapa del sarcófago. Ignoré todo lo demás y me acerqué para apretar mi mejilla contra la piedra fría. Cuando levanté la vista, mi padre me estaba mirando fijamente, con lágrimas en sus ojos. Mi tía, sin embargo, permanecía en la entrada. Aquella fue la única vez que la vi realmente temerosa. Deseaba echarme en el suelo. Aunque fuese una cámara funeraria, habría podido quedarme a dormir junto a aquella tumba. Pero mi padre me empujó suavemente y me sacó de allí.

Cuando regresábamos por el Nilo, me pidió que hablara con la voz de la verdad. ¿Estaba bien? ¿Era feliz?

—Sí, señor —respondí.

—¿Y no estás contento por vivir en la Tierra de Tomery? —Utilizó la expresión antigua para referirse al País de las Dos Tierras, el reino de Egipto.

—Por supuesto, padre.

—Entonces, ¿qué te ocurre, hijo?

Los ojos como obsidianas de mi tía captaron mi mirada, pero haberme amparado en la tumba de mi madre me había dado fuerzas.

—Me siento solo, señor.

Mi padre se ríe y me revolvió el pelo. Pensé que no daría importancia a mis palabras, pero se detuvo en el mercado junto al río y me compró un mono como mascota, una criatura pequeña y ágil con brillantes ojos traviosos que se agarraba a mí y chillaba ruidosamente. Mi tía soltó una broma en voz baja, preguntándose cómo haría para distinguimos a uno del otro. Yo estaba encantado. Le puse a mi mascota el nombre de Bes, como el feo dios familiar, y cuando mi padre partió, casi no me di cuenta. Adoraba al pequeño Bes. Era de verdad un hermano. Lo cierto fue que la broma de mi tía, repetida por los criados, acerca de la semejanza entre nosotros, me llenaba de orgullo. Le compré una pequeña capa y un medallón de plata con los

debens de cobre que había ahorrado. No lo hice yo personalmente. Una vieja criada llamada Dedi fue al mercado a comprar esas cosas en mi lugar. Era una *bekou*, una esclava lavandera, y por alguna razón sabía mucho sobre monos. Bes se convirtió en la alegría de mi vida. Era una criatura glotona; sólo con el aroma de pato o carne cocinada en cebolla y ajo comenzaba a soltar chillidos desenfrenadamente, y con un trozo de melón bailaba de júbilo. A donde yo iba, Bes me seguía.

Mi tía llegó a odiarlo.

—Atrae a las moscas —protestaba.

Bes temía a su matamoscas con mango de cobre.

¿No es extraño de dónde vienen los sueños? Los recuerdos entran y salen de nuestros corazones moviéndose como el incienso en un santuario. Nuestros recuerdos son vestigios de fantasmas, de cosas que han sido, o incluso que podrían haber sido. La casa de mi tía estaba siempre oscura, aunque teñida de amarillo como si una de esas grandes tormentas de arena hubiera soplado sobre ella desde las Tierras Rojas. Mi infancia fue como un friso pintado en el muro, con fondo amarillo en el que todos los que me rodeaban, incluido Bes, interpretaban sus papeles. Todavía puedo recordar a aquel pequeño mono, con sus movimientos nerviosos, la cadena de plata brillando alrededor de su cuello, su cara pícara y sus ojos vivarachos e inquietos. También me acuerdo perfectamente de aquel día fatal. Dedi estaba llenando el recipiente de la clepsidra, decorado con los mandriles de Thoth tallados, con doce líneas alrededor para marcar las horas del día. Yo estaba explicándole todo esto a Bes, como si un mono estuviese charlando con otro, una de las pocas ocasiones que hice eso en casa de mi tía.

—Ves —señalé con el dedo—, se necesita una hora para que el agua baje de una línea a la siguiente mientras sale por esta perforación de la parte inferior.

Bes saltaba arriba y abajo sobre mis rodillas. Dedi empezó a reírse de mí, pero sin burlarse. Arrugó su cara regordeta y sus ojos, como dos astillas de vidrio negro, brillaron divertidos. Me puse de pie y la abracé. Ella era una de las pocas personas a las que yo tocaba. Olía a polvo y a jabón. Dedi dejó su trabajo, colocó la jarra de agua en el suelo y me obsequió con su atractiva sonrisa sin abrir la boca. Escuché un golpe detrás de mí y miré a mi alrededor. Bes estaba cruzando la puerta a toda velocidad, como un proyectil lanzado por una honda, hacia un trozo de jugoso melón que había allí. Aquel mono nunca pudo resistirse a un melón. Grité y corrí tras él, pero Bes se apoderó de la fruta y corrió hacia el otro lado del patio.

Cuando me hallaba a punto de alcanzar la entrada, un grito de agonía, seguido por un sordo gruñido, hizo que mi estómago se revolviera. Apenas si pude cruzar la puerta. En ese momento supe lo que había ocurrido. Alguien había dejado libre a Seth, el enorme perro *saluki*. Bes ya estaba balanceándose entre sus mandíbulas. El maldito perro lo estaba sacudiendo como hace un gato con un ratón. Su sangre salpicaba el suelo. Los brazos de Bes colgaban sin vida, su cabeza estaba extrañamente torcida, el pequeño medallón brillaba en un charco cada vez más

grande de sangre. Fue una imagen de pesadilla. Aquel endemoniado can agitando el pequeño cuerpo como si fuera un trapo empapado en sangre.

Mis gritos se oyeron en todas partes. Los criados acudieron corriendo, encabezados por Api, que aferró del collar a Seth y lo apartó, pero ni siquiera intentó sacar a Bes de entre sus fauces. Dedi me envolvió con sus brazos. La empujé apartándola y miré hacia arriba. Mi tía observaba los acontecimientos fríamente desde detrás de una celosía. Dedi trató de consolarme pero para mí no había consuelo. Corrió taconeando con sus sandalias y al poco rato trajo el cuerpo muerto de Bes envuelto en un paño verde, con bordes dorados. Lo enterramos a la sombra de un sicómoro. Luego lloré por primera y última vez en mi vida. Dedi, con el rostro gris por la preocupación, me tomó en sus brazos acunándome. Yo no había vivido más de ocho veranos. Mis ojos no podían apartarse de la tierra recientemente removida. Dedi incluso había encontrado un pequeño *ankh*, el signo de la vida, y lo había hundido sobre la tierra negra.

—Ella es cruel —susurró Dedi.

Yo sabía a quién se refería. El melón cerca de la entrada, el perro *saluki* acechando, la cruel mirada de Isithia fija en mí.

—Ella fue siempre cruel —continuó.

Sentí una punzada en mi memoria y un escalofrío como si me hubiera sumergido en agua fría. Se acercaba el anochecer. Largas astillas rojas hacían arder el cielo. Dedi me llevó hacia el interior del jardín, bajo la sombra de un hermoso sauce, con sus inclinadas ramas cayendo como si quisieran beber el agua del estrecho canal. Allí se arrodilló y cavó la tierra. Sacó un trozo de cerámica de pálidos colores y, con sus dedos regordetes, recorrió las extrañas manchas.

—Puedo leer —murmuró Dedi—. Soy, era, de To-nouter.

Reconocí la frase referida a la Tierra de Punt, el País del Incienso.

—Me capturaron en la guerra y el padre de tu padre me trajo aquí en la Época de la Hambruna. Puedo leer.

—¿Qué dice? —pregunté.

—«Aléjate de mí, Meret. Que tu espíritu no me persiga».

—Meret era mi madre. ¿Acaso ella —hice un gesto señalando la casa— colocó esto ahí, lo mismo que hizo con el melón?

Dedi lanzó una carcajada y volvió a enterrar el trozo de cerámica.

—Tu madre venía con frecuencia a este lugar; por esa razón Isithia puso la maldición bajo el árbol. Era cruel con ella, tan cruel como lo es contigo.

Escuché un ruido y me di la vuelta. Dedi, farfullando aterrorizada, se puso en pie de un salto, pero allí no había nada más que el susurro de las ramas en la oscuridad que avanzaba. ¿Nada? Eso fue lo que pensé, pero a la mañana siguiente Dedi había desaparecido y nunca más volví a verla.

Mi tía me dejó tranquilo para que llorara a Bes y a Dedi. Mi cólera pronto se enfrió. Decidí esconder mis sentimientos y relacionarme con los criados. Akhit, la

Estación de la Inundación, llegó y pasó, para ser seguida por Peret, la Estación de la Siembra, y Shemou, la época en que el sol arde y quema y los sirvientes luchan contra los insectos que invaden la casa. Mi tía odiaba esta época del año en que las moscas se movían en el aire como nubes negras y las ratas engordaban. A mí me encantaba semejante confusión y hacía todo lo posible por aumentarla. Encontré una rata muerta, hinchada por el veneno, y la escondí en la blanqueada letrina, que tenía el asiento de piedra caliza alrededor de un agujero sobre recipientes de ladrillo llenos de arena. Hice un túnel profundo y coloqué la rata bajo la arena. Pasaron dos días antes de que mi tía se diera cuenta de qué era lo que atraía tal cantidad de moscas y despedía tan terrible olor. Al poco tiempo me las arreglé para encontrar un poco de veneno. Escondí un pato, gordo y tierno, al que había envenenado, cerca de la caseta de Seth.

—¡Un accidente! —se lamentaron después los sirvientes—. El perro ha debido de comer el veneno para las ratas.

Mi tía lloró, pero esa noche salí, vestido sólo con mi camisa de lino, me detuve bajo el sauce y susurré suavemente a la brisa palabras sobre Dedi y Meret.

La muerte del perro supuso sólo el comienzo de los problemas de mi tía y de mi propia liberación. Dos días después llegó a la casa un polvoriento mensajero, con el sudor cayéndole por el cuerpo y el sello del faraón. Lo condujeron a un vestíbulo para que pudiera limpiarse y, mientras un esclavo le lavaba los pies, dio a conocer su mensaje: ¡mi padre había muerto! Hacía poco que lo habían ascendido a coronel del Escuadrón de Carros de Guerra, conocido como la Venganza de Anubis. Era responsable de la protección de las tumbas en el Valle de los Nobles. Una banda de expertos ladrones había forzado la entrada a una de ellas a través del templo funerario contiguo. Una vez dentro, habían quitado las máscaras de oro de los rostros, los dedos de manos y pies de las momias, y se habían apoderado de los amuletos y los frascos de ungüento. Habían agravado su blasfemia quemando las momias de niños para proporcionar luz mientras realizaban el saqueo. El fuego había ardido con fuerza y el humo había salido al exterior por un conducto de ventilación, de modo que se dio la alarma. Los ladrones huyeron hacia las Tierras Rojas y mi padre salió a perseguirlos.

—Como un halcón —proclamó el mensajero en voz alta— que se lanza en picado sobre su presa.

Los ladrones, un grupo considerable, se refugiaron en un saliente rocoso que recibía el agua de un manantial. Mi padre sitió el lugar. Ayudado por los habitantes de las arenas, finalmente se decidió a asaltarlo. Los ladrones que no murieron en la escaramuza fueron empalados con lanzas que les atravesaron los intestinos o envueltos con arbustos espinosos empapados en aceite a los que prendieron fuego. Algunos fueron enviados a Tebas para aguardar el castigo mientras mi padre regresaba triunfal. Sólo había recibido una ligera herida. Una flecha lo había rozado en un lado del cuello. Pero su punta había sido sumergida en veneno de serpiente y, a pesar de que los médicos del regimiento intentaron curarle, cuando llegaron a Tebas

mi padre ya había muerto. Mi tía no lloró pero, mordiéndose el labio, requirió mi presencia y, escoltada por un séquito de sirvientes, me condujo al otro lado del Nilo, a la *Wabet*, la Sala de la Purificación, atravesando la planicie libia, un poco más allá de la Necrópolis. Nuestro viaje fue inútil. Al llegar descubrimos que, por expresa orden del faraón, el Magnífico, se le habían rendido grandes honores a mi padre. Su cuerpo ya estaba al otro lado del Nilo y era cuidado en la Casa de la Muerte del templo de Anubis, un alto edificio situado al este de Ipetsut, el más perfecto de los lugares, el gran complejo de templos de Karnak, donde Amón-Ra el Todopoderoso, el Silencioso que Todo lo Ve, o por lo menos eso es lo que decían, vivía en una misteriosa oscuridad.

Yo no sabía por qué mi tía me arrastraba a aquellos lugares de muerte. Oh, sí, ya sé que los sacerdotes dicen que son también los manantiales de la vida, la primera parte del viaje a los Campos de los Bienaventurados. Pero a Isithia no le importaba eso. ¿Se trataba acaso de una venganza? De todas maneras, al recordarlo, sé que disfruté de aquel día. Me llevaron a recorrer *Waset*, la Ciudad del Cetro, la magnífica Tebas, ¡qué experiencia! La mayoría de los muchachos de mi edad conocían la ciudad como la palma de su mano pero, para mí, fue como entrar en otro mundo, una sensación que nunca había imaginado: la gran cantidad de gente, la calima formada por el polvo y las moscas indeseables contra las cuales el conocido matamoscas de mi tía era usado como un arma.

Siempre consideré a Isithia como un dios o espíritu maligno que trataba despóticamente a su familia, pero en la ciudad no era más que una más entre muchos. Vi a hombres y mujeres a los que nunca hubiera imaginado. Negros con sus tocados de plumas y los hombros cubiertos con pieles de leopardo. Mercenarios de Canaán, Libia y Kush. Algunos llevaban cascos con cuernos, recias botas en sus pies y armas de aspecto implacable, sostenidas en fajas y cintos. Éstos se codeaban con comerciantes de las islas, los errantes del desierto y los habitantes de las arenas, que escondían sus rostros y cuerpos bajo muchos pliegues de tela. Las *hesets*, las muchachas del templo, que bailaban y coqueteaban con sus hermosas caras enmarcadas por pelucas de gruesas trenzas, decoradas con piedras blancas y espléndidas diademas. Llevaban túnicas de tela parecida a la gasa sobre faldas de cuero trenzado. Cada movimiento formaba parte de algún baile mientras hacían sonar los *sistra*^[6] y agitaban panderetas formando una fila de belleza que se movía lenta y sinuosamente.

Los numerosos mercados me fascinaron. Los olores de los vendedores de perfumes y ungüentos se mezclaban con el penetrante aroma de los trozos recién cortados de antílope que colgaban chorreando de ganchos o que eran asados a la parrilla sobre intensos fuegos de carbón. Los panaderos ofrecían panes de extrañas formas, fuertemente aromatizados con especias y recién salidos de los hornos. Los vendedores de agua se abrían paso gritando para atraer a los clientes, con el yugo apoyado sobre los hombros y los sencillos jarros colgando de cuerdas alrededor de

sus cuellos. Sacerdotes de afeitadas cabezas, con los ojos pintados con *kohl* negro contra el calor, se movían entre el gentío como un banco de peces en medio de ráfagas de incienso. Damas en palanquines hablaban en diferentes lenguas, con sus mansas aves de brillante plumaje encadenadas a un palo. Un ladrón, atrapado con las manos en la masa, estaba siendo golpeado en los pies junto al puesto del barbero bajo una palmera. En otro lugar, los policías del mercado, con sus mandriles amaestrados, habían atrapado a otro ratero que gritaba atormentado porque uno de los animales le mordía con fuerza un muslo. Mis ojos estaban deslumbrados por la cantidad de colores. Imágenes cambiantes iban y venían mientras nos movíamos y zigzagueábamos por estrechas callejuelas o atravesábamos apresuradamente blancos patios y plazas. ¡Cómo recuerdo aquel día! Podría haberme quedado mirando todo aquello hasta que el cielo se desplomara, pero mi tía me arrastraba.

Finalmente dejamos atrás la muchedumbre y subimos por la avenida pavimentada de basalto hacia el templo de Anubis. Seguramente la conozcáis. Está flanqueada por inmensas estatuas de Anubis en forma de perro sentado, con sus cuerpos, cabezas y patas negras como la noche, sus hocicos puntiagudos y sus orejas realzadas en oro, con ojos rubíes que brillaban a la luz del sol como si aquellas criaturas estuvieran a punto de saltar gruñendo de cólera. Recordé a Seth, el can *saluki*, y aparté la mirada. Nos abrimos paso entre la multitud hacia el gran pilono de entrada al templo. Éste se encontraba flanqueado por dos inmensas estatuas de Anubis, el Señor Dios de las Necrópolis, el Amo de la Sala de la Muerte. Para un niño pequeño que nunca había visto nada semejante, aquello era un espectáculo impresionante. Sobre las entradas se alzaban mástiles con estandartes rojos y verdes que se agitaban en la brisa. Una multitud de fieles, muchos de ellos con pequeñas cestas de mimbre con comida, también se amontonaba para entrar y poder cumplir con sus oraciones. El aroma embriagador de la comida me hizo darme cuenta de que no había comido. En abierto desafío, me detuve y grité que tenía hambre. Pude advertir, por la cara de mi tía, que ella se disponía a discutir, pero sus sirvientes estaban igualmente hambrientos, de modo que aceptó detenerse en un pequeño puesto. Con unos pocos *debens* de cobre se compraron varias bandejas de *mahloka*, verdes hojas machacadas y mezcladas con cebolla, ajo y trozos de pato asado, además de recipientes de sopa de habichuelas y huevos cocinados lentamente para que su interior estuviera blando y cremoso. Nos sentamos en el suelo bajo un toldo y comimos, mientras mi tía hablaba con Api. Cuando estábamos comiendo, otro sirviente me llevó a un lugar para leer la inscripción del poderoso faraón guerrero Tutmosis III:

Hice que aquellos que se rebelan se sometan bajo mis sandalias.

Escucharon mi rugido y se retiraron a sus cuevas.

Pisoteé a los libios y a los viles kushitas.

¡Vaya si recuerdo aquel día! Un adivino desharrapado y marchito, con los ojos amarillos en un rostro castigado por el tiempo, se acercó sigilosamente para maldecir

a mi tía en una lengua que no pude comprender. Ella se puso de pie de un salto y respondió con la misma ferocidad. No entendí sus palabras, pero más tarde un criado me susurró que el adivino había maldecido a mi tía con las Siete Flechas de Sekhmet, la Diosa Destructor.

—¿Por qué? —pregunté.

El sirviente frunció el ceño y, ahuecando una mano sobre su boca, me cuchicheó:

—Afirmó que no tiene alma.

No sé qué fue exactamente lo que ocurrió pero, si hubiera tenido una moneda de plata, habría recompensado a aquel adivino.

Terminamos nuestra comida. Desde el otro lado del pilono oímos unos ruidos. No se trataba de los cantos de coros o el murmullo de los sacerdotes orando, ni de la música melodiosa del arpista y los tañedores de liras. Eran unos gritos horrorosos. Intrigados, nos apresuramos a entrar hacia la gran explanada que se extendía ante el templo. Me detuve asombrado ante lo que veía. Las ejecuciones rara vez se llevaban a cabo en las proximidades de los lugares sagrados, pero aquel día el Magnífico había hecho una excepción. Los mercenarios *kushitas*^[7], miembros del regimiento de mi padre, estaban aplicando el castigo a los últimos asesinos. La explanada había sido despejada y los visitantes se reunían en una larga columna que se extendía hasta las grandes puertas de cedro recubiertas de cobre. En el extremo más alejado de la explanada se había clavado un palo en el suelo y el ladrón, empalado por el recto, se retorció en su agonía. Un heraldo, con un cuerno de concha, sin prestar atención al suelo empapado de sangre y a los horrorosos gritos, informaba con voz firme y fuerte de la pena por saquear tumbas y asesinar a los servidores del faraón. Otros dos ladrones, ya desnudos, estaban siendo recubiertos con grasa de animal. Otros miembros del regimiento de mi padre, experimentados guerreros con sus faldellines de cuero, cinturones y brillantes tocados a rayas, preparaban grandes sacos de cuero sujetos con cuerdas. Estos últimos asesinos que quedaban del grupo de ladrones de tumbas iban a ser metidos en los sacos para ser llevados al gran río y arrojados a los cocodrilos.

Mi tía parecía indiferente a aquella terrible escena y a la agonía que suponían aquellas horrorosas muertes. Sin dejar de batir el aire con su matamoscas, se acercó a un oficial, un portaestandarte del Escuadrón de Carros de Guerra, y con voz áspera le explicó quiénes éramos. De inmediato fuimos rodeados por soldados y sacerdotes. Resultó extraño el contraste de la delicada piel y oscuros ojos junto a aquellos veteranos de guerra, fuertes y sucios, con sus ojos enrojecidos por el cansancio y el polvo del desierto. Recuerdo una mezcla de sudor, perfume exótico, cuero endurecido y túnicas de lino perfumadas. Mi tía fue tratada como un objeto de veneración, mientras yo era acariciado como el hijo del héroe. Un sacerdote se deshizo en disculpas, pues se suponía que nosotros no debíamos esperar, pero yo conocía a mi tía. A ella siempre le gustaba hacer una entrada espectacular. Fuimos ceremoniosamente conducidos hacia el segundo patio, donde había una estatua

gigante de Anubis con cabeza de chacal. Un sacerdote nos explicó que tenía una mandíbula móvil para así poder hablar a los devotos y pronunciar oráculos. En aquel patio había varias fuentes, cada una de ellas con una estela sagrada y una estatua sobre la que podía fluir el agua, consagrándola y convirtiéndola en un remedio seguro contra el veneno. Yo, recordando al perro *saluki*, no creía que existiera semejante antídoto y me detuve a examinar una. Mi tía me apartó de un tirón. Pude darme cuenta por el gesto de sus labios de que no estaba impresionada.

Me pregunté por qué mi tía se mostraba tan recelosa a medida que nos acercábamos al templo, hasta que entré y me di cuenta de que aquélla era mi primera visita a una verdadera casa de adoración. La casa de mi tía Isithia tenía pocas estatuas o símbolos de las divinidades. ¿No es extraña la vida? Nunca le he dado demasiada importancia a los dioses, pero las Casas de la Eternidad en las que se supone que habitan siempre me han impresionado. La sala hipóstila o de columnas era magnífica, con sus hileras de pilares en forma de papiros, sus basas campaniformes y capiteles como capullos a punto de convertirse en flores, pintados en brillantes rojos, azules y verdes y decorados con dibujos triangulares. Las puertas laminadas de bronce, grabadas con inscripciones, se abrieron suavemente y en silencio sobre sus bisagras adosadas al muro. Sentí verdaderamente que estábamos entrando en un lugar mágico.

A cada paso, un sacerdote nos salpicaba con gotas de agua bendita tomada de una pila y éramos purificados tocando las imágenes del faraón grabadas en las paredes. La decoración y las pinturas se extendían por todas partes. El aire era denso debido al incienso y estaba atravesado por graves cánticos que resonaban de manera inquietante por el pasillo situado entre las columnas. Pasamos por las Capillas de la Oreja, en donde los peregrinos presentaban sus peticiones, y llegamos al *Wabet*, el Lugar de la Purificación. Por orden expresa del Magnífico, mi padre empezaría aquí su viaje a los campos eternamente fértiles de Osiris, el de verde piel. ¡Un gran honor! Ni siquiera las casas para embalsamar más caras de la Necrópolis podían ocuparse de los cadáveres de los grandes. En una ocasión, un sacerdote me confió escandalizado que se llegaba a veces al extremo de retener los cuerpos de mujeres hermosas durante varios días hasta que comenzara la descomposición para evitar que fueran violados.

Bajamos por una escalera cuyos escalones parecían no tener fin. La caverna inferior estaba brillantemente iluminada. Los sacerdotes, algunos con los hombros cubiertos con pieles de leopardo y otros con sus rostros ocultos detrás de máscaras de chacal, se movían en medio del humo que se elevaba. El aire estaba cargado con aromas de especias. El objeto de veneración era el cuerpo de mi padre, desnudo en el centro de la cámara sobre una plancha de madera inclinada. Parecía profundamente dormido, si no hubiera sido por el color gris de su piel y la herida oscura del cuello. Su cuerpo ya se había sumergido en natrón. Rodeado por incensarios, un sacerdote lector, con los ojos entrecerrados, se balanceaba hacia atrás y hacia delante mientras salmodiaba las oraciones de la muerte. Tuve que permanecer allí y observar cómo el cadáver de mi padre era embalsamado. Rompieron el hueso etmoides en su nariz y se

le retiró el cerebro, los ojos fueron empujados hacia dentro y los huecos rellenos con vendas empapadas en resina. Armado con un cuchillo etíope de obsidiana, un sacerdote hizo un corte en el costado izquierdo del cuerpo y extrajo el hígado, los pulmones y los intestinos. El interior fue lavado con natrón y cubierto con perfumes. Durante todo el tiempo se continuaron recitando oraciones y haciendo oscilar el incienso. Yo no estaba asustado, fuesen cuales fuesen las intenciones de mi tía. Estaba fascinado por los sacerdotes vestidos con sus faldas y túnicas blancas, totalmente despojados de pelo, incluso de las cejas, con la piel brillante de aceite. Después, cuando nos retiramos, no sentí tristeza. Mi padre había muerto y aquellos sacerdotes misteriosos en aquella cámara siniestra con las pensativas estatuas de Anubis no significaban nada para mí.

Respetamos el periodo de setenta días de duelo mientras los preparativos concluían. El cadáver de mi padre se conservó en perfume, su corazón se cubrió con un escarabajo sagrado, su lengua se delineó con oro y se colocaron dos piedras preciosas en los huecos de los ojos. Luego le envolvieron con vendas. El día de su entierro me reuní con mi tía y una legión de plañideras y cantantes para acompañar a mi padre al otro lado del Nilo, a la Casa de la Eternidad. Le depositaron en su sarcófago. Participamos del banquete fúnebre y durante nuestro viaje de regreso al otro lado del Nilo mi tía se inclinó hacia mí. Yo la había estudiado bien y me mantuve totalmente impassible durante toda la ceremonia. Al final, me preguntó si yo estaba preocupado.

—Señora —respondí—, no estoy triste.

—¿Porque tu padre se ha ido —balbució— a los Campos de los Bienaventurados?

—No tía, mi querida tía, estoy feliz porque el espíritu de mi padre se reunirá ahora con el de mi madre bajo el sauce de tu jardín.

El rostro de Isithia se contrajo. Saboreé por primera vez la dulzura de la venganza, superior a la de la miel, bien preparada y servida fría.

—¿La has visto allí? —susurró mi tía.

—A menudo —respondí, con mis grandes ojos abiertos e inocentes.

Se apartó. Miré hacia las aguas arremolinadas del Nilo.

—Oh, tierra de pantanos —murmuré, recitando una famosa maldición—, ahora vengo a ti. —Eché una rápida mirada a Isithia—. He llevado a la que tiene el pelo gris al polvo. He tragado su oscuridad. —En aquel momento me di cuenta de que mis días en la casa de mi tía Isithia estaban contados.

*Eso fue exactamente lo que les sucedió.
Han preparado de tal manera el corazón de Khonsu
en Tebas,
que les ha permitido llegar al Oeste.
En paz, en paz, todos los bienaventurados se dirigen en paz
hacia el Oeste.*

A pesar de mis pocos años, aquéllos eran los versos que cantaba bajo el sauce. E incluso me las arreglé para buscar objetos que coloqué allí: pequeños cofres hechos de papiro, estatuas de madera en miniatura que actuarían como *shabtis*, sirvientes para ayudar a mis padres en los Campos de los Bienaventurados. Convertí la zona alrededor del aquel árbol en un pequeño santuario. Para ser sincero, no lo hice tanto por amor filial, sino más bien para molestar a mi tía Isithia. Yo sabía que tendría que irme, y sólo quería ayudarla a tomar esa decisión. Pasaba más tiempo debajo de aquel sauce que en cualquier otro lugar. De modo que no me sorprendí cuando, transcurrido un mes desde el entierro de mi padre, ingresé en la Kap, la Real Casa de la Enseñanza, en el lugar conocido como el Saliente de la Gacela, en el palacio de Malkata, siempre incompleto y en construcción. El Malkata era una joya, la Casa del Regocijo, el palacio del deslumbrante Atón, construido por el Magnífico, Amenhotep III, para su propio placer. Se elevaba bajo las colinas occidentales, de modo que al atardecer era bañado por los últimos rayos del sol. Se trataba de una residencia imperial impresionante, pero yo sólo era un niño de nueve veranos y aquel esplendor no me interesaba. ¡Qué extraños son los niños! No prestaba atención a los pilares coloreados, a los patios llenos de flores ni a los lagos ornamentales. ¡Lo único que me importaba era el hecho de que me estaba alejando de mi tía Isithia! Iba a estar en un lugar nuevo para mí, la escuela a la que asistía el hijo del faraón, el Príncipe de la Corona, Tutmosis, y los selectos vástagos de algunos funcionarios de alto rango. Mi puesto allí fue el tributo final que el Magnífico quiso hacer a mi padre. Más adelante me enteré de que mi tía Isithia ejercía una influencia considerable, por no mencionar su matamoscas, sobre ciertos ministros del faraón.

La Casa de la Enseñanza se encontraba en un extremo del palacio y, al recordarlo, sonrío irónicamente. Yo estaba en el palacio de mayor magnificencia que existía bajo el sol, como un anticipo de la vida en la Gran Casa y Territorio de Osiris. Sin embargo, lo que más me preocupaba entonces eran mi nuevo entorno y mis nuevos compañeros. La Casa era un edificio de una sola planta, de forma cuadrada, organizada alrededor de un gran patio con una espléndida fuente, un pequeño jardín de hierbas aromáticas y una pérgola multicolor. Era de ladrillo, sellados con el nombre del Príncipe de la Corona. Enlucido por dentro y blanqueado por fuera, su tejado plano tenía escaleras exteriores, con puertas y dinteles hechos de madera y piedra caliza. Una parte servía como dormitorio de los estudiantes, cuyas camas eran toscos catres, armazones de madera con tirantes correas de cuero sobre las que se apoyaba un colchón de paja. Cada cama estaba protegida por un dosel con velos de lino áspero para protegernos de las moscas; las sábanas eran de la misma textura y también había una manta para las noches frías. El suelo era de madera de acacia pulida, tan brillante que uno podía ver el propio rostro reflejado en él. Al lado de cada cama había una simple silla plegable de campaña y un sencillo taburete de madera de sicómoro y, a los pies, un arcón de terebinto para guardar la ropa y demás pertenencias personales. En el centro de la habitación había pequeñas mesas para

comer y, sobre ellas, lámparas de aceite. Las ventanas eran simples cuadrados de madera en la pared, que se cerraban con postigos en invierno o celosías en verano. Una parte del edificio servía de aula de estudio cuando el tiempo se volvía inclemente. En primavera y verano, a menos que hiciera demasiado calor, el aprendizaje se llevaba a cabo en el exterior. El resto del edificio se utilizaba para oficinas, cocinas, lavanderías y salas de estudio.

El encargado de la Casa de la Enseñanza era Weni, un viejo soldado y escriba con cara redonda, labios carnosos y ojos con gruesos párpados. En el lóbulo de una de sus orejas llevaba un anillo de oro; decoraba sus dedos y muñecas con joyas baratas. Tenía el típico aspecto de gordo estúpido, pero era astuto, despiadado y, a pesar de su apariencia de cerdito, sus pies eran ligeros. Weni había formado parte de los *Nakhtu-aa* o «Muchachos de Fuerte Brazo», una unidad de infantería de choque conocida como los «Leopardos del Este». Veterano con muchas condecoraciones, exitoso en peleas cuerpo a cuerpo, siempre llevaba el Collar de Oro y las Abejas de Plata por haber acabado con cinco *mitanni*^[8] en combate y haberles cortado el pene como prueba.

La tía Isithia se aseguró de que me enterase de la reputación de Weni mientras me arrastraba por las salas del palacio, agrediéndome verbalmente con cuchicheos y provocaciones, decidida a aprovechar aquella última oportunidad de estar juntos para proferir pequeñas crueldades e insultos hacia mi persona. Mencionó, una y otra vez, los penes de los *mitanni*. Cuando conocí a Weni, éste me dirigió una mirada feroz, como si estuviera decidido a cortar el mío. Se encontraba sentado en un banco del patio, mientras su *shemsou* o esclavo personal sostenía una sombrilla para protegerle del sol del mediodía. Me agarró por el hombro y me hizo girar. Sus duros ojos me estudiaron cuidadosamente.

—Conocí a tu padre. —Su mirada se dirigió a mi tía Isithia—. Podéis iros ahora.

Isithia se escabulló. Ni siquiera dijo adiós; yo no la miré. Decidí echar un vistazo a mi alrededor y recibí un golpe en la oreja.

—Yo te diré —susurró Weni, inclinándose hacia delante— cuándo puedes apartar la mirada. —Su cara adusta se relajó y acarició con suavidad el lóbulo de mi oreja—. Nunca me gustó tu tía Isithia... ¡es una bruja cruel! Algunas personas dicen que condujo a tu madre a la tumba prematuramente. Bien, vete y desempaqueta tus cosas.

Había veinticuatro niños en la Kap, hijos de los amigos del Magnífico o vástagos de sus concubinas, conocidas con el nombre de Ornamentos Reales. El niño más importante era el Príncipe de la Corona, Tutmosis, un muchacho alto, de doce años, con ojos y cara de ave rapaz. Estábamos organizados en cuatro unidades de seis. Tutmosis no estaba con nosotros la noche en la que conocí a los Horus, los miembros de mi unidad. Todos llevábamos al cuello el sello «HA» con los jeroglíficos de un halcón y una vara grabados sobre una pequeña placa de cobre colgada de una cuerda. En total había cinco muchachos que más adelante serían mis amigos, mis rivales y

mis enemigos. Horemheb, Huy, Pentju, Maya y Ramsés... Recuerdo vagamente a un sexto, pero murió de fiebre. Siempre pienso en nosotros como los «Seis».

Mis compañeros eran uno o dos años mayores o menores que yo. Horemheb era el líder indiscutible. Agresivo y de ojos ardientes, su labio inferior sobresalía, al igual que su barbilla. Ya desde muchacho poseía unas musculosas piernas y un torso corpulento. Su piel era de un color ligeramente más claro que la nuestra. Ramsés me dio, desde el principio, la sensación de ser un ave de rapiña, con aquellos ojos fríos, siempre cambiantes, y una nariz ganchuda sobre sus labios pálidos y finos. Huy era Huy, agraciado pero arrogante. Siempre se erguía con los pies separados y las manos sobre las caderas. Me miraba de arriba abajo, de la cabeza a los pies, con un gesto divertido en sus ojos. Y Pentju. Ya entonces estaba siempre alerta. Con sus finas y afiladas facciones, bajo un mechón de cabello bastante claro, me recordaba a una mangosta. Maya era rollizo y estaba siempre sonriente. Ya entonces podía caminar más provocativamente que una muchacha. Todos vestíamos con túnicas de lino y taparrabos. Maya llevaba su vestimenta como una niña, con la túnica recogida en la cintura, las piernas aceitadas y los pies con delicadas sandalias. Meryre se incorporó a la unidad unas pocas semanas después que yo... Fue, desde el comienzo, un bastardo moralista, con su cara arrogante y los ojos permanentemente levantados como si estuviera en constante oración a los cielos.

A veces me confundo. ¿Meryre estuvo con nosotros desde el principio, o fue otra persona? Se suponía que éramos una unidad de seis, pero los números variaban. Lo que sí recuerdo claramente fue aquella primera noche en la que me sentí como si estuviera rodeado por un montón de enemigos. Me empujaron, revisaron mis pertenencias y arrancaron las sábanas de mi cama. Luego tuve que pasar por la iniciación. Me ataron las manos, me vendaron los ojos y me golpearon y pincharon para que recordara sus nombres. Mi pequeño cuerpo quedó negro y azul. El juego terminó cuando llegó la hora de nuestra comida vespertina, compuesta por salvado de trigo y alcachofas, seguido de un pastel de sémola. Lo recuerdo porque fue muy placentero. Estaba comiendo libre de la mirada de mi tía Isithia.

—Come rápidamente —gruñó Horemheb, sacando un poco del pastel de sémola de mi tazón—. Si no eres rápido, nosotros nos lo comeremos todo.

Qué crueles pueden llegar a ser los niños. Tenían la rapacidad y la ferocidad de una manada de hienas hambrientas. Una vez terminada la comida se sentaron para juzgarme.

—Todos tenemos apodos —murmuró Huy, con un dedo en sus labios—. ¿Cuál va a ser el tuyo?

Luego nos presentó. Horemheb era el «General Escorpión»; Ramsés, la «Sombra de la Serpiente»; Pentju, el «Falso Médico»; Maya era «Heset», la niña bailarina; Meryre, el «Sacerdote Enfurruñado»; Huy, el «Noble innoble».

—Ya sé —susurró Ramsés, con la cabeza ligeramente inclinada—. ¡No tenéis más que mirarlo! Tiene la frente saliente, igual que su boca. —Me tocó ligeramente la

nariz—. Parece un mandril.

Mi iniciación había terminado. A partir de entonces fui conocido como el «Mandril del Sur». Después de eso, fui aceptado. Había aprendido mi primera lección en la Casa de la Enseñanza, la regla de oro de todos los políticos: sé tan astuto y feroz como el resto, no muestres compasión, ni tampoco la esperes. La debilidad sólo invita al ataque. Mi educación formal comenzaba todos los días al amanecer. Weni nos despertaba y nos llevaba a marchas forzadas por las aguas heladas del canal. Luego, no importaba el tiempo que hiciese, regresábamos corriendo, desnudos, nos vestíamos y hacíamos una comida rápida con avena y pan dulce. Todo el tiempo Weni y sus instructores, sacerdotes del templo local, citaban proverbios para que los aprendiéramos.

—«No comer demasiado. No beber demasiado. La embriaguez de ayer no saciará la sed de hoy».

A continuación comenzaban seriamente las tareas escolares del día. Aprendíamos los misterios de la pluma y la paleta, de la tinta roja y de la azul. Practicábamos sobre *ostraca* o trozos de cerámica y tablillas de piedra caliza antes de pasar al papiro finamente pulido. Estudiábamos el *Kemenit* o Compendio y escribíamos lo maravilloso que era ser escriba. Aprendimos la lengua de Thoth y rendíamos honores a Sheshet, la Dama de la Pluma. La frase favorita de nuestro maestro era: «Sé un escriba y tu cuerpo estará pulcro. Estarás bien alimentado. Pon tu corazón en los libros. Son mejores que el vino». Nuestros maestros ciertamente creían en el viejo proverbio que decía: «Las orejas de un niño están en su trasero; sólo escucha cuando ha sido golpeado». Nos sentábamos con las piernas cruzadas en el aula o en el patio, con nuestras paletas de escribir sobre las rodillas mientras el instructor caminaba de un lado a otro, siempre dispuesto para golpear dedos o espaldas con su afilada palmeta. Durante las horas más calurosas, descansábamos, y continuábamos nuestros estudios cuando refrescaba. Después venían los juegos: bolos, tira y afloja o salto de ganso. Todo lo que hacíamos era salvaje y cruel. Pronto me endurecí. Las estaciones pasaron. A veces, la tía Isithia venía a visitarme. Parecía haber envejecido. Se la veía más pequeña, más marchita, tratando de halagarme con ungüentos y perfumes de sus almacenes. En los grandes festivales yo siempre le regalaba lo mismo: un mono tallado en madera con una mosca en el hombro. Siempre le decía que yo era muy feliz, que tenía mucha suerte de estar en la Kap. Nunca le hablé de lo que ocurría allí. Ninguno de los de mi unidad era mi amigo, la única relación estrecha que había era entre Horemheb y Ramsés. En cuanto al resto, todo era mezquina crueldad. Recuerdo mi primera paliza cuando Maya me desafió a que yo escribiera este poema:

*La abracé,
sus piernas eran amplias.
Me sentía como un hombre en Punt.
La tierra del incienso,
sumergido en perfume.*

Me golpearon porque el jeroglífico para «abracé» era el mismo que para la vagina de la mujer. El perspicaz sacerdote pensó que me estaba burlando de él. Yo siempre me vengaba. Maya adoraba sus sandalias. Recibí otra paliza por salir de mi cama de noche y empapárselas en aceite.

Naturalmente, a medida que pasaba el tiempo, nuestro interés por las muchachas aumentó, aunque ninguno podía jactarse de experiencia alguna, salvo Pentju. Él aseguraba que había leído ciertos tratados y, siempre ingenioso, había modelado unas marionetas de madera con brazos y cabezas móviles. Un hombre y una mujer a los que hacía envolverse en un estrecho abrazo que provocaba las sonrisas afectadas de Maya y las risas disimuladas del resto. Weni nos descubrió y nos castigó, no por el juguete, sino por escaparnos en plena noche del «cuartel», como decía él, para encender una fogata en las proximidades (un acto peligroso) y llevar cerveza fuerte para beber. Nos impuso a todos un régimen de «raciones de guerra», un horrible castigo para unos muchachos jóvenes que se despertaban como chacales hambrientos y vivían sólo para comer. El único momento en el que permanecíamos en silencio era cuando llenábamos nuestros estómagos, inclinándonos sobre nuestras cestas de caña con pollo cocinado en aceite de oliva y salsa de cebolla, acompañado con garbanzos y comino. El castigo nos haría morir de hambre. Horemheb decidió desquitarse y trató de robar el pan de otra unidad. Cuando Weni lo descubrió, todos recibimos seis golpes de palmeta. Nos informó de que incluso las «raciones de guerra» serían suspendidas. Durante una semana sólo íbamos a recibir pan seco y agua.

Nos estábamos haciendo mayores, más astutos e ingeniosos y menos dispuestos a aceptar la autoridad de Weni. Pentju era hábil para alimentar nuestra furia. Nos olvidábamos de que, en realidad, él había tallado las marionetas o de que Ramsés había robado el pan. Weni, el director de la Casa de la Enseñanza, se convirtió en nuestro enemigo mortal. Por aquel entonces, a Horemheb le habían regalado un enano, un *danga*, obsequio de algún pariente en el Delta. En teoría, Weni debería haberse opuesto pero, como buen soldado viejo, era supersticioso y el enano lo preocupaba un poco. Se trataba de un hombrecito corpulento que no llegaba más arriba de mi hombro, con su cabeza y rostro casi ocultos por el pelo negro desgreñado, el bigote y la barba. El *danga* no podía dormir con los estudiantes, tenía que arreglárselas como pudiera en el exterior, aunque durante las lecciones y los juegos se echaba, como un perro, a la sombra de la pared. Horemheb lo adoraba y siempre se ocupaba de él. Era la única persona por la que mostraba compasión, compartiendo con él su comida y bebida y obligándonos arbitrariamente también a nosotros a hacerlo. Horemheb decidió celebrar un «consejo», como lo llamaba él, con el enano echado a sus pies. Se habían apagado las lámparas de aceite, la luna había salido completamente y en el dormitorio los demás estaban dormidos mientras nosotros nos reunimos en un rincón alejado, atentos a los débiles sonidos del resto del palacio.

—Estoy hambriento —gimió Horemheb—, y también lo está el enano.

—Todos estamos hambrientos —susurró Huy.

—Weni es el culpable —acusó Pentju ásperamente.

—¿Pero dónde podemos conseguir un poco de comida? —quiso saber Meryre.

El enano *danga* farfulló algo parecido a un susurro gutural. Horemheb inclinó la cabeza. El enano repitió lo que había dicho. Horemheb sonrió dando unas palmaditas sobre su estómago.

—Estoy hambriento —repitió—. ¡Daría cualquier cosa por un trozo de *ganso asado*!

En aquel momento no supe qué había querido decir, pero dos días después me enteré. Weni tenía un ganso llamado Semou, consagrado a Amón, un ave ruidosa y agresiva que se dedicaba a picotear la primera carne humana y tierna que se le cruzara. Nunca descubrí la historia completa, pero el ganso desapareció y, a juzgar por las sonrisas petulantes en los rostros de Horemheb y Ramsés, deduje que ellos eran los culpables. El enano, una miniatura grotesca de ondulante barba y facciones hundidas, también se mostraba visiblemente feliz. Weni estaba furioso y naturalmente sospechó de inmediato de la unidad Horus.

Entonces ya estaba con nosotros Sobeck, el hijo de un poderoso príncipe mercader de Tebas, que importaba incienso de Punt y cedro de Líbano. «Sobeck el Sexual» lo llamaba yo. Ya desde muy joven sólo pensaba en las muchachas. Se las arregló para ganarse el cariño de Horemheb y yo sospechaba que él también había tomado parte en el ataque al ganso. De todas maneras, todos parecíamos culpables. Al mediodía, cuando el calor del sol parecía salir de un horno abierto, Weni decidió celebrar una audiencia. Estaba presente el Príncipe de la Corona, Tutmosis, como cabeza de escuela, vestido con una túnica corta y sosteniendo un abanico bordado con la insignia de la Kap. Actuaría como testigo oficial de Weni. Nos desnudaron a todos, incluido al enano. Weni nos inspeccionó rigurosamente, olfateando en nuestras bocas y manos para descubrir cualquier señal de grasa o restos de comida, pero los «criminales», como Weni los llamó, eran astutos; se habían lavado totalmente, aunque olvidaron el pelo desgredado y la barba del enano. Weni cayó sobre él como un buitre hambriento. Olfateó el pelo y la barba del hombrecillo y lo abofeteó con fuerza en la cara.

—¡Criminal! ¡Ladrón! ¡Asesino! —bramó Weni.

Arrastró al enano sacándolo de la fila y empujándolo hacia delante para que Tutmosis pudiera inspeccionarlo. El Príncipe de la Corona confirmó su veredicto: el enano olía a ganso.

—Danos los nombres de tus cómplices —exigió Weni.

El enano, temblando de miedo, agitó la cabeza y empeoró las cosas al orinarse sobre los pies de Weni que, agarrándolo por el pelo, lo arrastró hasta un banco. Le obligó a echarse boca abajo. Weni tomó una vara. Horemheb quiso protestar pero Tutmosis lo empujó de vuelta a la fila. Weni se volvió amenazadoramente. Sus ayudantes sujetaron las muñecas y los tobillos del enano. La vara reapareció.

—¿Señor? —dije dando un paso al frente.

Weni se detuvo y se volvió.

—Sí. ¿Mahu? ¿Eres tú el culpable?

Aquella fue la única vez que pude decir la verdad.

—No, señor.

—Entonces ¿por qué hablas?

Me incliné y me arrodillé en el polvo.

—Maestro, el enano es inocente.

—¿Qué?

—Yo le di la grasa de ganso.

Weni se olvidó del enano y, acercándose a grandes zancadas, me arrastró hasta ponerme de pie.

—No comí el ganso —tartamudeé—. Ni tampoco el enano. Como sabéis, mi tía Isithia prepara pociones y ungüentos. Ella me dio un frasco de grasa de ganso. —Acaricié el mechón de pelo que crecía a un lado de mi cabeza, señal tanto de mi juventud como de formar parte de la Kap—. Es buena para el pelo. —Señalé al enano—. Yo le di un poco.

Weni me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y dónde está la grasa de ganso?

—En un frasco en mi arcón.

Weni hizo un gesto con la cabeza y uno de sus ayudantes salió de prisa para descubrir si decía la verdad. Consciente de los otros que estaban de pie junto a mí, cerré los ojos. El enano gemía. Tutmosis se chupaba los labios como si tratara de controlar una sonrisita. Sólo rogué que el recipiente de grasa de ganso fuera hallado y susurré una oración contra la mala suerte: «Muerte a ti que vienes de la oscuridad. Tú, que avanzas con la nariz al revés y tu rostro hacia atrás».

—Maestro, ha dicho la verdad.

Abrí los ojos. Weni estaba sujetando el botecito de cerámica y oliéndolo con desconfianza.

—¿Has usado esto? —Alzó de un tirón al enano y lo hizo poner de pie en el banco. El hombrecillo me miró rápidamente, asintió con la cabeza y farfulló algo que Weni no pudo entender.

—Lo usa en el pelo y la barba —gritó Horemheb—. Mantiene alejadas a las moscas.

Weni dio unas zancadas y abofeteó a Horemheb en la cara.

—Habla cuando se te autorice. —Luego se volvió hacia mí. La cólera había desaparecido de su cara; sus ojos tenían una expresión fría y calculadora—. Bien, bien —murmuró—. Hacen bien en llamarte Mandril del Sur, Mahu. —Se mordió los labios—. Dejad ir al enano. —La mirada de Weni no se apartó de mí—. Hagamos todos una buena carrera hasta el agua y vamos a nadar. Después podéis comer.

Se alejó con rapidez, seguido por Tutmosis y sus instructores. Pudimos entonces sentarnos en el suelo polvoriento. Yo necesitaba hacerlo, me temblaban las piernas. Un rato después nos llevaron al canal a bañarnos. Nadie dijo nada hasta que regresamos. Cuando estaba de pie junto a mi cama, secándome, más interesado en los olores fragantes que venían de la cocina del patio, Horemheb y Ramsés se acercaron sigilosamente. El primero estiró la mano.

—Mandrill del Sur, no lo olvidaré.

Cogí su mano y la de Ramsés, y eso fue todo lo que Horemheb dijo. Nunca volvió a hablar de ello. Aprendí dos lecciones importantes aquel día: cómo ganar amigos y cómo sobrevivir. A partir de entonces, las pequeñas crueldades terminaron y yo elaboré mi propia filosofía. Nunca sería tan ingenioso como para atraer las burlas de mis compañeros, ni tan tonto como para provocar la cólera de mis profesores. Sería Mahu, el que hace su propia vida y camina solo. Horemheb nunca lo olvidó y, creo, tampoco Weni. Desde aquel día me sentí extrañamente marcado, pero me consolaba un proverbio que había aprendido en el aula: «No confíes ni en un hermano ni en un amigo y no tengas compañeros íntimos pues son inútiles». Esta cita de las *Instrucciones del rey Amenemhat* era sumamente apropiada. Había actuado por impulso y por mi cuenta, no había confiado en nadie antes ni después, había hecho amigos, o por lo menos aliados, sin hacer enemigos.

Me convertí en un estudiante experto en escritura hierática y jeroglífica, en preparación de papiros y en el uso de los cálculos, especialmente el nilómetro^[9]. Con el resto estudié las glorias de Tomery y, por supuesto, teología, la adoración de los dioses y los cultos del templo. Todas las cosas giraban en torno a Amón-Ra, el dios silencioso de Tebas que, con el paso de los años, había sido asociado al dios Sol y era en aquella época la divinidad dominante en Egipto. Fuimos instruidos en los misterios de Osiris, del viaje por el Mundo Inferior, el *Am-Duat*, así como en la diferencia entre el *Ka* y el *Ba*, el alma y el espíritu. Nada de eso tenía importancia para mí. Los dioses eran tan secos y polvorientos como los cálculos para evaluar un *kite* de oro o un *deben* de cobre. Las mujeres, sin embargo, eran un tema diferente.

Los años habían pasado, nuestros cuerpos habían cambiado. Ya no jugábamos a los bolos, a saltar el ganso o al tira y afloja, sino que nos interesábamos más por las peleas con palos, la lucha, el boxeo y cualquier cosa en la que pudiéramos gastar la energía que se acumulaba en nuestro interior. Weni, por supuesto, se daba cuenta de los cambios y hacía la vista gorda a nuestras sudorosas incursiones bajo los árboles y entre los arbustos con las muchachas de la cocina y las criadas, que cruzaban nuestro patio llevando cántaros, balanceando sus caderas y lanzándonos miradas picaras. Por supuesto, Weni trató de aconsejarnos, pero su actitud con respecto a las mujeres podría resumirse en un proverbio que él repetía de manera lúgubre: «Instruir a una mujer es como sostener un saco de arena cuyos lados han sido abiertos». ¡Las experiencias de Weni con mujeres seguramente no fueron las mejores! Nunca tuvo el honor de conocer a mujeres como Tiye, Nefertiti y Ankhesenamón, y eso es algo que

puede dejarle a uno la sangre helada. En una ocasión repetí el consejo de Weni a Nefertiti, ante lo cual ella estalló en carcajadas, respondiendo agudamente:

—No es necesario instruir a una mujer, Mahu. Ella ya sabe lo que hay que saber.

Weni nos dio en una ocasión un consejo que Sobeck después ignoró deliberadamente.

—¡Bajo ningún concepto —bramó Weni blandiendo en el aire hacia nosotros uno de sus dedos regordetes—, bajo ningún concepto tengáis nada que ver con las mujeres del *Per Khe Nret*, el harén real, sean quienes sean y de dónde vengan! ¡Ellas son los Ornamentos Sagrados del Magnífico!

Escuché atentamente. El Magnífico iba apareciendo cada vez más en nuestras lecciones diarias, no sólo su nombre y sus títulos, sino también su poder, mientras el príncipe Tutmosis iba encontrando su lugar y ejerciendo su autoridad entre los jóvenes de la Kap. Yo, por mi parte, iba sintiendo más curiosidad por mi entorno. Tras años apartado de mi tía Isithia, en ese momento estaba empezando a salir de mi concha, de mi nido, la Casa de la Enseñanza, y mi primera incursión supuso el establecimiento de uno de los hilos que después iba a unir toda mi vida. Había ido fuera con una criada de la cocina, una dulce muchacha con una diadema de cuentas y un hermoso collar. Nos habíamos internado en la parte más alejada del huerto, hasta que ella se alejó susurrando que iban a notar su ausencia y desapareció como una sombra entre los árboles.

Permanecí allí durante un rato con la vista hacia arriba, mirando las ramas y escuchando los chillidos matutinos de las aves. Era uno de aquellos días desfavorables, decretado por los Sacerdotes del Calendario, pues iba a ser tocado por Seth, el Dios de Pelo Rojo. Por lo tanto, se cerraba la escuela, no había clases, sólo aburrimiento desde el amanecer hasta el anochecer. Me había escapado para encontrarme con la muchacha y en aquel momento me estaba preguntando si debía regresar. Pero decidí explorar el huerto y, por primera vez, me acerqué al Pabellón del Silencio. Había oído hablar de aquel lugar en las conversaciones del dormitorio y en el campo de entrenamiento, pero no le había prestado ninguna atención. Se encontraba a cierta distancia de la residencia. No era realmente un pabellón, sino una casa de dos pisos que sobresalía por encima de un alto muro encalado. Desde donde yo me encontraba podía ver palmeras datileras, sicómoros y terebintos. Se había excavado un canal desde el Nilo para regar el césped, los jardines y las hierbas aromáticas.

Me acerqué, moviéndome sigilosamente entre los árboles, y descubrí que el Pabellón tenía sólo una entrada, una pesada puerta doble de madera reforzada y pintada de negro brillante.

Me aproximé a la puerta pero me quedé helado. El lugar estaba vigilado por mercenarios *kushitas*, vestidos con faldellines de cuero con flecos y correas tachonadas de cobre sobre el pecho. Eran por lo menos una docena, algunos armados con el *khopesh*, otros con lanzas y escudos con la insignia de los regimientos de Isis y

de Ptah. También patrullaban la zona algunos arqueros, con pesados arcos preparados en sus manos y los *carcajs*^[10] colgados a su espalda, cargados de flechas con implacables puntas. Todos llevaban los tocados de color azul imperial y oro que les cubrían desde la frente hasta la nuca. Cada guerrero llevaba el Collar de Oro a la Valentía y las Abejas de Plata al Valor. Pero, incluso desde donde estaba yo agachado, pude ver que todos estaban desfigurados: a uno le faltaba un ojo, otro tenía una profunda cicatriz que le cruzaba la cara y descendía hasta el cuello, un tercero tenía la mejilla izquierda reseca y arrugada, con el ojo caído, como si hubiera escapado de algún espantoso fuego.

El sol había salido, aunque una leve neblina se aferraba todavía a los árboles. Iba ya a retirarme cuando escuché un grito, el de un niño que jugaba en el patio al otro lado. También vi las huellas profundamente marcadas de un carro que conducían a la entrada. Perplejo, me volví y me agaché para escuchar más atentamente. Otra vez el grito. Mis recuerdos me llevaron a la casa de mi tía Isithia. ¿Era aquélla una situación similar? ¿Un niño que juega solo, vigilado por adultos?

Regresé a la residencia. Cuando pregunté a mis compañeros, éstos se mostraron igualmente perplejos, aunque Ramsés trató de esconder una sonrisa irónica, frotándose su nariz ganchuda como si conociera un secreto que no estaba dispuesto a compartir. Huy susurró algo acerca de tener cuidado, de que el Pabellón del Silencio era territorio prohibido. Fui a ver a Weni, que estaba tomando el sol contra una pared con una jarra de cerveza oscura entre sus manos, una imagen cada vez más habitual. Habíamos empezado a perderle el miedo. Era más lento; a veces su manera de hablar era confusa y delegaba, cada vez más, sus funciones en sus subordinados. Desde el incidente del ganso había comenzado a mostrarme un poco más de respeto. Cuando le pregunté sobre el Pabellón del Silencio, se incorporó, sorbió ruidosamente de la jarra de cerveza y abrió su boca para gritarme algo, pero se encogió de hombros.

—Tarde o temprano —farfulló.

—Tarde o temprano ¿qué?

Weni me miró con la boca un poco abierta.

—¿Quién vive allí? —le pregunté.

Weni parpadeó y tragó con fuerza. Miró a su alrededor y luego se tocó la nariz.

—El Velado —masculló.

—¿Por qué está cubierto con un velo?

—¡Porque es tan feo como tú!

—¿Quién es? —insistí.

Weni mostró su sonrisa de borracho e hizo un gesto para que me alejara.

El asunto me tenía intrigado. ¿Un niño que vivía solo, apartado de todos porque era feo? ¿Y por qué aquellas huellas de carro? ¿Y los guardianes desfigurados? A la mañana siguiente, mucho antes del amanecer —debía de ser el decimoctavo o decimonoveno día de la Inundación—, salí discretamente del dormitorio y volví a situarme cerca del Pabellón del Silencio. Podía ver con claridad a los guardias a la luz

brillante de las fogatas encendidas en el suelo. Las llamas danzantes iluminaban las puertas reforzadas y también las heridas grotescas de quienes las vigilaban. Esperé.

El viento del norte, el fresco soplo de Amón, empezó a desaparecer. Con el primer rayo de sol, un cuerno de concha resonó al otro lado de la puerta, un sonido áspero que hizo salir revoloteando a las aves. Las antorchas y fogatas ya se habían consumido. Me estaba moviendo para aliviar un calambre cuando el cuerno sonó de nuevo. Recordé haberlo escuchado en varias ocasiones en la Casa de la Enseñanza pero nunca le había hecho caso, lo consideraba un ruido más del palacio. La doble puerta se abrió y un carro cubierto, tirado por cuatro bueyes rojizos y blancos con guirnaldas entre sus cuernos, salió pesadamente. Lo conducían dos arqueros *kushitas*, y otro iba sentado sobre el pescante guiando a los animales. Sobre el carro iba algo similar a una *naos*, un tabernáculo. Pude ver una estructura de madera y una figura en su interior, escondida tras cortinas de la más fina tela de lino. Los incensarios brillaban y despedían nubes perfumadas. El carro, seguido por su escolta, giró hacia el este, en dirección al río. Lo seguí. Entró en un claro pequeño y se detuvo.

El día brillaba ya con los destellos del sol naciente. Se colocaron unos escalones en la parte trasera del carro y se levantó el velo. Apareció una figura con la cabeza escondida tras una máscara de lino. Una tela del mismo material colgaba sobre un largo cuerpo anormalmente delgado, de piernas y brazos extrañamente alargados. Quienquiera que fuese aquella persona, no llevaba más adorno que un brazalete rojo con incrustaciones de plata. Alcancé a ver sus pechos caídos y un vientre prominente. Cuando descendió, sus piernas y brazos, así como los dedos de las finas manos, me recordaron las patas de una araña. No llevaba sandalias, dejando al descubierto unos pies delgados y largos, con dedos como los de un mono. Así que aquél era el Velado.

La figura me dio la espalda y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, sobre unos almohadones de color rojo sangre que el guardián había colocado previamente. A cada lado tenía un recipiente de incienso encendido. Permaneció así, con la cabeza inclinada, frente al sol naciente. Una voz baja y melodiosa empezó a cantar un himno que algún día resonaría por todo Egipto y destrozaría a sus dioses.

Oh, tú, que apareces hermoso por encima del horizonte.

¡Oh, tú, que tus rayos besan la tierra y le dan vida!

¡Toda la gloria es para ti!

¡Un millón de jubileos, Máximo y Único!

Yo estaba paralizado. El resto del séquito entonces se postró en un semicírculo detrás de aquella figura, de extraño aspecto pero de voz potente y melodiosa. Yo había escuchado cantar himnos y poesía anteriormente, pero no con la pasión que envolvía aquellos versos. ¿Se trataba acaso de un adorador de Atón, el Disco Solar, un culto cada vez más difundido entre los nobles adinerados de Tebas?

El velo de la cara fue entonces retirado hacia atrás. Abandoné mi puesto y me moví silenciosamente entre los árboles para rodear a los guardias y poder ver mejor,

sentándome bajo una encina. La figura colocada sobre los almohadones levantó la cabeza, dejando ver un rostro de barbilla alargada y ojos rasgados, con una nariz afilada encima de los labios rojos y carnosos. Sus altos pómulos hacían parecer todavía más alargados aquellos ojos. Y a pesar de todo, aunque aquella cara era extraña, poseía una belleza extraordinaria. Inclino de nuevo la cabeza y volvió a entonar el himno.

*Oh, tú, que vienes de un millón de millón de años.
Que mantienes toda vida en la tierra.
Que oyes el crujir de los pétalos y hueles el loto,
todos los elogios son para ti.*

El himno fue continuado por el séquito en voz baja y melodiosa, luego sobrevino el silencio. El joven tenía algo en su regazo, un loto azul. Me acerqué. El Velado se volvió a su izquierda, haciendo señas al capitán de su escolta, que se adelantó rápidamente. Después de algunos susurros, regresó a su meditación. El sol estaba ascendiendo con rapidez, bañando el claro con luz cambiante. Estaba a punto de retirarme cuando sentí una aguda punta que me tocaba la nuca. Me di la vuelta. Un *kushita* tuerto se encontraba de pie junto a mí con su lanza rozándome la cara. Junto a él dos arqueros, con las flechas preparadas en sus tensos arcos. Me miraban impasibles. Yo me había quedado sin habla. Tenía mucho miedo, a ellos y a romper el silencio.

El *kushita* se inclinó, me agarró por el hombro y me obligó a ponerme de pie. Yo estaba vestido sólo con un taparrabos y un manto de lino sobre mis hombros. Me lo quitó, susurrando algo a sus compañeros en una lengua que no pude comprender. También me cachearon el taparrabos.

—Estoy desarmado —tartamudeé.

—Tráelo contigo.

El Velado se dirigía ya al carro. Se colocó en su asiento, los escalones fueron retirados, volvieron a guardarse los almohadones y los incensarios y aquella extraña procesión regresó al Pabellón del Silencio. No tenía más opción que seguirlos. Uno de los *kushitas* me había atado una sogá al cuello. No me trató con dureza. La mantenía floja como cuando uno pasea con un perro o un mono. Las puertas negras se abrieron y me introdujeron en un patio cuadrado, de ladrillos, atravesado por un canal, con una pequeña fuente en el medio. No había jardines, pero sí abundantes flores en *cestos*, con ramilletes recién cortados cuya fragancia se notaba en el aire y atraía a las abejas. La fachada de la casa era similar a la de cualquier noble adinerado, con un pórtico de columnas de cedro libanés, brillantemente engalanadas con diferentes estandartes, al que se accedía por escalones bien trabajados. El carro se detuvo frente a éstos. El Velado descendió y, acompañado por su extraño séquito, se deslizó hacia la casa. Se movió con más libertad en ese momento, sin resultar demasiado desgarbado, con una gracia natural y gran dignidad, como si, consciente

de sus defectos, estuviera decidido a destacarlos en lugar de esconderlos. Mi guardián me miró.

—¿Lo crucificaremos ahora? —Su voz era gutural.

A pesar de sus heridas grotescas y del brillo feroz de su único ojo, la boca cruel sonreía.

—¿Qué haremos contigo, muchacho-mono?

Escondí mi miedo y le lancé una mirada furiosa como repuesta.

—Los monos —se inclinó— pueden quedarse en los árboles.

—¡Un mono puede mirar a un rey! —repliqué.

El *kushita* se ríó y me dio un suave tirón de orejas. Desató la cuerda y me empujó hacia los escalones. El interior de la casa estaba fresco, sus paredes pintadas de verde claro, sin pinturas, salvo los bordes superior e inferior, ricamente decorados. Había cuatro o cinco sirvientes, hombres y mujeres. Ellos también estaban desfigurados. En Tebas habrían sido rechazados como *rinocerontes*, hombres y mujeres que habían perdido sus narices y orejas como castigo por algún crimen cometido. Lo habitual era desterrarlos a un pueblo o aldea polvorienta, o incluso confinarlos en un oasis o en algún rincón rocoso de las Tierras Rojas. Éstos, sin embargo, parecían bien alimentados y vestidos, y eran bastante hospitalarios. Me quitaron el manto y el taparrabos. Un sirviente trajo una jarra de agua. Mi cuerpo fue lavado y ungido cuidadosamente, y mis labios y manos ligeramente humedecidos con recipientes de agua salada. Me estaban purificando como a un sacerdote antes de entrar en el santuario de un templo. Me ataron un taparrabos nuevo a la cintura y me pusieron una túnica de lino, fresco y limpio, que caía desde mis hombros, y unas extrañas sandalias alargadas en los pies. Luego me llevaron al salón interior, una hermosa y elegante habitación con cuatro columnas que sostenían el techo, pintadas de verde y rojo. Aquí las paredes estaban delicadamente decoradas pero, mientras esperaba entre las sombras junto a la entrada, pude darme cuenta de que las pinturas eran totalmente diferentes a las que había visto en el templo de Anubis. Allí no había ninguna estilización formal. Aquí el león furioso era natural, como si estuviera listo para saltar de la pared. Las aves, con su brillante plumaje, estaban a punto de salir volando. Había símbolos del Disco Solar por todas partes, en algunos casos en pleno apogeo, en otros, mostrándose por encima de un horizonte azul oscuro. Unas veces tenía alas añadidas, otras no. En el centro de la habitación había un hogar y al fondo una tarima protegida por una cortina gris. Alguien me empujó hacia delante. Se abrió la cortina. El Velado estaba sentado sobre unos cojines con su espalda apoyada en la pared, con una mesita ante él. Me empujaron hasta ponerme de rodillas y toqué el suelo con mi nariz.

—Eso no es necesario. Eso no es necesario. —Las palabras salían lentamente, en voz baja—. Que mi visitante se acerque a mí.

Subí los peldaños. El Velado levantó la cabeza, mostrando sus rasgados y extraños ojos, pero su mirada era fascinante y dispersó mis temores. Ya no prestaba

atención a sus dedos, cual patas de araña, a sus largas manos sobre el pecho o a su vientre prominente contra la túnica de lino bordada. Sólo veía aquellos ojos llenos de pasión, como si aquel hombre fuera a entonar alguno de los himnos que acababa de cantar en el claro. Sus labios sensuales estaban entreabiertos, su lengua sobresalía ligeramente mientras me estudiaba con atención, como un juez sopesando lo que era bueno y lo que era malo, tratando de descubrir con una mirada quién era yo realmente. Esbozó una leve sonrisa, inclinándose ligeramente, y con un elegante movimiento de aquellos largos dedos hizo un gesto señalando los almohadones al otro lado de la mesa.

—Estarás mejor si te sientas.

Los almohadones eran gruesos y blandos. La mesa era de madera de acacia con incrustaciones de ébano y plata, y los platos y jarras presentaban la más fina factura, con pequeños trozos de pato crujiente, salsas, hierbas aromáticas y pan cortado en delgadas rebanadas. Las copas contenían vino, no cerveza. Cuando lo probé, tosí y me eché hacia atrás. El Velado se río delicadamente.

—El mejor —susurró—. De las ricas tierras de Canaán. Dicen que la tierra allí es negra y tan fértil que se obtienen dos cosechas al año. Vamos, vamos, ¡come!

Señaló la impoluta cesta de caña que tenía ante sí. Yo no estaba asustado, sino que trataba de ser cauteloso. Él mismo me sirvió, limpiándose con delicadeza con un paño.

—Estás purificado y limpio. —Se inclinó sobre la mesa y pude ver sus verdaderas facciones. Llevaba un tocado azul y oro, una perla de plata colgaba del lóbulo de una de sus orejas y en su cuello destacaba un pectoral con flores. En su mano izquierda brillaba un anillo con el símbolo del Disco Solar—. Eres demasiado tímido —murmuró con los ojos entrecerrados, como si fuera miope—. Pero no tanto como para no espiar.

—No estaba espiando. —Tragué rápidamente.

—Entonces ¿qué estabas haciendo?

—Sentía curiosidad.

—¿Sabes quién soy?

—El Velado.

—¿Y sabes por qué estoy velado?

—Porque dicen que sois feo.

—¿Y tú crees que soy feo?

—No, señor.

—¿Sabes quién soy?

Negué con la cabeza.

—Mi nombre es Amenhotep. Soy el segundo hijo del Magnífico y de su amada esposa, la Señora de la Casa, la reina Tiye.

Escondí mi nerviosismo levantando la copa de vino y tragando ruidosamente.

—¿Nunca has oído hablar de mí? Nací así —continuó con tono neutro— y fui ocultado en el pabellón de los niños, alejado de la Kap. ¿Te parece que soy extraño? En realidad no tengo un nombre verdadero. Soy sencillamente el Velado, el que se oculta en las sombras. —Salió de su estado de ensoñación—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Mahu, hijo de Seostris, el Mandril del Sur. A mí también me llaman el Feo.

Hablé más alto de lo que pretendía. Escuché un sonido que procedía de la parte posterior; los arqueros *kushitas* todavía estaban allí, armados y dispuestos. El Velado, sin embargo, sólo levantó aquellos dedos largos, con la palma hacia arriba en señal de paz. Me miró fijamente durante un rato, con su cara alargada y solemne y los ojos clavados en mí. Luego comenzó a reírse. Primero fue un ruido profundo en su garganta, después echó la cabeza hacia atrás soltando sonoras carcajadas mientras aplaudía con suavidad.

—¡Mahu el Feo, el Mandril del Sur! —Cogió un trozo de pato, lo mojó en la salsa de hierbas e, inclinándose hacia delante, me dio de comer con delicadeza—. Me gustas, Mahu, Mandril del Sur. Eres uno de los jóvenes de la Kap. Háblame de ti.

No tenía otra opción. Charlé como un pájaro en una rama sobre la tía Isithia, mi padre, mis años en la Kap, Horemheb, Ramsés y el resto. El Velado giró su cabeza ligeramente como si tuviera problemas de oído. Dejó de comer y escuchó atentamente, interrumpiendo cada cierto tiempo con alguna pregunta inteligente. Cuando terminé se reclinó sobre los almohadones con la cabeza contra la pared, balanceando su copa de vino.

—Odio la cerveza. —Me miró a través de sus gruesos párpados—. ¿Cuántos años dirías que tengo?

—Más o menos mi edad.

—¿Qué edad es ésa?

—Unos catorce veranos.

—¿Has estado con una mujer, Mahu?

—Sí —confesé.

Se inclinó hacia delante, con expresión bastante molesta.

—Pero no anoche, ¿verdad? —Su voz se hizo un tanto petulante—. Ni hoy, ni anoche. Has sido purificado. —Miró atentamente a través de la cortina de lino que tenía detrás, como si buscara seguridad en alguien del otro lado. Luego se relajó y se rió ruidosamente—. No puedo poseer a una mujer. —Bajó la mirada hacia la mesa—. Dicen que no puedo hacerlo. —Hizo un gesto señalándose la ingle—. Una maldición de los dioses. ¿Cuál es tu dios favorito, Mahu? —Estuve tentado de decir que era Atón, el Disco Solar—. ¿Y bien? —La cabeza del Velado se alzó. Tenía una expresión de curiosidad en su rostro.

—No tengo ningún dios. —Las palabras salieron solas. «Lo mejor es que diga la verdad», pensé.

—¿Ningún dios? —Estiró la mano y me acarició la mejilla—. ¿Estás seguro, Mahu? ¿Ni Seth, ni Montu, ni Isis, ni Ptah? ¿Por qué no? Si repitieras esas palabras

en la Casa de la Enseñanza...

—Sería azotado —respondí. El vino comenzaba a surtir efecto. Sentía mi cara acalorada, mi lengua se había puesto más espesa y pesada de lo que yo hubiese querido.

—Ningún dios. —El Velado parpadeó. Se giró hacia un lado y sacó un hermoso cofrecito de madera de sicómoro con placas de cobre y bordes con incrustaciones de plata y oro. Apartó los platos y las copas y lo colocó suavemente sobre la mesa levantando su tapa—. Aquí están los dioses, Mahu. —Sacó estatuillas de las principales divinidades de Egipto, sólo que sus cabezas habían sido cortadas: Osiris, Isis, Anubis, Seth el Destructor, Montu el Guerrero—. ¡Baratijas! —sopesaba dos en sus manos—. Yeso y piedra, nada más. Se ríen de mí, ¿sabes?

Su rostro había cambiado, ya no era hermoso con su boca realzada y aquellos ojos entrecerrados y centelleantes.

—Los «cabeza afeitada», esos cerebros blandos, los sacerdotes... le dijeron a mi padre que me mantuviera oculto, que me encerrara aquí, y aquí estoy, Mahu. —Volvió a colocar las estatuas en la caja. Estuve tentado de preguntarle acerca de lo que había visto en el claro aquella mañana temprano pero decidí callarme. De pronto, su humor cambió—. Vamos, termina tu comida.

Así lo hice, incluso mientras él llenaba mi copa de vino. Estaba empezando a alarmarme ante aquella extraña persona de humor variable. A veces me hablaba directamente, otras se interrumpía para volverse hacia el otro lado, como si hubiera alguien, invisible para mí, sentado junto a él. Comía con rapidez pero de manera cuidadosa, limpiándose los labios con los dedos y éstos a su vez en un paño. Las preguntas salían una tras otra, veloces.

¿Había entrado en la Casa de la Guerra? ¿Cómo era acostarse con una muchacha? ¿Cuáles de los muchachos eran mis amigos? ¿Visitaba alguna vez a mi tía? Se ponía de mal humor cada vez que mencionaba a los sacerdotes. Tuve que luchar contra la somnolencia, contra una sensación de opresión. Al final de la comida, el Velado apoyó la espalda contra la pared.

—¿Puedo compartir un secreto contigo, Mahu? Mi hermano Tutmosis es bueno. —Me apuntó con un dedo—. Me alegro de que lo respetes. Debes irte enseguida. —Jugó con el anillo en su dedo—. Mi madre llegará en cualquier momento. Le hablaré de ti, pero le pediré que no le diga nada a mi padre. Al Magnífico —su voz se llenó de sarcasmo— no le gusta que se mencione mi nombre. Si hubiera sido por él, me habrían ahogado en el Nilo. Mi madre piensa de manera diferente. Dice que he sido tocado por los dioses. Tenemos nuestros secretos.

—Pero vos no creéis en los dioses.

—Es cierto —murmuró el Velado—. Por el momento es verdad. —Inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Crees en la magia, Mahu?

—Sé hacer algunos trucos —respondí.

El Velado se ríe tontamente cubriéndose la boca con los dedos.

—Bien, es mejor que te vayas. —Dejó caer su mano, la estiró y con un dedo recorrió mis labios—. Te he conocido y te deseo la paz, Mahu, Mandril del Sur. Nos volveremos a encontrar algún día.

Espíritu diabólico

*«Tu hijo ha actuado por ti.
Los Grandes tiemblan
cuando ven tu espada».*

(Conjuro 174, Libro de Los muertos).

Capítulo 2

Mi encuentro con el Velado fue breve pero impresionante. Me pregunté si aquello tendría alguna consecuencia, pero nadie hizo la menor referencia a mi visita secreta ni recibí mensaje alguno del Pabellón del Silencio. Mi encuentro también coincidió con que «los niños de la Kap» (aunque éramos ya jóvenes) iban siendo incluidos con mayor asiduidad en la vida del palacio de Malkata a medida que el Príncipe de la Corona, Tutmosis, maduraba. Lo que el Velado me había dicho avivó mi interés por sus padres, a quienes sólo había visto de lejos. A partir de aquel momento escuchaba con avidez todos los chismes. El viejo Weni, que dependía cada vez más de la jarra de cerveza, era una excelente fuente de información cuando estaba sobrio. No contento con la *henket* o cerveza de cebada, se había pasado a la *sernet*, la cerveza oscura y densa que rápidamente te conducía ante Hathor, la Señora de la Embriaguez.

Solía reunirme con él a la sombra de un olivo cerca de un estanque poco agradable en donde las hojas de los árboles eran densas y exuberantes. Él se recostaba contra un árbol y colocaba sobre sus piernas una cesta de salchichas de ajo o pollo asado a la parrilla cubierto con salsa de apio.

—Oh sí —decía mientras comía ruidosamente, tocándose la nariz carnosa y haciéndome un guiño—. El Magnífico ha sido realmente bendecido por Amón. Tiene un harén. —Weni tuvo dificultades con las palabras «*Per Khe Nret*», la Casa de las Mujeres—. Princesas de todas las naciones que existen bajo el sol. —Se relamió los labios—. De Mitanni, hititas, babilonias, nubias, libias, lo mejor de cada casa para satisfacer todos sus caprichos. —Se inclinaba acercándose más a mí con sus ojos vidriosos y el fuerte aliento a cerveza—. Pero el verdadero poder, y digo *el verdadero poder*, lo detenta su esposa, la Gran Reina, la Señora de la Casa, la divina Tiye.

—¿De dónde es? —pregunté.

—No es una princesa extranjera. —Entrecerró los ojos dirigiéndolos al cielo—. Los faraones se han casado siempre con princesas extranjeras, pero el Magnífico fue cautivado por ella desde los días de su juventud. Tiye la *Hermosa* —agitó la cabeza—. Y ella era exquisita, Mahu. Oh —se corrigió—, todavía lo es. Pequeña pero perfectamente formada, con un extraño pelo rojo y ojos almendrados. Si fuera una gata, le brillarían en la oscuridad.

Levanté mi mano para pedirle silencio. Extraño, ¿no?, de qué manera puede cambiar la relación entre profesor y alumno. Weni dependía cada vez más de mí. Los demás lo molestaban o se burlaban de él, pero yo le hablaba y usaba los regalos que recibía de mi tía Isithia para comprarle una jarra de cerveza. Realizaba pequeños trabajos para él, llevando alguna cosa o trayéndole otra. Me estaba haciendo tan astuto como una mangosta y mi intención era utilizarle para aprender más sobre Malkata. Horemheb me había dicho una vez algo extraño. Yo acababa de hacer un

comentario gracioso sobre un funcionario de la corte. Horemheb se estaba atando una sandalia y decidió hacerlo cerca de mí.

—Cuidado con lo que dices, Mandril del Sur —había susurrado con voz áspera—. Por aquí, hasta los árboles oyen.

Había tomado totalmente en serio aquella advertencia, pero aquel olivar, como siempre, parecía desierto. Si alguien se acercara, la maleza y las hojas lo traicionarían.

—¿La Señora Tiye? —señalé.

—La Señora Tiye —Weni, ebrio, sacudió la cabeza—. Generosa a la hora de otorgar favores, Gran Esposa del Rey, amada por Nekhbet. Es de *Akhmin*, a cientos de kilómetros al norte, en el noveno *nomos* egipcio, donde veneran a Min, el Dios de la Fertilidad Masculina. La Señora Tiye era sacerdotisa allí. Dicen —su rostro se acercó más— que ella sabe más sobre el arte del amor que una legión de cortesanas.

—¿Y el harén? —insistí.

Weni agitó la mano como si estuviera espantando una mosca.

—Es más para aparentar que para otra cosa, aunque los rumores dicen que, a medida que se hace viejo, los gustos del Magnífico han ido cambiando. Le gusta mirar a algunas de sus mujeres danzando mientras otras lo acarician.

—¿Y los hijos del Divino?

Weni era demasiado astuto como para revelar algún escándalo oculto.

—Oh, está el príncipe Tutmosis —miró por el rabillo del ojo—, y también hay algunas hijas. —Me miró fijamente con ojos llorosos y llevó la conversación al tema de mi próximo ingreso en la Casa de la Guerra.

—Mis días terminarán y los tuyos comenzarán —añadió con dolor—. Lamentaré verte partir, ganso astuto. —Una referencia, por supuesto, a la desaparición de su amada mascota. Sin embargo, yo podía jugar al mismo juego de Weni y no me retiraba.

El verdadero líder de la Kap era el Príncipe de la Corona, Tutmosis, un hombre joven de vigoroso y delgado cuerpo, de rostro y estilo arrogante y áspera voz. Unos dos meses después de mi encuentro con el Velado, el príncipe nos reunió para anunciarnos que seguiríamos viviendo allí, pero que entraríamos en la Casa de la Guerra, bajo la supervisión directa de Hotep el Sabio, amigo íntimo y consejero de su padre, que disfrutaba del título de Padre de Dios, Escriba de los Reclutas, «Superintendente de Todas las Obras». Hotep era una leyenda viviente. Un plebeyo de Athribitis, en el Delta, que había llegado muy alto en el círculo real. Era el supervisor de las construcciones emprendidas por el Magnífico, desde el Gran Verde hasta más allá de la tercera catarata: templos, estatuas, santuarios, palacios y obeliscos, todo para la gloria de Amón-Ra y su hijo, Amenhotep el Magnífico.

Una semana más tarde, llegó Hotep, alto y de rostro delgado, con facciones patricias. Debía de haber pasado su sexagésimo verano. Vestía como un sacerdote, con la cabeza afeitada y carente de todo adorno. Con él estaba el coronel Perra de los

Maryannou (los Valientes del Rey), segundo del regimiento de Seth, un fornido hombre joven, corpulento, de rostro duro de luchador profesional. Sería nuestro instructor en las artes de la guerra. Weni fue apartado, empujado a sentarse en su banco y beber cerveza. Hotep nos reunió en el patio y, con poca ceremonia, se subió a un banco. Llevaba un pequeño abanico en la mano derecha que golpeaba constantemente contra el muslo. Durante un momento se concentró en estudiar cada uno de nuestros rostros.

—Soy —comenzó a decir con voz sugerente— un escriba realmente excelente. El primero en calcular todo en Tomery. He sido introducido en los libros de los dioses. He estudiado las palabras de Thoth. He penetrado en los secretos de los dioses y conocido todos sus misterios. He sido consultado sobre cada uno de sus aspectos. He controlado todos los retratos del Rey en cada piedra, supervisando el trabajo de sus estatuas. Nunca copié lo que se había hecho antes. Nunca ha habido nadie como yo desde la fundación de las Dos Tierras. —Hotep el Sabio se detuvo, con una sonrisa en sus labios—. He hecho un voto a Maat. Mis palabras son verdaderas. ¿Y por qué os digo esto? Vosotros sois niños de la Kap. Pronto entraréis al servicio del Divino. Trabajaréis en la Casa del Regocijo y la voluntad del Divino será vuestro placer. Al hacer su voluntad, si me imitáis, se os otorgarán grandes favores. ¿Me comprendéis?

Estábamos arrodillados ante él sobre el suelo duro e hicimos una reverencia, tocando el polvo con nuestras narices.

—¡Bien! —Hotep se bajó del banco. El coronel Perra nos dijo que nos pusiéramos de pie y obedecimos con premura. Hotep recorrió la fila, deteniéndose cada cierto tiempo para hablar. Se paró ante mí y me golpeó ligeramente la mejilla con su abanico.

—Tú eres Mahu, hijo de Seostris.

—Sí, Su Excelencia.

El día era caluroso, el sol estaba muy alto y nosotros habíamos estado haciendo ejercicios antes de que el Padre del Dios llegara. Estaba cubierto de polvo y era consciente del hilo de sudor que caía por mi cara.

—Un buen soldado, tu padre.

—Sí, Su Excelencia.

—Y eres sobrino de Isithia, la señora que maneja con habilidad el matamoscas.

Pude ver su cínica mirada de diversión despreciativa y me pregunté si él habría sido uno de los clientes de mi tía y cuál había sido la razón de que me hubieran admitido en la Kap. Se me acercó más, alejándose del coronel Perra.

—Mahu, el Mandril —susurró—. Un joven que sabe moverse en el palacio, que puede deslizarse entre los árboles como una sombra.

Me puse tenso y recordé las palabras de Horemheb. Hotep me tocó otra vez la cara.

—¿Tienes algo que decir, Mahu?

—«Él que escupe en el cielo —citó el proverbio— encontrará saliva en su cabeza».

Hotep sonrió abiertamente.

—¿Así que no tienes nada que decir?

—Sólo que me siento honrado con vuestra presencia, Su Excelencia, y de que os hayáis dignado prestarme atención.

La sonrisa desapareció.

—Oh Mahu, Mahu, no te preocupes, te he prestado *mucha* atención.

Pasó a Sobeck, que estaba a mi lado. Esta vez su voz fue más fuerte. Sobeck se había convertido en un joven apuesto con una sonrisa y un encanto tranquilo. Era un atleta excelente y su cuerpo duro y dorado atraía con frecuencia la atención de las muchachas, así como también la de Maya, que suspiraba por él como una sirvienta loca de amor.

—Sobeck. —Estaba seguro de que Hotep quiso que yo escuchara—. ¿Conoces la historia sobre Babilonia, Sobeck?

—¿Qué historia? —respondió mi compañero.

—Sobre el harén real. Cuando el rey muere, es enterrado en un hoyo profundo. Aquellos que lo han servido lo siguen allí tomando veneno, llevados por el aire al Horizonte Lejano por la música de arpistas ciegos que también lo acompañarán hacia el Oeste.

Hotep me echó una rápida mirada. Mantuve mi vista al frente. El coronel Perra había regresado a la fila para hablar con Horemheb.

—Ya conoces el proverbio, Sobeck —continuó Hotep—. Si deseas mantener la amistad de cualquier familia a la que te incorpores, sea como visitante, como hermano o como amigo, hagas lo que hagas, nunca te acerques a las mujeres. —Le dio a Sobeck un golpecito en el pecho—. Recuerda lo que te he dicho.

—Sí, Su Excelencia.

Una vez disuelta la formación, llevé a Sobeck aparte.

—Te estaba haciendo una advertencia —le dije.

—No, me estaba amenazando —replicó Sobeck riéndose—, y creo que estaba haciendo lo mismo contigo.

—Debes tener cuidado —le aconsejé, agarrándolo por el hombro. Sobeck miró mi mano pero no la quitó—. Hay un espía entre nosotros.

—¿Cómo lo sabes, Mahu? —Sobeck movió con rapidez los párpados—. ¿En qué te han descubierto? —Golpeó juguetonamente mi mejilla y se alejó.

A partir de aquel momento empecé a mirar a mis compañeros con inquietud. Sobeck no hacía el menor intento de ocultar sus aventuras, pero Hotep había insinuado algo más que el simple coqueteo con una jovencita de la cocina. Mi caso era diferente. Yo creía que nadie conocía mi encuentro con el Velado. Entonces recordé cuando había estado oculto en aquel claro del jardín. ¿Cómo supo el Velado que yo estaba allí? ¿Tenían tan buena vista él y su escolta? ¿O alguien le había

advertido que lo estaban observando? La mañana que me llevaron al Pabellón del Silencio todo estaba preparado, como si él estuviera esperándome.

* * *

La llegada de Hotep provocó otros cambios, una aceleración del ritmo, como si éste lo marcara el son de un tambor. Los niños de la Kap habían participado siempre en los festivales. La Partida de Osiris, el Festival de la Embriaguez, Opet, la Fiesta del Valle y el Festival del Hermoso Encuentro. Siempre habíamos asociado aquellos espléndidos días con comida: hogazas de pan, redondas, triangulares o cónicas, enriquecidas con huevo, mantequilla y leche, y endulzadas con cilantro y canela. Después del pan venían las suculentas sandías, granadas abiertas y exquisitos racimos de uvas, con gacela fresca o carne dulce de liebre, acompañado todo con los vinos más finos, el excelente Irep Neffer, o el Irep Maa, el auténtico vino. Comíamos y bebíamos hasta que nuestros estómagos se hinchaban, probando estos vinos mezclados con miel, especias, mirra y resina de pistacho. Una vez atiborrados con este saqueo a las cocinas reales, nos sentábamos en el patio, en la noche iluminada por recipientes aromáticos o cuencos de cerámica llenos de aceite con sus mechas de lino flotando encendidas, brillando en la oscuridad. El único momento en que estábamos relajados era cuando repetíamos los versos que nos había enseñado Weni:

*Ankh, Was y Neb;
toda la vida, el poder y la protección para el Divino.
Ka Nakht Kha Em Ma at,
Amenhotep el León de Fieros Ojos,
el Fuerte Toro que en verdad aparece,
Señor de las Dos Tierras,
Azote y Castigo de infames asiáticos.*

Después cantábamos a la Diosa de la Embriaguez:

*Oh, canta a Hathor Áurea,
Señora de la Turquesa.
Envía dulces placeres al Señor de las Dos Tierras,
protege a quien vive en la verdad.
Hazlo saludable en el Este del cielo,
próspero en el horizonte lejano,
permite que viva un millón de jubileos.*

Nosotros cantábamos aquello, tambaleándonos, pero, por supuesto, el Divino era una figura distante, apenas vislumbrada en su real barcaza, *Deslumbrante Poder de Atón*. Iba adornado con su Coraza de Celebraciones y Vestimentas de Regocijo, de colores brillantes como si se hubieran reunido mil mariposas y deslumbrantes flores. Era efectivamente una figura distante. Él y la Gran Señora Tiye iban sentados en sus tronos con doseles ornamentados, luciendo sus pesados pectorales enjoyados, con

pulseras y brazaletes de oro. Estaban siempre rodeados por portadores de abanicos, protegidos del sol y del viento por plumas de avestruz teñidas de rosado, muy espesas y empapadas en perfume. Alcanzábamos a ver su corona azul, blanca y roja, así como la de la Gran Esposa, la Señora Tiye, un disco solar entre los Cuernos de Hathor, con altas plumas y un áspid en posición de ataque... una imagen deslumbrante de color que pasaba fugaz y llena de gloria.

Mirábamos aquella magnificencia de la misma manera que admirábamos la *belleza*, de las estrellas, *siempre* allí, pero muy lejanas. Hotep cambió todo eso. Su intención era hacernos comprender que no sólo formábamos parte de aquella gloria, sino que habíamos nacido para servirla. Nos llevó a organizadas visitas al gran palacio de Malkata, desde el templo funerario del Magnífico hasta el extraordinario puerto que había construido para la barcaza de la Señora Tiye en Biket-Abu. Nos condujeron por los bien cultivados jardines y sus muros, y también entramos al palacio propiamente dicho, una residencia de vivos colores con pavimentos de baldosas pintadas que mostraban al Pueblo de los Nueve Arcos, los enemigos de Egipto, cautivo bajo la sandalia imperial. Las paredes y las columnas del palacio estaban adornadas con espirales verdes, cabezas de toro doradas, terneros rampantes rojos y blancos y ricas pinturas de las grandes superficies de papiro del Nilo con su agua fluyendo y aves de brillantes plumajes.

Se nos permitió entrar en los aposentos privados donde los lechos, con sus armazones con incrustaciones de ébano, plata y oro, destacaban en el brillo deslumbrante de la madera negra o marrón oscuro. Hotep nos animó a sentarnos en taburetes de patas cruzadas y esculpidas en forma de garras de pantera, leopardo o león, con asientos de cuero acolchado. Pudimos acariciar cojines de color azul luminoso y plata, rellenos de plumas, sedosos y blandos al tacto; estudiamos los tapices colgados en las paredes con bordes de intensos colores y tuvimos en nuestras manos vasos de plata y oro, de fina cerámica y de alabastro, con formas de animales exóticos o de mujeres hermosas. Las palabras *Ankh* y *Sa*, vida y felicidad, figuraban por todas partes. Por encima de los dinteles de las puertas y ventanas, el buitre sagrado Nekhbet extendía magníficamente sus coloridas alas. Visitamos baños y letrinas recubiertos de azulejos, terrazas y una impresionante biblioteca, la *Per Medjet*, la Casa de los Libros. Por supuesto, en todas partes había escenas que retrataban al Magnífico aplastando a sus enemigos, cabalgando como el Dios de la Guerra. Era la esfinge bajo cuyas crueles garras los tatuados libios, los nubios con aros en sus orejas, los sirios con sus túnicas ondulantes o los *sheshnu*, los errantes del desierto y habitantes de las arenas, temblaban de miedo. Hotep era un hombre inteligente. Todas las semanas nos llevaba por los palacios para ver la gloria y sumergirnos en el poder de Egipto. Para ello teníamos que vivir, y por ello también podríamos morir.

Al mismo tiempo, nos preparábamos para entrar en la Casa de la Guerra. El coronel Perra era un instructor brutal. Nuestros estudios habían terminado y comenzó

un adiestramiento más severo. El servicio a Montu, el Dios de la Guerra, iba a ser, según las palabras del coronel Perra, nuestro alimento permanente, nuestro deseo constante, el aliento mismo de nuestra vida. Nos hacía desfilar cubiertos únicamente con nuestros taparrabos en medio del calor del mediodía y siempre comenzaba citando una obra famosa llamada *La sátira del intercambio*.

—Un soldado —bramaba el coronel Perra— tiene que ser sacudido como se sacude una alfombra, para quitarle el polvo y todo peso muerto. Participa en las campañas en Siria y marcha sobre montañas. Lleva pan y agua sobre sus hombros, como un asno. Bebe de charcos salobres y duerme con un ojo abierto. Cuando se encuentra con el enemigo, debe pelear como un animal que ha caído en una trampa. Se convierte en una pieza móvil de madera. Enferma y se descompone. Le roban la ropa y come polvo todos los días de su vida. Eso forma parte de lo que significa ser soldado. Pero, recordad, también hay otro aspecto. El nombre de un hombre valiente nunca desaparecerá de la faz de la tierra. Vosotros estáis aquí para servir al faraón, un soldado magnífico, descendiente de un soldado magnífico.

—Creo —susurró Sobeck— que vamos a terminar sabiendo este discurso de memoria.

—El abuelo del Divino —continuó rugiendo el coronel Perra— tenía el brazo fuerte, era maestro de los arqueros, era rico en gloria. Y también lo era el padre del Divino, mientras aquél a quien ahora servimos, Señor de las Dos Tierras, hace que los pueblos tiemblen a su paso. ¿Por qué? —El coronel Perra iba y venía de un extremo a otro de la fila, golpeando a cada uno de nosotros con su elegante bastón—. ¡Porque Egipto es poderoso, gracias al orgullo de sus regimientos y al poder de sus ejércitos! Cuando vamos a la guerra somos como panteras furiosas, leones en busca de presas, águilas en el cielo. Vosotros formaréis parte de esa gloria.

¡Puedo asegurar que había poca gloria! Interminables marchas por los caminos, corriendo bajo un calor que parecía venir del Mundo Inferior. Sobrevivíamos sin pan ni agua, acampados en las Tierras Rojas. Pero eso era sólo el principio. Despertados en plena noche, éramos sometidos a entrenamiento militar. En una ocasión se nos hizo marchar hasta el Gran Río. Una barcaza de guerra nos llevó al otro lado, pero en lugar de detenerse en la costa, tuvimos que saltar al agua fría e impetuosa, controlar nuestro pánico —un terror que detenía nuestros corazones— y abrirnos paso hasta tierra firme. Era una experiencia que llegué a temer. Sobeck siempre me ayudaba. Pero la corriente era muy fuerte y, en una ocasión, el enano *danga* de Horemheb, con el pelo y la barba ya encanecidos, después de haber insistido en acompañar a su amo, se perdió en la oscuridad. Sus terribles gritos rasgaron el silencio. Había sido arrastrado hasta la zona de los cocodrilos y a la mañana siguiente sólo encontramos partes de su cabeza. Huy hizo una broma acerca de la maldición del ganso sagrado de Weni. Horemheb sólo lo miró furioso y, a partir de ese momento, Huy se convirtió en su enemigo. Horemheb ocultó bien su pesar, aceptándolo como parte del severo adiestramiento al que todos estábamos sometidos. Ramsés me contó que había hecho

una ofrenda a un sacerdote funerario y dedicado una estatua a su *danga* pero, aparte de eso, Horemheb no hizo ninguna otra referencia al enano ni a su horrible destino.

El coronel Perra era igualmente imperturbable. Lo cierto es que nuestro adiestramiento se hizo cada vez más riguroso. Aprendimos a pelear con la maza, el hacha y el *khopesh*. Pasábamos horas practicando tiro al blanco con el arco mixto *kushita*, lanzando flecha tras flecha, con sus terribles puntas y su fuste de pluma de ganso hacia un blanco de madera blanda. A veces luchábamos con sandalias, otras veces descalzos. Cuando hacía frío, solíamos ir desnudos, o cubiertos apenas por un taparrabos con un protector de cuero en la ingle. En la estación del calor, el coronel Perra nos hacía marchar con ajustadas cotas de malla sirias. Algunos de nosotros no teníamos madera de soldados. Maya, Pentju y Meryre eran casos extremos, incapaces, como decía el coronel Perra, de distinguir un extremo de una maza de guerra del otro. Pero eran fuente de diversión constante para Weni, que para entonces ya se había convertido en un simple espectador. Se sentaba en un banco bebiendo su cerveza y ahogándose de risa. En cuanto a mí... bueno, me sentía lejos de la espada, la lanza, la daga o el arco. Me sentía lejos porque no me gustaba usar armas. Y porque no quería salir herido.

Los demás destacaban, sobre todo Horemheb. Éste demostró ser un luchador nato, un hábil arquero, con un manejo notable de las armas de mano. Su cuerpo se había hecho más grande, con hombros y brazos musculosos y fuertes, cintura estrecha, muslos y piernas fuertes. Nada parecía molestarlo, ni el calor del mediodía, ni el frío penetrante de las noches del desierto. Era un hombre nacido con el aliento de Montu en su interior. Ramsés era también bueno, aunque más astuto y con pies un poco más veloces. Por supuesto, no todos habíamos decidido ser guerreros. Meryre deseaba ser sacerdote, Maya y Huy esperaban entrar en la Casa de los Escribas y Pentju quería ser médico. Sobeck, siempre riéndose, manifestaba su deseo de ser superintendente del harén real. De todas maneras, como unidad éramos bastante hábiles. El Príncipe de la Corona se sumó a nosotros cuando la Kap se había reducido, debido a muertes y abandonos, a sólo dieciocho. La unidad de Horus, a las órdenes de Horemheb y Ramsés, destacaba sobre el resto. Tutmosis suponía para mí el recuerdo constante del Velado, no tanto por su rostro o su figura, sino por aquella expresión de calma calculadora en sus ojos. Secretamente yo me preguntaba si el Velado me mandaría algún mensaje, algún regalo, si se las arreglaría para mantener alguna forma de contacto, ¿o debía yo acercarme otra vez a él? Al final, no tuve que hacer nada. El Velado vino a nosotros.

Tutmosis se reunía siempre con nuestro grupo por la mañana, después de nuestra carrera, cuando, bajo la lengua aguda del coronel Perra, nos preparábamos para el entrenamiento militar diario. Una mañana, sin embargo, tranquilamente y sin mucha pompa, un cuerno de concha resonó más allá de los muros de la residencia. La puerta se abrió. Tutmosis conducía el carro tirado por los bueyes rojizos y blancos, con aquella estructura con cortinas de gasa, en cuyo interior había alguien sentado. Detrás

venía el séquito de *kushitas*, encabezado por el hombre de un solo ojo. Me sonrió malignamente y levantó su mano, como si fuéramos amigos que no se veían hacía mucho tiempo, un saludo que no pasó inadvertido a mis compañeros. Quedaron fascinados cuando Tutmosis subió al carro y descorrió el velo. Luego hizo algo extraño. A pesar de ser el hermano mayor y príncipe heredero, realizó una reverencia ante el Velado, que estaba sentado sobre aquella silla semejante a un trono. Después Tutmosis se volvió hacia nosotros con las manos extendidas como un heraldo.

—He aquí mi amado hermano.

No lo llamó por su nombre propio, el mismo que el de su padre, Amenhotep, sino por la traducción de ese nombre, «Amón está Satisfecho». Nosotros, por supuesto, aplaudimos, saludamos con reverencias y fingimos no estar sorprendidos. El Velado permanecía sentado con su rostro abierto al mundo. Su cuerpo y su cara parecían un poco más regordetes, con un mechón lateral de pelo rojizo colgando sobre su oreja izquierda. Su rostro era el mismo, con su propia e inquietante belleza: pómulos altos, boca sensual y carnosa y aquellos ojos en forma de almendra, rasgados, que brillaban igual que el vino sirio. No se movió, aunque su mirada nos envolvió a todos. Sus ojos se encontraron con los míos, y en su rostro apareció una leve sonrisa. Levantó la mano, con sus largos dedos separados, como señal para que continuáramos. Perra nos rugió preparándonos para nuestro ejercicio militar y, mientras lo hacíamos, el Velado se sentó en su trono y nos observó atentamente.

Terminamos justo antes del mediodía y descansamos a la sombra de los árboles bebiendo cerveza aguada y masticando pan duro. Tutmosis se reunió con su hermano en el carro, reclinándose sobre un escabel improvisado, dándole de comer con su propia mano mientras charlaban y bromeaban entre ellos. Los hombros del Velado se sacudían con la risa. Una honda y pesada tristeza lleno mi corazón. Había vislumbrado algo que siempre había deseado, aunque sabía que nunca lo tendría. Habría dado cualquier cosa por estar en aquel carro bromeando con ellos, formar parte de algo, ser amado y aceptado. Me alcé a medias. Sobeck, que me había estado observando, me agarró del brazo.

—Siéntate, Mandril. No entres en la jaula de la pantera.

—Médico, prueba tu propia medicina —repliqué.

El momento pasó y empezamos a discutir, pero nos interrumpió Pentju, que quería contarnos una obscena historia de las muchachas del templo que, deseosas de hombres, se satisfacían entre ellas.

El Velado se quedó el día entero y regresó todas las mañanas. Muchos años después me confesó de qué manera su padre había aceptado con reticencia que él se incorporara a la Kap y entrara en la Casa de la Guerra. A veces Hotep venía y se sentaba en una silla junto al carro. Aunque siempre trataba al Velado con gran respeto y reverencia, en realidad parecía más interesado en ver cómo nos golpeábamos y heríamos entre nosotros. La verdad es que Hotep venía para valorar lo que cada uno de nosotros valía, para decidir y confirmar el sendero que cada uno seguiría. Huy fue

enviado a la Casa de los Embajadores, Maya a la Casa de los Escribas, Pentju a la Casa de la Vida, Horemheb, Ramsés y Sobeck a la Casa de la Guerra. Hotep nos informó de todo esto mientras tratábamos de recuperar el aliento echados en el suelo, dejando que nuestro sudor se enfriara. Caminaba entre nosotros, a veces agachándose para susurrar un consejo, subrayando sus palabras con elegantes movimientos de manos. Nunca se acercó a mí. Yo no sabía lo que me esperaba y, la verdad sea dicha, tampoco me preocupaba. Me dolía más que el Velado no hubiera hecho ningún intento de darme la bienvenida, de recibirme o de saludarme. Nunca me atreví a hablarles a mis compañeros acerca de mi anterior encuentro con él.

En la privacidad de nuestros dormitorios, o cuarteles, como los llamábamos entonces, conversábamos y compartíamos los chismes de la corte. En general todos coincidían en lo mismo, aunque yo nunca participé en aquellas conversaciones: el Velado era un monstruo.

—Tal vez le gustan los jóvenes. —Meryre sonrió, lanzando una mirada al afeminado Maya—. Por eso viene a mirar cómo corre nuestro sudor por la carne tierna.

—¿Realmente crees que es así? —preguntó Horemheb—. Cuando lo vi agradecí a los dioses habernos enviado a Tutmosis. —Ramsés hizo un gesto con la cabeza mostrando su acuerdo con aquellas palabras.

—No —respondió Meryre—. Pero —su voz se convirtió en un susurro— pienso que el Velado es un símbolo de la cólera de los dioses.

Pentju culpó del extraño aspecto del Velado a la posibilidad de que su madre hubiera sido asustada por arañas o escorpiones cuando lo llevaba en el vientre. Huy se preguntaba abiertamente qué efecto tendría su aspecto sobre los aliados de Egipto cuando sus representantes visitaran la corte. Sobeck era más pragmático y se preguntaba si el Velado no sería el resultado de algún filtro de amor que su madre, la Gran Reina Tiye, hubiera utilizado. Por supuesto, estas opiniones eran intercambiadas en voz baja. Nadie se atrevería a hablar de ese modo en presencia del coronel Perra, y todavía menos de Tutmosis. Sólo dos personas guardamos silencio, Maya y yo. Eso lo recuerdo.

Nuestro adiestramiento militar se prolongó durante cinco estaciones. El Velado estaba siempre presente, incluso cuando nos trasladábamos a las cuadras reales para familiarizarnos con los caballos, animales hermosos y elegantes, entrenados para los escuadrones de carros de guerra de Egipto. También hicimos las ofrendas acostumbradas a Reshef y Astarté, divinidades de Siria, la patria de aquellos veloces animales, así como a Sutekh, el Señor Egipcio de los Caballos. Me encantaba esa parte de la instrucción. No temía a los caballos, ni siquiera a aquellos que habían sufrido en la guerra, arrogantes y orgullosos, con sus cuellos arqueados y las orejas echadas hacia atrás. Fuimos entrenados y ejercitados en el uso del arnés, la collera, la brida, las anteojeras y, especialmente, las riendas, las que van por arriba y por debajo de la panza del caballo. Era importante que éstas estuvieran bien ajustadas, sin nudos

ni obstáculos. Nos enseñaron cómo colocar las cintas azules y oro o borlas de guerra, y también a sujetar el soporte entre las orejas del caballo para las plumas, penachos o flores artificiales con los colores del regimiento. Después de eso, pasamos al carro de guerra propiamente dicho, con su plataforma semicircular y los laterales de madera curvados con una delgada barandilla encima. Estudiamos aquellos instrumentos de la furia y el orgullo de Egipto, el caballo y el carro de guerra. El coronel Perra nos dijo que teníamos que aprender cómo unir ambas piezas, para poder usarlas luego como si fueran una sola: conductor, carro y caballos, el arma más mortífera de la guerra.

Yo no era muy buen arquero, siempre me enredaba con la cuerda o la caña dura del arco. Sobeck, mi compañero, resultó ser un mediocre conductor de carro, así que decidimos cuáles serían nuestros respectivos papeles y encontré mi don para la guerra. Al principio yo era torpe, pero llegué a adorar el ruido del carro de guerra, la velocidad y potencia de los dos caballos y la euforia de una carga con estandartes al viento y los penachos de los animales balanceándose. Como todos los jóvenes, yo creía que había nacido para manejar un carro de guerra. Mi verdadera instrucción comenzó después de varios accidentes desagradables en los que tanto Sobeck como yo tuvimos que saltar para salvarnos y, en una ocasión, incluso lanzarnos sobre el lomo de los caballos cuando una rueda se trabó y se partió contra una roca.

Me convertí en un auriga, un maestro en carros de guerra, un experto en su construcción. Estudié sus materiales, el olmo y el abedul importados, así como los tamariscos, que proporcionaban la madera para la plataforma, los ejes y el yugo. Las ruedas de seis radios con amplia distancia entre ellos, colocadas en la parte posterior del carro, eran objeto de un interés especial; su construcción daba más velocidad y movilidad al vehículo, con sus ejes y bordes protegidos por grueso cuero rojo. Los artesanos nos describían el armazón del carro, de qué manera podía ser recubierto con cobre y electrum y estampado con alguna insignia, mientras que su base estaba conformada por correas estrechamente unidas que hacían más intensa la experiencia de estar de pie en el aire en plena carga. Aprendimos a colocar el carcaj para las flechas, la funda decorada para las jabalinas, así como las bolsas de cuero con comida y agua para dos hombres en el lateral del carro.

Escogí mis propios caballos, dos bayos, Gloria de Anubis y Poder de Montu. Creedme, no había nada más majestuoso que el escuadrón de la Kap en plena formación de batalla. Los penachos azul y oro danzaban entre las orejas de los caballos, con sus cuellos, lomo y flancos protegidos por cubiertas de cuero del mismo tono, y sobre ellos, los estandartes y borlas de guerra de los mismos colores imperiales ondeaban en la brisa. Nuestros carros, pulidos y engalanados con escudos, avanzaban en línea recta por la dura explanada cubierta de guijarros al este del palacio de Malkata, en el límite mismo de las Tierras Rojas. Había diez carros de guerra en total, incluidos los del príncipe Tutmosis y el coronel Perra. Avanzábamos en fila, con las ruedas chirriando, los caballos relinchando y los estandartes y penachos balanceándose, deslumbrantes bajo el brillo del sol. Sobeck estaba a mi

lado, vestido como yo con faldellín de cuero, sandalias de marcha y una cota de malla siria sobre los hombros. Yo miraba a izquierda y derecha, deleitándome con el poder y la gloria de aquella formación de guerra. Toda la escena era observada por el Velado, sentado en su carro, con una cubierta de tela, rodeado por sus *kushitas*. Cerca de una de las ruedas del carro se situaba Weni, que resultaba cada vez más patético bajo su sombrilla, sentado en un taburete plegable, acariciando su jarra de cerveza.

El entrenamiento era siempre el mismo. El coronel Perra se adelantaba y su *tedjet*, o luchador, entonaba el himno de guerra.

*¡Toda la gloria para Amón que vive más allá del horizonte lejano!
Toda la gloria para su Hijo, el Fuerte Toro del Sur,
que ha recibido su favor.*

Nosotros repetíamos el estribillo. Cantábamos el himno de alabanza.

*Toda la gloria para Montu,
toda la gloria para Horus, el Halcón de Oro que es ciego
pero ve.*

Cada vez que repetíamos esta estrofa, los carros aumentaban la velocidad. El estandarte con la media luna del carro del coronel Perra subía y bajaba mientras se lanzaba a la carga y nosotros lo seguíamos en rápida persecución. La tierra retumbaba bajo nuestras ruedas, el cielo nos devolvía el eco del chasquido de nuestros látigos, el sol nos bañaba en su esplendor mientras nos lanzábamos en un galope que dejaba sin aliento por aquel terreno gris rojizo, disparados como una flecha salida del arco, como halcones en picado desde el cielo. Toda vida, todo pensamiento, palabra y acción se reducía a aquella gloriosa carga de los carros de guerra. Apuntábamos a los blancos y el aire zumbaba con el vuelo de nuestras flechas. Luego continuábamos para atacar a las estrechas cestas llenas de paja. Yo iba con los pies separados, ligeramente agachado y las riendas envueltas en mis muñecas, guiando, hostigando y gritando a mis dos bellezas. Alababa su velocidad, su fuego. Observaba cómo sus cabezas subían y bajaban y, al mismo tiempo, estaba alerta a cualquier obstáculo o a la posibilidad de aprovechar cualquier ventaja del suelo. Estaba henchido de la música del Dios de la Guerra, que hacía latir el corazón.

Junto a mí, Sobeck se inclinaba contra la barandilla con su cuerpo tenso, listo para tensar la cuerda del arco y, cuando el carcaj se vaciaba, se enderezaba, jabalina en mano, preparado para el siguiente objetivo. Una vez cumplida esa tarea, dábamos la vuelta, decididos a ganarles a los demás, sin rebasar nunca, por supuesto, al coronel Perra. Era una carga que paralizaba el corazón, hacía hervir la sangre, desafiaba a la muerte y nos hacía regresar al otro lado del desierto, junto a aquel carro que nos esperaba casi oculto por la cambiante calima provocada por el calor. Una vez que llegábamos a la línea, había júbilo, risas, bromas y burlas. Tutmosis trepaba al carro y abrazaba a su hermano, un gesto que siempre me causaba una punzada de envidia.

Un día, durante el abrasador calor de Shemshu, en el trigésimo segundo año del reinado del Magnífico, el Velado se puso de pie y, apoyado en su bastón de empuñadura esculpida con la figura de un nubio, bajó de su carro. Con el velo recogido hacia atrás, recorrió la fila de carros, indiferente al polvo que todavía nos envolvía como una nube. Se detuvo ante cada equipo y habló suavemente a los caballos, dejándolos lamer su mano que yo sospechaba había sido frotada con jugo de manzanas aplastadas. Miró a cada uno de mis compañeros y continuó. Indudablemente había crecido. El vientre y los pechos prominentes, así como las anchas caderas, eran más pronunciados, aunque sus manos y pies seguían siendo delicadamente largos y finos. Su rostro no había dejado de ser sorprendente, con las mejillas ligeramente hundidas, los labios más gruesos y aquellos ojos con forma de almendra, bien separados, luminosos y acuosos. Caminó lentamente pero con elegancia. Un *kushita* fue corriendo tras él con la sombrilla y las sandalias, pero le rechazó tajantemente. Reinaba el silencio, sólo quebrado por el chirriar de una rueda, el bufido de un caballo o el zumbido sordo de las moscas que revoloteaban sobre los excrementos de los animales. Por encima de nosotros sobrevolaban los buitres, con sus anchas y oscuras alas recortándose en el cielo. El Velado se detuvo ante mí y levantó la cabeza, mostrando una hermosa sonrisa, cálida y generosa, y los ojos brillantes por la emoción.

—Elegiré a Mahu, el Mandril del Sur. —Sus ojos se detuvieron en los míos—. Él será mi *tedjet*.

Sobeck descendió inmediatamente. Miré rápidamente al coronel Perra, que únicamente se encogió de hombros. Weni reía tontamente tapándose con la mano. Tutmosis se mantuvo a poca distancia, con las manos en las caderas. La expresión de su rostro indicaba que sabía lo que estaba ocurriendo.

—Yo conduciré. —El Velado no gritó pero su voz tenía el tono de una orden imperial que nadie se atrevería a cuestionar. Preguntó los nombres de mis caballos y, cuando se los dije, le susurró algo a cada uno, acariciándoles el cuello, haciéndoles escuchar su voz y oler su sudor. Me miró—. Olvidamos lo bien que pueden olfatear los caballos. Pero ¡vamos, antes de que se enfríen!

El Velado dejó caer su manto, descubriendo así sus hombros color cobre, con omóplatos salientes y la espalda ligeramente curvada. Se dirigió al carro apoyándose en su bastón y subió ignorando mi intento de ayudarlo. Metió el bastón en el lugar que la jabalina había dejado vacío, aferró las riendas, separó sus pies descalzos y chasqueó la lengua. Tuve la sensación de que su destreza era tan grande como la mía, a pesar de que el carro de guerra le era extraño y los caballos, desconocidos. Estaba de pie junto a mí, deforme pero elegante, atento para no rozarme ni hacerme caer. El sudor resbalaba por su cuello y de su cuerpo emanaba un aroma agradable y dulzón. Liberada del velo, pude, en ese momento, darme cuenta de lo extraña que era su cabeza: la frente inclinada hacia atrás, el cráneo en forma de huevo, el cuello extrañamente alargado. Sus movimientos eran cuidadosamente medidos. Hizo

retroceder el carro, preparándolo para la carrera, alentando a los caballos a moverse. Una vez que estuvimos bastante lejos, se detuvo y volvió su rostro hacia el sol, mirándolo con los ojos entrecerrados. Me pregunté si su visión era tan potente como la nuestra.

—Reza por mí, Padre —levantó una mano—, como yo he rezado por ti, que has existido antes de que comenzaran todos los tiempos. Bendíceme, Padre, como has sido bendecido por todas las criaturas bajo el sol. Ayúdame, Padre, Señor de los Jubileos, Soberano de los Años, de hermoso aspecto. Deja que los rayos de tu poder guíen mi corazón con mano de hierro. ¡Oh, tú, lleno de alegría, escucha a tu hijo, el amado!

Los demás no podían haberlo escuchado. Se volvió y me guiñó un ojo.

—Así que nos encontramos otra vez, Mahu. —Chasqueó la lengua e hizo andar a los caballos—. Aunque yo te he observado desde lejos. —Luego miró por encima de su hombro derecho y habló en una lengua que no pude comprender, como si otra persona estuviera de pie al otro lado del carro. Agudas palabras guturales. Me preguntaba si sería acadio, la lengua utilizada por los escribas del faraón cuando les escribían a sus reyes vasallos. Habló otra vez y se volvió—. No estás asustado, Mandril del Sur, ¿verdad?

—¿Debería estarlo? —Me aferré a la barandilla del carro.

El Velado se ríe entre dientes.

—¿Conoces algún cuento gracioso, Mahu? ¿Puedes contarme alguno?

Rebusqué en mi memoria.

—Una anciana tenía un marido muy locuaz. Nunca dejaba de hablar, ni siquiera cuando estaba dormido. —Otra vez la risa ahogada—. Todos los días —continuó—, ella solía conducir el carro que la llevaba al mercado.

—¿Y? —El Velado cogió las riendas con mayor firmeza.

—Un día, un caminante se acercó corriendo y le gritó: «Oye, anciana, tu marido se ha caído del carro». «Gracias a los dioses», respondió la mujer, frotándose una oreja. «¿Por qué dices eso?», quiso saber el otro. «Porque por un momento pensé que me había quedado sorda».

El Velado echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada, fuerte y clara. Azuzó a los caballos en su carrera, haciendo restallar las riendas, llamándolos por sus nombres, volviendo a hablar por momentos en aquella lengua extraña. Yo tenía unos diecisiete veranos, el Velado era un poco mayor, pero conducía como el Señor de los Carros de Guerra. Indudablemente había sido entrenado, pero era obvio que tenía un don, y me di cuenta de que el carro lo liberaba de toda incapacidad. Así podía volar como el halcón de Horus. Iba de pie, ligeramente flexionado. Sus brazos, muñecas y manos daban muestras de una fuerza y destreza sorprendentes. Hay un momento, como cualquier soldado sabe, en el que un carro de guerra, los caballos y el conductor, funciona como una unidad, como una lanza arrojada a toda velocidad por el aire. Uno no ve la punta, el fuste, ni la descarga emplumada de flechas, sino

únicamente la veloz belleza portadora de muerte. El Velado alentó a los caballos. Galopaban como si fueran uno solo, en línea recta. Los guiaba, evitando baches y rodadas. Me aferré a la barandilla, consciente del suelo que pasaba con rapidez por debajo de nosotros, del azote de la brisa y del Velado sumergido en la emoción de la carrera. Cada poco, él susurraba algo en voz baja. Llegamos a los blancos, dimos la vuelta y regresamos a toda velocidad, como una jabalina hacia su objetivo. Disminuimos la velocidad, pero luego aceleramos otra vez y el Velado, inclinándose ligeramente a la derecha y después a la izquierda, hizo que los caballos realizaran complicadísimas maniobras, como las que haría cualquier carro en una batalla al meterse profundamente en las líneas enemigas. Finalmente nos detuvimos ante nuestro público, que aclamaba y aplaudía. El Velado tomó su bastón y bajó. Un sirviente se acercó veloz con su manto, su velo y una bolsa de cuero oscuro. El Velado recibió esta última, la abrió y me entregó un amuleto de jaspe, cornalina y arenisca roja. Representaba las dos colinas celestiales en el Horizonte Lejano con el sol saliendo entre ellas. Presionó este *aknty*, este amuleto del Sol en el Horizonte, en mi mano, acarició mi dedo, me hizo un guiño y se alejó.

Aquel mismo día, un poco más tarde, hicimos una pequeña celebración, aunque Tutmosis y el Velado no estuvieron presentes. El coronel Perra también había ido a palacio para transmitir las felicitaciones del escuadrón a los príncipes. Naturalmente, hablamos de la destreza del Velado, de sus extraños y desgarrados movimientos y a la vez de su dominio de los caballos. Horemheb parecía un poco celoso, no tanto de mí, sino más bien por haber sido desplazado. De todas maneras, tuvo la elegancia, una vez que la cerveza le soltó la lengua, de elogiar la habilidad del Velado. Naturalmente, fui objeto de burlas y pullas. La jarra de cerveza pasaba de uno a otro. Estirábamos las manos sobre el brasero, contentos de tener ese calor para suavizar el aire frío de la noche. Weni, por supuesto, ya estaba borracho, entregado, como solía decirse, a los brazos de la Señora Hathor. De pronto, dejó la jarra en el suelo y, cogiendo un paño, se cubrió la cara e imitó al Velado conduciendo el carro de guerra, agitando brazos y manos y provocando las carcajadas de todos, excepto de mí y de Maya. Alentado en su parodia, Weni continuó, preguntándose qué ocurriría si el Velado fuera a la guerra con un velo sobre el rostro. O qué haría si su carro chocara. Y comenzó otra vez la imitación.

—¿Recorrería renqueando el campo de batalla?

Vací mi jarra de cerveza en el suelo y me alejé.

El día siguiente era festivo. No había instrucción, pero fuimos a las cuadras para cuidar de nuestros caballos y revisar el arnés, los amazones y las ruedas de nuestros carros de guerra. Yo estaba inmerso en los recuerdos del día anterior; guardaba el amuleto en una bolsa, y de vez en cuando, me alejaba, lo sacaba y lo observaba cuidadosamente. Aquel día me quedé hasta más tarde, mucho después de que los otros se hubieran marchado. Sobeck vino corriendo.

—¡Mahu, es mejor que vengas!

—¿Qué ocurre?

Sobeck se secó el sudor de la cara.

—Han encontrado muerto a Weni, ahogado en un estanque.

Recordé el huerto de olivos, el oscuro estanque lleno de cañas, Weni recostado contra el árbol, con una jarra de cerveza en las manos. Volví rápidamente al cuartel, donde el cadáver de Weni, verde por el lodo y empapado, ya había sido colocado sobre el banco en el que con tanta frecuencia se había subido para sermonearnos y reprendernos. La muerte es siempre patética, pero la de Weni lo era todavía más. Estaba tendido, con sus ojos, nariz y boca llenos de barro salobre, el taparrabos empapado, con hilos de agua oscura corriendo por sus piernas. Con el vientre hinchado, parecía un pescado fuera del agua y su cara tenía la misma expresión de horror sorprendido. Cogí un paño y le cubrí el rostro. Recordé lo que Weni había hecho un día antes. Algunos sirvientes trajeron una camilla para transportar el cadáver a la Casa de la Muerte. Los demás se paseaban por el lugar, hablando entre dientes unos con otros. Meryre había tratado de entonar una oración fúnebre pero los otros no se mostraron interesados.

—Preparadlo rápido —gritó Horemheb a los sirvientes—, antes de que empiece a oler.

Me agaché y saqué el anillo de los dedos regordetes de Weni. Siempre había estado orgulloso de él, un obsequio del padre del Magnífico. Lo puse sobre el cadáver y observé con atención la uña de ese dedo, quitando pequeñas tiras de cuero. El cadáver fue retirado. Di la vuelta al cuartel, atravesé la puerta lateral y me dirigí al huerto de olivos. Encontré el árbol de Weni. La jarra de cerveza estaba rota en el suelo junto a él. Los bordes embarrados del estanque mostraban las huellas de los pies de quienes lo habían sacado. Vi algo que brillaba sobre la hierba y lo recogí. Era un pequeño botón ornamental de cobre, ciertamente no de los faldelines de guerra de alguien de la Kap. Yo había visto aquellos botones en las vestiduras de guerra del séquito *kushita* del Velado. Weni era un soldado viejo, un beodo, pero andaba con firmeza y era cuidadoso. Regresé al olivo, me senté e imaginé a Weni allí, medio ebrio, y aquellas figuras oscuras deslizándose entre los árboles. Una pelea precisa y breve, la jarra que cae al suelo, Weni arrastrado al estanque y empujado dentro, mientras su cabeza y su cara son sostenidas bajo el agua hasta que toda vida ha abandonado su corazón. Recordé a Weni riéndose burlescamente la noche anterior.

—¿Pasa algo malo?

Me di la vuelta. Sobeck estaba allí, mirándome con curiosidad.

—No, no, nada. —Me puse de pie y lancé el botón de cobre al estanque—. No, nada malo, Sobeck, al menos de momento.

Espíritu diabólico

*«Así queda quien se ha corrompido,
todos sus huesos podridos...
Su carne es convertida en horrible líquido».*
(Conjuro 154, Libro de Los muertos).

Capítulo 3

En el segundo mes de la estación del verano, poco después del Festival del Valle, en el trigésimo tercer año del reinado del Magnífico, la nación egipcia entró en guerra. Se encendieron fuegos en el templo de Montu y el coro sacerdotal de Amón-Ra dio comienzo a sus plegarias, dirigidas a todas las divinidades de Egipto reunidas. La Palabra de Guerra había salido de la misma boca del Rey para que se llevara a cabo a lo largo y lo ancho del País de las Dos Tierras. Los infames *kushitas* se habían alzado en armas en el Desierto Oriental. Habían pasado por la espada a las pequeñas guarniciones y masacrado a los trabajadores de las minas y campamentos destinados a la producción de cobre, oro y amatistas, situados allí para uso del Divino. Los informes que los habitantes de las arenas traían eran realmente terribles. Los caminos reales habían sido atacados, los mensajeros imperiales asesinados y el honor de Egipto gravemente ultrajado. Los mensajeros del faraón, de pies veloces, llevaron las decisiones de la voluntad imperial a todos los rincones del reino. Los rebeldes *kushitas* debían ser aplastados.

El mismo Hotep, el Padre de Dios, vino con el coronel Perra para anunciar que toda la división Orgullo de Amón, con cinco mil hombres sin contar mercenarios, forrajeadores, exploradores e intendencia, sería enviada para ocuparse de los rebeldes. Se le uniría la unidad Horus, los niños de la Kap. Hotep levantó una mano para contener nuestro entusiasmo mientras nos arremolinábamos en torno a él en el patio.

—Los dos príncipes reales se sumarán a la expedición. Partiremos dentro de tres días. —Alzó su abanico, abriéndolo con un golpecito de muñeca—. Vosotros también iréis con ellos y traeréis gloria al nombre del Divino. —Sus ojos inteligentes recorrieron cada uno de nuestros rostros—. ¡Vivimos para el faraón! ¡Morimos por el faraón! —añadió.

Agradecemos al Divino aquella oportunidad de demostrar nuestra lealtad. Una vez que se retiró, acompañado por la guardia de palacio, el coronel Perra nos proporcionó los detalles adicionales: el Velado formaría parte de la unidad Horus. La inesperada muerte de Weni fue olvidada en aquel momento. Mis sospechas quedaron diluidas entre los agitados preparativos. Comenzamos a prepararnos para partir, pero Maya cayó enfermo. Lo hallamos sudando al amanecer; su gordo cuerpo temblaba tanto de fiebre que fue enviado a la Casa de la Vida.

—No le echaremos de menos —susurró Horemheb.

Dudo que ninguno de nosotros llegara a echar de menos a otro. El cadáver de Weni fue embalsamado y enviado al Oeste Lejano sin pensar mucho en ello. Maya nos envió mensajes de buena voluntad y pedía a Sobeck que lo visitara, pero éste estaba demasiado ocupado con los frenéticos preparativos de guerra. Se distribuyeron

armaduras, se sacaron armas de los arsenales, los animales fueron cuidadosamente examinados por los expertos en caballos de las cuadras reales. Los diferentes regimientos militares empezaron a concentrarse en las fértiles Tierra Negras, al norte de Tebas. Hotep recibió el título temporal de Hijo del Rey para el Kush Oriental, con todos los poderes de un virrey. Hicimos nuestros juramentos de lealtad en el patio exterior del templo de Montu, envuelto en nubes de incienso, donde la unidad recibió su estandarte, la cabeza de halcón de Horus apoyada en el lomo de un cocodrilo. El Divino mismo se dignó a mostrar su rostro y los ciudadanos de Tebas se alinearon en la avenida de las Esfinges y de los Carneros para lanzar flores y ramas verdes cuando abandonábamos la ciudad engalanados para la batalla y rodeados de sacerdotes, mientras los coros y los músicos imperiales tocaban sus instrumentos de cuerda.

El ejército se dirigió al sur en barcasas y botes y a continuación a marchas forzadas hacia la gran fortaleza de Buhen, un poco más arriba de la segunda catarata. Cuando llegamos, estábamos doloridos, con cardenales, cansados y polvorientos, mientras que en el ejército reinaba el caos y la confusión. El alto mando, el virrey, los escribas del ejército y los lugartenientes de los carros de guerra permanecieron en el fuerte, mientras el orden era brutalmente restaurado. Tanto la infantería como los carros de guerra se habían organizado en compañías de cincuenta hombres a las órdenes de un *pedjet*. Nuestro comandante era nominalmente el Príncipe de la Corona Tutmosis, con el coronel Perra como segundo oficial y, a la vez, portaestandarte de nuestro pelotón de cincuenta carros. Nuestra unidad, ahora llamada Gloria de Horus, estaba compuesta por diez carros, un pequeño escuadrón, con Horemheb como capitán.

Todo el ejército desfiló sobre el suelo plano y duro, frente a la magnífica fortaleza en la que se preparaba la batalla. Primero iba la Menfyt, la «infantería de veteranos», hombres encanecidos, endurecidos en la batalla, con el cuerpo cubierto por la rígida armadura, con protectores en la ingle, espadas *khopesh* en el fajín y lanzas y escudos adornados con la insignia de su unidad. Detrás de ellos iban los asustados reclutas inexpertos, vestidos de la misma manera: los Nakhtu-aa, los Muchachos de Fuerte Brazo, que, en el conflicto, reforzarían la línea de batalla. A nuestros flancos marchaban las tropas auxiliares, hordas de arqueros nubios, con blancas plumas en su pelo rizado y recortado, faldellines de leopardo o león atados a la cintura y colorido fajín sobre el hombro izquierdo que luego se envolvía alrededor de la cintura para formar una especie de cinturón. Llevaban ajustados y gruesos collares blancos alrededor del cuello y brazaletes del mismo color en las muñecas. Estaban además los mercenarios de las Islas del Gran Verde, vestidos de cuero con escudos redondos y largas espadas, y los arqueros libios, prácticamente desnudos, salvo por el protector del falo, con pieles de buey o jirafa sobre los hombros. Alrededor de todos ellos iba el verdadero poder de Egipto conducido por los Maryannou, los Bravos del Rey, escuadrón tras escuadrón de carros de guerra, moviéndose al compás de las ruedas

chirriantes y del relincho de los caballos, en una impresionante formación de diferentes colores.

Sonaron las trompetas y se alzaron los estandartes de la familia real, con diferentes dioses dando muestras de obediencia a Amón-Ra. Los sacerdotes hicieron sacrificios sobre los altares improvisados y se dio la orden de partida. Tres cuerpos, el nuestro en el centro, iban a avanzar hacia el este para asegurar las minas, volver a fortificar los campamentos y administrar la justicia del faraón a los rebeldes: cualquier enemigo capturado debía ser ejecutado de inmediato.

Comenzamos nuestro lento avance en territorio enemigo. El coronel Perra iba al mando. El Velado, que viajaba en su carro, fue destinado a nuestra unidad, que fue enviada de avanzadilla delante del resto. Atravesábamos un paisaje tan aterrador que pensé que estaba en el Mundo Inferior: un sol ardiente sobre una tierra gris, árida, interrumpida por algún oasis esporádico o alguna pequeña aldea. Remolinos de polvo herían nuestros ojos y llenaban nuestras bocas. Avanzábamos lentamente, dependiendo del agua, buscando alimento tanto para nosotros mismos como para los caballos, los bueyes y las filas de burros. Dejamos atrás la protección de otras grandes fortalezas, el Resistente de Seth, la Defensa de los Arcos y el Poder del Faraón. Éramos una columna de carros de guerra, carros de carga, caballos, burros, bueyes y hombres que se movía lentamente. Al principio las trompetas resonaban y las diferentes unidades entonaban canciones burlonas dirigidas unas a otras, pero pronto el tremendo calor nos quitó la vida y el aliento. Nuestros pies, a pesar de las botas de cuero, se llenaron de heridas a causa del difícil terreno. Por encima de nosotros, el sol, nuestro constante torturador, como un agujero de oro encendido en el cielo azul claro, se movía con nosotros. Nubes de polvo en movimiento y tormentas de arena, levantadas por el viento, nos hacían parecer una tropa de soldados fantasmas que atravesaban las áridas Tierras Rojas. La calima causada por el calor nos hacía ver espejismos y se burlaba de nuestros corazones tanto como de nuestras lenguas con la posibilidad de agua fresca. Amontonamos nuestras armaduras en los carros e hicimos improvisadas capuchas para cubrir nuestras cabezas y máscaras frotándonos *kohl* en gruesas líneas negras alrededor de los ojos. Sobeck bromeó discretamente diciendo que en aquel momento éramos todos «Velados», aunque Horemheb señaló que el reservado príncipe, que viajaba en su carro, no había pedido ningún favor especial.

Seguíamos los caminos reales fortificados, construidos años antes por toda la provincia de Waat. Nuestros exploradores iban delante de nosotros, provistos de mapas para ubicar los pozos y cualquier otra fuente de agua corriente. De las otras dos divisiones que se movían paralelamente a nosotros no teníamos ninguna señal. Su misión consistía en asegurar las minas de amatista en el norte; la nuestra era recuperar el control de las de oro y de cobre.

La dureza de la marcha hizo añicos cualquier ilusión acerca de la belleza de la guerra. Ya no éramos el glorioso escuadrón de carros de guerra que se desplazaba

majestuosamente por la llanura para enfrentarse a un enemigo. En aquel momento nuestros movimientos no eran más que una penosa expedición a través de un caldero hirviendo, con algo de agua salobre, pan duro y carne fibrosa y salada. Por la noche acampábamos cerca de algún pozo u oasis. Las estrellas colgaban bajas en el cielo de terciopelo oscuro, mientras el frío penetrante nos hacía desear el calor del día. Todas las fieras de la noche nos rodeaban, atraídas tanto por los olores de nuestra comida como por la carne fresca de nuestros bueyes y caballos. Leones de piel amarillenta y ojos oscuros rugían. Los chacales aullaban a la luna como un coro de dementes, pero el peligro más grande lo representaban las manadas de hienas, rayadas o manchadas con grandes mechones de pelo en sus cuellos. Se acercaban tanto que podíamos percibir su olor, oír sus gruñidos y ver brillar sus ojos color ámbar en la oscuridad. Estaban dispuestas a hacer frente al fuego, o al peligro de una flecha a través de la noche, para poder avanzar y atacar las hileras de caballos o a los bueyes. Relinchos desesperados y horribles gritos de animales atravesaban las tinieblas. Entonces sonaban las trompetas dando la alarma y los arqueros, blandiendo antorchas encendidas, corrían para ahuyentar a los merodeadores de la noche.

Pronto nos fuimos acostumbrando a aquellos horrores nocturnos. Sólo deseábamos dormir en el suelo y olvidar nuestros problemas presentes. Nos despertaban a patadas mucho antes del amanecer. Nos comíamos una galleta reseca acompañada con un par de tragos de cerveza aguada y luego nos arrodillábamos para rezar al sol naciente y honrar al Divino con un himno que atronaba los cielos:

*¡Te saludamos, Rostro Perfecto!
¡Poseedor del Resplandor,
a quien Montu ha exaltado!*

A quien Thoth ha otorgado el rostro hermoso de los dioses.

Tu ojo derecho es el sol vespertino.

Tu ojo izquierdo es el sol naciente.

Tus cejas son los Nueve Dioses.

Tu frente es Amón.

Tus formas son bellas,

león de ojos feroces,

aniquilador de los kushitas,

¡Dominador de los viles asiáticos!

Después de eso, reanudábamos nuestra marcha extenuante hasta que el calor del día se hacía tan opresivo que teníamos que detenernos para montar el campamento. El carro del Velado, que ya no estaba protegido por sus *kushitas* sino por una unidad de los Muchachos de Fuerte Brazo, se movía delante de la hilera de burros. No tomó contacto conmigo ni con nadie más hasta seis días después de dejar Buhen, cuando disfrutábamos del primer aire fresco una tarde que acampamos en un oasis. Exhausto después de un recorrido de unos cuarenta y cinco kilómetros, estaba con los demás,

recostado a la sombra de un árbol, listo para compartir el pan y el agua. Toda broma o burla, toda conversación superficial o discusión había cesado hacía mucho. No teníamos ni la energía ni el deseo de hacerlo. Sólo nos importaban tres cosas: comida, agua y sueño.

Estaba masticando un mendrugo cuando recibí una invitación para reunirme con el Velado en su pabellón rectangular color escarlata, que se alzaba a la izquierda del altar portátil dedicado a Amón-Ra, donde dejábamos nuestros estandartes. La tienda era bastante pequeña, levantada de forma que las aberturas permitieran que entrara la brisa. El Velado estaba sentado sobre un montón de almohadones, abanicándose enérgicamente. Sobre la mesita de acacia que tenía delante había dos fuentes de caña con carne de gacela, pan y frutos secos y una jarra de vino blanco de Charu. La tienda estaba vacía. Sólo se veían algunos arcones y cajas. En una esquina había una cama plegable torpemente armada, protegida por cortinajes. Las armas estaban colgadas de un gancho sobre un poste: un arco, un carcaj con flechas, un pectoral de cuero y un casco del mismo material. El Velado, sin embargo, no estaba vestido para la guerra, sino con una túnica de lino plisado con un cinturón bordado. Tenía a su lado una espada curva y una daga, con sus hojas brillando a la luz de las lámparas de aceite. Siguió mi mirada y sonrió.

—Parece impresionante, Mahu, pero tenemos que estar preparados. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Aunque sabemos que los rebeldes no atacarán.

—¿Dónde están tus guardias? —pregunté, obedeciendo a su seña para que me sentara al otro lado de la mesa.

—Se quedaron en Tebas —respondió suavemente—. No se puede confiar en ellos, al menos eso es lo que dice mi padre. —Se inclinó sobre la mesa y puso un trocito de carne de gacela en mi boca, con sus ojos oscuros radiantes a causa de su buen humor—. Todos sabemos que eso es una tontería. Una de las razones por las que Egipto ha podido conquistar Kush y Nubia es que sus habitantes se odian entre sí más de lo que nos odian a nosotros, los egipcios. —Dio un mordisco a un trozo de carne y advertí los regulares y blancos que eran sus dientes. Masticaba lentamente. La tela de entrada al pabellón había sido recogida para que él pudiera observar el sol que se ponía detrás de la neblina. Inclinó su cabeza y murmuró una oración. Luego alzó la vista, como si estuviera recordando algo—. Te estás preguntando por qué estoy aquí, ¿verdad? —Levantó su copa y brindó por mí—. La respuesta es que yo quise venir. Mi madre pensó que era una buena idea. El permiso me fue concedido de manera sorprendentemente fácil. Me pregunto... —Se rió de manera peculiar—. Me pregunto si el Magnífico quiere que regrese.

Continué comiendo. Su comida era mejor que la mía. Los criados iban y venían, se oían lejanos ruidos procedentes del campamento: gritos, el relincho de caballos, el mugido de los bueyes, mientras el sonido de un cuerno de concha marcaba las horas. El Velado preguntó por la unidad Horus y las penalidades de la marcha.

—Me siento tan seguro en mi carro. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Tengo que sentarme allí, sin importarme el calor o el polvo. ¿Qué piensas de esta campaña, Mahu?

Hablamos de las cuestiones más delicadas de la misma. El Velado mostraba unos conocimientos sorprendentes, expresando las mismas preocupaciones planteadas por Horemheb.

—Nuestro escuadrón es demasiado pequeño y estamos demasiado adelantados. —Tomó su copa de vino y se apoyó sobre la mesa—. La ayuda más próxima está a más de cuarenta y cinco kilómetros de distancia, tanto al norte como al oeste. Podríamos fácilmente caer en una trampa o en una emboscada. —Bebió un sorbo de su copa—. Podríamos morir todos.

—¿Tú también? —quise saber. El vino me había envalentonado.

—Yo no —respondió perezosamente—. No moriré aquí. Mi Padre me protegerá. ¿Llevas el escarabajo que te di? —Asentí con la cabeza—. Tú tampoco morirás. —Vacío su copa de vino y cogió su bastón para caminar—. Ahora hace más fresco, deberíamos salir.

Cruzó hasta la cama y recogió un par de botas de cuero. Sin que me lo pidiera, me arrodillé y le ayudé a ponérselas. Solicitó luego dos capas militares y, cuando las trajeron, me arrojó una. Había escuchado el ruido de cascos y relinchos de caballos mientras terminaba la comida y descubrí que nos habían preparado un carro, sobrio y simple, con dos caballos. Eran dos magníficos animales, con firmes grupas y largas patas, fuertes y negros como la noche. El Velado subió al carro y me entregó el bastón. Lo cogí y lo puse en el lugar ocupado por la jabalina. Me preguntaba qué iba a ocurrir pero no quería hablar. Todavía no se había puesto el sol, de modo que continuaba la actividad en el campamento. Nadie nos detuvo mientras avanzábamos ruidosamente por el camino, pasando junto a las hileras de caballos y los carros de intendencia para internarnos en el triste desierto marrón grisáceo. El sol comenzaba a esconderse, aunque todavía pasaría algún tiempo antes de que desapareciera detrás del horizonte y nos envolviera la oscuridad. El aire seguía siendo caliente y seco. El Velado chasqueó la lengua y agitó las riendas. Pasamos junto a la línea de piquetes. Luego frenó y cogió el odre de cuero para el agua de la bolsa de piel de gacela colgada a un lado del carro. Sacó la tapa y me la entregó. Me observó mientras yo bebía.

—¿Está buena? —preguntó mientras levantaba las riendas.

—Fresca —respondí.

El Velado asintió con la cabeza. Esperó un momento; luego aferró con una mano el odre que yo le entregué y bebió. Me había utilizado como catador. No me sorprendió que estuviera tan seguro de que no iba a morir. Señaló con el odre las lejanas montañas que se alzaban por encima de la densa niebla.

—Cambian de color con el sol —comentó—. Y se recalientan tanto, que hasta las piedras preciosas se transforman.

Dejó que los caballos caminaran. El carro de guerra se balanceaba y chirriaba mientras el suelo del desierto se hundía y ascendía; se trataba de un terreno traicionero con sus hondonadas, sus valles poco profundos y sus afloramientos rocosos. El Velado hizo girar el carro y cambió de rumbo. Los caballos estaban nerviosos, y yo también. Oscuras sombras amenazadoras aparecían y desaparecían. El silencio era opresivo, bruscamente interrumpido por un aullido, un rugido o el chillido de algún ave. Comprobé el arco y el carcaj con las flechas. Saqué la jabalina y la volví a poner en su funda. Pasamos junto a los exploradores y los encargados de los suministros, que regresaban al campamento. Algunos iban con las manos vacías, otros llevaban las escasas presas que habían matado. Pronto estuvimos solos. No había nada a nuestra espalda, únicamente el sol, enrojeciendo el cielo, y aquella tierra gris y peligrosa. El Velado me empujó de manera juguetona.

—Dicen que pronto estaremos en el corazón del territorio enemigo. Hasta entonces estamos seguros. —Miró hacia arriba, susurrando para sí—. Mi madre me llevaba al desierto. Siempre lo hizo... bueno, al menos hasta donde puedo recordar. Me gusta el desierto. No hay calles estrechas, ni pompa, ni ceremonia.

Los caballos relincharon y el Velado frenó con las riendas. En una pequeña hondonada rocosa pudimos ver unos blancos huesos, quebrados y desparramados; había un cráneo junto a una roca abandonado como un juguete roto. El Velado me entregó las riendas, cogió su bastón y bajó. Se acercó y caminó entre los huesos.

—Ni cobre ni bronce —comentó mientras se agachaba—. Deben de ser *neferu*, reclutas inexpertos o desertores. Abandonaron el campamento y huyeron en la dirección equivocada. —El rugido de una hiena no lo alteró—. ¿Qué piensas, Mahu? —Recogió un fémur que ya estaba poniéndose amarillo—. Éste alguna vez perteneció a un hombre. Sabemos adonde fue a parar su carne, al estómago de una hiena. Pero ¿dónde está su *Ka*? Según los cabeza afeitada —me apuntó con el hueso—, el *Ka* de este hombre nunca llegará a los Campos de los Bienaventurados pues su cuerpo no fue embalsamado, falta la bendición de Osiris. No tiene corazón, de modo que ¿cómo puede ser juzgado en la Balanza de la Verdad? ¿Crees que se merecía eso? ¿O no importa?

Se puso de pie, apoyándose en su bastón, arrojó el hueso y regresó al carro, absorto en sus pensamientos.

—¿Qué opinas, Mahu? —preguntó suavemente—. ¿Qué pasó con el *Ka* de este hombre? —Se frotó los dedos—. ¿Es como el humo después de que el fuego se ha extinguido? ¿Eso es todo lo que significa? ¿O su & va a alguna parte, a un lugar que no podemos ver? —Fruunció el entrecejo, rechazó mi ofrecimiento de ayuda y volvió a subir al carro—. ¿Y qué ocurre cuando llega a los Campos de los Bienaventurados? Deben de estar abarrotados. ¿No tienes ninguna respuesta, Mahu?

—Soy soldado, no sacerdote.

—«Soy soldado, no sacerdote» —se burló el Velado con su rostro apenas a unos pocos centímetros del mío. Me besó repentinamente en la mejilla—. ¿Sabes lo que

pienso yo? —Le devolví la mirada—. Pienso que los sacerdotes mienten. Inventan historias para mantener la fuerza de su poder y sus estómagos llenos. No creo que exista el *Ka*.

—¿La nada? —repliqué—. Eso es posible.

—No, yo no he dicho eso. —El Velado recogió las riendas—. Creo que existe un Oeste Bienaventurado y que las almas, las de los elegidos, como llamas de fuego, van allí.

—¿Y quién las escoge? —pregunté.

—Vaya, el *Único* los ha elegido desde toda la eternidad.

—¿Y cómo sabes que has sido elegido?

Intrigado, esperé una respuesta, observando cómo el sol se ocultaba con rapidez, atravesando el cielo con rayos rojos y dorados. Los rugidos y gruñidos de las fieras de la noche resonaron en la brisa que se intensificaba y sentí aquel olor asqueroso a carne pudriéndose. Habíamos entrado en otra pequeña hondonada. Las rocas a nuestro alrededor, transformadas por el sol poniente, ya no formaban parte de un paisaje, sino otra cosa que había cobrado vida constituyéndose en una pesada amenaza.

—¿Cómo sabes que has sido elegido? —repetí.

El Velado hizo girar el carro, sacudiendo las riendas.

—Sabes que has sido escogido, Mahu... tal como hoy he escogido comer y beber contigo y compartir mis ideas.

Miré hacia la escarpada roca y vi moverse a una silueta con una cabeza grande y crin erizada. El Velado escrutó en la misma dirección.

—No te preocupes. —Hizo que los caballos subieran las escarpadas rocas y volvió a la lisa llanura. A gran distancia se veían los fuegos de nuestro campamento que brillaban y se desvanecían. La oscuridad estaba cayendo, como lo hace en el desierto, veloz como un halcón desde el cielo. Miré a izquierda y derecha; algunas siluetas se deslizaban junto a nosotros, observando a los caballos, buscando cualquier descuido. Yo estaba preocupado, pero el Velado empezó a cantar:

*Oh tú que eres hermoso sobre el horizonte,
cuyo poder amoroso nunca duerme.*

Hizo que los caballos fueran al galope, guiándolos hábilmente de regreso al campamento. Ayudantes y sirvientes se acercaron apresuradamente. El Velado cogió su bastón, descendió y me miró.

—Te preguntas por qué, Mahu, Mandril del Sur, pero lo sabrás en su momento.

Se alejó. Regresé a mi fogata. Mis compañeros habían comido bien gracias a unas codornices que Horemheb había traído. En aquel momento se preparaban para pasar la noche. Agarré mi manta, me envolví en ella y me eché, con la cabeza sobre una bolsa de cuero. Horemheb me preguntó dónde había estado, pero fingí no haberlo oído.

Dos días más tarde, el enemigo atacó, pero no al resonar de las trompetas o con los estandartes ondeando. Salieron de improviso de una hondonada, como langostas, lanzándose como rayos sobre nuestros carros. Los guerreros, negros como la noche, armados con escudos y lanzas, corrían en silencio, aprovechándose de la somnolencia de nuestra columna bajo el sol despiadado. Apenas si tuvimos tiempo de agarrar nuestras armas para comenzar una lucha escudo contra escudo, gritando y maldiciendo mientras dábamos golpes cortantes a cuerpos embadurnados de aceite, ágiles y escurridizos. No era ninguna batalla gloriosa con los carros de guerra, sino una horrible lucha cuerpo a cuerpo. Nuestra unidad estaba entre los carros y los caballos. El enemigo había atacado antes de que nos hubiéramos dado cuenta. Trataron de romper nuestra línea de marcha, apareciendo por la izquierda y por la derecha, atacando con sus lanzas, como horribles sombras de la muerte.

El remolino de la batalla me empujó de vuelta hacia los carros, lejos de mis compañeros. Me aferré a mi escudo y a la *khopesh* de mango resbaladizo. Fui golpeado, di media vuelta y me quedé frente a un *kushita* que estaba de pie sobre un carro, con plumas de avestruz en el pelo. Había atravesado con su lanza al auriga y, con el arma hacia arriba y el escudo a un lado, se disponía a saltar. Chocamos en un abrazo sudoroso y ensangrentado, sentí su aliento caliente sobre mí. Una cara pintada para la guerra, ojos brillantes y el cuerpo untado en aceite. La lucha fue feroz, pero entonces tropezó con un cadáver y le clavé la espada en la parte blanda de su cuello, destrozando carne y músculo. Cayó con el cuerpo flojo y la sangre saliéndole a borbotones por la nariz y la boca. Lo aparté de un empujón. Sentí mi estómago pesado y descompuesto; las piernas me temblaban. Acababa de matar. Me incliné, le corté la mano derecha y levanté la carne ensangrentada al cielo. Olvidé mis dolores, la pesadez en mi pecho y estómago, y atacé con furia, con los ojos entrecerrados, arremetiendo a izquierda y derecha.

El ataque cesó; nuestros agresores se retiraron como sombras bajo el sol. Algunos de nuestros hombres estaban muy malheridos y tuvieron que ser eliminados con un golpe de daga en la garganta. Los Nakhtu-aa, los Muchachos de Fuerte Brazo, se hicieron cargo de esta tarea, moviéndose rápidamente a lo largo de nuestra columna, hablando con suavidad a aquéllos por los que nada podíamos hacer y haciendo el corte con la hoja. Se producía un borbotón y un último suspiro cuando daban la vuelta al cuerpo. Nuestra unidad estaba segura. Horemheb había matado cuatro veces, las manos ensangrentadas se amontonaba a sus pies; Ramsés, dos, y Sobeck, una. Ramsés tenía sed de sangre. No estoy demasiado seguro de si era por furia o por miedo. Insistía en que el enemigo muerto debía ser mutilado y, cuando me opuse, sólo se encogió de hombros y se alejó para comenzar a dar golpes cortantes al vientre de los cadáveres. A los heridos se les ataba de pies y manos, se les empujaba a la arena caliente y eran enterrados vivos. Dos fueron reservados para el interrogatorio y

torturados con fuego, pero eran valientes y no dijeron nada. Sobeck les cortó el cuello y dejó que su carne ardiera. Los buitres acudieron en tropel sobre nosotros, con sus siluetas negras recortándose en el cielo azul. Perra ordenó que todo enemigo muerto fuera decapitado y sus cabezas puestas sobre lanzas clavadas en la arena.

Un sacerdote lector nos dirigió un himno de victoria dando gracias a Amón-Ra: «¡Oh, tú que eres todopoderoso, que todo lo ves y que todo lo puedes...!».

Nuestras gargantas secas graznaron las palabras y luego seguimos adelante. La columna estaba ya lista para la lucha, los exploradores y los vigías laterales en sus posiciones. Fui felicitado por el enemigo que había matado. Horemheb observó la mano cortada y la puso con el resto, una pila espeluznante para alimento de las hienas una vez que el escriba hubiera calculado el número de muertos. Pregunté por el Velado. Se había refugiado en su carro, intocable y apacible. Los Nakhtu-aa se habían ocupado de que así fuera.

A medida que pasaban los días, aquellos ataques se hicieron habituales. El enemigo aprovechaba al máximo el terreno con sus hondonadas escondidas, sus salientes, barrancos y valles poco profundos. Los ataques consistían siempre en las mismas luchas cuerpo a cuerpo, cruentas y terribles. Los jefes *kushitas* estaban decididos a causar daños en nuestros carros y tanta destrucción como fuera posible entre nuestros caballos y bueyes. Una segunda columna comenzaba a seguirnos: leones, hienas y chacales y, por encima de nosotros, las aves del faraón, los buitres, siguiendo el rastro de sangre que dejábamos.

Ni siquiera por la noche estábamos seguros. Siluetas, como apariciones del Mundo Inferior, saltaban sobre nuestras defensas, arrastrándose por debajo de nuestros carros y causando la muerte con un rápido golpe de lanza. Horemheb encontró su verdadero lugar en aquellos momentos. Aunque no era un soldado con experiencia, demostró ser mejor oficial de combate que Perra. Todas las noches, cuando acampábamos, insistía en que caváramos una zanja poco profunda, haciendo una pequeña elevación sobre la que los Menfyt ponían sus escudos formando un muro entrelazado. Los ataques nocturnos cesaron, pero durante el día seguían produciéndose. Se trataba de guerreros furtivos, que luchaban por sus casas y sus familias. Matábamos una y otra vez. El número de mis manos aumentó. Mis miedos desaparecieron, los temblores cesaron. Me convertí en el carnicero que se suponía que debía ser. Y realmente estaba más preocupado de que el miedo me traicionara delante de mis camaradas que ante el enemigo.

Horemheb se declaró orgulloso de nuestra unidad. Nadie mencionó, sin embargo, que Pentju y Meryre siempre desaparecían durante los ataques, aunque supongo que Meryre rezaba y Pentju se ocupaba de nuestras heridas y golpes. Horemheb dijo que me recomendaría para el Collar de Oro a la Valentía. Me encogí de hombros, más deseoso de agua clara, pan blando y carne abundante. El Velado me mandó otro amuleto, del oro más puro. Era la imagen de una esfinge pisoteando a un asiático. El obsequio fue entregado en secreto. No lo mostré a los demás, sino que lo guardé

conmigo, como hice con el otro, durante aquella larga y frenética marcha. El número de nuestros muertos aumentó. A los cadáveres se los enterraba con rapidez, pero la unidad Horus seguía intacta. Pentju recibió una herida que le atravesaba la mejilla y que, según afirmó Horemheb, lo marcaría para toda la vida como hombre valiente. Pentju no entendió el sarcasmo. Meryre, siempre farfullando sus plegarias, perdió un diente a causa de una honda. Huy recibió un lanzazo en la parte carnosa de su pierna, que lo hizo bailar, como dijo Ramsés, «como una *heset* del templo». Sobeck no había recibido herida alguna. Era un luchador frío y decidido, rápido y mortal como una serpiente al ataque. Horemheb y Ramsés decididamente lo pasaban bien, como Huy murmuró: «Como los verdaderos bebedores de sangre que eran». Mientras los ataques continuaban, Horemheb y Ramsés venían con frecuencia a hablar conmigo. El «poderoso general», como llamaba yo a Horemheb entonces, me estudiaba con aquellos pequeños ojos negros incrustados en su fuerte rostro. Ramsés, su sombra constante, sonreía afectadamente detrás de él mientras chasqueaba la lengua, asintiendo con la cabeza ante mis réplicas. El humor de nuestra unidad había cambiado y Horemheb estaba muy inquieto.

—Estoy preocupado —confesó una noche, mientras nos refugiábamos en un pequeño oasis, disfrutando del agua que los *kushitas* no habían contaminado—. Estoy muy preocupado, Mandril del Sur —repitió—. Los *kushitas* son muy numerosos, más de lo que pensábamos. Es como si... —Jugó con los brazaletes de su muñeca.

—¿Es como si qué? —pregunté. Estaba cansado y me habían parado cuando me dirigía a llenar un odre. No estaba de humor para hablar de estrategia militar.

—Es como si los *kushitas* estuvieran centrando su atención en nosotros. —Ramsés terminó la frase de su compañero—. Sus ataques son persistentes. Otros dos cuerpos también se dirigen al este, el Gloria de Ptah por el norte y el Venganza de Isis por el sur.

—También sabemos —continuó Horemheb— que detrás de nosotros están los carros de suministros y las reservas, por no mencionar nuestra fuerza principal. Los barcos del Magnífico navegan por la costa, pero el enemigo parece fijarse sólo en nosotros.

—Tal vez saben que tú estás aquí —bromeé.

Horemheb me dio un golpecito en la mejilla y se alejó sacudiendo la cabeza. Su genio maligno trotaba detrás de él.

Al final entramos en la zona minera y descubrimos la verdadera devastación causada por los ataques de los *kushitas*. Aldeas enteras habían sido aniquiladas, las casas quemadas, los pequeños templos mancillados, sus habitantes masacrados de todas las maneras que el corazón humano puede inventar. Hombres, mujeres y niños habían sido atados de pies y manos, puestos entre espinos empapados de aceite y quemados. Había cadáveres, destrozados por los buitres y otros animales, empalados en estacas. Los pozos estaban llenos de cuerpos. Los mineros, los sacerdotes, los funcionarios y los soldados habían sido atados bajo el sol ardiente o enterrados vivos.

En un pueblo encontramos un caldero, sacado de las obras de la mina, lleno hasta el borde de miembros humanos amputados.

Recuperamos las minas, dejamos un destacamento para su protección y seguimos adelante. La preocupación de Horemheb se agudizó. Nuestro ejército estaba siendo reducido lentamente y nos encontrábamos ya en el corazón del territorio enemigo. Entramos en sus pueblos, abandonados y desiertos, salvo por los viejos y los débiles que habían sido dejados atrás. Ramsés se divertía poniendo en fila a estas personas, para luego recorrer rápidamente la línea, cortando sus cabezas una a una. Encontramos refugiados, por lo menos eso era lo que alegaban, desamparados, desnudos y desarmados. Horemheb ordenó que los carros de guerra los dispersaran o los aplastaran. La unidad Horus se convirtió en la vanguardia de nuestro cuerpo, en la punta de lanza, en el filo de la espada. A medida que el número de muertos crecía, las palabras del Velado volvían a mi memoria para perseguirme. ¿Qué importancia tenía realmente? No éramos nada más que intrusos que iban de un lado a otro en aquel paisaje infernal: la fuerza vital de aquellos hombres muertos era un simple soplo de aliento, el humo de un fuego que se apaga, vislumbrado por un momento y luego rápidamente olvidado.

* * *

A mediados de la estación calurosa habíamos recuperado todas las minas, empujando a los *kushitas* hasta obligarlos a detenerse. Desplegamos nuestros escuadrones de carros, hicimos las ofrendas a Horas, se quemó incienso en una roca hirviente, entonamos la letanía de la súplica y enganchamos nuestros caballos, ya no tan lozanos, mostrando sus costillas a través de sus polvorientos pellejos, pero todavía dispuestos y listos para la guerra. Nos desplegamos en una línea de batalla. El Velado envió un mensajero al coronel Perra: quería estar con nosotros. Perra se encogió de hombros y, avergonzado, Horemheb ordenó a Sobek que descendiera mientras esperábamos que él llegara. Vino apoyándose en su bastón, caminando con poca elegancia, vestido con su faldellín y pectoral de cuero. No llevaba sandalias y su cabeza estaba en ese momento totalmente afeitada. El mechón de pelo rojizo había desaparecido. El Velado había decidido que ya era un adulto, un guerrero. Subió al carro a mi lado, aferró las riendas, movió la cabeza a izquierda y derecha y luego pasó su mano suavemente de arriba abajo por mi brazo.

—¿Te preguntas por qué? —murmuró—. Porque tengo que hacerlo, Mahu. Mi Padre lo desea.

Yo estaba cubierto de sudor, sediento y cansado.

—¿Tu padre? —pregunté—. ¿El Magnífico?

—El Único a quien amo, Mahu, que es el aire mismo que respiro. —Se ató las riendas alrededor de las muñecas y miró a la lejanía. El coronel Perra y Horemheb estaban avanzando con sus carros en aquel momento, con los estandartes desplegados.

—¡Horus el Victorioso! —entonó un sacerdote lector—. Abre tus alas sobre nosotros. ¡Devora al enemigo! ¡Que tu corazón esté con nosotros!

El estribillo fue cantado por todos los demás. Yo permanecí en silencio. El Velado susurró una plegaria diferente a su Padre, con el rostro vuelto al sol. Delante de nosotros estaban las huestes *kushitas*, formadas en tres batallones diferentes al otro lado del desierto, bloqueando nuestro avance. Traían sus propios y espeluznantes estandartes, largas astas con cabezas de egipcios masacrados, y su canto ronco de guerra resonaba por toda la llanura. Yo era consciente del sudor, del polvo que nos cubría, de la inquietante neblina, de las nubes de moscas. Por un breve momento pensé en la tía Isithia y deseé que estuviera conmigo, para que sufriera con las moscas. El Velado cantaba suavemente con su respiración. Horemheb estaba ansioso por moverse, el escuadrón Horus ocupaba el lugar de honor en el centro de la línea de batalla. Perra, haciendo sombra a sus ojos con las manos, parecía preocupado.

—La línea de los *kushitas* se está moviendo —susurró el Velado.

Forcé la vista. La calima producida por el calor colgaba como un velo que se movía entre nosotros y el enemigo. Al principio pensé que mis ojos me estaban jugando una mala pasada.

—Se están moviendo —confirmé—. ¡Se están retirando!

Desaparecieron. Horemheb estaba furioso. Insistió en perseguirlos, y estalló una pelea a gritos entre él y el coronel Perra, que estaba decidido a que permaneciéramos en línea y no los persiguiéramos.

—Es una trampa —le advirtió a Horemheb—. Sólo los dioses saben adonde se han ido o qué pueden ver.

Al final, el coronel se impuso. Nuestra línea de batalla se rompió y regresamos al campamento. El Velado me entregó las riendas, cogió su bastón y bajó del carro sin darse la vuelta para volver a mirar.

Fortificamos el campamento y nos preparamos para un posible ataque de los *kushitas*. El coronel Perra permaneció en constante comunicación con el alto mando del ejército. Una vez que la provincia detrás de nosotros quedó libre de fuerzas enemigas, los mensajeros podían ir y venir con rapidez. Aquella noche, justo antes de que oscureciera, un carro arrastrado por los mejores caballos de las cuadras imperiales entró en el campamento. El mensajero informó al coronel y éste vino a comentar el tema con Horemheb y el resto de la unidad Horus. El coronel Perra estaba preocupado y cubierto de polvo. A pesar de su valentía personal y su jactancia militar, se apoyaba mucho en Horemheb, pidiéndole consejo y orientación.

—Tengo noticias —Perra nos miró a nosotros, que estábamos en el suelo en un círculo alrededor del fuego— del propio virrey. —Alzó una hoja de papiro, besó la marca del sello y nos la mostró. Inclínamos nuestras cabezas—. Los jefes *kushitas* han pedido la paz y están dispuestos a rendirse. Mañana por la mañana temprano voy a salir para aceptar su rendición.

—Yo iré. —Horemheb se puso de pie de un salto.

Ramsés, por supuesto, hizo lo mismo.

—Ésa es la razón de que desaparecieran, ¿no? —señaló Huy—. Un último acto de desafío.

—Eso no es lo que me preocupa. —Perra hizo un gesto cortante con la mano—. Horemheb, tú permanecerás aquí. Iré con cinco carros de guerra y algunos Nakhtu-aa. Te quedarás al mando. Ah —el coronel me sonrió sombríamente—, y tú vendrás conmigo.

—Él no te acompañará.

Me di la vuelta. El Velado, vestido con una bellísima túnica de lino plisado, calzado con sandalias y un tocado con rayas azul y oro que le cubría la cabeza, estaba allí, apoyado en su bastón, bajo una palmera. Caminó lentamente hacia delante.

—Coronel Perra, ¿has recibido un mensaje? ¿No he sido informado!

—Mi señor. —Perra tosió y aclaró su garganta.

—Acepto tus disculpas. —La voz del Velado era seca y cortante—. Pero no te llevarás a Mahu. Él se quedará para protegerme. Los Muchachos de Fuerte Brazo te acompañarán.

El coronel Perra miró a Horemheb, que se encogió de hombros.

—Vuestros deseos son órdenes para mí.

El Velado se dio la vuelta, perdiéndose en la oscuridad.

* * *

El coronel partió a la mañana siguiente. Él y los cuatro carros de guerra que lo acompañaban salieron con enorme estruendo. Los Nakhtu-aa corrían junto a ellos. Horemheb estaba preocupado. Insistió en que el campamento continuara en pie de guerra, con los escudos alrededor del perímetro defensivo, carros atravesados en la entrada y cada unidad preparada para la lucha. Al principio pensé que estaba presumiendo ante todos nosotros. Me había quedado sorprendido por la intervención del Velado y me preguntaba por qué, pero no me hizo llamar ni me pidió que permaneciera cerca de él.

A medida que el día avanzaba comencé a compartir la inquietud de Horemheb. Al final de la tarde un vigía gritó que Perra estaba regresando. Me reuní con Horemheb sobre el perímetro. Los carros de la entrada fueron apartados cuando los carros de guerra emergieron de la nube de polvo con los hombres corriendo junto a ellos.

—Bien, todo ha terminado —suspiró Pentju detrás de nosotros—, y demos gracias a los dioses. Hemos servido al faraón y ahora podemos irnos a casa como héroes triunfantes.

Varios nos apartamos mientras Horemheb iba hasta las puertas para aguardar al coronel. Estaba junto a la fuente mojando mis labios cuando sonó la alarma. Regresé deprisa al sendero. Horemheb estaba gritando; los carros se habían apartado y los otros entraban a toda velocidad. Una pesadilla. El conductor no era de nuestro cuerpo sino que se trataba de un *kushita* que llevaba el tocado y el uniforme del coronel

Perra. Cada carro arrastraba un arbusto espinoso para levantar polvo y ocultar el ataque inesperado. Perra y su grupo debían de haber sido masacrados y sus carros y uniformes utilizados para introducirse en el campamento. La advertencia de Horemheb nos dio algún respiro. Sonaron los cuernos de concha y las trompetas. Todos los hombres seguían dispuestos para la batalla, pero los *kushitas* se metieron en el campamento y se produjo una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo entre los árboles. El primer carro llevaba sólo dos guerreros; los que venían detrás traían más, mientras que los que marchaban a pie se apoderaron de nuestras defensas derribando los escudos, listos para destruir todo a su paso. Luego vino el caos. Aquello no era una batalla, sino más bien luchas separadas en las que nuestras unidades chocaban con un grupo o giraban para enfrentarse a otro. Los cuerpos se movían en las tranquilas aguas del oasis. Las cacerolas y los carros fueron volcados. Un pequeño y bien armado grupo de *kushitas* llegó a las líneas de caballos para acabar con nuestras monturas.

Horemheb salvó la situación, organizando una falange de Menfyt y conduciéndolos para despejar el campamento. Luché intentando avanzar arremetiendo con la espada, garrote o cualquier arma que tuviera a mano. Un *kushita* que había atravesado a uno de nuestros sacerdotes lectores se escabulló detrás de un árbol, con la lanza en la espalda y el escudo ligeramente bajado, exponiendo su blando vientre. Me agaché y me lancé a toda velocidad, hundiendo mi daga hasta la empuñadura, para luego separarla del cuerpo y seguir adelante. Vi a Pentju bajo un carro, con los ojos llorosos. El torbellino de la lucha se hizo menos intenso. Tropezando mientras buscaba una espada, vi el pabellón del Velado sin ningún guardia custodiándolo, ya que todos habían abandonado sus puestos. Levanté la puerta de tela y entré. El Velado estaba arrodillado tratando de asegurar con correas su faldellín de cuero, moviendo los dedos torpemente. Escuché un ruido y me volví. Dos *kushitas* se habían deslizado por la entrada. Se separaron, con los escudos en alto, moviendo sus lanzas. Vi la *khopesh* del Velado y la cogí con ambas manos. Uno de los *kushitas* se acercó nervioso, avanzando con su escudo. Me lancé contra él y lo aparté de un golpe. El otro, ligeramente agachado, quiso alcanzarme con la punta de su lanza, pero falló. Ataqué y le corté el brazo justo por debajo del codo. El hombre se alejó tambaleándose, con la sangre saliendo a chorros y la cara retorcida por el dolor. Me volví. El otro estaba incorporándose. Lancé un golpe con la *khopesh* y su filo se hundió profundamente en su cabeza, rebanándole la parte superior del cráneo, como si fuera un huevo. El pabellón se llenó de gritos y la sangre caliente salió a borbotones, salpicándome la pierna. Me acerqué y golpeé el pecho del *kushita* con mi espada. Yo gritaba, con el cuerpo cubierto de sudor.

—¡Está muerto, Mahu! ¡Está muerto!

Me detuve, agitado como un nadador que hubiera luchado contra la fuerte corriente de un río. El Velado estaba arrodillado junto a mí. El *kushita* al que le había cercenado el brazo estaba temblando con los ojos vidriosos, farfullando en una lengua

que no pude comprender. El Velado se arrodilló junto a él, asintiendo con la cabeza suavemente, como si comprendiera cada palabra. Icé mi espada, pero el Velado levantó su mano. Le hablaba con tranquilidad al hombre como si no se diera cuenta del temblor, de los ojos llenos de miedo, de la sangre saliendo libremente como si fuese agua de una jarra rota. Mi fervor guerrero se disipó. El *kushita* al que le había cortado el cráneo estaba tendido, ligeramente inclinado hacia un lado. Su pecho era una masa de heridas. Me agaché y recogí mi daga. El Velado seguía hablando al otro delicadamente. Los ojos del hombre se movieron de una forma extraña, su lengua parecía más torpe. Repetía sin cesar las mismas palabras. «*Deret nebeb Ra*».

—Egipcio —me sonrió el Velado—. Repite constantemente esas tres palabras. Escucha.

El hombre, luchando para poder respirar, las repetía como si estuviera absorto en alguna pesadilla, inconsciente de lo que sucedía a su alrededor.

—*Deret nebeb Ra*.

—«Busca la cesta de Ra» —traduje—. No tiene el sentido.

—Está utilizando mal las palabras. —El Velado me sonrió—. Quiere decir *nuber*, no *nebeb*, «oro», no «cesta». Fueron sobornados para atacar, le dijeron que buscara el oro en esta tienda, que era fácil de encontrar. Me pregunto quién les habrá dicho tal cosa.

—Bien, ahora no importa.

—Así es, no importa —respondió el Velado. Levantó su daga y le cortó el cuello al *kushita*.



Espíritu diabólico

*«El cielo se estremece,
La tierra tiembla,
debido a ti».*

(Sentencia 337, Texto de La Pirámide)

Capítulo 4

El recinto de la residencia utilizado como comedor se había transformado para la ocasión. Sobre las paredes, los pintores habían plasmado con habilidad escenas de batallas con llamativos colores: oscuros azules, profundos rojos y dorados amarillos. En todas ellas se mostraban las glorias y la valentía de la unidad Horus. A ambos lados de la puerta se apoyaban nuestros estandartes, en los que se veía a Horus, siempre ciego, pero que todo lo ve, triunfante sobre un *kushita* caído. Nos sentamos sobre suavísimos almohadones ante mesitas sobre las que las jarras de alabastro para el aceite y velas perfumadas brillaban en la oscuridad. Al otro lado de nuestras mesas se sentaba una fila de hermosas muchachas del templo, con pelucas trenzadas e impregnadas en perfume, ojos de endrina, realzados con *kohl* verde, brazaletes en las muñecas, anillos enjoyados brillando en sus largos y sensuales dedos y gargantillas de amatista alrededor de sus tiernos cuellos. Venían del templo de Isis y se las conocía como «Las Manos de Dios», ¡nombre apropiado! Todas ellas estaban cubiertas con velos de lino que, más que ocultar, destacaban su belleza. Aquellas muchachas de ojos dulces y labios rojos, con sus tiernas miradas y suspiros suaves, alababan constantemente el honor de la heroica unidad Horus. Cestos con flores y recipientes de mirra, incienso y canela perfumaban el aire. En uno de los extremos, músicos con liras, arpas, flautas y oboes proporcionaban una suave música que hacía vibrar el corazón y olvidar recuerdos agridulces.

En lo más alto del recinto, vestidos con túnicas triunfales, pelucas perfumadas y deslumbrantes joyas en cuellos, orejas y dedos, se sentaban el Padre de Dios, Hotep, y, flanqueándole, el Velado y el Príncipe de la Corona Tutmosis. Eran nuestros anfitriones, los recién proclamados Maryannou, Bravos del Rey. Hotep permanecía impassible. El Velado había bebido en abundancia. Parecía aburrido. Jugeteaba con la comida —lonchas de cerdo tierno, carne de res, pollo y pato— y daba golpecitos con las uñas sobre la copa de plata. De su cuello colgaba el Collar a la Valentía ya que había matado a dos enemigos en combate cuerpo a cuerpo durante la expedición.

Yo no hice mención alguna de mi participación. Una vez que los dos *kushitas* hubieron muerto, había regresado a la sangrienta pelea que continuaba en el exterior. Parpadeé y miré hacia otro lado. Nos habían atendido muy bien para recompensar nuestra valentía. Sinuosas bailarinas, con ojos chispeantes, haciendo sonar castañuelas, cubiertas sólo con un taparrabos, habían realizado pruebas de agilidad, arrastrando su largo pelo negro por el suelo y estimulando nuestra lujuria. Estábamos todos ahí: Maya, rollizo y de piel delicada, miraba con ojos de ternero a Sobeck. No presté mucha atención a la *heset* que estaba ante mí, al otro lado de la mesa. Ignoré sus miradas coquetas y sus delicados toqueteos. Cerré los ojos. Había pasado un mes desde mi regreso del «Caldero», como llamábamos desde entonces al desierto.

Habíamos llegado al hogar como guerreros flacos, de piel oscurecida, manchados de sangre en el fragor de la lucha. Nos habían dado una bienvenida triunfal. Todos en nuestra unidad recibimos Abejas de Plata al Valor y Collares de Oro a la Valentía. Maya se había enfurecido tanto por los celos que había salido a comprarse un collar de cornalina, con miles de colores brillantes, para colgárselo en su propio cuello. Nuestras heroicas hazañas habían sido cantadas por heraldos y poetas en toda Tebas. La muerte del coronel Perra fue considerada como un acto de alta traición por el que los príncipes *kushitas* pagaron un precio terrible. Nosotros habíamos sobrevivido a su brutal emboscada sólo gracias a Horemheb; su implacable persistencia le había mantenido vigilante y a nosotros preparados. Nuestros agresores fueron rechazados, se enviaron patrullas de exploración, y luego nos retiramos, sin dar la espalda al enemigo, retrocediendo hasta alcanzar al cuerpo de apoyo, el Esplendor de Isis, cerca del oasis de Koroy.

La celebración de aquella noche era la última de otras muchas. No sólo marcaba el final oficial de la campaña, sino también de nuestra educación en la corte real. Al día siguiente Horemheb, Ramsés y Sobeck se hicieron cargo de sus nombramientos en la Sagrada Banda, un regimiento imperial bajo el mando directo de Hotep, que vigilaba los complejos templarios de Tebas. Huy iba a ingresar en la Casa de los Embajadores; Pentju y Meryre, en la Casa de la Vida; Maya, en el erario público, la Casa de la Plata. ¿Y yo? Abrí los ojos y le sonreí a la muchacha que tenía frente a mí. «Mañana», pensé, «será otro día». El aire de la estancia se había vuelto sofocante, así que me levanté, hice una reverencia hacia la mesa principal y salí al aire fresco y fragante de la noche. Miré las estrellas, gemas brillantes sobre un almohadón oscuro, y me pregunté qué iba a hacer realmente. Un sonido me sobresaltó. Di media vuelta, mientras mis dedos se dirigían a un cuchillo imaginario. Imri, el *kushita* tuerto, jefe de la guardia personal del Velado, apareció en el espacio iluminado. Hizo una reverencia irónica, con una mano sobre el pecho.

—No lo sabía —dijo, lanzándome una mirada sarcástica—. No sabía que eras uno de los héroes.

—Las cosas han cambiado —me burlé— desde que pusiste una soga alrededor de mi cuello.

—Ahora has puesto la soga alrededor de muchos *kushitas*.

—¿No estuviste allí?

—Habría estado. —Imri dio un paso adelante—. Egipto es mi hogar, Mi amo tiene mi lealtad.

—Entonces ¿por qué no viniste con nosotros?

—Órdenes superiores. —Imri hizo un guiño con su ojo sano y señaló el palacio.

Regresó a la oscuridad. Yo quería estar solo, lejos de la mirada atenta de Imri y del bullicio del comedor. Decidí seguir caminando. Desde mi regreso del Caldero, había comenzado a disfrutar de las plantas al anochecer, del murmullo de los olivos, del ruido del agua moviéndose, del cómodo silencio, sin que fuera alterado por los

merodeadores de la noche. También quería pensar y planear... ¿pero acerca de qué? ¿Adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? Había luchado como soldado, el olor de la sangre nunca estuvo muy lejos de mi nariz y de mi boca. Mi sueño era perturbado por las pesadillas. No podía hacer aquello otra vez, por lo menos durante algún tiempo.

Me dirigí hacia el Pabellón del Silencio, manteniéndome dentro de la línea de árboles. Sorprendentemente, las puertas estaban abiertas y el patio bañado por la luz procedente de braseros encendidos y lámparas de aceite. Había personas a punto de marcharse. Me escondí detrás de un sicómoro y pude ver a un grupo de cortesanos protegidos por Nakhtu-aa, espadas en mano y escudos en alto. Sin embargo, a pesar de aquel cerco de guardianes, el grupo parecía relajado. Un hombre de altura media caminaba entre dos mujeres, los demás parecían ser criados. La mujer mayor era la Gran Reina Tiye. Pude reconocer aquellos pómulos altos y los gruesos labios, aquella firme boca sensual. La otra mujer era mucho más joven. Justo al atravesar la puerta, entró un rayo de luz. Se detuvo para escuchar algo que su compañero le decía, echó la cabeza hacia atrás y se ríó. ¡Mi corazón se sobresaltó! Mi alma, aquella fuerza escondida en mi interior, salió para encontrarse con la de ella. Era la primera vez que experimentaba aquella pasión y, a decir verdad, también la última. ¡Aquel rostro poseía una reconfortante y absoluta belleza!

En mi locura alimentada por el vino pensé que ella me miraba directamente a mí, con las manos entrelazadas, la cabeza ligeramente echada hacia atrás, su pelo cayendo en cascada, una cinta trenzada y bordada con piedras preciosas sobre su frente, hermosos ojos oscuros bajo pesados párpados y aquella boca alegre y sonriente. A pesar de la oscuridad la vi perfectamente. ¡Un alma ardiendo en su propia belleza! ¡Nefertiti! *Nefer* significa «hermosura» y el nombre fue creado para ella. Hasta aquella noche yo nunca había amado y, después de ese momento, no volví a amar realmente. Que nadie se burle de mí, que nadie me ridiculice. Cada alma tiene su canción, cada corazón, su propósito. Nefertiti era mi canción, mi propósito. Alguien dirá que es ridículo. Para mí fue como un milagro. Una visión a la luz de la luna, un rostro apoderándose de todos mis deseos. Todos mis dolores, todas mis estupideces y devaneos... todo podía olvidarlo, mirándola. Aquella noche vi él rostro de mi eternidad y me perdí en él. Sigo estándolo. No estoy hablando de cortejar, de llegar a conocer a alguien, de alimentar sentimientos. ¿Qué tontería es ésa? Si la muerte puede llegar en un suspiro, ¿por qué no el amor más profundo? Me quedé allí mirando boquiabierto. Aquella visión se ríó otra vez, un sonido alegre que tocó mi alma y se burló de lo que pudo haber sido, de lo que podría haber sido. Luego desapareció, ¡mi hermosa reina de la noche!

Permanecí allí un buen rato, apoyado sobre aquel sicómoro, tratando de controlar mi respiración, el latido de mi corazón. Había visto antes la belleza, en la brillante elegancia de las muchachas del templo, pero esto era diferente. En aquel momento me preguntaba quién era ella. Tutmosis tenía hermanas, pero no podía ser una de ellas. Calculé que debía de estar en su decimoséptimo o decimoctavo verano, tal vez

quizá un poco más joven. Su piel parecía dorada, no tan oscura como la de la reina Tiye. ¿Provendría ella de más allá de las fronteras? Pero su manera de caminar y actuar indicaba que estaba muy acostumbrada a moverse junto a la más arrogante de las reinas de Egipto. Las puertas del pabellón se cerraron. Oí las barras metálicas cuando volvieron a su posición. ¿Habrían estado visitando al Velado? Pero él estaba ausente, bebiendo y divirtiéndose o fingiendo divertirse con nosotros. ¿Era ella la razón por la que él parecía tan triste, tan desanimado? Me volví y regresé caminando lentamente. El ruido en la estancia de la celebración había aumentado, ahogando a los músicos y a los cantantes. La puerta se abrió y Sobeck, seguido por Maya, salieron tambaleándose. Me rozaron al pasar junto a mí, perdidos en su propio laberinto de palabras, y se dirigieron a una verja rodeada de arbustos donde orinaron, riéndose a carcajadas, compartiendo alguna broma obscena antes de regresar.

—Sobeck. —Lo agarré del brazo. Se volvió con ojos llorosos.

—¿Qué pasa, Mandril? —Se balanceó.

Maya, igualmente ebrio, trató de mantenerlo erguido.

—Sobeck, ¿has sido cuidadoso desde que regresamos? —Mi visión de aquella hermosa mujer me había provocado cierta preocupación por mi compañero, lo más cercano a un amigo que yo tenía—. Sobeck, ¿has estado cerca del harén imperial?

Sobeck trató de hablar, se tocó la punta de su nariz y, en una explosión de risa, dejó que Maya lo llevara de regreso a la sala.

Me acerqué un poco más. Huy salió con dos *hesets* para desaparecer en la oscuridad y pronto el silencio fue roto por gemidos y gritos divertidos. La puerta se abrió otra vez. Me volví, esperando al Velado, pero fue Hotep quien salió con el abanico en una mano y una copa de amatista extrañamente tallada en la otra. La alzó y brindó por mí, aceptando mi reverencia.

—Hay una esmeralda sagrada dentro. —Vació la copa y me la alcanzó, inclinándola para que yo pudiera ver el brillo de la esmeralda en el interior—. Una protección segura —murmuró, acercándose— contra el veneno. Cambia de color cuando cualquier poción o sustancia extraña se mezcla con el vino.

—¿Tenéis miedo a que os asesinen?

Yo todavía estaba dominado por la visión de belleza que había tenido, impaciente por poder hablar con alguien. La cara patricia de Hotep se frunció en una sonrisa.

—El poder y el asesinato van de la mano.

—Una espléndida celebración. —Hice un gesto hacia las ventanas iluminadas a través de las cuales brillaban las velas y las lámparas de aceite—. El coronel Perra habría estado muy impresionado.

—Su cadáver nunca fue hallado. —Hotep deslizó el abanico en un pequeño bolsillo de su túnica y acarició la copa—. Los responsables fueron empalados y sus hijos vendidos como esclavos. Los que sobrevivieron fueron traídos a Tebas.

—¿Cuántos?

—Sólo unos pocos sobrevivieron a la marcha —Hotep sonrió—. Y sus cráneos fueron aplastados por el Poderoso en el templo de Montu. Lo recuerdas, ¿no? ¿Estuviste allí?

Por supuesto yo, junto a los demás Maryannou, estaba formado en fila al pie de la escalinata del templo. En lo alto, el Divino, la Magnífica Persona, sentado en una postura desgarbada en su trono, su vientre prominente y los pechos sobresaliendo bajo su *nenes*, la Armadura de Gloria, ¡el faraón en toda su magnificencia! Tenía puesta la corona azul de guerra de Egipto y se encontraba bajo un toldo dorado de borlas plateadas. Le acompañaba, sobre un taburete, la Reina Tiye con una deslumbrante capa de plumas, la Capa de un Millón de Colores, como la llamaban. Sobre su cabeza, el tocado en forma de buitre se elevaba rígido, con plumas blancas a ambos lados del disco solar. Alrededor de la pareja imperial, en todo su esplendor, con túnicas plisadas, deslumbrantes pieles de animales, mantos y faldas, se arremolinaban los principales sacerdotes, cortesanos y oficiales del ejército. El Magnífico, entronizado como juez, con flagelo y cetro, estaba listo para administrar justicia a aquellos que se habían atrevido a levantar sus cabezas contra su sandalia. Desde donde yo estaba podía ver claramente las mejillas caídas del Magnífico, sus ojos hundidos y sus labios apretados, moviéndose sin cesar al tratar de aliviar una inflamación en sus encías.

El patio que teníamos detrás estaba abarrotado de personas importantes, con la piel aceitada y perfumada y sus fragancias mezclándose con los olores de las cestas de flores y los recipientes de perfumes ardiendo. Todos habían acudido a ver cómo se administraba justicia y cómo corría la sangre. Sonaron las trompetas y los estandartes subían y bajaban mientras los prisioneros *kushitas*, con las manos atadas a la espalda y las bocas amordazadas, eran empujados para que subieran los escalones. El Magnífico se puso en pie y cogió su gran maza de guerra con su extremo en forma de óvalo. Los prisioneros se arrodillaron a lo largo del último escalón. El Magnífico, ayudado por Hotep, se desplazó a lo largo de la línea. Agarró un mechón de pelo especialmente preparado en la cabeza de cada prisionero. Al hacerlo, sonaron más trompetas. El garrote fue alzado y los cráneos fueron aplastados en medio de los gritos amortiguados, mientras los escalones se cubrían de sangre y la multitud aclamaba el poderío de su faraón. La muerte del coronel Perra estaba siendo vengada.

—Es una pena que su cadáver —Hotep me sacó bruscamente de mi ensoñación— y los de los otros nunca fueran hallados.

Recordé a aquel *kushita* en la tienda del Velado, con el brazo cercenado, la sangre saliendo a borbotones, su cuerpo dominado por las convulsiones y aquel susurro gutural al pronunciar aquellas extrañas palabras egipcias: «*Deret nebeb Ra*».

—¿En qué estás pensando, Mahu?

—En nada —mentí. Antes de que yo abandonara aquella tienda, el Velado me hizo jurar que guardaría silencio. Observé la astuta cara de aquel noble de ojos hundidos—. ¿Habéis salido expresamente para mostrarme vuestra copa?

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es lo que queréis de mí?

—En eso pienso, precisamente —respondió Hotep—. ¿Qué vamos a hacer con Mahu, el Mandril del Sur? ¿El ejército, la Casa de los Escribas? ¿Qué tal la Casa de los Secretos? —Pasaba la copa de una mano a la otra. Estaba a punto de continuar cuando el silencio fue roto por nuevos gritos de placer.

—Huy ha saciado su sed de carne tierna. —Hotep me miró—. ¿Y cómo vamos a saciar tus ambiciones, Mahu? —Movi6 un dedo delante de mi cara—. Pero vamos, regresemos, todavía faltan los discursos formales. ¡Huy! —llam6 dirigiéndose a la oscuridad—. Tu anfitri6n te aguarda.

Regresamos al recinto, con su atm6sfera espesa y perfumada. Huy, completamente desaliñado, regres6 tambaleándose para ser recibido por todos con abucheos, menos por Maya, que lo miraba furioso como una niña celosa. Horemheb, adornado con sus condecoraciones, se puso de pie, golpeando el borde de su copa contra la mesa, alzándola hacia Hotep y los dos príncipes.

—Que la gracia de Am6n habite en vuestros corazones —brind6—. ¡Que 6l os conceda a todos vosotros una buena vejez y una vida de honor y alegría, labios sanos y miembros fuertes!

Vi que el Velado mostraba un gesto tenso en su cara.

—Que vuestros ojos sean agudos —continu6 Horemheb—, vuestras vestimentas del lino m6s fino. ¡Que pod6is conducir un carro de guerra y un látigo con empuñadura de oro en las manos, tirado por potros de Siria y con esclavos corriendo delante para despejar el camino...! —Sus palabras salían a trompicones—. Que vuestro perfumista derrame sobre vosotros el olor de la dulce resina; que vuestro principal jardinero os ofrezca guirnaldas. Que pod6is vivir en paz mientras los enemigos son sometidos. Los males que los hombres os imputan no existen. Vosotros habl6is con la voz de la verdad y sois honrados entre los dioses.

Horemheb levant6 luego su copa para un brindis y los dem6s le seguimos. Pronunci6 una hermosa respuesta. Cuando finaliz6, el Padre de Dios se puso de pie, seguido por un Tutmosis bastante borracho, con un brazo sobre el hombro de su enigm6tico hermano, que hizo un gesto de despedida a sus hombres. Durante un tiempo las muchachas siguieron divirtiéndose y un arpista ciego enton6 una canci6n triste:

Los cuerpos de los hombres han regresado a la tierra desde el principio de los tiempos y su lugar ha sido ocupado por nueva generaciones.

Mientras Ra siga elevándose todas las mañanas, los hombres seguirán engendrando y las mujeres concibiendo y respirando por sus narices.

Pero, en alg6n momento, todo aquel que haya nacido deber6 ocupar el lugar que le ha sido asignado, de modo que hagamos que sea 6ste un feliz día.

Que nos sean concedidos los m6s finos perfumes, que lirios y guirnaldas adornen nuestros hombros. Que nuestra voz diga la verdad...

Vitoreamos al cantante y luego él, las *hesets* y los músicos fueron despedidos con regalos y promesas de amistad para todos. Los niños de la Kap, la unidad de Horas el Glorioso, se quedaron a solas por última vez. Nos sentamos en silencio durante un rato, rememorando el tiempo pasado, evocando los recuerdos de nuestro primer día en aquel recinto. Meryre narraba algunos hechos pasados y el resto estábamos a punto de sucumbir a la sensiblería cuando Ramsés arrojó su daga contra la pared.

—La apuesta ha sido presentada —gritó, con sus ojos de serpiente brillando con malicia—. La apuesta ha sido presentada. ¿Ha sido aceptada?

Horemheb sonreía. Tuve deseos de maldecirlos a ambos. A sus ojos, Sobeck era un rival, un hombre tan belicoso y valiente como ellos, razón por la cual Ramsés le había tendido una trampa.

—Bien, ¿la has aceptado? —Huy miró furioso a Sobeck, con los ojos adormilados. Miré a mi compañero. Apartó a Maya y metió la mano en una bolsa de cuero oculta bajo la mesa. Se puso de pie y mostró una estatua de alabastro puro sobre una base de oro y plata.

—La estatua de Ishtar —gritó.

Horemheb y Ramsés aplaudieron.

—He ganado la apuesta —alardeó Sobeck.

Cerré los ojos. Sobeck había regresado del Caldero deseoso de carne perfumada y de reanudar su relación con Neithas, una de las concubinas menores del harén imperial y uno de los Ornamentos Reales, a los que todo hombre, aparte del faraón, tenía prohibido tocar. Una noche, poco después de nuestro regreso de la guerra, Sobeck se había jactado de los favores que Neithas le había concedido y nos entretuvo con historias sobre el apetito sexual del Magnífico.

Supimos que a veces le gustaba que le golpearan y fustigaran, o que le complacieran con la boca. Escuchamos con avidez las extravagantes historias del harén y de los placeres privados del Magnífico. Luego Ramsés le tendió su trampa. Acusó a Sobeck de mentir y se burló de él desafiándolo a que presentara alguna prueba. Yo ya sabía que Sobeck se encontraba con Neithas en el olivar donde Weni solía sorber ruidosamente su cerveza. Sin embargo, guardé silencio mientras Sobeck alardeaba acerca de sus proezas y aseguraba que decía la verdad. Ramsés, sin embargo, se negó a aceptar tal cosa. Llamó a Sobeck mentiroso, retándole a que diera pruebas de su conquista. Y él había aceptado. Prometió traer una de las valiosas estatuas de Ishtar, colocadas en nichos en la pared a ambos lados de la entrada al harén real. Sólo un Ornamento Real, una concubina del Magnífico, podía tocarlas.

—¿Y bien, Ramsés? —gritó Sobeck—. Tengo la estatua y cada uno de vosotros debe entregarme un caballo, pues ésa fue la apuesta. ¡Prometí que os la mostraría esta noche y lo he hecho!

Todos asentimos con la cabeza, pero Huy, Meryre y Pentju, borrachos como estaban, se dieron cuenta de lo peligrosa que se había vuelto aquella conversación.

—No estábamos seguros de que lo harías —susurró Ramsés como un gato—. Creímos que sólo estabas bromeando.

Maya, con una mano sobre la rodilla de Sobeck, lo miraba fijamente.

—¿No estás celoso, Maya? —gritó Horemheb.

Maya se puso de pie de un salto y corrió llorando hacia la oscuridad, seguido por gritos burlones y abucheos. Sobeck, llevándose la estatua, fue tras él, mientras los demás seguimos bebiendo.

Al día siguiente dormí hasta después del mediodía y al despertar me encontré con el dormitorio vacío. Mis compañeros se habían levantado temprano o habían regresado a sus hogares en la ciudad. Me afeité y me bañé para luego salir y sentarme sobre el banco de Weni en el patio. El resto de la residencia estaba vacía. Teñía la garganta seca, así que saqué un caldero de agua del pozo. Me senté a la sombra mientras humedecía mi garganta, esperando a que desapareciera el dolor de cabeza. Los acontecimientos del banquete de la noche anterior iban y venían, pero yo realmente trataba de recordar aquel hermoso rostro. Estaba en el Valle de los Espíritus, los recuerdos se amontonaban a mi alrededor. Weni con su jarra de cerveza en la mano, los sacerdotes armados con sus bastones, observándonos mientras escribíamos. Horemheb y Ramsés, tan unidos entre sí como si fueran gemelos, con las cabezas juntas. En el pasado yo había decidido estar solo, pero ahora estaba solo porque no tenía a nadie más, sin compañía ni amigos ni familia. Pensé en ir a la ciudad a visitar a las Señoras de los Templos, pero las celebraciones de la noche anterior me habían proporcionado suficientes emociones.

Seguí recordando a la hermosa mujer. Quería verla otra vez, observar su sonrisa, deleitarme con su presencia, escuchar su voz. No sentía vergüenza. Estaba contento no sólo por lo que había visto, sino por lo que sentía. Mis compañeros de la Kap solían preguntarme si yo tenía corazón, y aquello siempre me hacía recordar las escalofriantes palabras del adivino acerca de la tía Isithia. Recordé cómo mi padre entraba y salía a grandes zancadas sin ni siquiera mirarme. ¿Estaba yo hecho de la misma materia? ¿Un hombre sin sentimientos? Aquella hermosa mujer había cambiado todo eso. Pasé todo aquel día en la residencia, durmiendo o dando vueltas. Uno o dos sirvientes vinieron para ordenar, sacar o poner cosas. Me dieron algo de comer. Me preocupaba que ninguno de los otros hubiera regresado, pero cuando revisé sus cofres y arcones, estaban vacíos. Se habían llevado todas sus pertenencias, sin dejar rastro alguno de su larga permanencia en el lugar.

El día fue transcurriendo. Estaba tomando el sol apoyado en una pared cuando sonó el cuerno de concha, seguido por un chirrido de ruedas y el mugido de los bueyes más allá de los muros. Me puse una túnica y me alejé en silencio, no por la puerta principal, sino por una entrada lateral. Me quedé entre los árboles que bordeaban el sendero del olivar, al que yo ahora llamaba «el lugar de Weni». Tal vez debido a mi entrenamiento militar, a aquellas largas y abrasadoras semanas en el

Caldero, tuve una sensación de peligro, de modo que me mantuve oculto en las sombras.

Mientras esperaba y observaba, apareció ante mí una sombría procesión. Me quedé helado de miedo al ver al verdugo de Tebas, con la máscara del chacal sobre su rostro y el *nafdet*^[11], el símbolo de su oficio, sobre su hombro, un largo y negro palo con un hacha brillante en el extremo. Vestía un pectoral de cuero rojo con faldellín y botas del mismo color. Lo había visto de lejos alguna vez en mis escasas visitas a la ciudad, cuando el Hombre Chacal, como lo llamaban, ejecutaba las sentencias del faraón en el muelle próximo al Lugar de la Gran Amarra. Detrás de él iba un grupo de acólitos en fila, vestidos de la misma manera. Un asustado y marchito sacerdote lector balbuceaba oraciones. Les seguían dos carros, custodiados por mercenarios libios con negras pieles de animales y grotescas máscaras sobre sus rostros. En cada uno de ellos se transportaba una sólida jaula de madera. En la primera iba una mujer joven, de piel oscura, desnuda, excepto por un faldellín de cuero, acurrucada y aterrorizada, con las manos atadas por delante, una mordaza en la boca y los ojos brillando de terror. En la segunda jaula se movía un enorme gato salvaje, delicado pero cruel y gruñendo de hambre. Sobre la primera jaula habían clavado un cartel garabateado: «Neithas, adúltera, traidora».

Me deslicé hasta la residencia. Supe lo que estaba a punto de suceder. La amante de Sobeck había sido atrapada. Sería arrojada a la jaula en el olivar donde había traicionado al Magnífico. Pondrían al gato junto con ella. Me agaché como un niño asustado en el dormitorio apenas comenzaron los horrorosos gritos. Continuaron hasta bien entrada la noche, cuando la pobre mujer finalmente murió, o el verdugo, compadeciéndose de ella, le asestó un golpe mortal. Estaba más asustado de lo que nunca estuve en el Caldero. ¿Dónde estaba Sobeck? ¿Cómo habían descubierto a Neithas? ¿Había sido Ramsés quién los había delatado? ¿Horemheb? ¿Había un espía entre nosotros? Recordé cuando Sobeck nos deleitaba con aquellos jugosos chismorreos sobre la destreza sexual, o la falta de ella, del Magnífico. Si en la corte se enteraban de aquello, todos nosotros corríamos el riesgo de una horrible muerte. ¿Era aquélla la razón por la que la residencia estaba desierta? ¿Acaso habían arrestado a mis compañeros? Bebí más vino del que debía y me quedé dormido. Fui despertado bruscamente por Huy, que sostenía una lámpara de aceite y mostraba una honda preocupación en su rostro.

—¿Te has enterado de las noticias?

—Y de los gritos —respondí—. ¿Dónde está Sobeck?

—Ambos fueron detenidos al regresar al palacio —explicó Huy—. Fueron juzgados y sentenciados inmediatamente por el Sumo Sacerdote del templo de Amón-Ra.

—¿Y Sobeck?

—En las Cadenas —una referencia a la prisión de palacio—. Ha sido condenado a ser expuesto en el desierto.

—¡Expuesto! —dije sin aliento, luchando por incorporarme—. ¿Sobeck en el desierto?

—El Magnífico estaba furioso.

—¿Saben algo de nosotros?

Huy sacudió la cabeza.

—Los otros me han enviado. Quieren que vayas a visitar a Sobeck. Eres su compañero.

Me resistí, pero finalmente estuve de acuerdo. Huy se dispuso para marchar.

—Otra cosa —lo detuve. Regresó—. Si los atraparon con las manos en la masa —saqué las piernas de la cama—, ¡entonces debe de haber un espía entre nosotros!

Huy sólo me miró fijamente y salió.

Me vestí con una túnica plisada, con los colores de mi unidad y mis condecoraciones bien visibles. Ellas me abrieron paso por los subterráneos del palacio. Los sótanos y calabozos de las Cadenas estaban debajo de los cuarteles reales. Los guardias me permitieron descender a través de un corredor sombrío y sofocantemente caluroso. Un hombre y una mujer, cubiertos con capas y encapuchados, con sus arrugados rostros bañados por las lágrimas, pasaron junto a mí. Supuse que serían los padres de Sobeck. Los carceleros enmascarados, al mando de uno de los ayudantes del verdugo, con un tatuaje del *nafdet* en la parte superior de su brazo derecho, no me preguntaron nada y abrieron la puerta de la celda de Sobeck, una pequeña habitación de piedra con una abertura angosta en lo alto de la pared. En el lado más lejano, una losa de piedra sin pulir, a cierta altura sobre el suelo, servía de cama, mesa y taburete. El suelo era de tierra y olía como un estercolero. Dos lámparas de aceite barato brillaban bajo las llamativas maldiciones dibujadas sobre la pared para ser leídas por los presos, sobre cómo la cólera de Amón-Ra los consumiría:

Él te entregará al fuego del Rey y al día de su ira. Su áspid sagrado arrojará llamas en tu cara. Tu carne será destruida, tu cuerpo consumido. Te convertirás en una serpiente del Mundo Inferior en la mañana del Día de Año Nuevo, muerto y pudriéndote. Ya no podrás hacer las ofrendas a los muertos. Nadie verterá el agua sobre ti. Tus hijos no recibirán su herencia. Tus esposas serán violadas ante tus propios ojos. En el día de la masacre serás pasado por la espada. Tu cuerpo se resecará y desgastará pues estarás hambriento y no tendrás pan.

Sobeck, vestido sólo con un taparrabos, se hallaba sentado bajo aquel horroroso dibujo. Estaba sucio y su cara y su cuerpo cubiertos con cortes y cardenales. Sonrió abiertamente y extendió las manos.

—Vaya, Mahu, Mandril del Sur. Me gustaría darte la bienvenida. —Miró a su alrededor—. Nunca pensé que lamentaría haber dejado el Caldero.

Yo sólo pude permanecer allí, mirándolo.

—Callado como siempre —susurró—. ¿Por qué has venido, Mahu? ¿Para ver si he hablado? —Hizo un gesto y agitó la cabeza—. Diles que no se preocupen, especialmente a esas dos víboras, Horemheb y Ramsés. Yo estaba borracho. —Frotó su cara—. Fui un estúpido. —Alzó los ojos—. ¿Neithas?

—Está muerta. La oí morir.

Sobeck inclinó la cabeza, sus hombros temblaron.

—Ser expuesto en el desierto. Ah, bien. —Levantó la cabeza, con lágrimas en sus ojos—. ¿Has escuchado el poema, Mahu?

*Vivamos y amemos.
El sol se pone y el sol sale,
pero cuando nuestro día breve ha terminado
nada queda sino
el sueño y la noche perpetua.*

Sonrió con gravedad.

—Pero eso no te afectará, ¿o sí, Mahu? Tú no tienes corazón para vivir y para amar.

Recordé aquel rostro hermoso.

—Podría tenerlo.

—Querían que devolviera la estatua —continuó Sobeck, como si no estuviera escuchando—, pero yo estaba tan borracho y Neithas tan aterrorizada que no me lo dijo, de modo que no sé dónde está. —Se levantó, caminó hacia mí y puso sus manos sobre mis hombros—. ¿He sido un buen compañero, Mahu?

—Lo has sido.

—Mírate —respiró—, pelo negro estirado, una cara apuesta y esos ojos hundidos de mono sobre una rama. —Dejó caer sus brazos—. ¿Me ayudarás?

—¿Cómo? ¿Qué influencia puedo tener yo?

—¡La estatua! —Sobeck volvió a su lugar y se echó sobre la cama—. ¡Encuentra la estatua, luego haz lo que puedas!

Cuando salí de las Cadenas y regresé a la residencia, la tarde estaba muy avanzada. Me senté en la columnata de entrada tratando de pensar en lo que Sobeck y su amante podrían haber hecho. Indudablemente fueron traicionados. La justicia sería tan rápida como terrible. El Magnífico no querría un gran espectáculo sobre el hecho de haber sido traicionado por un Ornamento Real.

Un sicómoro que había en el otro extremo de la Residencia atrajo mi mirada y recordé el jardín de la tía Isithia y a Dedi cantando bajo el árbol, sacando el fragmento de cerámica sobre el que mi tía había garabateado su maldición. Me levanté y me dirigí al olivar. Ambas jaulas habían sido retiradas, pero el olor a muerte todavía permanecía; la hierba aún presentaba charcos de sangre y las huellas y marcas

de los carros. ¿Adonde, me pregunté, llevaría yo a una mujer joven para cortejarla y obtener placer?

Me interné en el olivar, atento a cualquier sitio de hierba blanda con sombra que pudiera ser usado como lecho, lejos del sendero pero no demasiado apartado, sobre todo en medio de la noche cuando dos amantes secretos no se atreverían a usar una lámpara de aceite o a llevar una antorcha encendida. Un arroyuelo corría por el jardín alimentando una pequeña laguna cercana. Finalmente encontré el lugar que estaba buscando. La hierba estaba bien protegida del sol por las gruesas ramas de un olivo. Los amantes habían bebido del riachuelo mientras dejaban patéticos vestigios de su paso por el lugar, pequeñas cuentas y un paño de lino sucio que olía a perfume. Caminé alrededor del árbol, cavé en la tierra blanda y recién movida y saqué la estatua.

A la mañana siguiente, vestido con todas mis galas, como las llamaba yo, me presenté ante las puertas del Pabellón del Silencio. Imri me dejó acceder al patio en donde criados y sirvientes holgazaneaban. Un carro de guerra había sido desenganchado y un palanquín descansaba en el suelo. Mi corazón dio un vuelco. ¿Acaso la Bella había regresado?

—Mi Señor está con su madre y con Su Excelencia, el Padre de Dios, Hotep —explicó Imri.

Me llevó al otro lado del patio por un lateral de la casa y me introdujo en un paradisiaco y fértil jardín. Los parterres, enriquecidos con tierra negra de Canaán, rebosaban de flores de todo tipo, abiertas para extender su fragancia. Pequeños estanques con abundantes cañas y plantas acuáticas brillaban junto a sombreados refugios, huertecillos de hierbas aromáticas y un prado pequeño donde pacía una gacela. Detrás de una hilera de sicómoros había un pabellón de brillantes colores al que se accedía por unos escalones. Las puertas estaban abiertas para que entrara el sol. En su interior, el Velado estaba sentado a una mesa con su madre a la derecha y Hotep a la izquierda, riendo y hablando, al tiempo que tomaba bocados de las fuentes de plata colocadas frente a él. Imri me dijo que esperara y, adelantándose, se arrodilló al pie de los escalones, con la nariz apuntando al suelo. No pude oír sus palabras. El Velado lo ignoró, mirándome fijamente, con una leve sonrisa en su rostro. Imri me hizo una seña para que me adelantara. El Velado me arrojó un almohadón para que me arrodillara sobre él. Lo cogí e hice una reverencia. Hotep levantó su copa y la parte inferior de su cara quedó oculta. Vi que la reina me miraba con curiosidad, de modo que incliné la cabeza otra vez.

—Muy bien, muy bien, Mandril del Sur —dijo el Velado riéndose—. Puedes levantar ya la cabeza y mirarnos a la cara.

A la primera que miré fue a la reina Tiye, la mujer a la que había visto en la lejanía. Era de estatura mediana, con un cuerpo más bien flaco, pero muy elegante.

Vestía una túnica del blanco más puro, un chal bordado sobre sus hombros y un brillante collar de cornalina alrededor del cuello. En cada uno de sus dedos brillaba una gema preciosa. Brazaletes de plata tintineaban en sus muñecas. Pero fue su rostro el que atrajo mi atención: muy femenino, con ojos de mirada fuerte y risueña, boca firme y labios ligeramente caídos, como en un gesto de desaprobación. Se había dejado crecer el pelo, que estaba cuidadosamente arreglado y sostenido con una deslumbrante red de nácar. Se introdujo delicadamente un bocado de carne en la boca.

—¿Es éste el indicado, hijo mío?

—El Mandril del Sur —confirmó el Velado—, hijo de Seostris, un coronel del Medjay que llevó a cabo un gran servicio... —el Velado me lanzó una mirada sardónica— en el Desierto Oriental. Bien, Mandril, ¿por qué has venido saltando por el sendero de mi jardín? —Las palabras eran severas, pero la voz suave. Me incliné de nuevo—. Déjate de reverencias —me reprochó el Velado—. Harás que me indigeste. Si hay algo que no puedo soportar es a los sacerdotes haciendo reverencias. —Hizo una pausa—. O a los Mandriles.

—Tu amigo ha sido apresado. —Hotep bajó su copa—. Sobek será expuesto en el desierto por atreverse a levantar sus ojos, sin mencionar otra cosa —el Padre de Dios dejó escapar una risita—, hacia un Ornamento Real.

El Velado chasqueó la lengua en un gesto burlón de desaprobación, aunque pude ver que tanto a él como a su madre les divertía lo que había ocurrido.

—La muchacha ha muerto —dije.

—Y así debe ser. —La voz de la Gran Reina era aguda y cortante. Pude apreciar el rastro de un ligero acento—. Si bebes el vino y comes la sal de la Casa Real no debes compartirlas con la gente común.

—Ella murió brutalmente —comentó el Velado—. Fui a ver lo que había quedado de ella en la jaula y su cuerpo estaba destrozado. Al gato lo mataron con flechas.

Tiye agitó sus dedos, una señal de que ya había escuchado lo suficiente.

—Así que, si no vienes por la muchacha —bromeó el Velado—, debes de estar aquí para suplicar por Sobek, ¿no?

—Anoche tuve un sueño, mi señor. —Las sonrisas desaparecieron de los rostros reales—. Me encontraba junto al Nilo, que estaba oscuro y crecido. El cielo se había vuelto rojo. Me di cuenta de que iba a ser visitado por un dios.

—¿De verdad? —El Veladoladeó ligeramente la cabeza, con un aspecto de falso asombro en su extraño rostro—. ¿Y cuál fue tu sueño, Mandril?

—Vi que las aguas se separaban. De ellas emergió un enorme cocodrilo con el Cabeza de Chacal montado en su lomo. —La cabeza del Velado se inclinó. Se estaba riendo, aunque tanto la reina como Hotep permanecieron con expresión adusta—. Me dijo dónde encontrar la estatua robada de Ishtar —continué apresuradamente—. Tenía que desenterrarla, devolverla al Magnífico y pedir su perdón por los pecados de Sobek.

—Y la desenterraste, por supuesto. —Hotep sostenía su copa en una mano y agitaba la otra por el aire.

—Así es. En el olivar donde se reunieron. —Saqué la estatua del interior de mi túnica, levantándola para que brillara a la luz.

—Podrías ser arrestado —señaló perezosamente Hotep—. Podrían decir que eres cómplice.

—En ese caso llamaré a testigos, Su Excelencia. Ellos dirán que no tengo amigos ni cómplices.

El Velado apuntó con un dedo largo y fino.

—¿Y tú descubriste la estatua? Déjala ahí, sobre los peldaños.

—¿Por qué has venido aquí? —quiso saber la reina Tiye—. ¿Por qué no la has llevado de inmediato a la corte?

—No gozo del favor de mirar el rostro del Divino, Su Majestad.

—Entonces le vas a pedir a mi hijo que lo haga en tu lugar, ¿verdad?

No respondí pero miré fijamente al Velado. Parecía enfadado.

—¿Mi señor? —imploré.

—Sobeck mancilló el honor de mi padre. No hay que burlarse del poder del faraón. —Chasqueó los dedos—. Retírate y espera.

Incliné la cabeza, sorprendido, esforzándome mucho para controlar mi enfado. Recordé aquella tienda en el Caldero, a los dos *kushitas* que irrumpieron en ella con sus lanzas deseosas de beber su sangre. Me levanté, di un paso hacia atrás y me uní a la multitud ruidosa en el patio. Estaban observando a un mono que hacía trucos. El animalito me recordó a Bes. Transcurrida casi una hora, Imri regresó y me agarró por el hombro. Cuando me puse de pie, su mano apretó todavía más.

—Realmente deberías tener una soga en torno a tu cuello —susurró. Luego su rostro mostró una sonrisa. En esta ocasión, un parche cubría el agujero donde había estado su ojo derecho. La parte blanca de su ojo bueno era ligeramente amarilla y estaba inyectada en sangre—. Nunca preguntaste —me dio unos golpecitos— dónde perdí mi ojo.

—En realidad nunca me interesó.

—Fue en las Tierras Rojas. —Imri ignoró mi insulto—. Fui el blanco de la piedra de una honda... y por eso estoy aquí, Mahu. Sólo aquéllos con caras desfiguradas custodian a mi amo.

—¿Y? —pregunté, tratando de liberarme de su mano.

—¿Por qué estás aquí, Mahu? —preguntó en voz baja—. ¿Qué hay entre tú y mi amo?

—¿Lo preguntas por él o por ti mismo?

Imri aflojó su mano y golpeó suavemente mi mejilla, como un padre haría con su hijo pequeño.

—Es sólo curiosidad. Pero vamos, Su Excelencia desea hablar contigo.

Hotep estaba sentado a la entrada del jardín y, para mi sorpresa, el Príncipe de la Corona Tutmosis se encontraba junto a él. Caí de rodillas. Hotep no me dijo que me pusiera de pie. Levanté la vista. El rostro de Tutmosis estaba rojo por la cólera. Me miró furioso como si fuera un enemigo y supe que mi solicitud me había puesto en sus manos. Balanceó su pie y me dio una violenta patada en un costado.

—¿Suplicas por un criminal?

—Suplico por un amigo.

—Que da la casualidad de que es un criminal. Mírame, Mandril.

Lo miré fijamente. Tutmosis se inclinó hacia delante, con su rostro a pocos centímetros del mío. Vi el latido de la sangre en su frente, la tensión en su boca. Me daba cuenta del vino en su respiración y de la cólera en su alma. También observé otra cosa: justo en la comisura de su boca había una gota de sangre, como si se hubiera cortado el labio o mordido la lengua.

—Mi padre —Tutmosis tragó con fuerza, como si buscara aire para respirar—, la dignidad de mi padre, el Magnífico... —Tosió, llevándose un pequeño paño a la boca; cuando la apartó, vi las manchas rojas—. Sobeck debió haber sido colocado en una jaula con su puta —carraspeó, tocándose varias veces la boca.

—Sobeck es el culpable —dijo discretamente Hotep—, no Mahu. Él sólo ha venido a suplicar por su amigo. He usado mis buenos oficios para conseguir dos cosas. —Se inclinó hacia delante, con los dedos separados, como si enseñara a contar a un niño—. Escucha, Mahu. Primero, Sobeck no será expuesto en el desierto. Será exiliado a un oasis en el Desierto Occidental. Tú sabes lo que eso significa, ¿verdad?

¡Vaya si lo sabía! Unas pocas palmeras, algunos higos y agua, pero no suficiente como para mantener vivo a un hombre para siempre, ni como para darle la fuerza de tratar de salir de allí. Si lo hiciera, los habitantes de arena, los errantes del desierto o los libios lo atraparían y lo desollarían vivo.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza en señal de agradecimiento. Todo lo que había conseguido era enviar a Sobeck a una muerte en vida. Tal vez habría sido más rápido haber pedido que le cortaran el cuello con un cuchillo, o una espada para atravesarle el corazón.

—En segundo lugar, Mahu —los ojos de Hotep centellearon divertidos—, se te da un nombramiento en el Medjay. Regresarás al Desierto Occidental —hizo una pausa—. Finalmente —bajó su mano—, ¡puedes irte ahora!

Farfullé mi agradecimiento e hice una reverencia con mi cara roja de vergüenza. Me puse de pie y crucé el patio, sin prestar atención al grito de Imri, con mi corazón hirviendo de cólera. Sin embargo, cuando estaba saliendo de aquel lugar, recordé la sangre sobre aquel paño. ¿Cómo era aquello que la tía Isithia solía decir?

Ah sí. «Él que tose sangre, tose vida».

Espíritu diabólico

*«Anudó venas a los huesos
hechos en su taller como su propia creación».*

((El Gran Himno a Khnum)).

Capítulo 5

*Más allá del horizonte lejano
tu belleza ha existido durante toda la eternidad.
¡Incomparable en la forma!
¡Envuelto en el misterio!
Pero hermoso en todos tus aspectos.*

El Velado terminó su plegaría arrodillado en el pabellón del jardín, con el rostro dirigido al sol naciente. En una mano tenía una flor acuática, en la otra, envuelta en un trozo de lino, un incensario encendido. Su madre estaba arrodillada junto a él, con los brazos extendidos. Yo no estaba demasiado seguro de a quién le estábamos rezando ni por qué, pero lo hice igualmente. El jardín se encontraba vacío, el aire era ligeramente frío y los tentáculos de la neblina todavía se retorcían como blancos espectros entre los árboles. La bruma que rodeaba al sol todavía no había desaparecido. Pronto sería el Año Nuevo. Sirio, la estrella del can, se elevaría muy alto en el cielo oriental, los ibis volarían en bandadas de regreso a las Tierras Negras y comenzaría la inundación. Otra vez, el Nilo vendría desde de su fuente misteriosa en el sur para refrescar la tierra. Pero aquel día fue para mí el Año Nuevo, el momento en que mi vida cambió.

El Velado terminó su himno, hizo una reverencia y dejó el cuenco de incienso en el suelo y la flor junto a él. Se echó un poco hacia atrás, conversando delicadamente con su madre. En la mesita que teníamos delante había tres copas de vino y pan blando espolvoreado ligeramente con sal comestible. Una comida extraña para comenzar el día pero, una vez más, yo estaba un poco confundido. A decir verdad, estaba despierto sólo a medias. Imri me había sacado de la cama casi a puntapiés cuando el dormitorio estaba todavía oscuro y frío. Creí que aquello tenía que ver con lo ocurrido el día anterior, que Hotep había cambiado de idea y que me estaban arrestando como cómplice de Sobeck. Pero el *kushita* señaló la jarra de agua, la jofaina y la toalla que había traído.

—Vamos, Mandril —ordenó, con una gran sonrisa dirigida por encima del hombro a los otros *kushitas*, que se amontonaban en la entrada—. Nuestro amo y la Gran Reina quieren hablar contigo.

Me lavé y me vestí, siguiendo cautelosamente a la guardia del Velado a través del jardín oscuro hasta el Pabellón del Silencio.

—¿Sabes a quién le estás rezando? —irrumpió Tiye en medio de mis ensoñaciones—. Mírame, Mahu.

Me dispuse a hacer una reverencia otra vez, pero ella chasqueó los dedos.

—Mírame, hombre.

—Dirijo mi mirada a tu rostro, oh, Divina.

—Estoy segura —sonrió irónicamente—. Pero éste no es el lugar para delicadezas cortesananas ni formalidades. Hotep, el Padre de Dios, ha recomendado que te unas a los Medjay y tú no estás contento con eso. —Me miró más atentamente—. Tus ojos están hinchados. ¿Bebiste en exceso anoche?

—Hasta que me caí, Excelencia.

El Velado se ríe silenciosamente.

—No me sorprende. Allá en el Desierto Occidental —continuó Tiye—, el sol quemará tu piel hasta quedar negra, el calor te cegará, comerás arena y polvo y vivirás esperando el próximo jarro de agua. No eres un hombre feliz, Mahu.

—Su Excelencia es muy perspicaz.

Tiye se sumó a la risa de su hijo.

—Pues bien, ¡no irás! He dado a conocer mi voluntad. El Divino me respalda. Te incorporarás a la casa de mi hijo. —Sonrió ante mi sorpresa—. Él me lo ha contado todo sobre ti, Mahu, Mandril del Sur. Naciste solo y creciste solo, pero has demostrado lealtad. Mi hijo te debe la vida y tu solidaridad con Sobeck es digna de elogio.

—¿Realmente soñaste algo aquella noche? —quiso saber el Velado. Estaba sentado entre yo y su madre. En aquel momento se inclinó hacia delante y sus fríos dedos como garras apretaron los músculos de mi cara.

—No soñé nada.

—Bien. —Me besó delicadamente la mejilla—. No debes mentirme nunca, Mahu.

—Tu padre era un soldado —continuó la Señora Tiye—, un valiente soldado. Tú serás el soldado de mi hijo: su vida y su salud serán tu única preocupación.

—¿Su vida está amenazada?

—¡Bien, bien! —murmuró el Velado—. Ésa es la manera de empezar, Mahu. Haz las preguntas pero guárdate las respuestas para ti. —Me miró de reojo y me hizo un guiño.

—¿La vida de mi hijo está amenazada? —Tiye repitió la pregunta. Su labio inferior sobresalía y jugó con el sencillo velo que cubría su pelo negro y abundante. Su cara estaba sin pintar, excepto los círculos de *kohl* alrededor de los ojos y una capa ligera de carmín sobre sus labios. Había amontonado sus joyas en una mesita de jardín junto a la puerta—. Todo aquel que se refugie a la sombra del Divino está amenazado. Pero volvamos a mi pregunta anterior: ¿a quién le rezamos?

—¿A Amón-Ra?

Sacudió la cabeza.

—¿Al sol? —Su voz descendió hasta convertirse en un susurro—. ¿A Atón, el Disco Solar? Sí y no. Más precisamente, al poder que hace alzar a ese sol y lo oculta, que envía la brisa refrescante, que permite que el capullo se convierta en flor y que hace que el pollo salga del huevo.

Permanecí impasible. La teología, la palabra de los dioses, no eran temas que me preocuparan demasiado. Estaba más interesado en el rostro de la reina Tiye, en la esperanza vana de poder encontrarme otra vez con la Bella, que en los extraños acontecimientos que sucedían en ese momento.

—¿Harías el juramento? —continuó Tiye—. ¿Jurarías por ese poder, por la tierra y el cielo, por el fuego y el agua, servir a mi hijo tanto en la paz como en la guerra? ¿Lo harías?

—Sí, Su Excelencia.

—Bien. —Levantó la copa de vino y la puso en mis manos. Cogió un trozo de pan salado, lo partió en tres y me dio un trozo a mí y otro a su hijo. Se metió el restante rápidamente en su propia boca, masticándolo silenciosamente, sin apartar la mirada de mí. El Velado y yo hicimos lo mismo. El pan estaba blando, pero la sal era dura y amarga y me resultó difícil tragarla. Luego tomé el vino, intenso y fuerte, espeso como la sangre.

—Has comido la sal y bebido el vino —sentenció Tiye—. Has realizado el juramento. De vida y muerte, Mahu. Cada vez que comas pan y bebas vino recordarás esta ocasión.

Oí que fuera sonaba un llamada para los sirvientes. Un cuerno gimió como señal de que la jornada había comenzado oficialmente. Tiye se puso en pie y se marchó y así fue como mi vida quedó entretejida con la del Velado. Era su guardaespaldas, su sirviente, a veces su amigo y, cuando su humor cambiara, sería su oponente, alguien con el que discutir, además de alguien para sermonear, advertir e instruir. Pronto me incorporé a la rutina regular de su casa. Me levantaba por la mañana y acompañaba al Velado en sus oraciones, a la que seguían reuniones con diferentes funcionarios y cortesanos. Me asignaron mi propia habitación en el extremo más alejado del Pabellón del Silencio, con paredes pintadas de verde y un pequeño almacén junto a ella.

La rutina cotidiana de la casa era tranquila. A veces pensaba en Sobeck y, de vez en cuando, me preguntaba si la Bella regresaría. La Gran Reina Tiye y el príncipe Tutmosis eran visitas frecuentes y a veces, por lo menos una vez por semana, venía Hotep, el Padre de Dios. Éste me había aceptado. En ocasiones me sonreía y me hacía gestos con la cabeza, a veces me incluía en alguna conversación superficial sobre los asuntos de Tebas o sobre visitantes extranjeros. Me informó que Horemheb y Ramsés ya eran capitanes en la Banda Sagrada, que Pentju y Meryre prometían lo mejor en la Casa de la Vida, y que Huy y Maya estaban demostrando ser excelentes escribas. Tutmosis me ignoraba como si yo no existiera. En una ocasión, al reunirse con su hermano a solas en el pequeño salón de audiencias, me pidió que me quedara fuera. El Velado se encogió de hombros y me dijo que esperara en el jardín. Aparte de eso, siempre estaba cerca de él. Comía antes del mediodía, descansaba durante el calor del día y luego pasaba su tiempo en una serie de estudios, pasatiempos y otras ocupaciones.

Ocasionalmente, llegaban misteriosos visitantes. Vestían túnicas rayadas, toscas vestimentas y pesadas sandalias. Parecían habitantes de las arenas con sus largos cabellos y barbas, aunque sus miradas y modales no eran huidizos. Se trataba de guerreros con altivos rostros de nariz aguileña que más que caminar se movían pomposamente y que muy a regañadientes entregaban sus armas para que Imri las guardara. La razón de sus visitas o el contenido de sus conversaciones eran mantenidos en secreto. El Velado era muy astuto. Siempre recibía a esos visitantes en el extremo más alejado de su sala de audiencias o fuera, en el pabellón del jardín, donde a los oídos indiscretos les resultaría difícil ocultarse. Estos hombres venían y se sentaban en cuclillas ante el Velado, hablando muy bajo, haciendo gestos con las manos, siempre tratándolo con el mayor de los respetos. La Gran Reina Tiye solía participar de aquellos encuentros y a veces, por la noche, ella y su hijo salían para encontrarse con aquellos extraños más allá de las puertas. Yo les acompañaba. Tiye y el Velado iban envueltos en capas y capuchas. Los extraños esperaban, también con capuchas sobre sus cabezas. Estaban siempre armados y uno o dos de ellos llevaban antorchas de brea. Partían escabullándose en la oscuridad silenciosamente, y tanto mi amo como su madre regresaban poco después del amanecer. Jamás se permitió a nadie del Pabellón del Silencio que los acompañara. Yo había establecido una buena relación con Imri y con frecuencia nos ejercitábamos juntos en el campo de entrenamiento. Mientras compartíamos una jarra de cerveza le pregunté por aquellos misteriosos visitantes. El *kushita* presionó un dedo calloso contra mis labios.

—Puedes preguntar, Mahu, pero nunca esperes una respuesta. Sé poco de ellos excepto que son *apiru*, una tribu del Shemshu.

—¿Apiru?

—¡Cállate! —Otra vez puso el dedo sobre mis labios. Me empujó suavemente, se puso de pie y se alejó.

Los *apiru* no me resultaban desconocidos. No eran gente del desierto sino tribus nómadas que viajaban por el otro lado del Sinaí siguiendo los caminos de Horus, más allá de las minas de plata. Les habían autorizado a entrar en Egipto y mamar de sus fértiles pechos.

Algunos se incorporaron al ejército, otros se convirtieron en artesanos. Eran egipcios en todo menos en el nombre. Otros se mantuvieron apartados, viviendo alejados de las ciudades, visitándolas sólo para hacer intercambios y regatear en el mercado. Me preguntaba qué tendrían en común con mi amo y con la Gran Reina de Egipto, pero Imri tenía razón. El peligro de tal pregunta no estaba tanto en hacerla, sino en la búsqueda de las respuestas.

Por lo demás, el Velado se sumergía en sus actividades. Le encantaba pintar y esculpir, y dos de los maestros artesanos de Tiye, Bek y Uti, eran visitantes asiduos de la casa. El Velado había transformado un almacén de techo alto, convirtiéndolo en lo que él llamaba su «Casa de las Pinturas». Con frecuencia me reunía con él allí. A veces Bek pintaba sobre paneles, otras sobre las paredes, pero sólo después de que el

Velado hubiera dado su aprobación. La mayoría de las pinturas eran similares a las que se encontraban en los templos, palacios o tumbas, realizadas en vivos colores, azules claros, verdes oscuros, amarillos intensos. Se trataba de escenas de jardín, un cazador en barca a lo largo del Nilo, un halcón que cae en picado sobre su presa o un atleta a punto de lanzar un palo. Sin embargo, no aparecían dioses en ellos, ni tampoco el faraón, ni siquiera la corte imperial. Otras pinturas eran más dramáticas y expresivas, diferentes de todas las que yo había visto nunca. Bek y Uti estaban emparentados, es más, parecían gemelos. Eran dos hombres pequeños con risueñas caras redondas, totalmente inmersos en su arte, siempre dispuestos a complacer. Estaban un poco avergonzados por estas nuevas pinturas, pero escuchaban pacientemente mientras el Velado se entusiasmaba con su realismo.

—Debemos vivir en la verdad —anunció mi amo con orgullo, mostrando las imágenes de sí mismo pintadas en la pared.

Bek y Uti habían seguido sus instrucciones escrupulosamente y, en vez de ocultar sus deficiencias y deformidades físicas, las exageraban. El Velado aparecía con un tocado azul y oro a rayas y una falda magníficamente coloreada, con una faja alrededor de la cintura. Su rostro y su mandíbula estaban hechos con mayor longitud que en la vida real, los labios sensuales más gruesos, los ojos más rasgados y alargados, su pecho y su vientre más prominentes, sus caderas más anchas.

—¿La verdad? —repitió el Velado, e hizo un gesto con sus dedos—. Si la vida es la verdad y las pinturas reflejan la vida, entonces éstas deben transmitir la verdad. Bien, Mahu, ¿qué te parece?

—¿Vuestro padre las ha visto?

La pregunta fue un error. El Velado se dio la vuelta y salió de la Casa de las Pinturas a grandes zancadas. Bek y Uti permanecieron allí, con la cabeza agachada, como si fueran prisioneros de guerra.

—Nunca —susurró Bek— vuelvas a mencionar a su padre. —Alzó su cara apacible mirándome fijamente—. Eres muy afortunado, Mahu. Me han dicho que otros han recibido duros golpes con el afilado bastón por decir cosas menos importantes.

—¿Su padre sabe algo de estas pinturas? —Me negué a someterme. No había sido mi intención ofender y estaba furioso por ser tratado de manera tan injusta.

—Nadie las conoce, salvo nosotros y la Gran Reina Tiye. —Bek lanzó una risita aguda—. Si las mostráramos en los templos y en los palacios, en Tebas todos se reirían de nosotros.

El Velado pronto me perdonó. Estaba siempre ocupado y, como Bek y Uti me habían confiado una vez, pasaba de una cosa a otra como una mariposa en el jardín. Invitaba a presentarse a los dos artistas, les hacía preguntas, los hacía trabajar como esclavos, luego los recompensaba con banquetes y un montón de regalos, para después olvidarlos durante un mes. En aquel momento estaba interesado en los arbustos, ocupándose de las hierbas aromáticas que él plantaba o usando plantas para

hacer tapas para jarras de vino, con vainas pegadas o pequeños montones de hojas tiernas de sicómoros. Moldeaba velas y preparaba lámparas de aceite. Podía pasarse una tarde entera haciendo guirnaldas de flores con filamentos de hojas de palmera, pétalos de loto y hojas de sauce. Hacía experimentos sobre la mejor manera de destruir un nido de serpientes dejando pescado deshidratado, pedazos de natrón o incluso una cebolla en la entrada. Ocasionalmente reunía a las criadas y les daba una conferencia sobre el uso de hierba mezclada con carbón para eliminar las moscas o la manera de mezclar incienso y mirra con miel hervida para dar una fragancia agradable a las cocinas y almacenes. Estaba fascinado por los animales, sobre todo por los gatos, que se movían por los almacenes siempre alerta contra los bichos. Una vez lo encontré en el exterior de las cocinas disecando el cadáver de un ratón, sacando los pequeños órganos y colocándolos sobre el pavimento. Alzó la vista cuando me acerqué.

—No, no lo he matado, Mahu. Sólo me preguntaba si la fuerza vital en un ratón es la misma que en un león. ¿Tiene el león mayor cantidad? Y, si eso es así, ¿compartimos la misma fuerza vital y la expresamos de manera diferente?

Nunca esperaba una respuesta sino que regresaba a la tarea que tenía entre manos. Era un amo generoso en muchos sentidos. Un día me trajo un ave mansa hermosa, una oropéndola. Me encariñe mucho con ella.

—¿Cómo la llamarás? —preguntó el Velado.

Otra vez respondí sin pensar.

—¡Vaya, la llamaré Weni! Era nuestro superintendente en la Casa de la Enseñanza.

El rostro del Velado mostró que había cometido un error. Hice volar la oropéndola dos veces en el pequeño prado más allá de los muros del pabellón, pero después desapareció y nunca más la volví a ver. Mi amo no la reemplazó, y jamás volví a pronunciar el nombre de Weni en su presencia.

No asistió al Jubileo ni visitaba la corte de su padre, así como tampoco respetaba las fiestas religiosas. Jamás vi en ninguna habitación una estatua o escultura de algún dios. En un mercado cercano compré una estatuilla de madera de Anubis, una imitación barata de la gran estatua del templo del dios en Tebas, que había visto cuando era niño, aquélla cuya mandíbula se movía para pronunciar los oráculos. La compré para regalársela a uno de los sirvientes que había sido particularmente amable conmigo. Cuando el Velado la vio, me la arrebató de la mano y me ordenó que comprara otra. Cuando traje la nueva estatuilla, se echó al suelo como un niño pequeño y jugó con ellas fingiendo que los dos dioses hablaban entre sí o peleaban como agresivos perros callejeros. Estaba particularmente fascinado por la mandíbula móvil y los usaba como marionetas.

—«Soy Anubis» —chillaba, empujando a uno de ellos—. «No, yo soy Anubis» —respondía el otro. Al Velado le encantaba usar las dos esculturas para burlarse del Gran Señor de los Muertos. Odiaba a los sacerdotes y se refería a ellos de manera

despreciativa llamándolos «cabezas afeitadas» o «calvas blandas». En ocasiones actuaba con malicia e invitaba a los sacerdotes de algún templo a un pequeño banquete en la frescura de la noche, en el salón de audiencias o en el pabellón del jardín. Yo siempre estaba junto a él. El ritual era siempre el mismo. El Velado se sentaba y les hacía preguntas inocentes: «¿Dónde viven los dioses?», «Si son espirituales, ¿por qué tienen máscaras?», «Si Seth mató a su hermano Osiris, ¿cómo puede ser un dios?», «Si los dioses viven de verdad en los templos y son todopoderosos, que todo lo ven y están en todas partes, ¿cómo pueden ser encerrados con llave en un tabernáculo?», «¿Por qué necesitan comida?», y «Ya que se les ofrecen las carnes más selectas, ¿por qué no vienen y la comen o la llevan para dársela a los pobres?».

Por supuesto, las preguntas cambiaban según las circunstancias, pero el objetivo era idéntico: ponerlos en ridículo. Invariablemente los sacerdotes se marchaban con los ojos ardiendo y los rostros sombríos. Después, el Velado los imitaba burlonamente. A pesar de sus propios defectos físicos, tenía habilidad para imitar las voces y las expresiones de los demás. Parodiaba sus espaldas encorvadas, la manera solemne que tenían de caminar o de alzar sus ojos al cielo. En ocasiones, cuando había bebido en abundancia, pronunciaba su famosa versión acerca de cómo Isis tuvo que buscar el pene de su marido.

—¿Para cosérselo otra vez? —gritaba—. ¿No se supone acaso que es un dios? ¡No necesita aguja e hilo! ¿Puedes imaginarlo, Mahu? —Descubría su propia ingenuidad—. ¿Andar por ahí con el pene cosido? —Se desplomaba de risa o cantaba un himno obscuro a Isis que él mismo había compuesto.

Admiraba a los soldados y me hablaba de manera locuaz, con entusiasmo, de la historia y el poderío de Egipto. Estudiaba los mapas que señalaban las rutas que conducían a Kush, Punt y al otro lado del Sinaí. Conocía las rutas comerciales a lo largo del Gran Verde hacia Canaán. En una ocasión nos acompañó a mí y a Imri al campo para la instrucción militar, pero era demasiado torpe y lento, un adversario fácil de vencer. Después me llevó a un lado con el rostro cubierto de sudor y los ojos agitados.

—No soy muy bueno, ¿verdad, Mahu?

—En un carro de guerra —respondí diplomáticamente— sois el mejor.

—Hablas con la voz de la verdad. —Sonrió dándome una brusca bofetada en la cara, pero jamás regresó a aquel lugar.

Cada tres meses lo visitaba un médico imperial. El Velado permanecía en silencio e inmóvil mientras el hombre lo revisaba, le miraba la boca y las orejas, y observaba sus manos y pies. Él y el médico nunca intercambiaron una sola palabra. Yo estaba siempre presente, armado con espada, daga, arco y un carcaj con flechas.

—Me siento como un caballo en la caballeriza —decía el Velado refiriéndose a aquellos exámenes, pero nunca se resistió.

Mi amo visitaba con frecuencia las cocinas. Sólo permanecía allí, observando a los cocineros. Imri o yo probábamos siempre su comida y su vino. Nunca, ni siquiera una vez, nos dijo qué era lo que temía. Imri me contó algunos detalles de los primeros años de la vida del Velado. Cuando era niño no se esperaba que viviera, por eso los sacerdotes recomendaron que lo colocaran en una cesta de mimbre y la dejaran flotando en una de las zonas de cocodrilos. Tiye se había puesto furiosa. Se llamó a los mejores médicos, pero era poco lo que podían hacer, de modo que el padre prohibió que aquel feo niño estuviera en su presencia. Sólo aquéllos con rostros deformes, veteranos de guerra o criminales que habían perdido sus narices podían estar a su servicio.

—Tú —dijo Imri, ligeramente ebrio, dándome unos golpecitos en el pecho— eres la primera y única excepción, aunque eres tan feo ¡qué bien podrías ser uno de nosotros!

En muchos sentidos, era una existencia extrañamente feliz, aunque con algunos riesgos. No había nada positivo ni preciso, pero a veces se producían acontecimientos misteriosos, que llevaban consigo su propia amenaza silenciosa, lo cual me mantenía tenso y precavido. Durante el segundo mes de la inundación en el trigésimo cuarto año del reinado de su padre, justo después del Festival de Opet, tuvo lugar un incidente. Los hombres de Imri siempre acompañaban a los ayudantes de cocina a los mercados de la ciudad ya que los rostros desfigurados de los sirvientes podían ser motivo de provocaciones y hostilidades. Entre las provisiones que traían había una cesta de jugosos higos, frescos y bañados en miel, la golosina favorita del Velado, que siempre gustaba de tener a mano en su pabellón del jardín. Yo mismo llevé la cesta hasta allí. El olor de los higos era delicioso. Después de levantar la tapa, estaba yo a punto de sacar uno cuando los higos se movieron como ondas en el agua. Saqué mi daga y aparté un poco la fruta: una delgada y venenosa víbora de las rocas apareció enroscándose, seguida de otra. Maté a las dos, agarré la cesta y la lancé lejos en un rincón apartado del jardín. Lo consideré un accidente y no dije nada a nadie.

Algunas semanas después me llamaron para que acudiera a la bodega, una estrecha y alargada estancia supervisada por un conocedor de vinos, un antiguo criminal que había perdido su nariz y un trozo de su mejilla derecha. Estaba en un rincón en el extremo más lejano, ya agonizando, con los ojos vidriosos y sus piernas y brazos sacudiéndose, con una espuma blanca saliendo de sus labios. Cerca de él había una tinaja de vino de Absh, el favorito del Velado, que siempre se guardaba en una cuba especial protegida por un tejido de cestería. Recogí el tapón. La inscripción que colgaba de él indicaba el vino, la viña y el año en el que se habían cosechado las uvas. El supervisor de la bodega había decidido servirse un trago con muy mala suerte. Tanto el tapón como la vasija tenían un olor tan horrible que susurré uno de los conjuros de mi tía para repeler el veneno.

El resto de los sirvientes creía que el hombre había sufrido algún ataque o enfermedad fatal. Hice que retiraran el cuerpo y tampoco esta vez informé a nadie. En el primer mes del Peret, el trigésimo quinto año del reinado del Magnífico, el peligro se hizo más palpable. El Velado iba a menudo a las orillas del Nilo, para mirar las barcas y barcazas y la frenética actividad de los mercados de la ribera. Se quedaba siempre en lo que yo llamaba su templete sobre el carro tirado por bueyes, con un velo que le cubría el rostro. Yo siempre caminaba detrás, y a cada lado iban los *kushitas* armados con lanza y escudo. La disciplina no era demasiado estricta. Con frecuencia los guardias iban conversando y, cada poco, empujaban a algún curioso. Uno de aquellos andrajosos, un vagabundo, un calderero o un vendedor ambulante se acercó al carro, envuelto en su ropa hecha jirones. Tenía la cara oscura y flaca, el pelo largo y la barba con mechones grises. En una mano llevaba un báculo, en la otra hacía sonar un sistro. De vez en cuando, entonaba alguna canción. Apestaba a sudor y a otros olores, pero parecía bastante inofensivo mientras caminaba junto a mí con los ojos fijos sobre la parte trasera del carro. Lo miré con atención y recordé el día en que la tía Isithia me llevó al templo y el adivino la maldijo. ¿Sería la misma persona?

—¿Nos hemos visto antes? —le pregunté.

—No, gran señor —chilló el mendigo—. He venido sólo a cantar las alabanzas —dijo señalando hacia el carro— al único hijo de Dios. —Se puso a cantar, repitiendo casi palabra por palabra uno de los himnos que el Velado le cantaba al Disco Solar, a Atón:

¡Oh, tú eres maravilloso en cada aspecto!

Tu poder invisible

fertiliza los nuevos brotes

y llenas el río con peces.

Todas las criaturas te adoran...

La voz del hombre se hizo más fuerte. Empezó a bailar y hacer piruetas, cantando sus alabanzas a Atón.

—Toda la gloria para su hijo —canturreó—. Toda la gloria para él, amado por el Padre.

Siguiendo una orden del Velado, el carro se detuvo. El conductor *kushita* se acercó por un lateral y descorrió las cortinas. El Velado estaba allí sentado con su rostro en aquel momento al descubierto. Chasqueó los dedos y señaló al vagabundo con su abanico, ordenando que se acercara.

Cuando el hombre trepó al carro y se arrodilló a los pies del Velado en señal de obediencia, vi una protuberancia en el lado derecho de su túnica. Se movía incluso cuando el tipo torció ligeramente los hombros a un lado. Estaba sacando una daga. Saqué la mía y salté al carro. El Velado se quedó paralizado con los ojos fijos y la boca ligeramente abierta. El asesino hizo ademán de saltar hacia delante, pero lo golpeé en la espalda, haciéndolo caer de bruces en el fondo del carro. Se giró,

apuntándome con la daga. Hundí la mía profundamente varias veces en su garganta. El carro fue rodeado por los *kushitas*, de modo que el enfrentamiento pasó casi inadvertido para los que circulaban a ambos lados. Miré fijamente a los ojos del moribundo, observando cómo la luz de la vida desaparecía, mientras se oía un extraño gorgoteo procedente de lo más profundo de su garganta. Observé aquel rostro oscurecido por el sol que abría y cerraba la boca en busca de aire.

—No, no nos hemos visto antes —susurré.

El cuerpo del hombre se sacudió, su cabeza cayó a un lado. Decidí arrastrar el cadáver y dejarlo en el camino.

—No —intervino el Velado.

Habló a los *kushitas* en tono áspero. Trajeron una manta que había en el carro. El cadáver fue envuelto en ella y regresamos al palacio. Una vez allí, justo antes de entrar en el patio, el Velado ordenó que el carro se detuviera. Empujó el cuerpo con el pie para que cayera y, tras coger su bastón, se bajó para examinarlo con detenimiento. Le quitaron las sucias y malolientes ropas. El Velado, imperturbable, estudió el cadáver cuidadosamente, observando las cicatrices entrecruzadas sobre los musculosos muslos y el torso, y las marcas del látigo en la espalda que comenzaban a desdibujarse.

—Un soldado —murmuró, poniéndose de pie y pinchándole el vientre con su bastón—. No parece tan peligroso ahora.

La herida en el cuello del hombre, un corte irregular, rojo oscuro, todavía brillaba con sangre.

—Envolvedlo en piel de oveja —ordenó a los *kushitas*—. Dadle la mortaja de los malditos. Si hay un Infierno, ¡qué vague allí durante toda la eternidad con mi maldición sobre él!

El Velado me cogió del brazo y, apoyado en su bastón, se apresuró a atravesar las puertas. Más adelante descubrí que el carro y el templete también habían sido quemados y los bueyes sacrificados, aunque el Velado nunca habló del incidente.

Una vez dentro de la casa se retiró a sus propios aposentos y permaneció allí hasta el día siguiente. Poco antes del amanecer la Gran Reina Tiye entró rápidamente en el Pabellón del Silencio y de inmediato se reunió a puerta cerrada con su hijo. Más tarde esa misma mañana fui convocado a reunirme con ella en la sala de audiencias. Me pidió que le contara lo que había ocurrido, me elogió por mi vigilancia y sacó de un pañuelo un hermoso amuleto de delicada cerámica azul que representaba al sol naciente entre los cuernos de Hathor. El salón estaba vacío. Todos los sirvientes habían sido despedidos y los postigos de las ventanas estaban cerrados. Tiye se encontraba recostada entre almohadones sobre una pequeña tarima, aunque cada poco se ponía de pie con la misma gracia que cualquier bailarina del templo, para pasearse de un lado a otro. A veces se detenía junto a mí, otras en la tarima. Permanecí arrodillado sobre el almohadón, con la cabeza inclinada. Ella iba de un extremo al

otro de la sala. Sus suaves pasos apenas se oían. Una vez más volvió a sentarse sobre los almohadones al otro lado de la mesa e hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo.

La Gran Reina estaba tranquila, aunque sus ojos se veían brillantes y atentos a todo y la piel de su rostro estaba más pálida que de costumbre. Yo no sabía si ello se debía a la preocupación o a la falta de cosméticos. Estaba vestida sólo con un manto de lino plisado cruzado sobre los hombros, parte del cual le servía como capucha sobre su pelo negro, recogido muy tirante hacia atrás. No llevaba joyas, ni pendientes, ni collares, sólo un sencillo brazalete de cobre en su muñeca izquierda. Jugaba constantemente con él mientras me estudiaba con atención. Escuché un ruido y estuve a punto de volverme.

—Sí, Mahu, hay alguien ahí.

Recordé a los acompañantes, aquellos extraños visitantes que venían a la casa, e imaginé que uno de ellos debía de estar allí, inmerso en las sombras, con una flecha lista en su arco.

—Mahu, ¿tienes algo que decir?

Aquellos grandes ojos oscuros nunca vacilaban. Reprimí un escalofrío y sostuve su mirada. La Gran Reina podía haberme recompensado y mostrado su agradecimiento, pero no confiaba en mí.

—Describe el incidente otra vez.

Lo hice. Tiye escuchó atentamente, haciendo preguntas.

—Fue algo planeado. —Jugueteó con el brazalete sacándolo y volviéndolo a colocar en la muñeca—. Por supuesto se dirá que se trató de algún loco de mente confusa y corazón trastornado. Sin embargo, yo sé y tú también, Mahu, que se trató de algo planificado. ¿La daga?

—Fue quemada con el resto —respondí.

—¿Pero la viste?

—Una hoja larga con mango de ébano.

—Alguien se la dio —aseguró Tiye—. ¿Llevaba plata u oro? ¿Algún objeto valioso?

—Sospecho que era un antiguo soldado —respondí—, a juzgar por las cicatrices de su cuerpo y las marcas en la espalda. Pensé que le había visto antes. —Le conté la ocasión en que la tía Isithia me llevó a ver el cadáver de mi padre. Tiye descartó que fuera la misma persona.

—Un antiguo soldado —repitió ella con actitud reflexiva—, que fue contratado por alguien que le prometió una gran recompensa. Se sabía que mi hijo solía pasear a lo largo de la ribera. Los guardias van con él, pero como tú dices, con poca disciplina. En cuanto a ti, Mahu —Tiye se inclinó hacia delante y me aferró el brazo con sus afiladas uñas clavadas profundamente—, al asesino le habían enseñado un himno. —Apretó más las uñas—. Un himno a Atón que él sabía que atraería la atención de mi hijo. Cualquiera que lo cantara, que conociera las palabras de ese himno, despertaría su curiosidad. El carro se detendría y el asesino tendría su oportunidad.

—Sólo que yo maté al asesino, Su Excelencia.

—Sí, sí, lo mataste. —Clavó sus uñas por última vez y luego retiró su mano. Durante un rato permaneció sentada mordisqueando su labio inferior con los ojos entrecerrados, como si estuviera a punto de quedarse dormida. Me preguntó si había alguna otra cosa. Dije que no y, ágil como un gato, se inclinó hacia delante y me abofeteó violentamente la cara.

—¿No te estás olvidando, Mahu, el más inútil de los mandriles, del ataque de los *kushitas* en el campamento?

—¡Pero aquello era una guerra!

—¿Si? —inquirió—. Cuando te haga una pregunta, respóndela inmediatamente. ¿Cuáles eran aquellas palabras que el *kushita* farfulló al morir?

Las repetí. Otra vez se mordió el labio. Miré a mi alrededor. En ese momento aquella estancia no parecía tan colorida o brillante, sino un lugar donde acechaba la muerte, donde en silencio se tramaban asesinatos secretos. Otra bofetada fuerte y punzante me hizo dar un respingo. Miré fijamente a la reina; sus ojos estaban brillantes y encolerizados.

—¿Hay alguna otra cosa, Mandril? Debes decirme la verdad. Por lo que yo sé... —Dejó sus palabras suspendidas en el aire. Supe lo que ella iba a decir. ¿Se podía confiar en mí? ¿Tenía yo algo que ver con el ataque a su hijo?

Respondí sinceramente, relatando el incidente de los higos y el del vino. Esta vez no me abofeteó, sino que permaneció sentada, mientras las lágrimas llenaban sus ojos.

—¿De quién sospecháis, Excelencia? —pregunté sin vacilar.

Levantó la cabeza.

—Podría hacerte la misma pregunta, Mandril. Tú, con tus ojos inteligentes y feo rostro. Mi hijo ha elegido bien. ¿De quién sospechas tú? ¿De su padre, de los sacerdotes?

Asentí con la cabeza. Se inclino hacia delante y me acarició la mejilla.

—Has comido la sal y bebido el vino —susurró—. Si dudara de ti, Mahu, morirías ahogado bajo las arenas de las Tierras Rojas. Así que escucha con atención lo que voy a decir. Mi hijo nació en un día desfavorable. —Se echó hacia atrás, mirando fijamente a la mesa como si hablara consigo misma—. Un parto difícil. Estuve sentada en la silla de partos durante una eternidad. Los dolores, como lenguas de fuego, recorrían mi cuerpo. Nació en el momento en que salía el sol, y lo envolvieron en paños. Yo estaba débil, cubierta de sudor y sangre por todo el cuerpo. Aunque las criadas insistían en que me retirara a mi lecho, sabía que algo iba mal. Lo mantuvieron alejado de mí, cuidado por un ama de cría. Al final exigí que me dijeran la verdad. El Divino bajó, mi amado esposo. —Las palabras tenían un tono amargo—. Fui con él a la real estancia de los niños. Allí estaban los médicos y los sacerdotes y el aire lleno de sus perfumes y sus plegarias murmuradas. Me mostraron al niño, mi hijo, con su cabeza extraña, alargada, y el cráneo deforme. Estaba completamente

formado y era fuerte, pues había estado en mi vientre por lo menos tres semanas más de lo que correspondía. Los médicos susurraban, discutiendo entre sí. No me lo dijeron directamente, pero supe lo que pensaban. Mi hijo estaba maldito y había que dejarlo morir o exponerlo. Me quité el manto y con él envolví aquel cuerpo pequeño y lo saqué de su cuna. Abandoné aquel recinto y regresé a mis aposentos. —Hizo una pausa, miró la estancia, con los ojos entrecerrados y los labios apretados—. Mi esposo vino a verme. —Su voz no era más que un susurro áspero—. Miró al niño y dijo que no era hijo suyo. Le grité... las amenazas más horrorosas, lo que haría si alguien le hacía daño a mi hijo. El Divino me amaba verdaderamente. —Su rostro se relajó con una sonrisa—. Me aseguró que nada le ocurriría, con una condición: que él nunca volviera a verlo. Mi marido, Mahu, es Amenhotep el Magnífico. No puede tolerar ninguna imperfección o impureza, salvo en sí mismo. Ahora me pregunto si habrá cambiado de opinión. Después de todo, el Príncipe de la Corona, Tutmosis, será su heredero.

Recordé aquel paño manchado con sangre, pero permanecí en silencio.

—¿Y qué ocurrirá con su hermano menor —preguntó— cuando yo ya no esté? Recluido aquí —miró a su alrededor—, lejos de la mirada de todos y de los ojos curiosos, ¿exigirá ser tratado como el hermano de sangre del faraón? ¿Irá a los templos, Mahu, recorrerá las calles de Tebas? Tú conoces la canción tan bien como yo. «El Faraón es Egipto, Egipto es el Faraón, el hijo amado de Ra». ¿Cómo pueden los dioses amar a Egipto si el Divino tiene un hijo discapacitado, desagradable a los ojos de dios, lisiado y deforme?

—Él no es ninguna de esas cosas, Su Excelencia.

—No, no lo es, Mahu. A mis ojos él es el Hermoso. —Parpadeó para evitar que sus lágrimas cayeran—. Pero es a su corazón, no a su cuerpo, a lo que temen los sacerdotes del templo. A él no le interesan ellos ni tampoco sus dioses. Ah, sí, estoy al tanto de sus cenas aquí y del modo en que se burla de los cabezas afeitadas, de sus blandas calvas. —Volvió su cara hacia un lado, estudiándome por el rabillo del ojo—. Tiene una buena razón para odiarlos. Cuando era niño fue llevado a la Casa de la Vida, en el templo de Isis. Estuvo allí dos años antes de que yo descubriera la crueldad y el abuso a los que era sometido. Ellos sabían que su padre lo despreciaba y se burlaban de él. Lo saqué de aquel lugar pero, incluso en la corte, yo no podía protegerlo constantemente. Este lugar fue idea de Hotep. —Hizo un gesto señalando el entorno—. Supongo que es más feliz aquí. Es poco lo que pide.

—¿Y Tutmosis?

—Su hermano se siente culpable. No estoy demasiado segura de si es por amor o por culpa.

—¿Podría haber una reconciliación? —pregunté. Allí estaba la Gran Reina de Egipto haciendo confidencias a un plebeyo, hablando de su hijo como cualquier lavandera junto al Nilo.

—Nunca —respondió—. Mi marido cree que su segundo hijo está hechizado. Cuando se enteró de la existencia de este lugar, promulgó un decreto: nadie que no fuera grotesco podía servir a mi hijo. —Ella esbozó una sonrisa—. Excepto tú, aunque si fuera por eso... —respiró hondo—, ¡bueno, no importa!

Se levantó y caminó por la sala. El que estuviera oculto allí abandonó las sombras. Escuché unos pasos sordos, pero no me atreví a volverme. Ella regresó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y el futuro? —Se sentó sobre los almohadones—. ¿Y el futuro? —repitió como si hablara consigo misma—. ¿Qué ocurrirá con mi hijo cuando el Divino deba ir al Oeste Lejano y yo lo siga? ¿Su hermano lo protegerá? —Tembló y se frotó los brazos—. ¿Y qué ocurrirá? —continuó en un susurro— si Tutmosis no engendra ningún heredero o también se va al Oeste Lejano. ¿Los sacerdotes, los generales aceptarán lo que ellos llaman un «faraón grotesco»? Bien, mi Mandril, ¿qué piensas tú?

—Su Excelencia, yo no pienso nada. —Había decidido no mencionar que había visto el pañuelo ensangrentado en el que Tutmosis había tosido.

—Vamos, inteligente Mandril —insistió—. Tú estás pensando algo.

—Que el Príncipe de la Corona Tutmosis —recité repitiendo la frase convencional— viva un millón años. Que disfrute de un aniversario tras otro. Que pueda ver a los hijos de sus hijos y que su poder y gloria sean sentidos por el Pueblo de los Nueve Arcos.

—Que así sea. Que así sea —respondió Tiye.

—Pero si Su Excelencia ha pensado en del futuro —escogí mis palabras cuidadosamente—, también lo habrá hecho vuestro marido, el Divino.

La boca de Tiye se abrió y se volvió a cerrar.

—¿Y?

—¿Existe en algún lugar algún documento en papiro, con el sello del Divino, en el que se den instrucciones sobre lo que va a ocurrir?

Tiye cerró los ojos. Había esperado un golpe, incluso una objeción, pero estábamos más allá de esas cosas. Tiye hablaba conmigo porque, a decir verdad, yo no era nada: a los ojos del Divino, era una simple mota de polvo, apenas a unos pocos latidos del silencio total. Pero en aquel momento yo expresaba el propio miedo de ella, como un sacerdote en una capilla escuchando las confesiones de algunos peregrinos devotos.

—¿Existe, Su Excelencia? —repetí.

—¿Qué piensas, madre?

Esta vez escuché los pasos y me volví. El Velado, con una larga túnica blanca recogida en la cintura, se encontraba a unos pocos metros de nosotros, con una flecha lista en un recio arco sirio. Estaba allí, ligeramente inclinado, con una mirada calculadora en su alargado rostro. Observaba a su madre esperando una señal.

—¿Debemos matar al Mandril, madre?

—Si matáis al Mandril, Señor —respondí, mirando fijamente a la reina Tiye—, entonces habrás perdido a un verdadero amigo y un aliado para toda la vida.

Oí que bajaba el arco, pero no podía moverme. Estaba paralizado. La reina Tiye ya no miraba a su hijo, sino a mí. Escuché su respiración profunda, el ruido de la vibración de una cuerda y una flecha silbando al pasar sobre nuestras cabezas para clavarse en la pared. En la cara de Tiye apareció una sonrisa.

—Se puede confiar en el Mandril. Ven, hijo mío.

Apoyó el arco y el carcaj en el suelo y se reunió con nosotros en la tarima, arregló los almohadones y se sentó. Su respiración era rápida, sus ojos, alegres y brillantes.

—¿Realmente crees, Mahu, que te dispararía una flecha por la espalda? ¿Sabes lo que eres, Mahu? Eres mi Mandril. Cuando los Medjay pasan por el mercado de Tebas, sus mandriles amaestrados van con ellos para atrapar a criminales y ladrones. Estoy rodeado de criminales y ladrones, por lo menos más allá de estas paredes. Debes de tener muchas preguntas pero nunca las haces. —Se inclinó hacia delante—. ¿Adónde vamos mi madre y yo en medio de la noche? ¿Quiénes son esos extraños visitantes? Algún día lo sabrás. Mientras tanto, atraparás a los ladrones y a los criminales que quieren acabar con mi vida y enviar mi alma a la oscuridad. Aquel que ordena todas las cosas ha decretado que así sea. —Se frotó las manos—. Escuché lo que mi madre te decía, es la verdad. No tengo intención de morirme, Mahu, sino de vivir por mi verdadero Padre, Atón, el Hermoso, que cabalga en el horizonte lejano. —Su mano se abrió—. A cuyos ojos, un millón de años son como el día de ayer, una breve vigilia de una noche. Oh, a propósito, tu amigo Sobeck... —Miró de reojo a su madre—. Estoy seguro de que fue traicionado. Mi madre ha utilizado su influencia para intentar que Sobeck no muera en las Tierras Rojas. —Se estiró un poco y me tiró juguetonamente del pelo—. Has obtenido un gran favor, Mahu. Nunca lo olvides. —Se reclinó y se frotó las manos. Mientras tanto, hagamos una fiesta. Invitaremos a sus amigos de la Kap... será bueno volver a ver a todos otra vez, ¿no, Mahu?

Su boca sonreía, pero sus ojos eran fríos, carentes de todo sentimiento. Incliné la cabeza. Me di cuenta de que, para bien o para mal, ya no podía escapar de este mortal juego de conspiraciones y contra conspiraciones.

Espíritu diabólico

*El jeroglífico para «el Amado» —mri / meny—
combina la azada y las dos cañas en Flor.*

Capítulo 6

*¡Apresado en la dulce carne de una mujer
cualquier corazón se dejaría cautivar por tan delicados brazos!*

Ella reina sobre la tierra.

*El cuello de todo hombre gira para verla caminar.
El que ha visto aquel cuerpo firme conocerá, por fin,
el supremo deleite.*

*¡Ella necesitará los mejores hombres jóvenes,
primeros entre los amantes!*

*¡Vosotros, hombres, miráis su magnífico andar,
la dama de nuestro amor, a la que ninguna rival puede
siquiera iluminar su camino!*

El arpista hacía vibrar las cuerdas, produciendo un sonido agridulce. Su cabeza afeitada se inclinó, incluso mientras aplaudíamos y aclamábamos la belleza de su canción sobre la gloria del amor. El salón del Velado se había transformado para aquel banquete, iluminado por velas perfumadas y aceite encendido en magníficos recipientes de alabastro. Estábamos sentados a nuestra mesa con incrustaciones de ébano que crujía bajo el peso del espléndido festín: pescados, fritos y asados a la parrilla en salsa de aceite de oliva, cebollas, avellanas, sal y pimienta negra recién molida; pescado blanco de carne firme, recubierta con salsa de piñones, almendras y ajos; carnes de ternera y cordero con guisantes y comino y cuencos de cerámica con ternera y cordero con alcachofas. Nuestras copas eran llenadas constantemente con los vinos más finos.

El Velado había dispuesto las mesas en círculo. A mí me había ubicado a su derecha y a su hermano Tutmosis a la izquierda. Todos los demás estaban allí. Incluso había hecho colocar un almohadón vacío para Sobeck y platos y copas en aquel lugar. Tutmosis se había opuesto con vehemencia pero el Velado se había reído, insistiendo en que en un banquete como aquél hasta los fantasmas eran bienvenidos. Cada uno de nosotros tenía una *beset*, una joven del templo. Vestidas con túnicas de gasa fina, cada movimiento que hacían era subrayado por el tintineo de los brazaletes y pulseras en sus muñecas y tobillos; sus elegantes y largos dedos brillaban con los anillos, sus uñas estaban pintadas de color púrpura oscuro. Se encontraban allí para entretener, halagar y aliviar nuestros corazones y satisfacer todos nuestros deseos.

Al principio el banquete había sido difícil. Aquella era la primera vez que nos reuníamos después del destierro de Sobeck. Horemheb y Ramsés estaban resplandecientes con sus uniformes, capitán y teniente de la Banda Sagrada. Llevaban

alrededor del cuello los collares que manifestaban su pertenencia al más temible de los regimientos de todas las fuerzas de Egipto. Huy parecía más relajado con su espléndida túnica. Pentju y Meryre no habían cambiado mucho, y se sentaron juntos, susurrando entre ellos por delante de la joven que estaba entre ambos. Maya estaba claramente incómodo con la peluca empapada en perfume y su cara surcada por el sudor, aunque seguía siendo tan encantador y vivaz como siempre. El Velado era un anfitrión perfecto. Reservar un lugar para Sobeck, la fiesta misma y la invitación a Tutmosis para reunirse con nosotros formaban parte de un insulto premeditado a su propio padre. Me lo había dicho en un susurro mientras le ayudaba a vestirse cuando comenzó a refrescar al anochecer.

—Quiero que mi padre sepa, Mahu, que no me quedaré en silencio, que no me ocultaré para siempre en las sombras y en las esquinas.

Las muchachas del templo eran cortesanas entrenadas, pero incluso ellas se detenían para estudiar a aquel príncipe de extraña apariencia. Regresarían a sus templos, llevando consigo sus relatos: un mensaje a los sacerdotes de que el segundo hijo del Divino no se contentaba con esconderse como un ratón o moverse como una sombra por las cortes de Egipto. Habían pasado cuatro días desde aquella reunión con su madre en ese mismo salón. El Velado no había vuelto a hablar del tema, pero yo sabía lo que estaba preparando, lo que deseaba que yo hiciera. Había colocado el Uraeus, la cobra sagrada de Egipto, sobre su frente.

—La serpiente sabe cuándo atacar, Mahu. —Apartó la mirada de la brillante superficie de plata pulida que servía como espejo—. Y tú también lo sabes.

Durante la mayor parte de la comida mi amo me ignoró. Cada poco susurraba instrucciones y yo levantaba mi mano para llamar al encargado del servicio o a Imri, que vigilaba la entrada. El Velado entabló una profunda conversación con su hermano. Sólo una vez pude escuchar fragmentos de lo que decían. Tutmosis instaba a su hermano a ser prudente, a no atraer la atención de su padre o provocar su cólera.

—Ya lo he hecho. —El Velado cogió su copa y brindó por su hermano; luego se negó a responder a la avalancha de insistentes preguntas que siguieron.

Había mezclado agua con vino, pero sus efectos, unidos al calor y la buena comida, me habían producido somnolencia. Un fuerte codazo me despertó y miré rápidamente a mi alrededor. Maya estaba abandonando el salón, solo. Horemheb y Ramsés presumían ante sus muchachas. Huy, con una copa de vino en la mano, se encontraba sentado sobre los almohadones, sonriendo beatíficamente para sí. Meryre estaba interrogando con ansiedad a Pentju, probablemente sobre alguna dolencia propia. Ya desde niño, Meryre, con toda su confianza en los dioses, tenía un secreto temor a la enfermedad y a la infección. Me levanté un momento, excusándome, e hice un guiño a Imri para seguir a Maya hacia la oscuridad. No estaba en el patio, de modo que atravesé la puerta lateral, que se encontraba entreabierta. Me detuve y, por los sonidos, deduje que Maya estaba orinando. Esperé. Regresó tropezando, subió al sendero y levantó la vista.

—Vaya, Mahu.

—Vaya, Maya. —Sonreí—. Quiero hablar contigo. —Puse el brazo de manera protectora sobre su hombro, lo hice girar y caminamos de vuelta al pequeño estanque bordeado por azulejos, donde la flor de loto flotaba suavemente a la luz de la luna—. Siéntate, siéntate.

Lo hizo de mala gana, con los músculos tensos.

—¿Qué quieres, Mahu?

—¿Estás en la Casa de los Escribas? —pregunté.

—No, no. —Estiró los pies y frotó sus manos, con los hombros encorvados—. Trabajo en la Casa de los Secretos.

—¡Ah, el lugar de los espías! ¿Qué haces allí?

—Reunimos información de todas partes de Egipto y de más allá de nuestras fronteras. La obtenemos de comerciantes, viajeros, marineros, de nuestros aliados en Canaán, de nuestros siervos en Kush, de nuestros embajadores en Punt.

—Estupendo. ¿Y te va bien?

—Mira, Mahu, no necesito tu sarcasmo.

—Pero necesitas tu vida. —Empuñé la daga que traía oculta bajo mi túnica y empujé la punta contra su cuello carnoso.

—Has bebido demasiado. —Hizo ademán de ponerse de pie.

Presioné la punta con más fuerza. Maya dejó escapar un quejido y volvió a sentarse.

—Sobeck —insistí—. ¿Tú denunciaste el encuentro de mi amigo con su amada en el olivar? Sabes que la vi morir, o por lo menos escuché sus gritos. ¡Fue horroroso! Visité a Sobeck en las Cadenas. Fue condenado a ser expuesto en el desierto, pero el Divino se compadeció. Ahora mi amigo y compañero se está cociendo como un trozo de carne al calor del Desierto Occidental.

Los hombros rollizos de Maya temblaron tanto que creí que le estaba dando un ataque. Su cara se retorció y se echó a llorar.

—¡Eres un bastardo despreciable, Maya! Traicionaste a uno de tus compañeros. ¿Por qué? ¿Porque no quería acostarse contigo? ¿Porque no iba a jugar con esa cosa que tienes entre las piernas?

Los sollozos de Maya se hicieron incontrollables.

—Lo siento —gimió, quitándose las manos de la cara. El *kohl* alrededor de sus ojos descendía en negros surcos por sus mejillas—. Lo siento por la muchacha y por Sobeck. Pero te equivocas, Mahu. Yo amaba a Sobeck, siempre lo he amado, siempre lo amaré, aunque sé que no está bien.

Algo en el petulante gesto de sus labios, en aquella autocompasión que expresaba su gorda cara aceitada, me hizo perder la paciencia. El cuchillo hizo ruido al caer al suelo. Le arranqué la peluca. Maya trató de resistirse, pero estaba gordo y nunca fue un buen soldado; lo mantuve sentado y forcé su cabeza hacia atrás. Gritó y gimió. Le puse la mano en la boca. Trató de morderme, de modo que le di un puñetazo y luego

empujé su cara bajo el agua. Luchó para intentar zafarse. Ya dentro del estanque, sostuve su cabeza bajo el agua, viendo cómo las burbujas reventaban a la espléndida luz de la luna, sintiendo su gordo cuerpo inmovilizado como una sabrosa carpa atrapada por un pescador. Toda mi rabia salía a borbotones, por Sobeck, por mí mismo, por los insultos que había padecido y, sobre todo, por los peligros que aquel hombre significaba. De pronto su cuerpo comenzó a aflojarse y le solté la cabeza. Se tambaleó y se movió sin rumbo jadeando y farfullando. Lo agarré por la parte delantera de su túnica y lo levanté. Nos pusimos de pie, con el agua casi hasta la cintura. El terror dominaba su rostro. Le arranqué el collar del cuello y lo arrojé por encima de mi hombro. Pude oír detrás de mí el ruido que hizo al caer.

—Soy el Mandril Mahu. ¿Recuerdas por qué me pusieron ese nombre? —Apreté la mano y lo acerqué más a mí—. Los mandriles tienen brazos y muñecas fuertes.

—Serás expuesto en el desierto por esto —farfulló.

—Lo dudo —respondí—, y si eso ocurre, les diré que tú estabas al tanto de todo el asunto de Sobeck, y también lo de tu amor por él. ¿Acaso el jefe de la Casa de los Secretos conoce los detalles de tu vida privada, Maya? ¿Vas a los atrios de los templos o al mercado para ver pasar a los muchachos hermosos? —Maya volvió la cabeza y escupió un poco del agua del estanque. Lo solté, empujándolo—. Tienes razón, Maya. No tengo amigos. Pero Sobeck era lo más cercano a un amigo que jamás tuve. ¿Qué daño hizo él aparte de amar a una muchacha? Era un Ornamento del Divino, pero el monarca del País de las Dos Tierras tiene más concubinas que pelos tengo yo en la cabeza.

—Eso es traición —farfulló.

Se alejó, pero lo seguí.

—No, no, escucha. —Alzó una mano—. Yo amaba a Sobeck, Mahu.

Había algo en su voz, en su mirada directa... supe que no estaba mintiendo. Por una parte estaba asustado, pero por otra mi curiosidad natural también se había despertado.

—¿Vas a mentir de nuevo? —Tragué con fuerza—. ¿Vas a repetir que no lo traicionaste?

—No lo hice. —Caminó por el agua—. Mahu, esto está helado. No tienes que meterme la cabeza en el agua. Te diré lo que quieres saber.

Lo agarré por el brazo y salimos del estanque. Recogí su peluca empapada y el collar, y se los puse en las manos.

—Ve a cambiarte.

—No volveré a este lugar. —Maya se limpió la boca con el dorso de la mano—. No me gusta cómo me miran Horemheb y Ramsés, no soporto el olor de esa muchacha. —Empecé a reírme—. ¿Parezco tan patético, Mahu? —Se volvió—. Tu cuchillo está en algún lugar en la oscuridad, ¿no? O puedes devolverme al estanque. —Se puso de pie—. Sí, tienes brazos y muñecas fuertes. También tienes el cerebro de un mandril. Nunca traicioné a Sobeck, ¿no puedes darte cuenta? —Se acercó

mientras observaba la incertidumbre en mi cara—. ¡Estúpido bastardo! —Me abofeteó en la cara con su mano enjovada. No retrocedí ni respondí.

—Hablas con la voz de la verdad, Maya.

Fui y me senté en el borde del estanque.

—Si yo hubiera traicionado a Sobeck —Maya me siguió, recogiendo su túnica y con los dientes castañeteando—, si hubiera traicionado a Sobeck me habrían preguntado cómo me había enterado. Nos habrían arrestado a todos. ¿Entiende eso tu torpe cerebro?

—Pero tú eras el espía de la Kap —repliqué—. Tú descubriste que yo visité al Velado. Sabías que él me había recibido.

—¿Qué? —Maya se echó hacia atrás—. Ah, sí, sabía que había algo entre tú y ese hombre grotesco. No te enfades conmigo, Mahu, pues eso es lo que es. Ésa ha sido la razón de que celebremos esta fiesta, ¿no? ¿Para que tú pudieras intimidarme? ¿Para que pudiera mostrar su rostro y fingir que no es un recluso? Jamás le dije nada a nadie acerca de ti, Mahu. De todos modos, ¿a quién le preocupa?

—¿Entonces el espía debe de ser otra persona? —sugerí. Por más que lo intenté, no pude evitar el tartamudeo en mi voz.

—¿Es así, Mahu? ¿Quién será el siguiente? Trata de meter la cabeza de Horemheb bajo el agua. Te cortaría los cojones. Y si él no lo hiciera, lo haría su víbora amaestrada. ¿No te das cuenta? ¡Nadie de la Kap podría haberle dicho nada al Divino de Sobeck! Trabajo en la Casa de los Secretos, en donde ha habido casos en que se ha matado a un mensajero por el mensaje que llevaba.

Lo miré con incredulidad.

—Entonces, ¿quién fue? Sabían incluso exactamente en qué lugar del jardín Sobeck y la joven iban a estar haciendo el amor. ¿Habrá sido Weni el espía?

—¿Weni? —Maya comenzó a reírse—. ¡Él ni siquiera sabía dónde tenía el culo! Oh, sí, en los primeros tiempos era bueno, pero al final ni siquiera podía salir de la cama sin que le pusieran una jarra de cerveza bajo la nariz. Sobeck me contó tu visita al estanque. ¿Crees que tú lo sabes todo, Mandril? Todos sabemos por qué murió Weni. No tropezó ni se cayó. Se burló de ese grotesco y lo pagó con su vida. —Maya se puso en pie y, reuniendo toda la dignidad que le quedaba, caminó por el sendero hacia la portezuela lateral. Se detuvo, con la cabeza inclinada, e incluso desde donde yo estaba sentado, con tan poca luz, pude ver que estaba llorando. Se volvió y regresó. Esta vez las lágrimas eran más dignas—. ¿Debo decirte por qué vine aquí esta noche? ¿Crees que yo quería estar aquí? Vine a verte, ¡Mandrill estúpido! Tú y yo tenemos algo en común: Sobeck. Él te quería, aunque aseguraba que no tenías alma. Le dije que estaba equivocado, pero al final resultó que tenía razón. Vine porque pensaba que podrías ser mi amigo. También quería darte las gracias. Oh, sí, la historia es conocida por todos. Cómo te arrodillaste a los pies del Velado y suplicaste por la vida de Sobeck. Estúpido bastardo cara de mono. —Escupió las palabras—. ¡Vine para agradecértelo! —Dio media vuelta y se alejó.

—¡Maya!

Corrí tras él. Se detuvo pero no se volvió.

—Maya, fui criado por una bruja. Nunca tuve amigos. Me enviaron a la Kap porque mi tía no podía soportarme. Tú y el resto me golpeasteis y me intimidasteis. Es cierto, di tanto como recibí, pero Sobeck era diferente. A él lo traicionaron... no tengo dudas sobre eso. Los amantes fueron pillados con las manos en la masa de regreso al palacio. Los guardias sabían dónde iban a encontrarse.

—Oh, a propósito —interrumpió Maya, hablando por encima de su hombro—, mencionaste a Weni. Él murió mucho antes de que Sobeck y su amante empezaran a reunirse en el huerto.

—Lo siento, Maya. Por primera vez en mi vida me estoy disculpando. Estaba equivocado.

Pensé que iba a ignorarme, pero suspiró, dio media vuelta y regresó con su mano extendida.

—Mahu. —Le cogí la mano—. Mahu, todavía estoy en deuda contigo. No podía creer lo que me decían, que tú habías suplicado por la vida de Sobeck. Yo no podía hacerlo y tampoco los demás. No lo olvidaré. Nunca seré tu amigo, pero sí tu aliado. Además, si estás buscando a un espía, entonces no lo hagas entre los niños de la Kap. —Agitó sus vestimentas mojadas—. Lleva mis disculpas a tu amo y a los demás. Diles que me siento un poco indispuerto y que me he ido a casa.

Me alejé lentamente. Pasé por una puerta lateral para dirigirme a mis propios aposentos. Mi túnica estaba desaliñada, el brazalete que me había puesto yacía en ese momento en el fondo del estanque. Recordé la daga y regresé a la oscuridad para recuperarla.

—¿Va todo bien? —Me di la vuelta—. ¿Estás bien, Mahu?

Imri, espada en mano, se encontraba bajo las ramas de un sicómoro.

—Estoy bien —le respondí—. En un momento estoy contigo.

Regresé a mi habitación, me desnudé y me limpié con un paño. Me negaba a llevar peluca en esas ocasiones. Me sequé el pelo, que llevaba muy corto, me limpié la cara, me volví a poner *kohl* negro bajo los ojos y me calcé un par de sandalias para esconder la tierra que tenía entre los dedos del pie. Revolví mi joyero para reemplazar el brazalete.

Cuando me reincorporé al banquete, nadie comentó nada acerca del tiempo que había estado fuera ni de la ausencia de Maya. Huy estaba en aquel momento ocupado con una joven. Horemheb y Ramsés ya habían cambiado sus parejas. El Velado bebía de su copa. A juzgar por los almohadones vacíos a su izquierda y por la expresión de su rostro, su hermano se había marchado, no precisamente en los mejores términos. Me recosté sobre los almohadones, cogí un trozo de pollo asado a la parrilla y lo mastiqué con cuidado.

—¿Maya no regresará? —susurró el Velado.

—No. —Levanté mi copa para esconder la cara—. Maya es un aliado, no un espía. —El Velado se puso tenso.

Miré rápidamente a mi alrededor. El suave sonido de los instrumentos de los músicos y la ruidosa diversión ocultaban nuestra conversación.

—Cuando nos encontramos por primera vez, Señor, en el huerto, ¿a quién le comentasteis el hecho?

—Por qué, Mahu. Sólo a mi madre. A partir de aquel día quedaste marcado.

—Es decir, que Hotep lo sabía. Él se burló de mí con ese dato.

El Velado bebió con placer de su copa. Su rostro amarillento se puso rojo.

—Piensa, Mahu —dijo.

Cerré los ojos. Recordé estar sentado en el claro, el viaje a la casa, al pobre Sobeck deslizándose entre los árboles, de la mano con su amante prohibida. El lugar era el mismo donde había visto por primera vez al Velado, y también el olivar que se extendía entre el Pabellón del Silencio y la residencia. Mi mente era un torbellino. La Gran Reina Tiye nunca traicionaría a su hijo. ¿Era aquello un juego de mi propio señor, algún truco engañoso? ¿Pero cómo se había enterado del asunto de Sobeck? Y recordé su expresión de ultraje, no porque una de las concubinas de su padre lo hubiera traicionado, sino por el insulto a la majestad de cargo. Además, la infortunada relación de Sobeck había comenzado bastante antes de que el ejército marchara hacia Kush. ¿Era entonces un caso de traición? Quizá a Sobeck lo habían visto y seguido... pero ¿quién? Recordé la cesta de higos, las víboras ocultas allí, la vasija de vino envenenado y el ataque homicida cerca de la ribera.

—¿Señor? —Metí un dedo en el vino y dibujé la primera letra—. Creo que conozco el nombre del espía.

Tres días después, el Velado nos convocó a mí y a Imri a una reunión en el pabellón del jardín. Mi amo estaba morado de rabia. En su mano había un trozo de papiro que agitó delante de nuestras caras.

—¡Los embajadores del rey hitita vienen a la corte del Divino! Serán recibidos oficialmente por mi padre y mi madre. Tutmosis estará allí, pero yo no he sido invitado. —Cerró la puerta del pabellón, con sus extraños ojos brillando iracundos. Me di cuenta por sus movimientos torpes y su manera de hablar arrastrada de que había estado bebiendo—. Pero yo asistiré. —Ignoró la atónita expresión de asombro de Imri e hizo un gesto con la mano imponiendo silencio—. ¡Asistiré! Es apenas una breve caminata con mi guardia y mi cortejo. Yo —se golpeó el pecho— soy un príncipe de Egipto. Tengo derecho a llevar el Uraeus. Tengo sangre sagrada en mis venas. ¡No permitiré que nadie me discuta ese derecho! —Hizo un movimiento cortante con su mano—. ¡Informaré a Hotep, el Padre de Dios —dijo escupiendo las palabras—, y a otros en la corte de mi padre que acudiré y mostraré mi rostro a los embajadores del rey hitita! —Agitó el puño—. No soy ningún mono mascota ni un ave para ser guardado en una jaula. Mis días en las sombras han terminado.

Una semana después, en una tarde templada cuando el sol se estaba poniendo lentamente y las montañas al oeste de Tebas cambiaban de color de manera deslumbrante, el Velado decidió ir a cazar. El Nilo estaba lleno y fecundo, moviéndose majestuosamente, empapando las plantaciones de papiros y llevando su abundancia a las Tierras Negras. Una delicada brisa enfriaba el sudor y renovaba el alma, los ojos ya no eran cegados por el fuerte calor y el polvo del desierto. El Velado decidió que saldría a cazar aves entre las cañas de papiro. Después de lo que había dicho algunos días antes acerca de recibir a los embajadores hititas, había estado extrañamente silencioso. Pero en aquel momento parecía entusiasmado. Él, Imri y yo, armados con arcos, flechas y palos arrojadizos, fuimos a cazar aves de pantano en las espesuras a lo largo del Nilo.

El Velado se había vestido con sencillez para la ocasión, con una larga túnica blanca de lino, ajustada a la cintura con una faja bordada, atada de una forma que colgaba en un brillante despliegue de colores en contraste con la túnica blanca. Llevaba un sombrero de paja e iba con el gato mascota que lo acompañaba siempre en ese tipo de viajes. Imri aconsejaba mantenerse en los canales a lo largo del Nilo, pero el Velado era insistente.

—No, encontraremos más presas en el río, sobre todo a esta hora del día. Las aves son pesadas y lentas.

Allá fuimos. Imri había preparado un esquife imperial con asientos en la popa y en el medio y una pequeña plataforma de lanzamiento en la proa sobre la que el cazador podía permanecer de pie. Los tres éramos expertos con la pértiga. En esta ocasión, el Velado no fue de inmediato al malecón donde estaba amarrado el esquife, sino que se sentó con las piernas cruzadas sobre un saliente rocoso, con el rostro hacia el sol y los labios moviéndose en silencio, absorto en su propio mundo de plegarias. Fijé la mirada en el río, todavía ligeramente crecido, que corría junto a las espesas plantaciones de papiro y los sauces llorones. Aquel tramo del río estaba en aquel momento bastante desolado, como ocurría habitualmente antes del anochecer.

—¡Estoy preparado! —El Velado abrió los ojos, se puso el sombrero y me siguió por el sendero del malecón hasta abordar el esquife. Cuando subí después de Imri, advertí que el Velado llevaba una bolsa de cuero que puso cuidadosamente en la popa. Solté la amarra, Imri tomó la pértiga y empujó el bote con destreza para llevarlo en medio de la corriente. De vez en cuando, otras embarcaciones pasaban junto a nosotros: pescadores, comerciantes y una barcaza imperial llena de soldados y arqueros. A éstos les seguía una flotilla de pequeñas barcas, con la estatua de algún dios en la popa. Desde el otro lado del río llegaba el olor del incienso, algunos aplausos y la música lejana del sistro y el laúd.

—Probablemente llevan a su dios a darse un baño —se burló el Velado.

Dio las instrucciones. Nos dirigimos hacia la costa más lejana del Nilo, hacia un grupo de frondosos árboles, arbustos de agua y campos de papiros. Imri me miró con recelo. Aquellos lugares eran a menudo los sitios frecuentados por los cocodrilos, especialmente a aquella hora del día, cuando ya habían absorbido el calor del sol y eran más ágiles y agresivos para cazar a sus presas. De todas maneras, el Velado insistió en que Imri encontrara un sendero entre los papiros. Según avanzábamos, las aves abandonaban sus refugios en un brillante despliegue de plumajes. Apoyé los pies en la plataforma y preparé mi palo arrojadizo. La presa era fácil. Una y otra vez di en el blanco y un gordo cuerpo cayó al agua. Imri impulsaba la embarcación hábilmente con la pértiga hacia el lugar. Yo recuperaba la presa, me aseguraba de que estuviera muerta y la ponía en la cesta. Escuché un chapoteo y pude ver a un cocodrilo con sus ojos y hocico feroz por encima del agua.

—Señor —me arrodillé a los pies del Velado—, esto es peligroso. Ya tenemos suficientes capturas. Creo que debemos regresar.

El Velado no me hizo caso.

—Imri, dame la pértiga. Te mostraré cómo se hace. —El Velado me ordenó con un gesto que me apartara. Imri, con la cara surcada por el sudor, le entregó la pértiga. El Velado la sostuvo como si fuese un soldado con una lanza, moviendo la punta a pocos centímetros del pecho del *kushita*—. Los embajadores hititas no vinieron a Tebas. —Cogió la bolsa de cuero—. Me escribió mi madre.

El sudor de mi nuca se volvió frío. Un silencio opresivo acalló todo sonido entre los papiros. Enmudecieron las aves. La barcaza se balanceó ligeramente. Imri, el *kushita*; se quedó quieto, con su pecho musculoso empapado de agua, sudor y salpicaduras de barro. Giró ligeramente la cabeza, con su ojo sano fijo en el Velado.

—¿Cómo? —Habló como si su garganta y su boca estuvieran secas.

—Fueron a Menfis —respondió el Velado con toda tranquilidad—. Se produjo un gran revuelo. Se enviaron mensajeros a todos lados, como si mi padre supiera que yo pensaba hacer una gran entrada. Tú se lo dijiste, ¿no, Imri? Tú eres el espía de mi padre. Le informaste también de mi primera reunión con mi Mandril, aquella mañana en el jardín mientras yo rezaba al sol. Tú también descubriste la verdad sobre Sobek. Sólo sales del Pabellón para caminar por los jardines. ¿Viste a aquella muchacha estúpida desliziéndose entre los árboles con su amante? ¿Y qué puedes decir del vino envenenado y los higos con las víboras dentro? ¿O aquel día cerca del río cuando el loco me atacó? Tú eres el jefe de mi guardia... ¡ése es tu deber! No estabas allí ese día, ¿verdad? Si no hubiera sido por el Mandril, yo ya no estaría aquí.

El *kushita* hizo ademán de dar un paso hacia delante, pero el Velado sostuvo con fuerza la pértiga, moviéndola como una espada.

—Eres es un traidor, Imri. Un espía. Eres un asesino que no sabe cómo me protege mi Padre —la voz del Velado se convirtió en un susurro—. Mi verdadero Padre. Él me ha revelado la traición de tu corazón, el mal que tramabas, la malicia que fomentas.

—Yo... yo... —tartamudeó el *kushita*.

—Yo... yo ¿qué? —se burló el Velado—. ¿Qué viene después, Imri? ¿Un cuchillo oculto?

Algo chocó contra nuestra barcaza, haciendo que se balanceara peligrosamente. Miré a mi alrededor. Un cocodrilo, con sus ojos por encima del agua, flotaba como un tronco, casi como si supiera lo que estaba ocurriendo, aunque yo sabía que había sido atraído por los chillidos de las aves y sus cuerpos cuando cayeron al agua.

—Oh, Imri —el Velado chasqueó la lengua—. ¡Vuelve al lugar de dónde provienes!

La pértiga bajó, y entonces, con sorprendente velocidad, el Velado la lanzó hacia delante, en el momento en que la mano de Imri sacaba la daga de su cinturón. Fue demasiado lento. La pértiga le asestó un golpe tremendo en un lado de la cabeza. Se tambaleó, tropezó y cayó al agua. De inmediato, mi señor agarró una de las aves que habíamos cazado, le cortó el pescuezo inerte y la lanzó al agua, con la pértiga todavía en su mano. Me arrodillé aterrorizado, sosteniéndome en el asiento mientras el Velado, con los pies separados, metía la pértiga en el agua, empujando la barcaza rápidamente de regreso a través de las cañas. Imri, medio aturdido, hizo señas desesperadas y gritó. La embarcación se movió con rapidez, pero Imri recuperó el conocimiento y, consciente del peligro, trató de nadar, no hacia la orilla sino hacia nosotros, con su cara oscura y llena de cicatrices y su único ojo lleno de miedo y cólera.

El Velado había calculado bien. Mientras la barcaza se alejaba veloz, pude ver la mancha de sangre que se formaba sobre el agua. El cuerpo del pato, casi sumergido, enviaba el fuerte y delicioso aroma de carne fresca y sangre nueva. Los papiros parecieron moverse como si alguna horrible bestia estuviera preparándose para emerger. Vi la cola de un cocodrilo, dos, tres cabezas aparecieron por encima del agua. Imri estaba nadando hacia nosotros, a un metro escaso, con el rostro tenso por el esfuerzo. El agua se movió. Fue una pequeña ola. Imri gritó, saltando en el agua con su pecho por encima de ella; luego fue arrastrado hacia abajo. Apareció otra vez cuando el cocodrilo se apoderó de él, girando y retorciéndose bajo el agua, arrastrándolo al fondo. A aquel animal pronto se le unieron otros. El río, más allá de las plantaciones de papiros, se había convertido en escenario de frenética actividad, aguas agitadas, el cuerpo de Imri girando, los hocicos de los cocodrilos emergiendo del agua. Un último grito desgarrador y horroroso y el agua se tiñó de rojo... y luego, el silencio.

El Velado, cantando un himno, nos condujo con la pértiga cada vez más lejos de la macabra escena. Finalmente salimos a plena corriente. Me dio una patada suave en las costillas. Me puse de pie y cogí la pértiga, mientras mi amo volvía a su asiento en la popa.

—Hemos cazado y hemos matado, Mahu —murmuró—. Ahora regresemos a casa.

Una vez de regreso al Pabellón del Silencio, anuncié la muerte trágica de Imri. Tanto mi señor como yo seguimos los ritos acostumbrados del luto, desgarrando nuestras vestiduras, echando cenizas sobre nuestras cabezas, ayunando. Permanecemos en nuestros propios aposentos, aunque continuamos reuniéndonos en secreto. Mi amo no dio muestras de remordimiento o pesar alguno.

—Le recé a mi Padre, Mahu, y él, que todo lo sabe y todo lo ve, hasta los secretos más profundos del corazón, me dijo que Imri debía morir.

Me mordí la lengua y controlé mi curiosidad. El Velado, sentado ante mí, pasó un dedo por la ceniza que cubría su mejilla.

—Me vas a preguntar por qué. —Se dio un golpecito en su cabeza—. Recibí la respuesta durante la oración.

No discutí. Para mí, Imri era un traidor, un asesino. Era sólo una cuestión de elegir entre su vida y las nuestras.

—Pero ése no es el final, ¿no, Mahu? ¡Vamos, no te sientes ahí mirándome fijamente como un mono sabio sobre una rama! ¿Qué es lo que tu cerebro lleno de cosas te dice?

—Que Imri no estaba solo.

—¿Por qué lo dices?

Estábamos sentados en el jardín del pabellón. Salí, miré con cuidado a mi alrededor y volví, cerrando la puerta detrás de mí.

—Imri nunca iba muy lejos. Por lo tanto, en este grupo debe de haber otros que llevaban los mensajes, que lo aconsejaban y asesoraban.

—¡Bien! ¡Bien!

—Si un higo está podrido —continué—, el resto de la cesta está contaminada.

—¿Y cuántos hay en la cesta, Mahu?

—Ocho guardias, todos *kushitas*. ¿Cuánto tiempo llevan a tu servicio?

El Velado hizo un gesto con la cara.

—Siete u ocho años. Continuarán sirviéndome. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué? ¿Qué estás pensando, Mahu? Si hay más problemas, tú debes resolverlos. —Chasqueó los dedos—. Haz lo que tengas que hacer.

Me mezclé con los guardias *kushitas*. Ellos tenían sus propios barracones y vivían separados del resto de los sirvientes de la casa del Velado. A pesar de ser veteranos curtidos en la guerra y llenos de cicatrices, la muerte de Imri los había trastornado. Me reuní con ellos una noche, en el patio, donde realizaban su propia ceremonia fúnebre, con ofrendas de vino, frutas y carnes ante una estatua toscamente tallada, cantando himnos en su propia lengua. Me sentí incómodo. Me pidieron los detalles de la muerte de Imri y, por supuesto, lo describí como el más infortunado de los accidentes. Conté cómo habíamos entrado en la plantación de papiros, poniendo nerviosos a los cocodrilos. Ante esto, sacudieron sus cabezas.

—Pero Imri era un cazador experimentado —exclamó uno de ellos—. Muchas veces fue a cazar por todo el río. Conocía muy bien sus aguas y las costumbres de esos animales.

Sólo pude encogerme de hombros y decir que hasta el más hábil de los cazadores comete errores. Amplié el relato: tanto mi amo como yo mismo habíamos intentado salvarlo, pero los cocodrilos, excitados por el hambre que habían provocado las aves que habíamos derribado, habían decidido atacar... algo bastante frecuente en el río. De todas maneras, ellos tenían sus sospechas. Pude darme cuenta por los movimientos de sus ojos, por las expresiones fugaces. La muerte de Imri no resolvería el problema. Pronto sería reemplazado por otro. Estudié a los *kushitas* y al resto de los servidores de la casa, fijándome en cada detalle, observando hábitos y relaciones. Los *kushitas* no sólo se mantenían apartados, sino que miraban con desprecio al resto de los criados, los *rinocerontes*, hombres y mujeres desfigurados que trabajaban en las cocinas y otras partes de la casa. Entre ambos grupos existía una profunda antipatía. Todos los sirvientes habían sido escogidos debido a sus rostros desfigurados. Pero los *kushitas* se veían a sí mismos como guerreros, y sus heridas eran consideradas trofeos de guerra. Se negaban a ser asociados con vulgares delincuentes y criminales. Los *rinocerontes* vivían en sus propias residencias. Algunos estaban casados, otros llevaban una vida bastante solitaria. Sin la protección de los *kushitas*, no se atrevían a entrar en la ciudad y, ni siquiera a ir a los pequeños mercados que hacían prósperos negocios a lo largo de la ribera.

Uno de estos *rinocerontes* atrajo mi atención. Era indiscutiblemente su líder, un hombre joven, más o menos de mi edad, llamado Snefru, que cumplía funciones de encargado de las cuadras. Era fornido, con ojos profundos en una cara recia y desfigurada, un hombre rápido con sus puños aunque tenía entre los demás la fama de ser imparcial. Trataba de mantener su dignidad y respeto hacia sí mismo afeitándose la cabeza y cuidando su aspecto, como si quisiera compensar la terrible cicatriz que se extendía por el centro de su cara, donde habían estado su nariz y su labio superior. Era muy bueno con los caballos, atento siempre a la salud y bienestar de los animales. La paja, la comida y el agua eran controladas permanentemente y con rigor, y tenía tanta experiencia como cualquier médico de animales para curar cólicos u otras mil dolencias menores que los caballos pudieran sufrir.

Snefru se sentaba, comía y bebía con el resto de los hombres al fresco del anochecer, pero antes de hacerlo, siempre cambiaba su faldellín de cuero por una túnica gastada pero impecable, lavándose escrupulosamente las manos y la cara con agua mezclada con sal. Al principio lo estudié a distancia pero, debido a nuestro interés común por los caballos, me enteré pronto de su historia. Había sido escriba en los establos de un cuartel militar en las afueras de Tebas. Su padre, su madre y su hermana habían muerto de una de esas fiebres que se desencadenan a menudo en las viviendas de barro de los artesanos, que se amontonaban más allá de las murallas.

—No tenía con qué pagar los honorarios de los embalsamadores —me confió Snefru mientras cepillaba los flancos de un caballo—. Y me desesperé. Pensé que en el establo no se notaría la falta de un caballo. Una noche saqué uno y lo vendí a un grupo de viajeros del desierto. Ellos, a su vez, fueron detenidos por los Medjay. El caballo estaba marcado. A ellos los mataron y yo fui arrestado. La única razón por la que salí con vida —extendió sus brazos fuertes y musculosos— fue por mi destreza con los caballos. —Se señaló la cicatriz—. El verdugo fue torpe. Me cortó la nariz y parte del labio. Fui exiliado al pueblo de los *rinocerontes*. Estuve allí dos años, hasta que llegaron los heraldos reales. Estaban buscando a hombres experimentados para trabajar en este lugar. Me seleccionaron por mi experiencia. —Se encogió de hombros—. Y desde entonces he estado aquí.

—¿Has sido soldado, Snefru? —Me resultaba difícil no mirar aquella horrible cicatriz. Parecía como si su rostro estuviera cortado en dos por una sombra oscura. La herida de su labio dificultaba la pronunciación de ciertas palabras.

—He hecho el servicio militar —respondió—. En una ocasión incluso serví como conductor de un carro de guerra.

—Pero no como los bravos *kushitas*, ¿verdad? —bajé la voz.

—Ah, ellos. —Snefru se movió alrededor del caballo. Se agachó y agarró una de sus patas traseras para revisar el casco.

—Sí... ¿qué pasa con ellos? —Me puse en cuclillas junto a él.

—Son arrogantes y crueles. —Me miró directamente a los ojos—. Pero también lo sois vos, señor. Sois la sombra del amo. Sin embargo, en estos últimos días no hacéis más que aparecer por aquí, ofreciéndome vino y pan, haciéndome hablar. ¿Buscáis algo? No tenéis gustos extraños. No estáis fascinado por mi deformidad. —Se lamió el borde de la boca con la lengua—. Y ahora hablamos de los *kushitas*, cuyo capitán, Imri, murió de manera muy misteriosa en el agua a causa de los cocodrilos. ¿Qué es lo queréis?

Me levanté.

—No me gustan los establos —dije con una sonrisa—, pero el anochecer está fresco y ya han salido las estrellas.

Snefru y yo salimos. Caminamos y hablamos. Pude conocerlo mejor. No me había equivocado al elegirlo. Era un hombre en el que se podía confiar, pero también con una ambición limitada. Nos detuvimos bajo un árbol de tamariscos y levanté la vista para observar sus ramas.

—¿No te gustaría cambiar tu vida, Snefru? ¿Recibir un indulto por tus crímenes, el favor de nuestros gobernantes? ¿La oportunidad de ser estimado y respetado?

—Escucho vuestra canción —respondió Snefru—, pero no distingo las palabras.

—¿Y te gusta la melodía?

La cara de Snefru estaba oculta por las sombras.

—¿De qué estamos hablando? —susurró—. Es un asunto de vida o muerte, ¿verdad?

—¿Tus compañeros son de confianza? —quise saber.

—¿Los otros *rinocerontes*? —Snefru se rió sin hacer ruido—. Por supuesto que se puede confiar en ellos.

—¿Harán lo que tú les digas?

—Eso depende de lo que les ofrezca.

Lo llevé a un lugar todavía más oscuro y, bajo un cielo iluminado por las estrellas, con el susurro de la brisa fresca, rodeados por los árboles, tendí la trampa.

Cuatro días después, el Velado ordenó que prepararan su carro de guerra, tirado por sus caballos más veloces. Conmigo como conductor y con los *kushitas* armados y preparados, mi amo partió hacia las Tierras Rojas orientales para cazar el avestruz, el león y la gacela. Habíamos hecho esto antes y el Velado siempre había insistido en que su carro de guerra debía ser el más magnífico, con los paneles de los laterales decorados con atractivos dibujos rojos, azules y dorados. El deslumbrante arnés negro de los caballos, con medallones de plata y de oro, iba «adornado como Montu», como decía mi amo. Tenía razón, porque no íbamos de cacería, sino a la guerra.

Llegamos a la reserva y descansamos durante el calor del día. Cayó el atardecer, agradable y fresco, pero no nos lanzamos tras el avestruz de veloces patas o la ágil gacela. El Velado permaneció en su tienda. Aseguró que estaba enfermo. Envió a algunos *kushitas* a cazar codornices, liebres o cualquier carne fresca para cocinarla en nuestro fuego. Al principio seguimos la rutina acostumbrada: enviamos a cuatro cazadores y los otros cuatro se quedaron de guardia. El sol empezó a ponerse, sopló una brisa fría y el cielo cambió, como siempre lo hacía antes de que la oscuridad llegara de improviso. Encendimos una hoguera y nos reunimos alrededor de ella. Distribuí los alimentos que habíamos traído mientras mi amo permanecía en su tienda. La comida era aceptable pero muy salada, carne seca y un poco de pan que había perdido su frescura a lo largo del día. Los cuatro *kushitas* que se habían quedado estaban nerviosos pues sus compañeros no habían regresado.

—No debieron haber sido enviados —se quejó uno—. Somos soldados, no cazadores. Es obligación de nuestro amo suministrar la carne.

Miré el cielo nocturno. Habíamos acampado en un barranco pequeño, cuyas rocas se alzaban a ambos lados. Los *kushitas* estaban tan nerviosos que ni siquiera se habían dado cuenta de este cambio en la rutina habitual. Generalmente acampábamos en campo abierto, donde nuestras hogueras eran fáciles de ver. Escuché sus quejas y les serví vino hasta que la somnolencia comenzó a invadirlos. Les dije que regresaba en un momento y caminé hacia el pabellón del Velado. Estaba sentado y de mal humor, bebiendo a pequeños sorbos de una copa. Su mirada fija y distante apenas me reconoció. Escuché los ruidos, el crujido sobre la arena, el choque de las armas. Cuando abandoné la tienda, todo había terminado. Los *kushitas* habían bebido en abundancia aquel vino adulterado con drogas y yacían tendidos sobre los charcos de

sangre que se formaron alrededor de sus gargantas cortadas. Junto a ellos estaban Snefru y sus compañeros, armados hasta los dientes con espadas, dagas, arco y *carcajs* con flechas colgados en sus espaldas. Estaban todos vestidos con sombreros recubiertos de caña para protegerse del sol, faldellines de cuero y botas de marcha, proporcionados por la pequeña armería del Velado. Me acerqué y eché un vistazo a un cadáver.

—¿Y los otros cuatro? —pregunté.

—Muertos después de caer en la trampa —respondió Snefru—. Fue bastante sencillo. Se separaron en parejas. Los escuchamos incluso antes de que aparecieran.

Miré al resto. Eran todos *rinocerontes*, seleccionados cuidadosamente por Snefru entre los sirvientes domésticos de mi amo.

—Os dais cuenta de lo que habéis hecho —dije—, y sabéis que no podéis volveros atrás. Éstos son guerreros *kushitas*, veteranos de los regimientos imperiales, seleccionados por el propio Divino para proteger a su hijo, pero no se podía confiar en ellos y tuvieron que pagar el precio. Vosotros tomaréis su lugar. —Hice una pausa. El silencio, de la noche fue desgarrado por el ronco rugido del león, seguido por el chillido de una hiena y el grito de otro animal—. Vosotros los reemplazaréis —continué—. Seréis los sirvientes de mi amo. El polvo bajo sus pies. No habrá juramento sagrado alguno, ni tendréis que poner las manos sobre altares con fuego e incienso ardiendo sin llama. Habéis jurado ya con la sangre de estos hombres. No penséis que el Divino perdonará a cualquiera de vosotros que decida traicionar al resto. Su muerte será tan brutal como la de los demás: empalado en una lanza.



Espíritu diabólico

*El jeroglífico que significa «ser bello»,
—nfr / efer— contiene tres representaciones
del corazón humano.*

Capítulo 7

En la helada oscuridad del desierto enterramos los rígidos cuerpos de los *kushitas*. Snefru me informó de que los cadáveres de los otros habían sido ocultados de la misma manera. Cavamos profundamente en la arena caliente. Después, el Velado nos reunió a todos.

—Lo que vosotros habéis hecho —dijo delicadamente, como si estuviera dirigiéndose a un grupo de amigos— ha sido ordenado y es el digno castigo que corresponde a los traidores. Nadie levanta su mano contra el Hijo del Divino. Ahora debéis regresar. —Miró a su alrededor, observándolos a través de la oscuridad como si estuviera memorizando los rostros de todo el grupo—. Volved a palacio, pero debéis hacerlo por separado. Si alguien pregunta, vosotros no sabéis nada de esto. Es más, durante el resto de vuestras vidas, vosotros jamás sabréis nada de esto.

Una vez que se hubieron retirado, caminando silenciosamente entre las sombras de la noche, el Velado cogió una rama del fuego y quemó su tienda. Luego, espada en mano, la emprendió contra el carro de guerra como un endemoniado, destruyendo sus ornamentos, haciendo añicos los adornos, astillando el soporte para la jabalina y rompiendo el carcaj. El magnífico Arco de Honor, su arma de caza favorita, fue también destrozado. Jabalinas y flechas fueron lanzadas a la arena. Despojado de su bastón, sus movimientos desgarrados se convertían en una amenaza con personalidad propia. No me invitó a imitarlo; actuó como un demente. Cuando terminó, se quedó inmóvil, con los brazos caídos, los ojos vidriosos y el pecho agitado por el esfuerzo. Cayó de rodillas y echó arena sobre su rostro. Luego, recogió su daga, se levantó tambaleándose y se lanzó hacia mí. Parecía que iba a tropezar. Me adelanté para ayudarlo, pero se movió con rapidez, alzó su brazo y el cuchillo me hirió en el brazo y en la muñeca izquierda. Me estremecí de dolor y me alejé, pero él continuó, arrancándome la túnica y haciéndola jirones. Hice ademán de resistir.

—Mahu, ¡piensa! Hemos sido atacados por los libios, los errantes del desierto.

Hizo vendas improvisadas para cubrir las heridas y luego se provocó heridas similares a sí mismo. A nuestro alrededor reinaban las tinieblas. En aquel lugar acechaban las fieras nocturnas con sus rugidos cada vez más próximos y el viento cortante enfriaba nuestro sudor, cubriéndonos con un polvo fino que hacía arder nuestros ojos. Me dolía todo el cuerpo. Las heridas del cuchillo afilado como una navaja me escocían como si me hubieran quemado con brasas encendidas. Una vez satisfecho, el Velado cogió otra rama del fuego y miró a su alrededor. Presentaba un raro aspecto, iluminado por las llamas danzantes, con su rostro alargado y su extraño cuerpo, pero sus ojos permanecían serenos. Cuando habló, su voz era suave como si estuviera hablando consigo mismo o rezando, no sé cuál de ambas cosas.

—Vamos, Mandril. Ya hemos terminado aquí.

Pusimos las bridas a los caballos. El Velado los acarició de modo tranquilizador. Las bestias podían oler la sangre y las formas oscuras de las alimañas de la noche aumentaban su nerviosismo. Subimos al carro de guerra y salimos de aquella hondonada llena de fantasmas, con los cascos al galope y las ruedas chirriando mientras huíamos, como aves de mal agüero bajo un cielo iluminado por las estrellas, para regresar a nuestra morada en el palacio de Malkata.

Snefru y los otros actuaban como si nada hubiera ocurrido. Naturalmente, la aparición del Velado sin sus guardias *kushitas* y nuestro estado y el del carro de guerra produjeron alboroto y alarma. Se enviaron mensajeros a palacio. Ayudé al Velado a llegar a sus aposentos, y también a desnudarse, lavarse y a ponerse ropas nuevas. Él hizo lo mismo por mí como si fuéramos dos niños desesperados por librarse de las consecuencias de nuestra travesura. Llegaron los médicos reales. Interrogaron a mi amo, buscaron escrupulosamente cualquier lesión que pudiera tener, y luego se ocuparon de mí. Ambos recitamos nuestros papeles y cantamos el mismo himno: habíamos ido al Desierto Oriental a cazar y habíamos caído en una emboscada de libios errantes del desierto. El Velado se mostró entristecido, igual que yo. Contó cómo su guardia *kushita* había luchado con valentía. A algunos los mataron, otros probablemente fueron capturados, y algunos, insinuó el Velado, incluso podrían haber desertado.

Por supuesto, nadie podía refutar nuestra versión. La Gran Reina Tiye, acompañada por el Príncipe de la Corona Tutmosis, llegaron de inmediato. Esta vez la reina venía con todo su hermoso esplendor, con suntuosas vestimentas, sandalias de oro con franjas de plata y un tocado adornado con joyas. El Príncipe de la Corona Tutmosis parecía más preocupado que su madre. Estaba pálido y algo más delgado que la última vez. Me ignoró y se ocupó sólo de su madre y su hermano. Al final de la reunión, la reina Tiye quiso verme a solas en la sala de audiencias. Tutmosis había sido enviado a vigilar la puerta. La reina interpretó su papel, con los ojos llenos de ansiedad, un poco nerviosa, solícita y dando gracias de que hubiéramos podido escapar, aunque pude darme cuenta por el brillo divertido de sus ojos que ella sabía lo que había ocurrido realmente.

—Estoy preocupada —alzó su voz con los ojos burlones—. Estoy preocupada por la seguridad de mi hijo.

—Excelencia —respondí mientras me arrodillaba ante ella—, ya me he ocupado de eso. He armado a algunos de los sirvientes *rinocerontes*. Muchos de ellos han hecho el servicio militar. Creo que vuestro hijo, mi señor, piensa que esa seguridad es suficiente.

Decíamos una cosa con nuestras bocas y otra con nuestros ojos. Tutmosis, sin embargo, no fue tan fácil de aplacar. Atravesó el salón dando zancadas, tosiendo entre sus manos. Cuando se detuvo ante mí, vi el trozo de lino que escondía furtivamente en la ancha manga, sostenido por una muñequera que se movía con cierta holgura.

—Madre, ¡hay que traer guardias del palacio!

—Sí y no —respondió Tiye—. Mi hijo está conmocionado. Pienso que es mejor que se sienta seguro, al menos por el momento.

Se fueron al poco tiempo. El Velado me llamó a sus aposentos. Estaba sentado sobre la cama con las piernas cruzadas y la vista dirigida a la ventana, mirando la puesta del sol.

—Toda la vida viene de él, Mahu. Él, que vive en todas las cosas y las sostiene a todas. Es Aquel que cuenta nuestros días y administra justicia. Soy su amado. —Me miró por encima de su hombro y se pasó un dedo por su larga nariz, con su labio inferior sobresaliendo—. Toda vida es sagrada, Mahu, sea un ave en una bandada o un pez en el río.

—¿Y los *kushitas* a los que hemos matado? —pregunté.

—Murieron porque sus vidas ya no eran sagradas. —Volvió a mirar por la ventana—. ¿Qué ocurrirá con nosotros, Mahu? Somos como niños perseguidos por sombras. Podemos volvernos, escondernos y pelear, pero la persecución siempre continúa. Mi padre enviará a otros soldados o un regalo, algún vino contaminado o comida envenenada. ¿Qué ocurrirá, Mahu?

Me arrodillé. Era la primera vez que el Velado me hacía realmente una pregunta. El tono de su voz revelaba que esta vez esperaba una respuesta. No sé qué me hizo responder de aquella forma, pero las palabras salieron de manera tumultuosa antes de que pudiera reflexionar sobre ellas.

*Él te ha ordenado a ti, su hijo, que aparezcas
rico y magnífico.*

Él se ha unido a tu belleza.

Él te entregará sus planes cotidianos.

Tú eres su hijo mayor que llegó a existir a través de él.

¡Gloria a ti, que eres magnífico en tus destrezas!

¡Has venido desde el horizonte del cielo!

Eres hermoso y joven como Atón.

Y continué apresuradamente:

—Os convertiréis en el Señor de las Dos Tierras, Poseedor de la Diadema, el que habla con la voz de la verdad, cuyo talón descansará sobre el cuello del Pueblo de los Nueve Arcos.

El Velado levantó sus manos. Miraba fijamente al sol poniente. Saltó luego de la cama y vino hacia mí. Mantuve la cabeza inclinada, observando aquellos extraños pies, con sus dedos alargados y tobillos huesudos. Se detuvo, me cogió la mano y me hizo ponerme de pie con su rostro sonriente, los ojos brillantes, llenos de vida. Puso sus manos sobre mis hombros y me miró como si me estuviera viendo por primera vez. Luego me abrazó. Pude sentir los huesos de su pecho de paloma, la fuerza de aquellos largos brazos. Pude oler el perfume de su piel.

—Bendito seas, Mahu —susurró—, último y primero entre los hombres. Ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre, que vive más allá del horizonte lejano y cuyos dedos han tocado tu corazón para que hables con la voz de la verdad. Bendito seas, Mahu, hijo de Seostris, amigo del faraón.

Me soltó y dio un paso atrás. Se acercó a una mesita, retiró la tela que cubría una jarra y llenó dos copas de vino, sirviéndome la mía como si yo fuera un sacerdote en un templo.

—¿Sabes qué has dicho? ¿Reconoces la verdad de mi respuesta?

Lo cierto era que no lo sabía. Al pensar en ello, me doy cuenta de que lo que me impulsó a decir aquello fue Tutmosis, pálido y de rostro flaco, con aquel paño manchado de sangre que había ocultado en su manga, y aquel enigmático joven desgarrado que podía cantar una canción a una mariposa y también matar como una pantera del sur. Bebimos el vino y el Velado, llevándome hacia él, susurró lo que yo debía hacer. A partir de aquella noche me convertí en el responsable de su bienestar y seguridad. Snefru, todavía nervioso después del asesinato en el desierto, fue designado capitán de su guardia.

A la mañana siguiente llegó un carro, obsequio de la reina Tiye. No se trataba de comida ni bebida, tampoco de valiosas vestimentas, sino de las mejores armas y armaduras de las armerías imperiales. Le encomendé dos tareas a Snefru: entrenar a sus hombres y reclutar a otros en los que se pudiera confiar, y que trajera más sirvientes del pueblo de los *rinocerontes*. El Velado intervino en esto. Entregó a cada uno de sus nuevos guardias un amuleto, un escarabajo con la imagen de Atón, el Sol en su Gloria, saliendo de entre los Dos Picos del Este. Los hizo arrodillar en el polvo del patio, para luego detenerse en cada uno, preguntando sus nombres con delicadeza, poniendo la insignia del cargo en sus manos y acariciando sus cabezas. Yo no fui tan amable, pero les dirigí unas palabras de las que Weni y el coronel Perra se habrían sentido orgullosos: su lealtad era para mí y para su Príncipe. Todos ellos eran los garantes de la fidelidad del grupo. La traición de uno era la traición de todos y el bienestar de su Príncipe era la gloria de todos. Después distribuí las armas, los faldellines de cuero, los escudos y las lanzas, organicé la lista de actividades, entrevisté a los nuevos reclutas, aceptando a algunos, rechazando a otros.

Los muros y las puertas de acceso al Pabellón del Silencio estuvieron a partir de ese momento fuertemente protegidos. Nadie entraba ni salía sin que yo lo supiera; incluso los sirvientes que iban al mercado eran vigilados cuidadosamente. La residencia del Velado tenía la apariencia de estar descuidada y desorganizada. El Príncipe, nuestro amo, pareció refugiarse en sus aposentos después de los horribles incidentes del Desierto Oriental. La verdad era muy diferente. La seguridad estaba perfectamente al día, la protección del príncipe era nuestra preocupación constante. Se controlaba rigurosamente la comida y el vino. Una joven criada que no pudo explicar por qué había abandonado el mercado en Tebas para visitar el templo de Isis desapareció silenciosamente. Al mismo tiempo, el príncipe abrió sus tesoros. A los

kushitas hasta entonces les había pagado la Casa de la Plata. Pero a partir de aquel momento cada uno de sus guardaespaldas era recompensado generosamente por aquél a quien servían. Por supuesto, el Padre de Dios, Hotep, llegó caminando a la residencia de mi amo y atravesó las puertas, acompañado por un grupo de sacerdotes y oficiales de la Banda Sagrada. Rápidamente reconocí las caras de Horemheb y Ramsés, oscurecidas por el sol, vestidos con sus armaduras de gala. Se movían con toda la fanfarronería y la arrogancia de los de su clase. Recibí a Hotep a la entrada del jardín del príncipe.

—Mi señor quiere pedirnos algo —susurré, haciendo una reverencia—. Solicita que quienes forman este cortejo —escuché murmullos de enojo entre algunos de los oficiales—, *quienes forman este cortejo* —repetí— permanezcan en este patio —hice un gesto señalando a mi alrededor—, donde hay sombra y donde enseguida se les ofrecerá comida y vino, o quizá debajo de los árboles más allá de los portones de entrada.

Hotep me sostuvo la mirada, estudiándome cuidadosamente con unos ojos brillantes y sardónicos.

—De modo que no deseas que mis acompañantes se muevan libremente por aquí.

—Excelencia —hice otra reverencia—, vos y los vuestros sois bienvenidos en este lugar. Sin embargo, debéis recordar que el príncipe ha perdido a toda su guardia... en aquel infame ataque en las Tierras Rojas orientales... —extendí las manos—. Mi amo no es un guerrero ni un soldado... —Mi voz salió entrecortada como si yo, también, estuviera nervioso. Hotep se volvió, abanicándose el rostro, y miró a su alrededor, observando a los guardias en cada entrada con sus lanzas preparadas y a los arqueros en sus puestos. Sonrió perezosamente y me palmeó el pecho.

—Horemheb tiene razón. Eres un mandril inteligente. —Se volvió a sus acompañantes—. Podéis permanecer aquí. Soy portador de mensajes del Divino.

Y se dirigió al jardín rozándome al pasar. Allí, en el pabellón, mi amo lo estaba esperando. Su escolta, algo incómoda, se dispersó. Algunos se dirigieron hacia las puertas de entrada y otros buscaron la sombra de los árboles. Horemheb y Ramsés, con sus collares de oro brillando al sol, permanecieron en su lugar, los dos solos, dándose golpecitos en las piernas con sus bastones de mando.

—¡Amigos míos! —Intercambié besos de paz con ellos.

Ramsés me pellizcó maliciosamente el brazo.

—Has trepado alto, Mandril —susurró antes de soltarme para que pudiera darle la mano a Horemheb. El cuerpo del gran soldado se había ensanchado y sus hombros y brazos se habían vuelto más musculosos. Me dio un fuerte apretón de manos mirándome con aquellos ojos oscuros en su rostro duro y granítico. Tanto él como Ramsés llevaban sus cabezas totalmente afeitadas. Horemheb tenía una cicatriz en la parte superior del pómulo derecho. Notó mi mirada y se la acarició.

—Una flecha libia. —Su boca sonrió, pero sus ojos no—. Mi hermano Ramsés y yo estuvimos en el Desierto Oriental persiguiendo a los miserables que atacaron a tu señor.

—Encontramos algunas jabalinas y flechas, y huesos blanqueándose al sol. —Horemheb entrecerró los ojos mirando al cielo—. Como ocurrirá con los míos si no vamos a la sombra y tomamos un poco de vino.

Los hice pasar a la casa, hacia las mesas que había hecho preparar en un espacio bajo una ventana que daba al jardín. Les serví vino blanco dulce y un plato de nueces glaseadas, bañadas con miel sobre tiras de pan seco. Comieron, haciendo chasquear ruidosamente los labios. Se enjuagaron los dedos en el cuenco de agua y se los secaron con un paño mientras miraban a su alrededor. Horemheb advirtió la presencia de los guardias en las sombras y sonrió.

—¿Son buenos, Mahu? —preguntó, moviendo la cabeza—. ¿Tan hábiles como los *kushitas*?

—Son leales y matarán. —Sonreí y brindé por él con mi copa.

Ramsés se rió y puso su mano sobre los labios.

—Soldados sin narices —se burló—, y escaso adiestramiento militar. ¿Los has entrenado tú, Mahu?

—Decidme —respondí, ignorando su pregunta—, ¿por qué luchan más los hombres? ¿Por dinero? ¿Saqueo? ¿Mujeres?

—Por la gloria —dijo bruscamente Horemheb—. La gloria de Tomery, el reino de Egipto.

—¿Y qué me dices de la propia gloria —volví a preguntar—, así como la de aquél a quien sirven?

La sonrisa se desvaneció de la cara de Horemheb.

—El Divino podría enviar un regimiento a este lugar —susurró— y terminar de inmediato con estos soldados de juguete.

—¿Atacar a su propio hijo? —repliqué—. ¿El amado de la reina Tiye? Amigos míos, os diré algo: hay momentos en la vida en los que uno elige. La vida, la fama y la fortuna dependen de esas elecciones.

—¿Qué estás diciendo? —refunfuñó Ramsés con su rostro afeado por la ira que lo dominaba.

—Somos los niños de la Kap —respondí—. No te estoy amenazando, ni estoy describiendo la forma como deben ser las cosas, sino tal como son. Le di un buen consejo a Sobeck y lo ignoró. Hice lo que pude por él. ¿No esperáis que haga lo mismo por vosotros?

Horemheb se limpió la boca con el dorso de la mano y se puso de pie. Ramsés lo siguió. Estaba a punto de alejarse cuando se volvió y me sonrió.

—Tengo dos nuevos enanos —dijo—. Nunca olvidé aquella noche, Mahu —su sonrisa se hizo más grande—, ni los horrores de la ciénaga de los cocodrilos. Tienes razón. Uno nunca sabe cuándo puede ser eliminado.

Él y Ramsés se dirigieron perezosamente a la puerta. Acababan de marcharse cuando apareció Hotep. Me hizo un gesto para que no me levantara y se sentó frente a mí.

—Bien, bien, bien. —En su rostro arrugado se dibujó una sonrisa, con los ojos atentos, como un halcón en su percha—. Ha habido unos cuantos cambios en este lugar, Mahu.

—Es importante que el príncipe se sienta seguro.

—Está bajo el cuidado del Divino. Todos descansamos a la sombra de sus manos.

—Por supuesto —respondí—. De todas maneras, la prudencia y la sabiduría son dones de los dioses.

Hotep tomó la copa de Horemheb y bebió unos sorbos.

—Dime otra vez qué ocurrió en las Tierras Rojas.

Lo hice. Hotep permaneció sentado, asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué ocurrió con Imri?

Le di una descripción de nuestro calamitoso viaje por el río.

—Un desafortunado accidente —concluí.

—¿Y todos los guardias al mando de Imri fueron asesinados en las Tierras Rojas?

—Eso parece.

—¿Y fueron allí de cacería?

—Fuimos a cazar —respondí, sosteniendo su mirada—. Gacelas y avestruces, cualquier cosa que se cruzara en nuestro camino.

—¿Pero no llevasteis los sabuesos *saluki*?

Escondí mi inquietud. Aquél era un error que habíamos pasado por alto.

Hotep dejó su copa.

—¿Por qué no los llevasteis? Son tan veloces como cualquier venado.

—Mi amo conoce mi aversión por esos perros —respondí tranquilamente—. Mi tía Isithia tenía uno llamado Seth. Mató a mi mono mascota... nunca lo olvidé.

—Ah sí, Isithia. —Hotep se rascó el cuello—. Tengo entendido que no la visitas.

—Ella nunca está lejos de mi corazón.

Hotep esbozó un breve sonrisa.

—Ella dijo que vuestros destinos estaban entrelazados.

Una escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Los destinos de quién, Excelencia?

Hotep bebió unos sorbos de su copa para ocultar su propia inquietud.

—¿Por qué fui enviado a la Kap? —pregunté repentinamente—. Mi padre era un soldado valiente, pero Tebas está llena de hijos de soldados valientes.

—Tu tía me lo pidió cuando la valentía de tu padre fue conocida por el Divino, pero eso forma parte del pasado, Mahu. —Hotep sonrió—. Los males de un día son suficientes y debemos mirar hacia el futuro. ¿Qué ocurrirá con tu Príncipe cuando su hermano acceda al trono?

—Que el faraón viva un millón años —respondí.

—Por supuesto —convino Hotep—, y que disfrute de mil jubileos. Pero no has contestado a mi pregunta. Tú has hablado de elecciones.

—¿Cuándo he hablado de elecciones?

Otra vez apareció la sonrisa torcida.

—¿No lo sabes, Mahu? Hasta la brisa puede llevar las palabras. Debes elegir. —Hotep extendió las manos—. ¿Qué camino vas a seguir? ¿A quién servirás realmente? En fin. —Sacudió algunas migas de su túnica y se levantó—. No quiero tu respuesta ahora, pero un día... —Sacó un abanico de la manga para refrescar su rostro—. Tú sabes dónde estoy. —Se giró para alejarse, pero volvió a mirarme—. Tu señor, ¿habla contigo?

—Tal como mi tía hablaba con su perro *saluki*.

Hotep me golpeó la cara con el abanico.

—¿Qué piensas de tu señor, Mahu?

—No pienso en él en absoluto, Excelencia. Medito muy a menudo, sobre cómo son las cosas y quizá cómo deberían ser. Recuerdo las palabras del poeta. Seguramente conocéis este verso: «Es más fácil odiar que amar. Es mejor amar que odiar». Pero, a veces, uno tiene que odiar para proteger lo que uno ama.

—¿Un acertijo? —Hotep retrocedió.

—La solución es fácil, Excelencia. Puedo tomar un ejemplo de la agricultura. Dicen que vos sois hijo de un agricultor, ¿no?

—¿Y bien?

—Según esté la viña plantada —respondí—, así crecerá.

—¿Estás hablando de ti mismo? —preguntó.

—No, Excelencia, estoy hablando de todos nosotros.

Me han preguntado dónde empezó todo realmente, cuándo me di cuenta de la verdadera causa. Me han pedido que hable con la voz de la verdad. Me resulta difícil. Es como un incendio en una casa. Uno huele el humo, uno ve indicios, pero no está seguro de dónde está el fuego. Eso es lo que ocurre con el que ahora llaman el Maldito, Akhenatón, el Grotesco, el Feo, el Velado, el Amado de Atón, el Señor de las Diademas.

Supongo que todo comenzó aquella noche, después de que Hotep se hubo marchado. Vinieron a buscarme cuando la oscuridad era más profunda, se deslizaron hacia mis aposentos, me amordazaron, me ataron de pies y manos y me envolvieron en una áspera manta. Luché y golpeé, pero me llevaron sin esfuerzo, moviéndose como sombras a lo largo del pasillo, escaleras abajo, para luego cruzar el patio. Una brisa fría atravesó la manta y enfrió mi sudor. Se abrió una puerta. Sentí olor a madera, a flores, a hierba aplastada; nuevas voces hablaron con rapidez, ásperas e ininteligibles. Estaban dando órdenes.

Fui arrojado dentro de un carro que comenzó a moverse; cada sacudida de sus ruedas se sentía como un golpe. Ahí los olores eran diferentes. Luego, los sonidos de la noche, el chillido de dolor de un animal, el graznido de un ave. La brisa se hizo más fría; escuché el ruido del agua. Me estaban subiendo a bordo de una barcaza. Mi terror aumentó. Las imágenes del enano *danga* arrastrado hacia los cocodrilos y de Imri luchando por su vida iban y venían. ¿Quiénes eran mis secuestradores? ¿El Velado había cambiado de idea? ¿Hotep había tomado las riendas? ¿O acaso el Magnífico, cansado de las intervenciones de su esposa, había enviado a sus asesinos?

Escuché el ruido de la barcaza al arrastrarse sobre el fango arenoso y traté de relajarme, tomando conciencia de las cuerdas que ataban mis muñecas y de la mordaza que apretaba mi boca. Luego, otro viaje en carro, con el mismo traqueteo de antes. Me deslicé hacia la parte de atrás. El carro debía de estar subiendo un desnivel, probablemente en el Desierto Occidental. El frío se hacía más intenso. Los ruidos de los depredadores de la noche resonaban de forma siniestra: un rugido que retorció el corazón, el grito de caza a todo pulmón de los leones, seguido por aullidos, gruñidos y ladridos de los que seguían a esta feroz manada de cazadores.

Por fin el carro se detuvo; me levantaron para sacarme. Retiraron las mantas y la mordaza y cortaron las cuerdas que ataban mis tobillos. Pude ver las hogueras y el cielo iluminado por las estrellas y sentir el ligero viento helado. Oscuras figuras se movían a mi alrededor. Luego me cubrieron la *cabeza con* un paño, encerrándome otra vez en la oscuridad. Mi respiración resonó durante una eternidad. Me obligaron a arrodillarme. Los guijarros afilados me cortaron las rodillas. Recibí un golpe punzante en la espalda.

—Bien, bien, Mahu, Mandril del Sur. Te hemos traído aquí, al desierto donde yacen los huesos de tantos hombres. Dime, Mahu, ¿qué ocurrió la noche en la que tu amo salió de caza?

—Ya lo he dicho —farfullé—. Fuimos atacados por los errantes del desierto, por habitantes de las arenas, ¡no sé! Se deslizaron abriéndose paso en las tinieblas. Tratamos de reunirnos alrededor del carro de guerra. A algunos los mataron, otros fueron rechazados.

Otra vez el punzante golpe en la espalda.

—¡Mentiras! —gritó la voz—. ¿Y qué más, Mahu? ¿La muerte de Imri, un cazador experimentado, un hombre que conocía el Nilo y sus peligros?

—¡Un accidente! —repliqué también gritando.

—Demasiados accidentes —murmuró la voz—. ¿Qué es lo que te dice tu amo, Mahu? ¿Conspira contra el Divino?

—Cuida su jardín —repliqué— y visita su Casa de las Pinturas. —Por un fantasmal momento la imagen de aquella mujer hermosa junto a la puerta a la luz de la antorcha regresó para atormentarme—. Hay personas que lo visitan —farfullé. Sentí un corte en el tobillo, un cuchillo me cortaba la piel. El corte fue tan súbito y el

cuchillo tan afilado, que la sangre salió a borbotones antes de que un latigazo de dolor se extendiera por mi pierna.

—Apenas hemos empezado, Mahu. Hemos derramado sangre, la dejaremos gotear, luego te ataremos los pies y te dejaremos aquí.

El interrogatorio continuó: sobre el destino de los *kushitas*, sobre la muerte de Imri, sobre lo que hacía mi amo, sobre quién lo visitaba. Las preguntas se sucedían a tal velocidad que no pude darme cuenta de quién me estaba interrogando. Pero no me importaba. Me temblaba el cuerpo. Mis piernas se estremecieron con un sudor frío. Por momentos caía dormido y tenía sueños o venían recuerdos del pasado. Weni tendido en aquel estanque, flotando boca abajo. Sobre su espalda, mi mono mascota, Bes. En los árboles, más allá, Sobeck y su amante enredados en un abrazo apasionado, los brazos y piernas de ella alrededor de él, con su pelo largo suelto, sin prestar atención a los cazadores que corrían hacia ellos. El Velado sentado sobre almohadones con sus ojos almendrados mirándome atentamente. La reina Tiye abofeteándome la cara, Isithia arrastrándome de la mano. Me arrojaron agua fría, me dieron otro golpe en la espalda y el interrogatorio continuó. Al final, me desplomé hacia un lado.

—¡Es suficiente! —gritó una voz.

Sacaron de mi cabeza la manta maloliente y cortaron las ligaduras de mis manos. Fui medio arrastrado hasta llegar a una crepitante hoguera. Me obligaron a beber de un odre de vino y me pusieron pan y un trozo tierno y delicioso de cordero en la mano. Comí y bebí.

—¡Mahu! ¿Mahu?

Levanté la cabeza. El Velado estaba sentado al otro lado del fuego, con la vestimenta rayada de los habitantes de la arena, con la capucha echada hacia atrás. A su lado estaba su madre, la reina Tiye, vestida de la misma manera, con el pelo cayéndole a cada lado de la cara sin pintar. Junto a ellos había un hombre que se mantenía en las sombras, haciendo imposible distinguir su cara, aunque pude ver una nariz afilada, ojos brillantes y bigote y barba tupidos. Miré a mi alrededor. Un círculo de hombres nos protegía con sus armas desnudas destellando a la luz del fuego: escudos, lanzas y espadas. Otros estaban armados con arcos cuyas flechas estaban ya listas para ser disparadas. Más allá había otra línea de hombres con antorchas con las que ahuyentaban a las fieras del desierto. Gemí y tomé un sorbo de vino.

—Tengo frío. —Me agarré el tobillo. La sangre había dejado de fluir, dejando una cicatriz abierta y dolorosa—. ¿Por qué todo esto? —protesté—. ¿Qué juego es éste?

—De vida o muerte —replicó la reina Tiye, elevando sus manos—. Hoy recibiste la visita del Padre de Dios, Hotep, emisario del Divino. Estuvo sentado contigo en la sala de audiencias, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Insistió para que reflexionaras sobre las elecciones, sobre senderos a seguir.

Asentí con la cabeza. El Velado permanecía sentado mirándome. A la luz del fuego su cara parecía más hermosa que grotesca, con los ojos delicados y acuosos y

los gruesos labios separados en una sonrisa.

—¿No confiáis en mí? —Pregunté—. ¿Es a esto a lo que hemos llegado?

—Teníamos que asegurarnos, Mahu.

—¿No he demostrado ya mi lealtad? ¿Qué otras pruebas se necesitan?

—No se trata del pasado —interrumpió Tiye—, sino del presente y del futuro.

Habló a sus acompañantes en una lengua que no comprendí. Éstos se retiraron. La reina Tiye me hizo un gesto para que me acercara. Se apartaron del fuego de modo que nos sentamos cara a cara. Tiye me instó a que comiera y bebiera, alcanzándome ella misma el odre de vino.

—Puedes dormir mañana, Mahu. Esta noche debes escuchar. Ya te he contado todo sobre el nacimiento de mi hijo, del dolor, de la manera en que fue secuestrado, retenido por los sacerdotes e insultado.

El Velado gruñó como si las palabras de su madre irritaran su memoria e hicieran hervir el odio que albergaba en su interior.

—Ignorado e insultado —continuó Tiye—. Lo que los sacerdotes también conocían, Mahu, eran los sueños que tuve mientras llevaba a mi hijo en mi vientre, mientras bailaba en mi útero. Sueños de grandeza, Mahu, de un faraón que se alzaría muy alto en el horizonte lejano. ¡Por supuesto yo estaba encantada! Hable de esto con mi esposo, el Divino, que compartió esta información con los sacerdotes. Ellos hicieron sus propios horóscopos y el faraón se preocupó. Los sacerdotes no compartieron mi alegría, sino que murmuraron del Maldito, un gobernante que impondría su justicia sobre los otros dioses de Egipto.

Medio ebrio, le devolví la mirada. Nunca me importaron los sueños ni los horóscopos. Mi tía Isithia me había curado de todo aquello.

—Tú no nos crees, ¿verdad, Mahu? —preguntó el Velado.

Recordé las palabras que le había dicho a Hotep.

—Creo en los efectos del amor y el odio. De un niño que queda solo y es maltratado.

El Velado se rió silenciosamente.

—¿Ésa es la razón de que me hayáis arrastrado al desierto?

—Mira a tu alrededor —indicó Tiye—. ¿Quiénes son estos hombres, Mahu?

—Asesinos despiadados —respondí—. Me duele todo el cuerpo. —Otra vez la suave risa—. Errantes del desierto, habitantes de las arenas —bostecé, frotándome los brazos.

—No, Mahu —sonrió la reina Tiye—. Son de mi pueblo.

Contuve la respiración. En la Kap había escuchado las historias y los rumores de cómo el Magnífico había sido cautivado por esta joven mujer de *Akhmin*. Cómo había roto con la costumbre impuesta desde tiempos inmemoriales de que el faraón siempre se casaba con una princesa extranjera. Tiye fue la excepción. Oh, cómo nos habíamos reído tontamente tapándonos la boca con las manos de su supuesta pericia y destreza en la cama. En aquel momento la risa me pareció amarga e indigna.

—Mi familia es de *Akhmin*, y pronto conocerás a otros de mi tribu.

El rostro de la Bella regresó.

—Pero por ahora —continuó Tiye— somos los *sheshnu*, los *apiru*, unas tribus que atravesaron el Sinaí desde Canaán hace muchos años, atraídos por la riqueza de Egipto, la tierra negra del Nilo, sus fértiles cultivos y el favor del faraón. Nos hemos integrado en Egipto. Bien —se encogió rápidamente de hombros—, por lo menos algunos de nosotros lo hemos hecho. Otros se alejan de las ciudades, cuidando de sus rebaños, sirviendo a su dios. Mi familia ha seguido otros caminos. Oh sí, Mahu, soy una sacerdotisa de Min. He danzado en su templo, ante su estatua, pero eso es sólo la apariencia, como hierba y arbustos llevados por el río. Las costumbres de Egipto son como una prenda de vestir que puedo ponerme o quitarme cuando lo deseo.

Yo continuaba sentado, impasible, sin pensar en mis molestias y dolores, ni en la herida del tobillo, ni en el viento frío o los ruidos escalofriantes de la noche.

—La palabra egipcia que significa «humanidad» es *remeth* —continuó Tiye—, que es la misma que significa «egipcio». Al principio, Mahu —se inclinó hacia delante—, egipcios, libios y *kushitas* eran un solo pueblo que servía al mismo dios omnipotente e invisible. Los egipcios lo llaman Atón, para mi pueblo es Elohim o Adonai, el Señor. Son nombres diferentes para el mismo ser. Vive igual que el aire que respiramos. Está en nosotros, obra a través de nosotros, es el sostén de toda vida y a la vez existe separadamente, amándolo todo, creándolo todo. Así era al principio. Desde entonces, la humanidad ha seguido su propio camino fabricando dioses para sí misma, haciéndolos a su propia imagen, cortando al dios único como si fuera una fruta. Un Dios de la Guerra, Montu; un Dios del Río, Hapi; un Dios de la Tierra, Geb; el Dios del Sol, Ra. —Hizo un gesto con la mano—. Mahu, ha llegado el momento de dejar de lado las tonterías infantiles.

—Mahu no es sacerdote —intervino el Velado—. No le preocupan demasiado los dioses, ¿no es así? —Lo miré sin pestañear—. Tú crees que yo venero a Atón —continuó—, y es cierto. Pero el glorioso Disco Solar es solamente el símbolo, la manifestación de mi Padre. Mi sueño, Mahu, es ser Akhenatón, el Esplendor de Atón. No es sólo un sueño, es mi destino.

—Otro dios entre muchos —argumenté como respuesta—. Incluso el Divino rinde homenaje a Atón.

—Ah, sí. —El Velado levantó una mano, como un maestro en una sala de estudio—. Veneramos a Atón y rendimos homenaje al resto de los dioses porque así es como tienen que ser las cosas, por lo menos durante un tiempo. —Inclinó la cabeza—. Sé lo que estás pensando, Mahu. —Su voz salió amortiguada, con la boca escondida detrás de los pliegues de la capa—. El templo de Amón-Ra tiene miles de sacerdotes. Sus Casas de la Plata están llenas de piedras preciosas, oro, plata, amatistas y jaspe. Los sacerdotes tienen campos y propiedades desde el Delta hasta más allá de la tercera catarata. Los templos tienen sus propios soldados, escuadrones de carros de guerra, escribas, un reino dentro de un reino, Mahu. Los sacerdotes determinan los rituales y

los calendarios del año. Dominan cada aspecto de la vida. Esto es verdad cuando se habla de los templos de Karnak y de Luxor. ¿Y qué decir de los demás... los de Anubis, de Isis y de Ptah en Menfis, la ciudad de las murallas blancas? —Hizo un gesto con la mano—. ¿Puedes imaginar, Mahu, lo que ocurriría si estos templos se unieran contra el poder del faraón? Piensa en la riqueza que esconden. Legiones de sacerdotes podrían alimentar al pueblo de sus graneros y almacenes y ofrecer sobornos. Piensa en la cantidad de personas a quienes pueden comprar. Deben ser detenidos. —Miró al cielo—. La noche toca a su fin —murmuró—. Se te ha ofrecido una mirada al futuro, Mahu, y ese futuro llegará. —Cogió su bastón y se levantó tambaleándose mientras ayudaba a su madre—. Ésa es la razón de que te hayamos traído al desierto, Mahu. Para estar seguros de ti, para que te unas a nosotros y así puedas participar en el sacrificio.

Me dejaron solo durante un tiempo. Había gente que iba y venía en la oscuridad. Trajeron más comida. Me quedé dormido, echado hacia delante. Me despertaron con una brusca sacudida. El cielo ya estaba más claro aunque el viento todavía era frío. Sobre un pequeño montículo no muy lejos, alcancé a ver un altar, armado toscamente con piedras amontonadas, rodeado, en aquel momento, por quienes me habían llevado hasta allí. La reina Tiye y el Velado estaban ya ante el altar, con sus rostros hacia el sol naciente. Mis guardianes me hicieron gestos para que me reuniera con ellos. Me abrieron paso entre el círculo de hombres y subí al montículo. Fue una experiencia extraña. Era diferente de cualquier santuario o atrio de templo que yo alguna vez hubiera visitado. No había columnas coloreadas ni frescos, sólo una colina de arena y guijarros al borde del desierto. El ara era una losa de piedra apoyada en unas rocas. En cada extremo ardían recipientes de incienso. En el medio había pan, vino y una aceitera, junto a un niño recién sacrificado, con su garganta cortada y la sangre ya coagulada alrededor de la herida abierta.

Uno de los *shemsou* empujó el cadáver al centro del altar. La reina Tiye echó incienso sobre él. El Velado tomó la aceitera y lo esparció generosamente, cubriendo toda la superficie. Acercaron una tea encendida. La reina Tiye la sostuvo. Ella y su hijo, con los ojos fijos en el horizonte lejano, esperaron a que el brillo rosado se volviera rojo encendido. La llama de la tea bailaba en el viento. Por primera vez en mi vida sentí que estaba en presencia no de algo sagrado, sino de algo misterioso, extraño. Aquellas dos personas de pie, inmóviles en medio de aquel cerco de hombres en silencio. El Disco Solar apareció con un rojo resplandor en el horizonte. Su luz se extendía sobre el desierto. Tiye bajó la llama y la ofrenda fue consumida en una gran hoguera, mientras el humo se elevaba hacia el cielo. El aire se enriqueció con el olor del incienso, el aceite y la carne ardiendo. Tan pronto como la ofrenda quedó envuelta por las llamas, Tiye comenzó a cantar un alegre himno de alabanza. Su hijo la acompañó y el estribillo fue repetido por todos los hombres. Una canción poderosa, que parecía seguir al humo y a las llamas mientras se elevaban hacia el cielo.

El sol ascendía con rapidez, haciendo que el aire frío se entibiara. La brisa, la respiración de Amón que soplabá desde el norte, desapareció en la luz y el calor del día. Sobre el altar improvisado el fuego empezó a extinguirse. El recipiente de incienso y lo que quedaba del aceite fueron volcados sobre él. Permanecimos allí hasta que no quedó otra cosa que restos carbonizados, ennegrecidos, y la magia y el misterio murieron con él. Estábamos en el borde del desierto, bajo el sol que se fortalecía, listos para enfrentarnos al aplastante calor del día. Me sentía exhausto. Tiye estaba en aquel momento dando órdenes. El altar fue desmontado, las piedras se lanzaron lejos, las hogueras se apagaron y, escoltados por nuestro séquito, cubiertos con capas y encapuchados, nos dirigimos a las fértiles tierras de pasto y de vuelta al otro lado del Nilo.

Una vez en casa, ni la reina ni mi señor mencionaron nada de nuestro viaje. Entramos en los terrenos del palacio por una puerta lateral. Nuestro séquito y los carros desaparecieron, dejando que la reina, el Velado y yo atravesáramos solos los jardines desiertos. Pasamos por los puestos de guardia. La soberana, provista del sello imperial, no fue detenida ni revisada, sino que se le rindió homenaje en todo momento. Cuando pasamos junto al recinto de la residencia, el lugar donde yo había sido criado, me detuve asombrado: las puertas había sido sacadas de sus goznes y las paredes habían sido abiertas para dejar entrar a los carros de los constructores. Montones de madera se levantaban junto a las piedras de mampostería y las herramientas de los albañiles. Éstos, con ojos somnolientos todavía, ya estaban reuniéndose. No había estado por allí desde hacía algún tiempo. Había escuchado vagos rumores de renovación y reconstrucción.

—¿Estás sorprendido, Mahu? —El Velado se quitó su túnica rayada, colocándola sobre el brazo. Estaba allí, como un perro de caza olfateando la brisa—. Todo cambia, Mahu. Esto va a ser una nueva residencia para mí y mi prometida.

—¿Os vais a casar, señor?

—La novia ya ha sido elegida. Mi prima Nefertiti.

—¡La Bella! —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera morderme la lengua.

—Sí, así es. —El Velado me miró fijamente con la cabeza inclinada—. Eso es lo que su nombre significa: la Bella ha Llegado. ¿Cómo lo sabías?

—Pude verla una vez.

—Imposible. —Agitó la cabeza—. Pero no olvidemos que Mahu es el mandril que se esconde entre los árboles. Mi prima Nefertiti es la hija del hermano de mi madre. —Agarró mi mano—. Pronto la conocerás.

El ruido que venía desde más allá de las paredes crecía: los gritos de los albañiles, el chirriar de la madera, el ruido de sogas y poleas. Tiye nos miraba de manera extraña.

—No sabes nada de ella, ¿verdad, Mahu? —preguntó ella, acercándose y echando hacia atrás su capucha. Advertí otra vez que no llevaba ningún adorno, ni una piedra

preciosa en sus dedos, en las orejas o en el cuello. Igual que su hijo, como si tuvieran que entrar a la presencia de su dios purificados, llevando la ropa más simple—. El Divino quería un matrimonio con una princesa *mitanni* —Tiye sonrió irónicamente—. Pero lo convencí para que no lo hiciera.

Ella estaba a punto de continuar cuando escuché el ruido de pies veloces y Snefru, sin aliento y ojos desorbitados, apareció corriendo por el sendero. Cayó de rodillas tratando de recuperar el aire y tocó el suelo con la frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Velado con brusquedad.

—¡Mi señor!

—Levántate, hombre.

Snefru volvió a ponerse de pie, secándose el sudor de su cara desfigurada.

—Una compañía de arqueros —pudo decir—. La Fortaleza de Khonsu ya ha acampado —hizo gestos con las manos— no muy lejos de nuestro pabellón.

—¿Soldados? —murmuró el Velado volviéndose hacia su madre—. ¡El Divino ha enviado soldados!

—Su oficial —jadeó Snefru— afirma que están aquí para protegeros contra cualquier nuevo accidente o percance.

El rostro del Velado reveló su furia. Tiye lo agarró del brazo.

—Déjalo. Déjalo por el momento —murmuró—. Seamos como los árboles —sonrió—. Sí, seamos como árboles e inclinémonos ante el viento.

Mi amo despidió a Snefru. Me llevó a mí y a su madre a un claro bañado por el sol.

—¿Quién dice la gente que soy yo, Mahu?

—Sois el príncipe Amenhotep —contesté tartamudeando.

Levantó su mano para abofetearme, pero la dejó caer.

—¿Pero qué es lo que dicen los hombres que soy, Mahu? ¿Qué dicen riéndose con disimulo y tapándose con las manos?

—¿El Grotesco? ¿El Feo? ¿El Velado?

Mi amo asintió con la cabeza.

—Has hablado con la voz de la verdad y yo haré lo mismo. Te diré cuál es mi verdadero nombre. Te lo revelaré a ti como he hecho con aquellos que están cerca de mí. —Miró a través de los árboles, al sol—. Yo soy «Aquel-Que-Es-Agradable-a-Atón», mi verdadero Padre, que conoce mi nombre. En el momento señalado lo revelaré a otros, pero ahora lo hago contigo, Mahu. Soy aquel que agrada a Atón. Mi nombre es Akhenatón.

Espíritu diabólico

*El jeroglífico que significa «fragancia»,
—idt / edib— es una mano que gotea perfume,
y una rebanada de pan.*

Capítulo 8

*Tu amor, amada mujer, es tan sagrado para mí como
el dulce y oleoso bálsamo
lo es para las cansadas piernas.*

*Tu amor, amada mujer, es tan vital para mí como la sombra
de un árbol fresco en el calor ardiente del mediodía.*

*Tu amor, amada mujer, es tan seductor para mí como el fuego
en el viento helado de la noche.*

*Tu amor, amada mujer, es tanpreciado para mí como
el manantial que fluye para mi garganta sedienta.*

*Tu amor, amada mujer, es tan delicioso para mí como
el tierno y dulce pan*

¡Eso dijo el poeta y eso pensó Mahu al conocer a Nefertiti! Ella, la de Corazón Puro y Manos Puras, Amada por los de su Carne, Esposa del Gran Rey a quien él quiere sobre todas las demás. ¡Señora de las Dos Tierras, Señora de la Diadema, Portadora de las Dos Plumas, Señora de la Casa! ¡Que Nefertiti viva para siempre! ¡Amada del Gran Alto Disco Solar que vive en un eterno jubileo!

Todavía le canto alabanzas. Sólo pensar en Nefertiti hace que mi corazón baile en su propia cámara oscura. El más leve vestigio de su perfume es como el sonido del agua que fluye en un desierto seco como la piedra. Ella es la tibieza en la noche más fría, aquella muchacha de grandes ojos cuyo recuerdo atraviesa los años tan claramente como el canto de una golondrina en una tranquila mañana de primavera. El contacto con Nefertiti sigue todavía conmigo; su sonrisa entibia mi alma y hace volar mis recuerdos como aves que salen de la espesura. Viene a mí sobre las alas de un águila en medio de la noche, envuelta en las tormentas, Nefertiti, mi perla más valiosa. Mi reina bruja con su rostro de deslumbrante belleza. ¡Nefertiti, la bella mujer que ha llegado!

Nefertiti llegó durante la estación calurosa en el trigésimo tercer año del reinado del Magnífico. Ella y su séquito entraron en el patio para ser recibidos por Akhenatón, su madre, el Padre de Dios, Hotep, y yo mismo, de pie detrás de ellos. ¡Ah!, ¿cómo la describiré? ¿Cómo describir el sol? ¿O el viento fresco del norte? ¿O la belleza de un millón de flores deslumbrantes? Oh, por supuesto, lo intentaré. Era de estatura media e iba ataviada con vestimentas bordadas. Brillaba y deslumbraba cubierta de joyas: un par de brazaletes de cobre y oro engastados con turquesas,

cornalinas y lapislázuli se sostenían a sus muñecas con un broche de oro. De su delicado cuello colgaba un medallón. Estaba hecho con cuentas de turquesa, lapislázuli y cornalina, incrustadas en una especie de jaula de oro que llevaba en el centro un amuleto con la inscripción: «Todo vida y protección». Contra su exquisito pecho se apoyaba un pectoral de halcón mostrando el disco del sol. Estaba engarzado con preciosas piedras de vidrio azul. Sus ajorcas de amatistas y oro emitían destellos sobre las sandalias de plata con correas de oro puro. Su figura era sumamente grácil, largas piernas, cintura estrecha; la parte delantera de su túnica blanca estaba recogida y estirada hacia atrás insinuando sus pechos blancos y generosos y su elegante cuello. La gente me ha pedido que describa su rostro. ¡Perfección en todo sentido! Ovalado, con pómulos altos, pequeña nariz estrecha sobre labios rojos y carnosos. Su piel era como oro en polvo enmarcada por un cabello rojo oscuro que caía en cascada sobre sus hombros. ¡Y, finalmente, aquellos ojos! De color azul oscuro, inquietantemente hermosos bajo sus gruesos párpados pintados. Sin embargo, la belleza de Nefertiti iba más allá. Era también la manera en que caminaba, lánguida pero resuelta, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y una mirada arrogante que contrastaba con sus sonrientes labios y sus brillantes ojos.

Aquel día, Nefertiti vino, se detuvo ante Akhenatón y cruzó sus brazos, tímida aunque seductora, con sus dedos encantadores desplegados sobre los hombros. Inclino la cabeza. Y, mientras lo hacía, le hizo un guiño a Akhenatón, y, con voz suave pero firme, pronunció las palabras formales de saludo. Akhenatón cogió sus manos. Desde donde yo estaba pude percibir la sensación de alegría que recorría todo su ser. Respondió formalmente, sus rostros se encontraron y luego se separaron. Después de esto, fuimos en procesión a la sala de audiencias, donde se sentían los olores de la cocina y el aroma de las vasijas con perfume y de las innumerables cestas con flores de dulce aroma. Finalmente me presentaron. No hice ninguna reverencia. Sólo permanecí allí mirando fijamente a aquella mujer a quien había amado a primera vista e iba a amar hasta mi último suspiro. Akhenatón tosió. Nefertiti sonrió, con una ceja ligeramente levantada y la punta de su lengua entre aquellos deliciosos labios. Se rió, se acercó y sus manos tocaron mis brazos mientras aquellos ojos azules deslumbrantes bailaban traviesos.

—Tú eres Mahu. —Habló como si fuera un amigo íntimo, un hermano—. Eres Mahu —repitió—, el amigo de la infancia del príncipe. Deseaba conocerte. —Hizo una pausa y miró con falso enojo a Akhenatón—. Eres más apuesto de lo que dijeron —añadió con picardía.

Hice una reverencia. Retiró su mano; las puntas de sus dedos acariciaron mi piel.

Nos condujeron a nuestros asientos. Hotep y Tiye se sentaron en un extremo de la pequeña mesa, Akhenatón y Nefertiti en el otro. Yo me senté frente a la otra persona que iba a desempeñar un papel muy importante en mi vida, aunque, para ser sincero, al principio apenas si vi su rostro risueño. Mi corazón seguía cantando, mi sangre seguía conmocionada, estaba en los Campos de los Bienaventurados. Ah, sí, por

supuesto, Nefertiti era la prometida de Akhenatón. Se iba a convertir en la Nebet Per, la señora de la casa, en la Ankhet Ennuit, su mujer por matrimonio, en la Hebsut, su esposa. Pero todo eso no me importaba. Era tan hermosa. ¿A quién le importaba cuántos pudieran mirarla, tocarla, poseerla, siempre que yo también pudiera hacerlo?

Se sirvió la comida, se llenaron las copas. Bebí y comí distraídamente, casi sin darme cuenta de la carne cortada en dados y mezclada con arroz y nueces, de la coliflor con anchoas, del pescado con limón, del cordero y la ternera en sus sabrosas salsas. Nefertiti era mi comida y mi bebida. La estudié con el rabillo del ojo. Sus humores eran tan cambiantes como la luna, tímida pero coqueta. Coqueteó descaradamente con Akhenatón, haciendo aletear sus pestañas, rozándole las manos con las suyas, tocándolo y molestándolo por debajo de la mesa. Por momentos dejaba de hablar con él y se dirigía a los sirvientes. Ignoraba las deformaciones de los *rinocerontes* y les hablaba de manera agradable, preguntándoles sus nombres y cuánto tiempo llevaban allí. Snefru, que actuaba como mayordomo, fue especialmente distinguido y elogiado. En aquellas primeras horas, Nefertiti cautivó a todos con su encanto y su delicadeza. Finalmente, tuve que apartar mis ojos de ella. Su mirada se encontraría con la mía, la sonrisa se desvanecería, sus ojos se volverían más curiosos, como si estuviera pesándome en la balanza, como la diosa Maat, indagando para obtener la verdad. Entonces Ay, sentado frente a mí, hizo sentir su presencia.

Ay, el padre de Nefertiti, era apuesto y peligroso como una pantera. Un hombre de treinta y tantos años que se había apoderado de la copa de la vida y estaba dispuesto a bebería hasta el fondo. Su cara era agradable, con un cuerpo fuerte y musculoso, todo un soldado profesional. Llevaba una peluca corta, aceitada y perfumada sobre su pelo rojizo. Aquellos ojos agudos que todo lo observaban estaban excesivamente marcados con *kohl* y su atractivo rostro, de altas mejillas, delicadamente pintado. Pude ver el parecido entre padre e hija, aunque Ay poseía una obvia sagacidad, cuidadosamente escondida bajo movimientos afeminados, modales exquisitos y discurso delicado. Tenía ojos inteligentes, una boca risueña, mejillas suaves y una lengua más suave todavía. Incluso entonces, fascinado como estaba yo por Nefertiti, reconocí en él a un hombre peligroso, que se regocijaba y disfrutaba tanto de su propio talento como de su bella hija.

Ah sí, era un placer mirar a Ay, y un terror estar con él. Desde el principio fue así. Aquel hombre era una mangosta, de corazón astuto e inteligencia muy aguda. Iba ataviado con vestimentas bordadas, anillos de plata en sus dedos y un collar de oro alrededor del cuello. Casi no comió ni bebió pues estaba muy ocupado en estudiarme. Cuando advertí su presencia, sonrió de manera juvenil y extendió su mano por encima de la mesa. La agarré. Luego me condujo delicadamente a una conversación sobre la caza a lo largo del río, sobre el precio del trigo y los detalles de su propio viaje por el Nilo. Al final de la comida, Hotep y la reina Tiye se retiraron, al igual que Akhenatón y Nefertiti, cogidos de la mano, susurrando palabras de cariño entre ellos.

Los observé alejarse. Era un raro contraste. Akhenatón con su cuerpo poco atractivo, su rostro extraño, sus movimientos torpes y el golpeteo de su bastón; Nefertiti casi deslizándose junto a él. Sin embargo, la diferencia no era tan grande. Se complementaban mutuamente: Akhenatón con sus rasgos afilados y perturbadores junto a la belleza deslumbrante de su compañera. Parecía que no eran simplemente un hombre y una mujer, sino que se habían fusionado para convertirse en una sola carne, un solo ser.

Cuando se fueron, sentí como si la luz del sol hubiera abandonado la estancia. Durante un rato permanecí sentado, balanceando tristemente mi copa de vino. Ay arrancó una uva y tosió. Levanté la vista. Los sirvientes se habían retirado. Sólo Snefru cuidaba la puerta.

—¿Estás fascinado con mi hija?

—Cualquier hombre lo estaría.

Ay sonrió; tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera cansado y hubiera bebido en exceso. Dio comienzo a una desganada conversación pero, a medida que hablaba, me fui dando cuenta de lo astuto que era. Oh, sí, claro que mencionó los chismes de la corte, una vez más el tiempo y los cultivos. También usaba esos temas para hacer notar todo lo que sabía, así como para deslizar detalles de su propia vida: sus dos matrimonios, su carrera como escriba, su actuación bélica como comandante de un escuadrón de carros de guerra. En cualquier otra situación habría sido un pesado. No dejó de llenar mi copa de vino, mientras me observaba atentamente.

—La vida cambia, Mahu. —Dejó la jarra de vino y sus manos desaparecieron bajo la mesa en un movimiento deliberado. Si se hubiera tratado de cualquier otro hombre, habría sospechado que buscaba un cuchillo. Luego mostró su mano derecha —. Soy tu amigo, Mahu. Te he observado. Lo sé todo sobre ti. Estoy de tu parte.

Esta vez el ofrecimiento de la mano fue más formal. Estiró los dedos para mostrar un amuleto de ámbar y jaspe con el retrato de Atón en la palma de su mano.

—Soy tu amigo, Mahu, tu aliado.

—Bajo el sol —respondí— no hay ninguna fidelidad duradera, ni la de un hermano, ni la de un amigo. ¿Acaso los sabios no nos dicen que ni siquiera pongamos nuestra fe en el faraón ni nuestra confianza en los carros de guerra de Egipto?

—Pero un verdadero amigo es una poderosa protección —replicó—. Es peligroso caminar solo bajo el sol.

Acepté la mano. Ay agarró mis dedos y los apretó con fuerza, para luego soltarlos, dejando el amuleto en la palma.

—Ven —vació su copa—. Ya hemos comido y bebido demasiado.

Abandonamos la sala de audiencias del brazo, como si fuéramos hermanos de sangre o padre e hijo. Ay no dejaba de hablar gesticulando con los dedos, diciendo lo contento que estaba de poder ver las maravillas del palacio de Malkata. Comentó que él, su familia y su séquito iban a mudarse al recinto de la residencia. Una vez que atravesamos la puerta y estuvimos en el olivar abandonó aquel tono fingido. Me

cogió del brazo y me hizo preguntas agudas y breves. De dónde venía yo, cómo fueron mis años en la Kap, qué experiencia tenía de la guerra, cómo fue la campaña contra los *kushitas*, mi amistad con Sobeck. Hizo todas aquellas preguntas aunque parecía conocer ya las respuestas. Exasperado, me detuve. Quería regresar a la casa y alegrar mis ojos con Nefertiti.

—Has dicho que lo sabías todo sobre mí. —Lo miré de frente. Era de la misma altura que yo. Chasqueó la lengua y torció la cara hacia otro lado.

—Quería oírte hablar, Mahu. Sí, lo sé todo... y más. Conocí a tu madre. —Sonrió ante mi asombro—. Era hermosa. ¿Sabías que era una pariente lejana?

Sacudí la cabeza sin salir de mi asombro.

—Oh, sí —hizo ese ademán afectado otra vez—, primos en tercer o cuarto grado. No me acuerdo bien ahora. Sea como fuere, tu madre provenía del pueblo de *Akhmin*. —Su gran sonrisa se agrandó más y me golpeó juguetonamente en el hombro—. De modo que es bueno conocerte, pariente.

—Jamás lo supe.

—Por supuesto que no lo sabías. —Se limpió la boca con la lengua—. Tu padre estaba locamente enamorado de ella. Una pareja feliz. —Miró por encima de mi hombro como si observara algo detrás de mí—. La tía Isithia, sin embargo... —Sonrió sombríamente—. Ella era diferente, ¿verdad? La hermanastra de tu padre. Un personaje amargo, Isithia. De lengua torcida y de alma no menos torcida. ¿Sabías que había estado casada dos veces? —Ay disfrutaba con mi asombro—. Oh sí, también con un joven sacerdote al servicio de Amón-Ra en Luxor. Murió de una fiebre, o eso es lo que dicen. Algunas personas murmuraron que había recibido alguna ayuda para cruzar al otro lado del Horizonte Lejano.

—¿Tía Isithia?

—En su tiempo fue una muchacha del templo y algo más. Tuvo escarceos con la magia negra, se volvió hábil con pociones y venenos. Algunos decían que era una bruja; otros, que era una nigromante que hacía horóscopos.

Caminó a mi alrededor, como si tratara de asegurarse de que nadie se ocultaba entre los árboles, que ningún espía escuchaba escondido. Se detuvo a mi lado, apenas a unos centímetros de mi oreja.

—Cuando nació el príncipe, los sacerdotes de Amón-Ra acudieron a la tía Isithia y le pidieron que hiciera un horóscopo, que recorriera el velo del tiempo y mirara hacia el futuro.

Mi corazón se detuvo lo que dura un latido. El contacto de Ay sobre mi hombro era frío, su voz áspera pero fuerte, como si hablara a través de los años provocando pesadillas en mi alma adulta.

—Así que ya ves, Mahu —era como si estuviera leyendo mi mente—, no existen los accidentes. No ingresaste en la Kap gracias a tu padre, sino a tu tía. En sus tiempos de juventud ella fue hermosa y ofreció sus servicios como viuda a otros

sacerdotes. Dicen que incluso tenía una cura para la impotencia. Era una dama rigurosa.

Recordé aquellos gritos en la noche, aquellas misteriosas visitas encapuchadas.

—¿Hizo Isithia el horóscopo para el príncipe?

—Por supuesto. —Ay mantuvo la boca cerca de mi oreja—. Predijo que el príncipe haría justicia y juzgaría a los otros dioses de Egipto. Si los sacerdotes hubieran podido salirse con la suya, el príncipe habría sido ahogado en el parto. El Magnífico casi estuvo de acuerdo, si no hubiera sido por mi hermana Tiye y la protección de Aquel que ve y escucha todo lo que es hecho en secreto.

—¿E hizo también mi horóscopo?

—Sí. Tú naciste más o menos al mismo tiempo que él. ¿Sabes cómo se hace? El horóscopo de un plebeyo contra uno de un príncipe. Los sacerdotes lo exigieron. Quedaron asombrados cuando Isithia declaró que tu vida y la del príncipe recién nacido... el Grotesco —pronunció el nombre lentamente— estaban ligadas de manera inseparable.

—¿Y exigieron mi muerte? —Sentí que súbitamente la sangre me subía a la cara.

—Por supuesto —susurró Ay—, pero el Magnífico se mostró reticente. Tu padre era un gran soldado y la reina Tiye... bueno... —Se rió con disimulo—. Los sacerdotes podrían haber influido en la oreja del faraón, pero ella tenía acceso... ¿cómo podría decirlo?... a otras partes de su cuerpo. Siempre estuviste destinado a la Kap, Mahu. Te trajeron aquí, te observaron y luego permitieron que sirvieras al Grotesco. El Magnífico está fascinado. Desea ver si la predicción del horóscopo se cumple, si tu tía habló con la voz de la verdad. —Me dio un golpecito en el hombro y se plantó directamente delante de mí—. El Magnífico permitió que ambos vivierais, pero a tu tía, bajo pena de muerte, se le prohibió hacer nunca más un horóscopo. Tú eras demasiado pequeño como para recordar esto: fue llevada en plena noche por los hombres de la Casa de los Secretos. La retuvieron en una cámara contaminada junto a los cadáveres de animales sacrificados. —Se restregó los ojos—. Oh, debió de estar allí seis o siete días sólo con pan duro y agua salobre. Un agujero hediondo, una advertencia para ella. Un anticipo de lo que podría ocurrir si alguna vez llegaba a desvelar el decreto del Divino.

—¿Las moscas? —susurré—. Tía Isithia odió siempre las moscas.

—Tú también las odiarías —se rió Ay— si hubieras estado encerrado en un hoyo con enjambres de moscas moviéndose sobre tu piel.

—¿De modo que todo estaba previsto?

Advirtió el sarcasmo en mi voz.

—Pero nosotros no creemos en eso, ¿verdad, Mahu?

Sacudí la cabeza. Me cogió las manos, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Me gustas, Mahu. Así que dime la verdad.

—No creo que tía Isithia pueda ver el futuro —respondí.

—¿Pero? —Ay me soltó las manos.

—Tía Isithia estuvo casada primero con un soldado, luego con un sacerdote de Amón-Ra —expliqué—. Como viuda, sirvió a otros sacerdotes que vinieron a beber de su copa de placer. Desde el momento...

—Desde el momento en que Akhenatón nació —Ay terminó la oración.

—Desde el momento en que Akhenatón nació —continué—, los sacerdotes estuvieron en su contra. Lo vieron como una maldición de Dios, sin gracia en el rostro ni belleza en la figura. ¿No es así como lo dicen? ¿Cómo podría semejante príncipe ser presentado al pueblo y representar la gloria de Egipto? ¿Cómo podría, con su cara fea y cuerpo deforme, entrar en el sanctasanctorum para hacer los sacrificios? Deseaban su muerte y tía Isithia sólo obedeció sus deseos.

—Muy bien —asintió Ay—. ¿Y tú, Mahu?

—Mi madre murió al dar a luz. Isithia la odiaba. Mi padre era un soldado, a menudo ausente cumpliendo con sus deberes militares. Tía Isithia se vio obligada a ocuparse de un niño que no deseaba. Quería verme muerto, pero trató de pasar la responsabilidad a otros. Sembró las semillas. —Me encogí de hombros—. Y todos conocemos la cosecha. Akhenatón estaba maldito y yo debo vivir con esa maldición. Así pues, cuando mi padre murió, el Divino se sintió culpable. Recordó el oráculo y yo ingresé en la Kap.

Ay se echó hacia atrás y aplaudió con sus manos sin hacer ruido.

—Muy inteligente, Mahu.

—No había ningún oráculo —afirmé. Me volví, carraspeé y escupí—. Sólo una mujer perversa y sus cómplices. Ésa es la razón por la que fue arrestada, ¿no?, y enviada a las Cadenas, a la Casa de los Secretos. El Divino quería asegurarse de que hablaba con la voz de la verdad. —Me reí repentinamente—. Por supuesto, en aquel momento tía Isithia pudo ver el futuro. Si confesaba que había mentido, se habría quedado en aquel agujero, sea lo que fuere lo que los carceleros le prometieran. Para ella lo mejor era mantener su historia y que fuera lo que Dios quisiera.

—Y así, mi querido Mahu, es como comienzan las leyendas.

—Pero ¿tú crees —pregunté— que Akhenatón hará justicia y juzgará a los otros dioses de Egipto?

Ay se agachó, recogió un higo que se estaba pudriendo en el suelo y lo aplastó entre sus dedos.

—Esto es todo lo que siento sobre los dioses de Egipto, Mahu. Lo único en lo que yo creo —me miró fijamente, con un rayo de fanatismo en sus ojos— es en la gloria de Egipto, en el poder y la majestad del faraón. En el rugir y la carga de sus carros de guerra y el avance de sus regimientos. —Hizo un gesto con la mano—. Pero en Tebas, en Menfis, en todas las grandes ciudades del Nilo, Egipto da refugio a una víbora en su pecho: el poder de los sacerdotes. El poder de los templos, su riqueza y su hambre de mayores riquezas. —Se acercó aún más—. La verdadera amenaza para Egipto no está en los bárbaros que invaden nuestras fronteras ni en los errantes libios del desierto, celosos de nuestras ciudades, deseosos de apoderarse de nuestro oro. El

peligro está en el enemigo interior, Mahu. Debe ser controlado. —Extendió las manos—. Observa al Divino —susurró—, al Glorioso. ¿Cómo pasa su tiempo, Mahu? ¡Construyendo más templos y glorificando a los sacerdotes! Ha dejado al león furioso en la puerta, y cree que arrojándole carne satisfará su hambre. —Sacudió la cabeza—. Al león hay que ahuyentarlo o matarlo. La política, Mahu —mostró una amplia sonrisa—, eso es en lo que creo. La política es mi religión. La religión es mi política. ¿Y qué es la política sino la búsqueda de gloria y poder para nuestra casa y el reino de Egipto? —Se frotó las manos—. Ahora bien, te estarás preguntando por qué te he hablado con tanta franqueza, tan abiertamente. Pues porque, Mahu, tú y yo somos almas gemelas. Yo te necesito y tú me necesitas. Además, ¿adónde puedes ir? ¿A los sacerdotes de Amón-Ra? ¿Al Divino? ¿Al Padre de Dios, Hotep? Sencillamente te torturarían para conocer todo lo que sabes y luego te enterrarían en las arenas calientes. Se olvidarían de ti incluso antes de que el polvo comenzara a llenar tu boca y su nariz. Tú estás con nosotros, Mahu, porque quieres estar, pero, y es lo más importante, porque tienes que estar. —Me cogió del hombro—. Ahora, dime... estos soldados que están acampados alrededor de la casa de nuestro amo, ¿están allí para espiar, para proteger, o para ambas cosas?

Conversando como dos amigos de toda la vida, continuamos nuestra caminata a través del soleado huerto y de la intrincada y sangrienta política de la corte imperial.

Es sorprendente cómo la gente puede trazar una línea bajo ciertos acontecimientos, para luego mirar hacia atrás y decir: «Ahí fue cuando ocurrió, ahí fue cuando se produjo el cambio». A veces es una tarea fácil: el punto crucial está marcado por la muerte de un gobernante o de un pariente. Otras veces el cambio es tan gradual que sólo al pensar en ello después, uno se da cuenta de que las cosas nunca volvieron a ser iguales desde entonces. La llegada de Nefertiti y su séquito significó un cambio de este tipo. Imperceptible al principio, su influencia creció como la hiedra, cada vez más alta y más apretada, extendiendo sus raíces.

Después de nuestra pequeña charla, Ay se convirtió en un firme aliado, un consejero delicado pero enérgico. Era al menos quince veranos mayor que yo, pero a veces tenía la sensación de que lo conocía como si hubiéramos estado juntos en la Kap. A Nefertiti, por supuesto, la consideré siempre como un sueño que vivió en mi alma desde el momento en que fue concebido; la reconocí y la amé inmediatamente. Acepté a todos los de su séquito sólo por ella. El principal de ellos era el hermanastro de Ay, Nakhtimin. Había renunciado a la jefatura de un regimiento para reunirse con sus parientes en el Malkata. Un hombre esbelto y severo, de pocas palabras, que actuaba como chambelán y mayordomo principal de Ay, siempre en segundo plano y ocupándose de las cosas pequeñas de la vida. Estaba a cargo, en especial, de Snefru y de la guardia personal de Akhenatón. A pesar de la diferencia de jerarquía, él y Snefru se hicieron amigos. Nakhtimin convirtió a aquéllos a quienes Horemheb había desdeñosamente llamado «soldados de juguete» en una fuerza profesional de combate. Él, Snefru y yo a menudo salíamos al desierto a reclutar a hombres

similares que ya hubieran perdido sus almas o estuvieran dispuestos a venderlas. Éramos como un muro alrededor de un jardín. Akhenatón estaba en medio de ese jardín y florecía como si un fuego ardiera en su alma. Por supuesto, en unas pocas semanas él y Nefertiti se casaron. A la sencilla ceremonia siguió un banquete suntuoso, supervisado por Ay y con la presencia de Tiye, el Príncipe de la Corona Tutmosis, Nakhtimin y yo mismo. Les di mis regalos, una vasija de alabastro con el más costoso perfume de Kiphye para Nefertiti y un espléndido arco de honor para mi amo.

Cuando Nefertiti pasó a vivir en la residencia de Akhenatón, sentí una punzada de celos, aunque éstos fueron pronto aliviados por su misma presencia, por mi cercanía a ella. Ella y Akhenatón estaban absortos el uno en el otro, viviendo en un paraíso que ellos mismos habían creado. Akhenatón perdió su energía irritable, aquel deseo de venganza ocasional, y se volvió más calmado, más armonioso. Los cambios físicos eran igualmente perceptibles; las líneas de tensión en la frente y mejillas desaparecieron. Nefertiti también le enseñó a moverse con más facilidad, a transmitir cierta majestad en su actitud, a tener valentía para aceptar sus defectos y convertirlos en algo especial.

Las semanas pasaron. Ay estaba ocupado en el recinto de la residencia. Akhenatón y Nefertiti, cogidos de la mano, visitaban lo que comenzaban a llamar su palacio de Atón, o se encerraban en sus aposentos, o, rodeados por sus guardias, paseaban por los jardines y toda la zona del palacio. Al principio Akhenatón estaba tan locamente enamorado de Nefertiti, que yo casi no podía hablar con él. Un día estaba sentado en el pabellón cuando escuché sus pasos. Apareció él, en la entrada, apoyado en su bastón, sujetando con fuerza su túnica de tela fina como la gasa. Al ver el polvo en sus rodillas y las manchas de barro en la túnica me di cuenta de que a esa hora tan temprana, justo después del amanecer, él y Nefertiti habían estado fuera, venerando a su dios. Desde que llegó la Bella, se terminaron las incursiones nocturnas en el desierto o los desconocidos encapuchados que se reunían a las puertas del pabellón. Esto no sólo era atribuible a Nefertiti, sino también a la llegada de soldados imperiales y a los espías que los acompañaban, que nos observaban todo el tiempo. Aquella mañana el rostro de Akhenatón era solemne. Me habría puesto de rodillas sobre un almohadón, pero me hizo un gesto para que me quedara en mi sitio y se arrodilló ante mí. Me miró fijamente y con seriedad.

—Nunca supe, Mahu —comenzó—, que podía haber tanta felicidad. He estado en la Tierra del Incienso. He volado con alas de águila más allá del Horizonte Lejano. — Se inclinó acercándose más. El orgullo ardía en sus ojos—. Soy un Príncipe de la Sangre, Mahu. Soy Akhenatón pero, ante todo, soy un hombre. En eso no hay diferencia —hizo un gesto con su mano— entre aquellos que me rodean y yo.

Aquella fue la primera y única vez que mi amo Akhenatón, amado por el Único, se comparó con otro hombre, la única vez que afirmó poseer esa humanidad corriente y que se jactó de nuestra herencia común. Me tocó suavemente en la frente, se puso

de pie y se marchó. Supe lo que quería decir. En algunas ocasiones, tanto él como Tiye habían dado a entender que, debido a su deformidad, Akhenatón era un eunuco, impotente, incapaz del acto más sagrado, incapaz de procrear un heredero. Era una de esas crueldades clavadas en su alma por los sacerdotes de mente maliciosa y los detractores que lo rodeaban. Nefertiti, con su destreza consumada, pociones y polvos, pronto cambió todo aquello.

Mi propia relación con Nefertiti evolucionó; dejó de hacerme bromas y en ocasiones la sorprendía estudiándome.

—Tú no eres un mandril, Mahu —me comentó ella una vez, mientras la ayudaba a supervisar los jardines—, eres un gato, eso es lo que eres. Te sientas y nos observas, ¿verdad?, con esos ojos oscuros y pensativos y la cara seria. El Amado —así se refería siempre a Akhenatón— siempre habla de ti. Cómo habéis disfrutado, cómo os habéis divertido en los banquetes e incluso peleado juntos. —Jamás la contradije. En su cerebro febril, aparentemente Akhenatón me retrataba como a un hermano, el hermano de sangre legítimo que hubiera deseado tener.

Al cabo de un año, la influencia de Nefertiti sobre Akhenatón era completa. Él no hacía nada sin ella, constantemente pedía su consejo y, como consecuencia, el de Ay. A veces se levantaba tarde, con los ojos hinchados y somnoliento, pero siempre contento, en paz. El visitante más asiduo era Ay, para pasear con su hija o informar al príncipe sobre los chismes del palacio y sabe lo que estaba ocurriendo en la gran ciudad de Tebas. Akhenatón, con Nefertiti a su lado, escuchaba atentamente. Ambos llenaban de preguntas a Ay y luego comentaban todo lo que les había dicho. A veces mi amo se transformaba, pero Nefertiti no. Ella permanecía serena y vivaz a la vez, una diosa en su esplendor, ya fuese vestida con los trajes ajustados para las ocasiones formales o con una túnica holgada y elegante y flores en su magnífico pelo cuando iba de un lado a otro del palacio. Ni una sola vez ella, su padre o el príncipe fueron invitados a gozar de la presencia imperial, pero esto no parecía molestarlos. Es más, daban la impresión de estar muy contentos, como si quisieran tranquilizar las sospechas de aquéllos que ellos sabían que los estaban observando.

Nefertiti se convirtió verdaderamente en la señora de la casa. Interrogaba a Snefru y a los sirvientes, analizaba las cuentas, revisaba los almacenes o iba a las cocinas, supervisando a los cocineros, conquistándolos con su encanto e ingenio. Estaba fascinada por los jardines y resultó ser una herbolaria experimentada, convirtiéndose en la práctica, aunque no de nombre, en la médica y la boticaria de palacio. Conocía las propiedades del apio de montaña, sabía que, mezclado con bayas de enebro y otros ingredientes, aliviaba los dolores de vientre; también que la aristoloquia en vino tinto calmaba los calambres e inducía al sueño; que las hojas de melón curaban las dolencias de la sangre, mientras que el aceite de *maringa* mezclado con higos reducía la inflamación de las encías. Ella estaba muy interesada en la medicina y tenía sus propias reservas de pociones y polvos. Trataba a su propio marido y, sí, los rumores

eran verdaderos, era experta en afrodisíacos y en remedios exóticos para las enfermedades del alma.

Ay era el único que abandonaba la residencia, viajando a menudo a Tebas, a los templos o para pasear por el mercado. Él y Nakhtimin, su hermanastro, hacían visitas a parientes, funcionarios y oficiales y traían todos los chismes y rumores. Nakhtimin era con frecuencia la única visita para la cena, con comida especialmente cocinada por la misma princesa, deliciosa y sabrosa. El vino fluía y hablábamos hasta altas horas de la madrugada de los asuntos de Egipto, del creciente poderío de los hititas, de la alianza del Divino con Tushratta, rey de los *mitanni*, de los disturbios en Canaán y de cómo debían resolverse esos problemas. En una ocasión Ay anunció que el Divino, interesado en prestarle ayuda y apoyo, había enviado a un escriba de alto rango para colaborar. El elegido, Ineti, procedía de la Casa de la Vida del templo de Amón-Ra. Era un hombre de rostro flaco y huesudo. Ay no tuvo más remedio que aceptarlo, pero todos sabíamos que Ineti en realidad era un espía.

La reina Tiye también los visitaba, pero no tan a menudo como lo hacía antes. Había envejecido un poco, parecía preocupada y tal vez un poco celosa de la cercanía de Nefertiti con su hijo. En contadas ocasiones, el Príncipe de la Corona Tutmosis también llegaba con su séquito. Tenía mejor aspecto, aunque seguía delgado, ligeramente molesto por una tos poco agradable. Él, también, cayó bajo el encanto de Nefertiti y la envidia por su hermano menor era casi palpable.

Si bien entre Akhenatón y yo se había producido un cierto distanciamiento, Nefertiti la compensaba. Con frecuencia me elegía a mí para discutir algún asunto. Su hermoso rostro estaba siempre sonriente y sereno, pero aquellos ojos azules parecían vigilantes, como si ella no hubiera decidido todavía quién era yo realmente. A veces hablaba de su primera infancia, de sus días en Ahkmin, de cómo su padre la había educado y cómo, al igual que su tía Tiye, había entrado al servicio del dios Min en el templo del lugar. Podía manejar el arco, sabía utilizar la espada y la daga, y muchas veces me pedía que la acompañara a observar el entrenamiento de los guardaespaldas del príncipe en la plaza de armas. Y, en ocasiones, incluso me pedía que la acompañara a inspeccionar a los Khonsu, la compañía acampada fuera de los muros. Naturalmente, allí era siempre bienvenida y se le rendían todos los honores. Al principio pensé que ella quería coquetear con los oficiales, cosa que desde luego hacía, pero lo cierto era que estaba más interesada en sus conocimientos, su experiencia en la guerra, su manejo de las armas y particularmente en el uso de arqueros y la eficacia del escuadrón de carros de guerra, íbamos a lo largo del río charlando hasta el embarcadero, recordando los hechos del gran faraón Amosis, que usó barcazas para expulsar a los *hicsos* del Delta. Yo disfrutaba en tales ocasiones. Nefertiti solía cogerme de la mano, del brazo o susurrar en mi oreja. No le daba vergüenza contar estas cosas a Akhenatón, comentando que ella y Mahu habían estado en tal lugar y habían visto tal cosa.

Unos catorce meses después de su llegada, en la Estación de Peret, me aquejaron unos dolores de estómago. Nefertiti se enteró y vino a verme. Me sorprendió porque, en los jardines que había más allá de la residencia, yo había encontrado un pequeño claro, un lugar aislado a donde podía ir solo, con una jarra de vino y un poco de comida, para sentarme y pensar. Recordaba a Dedi y su generosidad, mis días con la tía Isithia, y me preguntaba por qué mi padre había sido tan frío. Trataba de imaginar a mi madre y, una y otra vez, reflexionaba sobre lo que Ay me había dicho. Retrocedía en el tiempo: mi experiencia en la Kap, mi amistad con Sobeck. Sobre todo, me preguntaba a menudo adonde me conduciría el sendero que estaba recorriendo. Por el momento, todo parecía tranquilo: Akhenatón y su esposa, el siempre presente Ay, la sensación de atenta calma. Sin embargo, yo también sentía como si nos estuviéramos preparando... ¿pero para qué?

Aquel día en particular, los calambres en mi estómago eran tan fuertes y dolorosos que me alegré de estar solo. Ni siquiera toqué la comida o el vino, sino que me quedé sentado contra un árbol, disfrutando del frescor verde del claro. Escuché un ruido y levanté la vista. Allí estaba Nefertiti, con una pequeña cesta en una mano y un almohadón bajo el brazo. Iba vestida con una túnica de gasa y una faja bordada alrededor de su esbelta cintura. Lo habitual era que llevara el pelo atado o levantado. Pero en aquel momento lo llevaba con la raya al medio, cayendo libremente sobre sus hombros. No llevaba joyas, salvo un Atón de plata en una cadena de oro en el cuello.

—Mi señora.

Antes de que pudiera ponerme de pie, puso el almohadón en el suelo y se arrodilló delante de mí.

—Mahu, me dicen que estás enfermo. —Me miró con tristeza—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Yo...

—¿Te daba vergüenza? —Debió de darse cuenta de que mis mejillas se sonrojaban.

Me froté el estómago.

—Pronto pasará. Debe de ser algo que he comido.

Abrió la cesta, sacó un jarro, vertió unas pocas gotas de líquido y me lo ofreció. Olfateé en el borde.

—¿Bayas de enebro? —pregunté. Olfateé de nuevo, esta vez más juguetonamente—. ¿Y almendras aplastadas?

—Y otra cosa —sonrió—. Bebe, Mahu. Te calmará los dolores.

Obedecí. Apenas di un trago, de sabor agrídulce, antes de que aquellos delicados dedos me sacaran el jarro de mi mano. Nefertiti se sentó y observó.

—¿Tienes estos dolores a menudo?

—No, la más magnífica de los médicos —bromeé—. Lo cierto es que soy realmente un mandril. Rara vez caigo enfermo.

—¿En serio? —Cambió de lugar la cesta para apoyar su mano justo debajo de mi rodilla—. Hay enfermedades y enfermedades, Mahu.

—¿Mi señora?

—Las del alma —replicó—. ¿Por qué vienes a este lugar, Mahu?

—Creí que estaría solo. Pensé que nadie podría encontrarme. ¿Cómo habéis sabido dónde estaba?

Nefertiti sonrió, moviendo ligeramente su cabeza de un lado a otro.

—Me preocupo por ti, Mahu. Quiero saber adonde vas. El Amado me contó tu valentía en el ataque de los *kushitas*. Cómo lo ayudaste —su voz se endureció— con los traidores internos.

—Soy el criado de mi amo —respondí, recurriendo a una cortesía diplomática—. Un simple escabel bajo sus pies.

Clavó sus uñas en mi pierna hasta que hice una mueca de dolor.

—Si el Amado escuchara eso, se enfadaría. Tú eres su amigo, Mahu, su hermano.

—Ya tiene un hermano.

—No, Mahu, tiene un guardián. Un joven que se siente culpable por él.

—¿No podríais ayudar al Príncipe de la Corona Tutmosis? —Las palabras fluyeron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Ayudarlo? —preguntó—. ¿Cómo podría ayudar al Príncipe de la Corona?

—Tiene una tos muy fuerte.

—El polvo —respondió Nefertiti—. Nuestros destinos, Mahu, están escritos en la palma de la mano de Dios. Lo que tiene que ser será.

—Vos no creéis en eso —la acusé—. Ni vos ni vuestro padre creéis en eso.

Los ojos de Nefertiti ya no eran brillantes, sino fríos, vigilantes. Pensé que había ido demasiado lejos, que la había insultado. Cambió de lugar la cesta y se puso más cómoda.

—No, tienes razón. —Hizo una pausa, como si la hubiera distraído el chillido de las aves—. ¿Es un halcón?

—No, mi señora, son garzas que cazan en el río.

—No, Mahu —continuó—. Nuestros destinos están escritos en la palma de la mano de Dios, pero también en las nuestras. Nosotros también tenemos un papel que cumplir. El Príncipe de la Corona Tutmosis —se encogió de hombros con gracia— tiene sus propios médicos. Si pide mi ayuda... —Dejó las palabras en suspenso—. ¿Te sientes solo, Mahu? ¿Ésa es tu enfermedad?

No pude detenerme. Empecé a contarle, titubeando al principio, sobre mis días con mi tía Isithia y mis estudios en la Kap. Estoy seguro de que ella ya lo sabía, pero quería escucharlo de mis propios labios. Parecía realmente interesada. Cada poco hacía alguna pregunta, particularmente sobre mis compañeros: Horemheb, Ramsés, la amistad entre Maya y Sobeck. Disfrutaba de aquel momento, sentado allí en el silencio con la Bella ante mí. Era completamente consciente de su olor, de su tacto, de su mirada. Su misma presencia parecía una nube alrededor de mí, separándome del

resto del mundo. Pensaba que se iría pero se quedó, contándome más detalles de su vida. Como el hecho de que tenía una hermana, Mutnodjmet, a la que le gustaba tener mandriles y enanos como mascotas.

—Deberíais presentársela a Horemheb —bromeé—. Tendrían algo en común.

—Tal vez lo haga. Dime, ¿cómo está tu estómago ahora?

Entonces me di cuenta de que la molestia había desaparecido completamente. Me sentía más tranquilo, más renovado.

—¿Has volado alguna vez, Mahu?

La miré sin articular palabra.

—¿Has deseado alguna vez volar como un ave? —El rostro de Nefertiti estaba serio—. ¿O has deseado alguna vez sentir la esencia misma de las cosas?

Recordé diferentes sueños, la sensación de flotar, de cómo una vez me sentí como un pájaro sobre el Nilo, mirando los botes, las barcazas y las chalanas debajo.

—En sueños —coincidí con ella—, o cuando he bebido demasiado vino.

—¿Y te has enamorado alguna vez, Mahu?

—Una vez —respondí.

Otra vez la mirada triste.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada —respondí, avergonzado y desconcertado.

Abrió la cesta y sacó una jarra de arcilla, con la forma de amapola invertida.

—De las islas lejanas del Gran Verde —explicó Nefertiti—. Una bebida fragante. Ven, Mahu, no seas desconfiado. Aliviará tu vientre, tu corazón y tu alma.

Vació aquella poción en el jarro y la bebí con ganas. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que ella dijera. La bebida casi no tenía sabor, salvo por un ligero dulzor. Nefertiti permaneció sentada mirándome todo el tiempo: su rostro se había vuelto más hermoso, si es que era posible, y sus ojos más grandes. Parecía estar más cerca, con su respiración sobre mi cara. También me daba cuenta de cómo había cambiado el claro. Los árboles habían cobrado vida propia, las ramas se extendían para acariciarme, las pequeñas flores silvestres cambiaban de color, creciendo y volviendo a nacer como si los días y las estaciones se hubieran acelerado: todo su proceso de crecimiento, floración y muerte hubiera sido atrapado en un exquisito momento. La música más melodiosa llenaba mis oídos. Me sentía tan feliz, que no quería que aquel momento terminara. Los recuerdos iban y venían: Sobeck sonriéndome; mi señor inclinándose sobre la mesa y dándome de comer; las muchachas del templo con las que me había acostado estaban ahí, moviéndose contra una cortina de brillantes colores y, sobre todo, Nefertiti. Ella estaba junto a mí, abrazándome con su magnífica túnica resbalando por sus hombros, sus manos sobre mi pecho, moviéndose hacia mi entrepierna con la sensación más deliciosa de placer. Nos abrazamos. Podía sentir su dulzor empalagoso, su cuerpo sinuoso, maravilloso al tacto y al olfato. Estaba sentada a horcajadas sobre mí con sus manos sobre mi pecho, su hermoso rostro enmarcado por el pelo que parecía brillar como el fuego y aquellos

ojos azules como zafiros atrapando el sol. Escuché su voz más profunda y melodiosa. Había allí otras personas. Ay arrodillado junto a nosotros, compartiendo también su abrazo. Me fui elevando, yendo hacia el cielo, que cambió de color, pasando del azul oscuro a un rojo encendido, dominado por el símbolo de Atón. Luego comencé a caer, hasta ser depositado suavemente en una oscuridad aterciopelada.

Cuando me desperté estaba solo. El sol estaba empezando a descender, el día llegaba a su fin. Me encontraba recostado sobre la hierba con el almohadón que había traído Nefertiti bajo mi cabeza. Recordé el sueño y me levanté torpemente, pero el claro estaba vacío, silencioso, salvo por el arrullo de una paloma y un ligero crujido entre los arbustos. Me sentía cansado pero renovado. Me miré. Mi túnica estaba atada, las sandalias que había dejado debajo de los árboles estaban en su lugar. Ninguna señal de Nefertiti, ni un solo rastro de que ella hubiera estado allí. Olfateé mis manos y mis brazos, pero no olí nada más que mi propio sudor y el aroma de aceite dulce. Por un momento permanecí allí, tratando de recordar qué había ocurrido. Nefertiti me había dado una poción. ¿Semillas de amapola? Algo para relajarme, para hacerme dormir. Y sin embargo todos aquellos sueños... Recogí el almohadón y regresé a mis habitaciones.

Dejé el almohadón en mi aposento y me dirigí al salón de audiencias. Nefertiti y Ay estaban sentados en el extremo más lejano con sus cabezas muy próximas, hablando en voz baja. Ambos me miraron cuando me acerqué. Nefertiti tenía el pelo recogido, envuelto en una hermosa redecilla con bordes de perlas, y llevaba un manto bordado sobre sus hombros.

—Vaya, Mahu, ¿así que has regresado? Te quedaste dormido, que era lo que yo quería. ¿Tu estómago?

—Ya no siento ningún dolor, mi señora. Es más, estoy vorazmente hambriento.

—¿Y has dormido?

—He soñado —respondí.

—Todos tenemos sueños, Mahu. Ellos pueden indicar cómo deberían ser las cosas. —Fijó sus ojos en mí como si fuéramos cómplices—. He cocinado algo especial —añadió—. Es mejor que vayas a prepararte.

Una manera cortés y delicada de decirme que me retirara. Hice una reverencia y me alejé. En mi propia habitación me desnudé y me lavé, revisando mi cuerpo con cuidado, buscando algún rasguño, alguna marca, algún rastro de lo que había ocurrido en el claro. Me toqué la entrepierna, retiré la mano y olfateé mis dedos. Lo sentí. Era algo con lo que nunca había ungido mis dedos: el olor de la planta de acacia, cuyo jugo es usado por las muchachas del templo para disminuir la potencia de la semilla de un hombre.

Espíritu diabólico

*El jeroglífico que significa «festival»,
—hb / hebd— es un tazón cuadrado
sobre otro ovalado.*

Capítulo 9

El cuerpo de los Khonsu fue reemplazado por una compañía de la Banda Sagrada, veteranos de guerra sacados de los templos de Karnak y Luxor, donde cumplían funciones. Este cuerpo especial, con la insignia de Amón-Ra en sus escudos, estaba bajo el mando directo de Rahimere, alcalde de Waset, la Ciudad del Cetro, Tebas la Magnífica. Rahimere llegó al palacio de Atón gloriosamente engalanado con sus cadenas y collares del cargo. Mi amo, Ay, Nefertiti, Snefru y yo lo recibimos en la sala de audiencias. Rahimere entró en el lugar rodeado de sus funcionarios, escribas y sacerdotes de cabezas afeitadas. No hubo demasiada simpatía entre Akhenatón y este pomposo alcalde. Mi amo y su séquito permanecieron sentados. Rahimere se detuvo, con un pie adelantado y una mano sosteniendo su túnica como si estuviera dirigiéndose formalmente a los recogedores de estiércol de Tebas, como más tarde lo describió Ay. Era un hombrecillo pomposo, con ojos saltones, nariz respingona y voz estridente.

—He venido...

—¡Cómo os atrevéis! —La voz de Ay atravesó la sala como un latigazo. Se puso lentamente de pie—. ¿Acaso no estáis, señor, en presencia de un Príncipe de la Sangre? Entráis en este salón sin dar muestras de la menor cortesía y sin traer obsequios ni realizar los saludos apropiados.

La barbilla de Rahimere se estremeció, sus ojos se movieron veloces de izquierda a derecha.

—Podéis retiraros —dijo mi señor, imperturbable—. Si lo deseáis, Su Excelencia, podéis retiraros y tal vez visitarnos en otro momento —alzó una mano—, cuando recordéis las cortesías y el protocolo debidos a un Príncipe de la Sangre, Amado Hijo del Cuerpo del Divino.

Rahimere tomó una decisión. Agitado y hablando entre dientes, cayó de rodillas. Los demás de su séquito no tuvieron más opción que imitarlo. No puso la nariz en el suelo, pero sí inclinó su cabeza, temblando de furia. Pude ver las miradas de indignación de su séquito mientras oían, con toda seguridad, que mi amo contaba lentamente en voz muy baja. Los tuvo esperando hasta que llegó a veinte. Sólo entonces golpeó sus manos.

—Podéis ponerlos en pie —dijo dulcemente.

El alcalde y su séquito obedecieron. Algunos de ellos eran ancianos vestidos con túnicas plisadas, blancas como la nieve y brillantes collares que indicaban su cargo. Representaban a los sacerdotes de Amón, los enemigos declarados de Akhenatón. Estaban tan dominados por la malicia, que habían olvidado las reverencias. Arrastraron sus pies calzados con sandalias.

—Si hubiera sabido que ibais a venir —dijo Ay—, habríamos preparado un poco de vino, pan y carne, como correspondería a la ocasión, pero os habéis presentado como lo hacen los funcionarios judiciales.

—Me disculpo —Rahimere secó su rostro con la manga de su túnica—, pero este tema es urgente. Debimos haber enviado un mensajero. —Miró con enojo por encima de su hombro.

—¿Por qué, cuál es el problema? —quiso saber Ay—. ¿Se ha declarado una guerra? ¿Los libios marchan contra Tebas?

—No, los arqueros serán retirados —farfulló Rahimere—, así como los marineros del río.

—¿Eso es todo? —Ay se sentó a la derecha de Akhenatón—. ¿Ésa es la cuestión tan importante? ¿Habéis venido a perturbarnos porque un cuerpo de arqueros ha sido retirado junto con las barcazas de los marineros atracadas en el muelle, a un kilómetro y medio del Saliente de la Gacela? —Ay volvió la cabeza y miró con gesto de falsa incredulidad a Akhenatón, que se limitó a chasquear su lengua ruidosamente. Nefertiti no ayudó demasiado cuando comenzó a arreglar las flores silvestres de su pelo rojo, entonando una canción en voz baja.

—Yo... éste... —Rahimere había calibrado muy mal la situación—. Os traigo noticias: serán reemplazados por un cuerpo de la Banda Sagrada. —Akhenatón se rió. Nefertiti dejó escapar risitas tontas. Esta vez le tocó a Ay chasquear la lengua mientras agitaba su cabeza con gesto de desaprobación. Los oscuros ojos de Rahimere brillaban de furia, aunque sólo podía hacer gestos vacíos—. Ah —añadió con malicia—, esto es importante. Los oficiales al mando —en ese momento los ojos de Rahimere se dirigieron a mí— serán dirigidos por antiguos niños de la Kap. Creo que vos los conocéis.

—Ah, nuestros buenos amigos. —Akhenatón aplaudió como un niño—. Horemheb y Ramsés.

—Huy será su escriba —continuó Rahimere—, Pentju su médico y Meryre su sacerdote. —Sonrió falsamente—. Pensamos que sería mejor que vuestros antiguos amigos... —Dejó las palabras en suspenso.

—¡Me protegieran! —Akhenatón gritó con aspereza—. ¿Ellos están aquí para custodiarme, para protegerme o para espiarme?

—Su Excelencia —resopló Rahimere—. El Divino...

—Que viva para siempre —la voz de Akhenatón vibraba con sarcasmo.

—El Divino desea que vos estéis protegido y seguro, que os encontréis tan cerca de su corazón como vuestro hermano mayor.

Rahimere había dicho lo que tenía que decir. Akhenatón podía alegar lo que quisiera, pero Tutmosis, el Príncipe de la Corona, el heredero del Divino, era el verdadero poder del país.

—¿Alguna otra cosa? —Akhenatón se inclinó hacia delante y arrancó una uva de la mesa que tenía frente a él. No esperó la respuesta, sino que se metió rápidamente la

uva en la boca y se volvió, arreglando los almohadones como si no estuviera del todo cómodo—. ¿Alguna otra cosa? —insistió, con la espalda todavía hacia Rahimere. Levantó la visa, se encontró con mi mirada e hizo un guiño.

—El Divino envía sus saludos y su bendición.

—Y le daréis los míos como agradecida retribución —Akhenatón se dio la vuelta, recogió un cuenco de uvas y se lo pasó a Nefertiti y luego a Ay. Volvió a mirar—. Oh, ¿todavía estáis aquí? Excelencia, habéis sido muy amable al venir. —Levantó un dedo—. Ahora podéis retiraros.

El alcalde, los sacerdotes y los funcionarios se marcharon con los rostros rojos de furia y sus ojos ardiendo de odio. Ay iba a hablar, pero Akhenatón levantó la mano. Repentinamente del patio llegaron los ruidos de furiosos ladridos, gritos y chillidos, el chasquido de los látigos, los gritos de los sirvientes y el sonido de un cuerno. Akhenatón se echó a reír y se volvió hacia Snefru, que estaba de pie junto a él.

—¿Qué están haciendo ahí mis perros de caza? Tú sabes que son muy impetuosos.

—Vos me ordenasteis que los trajera, señor. —Snefru cayó de rodillas, con las manos en la cara.

—Ah, sí, es cierto —Akhenatón sonrió—. ¡Pobre Rahimere! Ir derecho a una jauría de perros preparados para la caza y con tanta energía. Tengo entendido que a él no le gustan los perros.

Nefertiti y Ay también se rieron. Snefru fue despedido y me ordenaron que me arrodillara ante ellos. Akhenatón, con una mano levantada y la cabeza ligeramente inclinada, escuchaba mientras los ruidos del patio se alejaban a medida que el orden se restablecía.

—Rahimere no olvidará su visita a este lugar. —Su sonrisa se desvaneció—. Así que van a enviar a Horemheb, Ramsés y los demás, ¿no? Guardias y espías.

—¡Espías! —Nefertiti pronunció con fuerza la palabra, sin ninguna risa en sus ojos ni en su rostro—. Están aquí —comentó— para actuar como nuestros amigos, para ser bien recibidos, para poder ir y venir cómo y cuándo lo deseen; para escuchar las conversaciones y los chismes de los sirvientes. —Reclinó la cabeza sobre el hombro de Akhenatón, moviendo sus hermosos ojos—. Pero ya veremos —añadió con picardía.

Cinco días después llegó la Banda Sagrada: trescientos hombres al mando de Horemheb, que ya tenía el grado de mayor, y su siempre presente y fiel lugarteniente, Ramsés. De inmediato Nefertiti envió invitaciones a ambos y a los demás, incluido Maya, de la Casa de los Secretos, para asistir a un espléndido banquete en la sala de audiencias. Ella personalmente organizó el menú, supervisó la cocina y escogió los vinos. Se sirvieron todas las exquisiteces que el palacio podía brindar: el ganso más tierno, el gordo y condimentado cordero, platos de verduras, frutas confitadas y otros

dulces para los postres. La noche del banquete, ella apareció como la auténtica encarnación de la gracia y la belleza, con un vestido de pies a cabeza del más blanco y puro lino, con oro y un chal de joyas resplandecientes sobre los hombros. No llevaba peluca. Su magnífico pelo rojo se extendía como una nube deslumbrante, sostenido con pequeños prendedores cubiertos de gemas y piedras preciosas. Los pendientes brillaban en los lóbulos de sus orejas. Una gargantilla de plata le rodeaba el cuello y un pectoral de brillantes cornalinas, talladas en forma de pétalos de flores, se apoyaba en su pecho. Brazaletes y pulseras cubiertos de piedras preciosas relumbraban en una luz casi mística. Junto a ella, Akhenatón vestía con una extraordinaria túnica y una gruesa peluca trenzada sobre la cabeza. No llevaba ninguna joya, como si no quisiera rivalizar con su esposa en magnificencia. Todos fuimos recibidos en la sala de audiencias. Las paredes habían sido pintadas especialmente y adornadas con estandartes azules y blancos. Había mesas pulidas con incrustaciones de ébano, alineadas en el centro, rodeadas por almohadones de costosas telas.

La comida se sirvió en valiosos platos que reflejaban el brillo de los innumerables recipientes de alabastro para el aceite. No había músicos, ni bailarines, ni ilusionistas, ni tampoco muchachas del templo. Nefertiti no deseaba que nada distrajera a aquellos recién llegados a los que iba a someter a su seducción. Horemheb pronunció el saludo oficial, Akhenatón hizo el discurso de agradecimiento. Nos sentamos sobre los almohadones, Horemheb y Ramsés a cada lado de Akhenatón y Nefertiti en la cabecera. Todos estaban ahí. Huy, resplandeciente con la túnica de su cargo, se había vuelto corpulento y de mandíbula cuadrada. Pentju, el aplicado médico, llevaba un pequeño báculo, uno de cuyos extremos estaba esculpido en forma de carnero. Un amuleto alrededor de su cuello tenía el emblema de Wadjet, el ojo de Horus, que todo lo ve. Meryre iba con sus vestiduras de sacerdote, con una estola en el cuello. Apestaba, como observó Huy irónicamente, a incienso, carne sacrificada y mojigatería. Frente a mí se había sentado Maya, con su cara rolliza y sus ojos redondos maquillados en exceso, como una mujer; incluso las uñas de las manos y de los pies estaban pintadas de un rojo profundo. Me saludó con bastante cordialidad y de inmediato se embarcó en un torrente susurrado de comentarios significativos sobre Horemheb y Ramsés.

Aunque todos actuábamos como si nos viéramos con frecuencia, era imposible esconder nuestra desconfianza mutua casi tangible. Por supuesto, Nefertiti transformó el acontecimiento. Todos estábamos fascinados con ella. Se sentaba como la coqueta que era, una reina en todos los sentidos, graciosa y amable, encantadora y a la vez altiva, de modo que cuando sonreía, el destinatario se regocijaba por su buena fortuna. Incluso Maya, impulsado más por la envidia que por la lujuria, no le quitaba los ojos de encima. Junto a ella, Akhenatón, orgulloso y a la vez divertido por la reacción de mis compañeros, se deleitaba con la belleza de su esposa. Durante el banquete, Nefertiti pronunció un discurso de bienvenida inocente y simpático. Dio la

impresión de estar repitiendo frases vanas, pero en realidad los estaba sobornando. Empezó elogiándolos a todos por sus carreras.

—Si yo fuera reina de Egipto —se rió burlonamente—, vosotros, compañeros de mi Amado desde los primeros tiempos —sus ojos bailaban traviosos—, leales y alegres compañeros... oh sí, si yo fuera Gran Reina, vosotros os sentaríais en el Círculo Sagrado, seríais nuestros consejeros, asesores, chambelanes y generales. —Hizo una pausa, sólo por un instante, hasta que las exclamaciones de júbilo y las risas se desvanecieron—. Y lo que es más importante —continuó—, vosotros seríais sus amigos y *mis* amigos. Aunque por supuesto, ya lo sois y lo seréis. —Y siguió hablando, destacando lo que quería subrayar con aquellas manos encantadoras, moviendo su cabeza para abarcarnos a cada uno de nosotros con su mirada. Acabó con un brindis de lealtad, pero sus palabras habían sembrado la semilla y su encanto la nutriría. Ay se reunió con nosotros después de la comida, sentándose en un extremo, entre Maya y yo. Él también interpretó su papel. Preguntas inocentes, con los ojos muy abiertos, dirigidas a Maya sobre del servicio en la Casa de los Secretos que deliberadamente hicieron que mi compañero se sintiera incómodo. No me sorprendió cuando anunció que le gustaría retirarse para disfrutar del aire fresco de la noche. Ay me hizo un guiño para que lo siguiera y, cuando salí, él cambió de lugar en la mesa para acercarse a sus próximas presas: Pentju, Meryre y Huy.

Una vez atravesadas las puertas, Maya me dio una palmada en el hombro.

—Tenía la esperanza de que te reunieras conmigo.

Cruzamos el patio hacia el jardín. El perfume de las flores era empalagosamente dulce bajo un cielo iluminado por las estrellas. Maya sacó su abanico y lo movió para darse aire. Vi que llevaba un bolsito sujeto con una correa a su muñeca izquierda. No caminaba con sus sandalias de suela gruesa, sino que se contoneaba como una mujer, moviéndose con lentitud, balanceando las caderas mientras se abanicaba graciosamente.

—«La belleza tiene su propio rostro. Es ella». —Maya llevó el abanico a su rostro, mirándome fríamente por encima del borde mientras recitaba el poema—. «La belleza tiene su propia forma. Es ella». Una mujer notable. —Sonrió tontamente.

—¿Dices eso por ti mismo —pregunté—, o es lo que has aprendido de otros en la Casa de los Secretos?

Maya cerró el abanico de un golpe y lo colocó en el bolsito. Hizo un gesto con la cabeza hacia el Estanque de la Pureza cubierto de lotos que brillaba a la luz de la luna.

—¿Tienes a tus guardaespaldas por aquí, Mahu? —preguntó socarronamente—. ¿O me harás darme un baño otra vez?

—No. —Le di una palmada en el hombro, haciéndole un gesto para que siguiéramos caminando—. ¿Imri y sus espías *kushitas* estaban trabajando para la Casa de los Secretos?

—No lo sé —susurró Maya—. Tal vez fueran espías, pero no para la Casa de los Secretos. No informaban al Padre de Dios, Hotep. —Se detuvo y se rió entre dientes ante mi sorpresa—. Oh, sí, inteligente mandril. Imri y sus compañeros pudieron haber sido espías, pero ¿para quién? —Encorvó graciosamente los hombros—. No lo sé. ¿Los asesinaron, Mahu?

—Eran espías.

—No lo niego. Lo que tienes que averiguar, sin embargo, es para quién trabajaban.

Controlé el pánico furioso que crecía en mi interior.

—¿Y mi tía Isithia? —pregunté—. ¿Recibiste mi mensaje?

—Oh, sí. La tía Isithia —respondió Maya, también en un susurro—, es un caso fascinante. Una antigua intérprete de horóscopos a la que ahora se le ha prohibido hacerlo. Tienes una interesante pariente, Mahu. No puede hacer horóscopos, pero su mano es hábil con el látigo —pestañeó—, una experta en infligir deliciosos dolores.

—¿Qué quieres decir?

Maya se rió y puso su mano delante de la boca.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. ¿Piensas que fuiste llevado a la Kap por tu bella cara y tu educación? Ah, sí. He investigado los archivos sobre ti y sobre ella. Isithia te quería fuera de su vida por muchas razones. Todavía disfruta de la protección del Divino. Enseña a algunas de las concubinas menores, los Ornamentos Reales, ciertas artes del amor. Técnicas que, quizá, sean una sorpresa para ellas, pero ciertamente no para Isithia.

—¿Pudo haber sabido algo sobre Sobeck?

—Es posible.

Me rasqué la mejilla.

—Así que tía Isithia quería alejarme de su vida porque odiaba a mi madre, me odiaba a mí, me consideraba una carga y ella tenía otros intereses. ¿Es así?

—Exacto. —Maya sonrió tontamente.

—Intereses difíciles de atender cuando yo creciera.

—Tus palabras son correctas, Mahu.

—¿Y ahora?

Maya se sobresaltó cuando un ave de la noche voló bajo, una sombra negra que se movió veloz bajo el cielo iluminado por las estrellas.

—¿Y ahora? —repetí.

—Tu tía está bien protegida. Tiene amigos de alto rango entre los sacerdotes de Amón-Ra. ¿Por qué, Mahu —se burló—, no la visitas?

—Conoces la razón por la que no lo hago, lo mismo que sabes por qué ella no me visita a mí. Bueno, no desde hace muchos años. —Le di a Maya un golpecito bajo la barbilla—. Vamos, encanto —susurré—. ¿Imri alguna vez la visitó?

—Quizá —Maya sonrió—, pero él también visitó al Príncipe de la Corona Tutmosis.

—Así que fue Tutmosis —dije.

Maya dio un paso atrás, como si quisiera esconder la cara.

—Ahora ya lo sabes, Mahu. El hermano de tu príncipe está muy asustado.

—¿De qué?

—De las cosas que se dicen. —Maya entrecerró los ojos y los dirigió al cielo nocturno—. Que su hermano, ese Grotesco, ha sido tocado por los dioses, elegido para alguna tarea especial. Su matrimonio con esa belleza no será de mucha ayuda. Ella es única —comentó Maya—, con ese pelo rojizo y sus ojos azul claro. Un color tan extraño. Escuché rumores de que no son verdaderos egipcios sino descendientes de los errantes...

—¿Quién es un verdadero egipcio? —pregunté. ¿Qué era lo que la Casa de los Secretos sabía sobre la princesa Nefertiti y su padre?

Maya hizo un gesto con la cara.

—Poco. Han sido ocultados como en un carcaj.

—¿Por quién?

—La Gran Reina Tiye.

—¿Con qué propósito?

—Bien —suspiró—, ahora es evidente. Sobre la princesa no sabemos nada. Ay tiene antecedentes de ser un administrador capaz, un comandante experimentado de carros de guerra. —Maya taconeó con la sandalia y se dio la vuelta como si quisiera regresar. Lo agarré por el brazo.

—¿Por qué todavía vigilan a mi tía Isithia? Oh, sí, estoy al tanto del asunto de los horóscopos y de su estancia en las Cadenas de la Casa de los Secretos.

Maya se acercó tanto que pude oler su perfume.

—Está vinculada con algo más siniestro —susurró—. A veces el Divino sospecha que el Grotesco, tu amo, no es su hijo. —Levantó los dedos pidiendo silencio—. No puede creer que él sea el padre de semejante hombre.

—¿Qué? Pero...

—Shh... —Maya puso los dedos sobre los labios—. Escucha, Mahu. ¿Has oído hablar alguna vez del profeta Ipurer? Vivió hace unos quinientos años. Predijo una revolución violenta, en la que todo sería puesto patas arriba. Predijo la llegada de un Mesías que vendría para conducir a su pueblo y cuya presencia sería... —Maya entrecerró los ojos—. ¿Cómo dice el texto? «Un frío para la llama». —Hizo balancear el bolsito en su muñeca—. La profecía termina con estas líneas: «Realmente aplastará el mal. ¿Dónde estará? ¿Ha venido o ya duerme y camina entre vosotros?».

—¡Leyendas! ¡Superstición!

—El Magnífico es supersticioso, Mahu. Y sus miedos son compartidos por los sacerdotes de Amón. ¿No te das cuenta de cómo son las cosas? El Divino se enfrenta a un grotesco enfermizo y desgarbado sobre el que se dicen las cosas más oscuras. Terreno abonado para nuestros sacerdotes que también lo quieren ver desaparecer y

que sugieren que quizá sea el Mesías profetizado por Ipurer. Isithia podría ser útil todavía en la preparación de un veneno para resolver el problema. En fin, basta ya de ocuparnos de los grandes, ¿no?

—Así que mi tía Isithia todavía prepara sus pociones...

—Y ofrece instrucciones a otros.

—¡Vieja bruja!

—Una verdadera asesina —respondió Maya—. La sangre de sus propios parientes tiñe sus manos.

—¿Qué?

—Encontré un informe de la policía. Algunos garabatos. Isithia realmente odiaba a tu madre. Podría no haberle proporcionado la mejor medicina cuando se estaba recuperando después de tu nacimiento.

—Yo...

—¿No puedes hablar, Mahu?

La verdad era que sentí un frío horroroso, un nudo en mi estómago.

—Pero, pero mi padre habría...

—Tu padre nunca sospechó nada. Muchas mujeres no sobreviven al parto. Cuando tu tía Isithia estuvo en la celda la amenazaron con esto.

—¿Por qué *no* se siguió adelante con el asunto?

—No había mucho más. Era información que llegaba anónimamente a la Casa de los Secretos, chismorreos de sirvientes, estudiado y archivado.

Recordé a Dedi y sus roncocomentarios susurrados en aquel oscuro jardín oscurecido hacía tantos años.

—Bien, bien, Mahu, ¿te vengarás? Si lo haces —se apresuró a decir—, no lo hagas ahora.

Había bebido unas cuantas copas de vino y sin embargo me sentía sobrio. Quería salir corriendo, escapar, abandonar el palacio e ir a casa de mi tía Isithia, cogerla por su escuálida garganta y enfrentarme a ella.

—Ahora no, Mahu. —Maya me agarró por la muñeca—. Has aprendido bien. Esconde tu cara, esconde tus sentimientos, esconde tu mano. Ataca cuando debas hacerlo. Espera el momento adecuado. Tranquilízate ahora —insistió— y te diré más.

—¿Sobre qué?

—Dile a Ay que tenga cuidado.

—¿De quién? ¿Espías?

—No. De los asesinos. —Maya me miró a los ojos—. Ay es considerado el principal consejero de la reina Tiye y ahora el de tu amo.

—¿Quiénes son?

—Oh, Mahu —sonrió Maya—, los asesinos no llevan proclamas colgando del cuello. No envían elegantes notitas anunciando su llegada.

Lo cogí por los hombros e hice que se aproximara.

—¿Por qué me estás diciendo esto, Maya? ¿Cómo sé que no estás simplemente enturbiando las aguas? Tienes talento para la maldad.

—Sobeck.

—¡Oh, vamos! —le grité, presionando más sobre sus hombros.

—Sobeck se ha ido.

—No. —Retiré mis manos.

—Escapó. —Maya miró rápidamente a izquierda y derecha—. Ya sabes cómo es eso, Mahu, allá en aquellas jaulas que sirven de prisión. Están encadenados, subsisten a base del agua y la comida que se produce allí, de algo que sus guardianes puedan cazar y también de la caridad de los habitantes de las arenas y los errantes del desierto. Si logran escapar, ¿qué pueden llevar consigo? De todos modos, Sobeck corrió el riesgo. Se fue a las Tierras Rojas. Encontraron su cadáver, el esqueleto picoteado y seco. Sólo lo reconocieron por las esposas que aún tenía alrededor de las muñecas y la tableta de arcilla que estaba junto a él. Había robado un cuchillo y un odre de agua; ambos habían desaparecido. Tenía la nuca destrozada.

Gemí y me di la vuelta.

—¡Pobre Sobeck!

—Tonterías. —Maya se acercó por detrás de mí. Me giré—. Piensa, Mahu. Sobeck era un guerrero. Escapó con una daga y un odre. Los libios no se acercan sigilosamente y te parten la nuca. Permanecen a distancia y te eliminan con la punta de una flecha. No se encontró nada de eso. ¿No te das cuenta, Mahu? Sobeck mató a alguien, cogió su ropa, el odre de agua y el cuchillo, y puso las esposas en el cuerpo de su víctima, junto con la tableta de arcilla de la prisión. Escapó.

Escuché el chillido de un pájaro. Caminé hacia un arbusto, arranqué la flor que allí crecía y olí su fragancia. En mi mente bullían ideas, imágenes y recuerdos.

—Sobeck regresará a Tebas —continuó Maya, mientras me seguía—. Sabes que lo hará, Mahu. Volverá a la ciudad. Buscará a sus amigos y el único en quien puede confiar eres tú. Si sobrevive al desierto, se pondrá en contacto contigo. Te pedirá ayuda. Éste es el precio que pagas por lo que te he dicho. Dile a Sobeck que Maya no tuvo nada que ver con esta traición, que Maya lo amaba, que lo sigue amando y que siempre lo amará. —Me apretó la muñeca y se perdió en la noche.

Me fui y me senté junto al Estanque de la Pureza: las azules flores de loto estaban abiertas en aquel momento, endulzando el aire con su perfume. No podía creer lo que Maya había dicho de la tía Isithia, Sobeck y Tutmosis. Yo quería darle sentido a todo aquello, relacionar una cosa con otra. Escuché pasos, pero no me di la vuelta.

—¿Has aprendido mucho, Mahu? —Ay se agachó junto a mí.

—Muchísimo. —Le conté todo, menos lo de Sobeck. Ay, por supuesto, no era fácil de engañar.

—¿Por qué te confiaría esa pequeña bolsa de secretos?

—En otros tiempos tuvimos un amigo común.

—No sabía que tenías esas inclinaciones, Mahu.

—Yo no las tengo, pero él sí.

—¿Qué harás con respecto a Isithia? —quiso saber Ay.

—¿Qué me aconsejas?

—¡Espera! —Ay se levantó y me hizo un gesto para que lo siguiera—. Espera, Mahu, como haré yo. Así que nuestros enemigos se han orientado hacia el homicidio. ¿Sabes quién podría ser el asesino? —Sacudí la cabeza—. Esperaré. —Ay sonrió en la oscuridad—. Pero él también tendrá que esperar.

Enlazó su brazo con el mío.

—Me encanta ir por el Nilo y observar a los martín pescadores negros y blancos lanzarse en picado y zambullirse. Se mueven tan rápido, que uno tiene que concentrarse. A veces no veo ninguno y me pregunto adonde se habrán ido. Así que, cuando regresan, estoy todavía más intrigado.

—¿Has venido —le pregunté— para hablar de los martín pescadores en plena noche?

—La fiesta está terminando. —Ay se volvió hacia donde podía verse la luz que salía a raudales por las ventanas del palacio—. Tus amigos han comido y bebido más de lo que debían. Sus sirvientes han tenido que ayudarlos. Horemheb, sin embargo, salió caminando como si estuviera en la plaza de armas. Tendremos que vigilarle, Mahu, a él y a Ramsés. Dos corazones que laten al unísono, y peor todavía, se trata de dos corazones astutos.

—¿El martín pescador? —pregunté.

—Ah, sí —Ay silbó bajo—. El gran escriba Huy ha traído una invitación. Dentro de unos días, como sabes, el Divino celebra el Festival de Opet en el que se traslada desde el templo de Amón-Ra en Karnak hasta Luxor. Una procesión gloriosa y triunfal mientras el faraón está en comunión con los dioses.

—¿El martín pescador? —pregunté otra vez, aunque esperaba a medias la réplica de Ay.

—El Divino se ha movido con la misma velocidad. Ha invitado graciosamente a su segundo hijo para que participe en las festividades oficiales.

—¿Y nuestro amo ha aceptado?

Ay me dio una palmada en el hombro.

—No tiene opción, Mahu, y tampoco nosotros.

* * *

La grande y amplia avenida, bordeada a cada lado por esfinges con cabeza dorada, señalaba la gran ruta de la procesión que conectaba los templos de Karnak y Luxor. En esa ocasión en particular, el último día de Opet, estaba flanqueada por una multitud a ambos lados que formaba una especie de ancho seto viviente. Tebas se había quedado vacía y el gentío aumentaba con los visitantes de todas las ciudades del reino y de más allá de sus fronteras, en aquel día magnífico y soleado en el que el

faraón mostraba el rostro a sus súbditos cautivados por la gloria y el poderío de Egipto.

La procesión real estaba encabezada por el principal escuadrón de carros de guerra, emitiendo destellos de oro y plata bajo la luz del sol. Los caballos sirios, blancos como la leche, cuidadosamente seleccionados de las cuadras reales, estaban enjaezados de forma magnífica: plumas azul oscuro se movían entre sus orejas, el arnés negro tachonado con brillantes medallones de plata y oro competía con el azul, rojo y plata de las fundas para las jabalinas y los *carcajs* para las flechas atadas con correas a los carros. Los caballos se movían con lentitud, casi como bailarines. Sus conductores, los más experimentados de Egipto, los guiaban cuidadosamente, moviéndose en armonía unos con otros. Entre los carros de guerra marchaban los portaestandartes con la insignia del escuadrón, la cabeza de carnero de Amón-Ra con joyas engastadas. Detrás de los carros, marchando con solemnidad, iban los altos funcionarios del ejército y de la corte, vestidos con túnicas blancas y con pelucas trenzadas sobre sus cabezas, adornadas con plumas de avestruz, teñidas de mil colores. Cada una de estas importantes personalidades de alto rango llevaba el símbolo de su cargo: un abanico con adornos de oro. Seguían los soldados de infantería, veteranos de todos los rincones del imperio que marchaban al unísono, vestidos de azul, con tocados de oro y taparrabos blancos. Llevaban lanzas y escudos ceremoniales también adornados con la insignia de Amón y estaban flanqueados por filas de arqueros, con sus *carcajs* a la espalda y los arcos en la mano.

El ruido de aquella masiva procesión casi ensordecía la música de las flautas, el retumbar de los largos tambores de guerra, el choque de los címbalos y el toque de las trompetas y los cuernos de concha de la banda militar. Nubes aromáticas se elevaron cuando los cabezas afeitadas, los sacerdotes de todos los rangos, vestidos con sus túnicas blancas y los hombros cubiertos con pieles de leopardo, caminaron lentamente hacia atrás con los rostros dirigidos hacia los palanquines reales que llevaban al faraón Amenhotep, el Magnífico, y a su Gran Reina y Esposa Tiye. Centenares de estos sacerdotes perfumaban el aire con nubes de incienso puro y las muchachas del templo, imágenes de la belleza con sus pelucas largas y voluptuosas y diáfanas túnicas, bailaban al son del sistro, mientras otras lanzaban miles de pétalos de flores perfumadas que revoloteaban en el aire.

En el más bello de los palanquines, con las cortinas recogidas en un lateral, el Magnífico iba recostado sobre un trono de oro adornado con piedras preciosas incrustadas en los brazos y los costados. Amenhotep llevaba sus vestimentas de gloria, que no eran capaces de esconder su enorme cuerpo, con sus pechos y barriga colgantes. Llevaba las coronas roja y blanca del Alto y el Bajo Egipto y el flagelo y el cetro en sus manos, apoyados contra el Nenes, la preciada túnica sagrada bajo su traje de gloria. Allí estaba él, sentado, con un codo sobre el brazo del trono, mirando con severidad hacia delante mientras sus súbditos lo aclamaban y los más devotos caían de rodillas para tocar el suelo con la frente. El faraón se desplazaba en toda su gloria.

Alrededor de su frente se enrollaba el Uraeus, la cobra en posición de ataque, protectora de Egipto y defensora del faraón. La serpiente simbolizaba el fuego y la fuerza que Egipto podría soltar contra cualquiera que lo molestara. A cada lado del palanquín imperial marchaban oficiales de alto rango, aquellos que eran admitidos en los aposentos privados del faraón. Cada uno llevaba una inmensa pluma de avestruz teñida de rosado, impregnada de casia, mirra e incienso para mantener el aire dulce, y también para apartar el polvo y las moscas, por no mencionar el sudor y los olores de la multitud concentrada que gritaba a su paso, mantenida a raya por soldados de infantería de rostro severo.

Un poco más atrás de Amenhotep iba la reina Tiye en su palanquín, con su cuerpo perfumado empapado en sudor envuelto en su vestido de plumas que la cubría de pies a cabeza. El vestido estaba hecho de deslumbrantes plumas de aves exóticas. Bajo la pesada corona que exhibía los cuernos y las plumas de Hathor, el rostro de Tiye aparecía sonriente y dulce. A diferencia de su marido, la reina se volvía cada poco a izquierda y derecha para agradecer la aclamación de la multitud. Luego seguía el Príncipe de la Corona, Tutmosis, y Akhenatón iba un poco más atrás. Ambos llevaban tocados redondos en forma de corona, adornados con colgantes de plata que caían por detrás. Vestían idénticas túnicas de lino, plisadas. Los dos resplandecían con sus deslumbrantes collares, pendientes, brazaletes y anillos y con sus rostros pintados con el contorno de los ojos resaltado con *kohl* verde oscuro. Cada príncipe iba rodeado por portadores de abanicos, ayudantes y sacerdotes esparciendo incienso. Tutmosis llevaba un báculo con su extremo dorado tallado en forma de halcón. Akhenatón se apoyaba en un bastón con incrustaciones de ébano y plata, un obsequio personal de Ay. Ambos iban descalzos y los portadores de las sandalias imperiales los seguían con ellas en la mano, para cuando las necesitaran.

Tutmosis era saludado con renovados estallidos de aclamaciones pero, mientras yo caminaba, muy por detrás de la legión de cabezas afeitadas, percibí el murmullo de la multitud cuando advertían que Akhenatón, el otro hijo del rey, desfilaba por primera vez ante el pueblo del faraón. En toda la avenida se escuchaban exclamaciones de sorpresa, gritos de admiración y también risas burlonas. Quienquiera que hubiese organizado la procesión, había sido muy astuto. Tutmosis iba caminando, obligando a Akhenatón a hacer lo mismo, quien intentaba superar sus dificultades y seguir el ritmo de la procesión, bajo el sol ardiente, con toda la dignidad de la que era capaz. Nefertiti no había sido invitada, un sutil insulto. Habría distraído la atención y la multitud la habría adorado, pero la invitación, con el sello personal de Amenhotep, no hacía mención alguna a ella, de modo que se vio obligada a permanecer en el palacio de Atón. Ocultó su cólera detrás de sonrisas, mientras le indicaba a Akhenatón cómo caminar y comportarse.

—El sol será muy fuerte —le había advertido—, trata de no llevar sandalias. Apoya tu peso sobre el bastón que Ay te dará. No mires ni a la derecha ni a la izquierda. Y, sobre todo, ten cuidado... no reacciones.

—¿A qué? —Akhenatón preguntó en voz baja.

Nefertiti miró a otro lado.

—Ante nada de lo que ocurra —susurró.

Ella me había llevado a un rincón apartado de los jardines, caminando de un lado a otro con aquel cuerpo hermoso tenso por la furia. Me recordó a la diosa Bastet, la Diosa Gato que camina sola. Nefertiti se paseaba yendo y viniendo; cada poco extendía los brazos, moviendo los dedos con las uñas teñidas con henna que brillaban como las garras de un guepardo enfurecido. Podía darme cuenta de cómo bullía la cólera en su interior por su respiración. Por fin se calmó y se detuvo junto a mí, que me encontraba sentado al borde del estanque. Puso un dedo perfumado sobre mis labios, apretando con fuerza y moviéndolo hasta que la uña se clavó en la punta de mi nariz. Sus ojos azules eran fríos como el hielo.

—Ten mucho cuidado, Mahu. Mi Amado está en tus manos.

Hice todo lo mejor que pude, o al menos lo intenté. El Festival de Opet había sido un desfile largo y agotador de celebraciones públicas en las que el Dios Amón-Ra, su esposa Mut y su hijo Khonsu fueron sacados de sus oscuros santuarios en Karnak y transportados a lo largo de los poco más de dos kilómetros hasta el templo de Luxor, a orillas del río, y luego el mismo trayecto de regreso. Procesiones por el camino, procesiones junto al río. Las barcazas imperiales, con sus resplandecientes pinturas y sus proas talladas en forma de cabezas de halcones, se movían lentamente por el río rodeadas de innumerables embarcaciones. Por la noche se realizaron banquetes a la luz de las antorchas y las lámparas de aceite y se ofrecieron sacrificios en medio de nubes de incienso. Las formaciones de tropas y el solemne desfile de sacerdotes y funcionarios parecían interminables. Era un festival de colores, canciones, música, baile, comida y bebida, que dejaba exhausto incluso al más experimentado cortesano.

Si la intención había sido que Akhenatón se cansara, se mostrara torpe o poco elegante, lo cierto fue que pasó muy bien la prueba. En todo momento caminó con cuidado, su desgarrado cuerpo bien equilibrado, su rostro inmóvil en una sonrisa permanente. Nefertiti le había enseñado bien. Tanto Ay como yo estuvimos siempre cerca. Funcionarios de la corte y ayudantes, ocultando su rudeza bajo una fría cortesía, trataron en todo momento de separarnos siempre que pudieron. Durante los banquetes nocturnos, Akhenatón fue colocado cerca de su padre, pero el Magnífico parecía no darse cuenta de su existencia, sin que se produjera ni siquiera un intercambio de miradas, y mucho menos de palabras. Tutmosis y sus hermanas, por el contrario, eran objeto de su atención y caricias, llegando incluso a ser ungidos por su padre, particularmente Sitamón, de bello rostro y ojos oscuros, la hija de catorce años de Amenhotep, una atractiva jovencita con un ajustado vestido y peluca trenzada y perfumada. Durante un banquete, se le permitió incluso sentarse sobre el regazo de su

padre, con la cabeza apoyada en su pecho, mientras él le daba de comer frutas confitadas que cogía de la mesa.

Akhenatón nunca se quejó. Lo cierto fue que apenas habló con nosotros o con cualquier otra persona, sino que aceptó su situación con una leve sonrisa y una curvatura de sus labios. Por la noche tratamos de entablar una conversación con él en varias ocasiones, pero sólo obtuvimos una vez más aquella sonrisa y un movimiento de la cabeza. Solamente una vez reveló sus sentimientos citando un poema:

*¿Por qué sentarse adusto en medio de la condena y la oscuridad?
Mientras se beben los tragos amargos de la vida,
hay que sonreír desde detrás de la copa.*

Akhenatón había bebido esos tragos, ahora que el festival terminaba con aquella solemne procesión desde Luxor hasta Karnak. Finalmente, abandonamos la avenida con su larga fila de impenetrables esfinges y entramos en la explanada del templo.

Pasamos junto a los relucientes estanques y cruzamos un patio con centenares de estatuas de granito negro de Sekhmet, la diosa con cabeza de león que había devorado al primer hombre. Estábamos en aquel momento a punto de entrar en el corazón del gran templo de Karnak. Sonaron trompetas y cuernos, mientras estandartes azul, blanco y oro suspendidos de las astas sobre las puertas bailaban y ondeaban como aves atadas. Vibraron más trompetas y cuernos y las enormes puertas de cedro del Líbano de color bronce se abrieron lentamente girando sobre sus goznes de bronce. Entramos a los sagrados recintos de Amón-Ra, un extenso bosque de granito y piedra que incluía templos, columnatas, estatuas y columnas. Otra enorme multitud se hallaba allí reunida: personalidades importantes y diplomáticos recibían un trato preferencial, y lo mismo ocurría en las diferentes explanadas y patios que íbamos atravesando.

En el patio central la procesión se detuvo. El palanquín imperial se bajó en medio de un enjambre de cabezas afeitadas. Se amontonaban allí sacerdotes de Amón-Ra, padres divinos, sacerdotes de los secretos, lectores, mayordomos, sacerdotes de capilla y una infinidad de ayudantes. Sonaron las trompetas, se golpearon los tambores y pétalos de flores revolotearon por el aire, mezclándose con las nubes de incienso y la fragancia de una infinidad de cestas de flores colocadas alrededor del patio. Un grupo de músicos y bailarines descendió los peldaños del templo propiamente dicho para dar la bienvenida al Divino. Amenhotep se quedó en su palanquín, al igual que la reina Tiye, mientras el cantor principal del coro entonaba un alegre himno de gloria:

*Los dioses se regocijan pues has incrementado sus ofrendas.
Los hijos se regocijan pues has mantenido las fronteras.
Todo Egipto se regocija pues has protegido sus antiguos ritos.*

El resto del himno fue continuado por el coro.

Qué grande es el Señor en su ciudad.

*Él solo conduce a millones.
¡Los otros hombres son pequeños!
Él es sombra y manantial,
un baño frío en verano.
Él es quien salva al hombre temeroso de sus enemigos.
Él ha venido a nosotros.
Él ha dado la vida a Egipto y ha eliminado sus sufrimientos.
Ha dado la vida a los hombres y ha hecho que las
gargantas de los muertos respiren.
Él ha permitido que criemos a nuestros hijos y enterremos a
nuestros muertos. Tú has aplastado a los que están en las tierras
de Mitanni,
Ellos tiemblan bajo tu terror.
Tu Majestad es como un toro joven,
fuerte de corazón, con cuernos afilados,
a quien nadie puede resistir.
Tu Majestad es como un cocodrilo,
el Señor del Terror en medio del agua,
al que nadie puede acercarse.
Tu Majestad es como un deslumbrante león.
Los cadáveres de su enemigo están esparcidos por el valle.
Eres el Señor Halcón que vuela.
Eres el chacal del sur.
Eres el Señor de la Rapidez, que se mueve sobre Dos Tierras.*

Cuando terminó el himno, Amenhotep debía pronunciar la réplica formal. Pero esta vez se volvió y susurró algo a un portador de abanico, su heraldo. El hombre dio un paso adelante. Escuché un murmullo y, al mirar otra vez a los peldaños, vi a Shishnak, el sumo sacerdote de Amón, que descendía lentamente atravesando el patio. Era un hombre delgado y anguloso, con labios pálidos y ojos oscuros y penetrantes, acostumbrado al drama de la liturgia del templo y capaz de explotarla para sus propios fines. A su lado caminaban dos sacerdotes acólitos balanceando incensarios de oro y, detrás de ellos, un portaestandarte. Este último llevaba un enorme abanico ornamental con forma de media luna sobre una larga vara dorada, exhibiendo la insignia del templo, una cabeza de carnero con cuernos de oro, ojos de piedras preciosas y la cara y el hocico azul cobalto.

Shishnak se detuvo ante el palanquín imperial y realizó la más elemental de las reverencias. Amenhotep la devolvió con un ligero movimiento de cabeza, un gesto que hablaba claramente del poder y la riqueza de este sumo sacerdote, arbitro supremo de los asuntos religiosos. Tanto el sacerdote como el faraón permanecieron inmóviles. El heraldo estaba a punto de volverse cuando escuché un grito entrecortado y miré hacia arriba. Tres cuervos negros, aves de mal agüero, dieron

vueltas por el patio. Uno descendió para posarse sobre la cabeza de una estatua, los otros dos hicieron lo mismo en el suelo, no muy lejos, con su aspecto malévolo, sus picos crueles y su ronco graznar. Un sacerdote se acercó corriendo agitando un abanico y las aves levantaron el vuelo, cortando el aire con sus horribles chillidos. Ay, a mi lado, estaba tenso. Farfulló algo en voz baja. El heraldo, sin embargo, inalterable por lo que había ocurrido, proclamó con fuerza:

—Su Majestad se complace en entrar a los recintos sagrados del templo de su Padre. Su discurso de agradecimiento será pronunciado por su muy amado hijo, el príncipe Amenhotep.

Aquella fue la única vez que pronunciaron el nombre de mi amo oficialmente. La declaración del heraldo fue recibida con exclamaciones entrecortadas de sorpresa. Ay maldecía en voz baja:

—Primero las aves de mal agüero y ahora esto. No está preparado... va a tartamudear, va a vacilar.

Traté de adelantarme pero Ay me cogió del brazo.

—No seas tonto. Estamos aquí sólo por gracia y favor —siseó.

El Magnífico había conspirado para tenderle una trampa a su hijo. Había sido expuesto al público, su entrada al templo se había hecho coincidir con aquellas aves de mal agüero y luego, sin formación e inexperto, tanto en la función pública como en la oratoria, tenía que pronunciar un discurso en presencia del faraón y todo el poderío de Egipto. Akhenatón se apoyó en su bastón. Pude darme cuenta por su postura de cuan tenso se había puesto, pero entonces se volvió y miró al sol. Su rostro estaba tranquilo y sonreía, con aquella sonrisa deslumbrante que podía cautivar y desarmarlo a uno.

—Estamos esperando. —La voz del sumo sacerdote se oyó como el sonido de un tambor por todo el patio—. Estamos esperando al hijo del Magnífico. ¡Que todos los oídos escuchen! ¡Que todos los corazones se regocijen con el gran favor mostrado por este hijo del faraón!

Apenas había terminado cuando la voz de mi amo surgió, clara y vibrante, emocionante como una trompeta en el aire.

*Oh Padre, Uno y Eterno,
en todas las naciones que están bajo tu dominio
tu nombre es alto, poderoso y fuerte.
El Eufrates y el océano del Gran Verde
tiemblan ante ti.
¡Tu poder gobierna la región
desde aquí hasta los confines de la tierra!
¡El pueblo de Punt te adora
y en la Tierra del Este, donde crecen los árboles de las especias,
los árboles están frescos por tu amor!
¡Tú traes sus perfumes para hacer que el aire sea dulce*

*en sus templos en los días de fiesta!
¡Las aves del aire vuelan gracias a ti!
¡Las criaturas del suelo
comen y viven gracias a ti!
Todas las criaturas, visibles e invisibles
se alzan en honor ante ti,
oh Padre glorioso,
¡Atón eterno!*

Akhenatón hizo una pausa y, totalmente ajeno a los gritos entrecortados y las exclamaciones que había causado, continuó su alegre himno de elogio.

*¡Magnífico es tu nombre!
¡Tú atas el loto y el papiro!
Tú eres verdadero de voz.
¡Tu ojo todo lo ve!
Lo que se hace en secreto es claro para ti.
Lo que es susurrado es escuchado por ti.
Tú has establecido tu majestad sobre las montañas.
Qué hermosa es tu llegada.
Padre mío, ¡te doy las gracias por este día!*

Mi amo se quedó en silencio. Era una alegría ver a los sacerdotes de Amón, con sus bocas abiertas en sus rostros carnosos y las manos agitándose. Hasta Shishnak se quedó paralizado. Tuvo lugar una breve conversación entre el faraón y el heraldo. Las trompetas resonaron y el faraón, ayudado por dos asistentes, abandonó el trono. Acompañado por la reina Tiye y el sumo sacerdote, Amenhotep el Magnífico atravesó el patio y subió los escalones hacia el lugar sagrado. Entonces, en privado, podía estar en comunión con sus dioses y descargar su rabia ante la insolencia de su hijo, el Grotesco, quien, en el corazón mismo del templo de Amón-Ra, se había atrevido a entonar un himno de alegría y elogio a su extraño dios Atón. El resto de la concurrencia tuvo que esperar pacientemente.

Miré rápidamente a Ay. Su rostro permanecía impassible pero sus ojos brillaban divertidos. Otros funcionarios empezaron a hablar entre sí mientras mi amo permanecía apoyado sobre su bastón, sonriéndole beatíficamente al sol.

Espíritu diabólico

Seth, el pelirrojo dios del Caos, era retratado a menudo con un pico, cuernos y cola bifurcada.

Capítulo 10

—Nuestro príncipe estuvo magnífico. —Ay mordió un succulento trozo de carne muy condimentada con especias. Sonrió para sí con asombro, disfrutando tanto del recuerdo como de la comida. Ay, Snefru, el escriba Ineti y yo estábamos sentados al aire libre, en el Saliente de la Gacela, un promontorio escarpado sobre el Nilo. ¡Un día magnífico! Los cazadores de aves se afanaban junto a las aguas. Habían extendido sus redes sobre un armazón plegable y lo habían colocado en el agua clara entre grupos de cañas. El armazón estaba fijado por estacas clavadas en el barro. Luego, los cazadores se ocultaban detrás de algún arbusto, cuerdas en mano, listos para cerrar la trampa de red sobre sus bisagras. El atractivo cebo consistía en migas jugosas y semillas. Las aves se agrupaban en la red, revoloteando y peleando por el cebo. Apareció un cazador, sobresaltándolas. Gritó una orden y la red se cerró de golpe. Las aves quedaron dentro de la trampa. Por un momento todo fue confusión. Las redes estaban llenas de aves amontonadas que luchaban en vano por escapar. Una vez exhaustas, los cazadores abrieron la red, retirando rápidamente a las más jóvenes para matar al resto. Se retorcieron cogotes, se cortaron cabezas, se retiró la sangre y se arrancaron las plumas; después las aves fueron arrojadas a recipientes de agua con sal.

—La intención era que nuestro príncipe —observé— cayera en una trampa, pero se libró de la red de los cazadores de aves.

El aire trajo hasta nosotros el olor a sangre y sal. Estábamos sentados en un semicírculo alrededor de paños abiertos sobre los que había dispuesto ganso con especias, pan fresco y fruta cortada. Nuestras copas de arcilla rebosaban del mejor vino, servido por el mismo Ay, que había organizado la excursión a nuestro regreso de Karnak. Snefru parecía concentrado en los cazadores, mencionando en un susurro las diferentes clases de aves que habían atrapado: gansos salvajes, avefrías, gorriones, patos de rayas verdes, tórtolas grises con cuello negro, codornices, abubillas, picazas chillonas de lomo rojo y palomas.

—Deberían tener cuidado. —Ay señaló las aguas donde se agrupaban las cañas a lo largo de la ribera—. Anguilas, lucios y lampreas viven allí, y en donde están ellos siempre van los cocodrilos.

Snefru se negó a mirarme a los ojos mientras volvía a recitar la lista de peces diferentes que se podían atrapar, como si, por la simple repetición, pudiera calmar la tensión y el miedo. A pesar de la carne y el vino, de aquella tarde gloriosa y soleada, Ineti estaba sentado acunando su copa, con la mirada fija, inquebrantable. Si hubiera sido posible, sus feas orejas como asas se habrían cerrado pues Ay estaba al borde de la traición. Mientras mordía la fruta y el pan yo me preguntaba adonde quería llegar Ay. Akhenatón se había quedado atrás con Nefertiti. Lo cierto era que había estado

constantemente con ella desde nuestro regreso. Ni banquetes, ni festines, sólo un silencio funesto. Nefertiti había estado enfadada como un gato furioso. Me había clavado las uñas en la cara, me había pellizcado las mejillas. Su belleza hacía que su cólera fuera todavía más terrorífica.

—A mi Amado le tendieron una trampa —dijo indignada—. Le llevaron como un ganso doméstico para exhibirlo ante el pueblo. ¿Qué se suponía que iba a hacer? ¿Tropezar y caer? ¿Físicamente o con sus palabras?

—Excelencia —protesté—, su Amado, mi amo, se comportó de manera extraordinaria.

—No debió haber cantado, el himno a Atón —replicó.

Ay no estaba de acuerdo. Cuando Akhenatón se reunió con ellos, me despidieron para que ellos pudieran continuar su disputa en privado.

Ay terminó su vino y señaló la gran cantidad de aves que volaban por encima de los pantanos.

—Me recuerdan a aquellos cuervos, los que volaron sobre el templo de Amón. ¡Fue un truco ingenioso! No cabe duda. Los cabezas afeitadas los atraparon, los hicieron pasar hambre y luego los hicieron soltar en el momento en que entramos al patio central. Los cuervos harían ruidos, molestos y deseosos de volar bajo el sol. Esparcieron alpiste en aquella estatua y por el suelo, para hacerlos descender. De todas maneras, nuestro príncipe dominó la situación.

La cara con cicatrices de Snefru daba señales de alarma.

—Y qué discurso pronunció nuestro joven príncipe —continuó Ay—. Con cuánto ingenio, con cuánto tacto. Los cabezas afeitadas de Amón deben de estar hirviendo de rabia. Ah, bien. —Suspiró y volvió a llenar nuestras copas—. El gran plan del Magnífico se tambaleó y fue reemplazado por el nuestro. —Respiró hondo—. Es bueno estar aquí. Adoro el olor del río, lo dulce y lo ácido, la madurez y la basura, la vegetación que se pudre. La vida y la muerte, ¿no? Espero que Shishnak se pudra en su templo.

Ineti tosió. Su cara tenía el color de la ceniza, los ojos llenos de miedo por lo que estaba escuchando.

—Un día —murmuró Ay—, Atón, el Dios invisible y que todo lo ve, será reconocido y venerado por todos. Los trucos ingeniosos de Amón, las farsas en su templo, habrán terminado. Me encantaría entrar en el santuario —Ay parloteaba como si estuviera hablando consigo mismo—. Colocan esa estatua ridícula sobre su llamada barca sagrada y el faraón le hace una pregunta. Si la barca se adelanta, la respuesta es «sí». Si es «no», retrocede. ¡Quiero decir —se rió— que la empujan los cabezas afeitadas! Le dan al faraón la respuesta que él quiere. Pero, por supuesto, él se está volviendo cada vez más estúpido, ¿verdad?

Snefru gimió. Yo sentí un escalofrío de miedo. Ay miraba fijamente a Ineti en ese momento.

—No puedes creer lo que esas orejotas están escuchando, ¿no es así, maestro escriba? ¿Estás tomando nota cuidadosamente de todo lo que he dicho? —Ay se inclinó hacia delante—. ¿Regresarás a tus amos de Tebas y les contarás las palabras de traición que has escuchado? Pues bien, tú no irás a ninguna parte. Ineti, el vino que has bebido está envenenado. No puedes sentir el sabor. Contiene una poción especial preparada por mi hija: veneno de serpiente mezclado con algunos polvos mortíferos.

Snefru se puso de pie de un salto, derramando su copa.

—Oh, el tuyo no —lo tranquilizó Ay, sin que sus ojos se apartaran de Ineti—. Sólo el del escriba.

Ineti trató de moverse pero no pudo. Su rostro cetrino se había vuelto gris, los ojos parecían querer salir de sus órbitas y sus labios habían adquirido un color extraño. Por las comisuras de su boca salía espuma blanca.

—Los síntomas son muy rápidos. La muerte no tarda demasiado. No puedes moverte, ¿verdad, Ineti?

El escriba estaba sentado como tallado en piedra; sólo el latir de una vena en su cuello mostraba que la lucha de la muerte había comenzado. Era algo misterioso, espantoso, que ocultaba otra imagen: el grito de las aves, los lejanos gritos de los cazadores de pájaros, la brisa que se alzaba sobre el río, el zumbido de las abejas, el revoloteo incesante de los innumerables insectos. Dejé mi copa. Ay se estiró para tocar la cara de Ineti. El escriba luchaba por respirar como un hombre cuyos pulmones se hubieran llenado de agua. Los ruidos que salían de su boca se hicieron más terribles; hacía enormes esfuerzos y tenía arcadas como si estuviera a punto de vomitar, los ojos daban vueltas en las órbitas. Finalmente, se dobló hacia un lado. Su cara chocó con el afilado y duro suelo rocoso, tanto que aparecieron algunas gotas de sangre; luego quedó tendido, inmóvil.

—¿Por qué? —preguntó Snefru con voz apenas audible.

Ay tomó polvo del suelo y lo arrojó sobre el cadáver de Ineti, después cogió su copa e hizo un brindis al río.

—«¡Atrás!» —recitó un sortilegio del *Libro de los Muertos*—. «¡Retírate! ¡Atrás, eres peligroso! ¡No vengas contra mí! ¡No vivas de mi magia! ¡Atrás, tú, cocodrilo del este! Tu destino está en mi vientre. ¡Vive en la fiera oscuridad para siempre!». Bien, Snefru. —Se frotó las manos y señaló un grupo de arbustos que había más adelante—. Arrastra el cadáver a ese lugar. Nadie lo verá.

Pero Snefru ya estaba de pie mirando a su alrededor.

—Horemheb y Ramsés enviarán espías.

—Lo dudo —murmuró Ay—. Es al príncipe a quien espían, y a mi hija. Incluso si se enteran, todos nosotros lo juraremos, ¿no? Ineti comió algo que no le sentó bien. —Se rió alegremente—. Vamos, Snefru, arrastra el cadáver hasta los arbustos. Haz un corte profundo en su pecho, arráncale el corazón y arrójalo para que las aves y los chacales se den un banquete con él. Maldito en la vida, Ineti estará maldito en la muerte. Su *Ka* puede recorrer los salones áridos y fríos del Mundo Inferior. Que

nunca conozca la paz. ¡Vamos, hombre! —Ay buscó en la cesta de la comida, sacó un cuchillo largo y lo puso en la mano de Snefru—. Arráncale el corazón. Y mientras lo haces, ¡recita una maldición! ¡Hazlo ahora!

Snefru agarró el cuchillo y cargó el cadáver de Ineti como si fuera un saco de despreciable basura. Lo arrastró por el suelo, manteniéndose agachado para que los cazadores de aves de la ribera no pudieran verlo. Las sandalias del escriba rozaban el suelo y con los brazos y piernas torcidos parecía una muñeca rota.

—Bien, Snefru consiguió un trabajo cortado a su medida. —Ay se rió del juego de palabras.

Miré hacia el río. Los cazadores de aves se estaban retirando en aquel momento. Al igual que Ay, se mostraban felices por un buen día de caza.

—Él era el asesino, Mahu.

Ay llenó mi copa, sonrió ante mi incertidumbre y cambió su copa por la mía. Su sonrisa se agrandó cuando volví a cambiarlas.

—¡Confía en mí, Mahu! ¡Confía en nuestro amo! Ineti era un asesino, un espía. Todos lo sabemos. Como una víbora escondida bajo una roca, él esperaba su momento. No lo lamentas, ¿verdad?

—Ni pienso en él.

—¡Bien! Solía llevar a Ineti a los mercados de Tebas para comprar provisiones. No era un espía demasiado bueno. Siempre se apartaba por la misma calle y entraba en una cervecería donde le entregaba un rollo de papiro al dueño. Logré persuadir al propietario para que me lo entregara. Bueno, por lo menos el último rollo. Le corté el sucio cuello al bribón por si acaso.

—¿Y el papiro?

—Ah, sí. Le decía al amo de Ineti, quienquiera que éste sea, todo lo que yo había hecho y adonde había ido. Era un claro indicio de que si yo iba a morir, podría ser a causa a algún inesperado accidente en la ciudad o por una pelea en una posada tomando vino. Pero ése no es el lugar para que yo muera, ¿no, Mahu? Aunque no lo maté sólo por eso. —Cogió un trozo de ganso bien cocido y lo mordió con cuidado—. Has visto lo que ocurrió en Karnak. ¡Estamos en guerra, Mahu! Y en la guerra uno tiene que provocar tanto terror en los corazones del adversario como sea posible. Oh, sí, nuestros enemigos se darán cuenta de que matamos a Ineti, pero no podrán demostrarlo. Nunca encontrarán su cadáver. Snefru volverá después de que oscurezca y lo arrojará a algún lugar de aguas tranquilas donde habitan los cocodrilos. Estamos enviando un mensaje, Mahu. Somos tan despiadados como ellos.

—¿Quiénes son?

—Para ser completamente sincero, muchacho, no lo sé.

—No soy tu muchacho.

—No, Mahu, no lo eres. Tú eres es mi aprendiz. De todos modos, así es como se hacen las cosas. Nos atacan y nosotros respondemos de la misma forma.

—Buscarán venganza por la muerte de Ineti.

—Que lo hagan y pagarán un alto precio por ello, pero antes lo pensarán detenidamente.

—¿Quiénes crees que son?

—¡Todo el mundo, Mahu! El Príncipe de la Corona, el Divino, Shishnak, el sumo sacerdote de Amón, Rahimere, el alcalde de Tebas. O uno de ellos, o dos, o todos. Estás metido en una batalla. El enemigo está desplegado, escondido tras una cortina de polvo o alguna elevación del terreno. Tienes que esperar, descubrir cuál es su verdadera fuerza, dejar que muestren sus reglas. Lo mismo es aplicable en esta situación. —Hizo una pausa. Los gruñidos de Snefru mientras cortaba el cuerpo de Ineti llegaban claramente hasta nosotros—. ¡Lávate las manos! —gritó Ay. Se calló para escuchar atentamente. Alcancé a oír las palabras de la maldición que Snefru estaba pronunciando mientras le arrancaba el corazón a Ineti.

—¿Podemos confiar en Snefru?

—Oh sí. Especialmente ahora. —Ay se secó el sudor de la frente con las puntas de los dedos—. Una vez le conté a Snefru que Ineti trabajaba en la corte. Era un escriba de las heridas. Él supervisaba las mutilaciones llevadas a cabo contra delincuentes condenados. Snefru puede haberse sorprendido por la rápida muerte de Ineti, pero sospecho que está disfrutando con su trabajo.

Cuando Snefru salió de entre los arbustos vestía solamente un faldellín blanco. Tenía el vientre, el pecho, las manos y los brazos cubiertos de sangre.

—¿Está hecho?

—Las aves ya se están alimentando con su corazón. —La cara de Snefru se iluminó con una sonrisa.

Ay miró río abajo.

—Y los cazadores de aves ya se han ido. Snefru, ve allí y lávate.

Lo observamos mientras se alejaba. Snefru se lavó rápidamente; se desnudó por completo y permaneció en el borde del río, temeroso de lo que el olor a sangre podía atraer. Ay volvió a poner todo en las cestas menos la copa de Ineti, que fue arrojada tras las rocas y, con Snefru siguiéndonos, regresamos al palacio de Atón. Akhenatón y Nefertiti se encontraban en el jardín, sentados bajo las ramas de un sicómoro, confeccionando una guirnalda de flores. Ambos nos miraron cuando nos acercamos. El rostro de Akhenatón se mostraba pensativo y sus ojos oscuros, atentos. Nefertiti, por su parte, estaba tan serena como un gato bien alimentado.

—Ya está hecho —informó Ay.

—¡Bien! —susurró Nefertiti—. Mi Amado, nunca pongas los azules y los verdes tan cerca unos de otros. —Alzó la vista y sonrió—. Mahu, tenemos que preparar el equipaje. La reina Tiye nos ha enviado un mensaje. Una barcaza imperial vendrá a buscarnos dentro de dos días.

Ay me cogió del brazo y nos retiramos.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al lugar de nacimiento de Atón —respondió—. Dile a Snefru que escoja a diez de sus mejores hombres. Que las provisiones estén listas para llevarlas al embarcadero.

Dos días después llegó la barcaza de la reina. Era una embarcación magnífica con la proa y la popa sobresaliendo, ambas esculpidas con una leona de oro rugiendo. El resto era de color azul deslumbrante, negro y rojo, con el ojo de Wadjet a cada lado de la proa y cobras en actitud de ataque pintadas con gran realismo bajo la popa. En cada extremo había pabellones minuciosamente pintados, y otro de doble techo en el medio. Este último estaba pintado de azul oscuro con una cabeza de Horus dorada a cada lado. Un inmenso mástil azul y blanco se alzaba hasta el cielo con su gran vela recogida.

La llegada del *Deslumbrante Atón* causó consternación entre los oficiales de la Banda Sagrada, a los que no se había advertido de su llegada. Horemheb y Ramsés se dirigieron de prisa a la casa, con la armadura ceremonial a medio poner, y pidieron ver al príncipe. Ay los recibió en el pórtico de entrada e insistió en servir cerveza fresca y rebanadas de un succulento pastel de nuez. Horemheb y Ramsés no tuvieron más remedio que respetar el protocolo. Se sentaron sobre los almohadones, mordisquearon un poco de pastel y bebieron unos sorbos de cerveza.

—¿El príncipe está a bordo? —preguntó Ramsés.

—No —respondió Ay.

—¿Por qué está aquí?

—Nos vamos de viaje.

Horemheb abrió la boca con la intención de preguntar por orden de quién, pero Ramsés le dio un ligero codazo.

—No somos prisioneros —continuó Ay sin cambiar el tono de voz—. Nuestro amo es un Príncipe de la Sangre. Puede ir y venir a donde le plazca.

—¿Adónde van? —insistió Ramsés.

—Se trata, capitán, de un crucero de placer por el río. El clima es delicioso. El Nilo corre alto y veloz. Las flores se abren y los árboles se llenan de brotes. Podemos ir de caza entre las superficies de papiros o incluso salir al Desierto Oriental o al Occidental.

—Tenemos que acompañaros.

—¿Por qué?

—Órdenes —replicó Horemheb—. El príncipe, por supuesto, no es un prisionero, pero es el hijo amado del Divino.

—Ah, sí —interrumpió Ay sarcásticamente.

—¡Nuestra misión —la voz de Ramsés sonó estridente—, nuestra misión es defender y proteger al príncipe! A donde vaya el *Deslumbrante Atón*, nosotros lo seguiremos.

—Entonces, mi querido soldado, mejor vas a Tebas y hablas con el principal escriba de la marina. Vosotros tenéis una barcaza de guerra, necesitaréis provisiones.

Para nosotros es imposible alimentarnos.

—¿Y nuestros carros de guerra? —se quejó Ramsés.

—Vuestros carros de guerra corren por vuestra cuenta. —Ay se encogió de hombros—. Tendréis que dejarlos aquí.

—Hay otro asunto. —Ramsés adoptó un tono más mesurado—. Se trata del escriba del que habéis notificado su desaparición, Ineti. Encontramos algunos huesos totalmente descarnados y limpios, cerca de las rocas.

—Pobre Ineti. —Ay sacudió la cabeza—. Le dije que no fuera por la orilla del río. Pero hay personas a las que no se les puede dar indicaciones. —Se levantó sacudiéndose las migas de la túnica—. Y ahora, perdonadme, pero estamos ocupados. Partimos mañana al anochecer.

Horemheb y Ramsés salieron deprisa. Durante un buen rato, todo fue confusión en el pequeño campamento militar que se levantaba entre nosotros y el muelle. De todas maneras, cuando estuvimos listos para partir, Horemheb y Ramsés ya se habían organizado. Una poderosa barcaza de guerra pintada de negro, con casco ancho y vacío partió detrás de nosotros. Estaba tripulada por un pequeño escuadrón de marinos a los que se unieron Horemheb, Ramsés y algunos otros de su compañía. Zarpamos justo antes de que oscureciera, para dirigirnos al centro del río. El mismo Ay dirigía el himno de alegría y elogio mientras los remeros se inclinaban y volvían a echarse hacia atrás. Nuestra nave salió impulsada hacia delante tomando gran velocidad, una burla bien planeada para Horemheb y Ramsés, que rápidamente salieron a perseguirnos.

Akhenatón y Nefertiti ocupaban el pabellón central, Ay el de popa. Yo permanecí con la tripulación envuelto en las tibias mantas, suficientemente cerca de los braseros encendidos para recibir algo de calor y también un poco de protección contra las moscas de la noche. Avanzamos bastante, deteniéndonos cada poco en algún pueblecito para reabastecernos de agua o para intercambiar provisiones. Nefertiti y su Amado actuaban como una pareja real. Durante el día los laterales del pabellón eran retirados y podían sentarse bajo el toldo, rodeados de portadores de abanicos, disfrutando del maravilloso espectáculo de colores en ambas orillas: el verde brillante de la cebada, el suave color amarillo de la avena, el oro ardiente del trigo. Hacían comentarios sobre los botes de pesca y otras embarcaciones que recorrían el río. Naves llenas de mercenarios que eran trasladados a las fortalezas, barcazas de suministros de vino, cerveza, madera de cedro, bronce, cobre o ganado. Cuando el día llegaba a su fin, hablábamos sobre los colores cambiantes de las arenas y pantanos a ambos lados, que pasaban del rojo dorado al púrpura oscuro.

En la segunda noche de viaje, Nefertiti invitó a Horemheb y Ramsés a una cena en la barcaza imperial. Horemheb trajo a sus dos nuevos enanos; parecían gemelos, con sus cabezas calvas, sus barbas tupidas y sus cuerpos macizos y pequeños. Ramsés tenía una cría de jirafa que había seguido a los cazadores después de que éstos mataran a su madre la noche anterior. Fue la única vez que lo vi demostrar

afecto por algo o por alguien, aparte de Horemheb. Fue una lástima que fuera tan torpe. Al día siguiente la jirafa cayó por la borda y se ahogó. De todos modos, aquélla fue una noche hermosa y el río brindaba su propio espectáculo. Junto a nosotros pasó una barcaza que transportaba peregrinos que regresaban del santuario de Hathor, la Señora de la Embriaguez. Aquellos hombres y mujeres estaban borrachos, alegres y hacían mucho ruido, incapaces de discernir a quién gritaban. Las mujeres a bordo tampoco sabían con quién coqueteaban enseñando sus pechos desnudos o levantándose las faldas.

Horemheb y Ramsés no eran los invitados ideales. Todo el tiempo se comportaron de manera hosca y ni siquiera los peregrinos de Hathor lograron hacerlos sonreír. Me miraban ceñudos y aprovecharon la oportunidad para llevarme a un lado y quejarse por lo que había ocurrido.

—No soy vuestro espía —protesté.

—Ojalá no hubieras partido con tanta velocidad —lloriqueó Ramsés.

Estábamos de pie en la popa de la embarcación calentando nuestras manos sobre un pequeño recipiente de carbón encendido, cuidadosamente protegido en su cubo de cobre. Vi que la mano de Ramsés temblaba ligeramente y entonces me di cuenta de la verdad.

—Por supuesto. —Me incliné hacia él y le di unos golpecitos en la cara, como solía hacer él conmigo en la Kap—. No te gusta el agua, ¿verdad, Ramsés?

—Me pongo enfermo —confesó sin levantar la cabeza—. Le pedí a ese bastardo ocioso de Pentju si podía darme algo.

—No importa —lo consolé—. ¡Estoy seguro de que el viaje no será largo!

Pasamos cerca de ciudades y pueblos, pero no se dio orden alguna de detenernos en Abydos, la ciudad sagrada de Osiris, ni siquiera en Ahkmin, donde Tiye y Ay tenían familiares y amigos. Era como si no desearan conversar con nadie ni ser molestados por nada. Navegamos majestuosamente Nilo arriba en un viaje de más de trescientos kilómetros: días tranquilos, noches de reposo. Nadie mencionó hacia dónde nos dirigíamos ni la razón de nuestro viaje. Akhenatón y Nefertiti estaban tranquilos. En una ocasión, justo después de la puesta de sol, algunos de los marineros con mejores voces entonaron un hermoso himno que conmovía el corazón y traía recuerdos agridulces. Era una canción sobre el tiempo pasado, un tiempo brillante, libre de la sombra de la muerte o la enfermedad. Akhenatón y Nefertiti cantaron juntos, cogidos de la mano. Sus voces resonaron por el agua. Los pescadores que, en sus botes, recogían las redes antes de que cayera la oscuridad se detenían para escuchar. El coro fue seguido por los marineros de voces profundas en un canto rítmico. Incluso en ese momento, muchos años después, al anochecer, cuando el sol se pone, cierro los ojos y recuerdo aquel cántico.

* * *

Una tarde, ocho días después de abandonar Tebas, Akhenatón se sumió en un extraño silencio y, flanqueado por Nefertiti y Ay, permanecía junto a la borda con la mirada fija en la costa oriental del Nilo. Yo me quedaba detrás de él, observando la exuberante vegetación y las palmeras que poco a poco dejaban paso a un terreno desértico. Ay gritó una orden. Las velas fueron recogidas mientras se ordenaba a los remeros disminuir la velocidad. Detrás de nosotros, la barcaza de guerra hizo lo mismo. Akhenatón y Nefertiti no se movieron en ningún momento. Permanecieron fascinados ante aquella franja de tierra desértica reseca por el sol, de unos doce kilómetros de ancho, que se extendía desde el Nilo hasta unos precipicios de piedra caliza, altísimos, dominados por dos elevados peñascos separados por una hendidura en forma de media luna. ¡Aquél era el suelo sagrado! Era la primera vez que lo veía. Se trataba de un lugar solitario, bañado por el Nilo y dominado por aquellos altos desfiladeros que cambiaban de color a medida que recibían y reflejaban la luz del sol poniente. Un lugar vacío con su propia aura. Cuanto más lo miraba, más parecía avanzar sobre la corriente de agua hacia mí, arrastrándome a su inquietante y vacía soledad.

Al caer la tarde, nos preparamos para ir a tierra. Nuestra barcaza se abrió camino en los bancos de arena. Ay le dijo algo en voz baja al capitán. Sólo él, Akhenatón, Nefertiti y yo íbamos a desembarcar. Una vez abajo, el príncipe se arrodilló y tocó el suelo con la nariz como si estuviera adorando a los dos picos distantes. Nefertiti y Ay hicieron lo mismo, mientras yo permanecía mirando a mi alrededor, tratando de tranquilizar mis temores. Quería que algún sonido rompiera aquella quietud. Akhenatón susurró una oración, se puso de pie y cruzó aquella tierra sagrada mientras el sol se movía detrás de nosotros, enviando sombras que se extendían por la explanada y hasta los desfiladeros de piedra caliza. La brisa vespertina azotó nuestros rostros como si fuera una voz susurrante que trataba de comunicarnos un secreto. Mis sandalias crujían sobre el terreno duro. Me arrodillé entre las piedras para recoger conchas marinas como trozos de cristal o alabastro. Estaban por todas partes, entre los guijarros, y brillaban con la luz del sol poniente.

—Alguna vez —susurró Akhenatón mientras miraba las conchas que yo tenía en la mano— el Gran Verde cubrió esta tierra hasta que mi Padre lo hizo volver a sus límites. —Levanté la vista con los ojos entrecerrados. Akhenatón miraba con avidez la hendidura entre los dos peñascos—. Alguna vez, mi Padre caminó por aquí, en la frescura de la tarde, disfrutando de sus plantas exuberantes, regocijándose en la compañía de los hijos de los hombres... ése era su deleite. —Parpadeó y se puso en cuclillas junto a mí con los ojos brillantes de emoción—. Eso fue en el Tiempo Deslumbrante, Mahu, cuando los hijos de los hombres caminaban con Dios y todo era armonía, antes de que el Ladrón del Mundo Inferior hiciera sentir su presencia. ¿Puedes sentirlos, Mahu? ¿Puedes sentir a los fantasmas de los Seres Deslumbrantes entre nosotros? La brisa trae sus débiles palabras e himnos. —Dio unos golpecitos sobre la tierra—. Las raíces todavía están aquí, hundidas muy profundamente. El

desierto florecerá y el junquillo crecerá entre las rocas. Cuando nuestra visión se haga realidad, mi Padre caminará de nuevo entre los hombres.

Lo miré incrédulo, pero él no advirtió mi estado de ánimo.

Yo no sabía nada de su extraña teología. Incluso cuando reflexioné sobre lo que Tiye me había dicho, ¿qué significaba? ¿La adoración de un dios invisible que manifestaba su poder en el símbolo del Disco Solar? Akhenatón recogió un poco de arena, guijarros y conchas, dejándolos resbalar entre sus dedos. Se levantó y, con Nefertiti a su lado, caminó hacia el interior. Los gritos de la barcaza de guerra se oyeron en tierra. Akhenatón se volvió bruscamente y regresó a grandes zancadas, golpeando el suelo con su bastón y con sus vestiduras revoloteando en torno a él mientras gesticulaba con sus largos brazos.

—¡Regresad! —gritó—. ¡Quedaos a bordo! No contaminéis este suelo sagrado pues mi Padre me ha bendecido. Me ha bendecido y me bendecirá otra vez. —Trepó sobre una roca, destacando su cuerpo desgarbado contra el cielo que se oscurecía con el rostro bañado por la luz del sol poniente—. ¡Regresad! —repitió—. No piséis esta tierra sagrada.

Ay fue hasta la orilla y repitió la orden de no desembarcar. Su voz, como la de un heraldo, atravesó el agua. La consternación en la barcaza de guerra era perceptible, pero Ay insistió. Sólo unos pocos criados del *Deslumbrante Atón* bajaron a tierra. Levantaron pabellones y tiendas, recogieron leña, encendieron una fogata y trajeron provisiones de carne, vino y pan. El sol se puso y la llanura se oscureció. La única luz era la del fuego de nuestro campamento. Akhenatón estaba sentado, apoyado en el brazo de Nefertiti con los ojos entrecerrados, como si estuviera bebiendo el olor, el sabor y los sonidos mismos de aquel lugar. Se retiraron temprano. Ay y yo compartimos un pabellón más pequeño. Permanecí echado escuchando el canto de Akhenatón y Nefertiti, seguido por el tintineo de copas y los sonidos de ambos haciendo el amor antes de dejarme arrastrar por el sueño.

Akhenatón nos despertó mucho antes del amanecer. Sentí frío. En el exterior el aire era helado. Sólo un débil rayo de luz más allá de las montañas indicaba que la llegada del día era inminente. Akhenatón actuaba como un niño excitado, yendo de un lado para otro mientras Ay y Nefertiti colocaban mantas y almohadones. Finalmente, Akhenatón se arrodilló con Ay y Nefertiti a cada lado. Me agaché sobre mi almohadón. Nefertiti se puso de pie, regresó a su pabellón y sacó tres cuencos de incienso encendido. Los puso delante de Ay, de Akhenatón y de ella misma. El incienso tenía un olor agrisado mezclado con el aire matutino. El brillo se hizo más intenso hacia el este, como si una bola de fuego estuviera a punto de emerger tras las montañas. Un pájaro voló por encima de nuestras cabezas. Su canto atravesó el aire frío. La tierra quedó en silencio. Las estrellas desaparecieron y el Disco Solar apareció exactamente en el centro de la hendidura, entre los dos altos picos. Ascendía con toda la majestad del amanecer, aplastando la oscuridad, iluminando las montañas, extendiendo sus rayos sobre la llanura como si estuviera deseoso de llegar al río.

Akhenatón gimió en su éxtasis, moviendo la cabeza hacia atrás y hacia delante.
Cantó:

*¡Qué hermoso eres,
qué visible es tu gloria!
¡Poder visible de lo invisible!
¡Gloria del amanecer!
¡Más brillante que el lucero del alba!
¡Tu poder escondido sostiene a todas las criaturas!
Por encima de la tierra, sobre la tierra, bajo la tierra.
Todos los seres toman la vida y el poder de ti.
Toda la creación espera hacer tu voluntad.
Oh, Padre, bendice a tu hijo, como él te bendice a ti.
Oh, Padre, date a conocer como yo haré que te conozcan
y honren tu nombre y glorifiquen tu ser en este lugar sagrado.*

La emocionada voz de Akhenatón se hacía cada vez más fuerte, como el sonido de una trompeta que rompe el silencio, siendo escuchada incluso por nuestros compañeros en las barcazas.

*¡Haré algo hermoso por ti!
Hacia todos los confines de esta tierra.
Haré algo hermoso por ti
hacia el norte, hacia el sur,
hacia el oeste y hacia el este.*

Akhenatón hizo una reverencia, seguido por Nefertiti y por Ay, tocando con sus cabezas en el suelo. El Disco Solar se liberó, separándose de las montañas, y se alzó sobre el cielo, transformando la tierra y el aire en un derroche de luz y de gloria. Luego mi amo se levantó, con una sonrisa beatífica en su rostro.

—Ve hasta la orilla, Mahu —me ordenó—. Dile a los demás que ya pueden bajar a tierra.

Lo hice. La tripulación del *Deslumbrante Atón*, seguida por Horemheb, Ramsés y sus soldados, desembarcó. Mis dos compañeros estaban enfadados, pero su enojo se mezclaba con una gran curiosidad. Habían presenciado el drama del amanecer y me acribillaron a preguntas. ¿Por qué era sagrado este lugar?

—No lo sé —les dije.

—¿Estás seguro? —insistió Ramsés—. Debe de haber pocos lugares en el Desierto Oriental en los que el sol salga de manera tan espectacular.

Sacudí la cabeza y me alejé.

—Sienten curiosidad, ¿verdad? —Ay se acercó, todavía encogido por el frío, con un manto sobre sus hombros.

—Ellos no me importan —repliqué—. Yo siento curiosidad.

—Éste es un lugar sagrado. —Me miró.

—Eso ya lo sé. No soy un niño... el amanecer es muy impresionante.

—Cuando los de nuestro pueblo llegaron por primera vez a Egipto —Ay acarició su pelo rojizo—, se reunieron aquí y levantaron sus altares al Dios invisible.

—¿Por qué aquí?

—Porque, según la leyenda, esto fue alguna vez el jardín deslumbrante, el lugar donde Dios y el hombre se encontraron.

—Y ahora es sólo un desierto —repliqué.

—Mira tú mismo, Mahu.

Lo hice. Me paseé de un lado a otro por la llanura y pronto me di cuenta de que su aridez era sólo superficial. En hendiduras y hondonadas descubrí arroyos de agua subterráneos y pozos escondidos, visibles únicamente por el agua que rápidamente se secaba a medida que el día avanzaba. Detrás de mí los sirvientes transportaban las provisiones e iban levantando tiendas. Se enviaron cazadores para traer carne fresca. Dos de ellos regresaron gritando y agitando los brazos.

Horemheb estaba sentado junto al fuego absorto en una conversación con los dos enanos. Ramsés probaba el agua de uno de los barriles. Akhenatón y Nefertiti se habían retirado a su pabellón. Ay estaba a bordo del *Deslumbrante Atón*. El modo en que los cazadores corrían hacia nosotros indicaba que algo extraordinario había ocurrido. Si se hubiera tratado de un ataque de los errantes del desierto y habitantes de las arenas, habrían dado la alarma. Los dos hombres se detuvieron, tratando de recuperar el aliento, con sus cuerpos empapados de sudor.

—Debéis venir —dijeron jadeando mientras señalaban hacia atrás, a los salientes rocosos, los barrancos y hondonadas que marcaban el comienzo de los desfiladeros de piedra caliza—. Debéis venir en silencio.

Ay bajó a tierra, rascándose la mandíbula. Akhenatón y Nefertiti salieron de su pabellón, mientras se ponían las túnicas. Horemheb ya había preparado su arco y Ramsés llamaba a gritos a los marineros.

—No es eso —explicó uno de los cazadores.

—Bien, ¿qué es? —preguntó Ay.

—No, no puedo describirlo —replicó el otro—. ¡Amo, debéis venir!

Akhenatón y Nefertiti se pusieron las sandalias. Horemheb y Ramsés, seguidos por Ay y por mí, nos alejamos del campamento con los cazadores. El día era abrasador y una fuerte brisa del río traía ráfagas de arena y tierra, quemándonos los ojos y reseándonos los labios. Cuando llegamos a la línea de rocas, todos estábamos empapados de sudor. Los cazadores nos hicieron gestos para que guardáramos silencio mientras subíamos por el esquistoso resbaladizo. Al llegar a la cima había más rocas; el suelo descendía entre dos afloramientos rocosos. Conducía a lo que parecía un estanque de agua seco, rodeado de arbustos dispersos y zarzas que se aferraban a la tierra fina. Los cazadores se movían lentamente. Pasamos junto a los cuerpos de codornices recién cazadas. Nos llevaron hasta una barrera de roca y piedras sueltas. Miramos con atención hacia el hueco.

Al principio no pude ver nada, pero luego, bajo una zarza de gran tamaño, me pareció percibir un movimiento. Había allí una leona echada, una enorme bestia de piel de color tostado con el cuerpo estirado, moviendo la cola y con sus grandes garras delanteras extendidas hacia delante. Entre ellas había una gacela pequeña que se alzó, tambaleándose, pero logrando mantenerse en pie. La gacela se movió alrededor de la leona, mordisqueó en poco de hierba, y acto seguido volvió para acomodarse otra vez, como si fuera el cachorro de la leona. Ésta no la había matado ni la amenazaba, sino que la trataba con suavidad, acariciándola y lamiéndola cuidadosamente. Miré asombrado. Aunque la leona era una bestia fuerte, trataba a aquella gacela con la misma ternura que a un cachorro. Los grandes gatos juegan con sus víctimas, como hace un gato doméstico con un ratón, pero éste no era el caso.

Todos, incluso Horemheb y Ramsés, nos quedamos mudos observando la escena. El rostro de Nefertiti parecía más hermoso que nunca. Estaba radiante y sus ojos brillaban. La caminata y el ascenso le habían acalorado y pude percibir su perfume. Observé las deliciosas gotas de sudor que serpenteaban por la piel dorada de su cara: Akhenatón estaba agachado, como si contemplara una aparición. Incluso el cínico Ay se había quedado mudo. Todo el tiempo estuve esperando, tenso, a que la leona saltara y le diera a la pequeña gacela el golpe de muerte o un implacable mordisco en la parte trasera del cuello, pero ambos animales permanecieron apaciblemente juntos. En un momento dado, la leona se volvió, moviendo las orejas, y miró hacia nosotros como si pudiera vernos, lanzando un gruñido amenazador desde lo más profundo de su garganta.

Estábamos a punto de retirarnos cuando los cazadores agachados detrás de nosotros sisearon una advertencia. Un poco más lejos, dentro del hueco, en el espacio entre las dos rocas, apareció un león de espléndida melena, caminando sin hacer ruido con su cola tensa. La brisa hizo ondear su fuerte melena. Sus músculos vibraban en todo el cuerpo mientras descendía silenciosamente para acercarse a la leona. En un primer momento ella no se dio cuenta, pero luego, en un movimiento rápido que me sobresaltó, se levantó de un salto y giró, con la panza contra el suelo y las orejas aplastadas, contra la cabeza, con su cara transformada en una máscara rugiente. El león avanzó amenazadoramente. La leona se negó a ceder terreno y se dirigió hacia él, con todo el cuerpo arqueado y listo para la lucha. El león se detuvo y movió la cabeza de un lado a otro. La leona hizo lo mismo y durante un tiempo se sentó mirando agresivamente al recién llegado. Entonces el león echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido bajo y rápido, como una tos. La leona avanzó un poco, lista para saltar, mientras la gacela continuaba echada en el suelo, inalterable ante la creciente amenaza. Finalmente, el enfrentamiento terminó. El león se retiró rápidamente, moviendo la cola y, con toda la dignidad que le quedaba, regresó por el mismo lugar por el que había venido. La leona, sin embargo, permaneció agazapada hasta estar segura de que la amenaza había desaparecido. Luego se alzó y, con las mandíbulas muy abiertas, lanzó el más feroz de los rugidos. Moviendo la cola y miró con enojo

hacia lo alto de las rocas como si estuviera pensando qué hacer con el peligro que la amenazaba desde arriba.

—Tenemos que irnos —insistieron los cazadores—. Sabe que estamos aquí, y no tolerará más nuestra presencia.

La leona regresó junto a la pequeña gacela. Se detuvo a su lado para lamerla y tranquilizarla. Entonces levantó la cabeza y nos miró fijamente con aquellos grandes ojos color ámbar. Los cazadores ya comenzaban a suplicar.

—Hemos visto suficiente —susurró Ay—, debemos retirarnos.

Akhenatón estaba extasiado con lo que había visto, caminando con Nefertiti casi como si hubiera olvidado su poco elegante modo de andar, balanceando el bastón como haría un soldado con la espada, con un brazo sobre los hombros de ella y la boca a pocos centímetros de su oreja. Ay, sin embargo, interrogó a los cazadores como lo hicieron Horemheb y Ramsés, pero no se trataba de un engaño.

—¿Habías visto alguna vez algo semejante?

El mayor de los cazadores, un veterano de cabello canoso, movió la cabeza.

—Nunca, mi señor —respondió.

—Tú eres *kushita*, ¿no? —quiso saber Ay.

—Mi madre lo era. Mi padre era un agricultor en las Tierras Negras.

—¿Alguna vez oíste una historia semejante? —insistió Ramsés.

—He oído relatos sobre grandes gatos que tratan a una gacela como a un cachorro, pero hasta ahora nunca creí que fueran verdaderos.

—Quizá sea verdad. —El otro cazador miró a su alrededor—. Quizá se pueda explicar. La leona podría haber perdido a sus propios cachorros. Podría incluso haber matado a la madre de la gacela y arrastrado su cuerpo. He sabido que hay jóvenes que siguen al asesino de su madre. —El cazador levantó su arco sobre el hombro—. Me olvidé de traer las codornices del desierto —sonrió—. Se las dejaremos a la leona. Ha valido la pena pagar ese precio.

* * *

Aquella misma tarde abandonamos la extraña llanura desolada junto al Nilo. Akhenatón permaneció de pie en la proa de nuestra barcaza, con la vista fija en aquel lugar hasta que se desvaneció detrás de afloramientos rocosos y espesas hileras de palmeras. Una vez que desapareció, continuó allí, con la cabeza inclinada y las lágrimas deslizándose lentamente por sus mejillas contraídas. Cogió a Nefertiti de la mano y ambos regresaron al pabellón situado en medio del barco. Las noticias de lo que habíamos visto pronto se difundieron entre la tripulación, lo cual no hizo más que aumentar su curiosidad acerca del viaje y su destino. Algunos afirmaron que habían visto señales similares. Horemheb y Ramsés parecían auténticamente perplejos. Ay sólo podía sacudir su cabeza.

—Algunas cosas se pueden explicar —confesó—, otras no. El príncipe cree que ha sido una señal y es mejor dejarlo así.

Nuestro viaje de regreso a Tebas transcurrió sin incidentes notables. Nos distraíamos con las diferentes escenas que ofrecían ambas orillas del río y su variada vida. Al amanecer y a la puesta de sol aparecían los barcos pesqueros sin cubierta con sus redes inmensas y los cazadores de aves en sus chalanas, afanándose a lo largo de las orillas cubiertas de cañas. En las horas frescas, aparecían los barcos de recreo, deslumbrantes, pintados de oro, azul, rojo y amarillo, reflejándose sobre la superficie del agua. Pasamos Dendera y, río abajo, pasamos también las cadenas montañosas del desierto, para luego encontrarnos con amplias franjas de tierra cultivada donde crecían palmeras, acacias, higueras y sicómoros. Finalmente vislumbramos los coronamientos recubiertos de oro y plata de los pilonos, los obeliscos, las cornisas y los techos de los templos de Luxor, Tebas y Karnak. Nos abrimos paso cuidadosamente a través de las embarcaciones que iban y veían por el Nilo o cruzaban hasta la Necrópolis, para llegar a nuestro propio muelle, lleno de sirvientes que nos esperaban para darnos la bienvenida.

Parecía extraño estar de regreso en el palacio de Atón. Aquel mismo día, un poco más tarde, Akhenatón y Nefertiti nos invitaron a Ay y a mí a un banquete privado magnífico que tuvo lugar sobre un entarimado detrás de gruesas cortinas de gasa en un extremo de la sala de audiencias. Snefru montaba guardia y traía él mismo la comida: platos de carne recién cocida y pan, fuentes de verduras y pequeños cuencos con salsas, un alivio después del pan duro y la carne salada y seca que habíamos comido a bordo durante la mayor parte de nuestro viaje.

Akhenatón estaba fascinado por lo que habíamos visto. Una y otra vez volvía al tema de la leona y la gacela como una señal de su Padre de que todo iba bien y de que todo saldría estupendamente. Empezó a interrogar a Ay acerca del lugar: la construcción de muelles, la exploración de pozos, cómo había que cavar los canales. El rostro de Akhenatón se enrojecía, sus ojos brillaban mientras hablaba de los planes de fundar una nueva ciudad, de construir templos abiertos al sol. Me preguntaba si Tiye había organizado el viaje para distraer a su hijo, o era aquello lo que ella y su marido tenían pensado para el rebelde de la corte imperial. ¿Akhenatón iba a ser desterrado de Malkata y la Ciudad del Cetro para ser enviado a algún solitario y lejano lugar donde pudiera satisfacer sus propias creencias privadas? Nefertiti se mostraba igualmente entusiasmada. Me resultaba difícil imaginar a una mujer como ella, y mucho menos a su padre Ay, viviendo lejos del centro de influencia y poder. La comida estaba llegando a su fin cuando apareció un heraldo imperial. Iba vestido de blanco, con un cordón de oro alrededor de la cabeza, una vara blanca en su mano izquierda y un rollo de papiro en la otra. Snefru lo condujo a la sala de audiencias. El hombre se arrodilló ante la tarima y entregó el rollo de papiro. Ay lo desenrolló. Llevaba el sello personal del faraón. Ay estudió el contenido y miró a Akhenatón con preocupación.

—Un requerimiento de tu padre. Mañana por la tarde tienes que acompañar a tu hermano, el Príncipe de la Corona Tutmosis, al santuario del templo de Amón-Ra en

Karnak.

La alegría desapareció del rostro de Akhenatón.

—La vigilia —dijo en un susurro apenas audible—. Tenemos que pasar cuatro días ante el tabernáculo de ese demonio horroroso y jurar nuestra lealtad al dios de Tebas. —Se sentó con la cabeza echada hacia atrás, contra la pared, con los ojos llenos de furia y su pecho extraño subiendo y bajando como si hubiera estado corriendo a gran velocidad.

Ay ordenó al heraldo que se retirara. El rostro de Akhenatón se transformó en algo desagradable, lleno de odio, con los ojos desorbitados y los labios moviéndose sin emitir sonido alguno, ni una palabra. Nefertiti trató de calmarlo, pero él le apartó la mano. Hizo ademán de ponerse de pie, pero volvió a dejarse caer hacia atrás. Agarró el bastón y de un solo golpe hizo volar de las mesas fuentes, platos, copas, jarras y aceiteras de alabastro. Se levantó un poco, alzando el bastón y dejándolo caer para golpear la madera de acacia, dejando profundas marcas como si fuera una espada, mientras la cólera se apoderaba de su rostro. Tenía los labios con gotas blancas, los ojos desmesuradamente abiertos y el pecho agitado. La peluca aceitada y perfumada que llevaba se deslizó de su cabeza. Me la arrojó y, con ambas manos, destrozó el bastón golpeándolo una y otra vez, mientras de sus labios no dejaban de brotar maldiciones. Ay permaneció inmóvil observando. Nefertiti se pegó contra la pared, aterrorizada y atenta. Finalmente, Akhenatón soltó el bastón y, volviéndose a un lado, puso su cabeza en el regazo de su esposa, recogiendo las rodillas como un niño, y luego se llevó los dedos a la boca. Nefertiti le acarició la mejilla, hablando en una lengua que no pude comprender, palabras apacibles, suaves, que acompañaban el movimiento rítmico de sus manos. Miró a su padre y le hizo un gesto con la cabeza. Ay abandonó el salón y regresó con una pequeña copa de vino en sus manos. Snefru seguía inmóvil a la entrada, paralizado por lo que acababa de ver. Ay le entregó el vino a Nefertiti, que persuadió a su marido para que bebiera, haciéndolo incorporar, sujetando la copa hasta que él la agarró con las dos manos y bebió con ansiedad. Su rostro había recuperado la normalidad, pero conservaba todavía una mirada aterradora en sus ojos.

—Retírate —me ordenó en un susurro—. Retírate y nunca repitas lo que has visto. Llévate a Snefru.

Obedecí de inmediato. Empujé a Snefru hacia el aire frío de la noche, cerrando las puertas detrás de mí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Snefru.

—La ira de un dios —respondí.

Snefru comenzó a alejarse, pero volvió.

—Amo, me disculpo, pero la noche en que regresaste, llegó un mensaje para ti.

—¿Un mensaje? —pregunté—. Nadie envía mensajes a Mahu. No puede ser mi tía Isithia. —Extendí las manos—. Snefru, ¿dónde está ese mensaje?

—Lo traje uno de esos vendedores de amuletos. Sólo algunas líneas: «Vivamos y amemos». —Snefru se frotó la cicatriz en donde alguna vez había estado su nariz—. Sí, eso es. «Vivamos y amemos. Los soles se ponen y los soles salen». —Se encogió de hombros y extendió sus manos.

Mi corazón se aceleró.

—¿Algo más?

—El vendedor de amuletos dijo que venía del pequeño puesto de venta de vino que hay al principio de la calle de las Vasijas. ¿Sabes lo que quiere decir, amo?

Sacudí la cabeza y me alejé. ¡Por supuesto que lo sabía! Sobeck había regresado. Estaba en Tebas y deseaba verme.

Espíritu diabólico

*El jeroglífico que significa «enemigo»,
—hfty / hefty— es una placenta, una serpiente con cuernos,
un pan y varios brazos.*

Capítulo 11

Con el rostro pálido y la mirada ansiosa, Akhenatón abandonó el palacio a la tarde siguiente. Iba rodeado por cabezas afeitadas del templo de Amón y escoltado por guardias que portaban la dorada cabeza de carnero de su dios. Mi amo se había tranquilizado. Nefertiti se había ocupado de él y también habían llamado a Pentju en plena noche para que le diera alguna droga tranquilizante y controlara que todo estuviera bien. No se permitió que nadie lo acompañara, incluso a Horemheb y Ramsés se les ordenó que se apartaran cuando mi amo fue conducido a la barcaza, una embarcación sombría y pintada de negro con la cabeza del carnero en la proa y un feo rostro de chacal esculpido en la popa. Una vez que Akhenatón se hubo ido, nuestra casa pareció perder su alma. El silencio escalofriante nos empujó a Ay, a Nefertiti y a mí al jardín para sentarnos a la sombra de las palmeras datileras. Snefru, espada en mano, caminaba en círculos a nuestro alrededor como un perro de caza, alerta a cualquier oído indiscreto que estuviera escondido, despidiendo con brusquedad a los sirvientes que pasaran por donde estábamos nosotros. La confianza de Ay se había quebrantado. Reconoció que los sacerdotes de Amón habían actuado con más rapidez y más despiadadamente de lo que él podía imaginar.

—Un requerimiento imperial —sacudió la cabeza— no puede ser ignorado.

—Podía haber fingido una enfermedad.

—Hija mía, lo habrían llevado de todas maneras.

—¿Porqué?

—Aparentemente —Ay suspiró— para conocer al Dios.

—¿Y la verdad?

Ay me miró.

—Mahu, estás muy callado. ¿Podría el discípulo informar al maestro?

—Sí. —Nefertiti se acercó y, con su respiración rozando mi cara y su perfume cosquilleando en mi nariz, puso sus manos sobre las mías.

—Por una o dos razones —respondí.

—¿Sí? —inquirió Ay.

—Para quebrantar su voluntad.

—Nunca. —Los ojos de Nefertiti se abrieron enormemente.

—O para matarlo.

Nefertiti bajó la cabeza y dejó escapar un profundo gemido, un sonido que partía el corazón. Cuando levantó la vista, su mirada era de una tremenda furia. Estiró la mano con las uñas preparadas para arañar mis mejillas, pero su padre detuvo su muñeca.

—¿Estás seguro, Mahu? —preguntó él.

—Sí. El príncipe no se dejará intimidar. Es cada vez más fuerte. Venera a un nuevo dios.

—Al que también venera su padre —recordó Ay.

—Pero sólo es una argucia —respondí—. Un equilibrio político contra las huestes de Amón y, de todas maneras, sólo por insistencia de la reina Tiye. Egipto tiene muchos dioses —continué—. Amón no se opone, siempre y cuando su supremacía, su monopolio de la riqueza y el poder no se vean afectados.

—Pero nuestro príncipe no es el heredero.

—Puede serlo —respondí—. Podría llegar a serlo.

El jardín quedó en silencio, salvo por la llamada de una tórtola a su compañero.

—¿Qué te hace pensar eso? —Ay arrancó una brizna de hierba.

—Tutmosis siempre tose sangre.

—No es necesariamente una señal de muerte.

—¿En alguien tan joven? —sugerí—. Incluso si vive y disfruta de un millón de jubileos... que los dioses se los puedan conceder —añadí burlescamente—, nuestro príncipe también los vivirá.

—¿Y?

—Nuestro viaje al norte ya es bien conocido. ¿Qué ocurriría si, en el futuro, mientras reina un faraón enfermo, Akhenatón se aleja de Tebas, viaja a su sitio sagrado y crea una corte rival, un nuevo templo religioso?

—Muy bien —susurró Ay—. Un discípulo maestro. ¿No te parece, Mahu?

—No hablas por hablar, ¿verdad, Mahu? —La cólera de Nefertiti se había enfriado. Me miraba con curiosidad—. Continúa —me alentó.

—Si nuestro príncipe muere, no hay ninguna amenaza de cisma, ningún desafío...

—Pero ¿y si Tutmosis también muere? —preguntó Ay.

—El Magnífico tiene hijas. —Sonreí—. Shishnak o algún otro podría casarse con una de ellas. No sería la primera vez que hay un cambio de dinastía en Egipto. —Miré a través del jardín—. Y si eso ocurre, iremos a reunimos con nuestro amo al otro lado del Horizonte Lejano. A ninguno de nosotros se nos permitiría sobrevivir.

—La reina Tiye resistiría —dijo Nefertiti.

—¿Privada de su marido y de sus hijos? ¿Crees que los sacerdotes de Amón no saben que la reina Tiye es la verdadera fuente de la rebeldía de su segundo hijo?

—¿Entonces qué se puede hacer?

—Nada —respondí—. Éste es el ojo del huracán. Nuestro príncipe está en manos de su dios.

—¿Cómo podrían explicar su muerte? —quiso saber Nefertiti.

—Lo sabes muy bien: un desafortunado accidente. ¿Recuerdas aquellos cuervos que volaron sobre el templo de Amón, el himno supuestamente blasfemo a Atón, cantado por el príncipe en los recintos sagrados? Los cabezas afeitadas de Amón asegurarán que la muerte de Akhenatón fue un justo castigo de su dios, así como una

afirmación de la supremacía de Amón. No tienen intención de cortar el capullo o de eliminar una rama, sino que irán directamente a arrancar la raíz.

—Debemos ganar tiempo —susurró Nefertiti frotándose el vientre—. Mahu, estoy embarazada.

Me dispuse a felicitarla. Alzó una mano.

—Pentju lo ha confirmado. —Su rostro esbozó una sonrisa—. Le pedí a Meryre que se convirtiera en mi sacerdote privado. Ambos han jurado silencio. ¿Por qué? —bromeó, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Crees, Mahu, que eres el único niño de la Kap que nos ha jurado lealtad?

—Excelencia —repliqué formalmente, tratando de superar mi propia incomodidad—. Todos los hombres os juran lealtad.

—Muy bien, Mahu. —Me pellizcó la punta de la nariz y levantó la parte superior de su túnica, deliberadamente amplia, para mostrar su vientre ligeramente abultado—. Tal vez ya esté de dos meses. Pentju incluso ha sugerido que quizá podría tener gemelos. La semilla divina ha sido sembrada, hay que dejarla crecer.

—Oh, ¿cómo? —Ay se mordió su labio inferior, todavía perdido en sus pensamientos—. ¿Cómo se pueden cambiar las cosas?

—Vos habéis luchado en batalla, señor —dije burlonamente, recordando sus palabras—. Siempre hay un momento, quizá apenas algunos latidos del corazón, en que la posibilidad o la buena fortuna...

—Nada de eso —interrumpió Nefertiti.

—La mano de Dios —susurró Ay— puede cambiar las cosas. Tenemos nuestros espías en Karnak.

Nefertiti miró hacia otro lado.

—¿Y tú qué harás, Mahu?

Pensé en Sobeck, sonreí y no respondí.

Aquel mismo día, un poco más tarde, me escabullí a Tebas, tomando un camino tortuoso para eludir a cualquiera que quisiera seguirme. ¡Qué extraño resultaba estar en la ciudad! Las paredes de las casas que daban a la calle estaban sucias, carecían de ventanas y eran silenciosas; sus puertas se abrían para revelar oscuros corredores o los primeros peldaños de alguna escalera que conducía a la oscuridad. Se oían voces, gritos, llantos de niños. Tenía que apartarme a cada paso para dejar pasar a un burro cargado, trotando ágilmente guiado por la vara de su amo. Ocasionalmente, algunas casas sobresalían y sus pisos superiores se encontraban para formar túneles sofocantes y oscuros. Los atravesé rápidamente hasta llegar a alguna plaza soleada, agradecido por la luz, los ruidos y los olores. Los comerciantes, como siempre, estaban ocupados. Ovejas, gansos, cabras y bueyes con grandes cuernos eran arreados y mostrados para su venta. Pescadores y campesinos, sentados en el suelo, ante sus grandes cestas de mimbre, vendían verduras, carne, pescado seco y dulces. Las

personas regateaban ruidosamente, ofreciendo sus propios artículos —collares, cuentas, abanicos, sandalias y anzuelos para intercambiar—. Un granjero le estaba gritando a un comprador que quería comprar un buey que dormitaba.

—¡No menos! No menos —gritaba el hombre— de cinco medidas de miel, once medidas de aceite y...

Me detuve simulando estar interesado y miré rápidamente a mi alrededor. Nadie me estaba siguiendo.

—¿Qué piensa usted, señor? —bramó el comprador.

—Por lo menos medio *ounou* de oro —respondí.

Otra vez comenzó el regateo. Me escabullí, ocultando mi cara bajo los pliegues de la túnica, como si tratara de evitar el olor a sudor, sal, especias, carne cocida y pescado seco.

El olor era excesivo y se volvía repugnante en los callejones, infestados de pulgas. Me interné más en la ciudad, a través de los mercados abiertos con sus puestos y tiendas. Me detuve para admirar las joyas hititas, los perfumes fenicios, los cordajes, el oro, la plata y los demás metales de Siria. Sentí hambre y compré una pequeña cesta de caña con dátiles secos cubiertos de un jarabe de miel y especias, salpicados con pistachos y almendras picadas. Con ella en la mano, fui a observar cómo se cocinaba un ganso sobre un asador abierto. Cuando terminé de comer, me senté bajo una palmera para que un barbero pudiera afeitarme y aceitarme. Todo el tiempo estuve atento por si veía un rostro familiar o si alguien trataba de esconderse. Me mantuve alejado de las rutas de las procesiones, de los templos y otros edificios importantes. Actuaba como el mayordomo de alguna gran mansión que aquel día había salido de compras. Me detuve ante el puesto de un joyero, que discutía con un cliente sobre las aleaciones del electrum.

—¡Cuarenta medidas de plata y sesenta de oro! —afirmaba el cliente.

Observé las piedras preciosas, esmeraldas, jaspe, granates y rubíes.

—Tengo otras en un cofre en la parte de atrás —el joyero abandonó la discusión—, ocultas a ojos y manos de ladrones. Este hombre —le sonrió al cliente— está equivocado, ¿verdad?

—Sí —convine—. Un *ounou* de electrum es veinte medidas de plata y ochenta de oro. —El cliente me miró furioso y se retiró. Abrí mi monedero y puse medio *ounou* de plata en la pequeña balanza. Los ojos del joyero se abrieron de par en par.

—Soy tuyas —dije en voz baja— si me dejas únicamente permanecer aquí. Dime, ¿hay alguien siguiéndome?

El joyero jugueteó con la balanza, mirando de un lado a otro.

—No, no. No hay nadie. Ah... me equivoco. Hay alguien. Acaba de esconderse detrás de un puesto. Es de piel oscura, un hombre del desierto, vestido con un faldellín de guerra de cuero y un cinturón cruzándole el pecho. Ah, ha dado la vuelta y se dirige a otro lugar.

Dejé la plata, me alejé y miré a mi alrededor. No vi ningún «faldellín de cuero» entre la multitud, sólo nubios con su piel de bronce ahumado, errantes del desierto con sus largas túnicas, libios con sus tocados cubiertos de plumas y mercenarios de tez blanca procedentes de Shardanah. Crucé un estrechísimo canal hacia el barrio más pobre de la ciudad, que se extendía a lo largo del muelle antiguo por callejones angostos y retorcidos que apestaban a mugre, entre casas de adobe cubiertas con una capa de barro y techos de hojas de palmera. Entre éstas, unas pocas acacias y sicómoros poco frondosos daban sombra a fangosos estanques para abrevar el ganado. Los habitantes pasaban la mayor parte del tiempo fuera, en taburetes o tapetes de junco, con afilados pinchos para defenderse de los escorpiones y otras plagas. Permanecían sentados, realizando sus tareas o comiendo un plato de cebolla y pasteles chatos cocidos sobre las cenizas de sus fuegos, con pequeños recipientes de aceite junto a ellos para ablandar el pan duro que les rompía los dientes y lastimaba las encías. Vestían andrajos mugrientos y sus caras estaban cubiertas de cenizas. Los niños andaban casi desnudos, jugando en el barro, corriendo y gritando. El bullicio empeoraba con los ladridos y gruñidos de perros callejeros sin raza definida, de hocico estrecho y pelo amarillo. La pobreza era repugnante. En las caras de la gente se veían ojos inexpresivos, enrojecidos e hinchados, mejillas hundidas y bocas sin dientes. Había humo en todas partes. Tosí y me dieron arcadas, asqueado por la basura desparramada por todos lados. Los mendigos eran decenas, pero mi fuerza, por no mencionar la daga que llevaba conmigo, los mantenía alejados.

Me detuve en una esquina y le di un *deben* de cobre a un escriba. Había instalado un puesto bajo un árbol para escribir peticiones al templo para los analfabetos. Aceptó el cobre y me indicó la manera de llegar al muelle, donde encontré la calle de las Vasijas, un callejón estrecho lleno de tabernas de cerveza y de vino. Miré a alrededor. Ningún hombre de piel oscura con faldellín de cuero me seguía. Entré en el primer local de aspecto más limpio. La sala de entrada estaba recién encalada, con alfombras, taburetes y montones de almohadones manchados para sus clientes. El sitio estaba medio vacío, a excepción de algunos comerciantes bebiendo jarras de cerveza y licor de palma. Perfumados licores se cocían lentamente en una olla. Una bruma gris de humo salía de la cocina y de las lámparas de aceite de poca calidad. Me senté en un rincón y pedí cerveza. «Faldellín de cuero» se sentó frente a mí. Su piel estaba ennegrecida a causa del sol, tenía la cabeza rapada, llevaba un arete en una oreja, brazaletes y muñequeras tachonados con cobre en los brazos, una correa de igual color y textura cruzada en el pecho y sandalias militares. Se inclinó, agarró mi jarra, la vació y la empujó hacia el muchacho que cuidaba la olla, indicándole que necesitábamos dos más. Observé atentamente aquella cara, los ojos arrugados por el sol, la piel curtida, la fea cicatriz que caracterizaba su mejilla izquierda, ojos muertos en un rostro muerto, la boca triste.

—¡Sobeck!

—¡Sobeck! —Sus labios apenas se movieron—. No sé de qué estás hablando. Mi nombre es Kheore, que significa «ser». Pues eso es lo que soy... sólo un ser. — Sonrió por el acertijo.

El muchacho regresó con las jarras de cerveza. Sobeck me hizo señas para que no hablara. Bebimos la cerveza y salimos en dirección a la ribera. Había una gran actividad en los muelles, con sus destartados mercados por los cuales soldados, marinos militares y marineros deambulaban, tratando de encontrarse con las muchachas de placer. Acróbatas, caldereros, vendedores y «escorpiones» — vendedores de amuletos y escarabajos— gritaban ofreciendo sus mercancías. Los contadores de cuentos anunciaban lo que habían visto en sus maravillosos viajes. Sobeck se abrió paso entre ellos y me condujo por un callejón. En el fondo se encontraba un almacén abandonado con sus paredes de ladrillo derrumbadas por la inundación.

Dentro, debajo del techo de hojas de palma empapadas, había un montón de barro mezclado con ladrillos.

—Todo se derrumba por aquí.

Sobeck se sentó sobre un resto de la pared exterior, indicando que yo hiciera lo propio sobre un pedestal cercano.

—Sólo los dioses saben qué fue esto alguna vez. ¿Un templo? ¿Un almacén? ¿Un burdel? ¿Una taberna? De todos modos, es un buen lugar para conversar. Sólo hay una callejuela por la que se puede llegar aquí, de modo que puedo ver si viene alguien.

Estiré la mano. Sobeck tosió, escupió y luego la cogió.

—Te debo la vida. —Se estiró como si tratara de atrapar la brisa que llegaba del río—. Me escapé. Anduve deambulando durante varios días. Un habitante de la arena me atacó. Debía de ser un explorador, y uno no demasiado bueno, para ser más exactos. La fortuna de los dioses, ¿no, Mahu? Lanzó una flecha, pero dio en la tableta de arcilla que tenía alrededor del cuello. Fingí estar muerto. Se acercó para ver qué podía robar.

—Y lo mataste. Le rompiste la parte de atrás de la cabeza. —Por primera vez Sobeck dio muestras de sorpresa—. Maya me lo dijo. Trabaja en la Casa de los Secretos.

—¡Ese gordo montón de mierda!

—No te traicionó —le informé.

—Entonces ¿quién lo hizo?

Estiré las piernas y miré hacia el suelo. Me concentraba en mi venganza.

—No vas a creer lo que te digo. —Levanté la mirada—. Mi tía Isithia. — Súbitamente apareció un cuchillo en la mano de Sobeck, su hoja apenas a unos centímetros de mi cara.

—Es una historia larga —mentí—. No te daré los detalles. Mi tía Isithia era, y es, una cortesana, bien conocida por los sacerdotes de Amón y la corte del Divino.

Entrena a los Ornamentos Reales para ciertos placeres y prácticas.

Bajó el cuchillo. Permanecí sentado escuchando el zumbido de los insectos y los lejanos ruidos del muelle.

—Lo sé todo sobre los placeres del Divino —susurró Sobeck—, pero nunca comenté nada a nadie fuera de la Kap.

—Las sospechas de mi tía Isithia fueron provocadas —continué—. ¿Recuerdas a Imri?

—El capitán de la guardia *kushita* —replicó Sobeck—. Él protegía al Grotesco, o al Velado, como lo llamabas tú.

—Tía Isithia se enteró por algunos rumores de tus coqueteos con uno de los Ornamentos Reales, el desafío de robar la estatua de Ishtar, etcétera. —Hice una pausa—. Informó a las autoridades, las cuales ordenaron a Imri, que ya era su espía en la casa del Velado, que mantuviera aquel huerto en particular bien vigilado. Os vio a vosotros dos e informó de ello.

—¡Lo mataré!

—Ya está muerto —expliqué—. Se ahogó entre los cocodrilos.

Sobeck guardó el cuchillo.

—¿Lo has hecho tú, Mahu? Nunca has hecho nada por nadie.

—Salvo suplicar por tu vida, Sobeck, y arriesgarme viniendo aquí.

—Así que Imri está muerto. —Sobeck dio un golpe en el suelo con su sandalia—. ¡Creí que él había matado a Weni por insultar al Grotesco!

—Weni —repliqué— murió por burlarse de un Príncipe de la Sangre. ¡Los Divinos sólo toleran esto si ellos mismos lo ordenan!

Sobeck se movió y vio que yo hacía un gesto arrugando la nariz. Su olor era irritante.

—Sí. Tenías que notarlo, Mahu, viniendo de los ambientes perfumados en los que vives. ¿Sabes qué hago ahora? ¿Cómo me gano algunos *deben* de cobre? Me dedico a matar perros. Mato a perros callejeros aquí y en la Necrópolis. Los desuello y momifico para poder venderlos a los peregrinos como ofrendas. —Mostró una leve sonrisa—. Es una profesión excitante, Mahu. Uno conoce a algunas personas muy interesantes. —Su sonrisa desapareció—. Me permite no morir de hambre.

—¿Por qué me seguiste? —preguté.

—Te vengo siguiendo desde que saliste del palacio. Si hubieras venido directamente a la calle de las Vasijas habría sospechado que lo hacías deliberadamente para que te siguieran, pero el camino que tomaste —se encogió de hombros—, los puestos en los que te detuviste... Mi cabeza tiene un precio, Mahu. Muy buen precio. No soy un vulgar delincuente, sino alguien que se metió entre los muslos de una concubina real. La Casa de los Secretos tiene tantos espías como moscas sobre los excrementos de un perro.

—¿Y por qué enviaste el mensaje?

—Ah, ¿el poema de amor? —Sobeck silbó de manera casi inaudible—. Quería descubrir si podía confiar en ti. Necesitaba dinero, Mahu, plata y oro, piedras preciosas. Siempre fuiste ahorrador.

—¿Y si digo que no?

—Entonces, Mahu, ya no eres mi amigo. Puedes irte, pero no me volverás a ver nunca más.

—¿Y por qué necesito tu amistad?

Sobeck se agachó y me dio un fuerte golpe en el pecho.

—En esta tierra de tribulaciones, Mahu, nunca hagas un enemigo cuando puedes hacer un amigo. La corte imperial no es la única, aquí es lo mismo. Uno pelea, lucha, mata o muere, sea de hambre, o por un golpe en la nuca, o un cuchillo entre las costillas.

—Ya te he ayudado.

Se puso de pie.

—Ah sí, tía Isithia. Pensaré en lo que me has dicho, Mahu. Quieres verla muerta, ¿no?

—Ella no es nada para mí, Sobeck. Es una bruja, una mujer sin corazón ni alma.

—Recordé a Dedi, los susurros confidenciales de Ay. Me levanté—. Me debe una vida. Es tiempo de que pague la deuda.

Caminé hacia la entrada en ruinas.

—¿Recuerdas al joyero donde me detuve? ¿Crees que se puede confiar en él?

—Si no se puede —bromeó—, morirá.

—Te dejaré algo allí —estiré la mano, con los dedos separados—, cinco noches a partir de ahora.

Sobeck se acercó y me agarró la mano.

—Podrías informar al Divino o a Hotep, ¿verdad? Incluso a tu amo.

—En esta tierra de dolores —sonreí—, en esta tierra de tribulaciones, uno necesita cada amigo que pueda conseguir, Sobeck. De todos modos, ya has sido castigado suficientemente. Ningún niño de la Kap debe terminar su vida farfullando y gritando en la hoguera. —Levanté la mano—. Cinco noches a partir de ahora.

—¡Déjalo ir! —Sobeck siseó dirigiéndose a la penumbra.

Me detuve. Una forma oscura apareció en la entrada, un hombrecito corpulento, con mechones de pelo negro que enmarcaban una cara de mono. En una mano llevaba un cuchillo, en la otra un garrote.

—Veo que ya tienes amigos, Sobeck.

—Ah, éste es el Devorador —dijo Sobeck riéndose—, un demonio del Mundo Inferior, un hombre que puede ayudarnos. A propósito, Mahu, decide tú si le cuentas o no a Maya algo sobre mí. ¡Así pues, ve en paz, amigo!

Cara de Mono se apartó y salí hacia la noche.

* * *

El palacio de Atón estuvo inquietantemente silencioso durante la visita de Akhenatón al templo de Amón-Ra. Una tensión que desgarraba el alma nos afectaba a todos nosotros mientras esperábamos noticias. Al quinto día, tal como había prometido, justo antes de la hora nona, regresé al puesto del joyero con un cofre cerrado. Yo había ido guardando mis tesoros, oro, plata y joyas reunidos con el paso de los años. Akhenatón era un amo generoso. Cara de Mono estaba allí esperándome. Tomó el cofre, esbozó una sonrisa disimulada y desapareció entre la multitud. Me entretuve con una cerveza y luego visité un palacio del placer donde dos muchachas sirias con sus gruesas y perfumadas pelucas, brazaletes y ajorcas tintineando y collares de plata en sus cuellos, me agasajaron y me dieron placer. Regresé caminando a lo largo del río, pasé junto a los guardias destacados por Horemheb y luego me encontré con Snefru, que me esperaba en la puerta.

—Te necesitan, amo.

Me condujo casi a empujones a la sala de audiencias, en donde tres siluetas estaban reunidas alrededor de un brasero encendido. Envueltos en sus capas, con sus sombras bailando sobre la pared pintada, parecían espectros, fantasmas venidos del Oeste.

—Ven, Mahu. —La reina Tiye empujó hacia atrás su capucha. Se la veía demacrada, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Dónde has estado? —preguntó Ay en tono cortante.

—Te hemos estado esperando —susurró Nefertiti.

—Atendiendo mis placeres. —Hice una reverencia y el ademán de arrodillarme.

Tiye me cogió de la muñeca.

—Éste no es momento de reverencias o cortesías —dijo con tristeza—. Tutmosis, mi hijo, se está muriendo.

—¿Qué?

—Tu amo se ha refugiado en el templo de Amón-Ra.

—¿Cómo lo sabes? —dije casi sin voz.

Tiye miró por encima de su hombro hacia la oscuridad.

—¡Ven!

Una forma emergió de la puerta que conducía a la cocina. Se encendió una de las lámparas de aceite, mostrando la redonda y pintada cara de Maya. Estaba envuelto en un manto, que no ocultaba ni su perfume exótico ni el tintineo de sus joyas. Me recordó a las muchachas sirias a quienes acababa de dejar.

—Bienvenido, Mahu. —Se incorporó afectadamente al círculo de luz.

Tiye le dio una palmada afectuosa en el hombro. Entonces me di cuenta de que aquel poderoso grupo estaba totalmente decidido a ganarse la lealtad de todos los niños de la Kap. Desde el comienzo habían hecho planes, tejido intrigas, habían hecho todo lo necesario para aislar, educar y preparar a jóvenes para servir al Grotesco, al Velado, a Akhenatón.

—¿Siempre pensasteis que iba a ser así? —Hice la pregunta espontáneamente—. ¿Desde siempre estuvimos destinados a ser vuestros sirvientes?

—Sí —respondió Tiye—. Pero el Divino, en el último momento, se negó a permitir que mi hijo se uniera a vosotros. Esta casa fue lo único que consiguió. Todo lo demás, incluyendo... —Tiye señaló a Ay y a Nefertiti— tuvo que ser ocultado en las sombras.

Me dirigí a Maya.

—¿De qué te has enterado?

—Tengo dos espías en el templo de Amón —respondió arrastrando las palabras con los ojos sonrientes—. Un sacerdote lector y un acólito responsable de lavar su ropa.

Ay se rió agriamente. Maya lo ignoró.

—Esta noche, a primera hora, me informaron de que Tutmosis ha sido encontrado gravemente enfermo en su aposento.

—¿Dónde está...?

—¿Tu amo? —Los ojos de Maya miraron alrededor—. Permaneció cerca del tabernáculo. Aparentemente Tutmosis regresó a su aposento situado más allá del patio central, donde se encontró mal de repente. Un sirviente dio la alarma. Un sacerdote trató de decir a Akhenatón, como se llama ahora, lo que ocurría, pero él se negó a abandonar el santuario. Akhenatón teme por su vida, cree que hay una conspiración para matarlo y se niega a salir de allí.

Pensé en mi amo, en su rostro alargado, acurrucándose en aquellos pasillos oscuros con sus enemigos al acecho como una jauría de perros.

—Excelencia —hice un gesto a Ay—, ¿por qué no enviar a vuestro hermano Nakhtimin para informar al Divino?

—¡Mi marido lo ignora todo! Todavía no lo sabe nadie más. —Los ojos de Tiye se llenaron de lágrimas—. Si lo supieran, podrían atacar...

—La raíz —Ay terminó la frase.

—Si el Divino es informado —Maya jugó con las palabras—, podría decidirse a cortar tanto la raíz como la rama.

—¿Qué nos aconsejas? —pregunté.

Maya me devolvió una mirada inexpresiva. Los demás permanecieron en silencio. Recordé mi conversación con Sobeck sobre la tía Isithia. Éramos serpientes que se enroscaban en la oscuridad. Todo lo que hacíamos estaba rodeado de secretos. Mi viaje a Tebas, aquellos sombríos y largos callejones con un estallido de luz al final. Los había recorrido a gran velocidad.

—Seguramente —empecé.

—Seguramente —repitió Ay imitándome.

—Hay que dar el golpe ahora —sugerí—. Éste es el momento, ese latido en la batalla, cuando todo está pendiente de un hilo.

—¿Cómo? —quiso saber Nefertiti.

Dejé de lado toda cautela.

—Dejadme ir al templo de Amón. Horemheb y Ramsés pueden ser mis guardias. Los cabezas afeitadas no los conocen. Verán lo que esperan ver, oficiales de la Banda Sagrada. Huy es un escriba real, Meryre un sacerdote —señalé a Nefertiti—, Pentju, por su parte, es su médico, un sabio de la Casa de la Vida. Eso es todo. —Golpeé mis manos—. Seremos todos emisarios de la Gran Reina. Horemheb y el resto fueron enviados para espiarnos a nosotros. Usemos sus propias armas contra ellos.

Nefertiti dio una palmada; su hermoso rostro irradiaba vitalidad.

—Sellaré el documento —intervino Tiye—. Enviado con mi propio sello. —Sus ojos brillaban por la emoción—. No, pensándolo mejor, iré con vosotros.

—¡Imposible! —objetó Ay—. Sospecharían que algo no va bien. ¿Por qué la Gran Reina habría de acompañar a sus enviados en medio de la noche?

—Es cierto —admitió Tiye—. Tengo mi propio sello. Firmaré los pases, enviaré una orden diciendo que deseo que mis emisarios vean a mi hijo.

—A ambos hijos —corregí.

—De acuerdo. —Tiye asintió con la cabeza distraídamente.

—¿Y si se niegan? —preguntó Ay—. ¿Si los cabezas afeitadas se oponen?

—Tarde o temprano —respondí— se conocerán las noticias de la enfermedad de Tutmosis y la solicitud de asilo de mi amo.

Me detuve y di unos pasos alejándome. Algo no iba bien. Aunque el Príncipe de la Corona Tutmosis estaba gravemente enfermo en el Templo de Amón, Tiye y el resto no estaban preocupados por él. Se trataba de Akhenatón.

—Tutmosis —exclamé—. ¡Ya está muerto!

—Sé lo que estás pensando. —La voz de Tiye se oyó en toda la sala. Se acercó—. Amo a mis dos hijos, Mahu, pero Tutmosis está condenado. Lo sé. Todos lo sabemos. Reconocí los síntomas, su terrible secreto durante los últimos siete años. Tose sangre. Ningún médico puede salvarlo. Es más, esto es lo que puede haber ocurrido ahora: un ataque, un estallido de sangre en su interior. Sin embargo, debo rescatar a mi hijo superviviente, puedo hacerlo si Dios es bueno. Él tiene un destino. —Su voz se entrecortó—. Por favor —susurró. La arrogante reina de Egipto me estaba suplicando. Se estiró y me cogió la mano—. Por favor, Mandril del Sur, tú posees la astucia.

—¿Y los demás? —preguntó Ay—. ¿Horemheb y Ramsés? Podrían negarse.

—Invitémosles a una reunión —repliqué, sosteniendo todavía la mano de Tiye—, y veamos si están de acuerdo.

Mi propuesta fue aceptada. Ay estaba un poco agresivo, sus celos hacia mí eran obvios, pero Nefertiti había olvidado sus miedos y lo llevó a un lado, susurrándole algo, acariciándole el brazo. Cuando Snefru regresó con Horemheb, Ramsés, Huy y Pentju, Ay estaba totalmente de acuerdo. Maya, por supuesto, había desaparecido, murmurando que era mejor que sus compañeros no lo vieran.

Cualquier protesta por haber sido perturbados a esas horas de la noche murió en sus labios cuando Horemheb y los demás entraron en la sala de audiencias y saludaron a la reina Tiye. Hicieron sus reverencias en silencio y esperaron hasta que Snefru distribuyó almohadones sobre el suelo y se retiró. Nos sentamos, mirándonos unos a otros a la luz brillante de las vasijas de alabastro. A ambos lados de la reina Tiye estaban Nefertiti y Ay, y yo me senté con el resto frente a ellos.

—Éste no es un encuentro trivial —comenzó Tiye—. Mahu os lo explicará.

Mi sangre todavía corría ardiente. A pesar de la hora de la noche, no estaba cansado sino ansioso por continuar. Informé a mis compañeros en pocas y significativas palabras de lo que había ocurrido y qué era lo que se planeaba. Cuando terminé todos quedaron en silencio.

—Eso quiere decir —comenzó Ay— que haremos nuestra entrada al templo de Amón, acompañados sólo por dos soldados.

—Por orden de la Gran Reina —agregué.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Huy.

—Entonces todos podemos irnos a la cama —respondí.

—Si tú te niegas —dijo Horemheb con los dientes apretados—, tú puedes irte a la cama, Huy. —Nos miró a todos—. Responde a la pregunta, Mahu.

Él estaba sentado junto a mí, de modo que giré la cabeza y sostuve su mirada.

—Regresa a la cama, camarada, pero tú y yo, nosotros, habremos terminado. Nunca seremos compañeros o amigos otra vez. La próxima vez que nos encontremos será como enemigos declarados.

—¿Y si tratamos de detenerte? —susurró Ramsés.

—Ése no es tu deber —interrumpió Ay—. Se supone que tú estás aquí para protegernos.

—Sólo estoy preguntando —replicó con impertinencia Ramsés—. Somos oficiales de la Banda Sagrada. Lo que hagamos esta noche podría terminar con nosotros.

—Y si no cooperas —Tiye habló con serenidad—, estarás acabado de todos modos.

—¿No te das cuenta —insistí— de que, de una manera u otra, esta conversación se hará pública?

—Estamos atrapados. —Meryre se encogió de hombros—. De cualquier forma estamos atrapados.

—No, no es así. —Respiré hondo—. Los Campos de los Bienaventurados han llamado al Príncipe de la Corona Tutmosis. Se está muriendo.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Ramsés.

—¡Cállate! —gruñí—. Tutmosis efectivamente está agonizando, si no fuera así no estaríamos aquí. El Divino —hice un gesto con mi mano— se está haciendo viejo. El destino de su hijo menor es ser faraón, Propietario de la Gran Casa, Señor de las Dos Tierras. Akhenatón llevará la diadema y el Uraeus. Sostendrá el flagelo y el cetro.

Hará que el Pueblo de los Nueve Arcos tiemble bajo sus pies. Esta noche podría ser vuestro gran momento de gloria.

—Estoy de acuerdo. —Huy agitó la mano—. Quiero formar parte de esto.

Pentju y Meryre hicieron lo mismo. Ambos preguntaron para qué se los necesitaba.

—¿Un sacerdote real y un médico de la Casa de la Vida? Vuestra presencia —aseguré— es esencial en una delegación formal de la Gran Reina.

El círculo guardó silencio. Todos esperaban la respuesta de Horemheb y Ramsés. Este último se dispuso a hablar, pero Horemheb le detuvo.

—Estamos con vosotros —anuncio en voz baja Horemheb—, y si hay que hacerlo, es mejor que sea rápido. —Su rostro curtido se transformó con una ligera sonrisa—. No hay que perder ni un momento.

La reunión se dispersó. Ay trajo una bandeja para escribir con el más fino papiro y tinta negra y roja, además de un estuche de plumas. Se redactaron los pases y la orden, todos con el sello imperial de la Gran Reina Tiye. Horemheb y Ramsés recibieron espadas, yo me puse una daga entre los pliegues de la túnica y, después de recoger nuestras capas, salimos al patio. Ramsés se encontraba allí con una pequeña escolta, todos armados y portando antorchas. Estábamos a punto de partir cuando Nefertiti salió a las escalinatas y me llamó. Volví para escuchar lo que aquella imagen de belleza, encantadora como la noche, tenía que decirme. Puso dos de sus dedos en mis labios.

—Juro, por el cielo y la tierra, que nunca olvidaré esto, Mahu. —Luego desapareció.

Bajamos rápidamente al río y subimos a las barcas de guerra para emprender un breve viaje por el Nilo. Nos mantuvimos cerca de los cañaverales. Traté de ignorar los rugidos de los hipopótamos, la brisa que movía suavemente las ramas de los árboles, las agitaciones del agua, el sonido de las aves en la orilla o las luces lejanas sobre el Nilo, mientras los barcos pesqueros regresaban a tierra, íbamos sentados. Formábamos un grupo silencioso absorto cada uno en sus propios pensamientos. Pronto llegamos al Santuario de las Naves, la Amarra del Carnero de Oro, el muelle del templo de Amón-Ra. Antorchas sujetas a postes iluminaban las escalinatas por las que subimos. La mole oscura del templo se alzaba sobre nosotros. Los guardias con escudos sagrados y máscaras de carnero sobre sus rostros nos detuvieron y, en voz baja, nos pidieron que mostráramos los pases y las órdenes que explicaran nuestra presencia.

En aquel momento Horemheb tomó el mando. Cuando nos dirigíamos al muelle, él y Ramsés se habían detenido en su campamento para vestirse con todas las insignias de su rango: collares de oro y colgantes con las Abejas de Plata al Valor. Los guardias nos dejaron entrar. Accedimos por una puerta lateral y cruzamos los diferentes patios del templo de Karnak. Los severos rostros de las estatuas nos miraban a la luz de la luna. Las antorchas con fanales brillaban en la oscuridad de la

noche, las llamas bailaban con la brisa. Escuchamos los gritos de las bandadas de ocas y las manadas de carneros y toros sagrados que vagaban libres por los campos y praderas del templo. Cada poco, un débil rayo de luz destacaba los relieves sobre las paredes, revelando bestias misteriosas y procesiones reales que conducían a un extraño mundo en el que los dioses y los animales exóticos reinaban sobre todo lo demás. Atravesamos pesadas puertas cortadas en granito negro, a lo largo de estrechos pasadizos; pasamos junto a colosales estatuas de Osiris, Isis, Horus y los demás dioses del panteón del templo. Cada cierto tiempo, un grupo de guardias nos detenía para luego dejarnos atravesar las puertas revestidas de cobre, cada vez más dentro de un laberinto de fríos y sombríos corredores donde se suponía que los dioses caminaban y el velo entre nuestro mundo y el otro se hacía muy fino. Ocasionalmente escuchábamos el canto de un himno u olíamos la fragancia del incienso y las cestas de flores.

Por fin llegamos al Gran Patio Central que conducía a la sala hipóstila donde Akhenatón había cantado su himno. El poder de Amón nos estaba esperando al pie de la escalinata. Había filas y filas de guardias del templo, algunos con pesados tocados a rayas, otros con máscaras de chacales o de carneros de Anubis y Amón-Ra. Las antorchas brillaban, los incensarios se balanceaban. Delante de las apretadas filas había grupos de sacerdotes y acólitos. Sentí el olor de la sangre seca de los sacrificios ofrecidos por la reparación de antiguos pecados. Pentju gimió de miedo. ¡El conjunto constituía una imagen impresionante! Las altísimas columnas del templo, el granito negro, las grotescas estatuas, los destellos de lanzas y espadas, aquellas máscaras de horror y el silencioso cuerpo de sacerdotes con sus túnicas y estolas blancas. Shishnak estaba delante de todos ellos, sosteniendo el báculo de su cargo. Meryre comenzó a tener miedo, pero Horemheb se rascó la nariz, un gesto inconsciente que señalaba que estaba a punto de perder la paciencia.

—Si hay algo que odio es a los guardias de los templos —susurró—. ¿Piensan que nos vamos a asustar con esas máscaras infantiles?

Eché a andar para atravesar el lugar; sus sandalias resonaron sobre las losas del pavimento, aumentando la velocidad a medida que avanzaba. Los demás tuvimos que correr para mantener el ritmo, pasando junto a las estatuas, los obeliscos y las estelas que proclamaban los triunfos de los faraones anteriores. Horemheb se detuvo unos centímetros delante de Shishnak y entregó las órdenes dadas por la reina Tiye. El Sumo Sacerdote desenrolló el papiro y mi corazón comenzó a latir apresuradamente. La mano de Shishnak temblaba y una gota de sudor resbalaba por su frente. Besó el sello y lo devolvió.

—Yo... no sé. —Sus humildes palabras desmentían la arrogancia de su rostro arrugado. Aquellos ojos que emitían destellos no parecían tan duros y altivos en aquel momento.

—¿Cuál es el problema? —preguntó con energía Ramsés, casi empujándome a un lado—. Mi señor, el mensaje de la Gran Reina es muy simple. Requiere la presencia

de sus hijos ahora. Nosotros somos su escolta.

Shishnak miró a sus acólitos.

—Es mejor que entréis —susurró y, tras darse la vuelta, nos condujo a través de los numerosos sacerdotes y las apretadas filas de soldados de la escalinata.

La Sala de las Columnas era un bosque fúnebre de piedra, iluminado aquí y allá por rayos de luz. Aquel lúgubre lugar apeataba a sangre y a siniestros misterios, que las ondulantes llamas hacían poco por disipar. Las columnas se elevaban hacia la oscuridad. No se podía siquiera vislumbrar el techo. El ambiente era de una frialdad fantasmal, con una bruma invisible que helaba el sudor de nuestros cuerpos. Shishnak, acompañado por sus acólitos y oficiales, nos llevó por un pasillo. Se detuvieron ante una cámara protegida por dos centinelas. Horemheb los despachó y ordenó que el resto de la escolta de Shishnak se retirara. Éste se llevó las manos a la cara como para entonar una plegaria. Sus dos dedos índices descendieron por las profundas arrugas de cada mejilla.

—Debo decir —tartamudeó— que me he enterado de esto precisamente antes de que vosotros llegarais: ¡el Príncipe de la Corona, el Amo Tutmosis, ha muerto! ¡Que Osiris le dé la bienvenida en los Campos de los Inmortales! ¡Que Horus lo colme de luz!

—¡Quiero ver su cuerpo! —exigió bruscamente Horemheb.

Shishnak abrió la puerta. El interior de la cámara estaba iluminado por lámparas de aceite. A cada lado de una alta ventana brillaban dos antorchas. Aquella habitación cómoda, con su brillante mobiliario y paredes pintadas, estaba en aquel momento dominada por la figura exánime tendida sobre la cama y oculta por cortinas de gasa. Sin ser invitado, Horemheb las recorrió. Se había hecho algún intento de vestir al cadáver. A primera vista parecía que Tutmosis estaba dormido, aunque pude ver un hilo de sangre en la comisura derecha de su boca, una palidez extraña, los ojos entreabiertos, la sensación de total inmovilidad. Horemheb se volvió; casi arrastró a Pentju hasta un lateral de la cama.

—Nuestros propios médicos de la Casa de la Vida... —Shishnak dijo nerviosamente.

—No me importan ellos —le interrumpió con brusquedad Horemheb—. Tenemos los nuestros.

Pentju observó rápidamente el cadáver, haciendo girar el rostro, mirando el pecho y el vientre, quitándole las vestiduras.

—Un ataque —declaró—. Muerte por causas naturales. Por lo menos, eso es lo que parece. La piel está fría, los músculos rígidos.

—¿Y la sangre? —pregunté.

—Parte del ataque —explicó Pentju—. Tal vez se rompió un vaso.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —quiso saber Horemheb.

Shishnak tosió.

—Tanto el Príncipe de la Corona como su hermano habían entrado en el Lugar Sagrado para rezar ante la nave del templo. Por alguna razón desconocida, Tutmosis regresó aquí. Dejó la puerta entreabierta. Me enteré de que se había retirado y bajé para ver qué había ocurrido. El Príncipe de la Corona Tutmosis yacía sobre el suelo. Estaba temblando y le salía sangre por la boca. Se quejaba de dolores en el pecho y el estómago, de un fuerte dolor de cabeza, de debilidad en sus miembros. Lo ayudé a llegar a su lecho. Llamamos a los médicos, pero nada pudieron hacer.

—¿No creéis que se debía haber avisado al Divino? —preguntó Horemheb, haciendo el papel de oficial indignado—. ¿Por qué no se ha enviado un mensaje a su madre?

—Por supuesto, por supuesto —se disculpó Shishnak; el miedo era obvio en sus ojos—, pero las cosas se complicaron. Envié a un sacerdote para avisar a su hermano, pero el príncipe se había escondido detrás de la nave, gritando insultos, diciendo que habíamos asesinado a su hermano y que queríamos matarlo a él. Fui para razonar con él, pero estaba fuera de sí. Nos arrojó vasijas de incienso, cestas de flores e incluso una estatuilla. También nos lanzó las fuentes de comida que habíamos colocado frente al santuario. Pensé que sería mejor calmarlo, convencerlo de que se retirase antes de avisar a la Gran Casa. Me encargaré del cadáver —continuó apresuradamente—. Será trasladado con todos los honores a la Casa de la Muerte.

—Los muertos no me preocupan —dijo Horemheb mientras se dirigía a la puerta.

—Mi señor Shishnak —intervine—, ¿dónde está el aposento de mi amo?

—Al otro lado del pasillo —respondió el Sumo Sacerdote.

Me marché, con Horemheb detrás de mí. La puerta de las estancias de Akhenatón no tenía llave. Resultó ser una cámara muy similar a la de Tutmosis. La cama estaba sin deshacer, envuelta en sus cortinas de gasa. Las velas y el aceite brillaban, un pequeño brasero tapado permanecía encendido en un rincón.

—Debo ver mi amo —dije.

—No podéis entrar en este lugar. —La antigua arrogancia de Shishnak se afirmó—. No habéis sido purificado.

Una pila de agua bendita reposaba en un nicho de la pared de la cámara. Me quité las sandalias, fui hasta allí y me lavé las manos, el rostro y los pies con el agua mezclada con sal, que me hizo arder los ojos y un pequeño corte en la cara. Me sequé con el borde de mi túnica.

—Ahora estoy purificado.

—Pero no podéis entrar.

Horemheb sacó su espada.

—¿Qué otra manera hay de convencer al príncipe? —Siseé. Mi voz resonó a lo largo del pasillo cavernoso—. Soy su sirviente... confiará en mí.

Shishnak cerró los ojos, luchando consigo mismo.

—Es la única manera —repitió Horemheb.

Luego, el sacerdote abrió los ojos, me agarró por el brazo y le dijo a Horemheb que permaneciera allí, y me llevó de regreso a la Sala de las Columnas. Dos acólitos nos acompañaron a través del salón, más allá de estatuas y relieves, santuarios y capillas, hasta las grandes puertas recubiertas de oro del santuario que resplandecían a la luz de las antorchas que sostenían los oficiales allí reunidos. Uno de los acólitos susurró las instrucciones. Las puertas se abrieron. Ignoré las exclamaciones y los gritos de los guardias y sacerdotes que se amontonaban a mi espalda y entré a grandes zancadas directamente en aquella cámara que parecía una tumba fría y vacía. El gran tabernáculo se alzaba sobre su pedestal de piedra, cuyas puertas abiertas dejaban ver la figura recubierta de oro de Amón, el Silencioso, el Dios que Todo lo Ve. Delante había pequeñas losas de piedra sobre las que se colocaban las ofrendas y las cestas de flores. Todo ello se hallaba en gran desorden. El suelo estaba cubierto con fuentes de oro, copas y jarras, trozos de carne, panes enteros, frutas de todas clases. Caminé lentamente y casi resbalé al aplastar con mi pie un racimo de jugosas uvas. El aire estaba saturado con los aromas dulces y ácidos de natrón, incienso, casia y el perfume empalagoso de la mirra. Un lugar misterioso de sombras cambiantes. Una de ellas se movió detrás de un pilar. Mi amo entró en el círculo de luz de la antorcha; sus vestiduras se encontraban manchadas, desgarradas y rotas, pero había recuperado la serenidad.

—Mahu. Me alegro de verte.

Estiré mis manos.

—Amo, hemos venido a escoltaros de regreso a casa. Estáis a salvo.

Akhenatón avanzó un poco hacia mí, golpeando el suelo con su bastón.

Dio una patada a las fuentes para apartarlas de su paso y se aferró a mi mano.

—Mahu, salgamos. Abandonemos esta morada de demonios.

Espíritu diabólico

«¡Despierta, recupérate, oh, Rey!».
(Sentencia 664, Texto de La pirámide).

Capítulo 12

*Nace por ti,
la crecida del Nilo.
El agua de la vida.
Crece por ti,
lo que viene del agua,
las ricas tierras negras de Egipto.
El cielo arde por ti,
la tierra tiembla por ti,
tus pies son bañados por agua pura.
¡El Rey es Próspero!
¡El palacio florece!
¡El mes ha nacido!
La región está cubierta.
¡La cebada crece!*

La sonora voz de Meryre hizo que el himno se extendiera por toda la estancia. Vestido con ropajes blancos, cumplía la función de sacerdote lector ante el Círculo Real en la Gran Sala del Consejo, junto a la sala de banquetes, en el corazón del palacio de Malkata. Yo estaba allí, obligado a escuchar sus tonterías. Mantuve el semblante serio mientras trataba de no recordar a Meryre con el culo al aire, perseguido como una ardilla por el resto de los niños de la Kap por las orillas pantanosas del Nilo.

Se suponía que era una ocasión sagrada. Akhenatón estaba sentado sobre una plataforma en forma de santuario con una columna de estuco a cada lado, pintadas de azul y verde y adornadas con hiedra de oro. Los capiteles eran hojas de acanto de color rojo sangre; sus basas estaban formadas por hojas de palma amarillas con bordes de plata. En la parte superior de la plataforma, una fila apretada de cobras, recubiertas de oro verdoso y pintura negra con furiosos ojos de brillantes rubíes, nos miraban con destellos amenazadores. El resto de la cámara estaba pintada de color azul cobalto, el color favorito del Magnífico, menos las columnas, esculpidas en forma de gruesos tallos de papiro, de deslumbrante color verde y amarillo.

El suelo de piedra de color azul claro era suave y pulido como el agua. A cada lado de la cámara, Estanques de Pureza rectangulares con bordes de azulejos rojos brillaban a la luz de las lámparas de aceite. En la superficie de estos estanques flotaban lotos azules y blancos cuyo olor dulzón se mezclaba con el de las esponjas empapadas en perfume, colocadas en recipientes en rincones y nichos oscuros. Las

ventanas estaban abiertas y, al igual que las puertas, sus dinteles eran de maderas preciosas, lapislázuli y brillantes piedras. Fuera se extendían los jardines, el paraíso del palacio, frondoso y verde. Desde donde yo estaba, detrás de mi amo, podía escuchar los rebuznos y balidos de las manadas sagradas.

Akhenatón vestía ropajes formales de estado: calzones cortos de gasa plisada, adornados en la parte de atrás con una cola de chacal y en la delantera un rígido delantal de oro y esmalte de colores; una larga túnica del más puro lino caía desde sus hombros. Sus pies calzaban sandalias puntiagudas y sobre su cabeza llevaba una bella tela de oro, con rayas blancas y rojas. De su cuello colgaba un pectoral con las piedras más puras talladas con la Diosa Buitre, Nekhbet. Los anillos propios de su cargo decoraban sus dedos y llevaba en la mano un *ankh* dorado, el símbolo de la vida. Yo había estado mirando mientras le maquillaban y embellecían el rostro antes de la reunión del Círculo Real; los redondeles oscuros de *kohl* alrededor de sus ojos contrastaban con la pintura color carne sobre la cara y los labios recubiertos de carmín. Al otro lado del Círculo Real se sentaba Hotep, con sus blancas vestiduras y las brillantes cadenas de su cargo. El amigo íntimo del Magnífico y su primer ministro mantenía su rostro impassible, aunque cuando posó su mirada en mí, un brillo de cínica diversión destelló en sus ojos. La Gran Reina Tiye estaba sentada a la derecha de Akhenatón, Nefertiti a su izquierda con su vientre ya prominente, destacándose bajo la delgada y suelta túnica. Ay, Portador del Sello Divino, se encontraba junto a ella.

Todos estaban absortos en sus propios pensamientos mientras la voz de Meryre ascendía y descendía. Durante los noventa días que siguieron a la muerte de Tutmosis, los acontecimientos sucedieron con la rapidez de una golondrina surcando el cielo. El Divino, afligido por la muerte de su primogénito, se había hundido en un placentero estupor de droga. Al menos eso era lo que Ay me había dicho. La Gran Reina Tiye también había envejecido: tenía el rostro gris y los hombros ligeramente caídos, aunque su amado hijo no sólo había sido reconocido ya por el palacio, sino que había sido proclamado corregente, gobernante asociado, Amado por Amón, Horus en el Sur.

Mi amo, indudablemente, había cambiado. Los acontecimientos en el templo de Amón-Ra permanecieron ocultos. Los pocos detalles que pude recoger eran que él y Tutmosis habían estado orando en el santuario cuando Akhenatón comenzó a ridiculizar lo que él llamaba «la farsa vana de los sacerdotes». Tutmosis, enfadado ante tal blasfemia, se había enfrentado a él, para luego retirarse.

—Se fue mientras yo me reía —había dicho Akhenatón recostado en el pabellón del jardín, ataviado con sus vestiduras de duelo y ceniza en la cabeza y la frente—. Mahu, yo me estaba riendo de la pequeña estatua en su cubículo. Le dije que me la llevaría de allí. —Akhenatón miró entrecerrando los ojos al loto que tenía en la mano—. Entonces regresaron los cabezas afeitadas. Me informaron de que mi hermano había caído gravemente enfermo. Dejé de reírme. Pensé que se trataba de una

conspiración para obligarme a salir, de modo que me negué a abandonar el lugar — sonrió—, hasta que tú llegaste. ¿Cómo te enteraste de todo? Mi madre es tan enigmática como siempre.

Le conté que Maya nos había advertido. Asintió con la cabeza, dejó el loto en mi mano, se levantó y salió. Nunca tuve la oportunidad de expresar mis propias sospechas. No había llegado todavía el momento adecuado. No tenía prueba alguna, pero había algo en aquellas dos cámaras del templo de Amón-Ra que agitaban mi memoria; algo no iba bien, había algo que no encajaba. Era como tratar de recordar un sueño, los detalles se me escapaban siempre. Oh, por supuesto, todos estuvieron muy agradecidos. Horemheb y Ramsés fueron ascendidos al Maryannou, miembros del principal cuerpo real conocidos como los «Valientes del Rey». Huy se convirtió en escriba principal en la Casa de los Embajadores; Pentju, en médico real con derecho a portar la piel de pantera y el Anillo de la Luz y también a llevar el Báculo de la Vida. Meryre fue confirmado como Principal Sacerdote de la Capilla y de la Casa Real y Sacerdote Lector del Real Círculo Imperial. Ay había logrado lo que siempre había deseado. Se le concedieron, entre otros, los títulos de Amigo Intimo del Faraón, Padre de Dios, Consejero Principal, Jefe de los Escribas, Guardián de los Sellos. Maya, por supuesto, tendría que esperar. ¿Y para Mahu? Ah, bien. Mahu no recibió más que cofres de piedras preciosas y un fuerte abrazo tanto de Akhenatón como de Nefertiti, recompensa suficiente, con el título de Guardián de las Llaves. En otras palabras, era el guardaespaldas personal de Akhenatón.

El cadáver del Príncipe de la Corona Tutmosis se había llevado a la Necrópolis para ser vestido y trasladado al mausoleo real de su padre, donde el Guardián de los Secretos de Anubis había lavado su joven cuerpo con natrón, lo había llenado de perfume y adornado con joyas exquisitas. La esperanza de Egipto había sido envuelto en el lino más puro y suavemente colocado en su lecho de sarcófagos de oro para su descanso. Egipto estuvo de luto, respetando los setenta días rituales mientras el *Ka* del joven príncipe viajaba hacia al Eterno Oeste. Cortesanos y funcionarios rasgaron sus vestiduras, cubrieron sus cabezas y rostros con cenizas, gimieron y se lamentaron en señal de duelo.

Finalmente, las honras fúnebres concluyeron. La vida en la ciudad y en el palacio junto al Nilo continuó, aunque la Gran Reina Tiye estuvo ocupada. Diez días después de que el Príncipe de la Corona Tutmosis fuera encerrado en su sarcófago, mi amo, con su anterior nombre de Amenhotep, fue declarado corregente en el Salón de la Gran Celebración de la Diadema Real de Karnak. Nefertiti le había dado instrucciones estrictas y adecuadas, de modo que se comportó a la perfección. Permitió que los sacerdotes lo rociaran con agua bendita, lo consagraran con los óleos sagrados y lo vistieran con las vestimentas reales que lo envolvieron como una maravillosa neblina. Esta vez no hubo risas mal disimuladas ni burlas por el cuerpo desgarrado de Akhenatón y su extraña manera de andar. El báculo, el flagelo y el *ankh* fueron puestos en sus manos. Sacerdotes con máscaras de halcones, carneros,

perros y chacales lo rodearon para ungirlo, bendiciéndolo con incienso mientras descendía sobre su cabeza la gran doble corona, con su diadema del Uraeus. Shishnak en persona, con el ceño fruncido en el Círculo Real, tuvo que pronunciar las palabras en nombre de su dios, el gran Amón-Ra.

*He establecido tu dignidad como el Rey del Norte
y como el Rey del Sur.*

*Oh, Hijo mío, Amo de las Dos Coronas,
ató el loto y el papiro para ti.*

Luego Akhenatón se había trasladado en solemne procesión hacia la Gran Sala del Ascenso Real y el Abrazo Divino. Había roto los sellos sagrados de arcilla de la *naos* y adorado la estatua sagrada coronada con plumas de avestruz y ojos de esmalte que brillaban con ferocidad al mirar a aquel nuevo faraón de Egipto que —después me confesó en secreto— se habría sentido feliz de haberla hecho añicos de un mazazo.

Akhenatón era ya Señor de Egipto. El así lo percibía, lo sentía, y por ello había cambiado. Rebosaba confianza silenciosa, una serena majestad que dominaba todos sus movimientos y ademanes, su voz y sus palabras. Aunque miraba todo con ojos divertidos y una sonrisa cínica, permanecía prudente y discreto. Nefertiti actuaba de la misma forma. No había sido proclamada reina, todavía no, pero su hora había llegado. Era la Gran Esposa, la futura madre de los hijos del faraón, Señora de la Casa, Señora del Palacio. Y también había llegado la hora de Ay. El único obstáculo, un contrapeso para la influencia de su hijo, era la confirmación por parte del Magnífico de su amigo íntimo, Hotep, como primer ministro. Todos los asuntos debían ser decididos conjuntamente con él. La reina Tiye había instado a su hijo a que cooperara plenamente con este poderoso cortesano, así como con otros dignatarios, generales, sacerdotes y nobles, el Sheneiu o las Personas del Círculo Real, o el Quenbetiu o el Rincón Real. Todos estos hombres llevaban el título de Amigos Únicos del Rey, Señores de los Secretos de la Casa Real, Señores de Todas las Palabras Reales, Señores de los Secretos del Cielo. Portadores de abanicos y dignatarios que se regocijaban con sus gloriosos títulos, ellos representaban el verdadero poder de Egipto.

En medio de la Sala del Consejo estaban sentados los escribas de la Cámara Púrpura de la Casa de los Secretos, con los tableros para la escritura sobre sus regazos, listos para registrar las palabras de los amigos del faraón. Cada miembro del Círculo Real podía tener un asistente en la cámara. Yo estaba como asistente de Akhenatón y de Nefertiti. Me divirtió que Hotep hubiera escogido a Maya, que parecía desconcertado, moviendo sus pies a cada rato, pasando su peso de una pierna a la otra. Por fin, el aburrido canto de Meryre terminó. Akhenatón de inmediato tomó una medida para afirmar su autoridad.

—Deseo —dijo con rostro solemne— extraer piedra en Silsila para construir un templo a Re-Herakhty, a Atón. Como sabéis —continuó con entusiasmo su exposición— Re-Herakhty es una manifestación del Dios Sol: un hombre con cabeza de halcón coronado con el Disco Solar y rodeado por el Uraeus.

Shishnak tosió, un gesto de silencioso desprecio por aquellas palabras. Akhenatón lo ignoró.

—Mi Padre —continuó—, mi *Padre* —enfaticó las palabras— me ha revelado una nueva manifestación... ya no el símbolo de un hombre con cabeza de halcón, sino sólo el Disco Solar rodeado por el Uraeus con un *ankh* colgado que envía rayos de luz. He visto esto en un sueño. ¡En el extremo de cada rayo de luz, una mano me bendecía a mí y a los míos! Mi Padre así lo ha decidido. He compartido mi sueño con el superintendente de obras: la piedra será extraída y mi templo para el Disco Solar, el glorioso Atón, será construido en Karnak. ¡Éste es mi deseo, que se haga mi voluntad!

El rostro de Shishnak reveló una tremenda furia. El primer acto oficial de Akhenatón era reconocer a un dios diferente e insistir en que se construyera un templo para ese dios en los sagrados terrenos de Amón en Karnak.

—Mi señor Shishnak —se oyó la voz serena de Hotep en todo el recinto—, ya has escuchado las palabras del Único.

—He oído —respondió Shishnak con los dientes apretados—, y se hará la voluntad del Único. Quisiera hacer una pregunta. —Hotep asintió con la cabeza. Shishnak volvió su rostro hacia Akhenatón—. ¿Cuándo os hizo esta revelación vuestro Padre, el Divino, el Magnífico?

—¿Estamos aquí —replicó Akhenatón— para hablar del amor entre padre e hijo? Soy la voluntad de mi Padre. El que hace mi voluntad, hace la voluntad de mi Padre y lo complace.

Asunto terminado. Miré la parte posterior de la cabeza de Nefertiti; su cabello resplandeciente estaba recogido bajo un enjoyado tocado. A pesar de su embarazo, estaba sentada majestuosamente, con la espalda recta y los ojos mirando con firmeza, desafiando en silencio a las personas como Shishnak. Recordé mi propia audacia en el templo de Amón. No había sido yo recompensado públicamente, pero su sonrisa, sus gestos de afecto habían sido satisfacción suficiente. Miró a su alrededor mientras Hotep presentaba otros temas. Percibí su sonrisa picara cuando la reina Tiye se inclinó y le susurró algo a su hijo.

—Has infligido un grave insulto a Shishnak. Pronto llegara su desquite.

El Círculo Real fue pasando de un tema a otro. El envío de heraldos y mensajeros, las tropas de refuerzo más allá de la Tercera Catarata, el ataque de los bandidos del desierto contra los comerciantes, el envío de carros de guerra por la vía de Horus para proteger las minas de diamantes del Sinaí. Todos asuntos rutinarios. Mi mente se entretuvo con Sobeck, mi tía Isithia y otras cuestiones, sólo para volver a ser atraído por el cabello de Nefertiti. Mientras la conversación continuaba, escribí un poema:

*¡Gloriosa como el Lucero Naciente del Alba,
Sopet, al principio del Año Nuevo!
¡Jubileo tras Jubileo!
Luz brillante, clara la piel.
¡Bella la mirada de sus ojos!
¡Dulce las palabras de sus labios!
¡Graciosamente pisa la tierra!
Mi corazón es capturado por sus movimientos.
Todos los hombres dicen que su abrazo es la bienaventuranza,
dulce miel sus besos.
Su amado debe estar primero entre los hombres.*

Mi ensueño se desvaneció a causa de la irritante voz de Shishnak. Estaba hablando de Tushratta, el rey de Mitanni, y un escriba estaba distribuyendo tabletas de arcilla pulida y endurecida... cartas de la corte de Mitanni escritas con aquella grafía de pájaros de los acadios. Shishnak habló con rapidez de la importancia de la alianza con los *mitanni* de Egipto, de cómo los que vivían entre el Alto Tigris y el Eufrates eran un elemento esencial en esta alianza.

—La princesa Tadukhiya —Shishnak recorrió con la mirada el Círculo Real— de Narahin es una joven y hermosa mujer. Colegas consejeros, recordaréis que fue enviada a Egipto para casarse con el Príncipe de la Corona Tutmosis, que ya ha entrado al Glorioso Oeste. —Shishnak hizo un gesto en dirección a Akhenatón—. El pueblo de Mitanni todavía espera que nosotros respetemos los acuerdos de nuestro tratado. Su princesa debe casarse con el Hijo de Egipto, su faraón. —Shishnak había lanzado su rayo sobre el evidente amor entre Akhenatón y Nefertiti. El silencio se hizo palpable, pero el cambio en los hombros de Nefertiti y la manera en que la cabeza de Akhenatón se movió fueron manifestación elocuente de su cólera.

—Tengo una esposa. —La voz de Akhenatón era severa. Señaló a Nefertiti—. Tengo una esposa —repitió—. La heredera, de Bella Forma, Señora de la Gracia, Digna del Amor, Amada por Atón, Señora del Alto y el Bajo Egipto, Gran Esposa del Rey. —Su voz se elevó hasta convertirse casi en un grito de desafío—. Ella a quien Él Ama, Señora de las Dos Tierras, ¡qué viva por siempre jamás!

—Muy cierto. Muy cierto —replicó Hotep, haciendo una reverencia a Nefertiti—. Pero ahora, mi señor, vos sois gobernante corregente de las Dos Tierras. Tenemos aliados que complacer, tratados que cumplir, obligaciones que respetar...

* * *

Más tarde, en el palacio de Atón, tomé parte en los acalorados intercambios de palabras entre Akhenatón, Nefertiti y Ay sobre la propuesta de matrimonio hecha por Hotep y Shishnak. Oh, sí, habían aceptado el discurso de Akhenatón, no habían pronunciado insulto alguno. Habían señalado que el harén del Divino estaba lleno de

princesas de todos los rincones del imperio y más allá. Así que, por el bien de Egipto, Akhenatón tendría que seguir el ejemplo de su padre. Finalmente, intervino la reina y, con voz cansada, dijo que su hijo debía reflexionar sobre el consejo ofrecido y dar su respuesta. La reunión del Círculo Real terminó. Akhenatón y Nefertiti ni siquiera esperaron a que Meryre terminara de farfullar las oraciones antes de ponerse de pie, hacer una rápida reverencia y abandonar la Sala del Consejo. Nefertiti había controlado su cólera provocada no tanto por la alianza matrimonial, sino más bien por la insolencia de Shishnak. En aquel momento, en las sombras de la sala de audiencias, dio rienda suelta a su cólera.

—Cogeré la cabeza de Shishnak —juró—, le arrancaré esos ojos venenosos y los conservaré en vinagre con sal. Coseré sus labios con bramante. —Con las manos apoyadas en su vientre abultado, me miró solemnemente y luego estalló en carcajadas—. Ah, bien —suspiró—, habrá que hacerlo.

Akhenatón asintió con la cabeza.

—Habrá que hacerlo —confirmó Ay—, y cuanto antes, mejor. Mi señor, ellos esperan que tú te niegues. Invocarán la voluntad de tu padre —miró a Akhenatón de frente—, me refiero al Magnífico.

—¿Dónde está ella ahora —preguntó Akhenatón—, esa princesa de Mitanni?

—En la ciudad de las blancas murallas —respondió Ay—, en una mansión a las afueras de Menfis.

—Que la traigan al sur —ordenó Akhenatón. Se inclinó hacia delante y acarició el abultado vientre de su esposa, besándola en el hombro, el cuello y el rostro.

—Cada alma tiene su canción —susurró—, y tú eres la mía. Sólo tú, Heredera de Egipto, Mujer del Sagrado Linaje y de la Sangre Sagrada, parirás a mi hijo. Sólo la descendencia de nuestros cuerpos y almas llevará las coronas de Egipto. Tú eres mi princesa y mi altar.

Ay me dio un golpecito en la mano y con un gesto de su cabeza me indicó que saliera. Nos levantamos, hicimos una reverencia y dejamos a Akhenatón y Nefertiti perdidos el uno en el otro.

La decisión había sido tomada. Ay y yo quedamos encargados de supervisar los detalles prácticos. La decisión de Akhenatón de casarse con la princesa de Mitanni fue dada a conocer aquel mismo día. Ay estaba distraído, más preocupado por realizar más cambios en el gran palacio. Nakhtimin, con sus ojos insulsos y su expresión reservada, fue ascendido a Portaestandarte de la Casa Real con mando directo sobre la Guardia Personal imperial. Otro pariente de la reina Tiye, Anen, fue nombrado alto cargo entre los sacerdotes de Amón. También recibieron lo suyo aquéllos en los que no se podía confiar. Ciertos generales fueron enviados al norte, al Delta, importantes escribas obtuvieron nuevos empleos en otras ciudades a lo largo del Nilo o se les destinó a ocuparse de supuestos asuntos urgentes en las provincias. Los principales

ciudadanos de Tebas, por no mencionar a los Guardianes de los Secretos, eran recibidos y agasajados constantemente en el Palacio del Atón. Akhenatón y Nefertiti no parecían preocuparse por todos esos detalles. Estaban demasiado entretenidos en sus propias conversaciones, visitando la Casa de las Pinturas o supervisando la construcción de algún pequeño altar a Atón. El verdadero poder residía en Ay. Él se reunía con los notables, supervisaba la construcción de más edificios, uniendo el palacio de Akhenatón con mi vieja Casa de la Enseñanza, donde se habían educado los niños de la Kap. Se construyeron depósitos, almacenes y graneros para albergar la riqueza y el estatus recién descubiertos de Akhenatón: Per Hagu, la Casa de los Alimentos, Per Nuble, la Casa del Oro, Per Ehu, la Casa de los Bueyes, Per Asheu, la Casa de los Frutos y, sobre todo, Per Ahuu, la Casa de la Guerra, con sus armerías llenas de lanzas, escudos, espadas y dagas. Ay me hizo cargo de la Casa de la Guerra mientras él se ocupaba de la construcción de más barracones y de la selección de mercenarios para engrosar el séquito personal de Akhenatón.

Mi amo sólo se interesaba por estos nuevos edificios una vez que estaban terminados y listos para la decoración. Luego se involucraba de manera febril, insistiendo en que los salones estuvieran inundados de luz, que las columnas de madera tallada se pintaran con diferentes colores, las puertas se adornaran con oro y plata y los dinteles con deslumbrante lapislázuli y malaquita. Supervisaba personalmente las pinturas de las paredes y la disposición de los nuevos jardines. Salía cuando la tierra empezaba a ser removida y gritaba instrucciones a los trabajadores, dónde plantar, cómo sembrar la hierba, cómo disponer las semillas, cómo ubicar los arbustos y otras plantas para que pudieran aprovechar tanto el sol como la lluvia.

Los días se sucedían uno tras otro. Ay recibía informes de Tebas y del resto del palacio y los discutía conmigo antes de llevarlos a las reuniones con Akhenatón y Nefertiti. Una mañana, Snefru, convertido en capitán de mi guardia personal, interrumpió una reunión para hacer saber que teníamos un visitante. Apenas si reconocí al anciano que se apoyaba en el muro del patio con su pelo blanco como la nieve, la cara arrugada y los ojos acuosos.

—Amo Mahu. —Ciertamente reconocí la voz.

—¡Vaya, vaya! ¡Es Api! ¿Qué te trae por aquí?

—Tu tía Isithia ha muerto.

—¡Qué lamentable!

—Pensé que debía venir a informarte. Se cayó una noche... —La boca de Api se abrió y se cerró—. Se cayó. Estaba en la terraza superior —farfulló—, y escuchamos un grito. Debió de resbalar.

—Sí —convine—, debió de resbalar.

—Pero no había bebido mucho. Se debió de inclinar.

Recordé la terraza con sus sillones, sus mesas y su barandilla enrejada, a Isithia acariciando su copa de vino. Pude imaginar la sombra oscura de Sobeck deslizándose

por la escalera exterior. Siempre supo moverse como un gato.

—La muerte cae como un halcón —murmuré.

Api me miraba fijamente.

—Es una lástima que no la hubieras visto antes...

—Es una pena que la hubiera conocido alguna vez —gruñí.

Api retrocedió. Cayó de rodillas, echándose hacia atrás, arrastrando los pies y sus sandalias sobre las losetas.

—No ha sido mi intención ofender...

—No me has ofendido. ¿Quién hereda la casa y los bienes de la vieja bruja?

—Los sacerdotes de Amón: la casa, los esclavos y otros bienes, la tierra. Todo va a la Casa de la Plata de Karnak.

—¿Y para ti? —pregunté.

—¡Nada! ¡Después de años de servicio, nada!

Caminé a su alrededor. Los sirvientes que cruzaban el patio nos miraban con curiosidad.

—Y yo tampoco tengo nada para darte.

—Amo, creí que tú podrías ayudarme. Pronto serás Jefe de Policía en Tebas.

—¿Qué? —Lo agarré por la túnica y lo hice poner de pie. Sólo era un saco de huesos—. ¿Qué has dicho? ¿Cómo lo sabes?

—Tu tía estaba hablando de eso justo antes de morir. Se reía. «Imagínate a Mahu», dijo, «el Mandril del Sur que se convierte en Jefe de Policía». ¡Amo, no tengo nada! —gimió otra vez. Recordaba a Api siempre detrás de la tía Isithia, como un perro.

—Nunca fui cruel contigo —se quejó.

—¿Ella mató a mi madre?

Api miró al suelo.

—¿Ella mató a mi madre? —insistí, aflojando la mano.

—En cierto modo, sí. Cuando tu padre estaba ausente, la sometía a una crueldad tras otra. Después de tu nacimiento —se apresuró a relatar—, a tu madre le sobrevino una fiebre.

—¡Las pociones de tía Isithia! —Miré al cielo. Podía haber aullado como un perro—. Gracias a esa bruja soy lo que soy. ¿Dónde está su cadáver?

—En la Necrópolis, en la Casa de la Muerte que pertenece al Gremio de los Halcones. Los sacerdotes de Amón lo enviaron ahí.

—Estoy seguro de que lo hicieron. Cogarán su dinero y pondrán su cadáver en el agujero más cercano. No va a ser enterrada con mis padres. En cuanto a ti...

Api cayó de rodillas con las manos extendidas. Cuando Snefru cruzó la entrada, garrote alzado, le hice señas para que se retirara. Fui a mis aposentos y traje cinco lingotes pequeños, un *ounou* de plata y tres piedras preciosas. Puse esto en las manos de Api.

—Adiós, Api. Eres un hombre afortunado.

Frunció el entrecejo.

—He pensado en matarte a ti también —susurré.

Su mandíbula cayó en un gesto de horror y temor.

—¿Qué he dicho? —Sonreí—. Ya lo he olvidado... y tú también, ¿no es cierto, Api?

Lo vi alejarse por el patio y envié un mensaje a Sobeck diciéndole que deseaba verlo de inmediato. En los días siguientes no recibí respuesta alguna y pronto fui absorbido por los arreglos para la llegada de la princesa Tadukhiya al palacio de Atón. Llegó el día previsto con un pequeño séquito de doncellas que se reían tontamente, carros llenos de tesoros y un grupo de esclavos hititas. Akhenatón la recibió en el patio. La princesa estaba sentada oculta bajo un dosel cubierto con un velo. Él intercambió cortesías con las personas importantes que habían acompañado a su nueva esposa y luego los despachó. Nefertiti, cubierta con tela de oro, deslumbrante con preciosos diamantes y otras piedras, permanecía de pie, inmóvil como una estatua bajo una sombrilla sostenida por Ay. Akhenatón inspeccionó los regalos y luego se volvió hacia los hititas, unos hombres de apariencia extraña con la parte delantera de sus cabezas totalmente afeitadas, rostros parecidos a loros y raros tatuajes azul oscuro y rojo sobre sus pechos y brazos. Quedó fascinado por ellos aunque su aspecto era penoso. Les ordenó que cantaran una canción de su propio país y, mientras lo hacían, se reunió con su esposa bajo la sombrilla, marcando el ritmo con el pie en el suelo y la cabeza ligeramente inclinada. La canción era una triste endecha similar a un cacareo de aves. Nefertiti dejó escapar una risita tonta. Akhenatón, sin embargo, actuó como si algo insignificante lo hubiera distraído. Una vez terminada la canción, les preguntó a qué se dedicaban en su país. Respondieron que eran músicos capturados en una incursión.

—¿De verdad erais músicos? —Chasqueó los dedos.

Me acerqué presuroso con otra sombrilla y él caminó alrededor de los esclavos, tocando su piel.

—¿Qué piensas, Mahu?

—Que si dependieran del canto para sobrevivir —respondí—, pronto se morirían de hambre.

Akhenatón esbozó una sonrisa. Continuó su inspección. Advertí que detrás del grupo había dos Medjay, exploradores que acompañaban la procesión para asegurarse de que dedos hábiles no se acercaran a los carros con los tesoros. Mientras Akhenatón tarareaba una canción entre dientes y observaba aquellos carros llenos de tesoros, recordé lo que Api me había dicho. ¿Iba yo a convertirme en Jefe de Policía de Tebas? ¿Cómo se había enterado mi tía? ¿Por qué mi amo no había hablado del tema conmigo?

—Ya sé lo que haremos. —Akhenatón se subió a un carro y se quedó de pie con su fina túnica ondeando sobre su cuerpo—. Mahu, quiero que estos hititas usen

pelucas de mujeres y se vistan con atuendos femeninos. Los llamaré mi Orquesta del Sol. Yo mismo los educaré.

—¿Por qué el atuendo de mujeres?

—Sus días como guerreros han terminado. —Saltó del carro—. Serán un símbolo de la paz eterna que mi reinado traerá, cuando las espadas sean convertidas en rejas de arado y los carros de guerra en carruajes de recreo.

Me di cuenta de que la llegada de la princesa había interrumpido los pensamientos de mi amo, así que guardé silencio. Siempre me ponía nervioso hablar con él en público por temor a que el nombre «Akhenatón» pudiera escapar de mis labios. El príncipe me había hecho hacer un juramento solemne, con mi mano sobre el Disco Solar: su nombre sagrado permanecería oculto hasta que su Padre le diera una señal para darlo a conocer hasta los confines de la tierra y más allá.

El séquito se estaba impacientando. Akhenatón no había sido descortés. Era normal que hubiera aquel periodo de espera antes de que un príncipe conociera a su nueva esposa. Los pobres hititas parecían totalmente desconcertados, arrastrando sus pies y hablando unos con otros entre dientes en su lengua de extraño sonido. Akhenatón se alejó y permaneció junto a Nefertiti. Finalmente, se les ordenó a los sudorosos portadores del palanquín que dejaran su preciada carga. Lo hicieron suavemente, las cortinas fueron descorridas y apareció Tadukhiya. Era pequeña y oscura, con poco más de catorce veranos de edad y su pelo negro recogido bajo un tocado algo exótico. Iba vestida con una túnica de colores chillones, pero suntuosa. Caminó elegantemente hacia su prometido, que cogió sus manos y la besó en cada mejilla, mirándola con afecto. El contraste entre las dos mujeres era sorprendente. La princesa de Mitanni estaba perfectamente formada pero era un poco bajita, con ojos rasgados en un rostro de piel oscura, la boca fruncida en un mohín, orejas puntiagudas y las mejillas regordetas brillantes de aceite. Nefertiti se relajó visiblemente; aquella nueva esposa no sería rival alguna.

—Parece un mono —me susurró—. Así será como la llamaré.

Así pues, su nombre fue Khiya. No se trataba de un apelativo cruel. «Khiya» era un término cariñoso, no más ofensivo que el saludo que Akhenatón dedicó a Nefertiti, «Ta-Shepses, la Favorita».

Le dio la bienvenida al palacio, mirándola, cogiéndole las manos mientras ella le devolvía la mirada con timidez, levantando una mano hasta la boca para esconder una sonrisa, además que repitió cuando la condujeron para presentarla a Nefertiti. En aquel momento pensé que Khiya era estúpida. Estaba equivocado. Aprendió con rapidez y quería sobrevivir. Me di cuenta de que no necesitaba información adicional para las presentaciones sobre el séquito de mi amo. A Ay ya lo conocía de nombre y por su reputación, y lo mismo sucedía con los otros miembros de la Casa Real, incluido yo. Horemheb y Ramsés fueron elogiados como grandes guerreros y me di cuenta de que, a medida que iba recorriendo el grupo, alguien le había explicado con todo lujo de detalles la composición de la familia de su nuevo marido, así como el

poder y la situación de cada uno de sus personajes importantes. A Khiya se le proporcionaron aposentos propios en los nuevos edificios que Ay había ordenado construir y pronto llegó a ser aceptada más como dama de honor principal de Nefertiti que como una esposa por derecho propio. Efectivamente, Khiya seguía a Nefertiti como un mono mascota, riéndose tontamente y parlotando sin parar sobre temas intrascendentes. Nefertiti estaba realmente contenta.

—Es bonita y un poco cabeza hueca —me confió Nefertiti mientras paseábamos por el jardín para disfrutar de la brisa que venía del río. Con frecuencia realizaba esos paseos, caminando despacio, sosteniéndose el vientre mientras hablaba de las actividades del día. El embarazo le había dado una plenitud, una satisfacción que aumentaba su belleza, una gracia tan atractiva como majestuosa. Yo no había olvidado aquel momento en el jardín, aquella bebida extraña e incluso los sueños todavía más extraños que siguieron. Nefertiti nunca hizo referencia alguna a ello, sino que me trataba como a un hermano, pidiendo mi consejo o preguntándome acerca de mi primera reunión con su marido. Khiya nunca nos acompañó en tales paseos.

—Ciertamente sabe hablar —confió Nefertiti—. Parlotea como un mono, Mahu. ¿Alguna vez te ha hecho alguna confidencia?

Sacudí la cabeza. Yo jamás decía lo que realmente sabía o sentía, por lo menos mientras no estuviera seguro. Me habría encantado haberle preguntado a Nefertiti sobre el extraño comentario de Api acerca de mi nombramiento como Jefe de Policía de Tebas. Aquel honor me intrigaba y me preocupaba. Ese cargo podría significar mi alejamiento de la Casa Real y, sobre todo, de su presencia.

—¿Crees que Khiya es estúpida, Mahu?

—Nadie es estúpido.

Nefertiti aplaudió y se rió.

—Así habla un guardaespaldas. —Entrecerró los ojos—. El Jefe de Policía.

—¿Jefe de Policía? —pregunté.

—Bueno, eso es lo que eres, ¿no, Mahu? Investigas para descubrir a aquellos que desean hacer daño a mi Amado. Nos proteges.

—También están Horemheb y Ramsés por no mencionar a tu tío Nakhtimin.

—No creas, Mahu, en el poder de un faraón ni confíes en los carros de guerra de Egipto. —Tembló y se frotó los brazos—. Hace muchos años, en Ahkmin, visité a uno de esos adivinos. Predijo mi muerte a manos de un gran amigo.

—Mi tía era una adivina. No creo en tales cosas.

—No crees en nada, ¿verdad, Mahu? —Se acercó a mí—. ¿Qué significa para ti Amón, o el poder de Atón? Dime.

—Me resulta difícil creer —respondí—, como cree mi amo, que los dioses recorren los cielos como los grupos de sacerdotes de Amón. Id a Tebas, Su Excelencia, observad a la multitud bulliciosa. ¿Creéis realmente que los dioses están interesados en ellos?

—Pero ¿y Atón? —insistió—. ¿El Único? ¿El Invisible y Uno?

—Le deseo lo mejor, Excelencia. Y, cuando se me presente, le devolveré la cortesía.

Nefertiti me pellizcó la mejilla, me agarró del brazo y caminamos por el sendero de grava entre las cercas enrejadas de las enredaderas.

—Estábamos hablando de Khiya, una cabeza hueca, una simple niña. Pero... — Nefertiti se detuvo—. A veces tú me observas, Mahu. ¿Porqué?

—Vos sabéis la razón —respondí en voz baja.

Otra vez la risa, esta vez un tanto cohibida.

—Khiya es diferente. Ella me observa como un mono, como si estuviera aprendiendo, como si quisiera imitar mis movimientos.

—Siente admiración por vos —respondí—. Está deseosa por complacer.

—Una estudiante voluntariosa de las artes del amor —respondió Nefertiti con malicia—, muy astuta, muy activa y deseosa de aprender. La he observado atentamente. Tuve que decirle que ponerse a cuatro patas no es la única posición para una princesa de Egipto. Es también muy ruidosa. Grita como un gato. Akhenatón está muy contento con ella.

El hecho es que Akhenatón trataba a Khiya con gran cariño, como si ella fuera un juguete nuevo. Con frecuencia se reunió con nosotros para las comidas y, cuando él decidía caminar en la frescura de la tarde, ella siempre era invitada. Nefertiti, por supuesto, la miraba como un ave de rapiña observa a su próxima presa.

—Ella nunca tendrá un hijo —me confió acaloradamente—. Ningún hijo suyo llevará la doble corona de Egipto.

Por supuesto, a medida que las semanas fueron pasando, Khiya se acostumbró a la rutina de la corte. Ay estaba en esa época con frecuencia ausente o encerrado en su propia cámara, estudiando mapas y también los informes de sus innumerables espías en Tebas. Pero no se distanció de mí; nos reuníamos todos los días durante al menos una hora. Ay había definido cuidadosamente mis actividades.

—Tú, Mahu —me decía sentado en un almohadón, con las manos extendidas—, debes vigilar y proteger el palacio de Atón. Yo me ocuparé de los asuntos extramuros.

Y luego trataba otros temas. Hablaba de los asuntos de Egipto, del despliegue de sus regimientos, de los rumores y chismes de los templos, de la calidad de la cosecha, de los intercambios en el mercado. Perseguía un objetivo: mantener todo en orden para conservar la armonía.

—Dejemos que un día siga a otro —comentó—. Dejemos que la gente no se dé cuenta —mostró una sonrisa maligna—, por lo menos por ahora, de que hay un nuevo poder en Egipto.

Estuve tentado de plantear el tema del cargo de Jefe de Policía de Tebas, pero decidí no hacerlo. El mismo Ay era el responsable de eso. La ciudad tenía dos jefes de policía, uno para el este y otro para el oeste. Dependían directamente de Rahimere, el alcalde. Cualquier cambio habría alterado la armonía y la paz que Ay tan afanosamente buscaba.

—Mantente cerca de Khiya —también me aconsejó—. Es nueva en el palacio.

—Pero algún día, seguramente —reflexioné—, nuestro amo tendrá su propio harén, su Casa del Amor. No podremos vigilarlas a todas.

—Un día, algún día —replicó Ay irónicamente—. Eso no importa. Por el momento ésas son tus órdenes.

No necesitaba vigilar a Khiya. Ella me observaba a mí. Realmente nunca entendí aquella atracción. Se había enterado de su apodo y lo había aceptado con su habitual encanto cordial. Tal vez se debiera a mi propio sobrenombre, Mandril del Sur, o al hecho de que había visto que Akhenatón y Nefertiti confiaban en mí y pensaba que cualquier cosa que fuera buena para la Gran Esposa Real era buena para ella. En la mesa siempre me prestaba atención al dirigirme algún comentario o sólo para mirarme con aquellos ojos negros, estudiándome con curiosidad. A medida que Nefertiti fue quedando cada vez más confinada en sus aposentos, rodeada por los médicos dirigidos por Pentju y las parteras charlatanas, Khiya me buscaba a mí. Caminábamos de la mano como un hermano y una hermana por los jardines del palacio. A veces, cuando estábamos bien lejos de la vista del público, se sentaba a mis pies como un estudiante en la Casa de la Enseñanza, mirándome. En algunos aspectos era como Nefertiti, haciéndome una pregunta tras otra sobre su nuevo esposo y su vida anterior. De vez en cuando, podíamos oírlo ensayando con su orquesta y Khiya se reía.

—Es muy extraño —reflexionó— el modo en que se interesa por tantos asuntos menores. Me mostró su Casa de las Pinturas. El príncipe me explicó que el arte debe decir la verdad. ¿Pero cuál es la verdad, Mahu? ¿Por qué se siente atraído por Atón? En mi país tenemos muchos dioses... viven en los árboles y en las piedras.

Yo le respondía distraídamente, como un padre a su hija o un profesor a su alumna. En una ocasión apartó la mirada, luego me volvió a mirar. Por un instante vi una expresión aguda, ojos de mil años en el rostro de una simple muchacha. Ah, sí. Todos subestimamos a Khiya, y eso me incluye a mí mismo. Tuve la acostumbrada sensación de inquietud, pero nada alarmante, sólo una mirada, el tono de su voz, pero todo el tiempo interpretamos mal las señales. Si nos encontramos con un chacal merodeando por las estrechas calles de la Necrópolis, con un ibis cruzando el Nilo o con un simio sonriendo detrás de algunas hojas de palmera, reconocemos que debe ser la visita de un dios, una señal de cosas futuras. Ignoramos a Khiya y el precio que pagamos fue terrible. Ay confesó que ella había sido su verdadero error y si aquel hombre, astuto como una cobra, pudo ser engañado, ¿por qué no iba a serlo yo?

Asuntos más urgentes reclamaron nuestra atención. Nefertiti finalmente dio a luz. Pentju se retiró y las parteras se hicieron cargo, trayendo la silla de parto de plata y ébano, recipientes con plantas sedantes y cadáveres de ratones desollados, por si las cosas se complicaban. Los cabezas afeitadas de Amón-Ra enviaron a cinco sacerdotisas en representación de Isis y las demás diosas. Akhenatón las mandó de regreso, pero la superstición no era fácil de erradicar. Se hacían amuletos con espinas

de pescado, se rezaban oraciones para protegerse de «Él», el Ladrón del Mundo Inferior, que merodeaba por las cunas de los bebés, siempre listo para absorberles la vida. Akhenatón le rezó a su extraño dios, solicitándole sus bendiciones. Al final, los dioses, o la suerte, hicieron que las cosas ocurrieran del modo previsto. Nefertiti dio a luz a dos hijas gemelas, unas niñas lozanas que lanzaron el grito adecuado y nacieron en un día propicio. Dos almas humanas más, destinadas a verse envueltas en el torbellino de sueños de Akhenatón.

Mi amo estaba contento y orgulloso. Se celebraron banquetes y otros festejos en los salones esplendorosos donde las pequeñas fueron elogiadas y agasajadas. Fueron colmadas de regalos, joyas y juguetes, túnicas y alimentos. Akhenatón estaba muy satisfecho consigo mismo y comparaba su masculinidad con la de otros faraones, aunque yo conocía muy bien su alma, o pensaba que la conocía. Me di cuenta de su decepción por no haber tenido un hijo varón. De pronto, mis días de festejos fueron bruscamente interrumpidos. Yo seguía pensando en los comentarios extraños de Api y me preguntaba por qué Sobeck no había respondido. Al final lo hizo. Un vendedor ambulante llegó a las cocinas y Snefru me trajo el mensaje: un amigo deseaba encontrarse conmigo y comprarme como presente una exquisita joya.



Espíritu diabólico

«Soy un cocodrilo sumergido en el temor.

Soy un cocodrilo que todo lo roba».

(Conjuro 88, Libro de Los Muertos).

Capítulo 13

Vestido con una de las capas llamativas de Snefru y con mi jarro sellado en una bolsa de cuero colgada del hombro, me fui al otro lado del Nilo, a la Necrópolis, un viaje que siempre me recordaba que, al igual que en el palacio, la vida y la muerte iban a la par. En el muelle un pordiosero, moviéndose entre la multitud, me aferró por la muñeca, arrodillándose para demostrar sus intenciones pacíficas.

—El joyero —susurró entre sus encías enfermas—, su puesto está cerrado. Sin embargo, tu anfitrión te recibirá en el Signo de Ankh, en la calle de los Ataúdes, cerca del barrio de los Cesteros, en la Ciudad de los Muertos. ¿Comprendes?

—Comprendo. —Traté de deshacerme de su mano.

—Ve en paz, peregrino. —Sonrió. Se inclinó hacia delante, despidiendo una ráfaga de sudor rancio y aceite barato—. Y cuídate de que no te sigan.

Un barquero me llevó al otro lado del Nilo. El sol estaba bajando y los barcos pesqueros habían salido, los hombres a bordo se gritaban unos a otros, ansiosos por encontrar el mejor lugar para pescar lampreas, percas, salmonetes grises y esos peces de lomo claro y panza oscura que siempre nadan al revés. Los pájaros, alarmados por el estrépito, se movían ruidosos por las ramas de los árboles animando los grupos de papiros con sus chillidos. Un búho cazaba sobre las marismas. En lo más alto, sobre el cielo de color rojo sangre, planeaban los buitres y las águilas. Cuando uno caía en picado, era la señal para que los otros se unieran al festín.

Había tanta actividad en el río que me resultó imposible ver si alguien me estaba siguiendo. Las cosas empeoraron cuando los guardias fluviales, en su barcaza de guerra, maniobraron a lo largo de la orilla de cañas gritándonos que abandonáramos el lugar. La alarma había sido dada por algunos pescadores que seguían agitando sus antorchas en señal de peligro. Aparentemente, un grupo de arponeros en sus esquifes había acorralado a un hipopótamo joven en la orilla, para luego encontrarse con otro, una hembra a punto de parir. Esto, a su vez, había atraído la atención de los cocodrilos. El macho, convocado por la llamada de emergencia de su compañera, también había regresado para entrar en la refriega.

Los arponeros se habían retirado pero los hipopótamos se habían quedado tan agitados que seguramente podían atacar cualquier cosa que atrajera su atención. Aproveché la confusión para observar el río moteado que brillaba con los últimos rayos del sol y el movimiento de las antorchas de los pescadores. Buscaba un bote, una batea o una barcaza con un solo pasajero, alguien que estuviera fuera de lugar, pero no pude detectar nada.

Después de atracar sin peligro en el Muelle de los Muertos, con su melancólica y mal esculpida estatua de un Osiris de piel verde, atravesé el Lugar de los Carroñeros para introducirme en el laberinto de callejuelas de la parte baja de la Ciudad de los

Muertos. Un lugar sombrío, apto sólo para aquellos que deseaban protegerse de la ley y necesitaban de la oscuridad para ocultar sus actividades. Los marineros aparecían tambaleándose por todas partes con jarras de cerveza en la mano. Mujeres de alguna casa de placer se entremezclaban con ellos tratando de tentarlos, envueltas en una nube de perfume barato, tintineo de joyas y miradas de ojos negros con sus bocas pintadas en un mohín permanente. En otro lugar, mendigos, hombres escorpión, charlatanes, *rinocerontes*, proscritos de las Tierras Rojas, grotescos y lisiados se mezclaban con errantes del desierto vestidos de gris.

Las callejuelas y callejones eran estrechos embudos iluminados por la luz ocasional de una lámpara de aceite o el fuego inquieto de una antorcha con fanal. El aire era agrídulce, con el olor de la corrupción que venía de las tiendas de los embalsamadores baratos, donde los cadáveres de los pobres eran deshidratados en exceso con baños de natrón, colgados de ganchos para que se secaran, conservados en vinagre, rellenos con trapos sucios, para luego ser empapados en aceite perfumado barato antes de entregarlos a sus parientes. Constructores de sarcófagos, vendedores de *shabti*, estatuillas funerarias y enceradores de ataúdes ofrecían sus servicios. Mujeres de todo el mundo, escasamente vestidas o cubiertas misteriosamente con túnicas y capuchas, ofrecían sus cuerpos por dinero. Contadores de cuentos y rapsodas esperaban encontrar a alguien que pagara por sus habilidades, mientras viajeros profesionales hacían saber a gritos que vendían historias sobre un país de blancura congelada, hombres de piel amarilla que vivían en palacios, u hordas de bárbaros que iban de un lugar a otro matando y saqueando para luego beber en los cráneos de sus enemigos. Un espectáculo frente a una de las tiendas, protegido por un telón de retales cosidos de descoloridas pieles de animales, brindaba la oportunidad de ver a un sirio, «fuerte como un carnero, dar placer a tres mujeres a la vez». Otra exhibición invitaba a los curiosos a ver a una mujer con tres pechos, un enano con dos cabezas o un ave que podía hablar como un hombre. Adivinos y sanadores competían con compañías teatrales de baile para atraer mi atención. Una pandilla de alcahuetes le gritaba a un grupo de sacerdotes vestidos de blanco, bailando como dementes en nombre de su dios extranjero, para que los dejaran tranquilos a ellos y a sus clientes. Puestos y tiendas producían gran cantidad de basura. Panaderos y vendedores de carne exhibían fuentes de cordero recién cocido, ternera, ganso y pescados asados a la parrilla sobre carbones que chisporroteaban, sazonados para satisfacer cualquier paladar pero también para ocultar cualquier putrefacción. En medio de aquel tumulto era imposible ver si alguien me estaba siguiendo. Me sentía incómodo porque nadie me molestaba, como si estuviera protegido por alguna presencia invisible, pero no podía ver nada, salvo un enano de cabello enmarañado, vestido con una túnica rayada, que parecía estar siempre a mi lado o delante de mí.

Llegué al Signo de Ankh, una casa de placer y taberna cuyos clientes eran los fabricantes de sarcófagos y cestos. Aquella tarde, el interior se encontraba vacío, aunque el pequeño patio estaba lleno de jóvenes bravucones con sus faldellines de

cuero, correas y gruesas sandalias de marcha, holgazaneando alrededor de una fuente rota. Me miraron cuando entré, pero nadie se alzó para desafiarme. La entrada al local también estaba custodiada. El interior, una habitación de techo bajo que apestaba a serrín y a aceite quemado estaba bien iluminada. En un extremo había una serie de barriles y cestos apilados. Sobeck estaba sentado sobre un montón de almohadones bajo una ventana cerrada. Había otros de su pandilla esparcidos, de pie o sentados, deliberadamente envueltos por las sombras cambiantes. Sobeck sonrió cuando entré, dejó el cachorro con el que estaba jugando y se levantó para darme la bienvenida. Sus ojos, sin embargo, todavía seguían mirando hacia la puerta.

—Lo has hecho bien, amigo mío —dijo, y luego gritó—: ¿Alguien lo ha seguido? El enano respondió en una lengua gutural que no pude comprender.

—Por lo visto te han seguido —Sobeck me cogió la mano—, pero lo hemos despistado. —Se sentó e hizo un gesto señalando unos almohadones que se amontonaban sobre la base de una columna de madera. Saqué la daga de mi faja y me senté. Alguien puso una jarra de cerveza en mi mano. Sobeck quitó los platos de la mesita que había entre nosotros. El cachorro, con patas todavía inestables, tropezó, me lamió la rodilla, olfateó en la cesta y se acurrucó junto a mí. Sobeck levantó su copa para brindar. Respondí pero no bebí.

—No está envenenada —dijo Sobeck riéndose.

Cogió mi jarra, bebió un buen trago y me la devolvió. Tenía mejor aspecto que la última vez. Su cara no estaba tan delgada, aunque nuevas cicatrices marcaban sus mejillas y la parte superior del brazo derecho. Su falda era de buena calidad, como el manto que llevaba sobre los hombros y sus sandalias. Anillos y brazaletes brillaban en sus dedos; sus muñecas y brazos centelleaban como el fuego. Tenía la cara y la cabeza bien afeitadas, brillantes y aceitadas. Sus ojos seguían siendo los mismos, como los de un gato hambriento de cacería. Tenía su daga a mano.

—¿Estás bien, Mahu, Jefe de Policía?

—No soy Jefe...

—Pronto lo serás. Escuché a tu tía riéndose de ello, así fue como me enteré.

—¿La noche en que la visitaste?

Sobeck sonrió. Pidió platos de siluro con lechuga fresca y trozos de exuberante granada. Una niña desharrapada nos sirvió. Sobeck cogió los platos y dividió la comida entre los dos.

—Bien. —Masticó ruidosamente—. ¿Qué es lo que quieres?

Terminé mi comida, abrí la cesta y saqué el jarro de alabastro cerrado, lleno de moscas que zumbaban sobre un poco de miel. Lo puse sobre la mesa ante él. Sobeck dejó de masticar.

—¿Esto es un regalo?

—Sí.

—¿Por matar a tu tía? —Sobeck hizo un gesto de rechazo—. Fue bastante fácil. Era arrogante y pensaba que los soldados acampados en los jardines fuera de su casa

serían protección suficiente. Por lo visto le gustaba estar sola. De todos modos, su cuello se rompió como una ramita. ¿Y ahora me traes un jarro de miel y algunas moscas zumbando?

Abrí la bolsa y puse tres piedras preciosas sobre la mesa.

—Quiero que lleves el jarro de moscas a los embalsamadores y les pidas que lo pongan junto a la cabeza del cadáver de Isithia. Nunca pudo soportar las moscas.

Sobeck sonrió.

—¿Y qué más? Aquí hay tres piedras.

—Deberás sobornar a los embalsamadores para que retiren su corazón y su escarabajo protector antes de que envuelvan con vendas el cadáver. Quiero que el alma de mi tía vague por el Mundo Inferior.

—No pensé que creyeras en esas cosas.

—Soy un hombre previsor, Sobeck. Por si acaso.

Sobeck golpeó el tercer diamante.

—¿Y?

—La casa de Isithia será abandonada. Quiero que sea quemada hasta los cimientos, la casa y todo lo que contiene, pero no dañes el sauce del huerto.

—¿Un incendio? —Sobeck miró el techo—. Eso requerirá aceite, además de hombres desesperados.

Puse un cuarto diamante sobre la mesa.

Sobeck lo cogió.

—Debes de haberla odiado mucho.

—Ella me convirtió en lo que soy.

—¿Y qué eres, Mahu?

—El árbol crece según cómo se haya plantado.

—¿Y qué es lo que quieres? —La voz de Sobeck era apenas mis que un susurro—. Qué es lo que realmente quieres, Mahu, amigo de príncipes, confidente y consejero, que pronto será Jefe de Policía.

Por un momento pareció el niño con el que solía jugar en la Kap, corriendo como un loco salvaje entre los árboles o escondiéndose de Weni. Sentí deseos de llorar, pero las lágrimas no salieron.

—¿Qué es eso de ser Jefe de Policía? —le pregunté.

—Tu tía me lo dijo cuando yo subía la escalera. Pensó que era su sirviente. Lo repetía una y otra vez como si estuviera disfrutando de una broma. «Mi pequeño Mahu», decía riéndose. «El feo mandril, Jefe de Policía. Vaya, ¡nunca lo habría imaginado!».

—¿Cómo se enteró?

—No me paré a preguntárselo. A decir verdad, sólo después reflexioné sobre lo que había dicho.

—¿No viste ninguna carta sobre la mesa, ningún documento?

—Yo estaba ahí para llevar a cabo mi venganza, no para robar. Lo haré antes de quemar la casa. —Sobeck se llevó un trozo de pescado a la boca. Su mirada ya no era tan dura—. Oh, Mahu, te convertirás en Jefe de Policía, no te preocupes por eso. Esperaremos un poco, ¿no? El viejo faraón se está muriendo y el Grotesco aguarda *como un gato escondido entre los arbustos, listo para saltar*, él y sus dos parientes pelirrojos, el grupo de Ahkmin. Ya están haciendo sentir su presencia. —Se inclinó y llenó mi jarra—. Nuestra tarea, Mahu, es mirarlo todo, mantener los oídos atentos detrás de las puertas y escuchar los rumores y los susurros. Quién ha sido enviado aquí. Quién ha sido enviado allá. Qué oficial está a cargo en aquel distrito. Por qué ciertos regimientos son enviados río arriba y otros son traídos más cerca de la ciudad. Por qué Ay insiste tanto en contratar mercenarios. —Advirtió mi sorpresa y sonrió—. Oh sí, se supone que está reforzando la guarnición de *Akhmin*. Ésta ha crecido tanto que uno pensaría que los *hicsos* han regresado. Tarde o temprano, quizá más temprano que tarde, Ay nombrará a cierto general —hizo un gesto con la mano— como alcalde de Tebas.

—¿Y el nuevo cargo? —añadí—. ¿Jefe de Policía?

—¡Ése es mi inteligente Mandril, Mahu! Ay no puede hacerlo todo de una sola vez. Es como trazar una pintura: una pincelada acá, otra allá. La obra no está todavía completa, ni siquiera tiene forma, pero el artista sabe cuál es su idea. Así que, Mahu, Mandril del Sur, mi pregunta sigue en pie. ¿Qué quieres realmente? ¿Poder? ¿Quieres estar cerca de Ay y su grupo?

—Quiero formar parte de algo —respondí—, complacer y ser complacido.

—¿Amar y ser amado?

—Sobeck, el sarcasmo no te sienta bien.

—Pero la princesa Nefertiti a ti sí te sienta bien. ¿Ésa es la verdadera razón, Mahu? ¿Por eso te gusta estar en el palacio?

—¿Por qué has venido aquí? —repliqué bruscamente.

—Llegaré a eso en un momento. Sabes bien —Sobeck cogió la daga y comenzó a pasársela de una mano a otra— que realmente te tengo afecto, Mahu, más que a nadie. Nunca olvidaré que te debo la vida. Si tú no me hubieras enviado aquel mensaje, yo te habría enviado uno. Cuando seas Jefe de Policía, tú y yo podemos hacer negocios juntos.

—Parece que ya tienes muchos socios. —Miré a alrededor, a los hombres semiocultos en las sombras—. ¿Socios comerciales? —pregunté—. ¿Dónde está Cara de Mono?

Sobeck gritó hacia la oscuridad para que le trajeran una cesta. Estaba sucia y manchada con la sangre que se había filtrado por la urdimbre. El cachorro que yacía junto a mí se movió. Lo acaricié suavemente. Sobeck puso la horrible canasta sobre la mesa. Quitó la tapa y sacó la cabeza cortada con los ojos entreabiertos, boca y mandíbula salientes, la carne del cuello desgarrada y ennegrecida. La volvió a guardar delicadamente.

—Cara de Mono, o lo que queda de él. Trató de traicionarme. ¿Has oído hablar de las Hienas, Mahu?

Por supuesto, sabía quiénes eran. Las Hienas eran violentas bandas que se movían por los barrios pobres de Tebas y las calles mugrientas de la Necrópolis. Sobeck ordenó que retiraran la cesta y se tocó una cicatriz de su rostro.

—También estoy en deuda contigo por los tesoros que me enviaste. Me han ayudado a hacer algunos ajustes en mi vida.

—¿Tú controlas las bandas? —pregunté.

—Casi —respondió—. Pero el año próximo podré decir que sí. Aprendí mucho en aquella prisión del oasis, y mucho más en el viaje de regreso. El faraón tiene su reino en orden, el mío también lo estará. Los ladrones de tumbas, los alcahuetes, los contrabandistas, los vendedores de esclavos, los hombres escorpión, los desempleados, los mercenarios y los soldados licenciados, todos sabrán que tienen su lugar en mi pequeño mundo, y si no lo saben, pues bien, no merecen estar aquí. Tendré mi Casa de la Plata y mis tropas. Cualquier cosa que desees de mi reino, Mahu, la tendrás. —Chasqueó los dedos—. De una manera tan sencilla como ésta.

—Pero no pudiste encontrar al hombre que me seguía —dije en tono burlón.

—No. —Sobeck esbozó una sonrisa—. Todavía cometemos errores, Mahu. Es exactamente como estar en la Casa de la Enseñanza. El aprendizaje no viene como una comida en una fuente. Así que —levantó su jarra otra vez—, brindemos por el pasado y por el futuro.

—¿Te has encontrado con Maya? —pregunté.

Sobeck sacudió la cabeza.

—Es al único al que he dejado tranquilo. No sé por qué, pero un día renovaré mi amistad con él. No sabe que estoy vivo. —No respondí—. Estoy al tanto de lo que hacen todos los demás. Pentju está enamorado, ya lo sabes... de una muchacha llamada Tenbra. Está loco por ella, se casarán en menos de un año. Espero que lo mantenga lejos de las casas de placer aquí en la Necrópolis. De lo contrario, necesitará toda su destreza médica para curar las enfermedades que contraerá.

—¿Y Horemheb y Ramsés?

—¡Ah, dos nalgas del mismo culo! ¡Dos sucias fosas nasales de la misma nariz! Mis bravucones favoritos. Horemheb es un puritano. Mira a una mujer y de inmediato piensa en la reproducción en lugar del placer. A Ramsés hay que vigilarle. Es venenoso como una serpiente y le gusta causar dolor. Oh sí, es un visitante asiduo de estos lugares, bien conocido en las casas del placer por su uso del látigo, el bastón y las otras pequeñas crueldades. Me pregunto con frecuencia si su viejo amigo Horemheb sabe algo de sus pasatiempos privados. —Sobeck enderezó los hombros y sacó el pecho, una imitación ingeniosa de Horemheb que me hizo reír—. Horemheb quiere ser un gran general, el nuevo Amosis. —Respiró hondo—. Procede de una familia de campesinos del Delta, nacido de una joven que atrajo la atención del Magnífico.

—¿Es hijo del Divino?

—Podría serlo. O de alguno de sus cortesanos. El Divino —el rostro de Sobeck se tornó sombrío— puede ser generoso con sus Ornamentos Reales, pero sólo si es él quien da, uno nunca debe apoderarse de nada, como descubrí a un alto precio. ¿Todavía sigue bebiendo jugo de amapola? —Se rascó la barbilla—. Dicen —hablaba rápidamente para hacer gala de su información— que el Magnífico está más interesado en su hija mayor, Sitamón, que en su esposa. Pero, en un tiempo no muy lejano, morirá. Lo enterrarán en ese gran mausoleo que ha construido, custodiado por esos colosos de cuarcita roja. —Se inclinó sobre la mesa—. Pues bien, ésa es una tumba, Mahu, que pienso visitar.

—Estabas hablando de nuestros compañeros.

—Meryre... —Sobeck sacudió la cabeza—. Un sacerdote tan puro, un muchachito tan pícaro. Le encantan las muchachas *kushitas*, cuanto más gordas, mejor. No reza demasiado cuando está gimiendo entre un montón de carne aceitada y perfumada. —Se balanceó hacia atrás y hacia delante—. Huy es diferente. Seguro que le gustan las damas, pero es la riqueza lo que él quiere, ¡riqueza y poder! Para convertirse en un Grande del Faraón y ascender a lo más alto.

—Es mucho lo que sabes.

—Por supuesto, Mahu. ¿Dónde crees que contratan a sus sirvientes? Vienen al mercado o a la Necrópolis y eligen a algún joven, o a alguna joven. Luego vuelven a sus hogares, hablan y chismorrear. Es sorprendente la cantidad de gente que habla como si los sirvientes no existieran. Oh, a propósito, debes decirle a tu amo que tenga cuidado. Los grandes de Tebas, para no olvidar a nuestros cabezas afeitadas del templo de Amón, lo odian más allá de todo razonamiento.

—¿Y qué sabes del grupo de Ahkmin?

—¿Oh, te refieres a Ay, el Padre de Dios, y a Nefertiti, la Gran Esposa? —Sobeck soltó un silbido—. ¡Ellos están muy unidos, de verdad, muy unidos! Muy bien. —Recogió los diamantes que había colocado bajo el almohadón, abrió la bolsa que llevaba en el cinturón y los guardó—. Observa el cielo de noche, Mahu, y verás el fuego.

Me ayudó a ponerme de pie.

El cachorro también se levantó, gruñendo. Sobeck se inclinó, lo agarró por la nuca y lo alzó.

—¡Todavía estoy en el negocio de desollar perros, Mahu! Éste será bueno para el hijo de algún peregrino. —El perro aulló otra vez, moviendo las patitas en el aire—. Un huérfano. —Sobeck lo dejó otra vez en el suelo—. Nadie lo echará de menos.

Me agaché y lo levanté; el cachorro me lamió la mano.

—Me lo llevaré.

—¿Qué? —Sobeck se rió—. Mahu, ¿te has vuelto sensiblero? Pero has elegido bien.

—Lo sé —respondí—. Es un lebrel, ¿no? Son buenos perros guardianes. — Sostuve la mirada de Sobeck—. Y si son tratados con cariño, responden con gran lealtad. Me importan un bledo los cachorros. Lo que sí me preocupa, Sobeck, es estar tomando una copa de vino en la terraza de mi casa mientras alguna sombra silenciosa se desliza escaleras arriba.

Sobeck puso el brazo sobre mis hombros, empujándome hacia la puerta.

—Quédate con tu perro, Mahu. Vas a necesitar toda la protección que puedas conseguir.

Me detuve. Otra vez me apretó contra él, clavándome las uñas en la parte carnosa del brazo.

—Hemos hablado de lo que queríamos —susurró—. La ambición de Horemheb, la sed de riqueza y poder de Huy, pero tu amo, el Grotesco, él es el más peligroso. Quiere ser un dios.

—Como todos los faraones.

—Ah, sí, Mahu, pero el Grotesco es diferente. Realmente cree que es un dios, el único dios, el Dios Encarnado. Recuerda mis palabras, aquellos que buscan a dios en todo, terminan buscando a dios en sí mismos... y, por lo general, lo encuentran. — Me soltó y me palmeó el hombro—. Puedes irte tranquilo. Nadie te molestará.

Todavía con la capa de Snefru puesta, llegué al muelle. Ya había oscurecido y no eran muchos los hombres dispuestos a cruzarme al otro lado del río. Casi todos se mostraron reticentes a realizar su trabajo a esas horas, temerosos de los piratas y los contrabandistas, por no mencionar a los cocodrilos hambrientos y a los hipopótamos furiosos. Sin embargo, tan pronto como llegué, apareció una chalana sobre el agua, ancha y de poca altura. Un joven estaba en la popa con la vara apoyada en el hombro. Un anciano, posiblemente su padre, se encontraba sentado en la proa, tallada con una cabeza de pantera. Sobre ella brillaba una antorcha con fanal y una piel de oveja cubría los bancos de la parte trasera.

—Fruta —explicó el anciano, señalándola—, pero si usted quiere...

Subí, le di algunos *debens* de cobre y me senté delante del anciano. Se sentó en cuclillas, con sus sonrientes ojos enrojecidos, mordisqueando sus labios. De una cuerda alrededor de su cuello colgaba un amuleto, la cabeza de un chacal. Iba canturreando entre dientes, meciéndose hacia atrás y hacia delante. Me pregunté cuánta cerveza habría bebido. El batelero era bastante hábil y la embarcación se movía bien, evitando los peligros que se ocultaban a lo largo de los cañaverales de la orilla. Yo llevaba al cachorro, tibio bajo mi capa, mientras pensaba en Sobeck y la velada amenaza de sus palabras. El anciano parloteaba, pero la verdad es que no lo escuchaba. Fijé la vista en la temblorosa llama de la antorcha. Sentí la pesadez de mis párpados. Fui un estúpido, me relajé. La brisa cada vez más fría me despertó. Cuando me moví y abrí los ojos, el anciano no parecía tan alegre ni tan hospitalario. El suyo

era un rostro malvado lleno de antiguos pecados. Me estaba mirando como si yo fuera un toro que iba al matadero, entrecerrando los ojos para ver si llevaba algún colgante bajo mi capa o brazaletes en la muñeca. Miré a la izquierda. La chalana estaba en medio del río, más lejos de la costa de lo que debería estar. Nos encontrábamos demasiado alejados en la negrura, y la corriente era fuerte en aquel momento. El cachorro se movió cuando se dio cuenta de mi agitación.

—¡Esto no es...!

Sentí la hoja de una daga tocando la parte posterior de mi cabeza.

—Ahora, viajero, tranquilízate. —El anciano se balanceaba, riendo entre dientes. El bote se movía con rapidez; el batelero debía de estar todavía en su puesto de modo que la hoja la tenía que sostener un asesino... eso era lo que la piel de oveja ocultaba. Me habían estado esperando y yo había caído en la trampa como una liebre estúpida atrapada en la red de un cazador.

—¿Aquí? —preguntó la voz áspera detrás de mí—. ¡Una cuchillada, un golpe!

—Oh, no. —El anciano se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Aquí no. Cerca de la zona de los cocodrilos. No quedará ninguna señal, ningún rastro.

—Sea lo que fuere lo que te han ofrecido —le dije—, te daré mucho más.

El anciano me miró entrecerrando los ojos, se inclinó y me palmeó suavemente la muñeca.

—No es así —respondió con tristeza—. No es así de ninguna manera.

—¿Quién? —pregunté.

—Pregúntale al Señor Anubis cuando lo encuentres.

—¿Porqué?

—Pregúntale eso también.

El cachorro había empezado a gemir. Miré sobre el agua envuelta en tinieblas. Las orillas estaban distantes, sus desteñidos puntos de luz se burlaban de mí. ¿Era aquello obra de Sobeck? No. De haber querido me habría matado cuando nos encontramos. Hice ademán de moverme: el cuchillo me pinchó el cuello e hice una mueca de dolor. Oí un búho. Su chillido helaba el alma y de él se hizo eco el rugido de un hipopótamo. El agua golpeaba contra el bote, el aire de la noche era gélido. Quise vomitar, pero mi garganta estaba demasiado seca para tragar o suplicar por mi vida. Aquellos crueles y viejos ojos no invitaban a la compasión. A aquellos asesinos los habían contratado para un trabajo y lo terminarían.

—Cogeremos todo que tienes. —Otra vez la palmadita en mi muñeca—. Y si te portas bien, te cortaremos la garganta antes de que los cocodrilos se enteren de que estás en el agua. Bien. —El anciano olfateó—. Te vas a quedar en silencio, nada de lloriquear y lagrimear, ni gritar o suplicar. Escucha, tengo un poema. —Tosió y escupió—. Se lo recito a todos mis invitados. —Empujó con un dedo en mi túnica, donde el cachorro se retorció—. ¿Tienes ahí un perro? —Empujó la túnica con la punta de la daga oculta en su mano—. Un cachorro, ¡qué dulce! Bien, lo mataremos

también, como una ofrenda al dios del río, para que nos proteja. Mira la bruma. Tú sólo tienes que hacer un viaje —rió tontamente—. Nosotros tenemos que hacer dos.

Un banco de neblina se movía en el aire sobre el agua, empujado y desplazado por la brisa.

—Y ahora haz que ese perrito sarnoso se calle. —El anciano se preparó—. Mi poema es importante, es el lamento por tu muerte. —Comenzó—: «Al final, todas las cosas terminan, toda carne se reseca, toda sangre se seca...».

—¡Ah del barco!

Miré hacia la oscuridad de la noche. Un esquife, con una antorcha sujeta al palo delantero, se acercaba directamente hacia nosotros.

—¡Ah del barco! ¡Que el dios Hapi sea con vosotros! ¡Mi nombre es...!

—¿Qué quieres? —chilló el anciano.

—Estoy perdido. —La luz ocultaba a quien hablaba.

—¿Adónde quieres ir? —bramó el asesino detrás de mí.

—A los Campos de los Bienaventurados —respondió gritando alegremente la voz.

El esquife dobló repentinamente a la izquierda, para acercarse por detrás de nosotros. El asesino a mi espalda no se atrevió a volverse y tampoco el batelero. El anciano miraba más allá de mí, tratando de descubrir la identidad del recién llegado. De pronto se oyó un ruido como el de un rápido aleteo sobre el agua, la música de una flecha. El hombre que tenía el cuchillo cayó sobre mí con sus manos arañándome la espalda, incluso mientras tosía escupiendo la sangre caliente de la vida. Otro zumbido, un grito seguido por un chapoteo, el del batelero cayendo al agua. La chalana se balanceó peligrosamente, pero su forma plana y ancha la mantuvo firme. El anciano reaccionó con demasiada lentitud. Lancé un puñetazo cuando se puso de pie. Tropezó hacia un lado, trató de recuperar el equilibrio, pero cayó al agua. El cachorro saltó para meterse entre mis pies. Lo empujé cuando me tambaleé hacia un lado. El asesino que había estado detrás de mí había caído hacia atrás. La flecha se había clavado en la parte posterior de su cuello y su punta metálica sobresalía por debajo de su barbilla. El anciano trataba desesperadamente de subir a bordo.

—¡Por favor!

Golpeé su calva surcada de venas. La barca se mecía de un lado al otro. Planté mi mano en su cara y lo empujé bajo el agua.

—¡Termina tu poema! —grité—. ¡Qué te escuchen las bestias del río! —Mis uñas se clavaron en su cara, un dedo le hirió un ojo. Arremetió contra mis manos. El agua se arremolinó, y a continuación desapareció. Me recosté tratando de recuperar la respiración. El cadáver del asesino siguió al de su amo en el agua. El cachorro gemía quedamente. Lo alcé y busqué a mi salvador. El esquife se puso a mi lado. Un joven sentado tranquilamente en él me sonreía. Tenía un poderoso arco sirio cruzado sobre sus piernas y un carcaj con flechas junto a él. ¡Y allí fue dónde lo conocí! Djarka, en medio de la noche con el frío sobre mi piel y mi corazón y mi estómago temblando de

miedo. Sólo me sonreía, su cutis era suave y aceitunado sin ninguna marca, ni siquiera una gota de sudor, y sus ojos de espesas pestañas me miraban con curiosidad. Jugó con su negro cabello mientras los bucles le caían a cada lado de la cara. En aquella época parecía más una mujer joven que un hombre. Miré sus manos. No pude ver ninguna daga.

—Mahu. —Extendió sus brazos—. ¡Mahu, vamos! —Su voz tenía un ligero acento—. Soy Djarka, de los *sheshnu*.

—¿Y?

—Soy uno de los silenciosos que sirven a la Gran Reina Tiye. Voy a ser tu criado.

—No necesito ninguno.

—Oh sí, claro que lo necesitas —suspiró—. Ven, podemos hablar por el camino. La Gran Reina desea verte. Vayámonos antes de que pasen los guardias del río.

Agarré al cachorro empapado y salté al esquife. Djarka cogió el remo y nos alejamos rápidamente, dejando la chalana meciéndose sobre las aguas *con su brillante antorcha*, desvaneciéndose hasta convertirse en una distante mancha de luz.

—¿Me estabas siguiendo?

—Por supuesto.

—¿Los hombres de Sobeck nunca te atraparon?

Djarka se quitó la túnica encogiéndose de hombros y me la alcanzó. Estaba dividida en cuatro colores, rojo, azul, negro y amarillo brillante.

—La gente siempre busca lo mismo —Djarka explicó por encima del hombro—. Trato de no ir siempre igual. A veces llevo una capucha. Otras veces me quito las sandalias. Te vi cuando dejabas el Signo de Ankh. Fuiste al muelle y te comportaste muy estúpidamente. Te estaban esperando.

—Pero ¿cómo se enteraron? Sobeck debe de haberme traicionado.

—No. —Djarka se volvió y se concentró en el remo. Ya nos estábamos acercando a Karnak y pude divisar las luces a lo largo del muelle—. Sobeck te habría matado y enterrado tu cadáver allá en las Tierras Rojas.

—Entonces, ¿quién?

—Alguien que quiere verte muerto pero también que desea verme muerto a mí. Nos matamos en nuestros pensamientos.

Mi estómago ya se había calmado y mi corazón no latía tan rápido.

—¿Eres un sacerdote, un filósofo?

Djarka se rió alegremente, como un niño.

—No, soy un cazador —respondió—. No, no es así. Soy un actor que imita. No, tampoco es así —reflexionó—. Soy simplemente el sirviente de la Gran Reina. Te conocí hace muchos años, Mahu, en el desierto, pero yo era un niño. Seguramente no lo recuerdas. Ah, bien, aquí estamos.

Djarka empujó la embarcación contra los escalones del muelle que daba a uno de los patios más pequeños del palacio de Malkata. Recogió una cuerda, la amarró al aro de metal sujeto al muro y me ayudó a subir los resbaladizos peldaños.

—¿No puedes deshacerte de eso? —Señaló con el dedo al cachorro. Me lo arrancó de las manos mientras me conducía escaleras arriba. Cruzamos deprisa al otro lado del patio; luego Djarka se detuvo en un almacén, abrió de un tirón una puerta y arrojó allí el arco y las flechas, y después al cachorro, cerrando de un golpe la puerta a sus gemidos y ladridos.

—Ahí estará seguro y tibio. Pronto se quedará dormido. ¿Cómo vas a llamarlo?

—Karnak.

Djarka dejó ver una sonrisa irónica.

—A los cabezas afeitadas de Amón les encantará eso.

Me condujo al palacio propiamente dicho. Nos detuvieron unos guardias con tocados azul y oro y escudos ceremoniales con la cabeza de carnero de Amón. Djarka mostró un pase en forma de una tableta de arcilla que silenció todas las preguntas y nos condujeron al interior.

La reina Tiye nos estaba esperando en una sala de la planta baja que daba a un pequeño jardín cerrado. El aire se endulzaba con perfumes y a través de la ventana abierta pude ver braseros encendidos, iluminando los lagos y los estanques ornamentales. La sala misma era brillante, con sus paredes pintadas de azul y amarillo y una franja de madera de roble a lo largo de los bordes superior e inferior. La reina Tiye se hallaba sentada sobre un pequeño diván, rodeada de almohadones abultados, examinando detenidamente rollos de papiro. Vestía una túnica blanca simple y un chal bordado, lleno de piedras preciosas, sobre los hombros. Cuando entramos, levantó la vista. Sus ojos tenían un aspecto cansado; las arrugas a cada lado de su boca eran muy profundas, más marcadas que antes.

—¿Te has salvado, Mahu?

Me incliné para arrodillarme, pero ella hizo un gesto con la mano señalando los almohadones frente al diván.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! Tú también, Djarka.

—¿Habéis hecho que me siguieran, Excelencia?

—Por supuesto que sí. —La reina Tiye inclinó la cabeza a un lado—. ¿Crees que puedes ir a Tebas, Mahu, sin que nadie se dé cuenta? Lo sé todo sobre Sobeck y el joyero. Está muerto, ¿sabes? Traté de sobornarlo y, pobre hombre, pagó el precio. Te estarás preguntando por qué no hice arrestar a Sobeck. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por robar a una concubina real? ¡Puede llevárselas todas! Además, ¿constituye alguna amenaza?

Permanecí en silencio.

—No estaba a salvo —explicó Djarka—. Fue atacado en el río por los Cabezas de Chacal.

—¿Cabezas de Chacal? —Recordé el amuleto colgado del cuello del anciano.

—Una familia de asesinos —respondió Djarka alegremente—. En realidad, se trata de un clan que ofrece sus servicios para matar.

—Tu tía Isithia los conocía —añadió Tiye. Sonrió ante mi sorpresa—. Oh sí, ella estuvo en contacto con esos asesinos durante mucho tiempo.

Recordé el día que fuimos al templo de Anubis a ver el cadáver de mi padre, cuando apareció aquel extraño pordiosero en el muelle, y también el día que mi amo fue atacado.

—A veces la protegían —informó la reina Tiye—, y eso me intriga. ¿Asesinaste a tu tía Isithia, Mahu? Al principio pensé que sí, pero estabas en el palacio cuando ella murió. —Cogió una pequeña copa que había en la mesa y bebió unos sorbos.

—No la maté, Excelencia, pero bailé cuando me enteré de la noticia.

—Estoy segura de que así fue.

—¿Quién contrató a los Cabezas de Chacal? —pregunté.

—No lo sé. Quizá no soy la única persona que cree que mataste a tu tía. Podría ser una venganza de sangre. Algún día —frunció los labios— encontraremos la verdad de todo esto y arrancaremos las raíces. Hasta entonces, tú eres el protector de mi hijo y Djarka será el tuyo.

—¡Tengo a Snefru!

—¡Djarka será el tuyo! —repitió sin dar lugar a réplica—. Es de buena familia y muy adecuado. —Entrecerró los ojos—. Tienes amigos muy peligrosos, Mahu. Sobeck, o como se llame ahora, es bien conocido por la policía, pero podría ser un aliado.

—¿Para qué me habéis mandado llamar, Excelencia? —Yo tenía frío y estaba cansado.

—¡Ven! —Tiye se puso de pie y cruzó hasta una clepsidra que había en un rincón. La miró, luego recogió un manto y lo colocó sobre sus hombros—. Quiero que veas algo.

Abandonamos la cámara para internarnos en un laberinto de espléndidos corredores. Cruzamos varios patios, penetrando cada vez más en el palacio. Los guardias se mantenían escondidos en determinados lugares oscuros. Los sirvientes se movían con rapidez, con sus túnicas revoloteando y los pies desnudos golpeando sobre el piso brillante. A mitad de camino en un corredor, Tiye se detuvo, abrió una puerta y nos condujo a una cámara que olía a rancio. No había ninguna luz. Se movió por la sala, susurrando para que nos mantuviéramos en silencio. Luego fue hasta la pared más alejada y buscó algo hasta que retiró una pequeña tapa: un rayo de luz entró en la habitación. Me indicó con un gesto que me acercara. Djarka permaneció apoyado contra la puerta. Me agaché, miré por la abertura y contuve la respiración.

—La Casa del Amor —susurró Tiye.

Estaba espionando la cámara central del harén del Magnífico. El lugar era oscuro, aunque el centro estaba rodeado de luz. Era un hermoso lugar con pequeñas fuentes, columnas pintadas de colores claros y miles de lámparas de aceite encendidas en recipientes de alabastro. En el centro del círculo de luz, el Divino estaba echado, desnudo, en una silla parecida a un trono. Yo podía ver cada centímetro de su cuerpo

corpulento, la abultada panza y los muslos rollizos brillantes de aceite, su rostro poderoso, con la barbilla contra el pecho. Por todas partes, a su alrededor, se movían las concubinas con sus delgados cuerpos desnudos cuidadosamente depilados, los labios pintados, los ojos delineados con *kohl*, las uñas de las manos y de los pies pintadas de rojo intenso. Algunas lo ungían con delicados perfumes mientras otras le acercaban lotos recién cortados para que oliera o melón frío para calmar su sed. Junto a él había una mesita con las piezas de algún juego encima, piezas de terracota esmaltada con cabezas de perros y halcones que esperaban ser movidas. El Magnífico olía el loto o masticaba un trozo de melón. De vez en cuando cogía la mano de alguna de las concubinas y la llevaba hasta su entrepierna, incluso mientras miraba pensativo el siguiente movimiento sobre el tablero. En la pared más alejada había una serie de nichos, sobre los cuales se abrían las alas doradas del Buitre Real. En uno de ellos se encontraba un diván, con altos montones de almohadones de muchos colores. El Magnífico se puso de pie y, llevando consigo a dos muchachas, entró en el lugar y se echó en el diván. El resto de las concubinas esperaron pacientemente a que regresara.

Me preguntaba por qué la Gran Reina Tiye nos había llevado a ese lugar. Estaba a punto de hacer la pregunta cuando apareció un eunuco, resplandeciente con su túnica y la insignia de su cargo, el cuerpo brillante, su cara sudorosa y rolliza pintada como la de una mujer. Entró en el círculo de luz. Dos de las concubinas actuaban como portadoras de abanicos a cada lado de él. El eunuco dio unas palmadas con sus manos enjovadas y alejó a las mujeres de la presencia del Magnífico. El faraón había regresado a su trono. Recogió las piezas y las echó sobre el tablero. Se enfadó por lo que vio y se volvió, jugueteando con un dedo sobre una de las piezas. La cámara había quedado vacía.

—¡Observa! —siseó Tiye.

Oí que se abría una puerta. El efecto sobre el Magnífico fue sorprendente. Se enderezó sobre la silla y se llevó las manos a la entrepierna. En las sombras apareció la figura de una mujer joven. Caminó hacia la luz y mi respiración se detuvo. Era alta y delgada; una gruesa peluca trenzada y perfumada enmarcaba su hermoso rostro. Estaba desnuda, salvo por las joyas que destellaban en sus orejas, cuello, muñecas y tobillos. Cuando avanzó sobre sus sandalias de tacón alto para detenerse ante el faraón, me di cuenta de por qué el lugar se había quedado vacío. Yo la había visto muy pocas veces, pero reconocí que se trataba de la joven Sitamón, la hija mayor del faraón. Se agachó a los pies de su padre y con sus manos le rozó los muslos, avanzando poco a poco hacia su entrepierna. Luego se puso de pie y se sentó sobre él, con las piernas colgando a cada lado mientras se acercaba cada vez más, rodeándole el cuello con los brazos. El faraón se retorció de placer en ese momento. Miré a la reina Tiye. Su cara era como la de un fantasma que llegaba del Oeste. Incluso con la poca luz que había pude ver su palidez grisácea y los ojos llenos de lágrimas.

—Ése —susurró— es el precio que tengo que pagar. —Cerró la tapa con mucho cuidado y apoyó su cabeza contra la pared fría—. La corregencia —susurró—.

Sitamón está haciendo el papel de la Gran Reina, la Gran Esposa. ¡Nuestra hija! ¡Su propia sangre!

—¿Por qué, Excelencia? —susurré—. ¿Por qué me habéis mostrado esto?

Tiye permaneció en silencio, con una mano sobre sus ojos mientras sollozaba en silencio. Una imagen desgarradora. Se secó las lágrimas con los dedos.

—Mira la magnificencia de Egipto, Mahu, y la desesperación.

Pensé que se retiraba, pero se volvió y presionó ambas manos contra la pared, como si deseara clavar las uñas para atravesar la piedra y el yeso. Mis dedos buscaron la pequeña tapa. Toqué el asa, la moví y volví a contemplar la Casa del Amor. Sitamón se había ido. Amenhotep permanecía sentado en su trono. Estaba a punto de volver a poner la tapa en su sitio, cuando vi un movimiento en las sombras. Había otra persona en la habitación, una mujer envuelta en un manto.

—Excelencia —dije entre dientes.

La reina Tiye me ignoró. Volví a espiar. Amenhotep se había puesto de pie y, agarrando el bastón, salió a paso lento del círculo de luz, una imagen ridícula con sus piernas gordas y surcadas de venas, las nalgas caídas, los pliegues de grasa en toda la espalda. Se dirigió hacia las sombras. La mujer que estaba ahí le entregó su capa, que él se puso sobre los hombros. Pude oír el cuchicheo, pero el cuerpo de Amenhotep me impedía ver nada más. Sin embargo, yo estaba seguro de saber quién era aquella mujer: la princesa Khiya. ¿Qué estaba haciendo ella ahí, mirando al Magnífico mientras hacía el amor con su propia hija? Sentí las uñas de Tiye en mi mejilla, apartándome. Cerré la tapa y la reina nos llevó al pasillo. Regresamos a la cámara. Djarka y yo permanecemos arrodillados ante Tiye mientras se paseaba de un lado a otro. Se la veía apesadumbrada, aunque más serena.

—¿Qué has visto esta noche, Mahu? Bien —suspiró—, lo que has visto es la corrupción de la sangre; de la misma forma que los sueños pueden convertirse en pesadillas. El Magnífico, el león de ojos valientes, Horus del Sur, acariciado por su propia hija. Si Sitamón da a luz a un niño —Tiye dejó de caminar y me miró; sus ojos eran tan feroces como los de un gato—, deberás matarla a ella y al niño.

—Excelencia —protesté.

Llevó su mano hacia atrás y me abofeteó.

—¡No puede haber más hijos de Egipto! —Se agachó ante mí—. Has visto mi pesadilla, Mahu. Ahora me pregunto: ¿esa corrupción también está en mi hijo? ¿Va a entregar también su destino a cambio de los placeres pasajeros? Ésa es la razón por la que elegí a Nefertiti para él. —Se puso de pie—. Ésa es la razón por la que tú eres su protector.

Permanecí arrodillado con la cabeza inclinada. No sabía por qué me había llevado a ver aquello. ¿Había sido una advertencia de la reina? ¿O se estaba preparando para asesinar a su propia hija y a su nieto? ¿Quizá estaba tratando de purgar su propia alma por dar rienda suelta a su marido en su decadencia?

Tiye me tocó suavemente bajo la barbilla y me empujó la cabeza.

—¿Qué otra cosa has visto, Mahu, cuando miraste por segunda vez?

Sostuve su mirada.

—Nada, Excelencia. Sólo estaba intrigado.

—¡Bien! —Acarició mi mejilla—. Continúa intrigado, Mahu, y continuarás vivo.

Espíritu diabólico

Enk Shweer Neb-ef:

Estoy maldito por Su Señor.

Capítulo 14

Fui nombrado Jefe de Policía para toda la ciudad de Tebas y el área circundante poco después de recuperarme de una fiebre en el trigésimo séptimo año del reinado del Magnífico. Recibí mi collar de oro y los sellos del cargo en una ceremonia oficial ante la Ventana de las Apariciones de manos de Akhenatón y Nefertiti, mientras el Padre de Dios Hotep miraba altivo. Comenzaría a trabajar en los nuevos edificios del palacio de Atón, donde mis estancias se encontraban junto a las de Ay. Éste también había recibido nuevos honores, incluyendo el título de Comandante de los Carros de Guerra de Min. Mi amo nunca me dijo por qué había sido yo el elegido o por qué habían tardado tanto en dar a conocer tan importante nombramiento. Ay lo hizo durante el siguiente banquete mientras comíamos una serie de exquisiteces cocinadas al estilo de Canaán sobre carbón cubierto de hierbas. Los platos eran servidos por muchachas sirias vestidas con los símbolos de Hathor, la Señora de la Alegría.

—Mahu —dijo Ay hablando por encima de su copa—, eres un alma astuta y aceptas que lo que nuestro príncipe desea tenga fuerza de ley, y eso me ha convencido.

¡De modo que había sido él quien había retrasado mi nombramiento! Yo estaba demasiado borracho para responder y, además, el collar de oro que llevaba en el cuello pesaba mucho. Los otros niños de la Kap se ocupaban de brindar por mí. Horemheb y Ramsés, resplandecientes con sus uniformes de oficiales de la guardia, parecían delgados y en forma después de una temporada en las Tierras Rojas persiguiendo y matando a hombres fuera de la ley que vivían a costa de las caravanas. Huy estaba ausente, ya que había sido enviado como embajador al otro lado del Sinaí. Como soldados profesionales, a Horemheb y Ramsés les interesaba mucho el tema. Se quejaron de la creciente inactividad de las tropas de frontera de Egipto para contener el descontento entre sus clientes al otro lado del Sinaí, especialmente ante el poder cada vez mayor de los hititas. Maya también estaba en calidad de asistente de Hotep. Se le veía regordete y atractivo con sus perfumadas vestiduras.

—Maquillado y enjoyado —susurró Ramsés— como una puta.

Maya mantenía la distancia lo mejor que podía. Todavía tenía que decidir qué camino iba a seguir. Pentju y Meryre trataban despóticamente a todos, dos estúpidos sabios saturados de vino y de su propia importancia. Pentju parloteaba de la luz de su vida, la dama Tenbra a quien había impresionado con su riqueza y su posición, de modo que esperaba hacer un buen matrimonio.

Por supuesto, había bastantes distracciones en el banquete. Todos tuvimos que aplaudir a Akhenatón cuando dirigió su Orquesta Hitita del Sol, ya hábiles con el laúd, el oboe, el arpa y el címbalo. Los miembros de este singular grupo tenían su propio alojamiento y ya no parecían tan extraños con sus pesadas pelucas, ropajes

femeninos y los rostros llamativamente pintados. Pronto aceptaron su destino de consagrados al dios, a la vez que veían a su excéntrico director como la reencarnación de éste. Vitoreamos como si hubieran sido inspirados por la misma Hathor. Tocaron medianamente bien. Nefertiti, echada sobre almohadones con sus bebés jugando a su alrededor, comentaba divertida que era mejor que los hititas se dedicaran a otra cosa.

El banquete terminó, como ocurre en similares circunstancias, entre brindis de borrachos y falsa afabilidad. Sin embargo, todos sabíamos que había que esperar. Qué debíamos esperar era algo que todavía no nos había sido revelado. ¿A que el Magnífico viajara al Horizonte Lejano? ¿A que Akhenatón mostrara su rostro públicamente ante el pueblo? ¿A que se enfrentara a aquellas fuerzas tan implacablemente contrarias, tanto en la corte como en el templo? Fue una época de mucho trabajo para mí, ya que tomé mis nuevas funciones con toda seriedad. El descontento e incertidumbre se gestaban bajo la superficie de la elegante vida llena de color de la corte.

Mi alianza con Sobeck se formalizó y reforzó. En aquel entonces se definía a sí mismo como Señor de Am-Duat, Rey del Mundo Inferior, la Tebas oculta, una ciudad de ladrones, rateros, charlatanes, crueles bandas, asesinos, alcahuetes y prostitutas. No iba a intervenir en sus asuntos, y él me ayudaría mientras tuviera cuidado de no cruzar los límites que yo había trazado.

Heredé a dos asistentes en el este y el oeste de Tebas, pero pronto los reemplacé por comerciantes y amigos de Sobeck, duros oponentes de Rahimere, el alcalde de Tebas, y del sumo sacerdote Shishnak. Me mantenían al tanto de todo de manera puntual, en una corriente de información proporcionada por criados, vendedores ambulantes, trabajadores de la Necrópolis, mercaderes y espías, así como por los Medjay, los exploradores del desierto y los guardianes del río. Todos los rumores y los chismes de Tebas llegaban a mi departamento. Sobeck complementaba esto, y pronto me gané una reputación de despiadada eficiencia. Los visitantes que venían de los Desiertos Oriental y Occidental eran recibidos por una hilera de estacas con los cadáveres empalados de proscritos, bandidos, piratas de río y ladrones de tumbas. Violadores de domicilios, asaltantes y ladrones de mercados recibían justicia rápida en los tribunales, y las marcas con hierros candentes, los azotes y las ejecuciones eran llevados a cabo en público, generalmente en la escena del crimen. Los objetos robados eran rápidamente recuperados. Sobeck recibía una paga por estas cosas, y la recompensa ofrecida por las cabezas de esos malhechores. Celebró mi nombramiento diciéndome que bebiera vino una tarde determinada en la terraza más alta del palacio que daba a la ciudad. Lo hice y bebí el mejor vino de mi bodega mientras veía el fuego luminoso de la casa de mi tía Isithia, que se consumía en llamas. Brindé y lancé vivas al feroz brillo rojizo en el cielo. Sobeck también me enviaba información sobre los sacerdotes del templo, aquella manada de hipócritas de sepulcros encalados. Los

cabezas afeitadas, liderados por Shishnak, estaban comprando armas y armaduras, incrementando su guardia y contratando a mercenarios de tierras tan lejanas como las Islas del Gran Verde. Por supuesto, los mantenían a todos fuera de Tebas y los alojaban en sus enormes propiedades a lo largo del Nilo. Advertí a Ay. Sólo se encogió de hombros.

—Mahu, la carrera todavía no ha comenzado. —Y regresó a los informes de sus espías que detallaban la gran riqueza de Amón.

En el palacio, Akhenatón resultó ser un padre afectuoso y un cariñoso marido. Entre nosotros se había producido un cierto distanciamiento, incluso cierta frialdad, pero eso era atribuible tanto a la influencia de Ay como a la atención que prestaba a sus esposas y su familia. Al principio, su suegro, como él mismo lo confesó, había estado en contra de mi nombramiento para el cargo de Jefe de Policía. Él habría querido que fuera ocupado por otro miembro del grupo de *Akhmin*.

—No es nada personal, querido muchacho —susurró Ay—, pero en la vida la sangre siempre se coloca en primer lugar.

En otras áreas Ay no fallaba. Cada vez que había un puesto vacante, el nombramiento recaía en algún miembro de su familia. Si el Magnífico trataba de oponerse, la reina Tiye siempre suavizaba las cosas.

De todas maneras, no fui totalmente ignorado. Akhenatón salía en ocasiones a pasear conmigo. Hablaba bastante o, más bien, me daba clases sobre Atón, su cercanía al dios y la verdad de su destino. Yo percibía que él se contenía debido a la influencia de Ay y Nefertiti, aunque a veces la verdad salía a la luz. Hablaba de sueños y visiones en los que era visitado por Atón, o de cómo había volado sobre las alas de un águila más allá del Horizonte Lejano.

—He volado por encima del Verde Eterno, Mahu. —Akhenatón, erguido, se alzaba con las manos entrelazadas y los ojos entrecerrados—. He visto directamente la visión perdurable.

En otras ocasiones no era tan expresivo. Se mostraba brusco en su discurso, se tambaleaba al caminar, lento en sus pensamientos e incluso indeciso en todos sus movimientos. Me preguntaba si sus experiencias místicas, así como sus periodos de depresión, no serían el resultado de las pociones y polvillos de Nefertiti. En los dos años siguientes a mi nombramiento como Jefe de Policía, Nefertiti se quedó embarazada dos veces más, un tema del que Akhenatón se vanagloriaba. Aunque esperaba desesperadamente el nacimiento de un varón, supo ocultar la decepción ante el nacimiento de una tercera y una cuarta hija.

Nefertiti asumió plenamente su papel de esposa y madre, aunque no por ello dejaba de reunirse permanentemente a puerta cerrada con Akhenatón y su padre para soñar y hablar del cambio y la revolución en Egipto. Ah, sí. Siempre fue y siguió siendo encantadora, atractiva, de figura elegante, gentil y buena. Sin embargo,

cambió, de manera imperceptible al principio. Esta transformación se manifestaba en cierta arrogancia en su apariencia, sus gestos y su discurso. Podía ser abiertamente desdeñosa con la Gran Reina Tiye, mientras que la creciente obsesión del Magnífico con su hija mayor era motivo constante de su burla y sus bromas soeces. En las ceremonias oficiales, las cosas habían cambiado. Ya no había risitas o susurros burlones sobre el Grotesco, sino abiertas burlas dirigidas a Sitamón, que se regocijaba de su posición de Gran Esposa de su propio padre. Tiye parecía haber abandonado todo intento de oponérsele, contentándose con ocultarse en las sombras y ejercer todo el poder secreto que pudiera. A veces, cuando el nombre de Sitamón era mencionado en algún banquete o alguna reunión del Círculo Real, Tiye buscaba mi mirada, evocando los recuerdos de la noche en que había espiado en la Casa del Amor mientras escuchaba el siseo de sus instrucciones sobre lo que debía ocurrir si Sitamón alguna vez concebía un niño. Yo le devolvía fríamente la mirada, con la silenciosa esperanza de que Tiye, con sus pociones y sus poderes, hiciera su parte para asegurar que el vientre de su hija mayor siguiera siendo estéril.

Por supuesto, ni Nefertiti ni Akhenatón habían olvidado a Shishnak, el sumo sacerdote. El apoyo de aquéllos a Atón se hacía cada vez más notorio. La construcción del santuario de Atón continuaba en Karnak y tanto mi amo como su esposa la visitaban con frecuencia, pasando majestuosamente delante de los cabezas afeitadas, deteniéndose para comentar cómo se podían grabar en alguna entrada, alguna columna, alguna pared o algún pilono las inscripciones para Atón. Era todo una parodia. Akhenatón tenía su propio altar del sol dentro de los terrenos de su palacio. También viajó a las Tierras Rojas del oeste, a un lugar llamado Valle de las Sombras para venerar a su dios. En algunas ocasiones lo acompañé a ese lugar. Siempre me sentí incómodo, como si lo que estaba a punto de ocurrir allí de algún modo se extendiera retrocediendo desde el futuro para tocar mi alma y poner en guardia a mi corazón. El valle mismo era estrecho y sombrío, laderas escarpadas con sus flancos cubiertos de salientes rocosos de esquisto, ásperos espinos y zarzas. Tenía sólo una entrada, un paso angosto que caía abruptamente sobre un sendero zigzagueante que se curvaba y retorció como una serpiente, para terminar en un lugar sin salida cubierto de rocas sobre las que se elevaba el Disco Solar.

Siempre consideré que el valle era un sitio frecuentado por fantasmas con sus cuevas y huecos a ambos lados. Akhenatón lo veía como un lugar sagrado. Levantó un altar pequeño en el extremo más lejano, al pie de los despeñaderos escarpados, para ofrendar pan y vino a Atón. Salía en su carro de guerra, con algunos guardias de palacio y la compañía y séquito de Snefru detrás de él. Cerraban la entrada mientras él se adelantaba conmigo, Nefertiti y, a veces, Ay a lo largo del valle hacia lo que él llamaba «su santuario ante el Disco Solar». Tales visitas eran una experiencia siniestra realizada a esa luz fantasmal que separa la noche del día. Los arbustos y las rocas se convertían en monstruos amenazadores o en escondite de algún enemigo secreto. Hice explorar todo el valle. Los Medjay informaron de que brujas y

hechiceros se reunían a menudo en aquellas cuevas para practicar sus ritos de medianoche. No me resultó difícil creerlo. Una mañana sentí olor a humo y aquel mismo día envié a Snefru para que investigara y me informara. Éste confesó que estaba asustado, no tanto por los restos humanos que habían encontrado en una cueva, ya que debían de ser muy antiguos. Aseguraba que la amenaza oculta en el valle podía percibirse incluso a la radiante luz del día. Le aconsejé a Akhenatón que buscara un lugar diferente. Perdió la paciencia y me gritó que yo era un ignorante y un tonto. Después se disculpó dulcemente, preguntándome cómo era posible que yo supiera dónde se volvía tan fino el velo que se extendía entre él y su dios.

A Khiya nunca la llevaban a tales peregrinaciones, aunque se mostraba sumamente interesada en la religión de su esposo. Con frecuencia venía apresuradamente por los senderos del jardín para acercarse a mí y hacerme una serie de preguntas, con sus inocentes ojos en su hermosa cara redonda, sobre los dioses y los templos de Egipto.

—¿Quién es Mut? —preguntaba—. ¿Cuál es su relación con Amón? ¿Es Khonsu hijo de ambos? ¿Están en un escalón más alto que el dios de la tierra, Geb? ¿Es el Disco Solar un dios o sólo un símbolo?

A pesar de sus expresiones de perplejidad y su abierta disposición a aprender, ella me preocupaba, pero permanecía cerca de mí, enviándome regalos en el Año Nuevo y los días de fiesta. Siempre se ocupaba de Karnak para jugar con él a medida que se iba convirtiendo de un cachorro chillón a un perro de caza musculoso, de pelo marrón con patas veloces, una mandíbula fuerte y ojos feroces. Me seguía a todas partes.

Khiya también desarrolló un cariño especial por Djarka, «mi segunda sombra», como lo llamaba celosamente Snefru. Un atractivo adicional de Djarka para Khiya eran los conocimientos profundos que éste tenía sobre hierbas y su amor por los jardines, tan intenso como el de Nefertiti. Khiya y su doncella insistían para que Djarka les enseñara los nombres y las propiedades de las distintas flores y hierbas. Ella siguió siempre sonriente, mientras que Nefertiti se hacía cada vez más arrogante y distante, resaltando su posición y sus derechos como Gran Reina. Khiya se sometía a todo aquello, aceptando los desaires, más preocupada por sus hierbas o por mejorar sus conocimientos de la lengua egipcia. Estaba muy interesada en la poesía amorosa, que solía recitar cuando la Orquesta del Sol tocaba suavemente como acompañamiento de fondo. A Nefertiti le molestaban esas ocasiones pues en ellas Khiya, que tenía una voz hermosa, adquiriría un espacio propio. Todavía puedo recordar algunos versos que siempre encandilaron mi corazón.

*¡Qué paraíso podría ser
si los deseos verdaderos de nuestro corazón
se hicieran realidad
cuidar sólo de ti,
en un eterno jubileo!*

A veces la máscara de Khiya resbalaba y sufría las consecuencias. Me mostró una vez contusiones en sus brazos y hombros, resultado de los arrebatos violentos de Nefertiti, que se intensificaban a medida que sus embarazos avanzaban. En otra ocasión, Khiya se acercó y se sentó sobre un pequeño taburete observándome mientras redactaba una proclama.

—¿Qué es eso? —Señaló los jeroglíficos de la hierba que se agita.

—Ése es *seket*... significa «campo».

—¿Y *heb*?

—Un cuenco de alabastro para beber.

—¿Puedes traerme algo para beber, Mahu? —Puso sus delicados dedos sobre mi muñeca—. No, vino no —sonrió—. Ahora no. El jugo de la amapola que viene desde la isla del ensueño para que yo también pueda volar sobre alas de águila.

Retiré la mano. Recordé al Magnífico con sus muslos pesados, el trasero caído y la espalda cubierta de grasa, moviéndose adormilado para encontrarse con aquella misteriosa mujer en las sombras. ¿Sería Khiya? ¿Había venido buscando el preciado opio que tanto le gustaba al Magnífico?

—Su Excelencia —repliqué formalmente—, si yo bebiera ese jugo, también tendría alas de águila.

Khiya nunca más hizo referencia al tema. Le pregunté a Djarka qué pensaba.

—Como tú, mi señor —el título siempre tenía un tono de burla—, Khiya es un espectador envuelto en el torbellino de esta danza frenética.

—No hables con acertijos.

—No lo hago, mi señor Mahu. ¿No has deseado alguna vez ser un caballero tranquilo que lleva una vida simple pero buena, con una esposa y una familia?

—No sé si podría. El árbol crece según cómo se haya plantado —citó el proverbio que había usado con Sobeck.

—No somos árboles, mi señor Mahu, sino almas que eligen, que toman decisiones.

—En ese caso, yo he tomado la mía. O he dejado que la tomen por mí. No puedo, no quiero dejar la danza.

—¿Nunca?

—No, no, no. Nunca.

Con frecuencia pensé en esa respuesta, pero Djarka decía la verdad. A pesar de mis mejores esfuerzos, yo era un espectador, un observador, como cuando miré a través del agujero secreto la Casa del Amor del Magnífico. ¿Pasaría mi vida espionando a personas como Akhenatón y Nefertiti? ¿O formaría parte de sus vidas incluso cuando las observaba? Llegué a la conclusión de que ambas posibilidades eran ciertas y hablé de ello muchas veces con Djarka. Pronto demostró su valía. Era un buen compañero que entibiaba mi corazón y aliviaba el frío amargo de mi alma. Era el hermano menor a quien habría amado o el hijo que podría haber tenido. Oh, era despiadado también, por supuesto, y podía matar en un abrir y cerrar de ojos. Mi

gratitud hacia él por salvarme del asesino en el Nilo era ilimitada, pero había algo más en Djarka que el hecho de ser un buen soldado, un buen guardia con un corazón sincero y agudo ingenio. Se convirtió en mi sirviente más cercano, en un servidor de confianza, en un representante fiel y en lo más parecido a una familia que jamás he tenido. Djarka tenía un sentido del humor cínico, una actitud irónica hacia el mundo. No confiaba en nadie, ni siquiera en sí mismo, pero era honesto. A diferencia de mí, creía en una vida después de la muerte y en un dios que todo lo ve y omnipresente, un concepto que nunca pude comprender o aceptar. Pronto aprendió que la teología me aburría y cambiaba rápidamente de tema. Era un arquero excelente y un experimentado hondero, aunque era inútil con los caballos.

Akhenatón viajaba en ocasiones Nilo arriba en la barcaza *La gloria de Atón* para visitar el lugar sagrado, como había hecho años antes. Nunca me invitó a acompañarlo. Sólo iban con él Ay, Nefertiti y sus niñas, protegidos por los guardianes del palacio de Nakhtimin, a los que nunca se les permitió desembarcar. Durante esas ausencias yo salía en un carro de guerra con Djarka como compañero. Galopábamos por los límites del desierto, con Karnak corriendo detrás de nosotros, tratando de mantenerse cerca sin perderse en una nube de polvo. Lanzaba yo el carro en una furiosa carga, con las ruedas chirriando, el carruaje balanceándose y los caballos a todo galope. Corríamos sobre el suelo duro hasta que los caballos quedaban exhaustos. Después comíamos, bebíamos y hablábamos de los asuntos de la corte. En otras ocasiones cazábamos gacelas o antílopes. Yo guiaba el carro y Djarka iba a mi lado, con los pies separados y su gran arco sirio tenso, y Karnak trotaba junto a nosotros, listo para traer nuestra presa herida. Me encantaba la cacería en sí misma, pero también era una ocasión en la que podíamos hablar, lejos de paredes y ventanas, libres de sirvientes y escuchas ocultos. Djarka no cesaba de elogiar a la Gran Reina Tiye, a quien veneraba. Sobre Akhenatón no hacía comentarios, salvo alguna pequeña observación muy similar a las de Sobeck.

—Tiene un destino. Nuestro príncipe tiene una visión para Egipto mejor de lo que ha sido antes, pero debe recordar que él no es esa visión, sino sólo su profeta.

Cuando nuestra amistad creció, Djarka se volvió más mordaz acerca de Ay y de Nefertiti. Era consciente de mi enamoramiento de la princesa, pero confiaba en mí, no vacilaba en despreciarlos considerándolos «ladrones del Mundo Inferior». Yo discutía esas opiniones, pero nunca pude hacerlo cambiar de idea.

—Son oportunistas —me decía—, enamorados del poder, como toda la banda de Ahkmin.

—Tienes prejuicios.

—Y tú estás enamorado, Mahu... algo peligroso para un Jefe de Policía. La pequeña Khiya sabe la verdad —añadió—, ésa es la razón por la que mira haciéndose la tonta. ¿Por qué crees que confían en ti? Porque saben que te controlan. Tú eres de su propiedad, en cuerpo y alma.

Tales argumentos se hacían intensos, pero al final Djarka sólo se reía.

—A fin de cuentas —concluía—, Akhenatón será quien decida.

En otras ocasiones hablábamos de las crecientes tensiones en Tebas, un dolor sordo y constante que nunca desaparecía. Djarka era siempre solemne sobre este tema.

—Coincido con la reina Tiye —susurraba—. Cualquier cosa que hagamos terminará en derramamiento de sangre.

Los meses siguieron a los meses, las estaciones a las estaciones, los años a los años, siempre llenos de rumores y chismes. Ya me había acostumbrado a ello. Cuando finalmente los derramamientos de sangre llegaron, comenzaron de manera suave, casi imperceptible, como ocurre con la lluvia cuando aparece una simple nube, del tamaño de la mano de un hombre, en el cielo azul brillante. En el segundo mes de Peret, la Estación de la Siembra, nuestra nube hizo acto de presencia. Llegó un mensaje de Sobeck para que me reuniera con él en el Oasis de los Desconocidos, en las Tierras Rojas del oeste. Me esperaba a mí y a Djarka rodeado de sus hombres escorpión, armados hasta los dientes, vigilando el oasis de palmeras moribundas mientras el pozo que alguna vez las había regado se secaba lentamente. Sobeck me acompañó hacia lo más profundo del oasis, mientras Djarka desenganchaba los caballos para llevarlos a la sombra. Los hombres escorpión de Sobeck iban de un lado a otro conversando y admirando el carruaje y nuestros arneses.

—Escucha esto, Mahu. —Sobeck puso un brazo sobre mis hombros—. Uno de mis conocidos, un mercader que intercambia pieles de animales con los libios, me ha traído el inquietante rumor de que una de sus tribus más poderosas se está trasladando al sur.

—Los libios siempre están haciendo eso, buscando algún punto débil.

Sobeck alzó una mano.

—Éstos están comprando armas, carros y caballos de guerra y no están usando pieles de animales para el trueque, sino esto. —Abrió su puño izquierdo. El pequeño lingote de oro de seis lados brilló a la luz del sol. Lo agarré y lo sopesé en mi mano—. Oro puro —confirmó Sobeck—. Recién acuñado, sin marcas. Los libios lo están usando para comprar armas a los mercenarios a lo largo de la costa del Gran Verde.

—Esto viene de Egipto —respondí—. ¿Es posible que sólo estén usando unos pocos?

—Mi amigo el mercader dice que los libios tienen mucho... y hay más. —Sobeck señaló la lejana neblina de calor—. Mi amigo se sintió más extrañado cuando esta tribu o clan... o al menos sus guerreros, unos quinientos en total, desaparecieron totalmente de sus terrenos de caza habituales. ¡Bien! —Jugó con el aro del lóbulo de su oreja—. Finalmente, mis espías se han enterado por las mujeres de que, hace diez días, estos guerreros se trasladaron al Desierto Oriental. Todavía están allí, un grupo en pie de guerra con armas y provisiones.

—¿Y qué hay de nuestros exploradores y nuestras patrullas?

—¿A qué distancia llegan, Mahu... cuarenta, cincuenta kilómetros como máximo? Los libios están más lejos.

—Las Tierras Desiertas del este están tranquilas.

—Precisamente. Uno no espera descubrir a un ejército libio al otro lado del Nilo. —Sobeck mostró una gran sonrisa—. Además, probablemente se han separado en pequeños grupos. Oh, bien. —Se acarició su vientre plano, secándose el sudor—. Te he traído un regalo... bueno, realmente dos regalos.

Alzó la voz a través del oasis. Un hombre escorpión vino rápidamente, puso dos baldes de cuero a los pies de Sobeck y levantó las tapas. Me estremecí ante el olor putrefacto de las dos cabezas cortadas. Las moscas, como torbellinos de puntos negros, salieron zumbando.

—Creo que ya os conocéis. —Sobeck levantó la cara del anciano, el asesino de los Chacales. Le había contado todo a Sobeck y le ordené que eliminara al clan entero—. Oh sí, sobrevivió. —Golpeó uno de los dientes amarillos y hundidos—. Lo atrapé refugiado en una aldea al sur de Tebas. Es el último, de modo que no habrá ninguna deuda de sangre. —Lanzó la cabeza como una pelota sobre la arena y sacó la segunda, un libio con pelo largo, piel morena, nariz puntiaguda y labios carnosos, una cara serena, en calma, sin el horror que presentaba la del anciano asesino—. Mi amigo el mercader se quedó tan intrigado, que despertó mi curiosidad. Contraté a algunos de mis errantes de la arena para buscar mucho más allá del área patrullada por los escuadrones de carros de guerra. Atraparon a tres exploradores. Mataron a dos, pero éste —lanzó la cabeza como había hecho con la otra— fue traído con vida. Lo interrogué, con la ayuda de un poco de fuego.

—¿No los van a echar de menos? —pregunté.

Sobeck sacudió la cabeza.

—Los libios están viajando por un terreno desconocido para ellos; es muy común que los exploradores y los guías se pierdan. De todos modos, habló antes de morir. Su grupo de guerreros había sido sobornado con oro, plata, piedras preciosas y cualquier botín.

—¿Por quién?

—No lo sé. Tiene que ser alguien muy poderoso —continuó Sobeck—. Piensa, Mahu, quinientos guerreros cruzando el Nilo. Necesitaron barcazas, alguien que los guiara al otro lado.

—¿Y el prisionero te lo dijo?

—Cruzaron justo sobre la primera catarata.

—Un lugar desolado —comenté—. Ni tierra negra ni plantas.

—Allí fue donde fueron encontrados los exploradores, en una zona donde no hay ninguna mina y muy pocas patrullas... un lugar árido y desolado. Alguien debe de haber suministrado las barcazas y un embarcadero solitario, así como mapas de los pozos y manantiales. De todos modos, yo ya estaba realmente intrigado, así que llevé a mis guardaespaldas por el Nilo y encontré las barcazas todavía amarradas allí.

—¿Así que los libios tienen una manera de regresar?

—Quinientos luchadores, Mahu, guerreros. Muy bien armados, sobornados con oro y provistos de barcazas y mapas, escondidos en un lugar donde a nadie se le ocurriría buscarlos. ¿Qué van a atacar?

—No puede ser Tebas, es demasiado poderosa.

—El Malkata está en la ribera este —susurró Sobeck—, lo mismo que el palacio de Atón.

—Ambos están bien protegidos.

—¿Contra una agresión repentina?

Un estremecimiento me atravesó la nuca, enviando un escalofrío hacia mis hombros. Miré las cabezas cortadas, metidas en la arena. Los buitres ya estaban revoloteando sobre nosotros.

—No es el Malkata —repliqué—. Es el Valle de las Sombras, en las Tierras Rojas del este. —Le conté las peregrinaciones de Akhenatón a lo que él llamaba su santuario sagrado.

—Ah, bien. —Sobeck sacó y guardó su daga varias veces de su funda de cuero repujado—. Ahora pasamos a otra cosa. —Señaló hacia el oasis—. ¿Confías en Djarka?

—Absolutamente.

—¿Por qué, qué sabes de él?

—Es un miembro de los *sheshnu* —expliqué—. Uno de esa tribu. Un buen cazador, fiel y leal a la Gran Reina Tiye.

—Pero le confiarías tu vida. ¿Por qué?

—Me recuerda a ti, Sobeck.

—¿Cómo soy ahora?

—Como eras antes.

Sobeck miró hacia otro lado.

—Bien, bien —farfulló—. Pero no confíes en Snefru.

—¡No! —Grité y di un paso hacia atrás—. No, no. ¿Snefru?

Djarka, que estaba hablando con los hombres escorpión, se volvió alarmado, mientras su mano iba al carcaj que estaba a sus pies. Le hice un gesto de que todo estaba bien.

—Sí, Snefru. —Sobeck se estaba divirtiendo—. Ha estado con los cabezas afeitadas de Amón.

Miré la cabeza cortada del líder Chacal. No podía distinguir sus facciones, ya que los ojos y la nariz estaban enterrados en la arena pero, por un momento, pensé que su boca se estaba riendo.

—¿Cuál es el problema, Mahu?

Recordé el momento de subir a la chalana del asesino.

—Siempre me pregunté —respondí— cómo me habían reconocido. Por supuesto, yo llevaba la capa de Snefru, llamativa, como la de un errante del desierto.

—Bien, pues ahora lo sabes. —Sobeck levantó las manos en un ademán de paz—. Te acordarás de mí, Mahu.

Me acerqué.

—¿Por qué te acordaste de mí, Sobeck? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Por lo que fui, por lo que soy. —Apenas sonrió—. Si tú vas a la oscuridad, Mahu, entonces yo también iré. Paz, amigo. —Se alejó—. Observaré con interés lo que va a ocurrir.

Djarka y yo nos ocupamos de Snefru ese mismo día, cuando ya la oscuridad había caído. Haciendo grandes esfuerzos para controlar mi cólera, le pedí que viniera conmigo a dar un paseo por los terrenos de palacio, hacia los árboles, no lejos de donde Ay había envenenado al escriba Ineti. Hablé sobre lo que íbamos a hacer por la mañana, sobre lo que había que comprar en Tebas. Cuando se presentó la oportunidad di un paso atrás y lo dejé sin sentido golpeándolo con el palo que había escondido en los pliegues de mi túnica. Rápidamente Djarka sujetó las manos y los pies del hombre, mientras seguía inconsciente, y los ató a unas estacas clavadas en el suelo, a la vez que le metía un trapo mugriento en la boca. Lo dejé agachado a su lado mientras yo regresaba a palacio. Registré su habitación. Encontré lo que estaba buscando en una cavidad en la pared, oculta junto a la cama: una bolsa de cuero llena de los mismos lingotes que Sobeck me había mostrado, así como un pase que le permitía la entrada a los recintos interiores del templo de Amón.

Cuando regresé, Snefru ya había recobrado el conocimiento y Djarka había colocado un pequeño recipiente de alabastro con aceite junto a su cabeza. Sentí una punzada de compasión ante aquellos ojos llenos de miedo, aquella cara grotesca, con cicatrices, retorcida por el dolor. Djarka ya se había ocupado de cortarles las mejillas, brazos y piernas con una daga afilada como una navaja. La sangre resbalaba. Retiré la mordaza.

—Puedes gritar, Snefru, pero si lo haces, alguien podría oírte y tendré que volver a ponerte la mordaza. ¿Tengo que decirte adónde vamos? A las Tierras Rojas, ya he abierto el agujero. Te enterraré vivo. Estás sangrando, de modo que los leones y las hienas se acercarán y te olfatearán y...

—Amo, amo —farfulló Snefru.

—Nada de amo —respondí mientras me agachaba junto a él—. Encontré el pase y también el oro. Estoy enterado de los movimientos de los libios y de tus reuniones con los cabezas afeitadas. Lo único que puedes decidir, Snefru, es si vas a morir rápidamente y en silencio aquí, o allá en las Tierras Rojas. Gritarás y aullarás mientras la arena caliente llenará tu boca y tu nariz. Las fieras olfatearán tu sangre y te desenterrarán, como un jabalí oculto en su madriguera.

—¡No sé nada! —gritó Snefru, con su cuerpo tirando de las correas mientras Djarka, agachado en el otro extremo, le hacía cortes en el brazo.

—¿Por qué, Snefru? —pregunté—. Yo confiaba en ti.

—Antes. —Snefru miró furioso a Djarka.

—Oh, es más que eso —repliqué.

—Los cabezas afeitadas. —Snefru lanzó un suspiro—. ¿Una muerte rápida, amo?

—Muy rápida, apenas un latido.

—Hace dos meses —confesó Snefru—, uno de sus acólitos se acercó a mí en el mercado de Tebas. Me llevó a una taberna y me dijo que ellos sabían la verdad sobre Imri y cómo él y los otros habían muerto. Me juró que algún día me castigarían crucificándome sobre las murallas de Tebas. Dijeron que el Grotesco —Snefru tosió— era un hereje, que pronto sería enviado al Mundo Inferior para recibir su merecido. Me ofrecieron una granja, oro, la protección de Amón.

—¿Qué... sólo por la información? —Me burlé—. Snefru, tú sabías muy poco. Háblame de los libios —insistí.

—Todo lo que me dijeron fue que un día, muy pronto, Akhenatón iría al Valle de las Sombras.

—Y tú irías con él —interrumpí—. Tú y el resto cerraríais la entrada al valle.

—Los libios iban a atacar —continuó Snefru—. Yo debía llevar un trapo azul atado al brazo izquierdo y esconderme.

—Y los libios entrarían, matarían a tus compañeros, para luego asesinar al príncipe y a quienes estuvieran con él.

—Hay más. —Snefru aclaró su garganta y Djarka retiró el cuchillo—. Si fuera posible, atacarían este lugar.

—¿El palacio de Atón?

—Una incursión nocturna para matar y quemar todo lo que pudieran antes de retirarse río abajo.

Golpeé a Snefru en la cara.

—Por supuesto —susurré—. Y los escuadrones de carros de guerra buscarían en el Desierto Oriental, pero los libios regresarían por el otro lado del Nilo.

—Si es que se enviaba algún escuadrón de carros de guerra —añadió Djarka—. Si nuestro príncipe estuviera muerto, junto con Ay y Nefertiti, y también nosotros mismos, se produciría alguna demora, causada por la confusión y el caos.

—¿Quién está detrás de esto? —pregunté.

—Siempre me reuní con el mismo sacerdote. —Snefru lanzó un grito cuando Djarka le hizo otro corte en el brazo—. Me traía mensajes y oro. Ya habían elegido el día. Sería muy pronto.

—Conozco el día que habrían escogido —gruñí—. Nuestro príncipe es famoso por ignorar deliberadamente los decretos del templo. En un día desfavorable, cuando todos se quedan en su casa, él insiste en salir mucho antes del amanecer para venerar a su dios.

Snefru asintió con la cabeza.

—¿Los demás? —preguntó Djarka—. ¿Tus compañeros?

—No saben nada. —Hizo una mueca de dolor cuando Djarka cortó otra vez—. Son inocentes. —Entonces empezó a llorar. Sus lágrimas caían por sus mejillas surcadas de cicatrices.

Me puse de pie, secándome el sudor del cuello.

—¿Y yo, Snefru? —Lo miré furioso—. Me diste tu capa... la señal para los asesinos contratados por Amón... yo, tu amigo... tu amo.

—No tuve elección —masculló—. Los cabezas afeitadas querían eliminarte y también asustar al Grotesco. Conocían tus viajes secretos a Tebas, me dijeron que te prestara una de mis capas... —Empezó a sollozar.

—¿Quieres saber algo más, mi señor? —preguntó Djarka.

—No —repliqué—. Sólo le habrán dicho el momento y el lugar. Todo lo demás estaba a cargo de otros.

Caminé hasta donde Karnak yacía obedientemente bajo un árbol, mirando en silencio lo que estaba ocurriendo. Se levantó y yo me agaché para acariciarle el hocico.

—¡Mátalo, Djarka! —grité.

Mi sirviente cantó unas pocas líneas de un himno que no pude comprender. Cuando terminó, Snefru emitió unos ruidos sordos para ahogarse cuando su garganta fue cortada.

—Deshazte del cadáver. —Me levanté y le hice un gesto a Karnak para que me siguiera—. Ah, Djarka. —Lo miré a través de la oscuridad—: Dile a los demás que trabajaban con Snefru que su jefe ha sido enviado a una misión importante y que estará ausente al menos durante un mes.

—¿Y? —preguntó Djarka, adelantándose mientras guardaba su daga.

—No se puede confiar en ellos —respondí apesadumbrado—. Ante la menor duda, deben morir.

* * *

Al día siguiente por la tarde, cuando el calor se desvanecía, a solicitud mía me reuní con Maya en una casa de placer dirigida por uno de los lugartenientes de Sobeck. Era un lugar exquisito con una fuente cantarina en un patio de piedra blanca. La sala interior estaba magníficamente decorada con columnas y las paredes pintadas con hermosas y sugerentes escenas que retrataban a hombres jóvenes en diferentes posturas. Me encontré con Maya en una de las estancias de amor que se abrían a la sala. Tenía el suelo recubierto con refrescantes mosaicos, sus paredes estaban pintadas con un suave color verde y el techo era de un color azul oscuro con estrellas de plata y una luna de oro. En el centro había una gran cama con patas esculpidas en forma de cabezas de leones.

—¡Vaya, Mahu! —Maya miró con admiración a su alrededor—. No pensaba que compartiéramos estos gustos.

—No los compartimos —respondí, haciendo un gesto hacia un rincón donde había almohadones amontonados alrededor de una mesa—. Pero éste es un lugar tan bueno como cualquier otro para conversar. Creo que es mejor que te relajes.

Nos sentamos y nos sirvieron deliciosos platos de ganso y codornices, fuentes de pescado asado y vino de las mejores viñas. Hermosos jóvenes, con bucles que les caían a los lados de la cara, vestidos con un mínimo taparrabos, pequeñas perlas colgadas en sus orejas y collares y brazaletes a juego, atendían solícitos todos nuestros deseos. Maya se estaba divirtiendo. Se había vuelto más gordo y más astuto todavía. Comió y bebió bien, toqueteó a los muchachos, se reclinó hacia atrás, acariciándose la panza y mirando hacia el techo.

—Si quieres saber algo, Mahu, la respuesta es que no sé nada. Y ahora me gustaría probar las otras exquisiteces de esta casa, pero preferiría hacerlo a solas, salvo que te guste mirar.

—¿Sabes quién es el dueño de esta casa? —pregunté.

Maya aflojó la faja que le rodeaba la cintura y separó sus dedos, admirando la pintura de sus uñas.

—No. Dímelo.

—Kheferu. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Sí, es un ladrón del mundo de los delincuentes, un alcahuete, un bravucón. — Maya hizo un gesto—. ¿A quién le importa?

—Sobeck —respondí.

Maya dejó caer la mano y miró boquiabierto.

—¿Kheferu? —replicó.

—Kheferu es Sobeck —susurré—. Ha regresado, Maya, y construido su propia fortuna, su propia carrera.

—¿Está aquí? —Maya estuvo a punto de saltar para ponerse de pie, pero presioné su hombro rollizo para que permaneciera en su sitio.

—Puedo organizarte un encuentro con Sobeck, pero él ha cambiado.

—En mi corazón, nunca.

—No es lo que piensas, Maya.

—Me importa un bledo lo que dices, Mahu.

—¿No te importa?

—Estás mintiendo. —Maya se liberó de mi mano—. Te has inventado esta historia para hacerme hablar.

—¿Eso crees? No es sólo para que hables, Maya. Tú trabajas en la Casa de los Secretos. Tú, como Sobeck, como yo mismo, sabemos lo que está ocurriendo en Tebas. Algún día se producirá una sangrienta confrontación entre mi amo y los sacerdotes de Amón. Tendrás que decidir qué bando vas a apoyar.

—La Casa de los Secretos —farfulló Maya— no pertenece a ningún bando.

—¡Tonterías! —respondí—. Y lo sabes bien. Los tiempos de la sangre están ya sobre nosotros, Maya. Sobeck está conmigo. Yo estoy con el príncipe, el legítimo

Señor de las Dos Tierras.

—Sólo corregente —replicó Maya.

—¡Tonterías! —repetí—. El Magnífico bien podría estar en el Oeste Lejano. Pasa sus días en una locura de bebida y droga, obsesionado con su hija mayor.

Maya pestañeó sus párpados rodeados de *kohl*.

—Además —insistí—, ya has decidido. Estás comiendo conmigo.

—Puedo explicarlo.

—¿Puedes? —respondí—. Eres un niño de la Kap, Maya. Si los sacerdotes de Amón ganan, ¿crees que permitirán que cualquiera de nosotros sobreviva?

—¿Quiénes son? —Eso es lo que quiero descubrir. Ahora déjame que te cuente una historia.

Le conté todo sobre Sobeck, el Valle de las Sombras, el oro, los grupos de guerreros libios y la confesión de Snefru. El rostro de Maya se puso de color ceniza; bebía vino, le temblaban las manos. Cuando terminé, permaneció sentado mirando la enorme cama de mal humor.

—No puedo decirte nada.

—Cuando todo esto haya terminado —me acerqué a él, susurrándole al oído—, los amigos y aliados serán promocionados, los enemigos castigados.

Maya estaba atrapado. Yo sabía que era así, pero él tenía que tomar la decisión por sí mismo.

—Estas cosas se mantienen en secreto. —Me miró por el rabillo del ojo—. Tú lo sabes, Mahu.

—El oro —pregunté—. ¿De dónde procedía?

—Oh, eso es muy fácil —respondió—. La Casa de la Plata del templo de Amón. Ellos tienen su propio troquel.

—¿Y cómo lo habrían transportado hasta los libios?

La cara de Maya se frunció en una sonrisa.

—Eso también es sencillo de responder. Hace un año el templo de Amón envió una delegación importante a los libios como demostración del favor de su dios y para promover sus propios intereses.

—Claro —convine—. Y los cabezas afeitadas de Amón son sagrados, sus burros cargados pueden llevar lo que quieran. Ningún guardia se atrevería a registrar sus baúles o cestos... pero ¿y las barcazas?

Maya chasqueó la lengua.

—Eso es lo que quieres saber, ¿verdad? Quieres que busque entre los archivos y los registros. La costumbre es que se escriban órdenes para retirar barcazas.

—Es correcto, y quiero saber quién pidió esas barcazas.

—Eso ya lo sabes —contestó Maya.

—Sí, pero quiero la prueba. ¿Quién dio la orden? —Hice un gesto señalando la jarra de vino—. Voy a sentarme aquí y terminar esto mientras vas y te enteras. Esperaré a que regreses.

Maya hizo ademán de protestar.

—¡Esperaré a que regreses! —dije cortante.

Salió un momento después. Me eché sobre los almohadones y dormí un rato. Me despertó un golpe fuerte en la puerta. Uno de los muchachos sirvientes anunció que mi amigo había regresado. Maya entró apresuradamente. Se había cambiado de ropa y parecía más alerta. Le dio una palmada en el culo al muchacho, cerró la puerta detrás de sí y se apoyó en ella.

—Que los dioses nos ayuden, Mahu, pero en esto estamos juntos.

—¿Las barcazas? —pregunté ansioso.

—El Padre de Dios, Hotep —respondió Maya—. Él dio la orden de reunir las barcazas en embarcaderos diferentes para que las llevaran a un lugar más allá de la primera catarata.

—¿Y la razón?

—Maniobras militares.

—Por supuesto, siempre hay maniobras militares y la orden pronto se olvidaría. —Maya asintió con la cabeza. Me puse de pie—. Así que se trata de Shishnak y Hotep. Y posiblemente ese estúpido gordo de Rahimere, el alcalde de Tebas. —Estiré la mano. Maya la cogió y súbitamente sacó la otra mano, dejando la punta de su daga a pocos centímetros de mi cara.

—No, no te preocupes. —Apartó la daga y se secó el sudor de la frente—. Mahu, si me has mentado, ¡te mataré!

—Si he mentado —repliqué—, no tendrás que hacerlo. Si perdemos en esto, lo perderemos todo. Hay otra cosa, Maya. Tú estabas en el templo de Amón cuando Tutmosis murió. Debías de sospechar que algo no iba bien. Pude darme cuenta de eso.

—Me enteré de algo, pero me lo guardé para mí. —Habló rápidamente, con voz ronca—. Mi espía es un sacerdote lector que se encarga de la ropa sucia del templo. La noche en la que Tutmosis murió le ordenaron que quemara algunas sábanas de lino muy caras. Nunca preguntó por qué, pero las revisó. Estaban cubiertas por una especie de vómito ensangrentado. —Guardó el cuchillo—. ¿Sabes lo que eso significa, Mahu?

Recordé los aposentos del príncipe muerto.

—Las sábanas no tenían ninguna mancha —susurré—. Y lo mismo ocurría en el cuarto de Akhenatón. Tutmosis no murió en su propia cámara. —Mi corazón cambió de ritmo—. Sé lo que ocurrió, Maya. Tutmosis fue a la cámara de su hermano para esperarlo. Mientras estuvo allí debió de beberse el vino envenenado destinado a Akhenatón. Se dio la alarma. Llevaron a Tutmosis a su propia habitación y limpiaron la de Akhenatón, reemplazando la sábana que se había manchado. Los sacerdotes de Amón cometieron un terrible error. Envenenaron al hermano equivocado.

Maya, con su rostro color ceniza, gimió entre dientes.

—¿Qué harás, Mahu?

—No tengo elección —respondí—. Pero te digo una cosa, Maya. Informa a la Casa de los Secretos hoy y mañana, pero, al tercer día, mantente bien alejado. Escóndete para protegerte de la próxima tormenta.

Espíritu diabólico

«¡Oh, tú, que Separas cabezas y cortas cuellos!».

(Conjuro 90, Libro de Los Muertos).

Capítulo 15

*¡Que puedas sentarte en tu trono de bronce!
Tu parte delantera es la de un león,
y tu parte trasera la de un halcón.
Que puedas devorar el flanco en el tajo mortífero de Osiris
y las entrañas en el tajo mortífero de Seth.*

Me arrodillé mirando a Akhenatón, que estaba en un trono en el centro del jardín, con Nefertiti a su derecha y Ay a su izquierda. Los guardias de Nakhtimin vigilaban todas las entradas. Las hijas gemelas de Akhenatón jugaban a sus pies mientras sus hermanas menores dormían en la sala de los niños. Las niñas parecían gusanitos con sus cabezas rapadas y los cuerpos desnudos salvo por las ajorcas enjovadas. Estaban sentadas cara a cara, dando palmadas mientras gritaban y se acariciaban.

—Oh, rey —entoné, continuando con el protocolo formal—. Poderoso en la vigilia, grande en el sueño, para quién la dulzura es dulce. Levantaos, oh, rey.

Yo había solicitado esta audiencia formal y cumplía con el rito litúrgico habitual entonando un himno al poder del rey. Sólo haciendo esto podía manifestar la gravedad de la situación y los peligros que nos esperaban. No me habría atrevido a plantear tales temas en el Círculo Real, donde los consejos de amigos y aliados serían escuchados muy cuidadosamente por enemigos declarados y adversarios.

Akhenatón se mostraba rígido en su asiento, mirándome; durante un instante, el miedo se encendió en sus ojos. Nefertiti, con su pelo cayendo descuidado sobre sus hombros, también había despachado a sus doncellas. Habían estado sentadas alrededor de ella, hablando de los diferentes perfumes y cremas, de cómo la goma de terebinto mezclada con el aceite de moringa y nuez moscada eliminaba las arrugas, mientras que el jugo de loto, lirio rosa, papiro y coral, con un toque de mirra e incienso, constituía un perfume muy fragante. Habían estado riéndose al hablar de una mixtura de sangre de vaca, cuerno de gacela e hígado podrido de asno que podía evitar las canas. Akhenatón y Ay habían estado de pie cerca del Estanque de la Pureza, sumergidos en sus conversaciones. Mi entrada había puesto fin a todo aquello.

Me había arrodillado sobre los almohadones, para tocar el suelo con mi frente, mientras Akhenatón regresaba a su asiento. Nefertiti y Ay se acercaron a él, mientras los criados eran despedidos. En aquel momento todo quedó en silencio, sólo roto por el parloteo de los niños. Ay se sentó, agitado, mordisqueando su labio inferior e inclinando la cabeza ligeramente como si tuviera miedo de lo que yo iba a decir. Les conté todo, aunque no mencioné el nombre de Sobeck. Hablé directa y rápidamente.

Nefertiti escondió su boca detrás de la mano; Ay se llevó los dedos a la cara. Akhenatón se puso del color de la ceniza; los ojos le brillaban de cólera. Frunció el entrecejo mientras su boca se rodeaba de arrugas, y una vena sobre la frente se hinchó palpitante. Cuando terminé, él respiraba ruidosamente.

—¡No tienes la nariz contra el suelo ante el Señor de las Dos Tierras, ante la imagen viva del Único!

Me incliné, la espalda doblada, la frente aplastada contra el suelo. Akhenatón se puso de pie, casi empujando a sus niñas. Se acercó a mí y pude ver sus sandalias, con correas de oro y plata y una ajorca redonda en su tobillo izquierdo con el retrato del Disco Solar. Caminó a mi alrededor y me pateó violentamente en las costillas. Rodé hacia un lado. Mi mano se dirigió hacia una de mis dagas. Akhenatón volvió a golpearme. En su rostro aparecieron manchas, la espuma brotaba de sus labios. Sus ojos parecían brasas encendidas. Estaba medio agachado con las manos colgando, su respiración era trabajosa. Su tocado se había caído y la túnica le colgaba desordenada. Recuerdo que su taparrabos estaba manchado por delante y que las venas de sus piernas estaban hinchadas. El dolor en mi estómago y en un costado era intenso. Por unos segundos, no pude respirar; la bilis se me amontonaba en la garganta.

—¡Nadie ha hecho lo que hice yo! —respondí gritando, arrancándome el collar del cargo de mi cuello y lanzándolo a sus pies—. ¡No soy vuestro perro! ¡Id a preguntarles a vuestros ministros por qué no sabían nada! ¿Dónde estaba Ay? ¿Dónde? —Con esfuerzo me puse de rodillas y me levanté, con una mano en el costado golpeado—. Buscaos otro perro, faraón. Liberadme y saldré corriendo.

Akhenatón comenzó a moverse hacia mí. Las niñas chillaban; Ay permaneció sentado en su sitio, petrificado por el miedo. Nefertiti fue quien se interpuso entre nosotros. Corrió, se arrodilló, me puso su delicado brazo alrededor del cuello y llevó mi cara hacia ella, presionando su cuerpo contra mí. Mi nariz se llenó de su perfume. Olvidé mi dolor cuando su delicada tibieza pareció envolverme, con su cálida respiración sobre mi mejilla.

—Mahu, Mahu —susurró—. ¿No lo sabes? A veces es difícil distinguir entre el mensaje y el mensajero. —Se volvió hacia su marido y su voz enérgica se escuchó por encima de los gritos de las niñas. Habló con fiereza, creo que en *sheshnu*. Los ojos de Akhenatón todavía brillaban por la locura—. ¡Vete, Mahu! —ordenó—. ¡Espera fuera!

Me ayudó a ponerme de pie y me empujó hacia la puerta, fuera del jardín amurallado. En el patio, Nakhtimin y sus hombres, alarmados por los gritos, habían desenvainado sus espadas. Les hice señas con la mano para que se alejaran y me desplomé contra el marco de la puerta, acariciándome lentamente las costillas. Del jardín venían gritos y lamentos. Nakhtimin fue llamado y luego salió rápidamente. Vi que le habían sacado el collar del cuello y que un lado de su cara estaba enrojecido. El griterío continuó. Luego se produjo un silencio.

Debió de pasar al menos una hora antes de que la puerta se abriera. Akhenatón salió, me cogió la mano y me hizo poner en pie. Estaba tranquilo, sus ojos despejados, su boca con una sonrisa. Delante de los guardias me abrazó contra su cuerpo y me besó directamente en la boca, en cada mejilla y finalmente en la frente.

—¡No me dejes, Mahu —murmuró roncamemente—, porque mi justa rabia y mi cólera divina han huido ya de mí! Ven.

Me condujo de regreso al jardín. Nefertiti y Ay, tranquilos y de pie, con las manos unidas, me sonreían. Akhenatón me hizo sentar en su silla en forma de trono. Me volvió a colocar el collar de oro alrededor del cuello, se quitó el anillo de Atón de su dedo y lo puso en el mío. Luego me palmeó el hombro, mirándome, sonriendo antes de sentarse sobre los almohadones y colocar a sus niñas sobre su regazo.

—Lo siento, Mahu —dijo—. Realmente lo siento. —Besó la cabeza de una de sus hijas—. Tú no eres un perro sino mi amigo íntimo, mi hermano. Pero ¡enterarme que voy a morir dentro de tres días! —Frunció sus labios, sus extraños ojos estaban tristes. Besó a sus niñas distraídamente, acariciando sus pequeños cuerpos. Me sentía incómodo sentado en el trono. El humor de Akhenatón había cambiado completamente.

—Por lo que has descubierto hoy —continuó casi en un susurro—, serás siempre el amigo especial del faraón.

Nefertiti me cogió la mano derecha y sus dedos sensuales se apretaron en mi palma. Ay tomó mi mano izquierda, agarrándome por la muñeca. Akhenatón continuó abrazando a sus niñas e hizo algunas preguntas, asintiendo con la cabeza enérgicamente ante mis réplicas. Desestimó mis advertencias.

—Iré al Valle de las Sombras. —Levantó una mano con los dedos separados—. Mi Padre y yo somos uno. Él está conmigo. Todos los que están contra mí, están contra él. Tú eres el mensajero de mi Padre, Mahu. Tú eres parte de mí, como yo soy parte de ti. Cuando llegue la Revelación, él te mostrará su rostro y te sonreirá. —Akhenatón se puso cada vez más solemne, los vestigios de la cólera regresaban—. Esos asesinos no conocerán la paz en vida ni después de la muerte. Tú me protegerás, Mahu. Tú eres el mensajero de mi Padre, tú estarás conmigo. Tú serás el instrumento de nuestra justicia y nuestra venganza. —Apuntó con su mano hacia el cielo—. Mi Padre me guiará. —Recogió a una de las gemelas, abrazándola e inclinándose para besarle en la mejilla y en la cabeza. Todo el tiempo aquellos ojos oscuros y profundos, que miraban sin pestañear, estuvieron fijos en mí—. Mátales, Mahu. —Se inclinó hacia delante—. Mátales a todos y envía sus almas a la noche eterna.

Akhenatón estaba decidido a enfrentarse al peligro, a demostrar que su Padre no lo había abandonado, pero los detalles del gran plan se dejaron a mi cargo. Nefertiti y Ay insistieron en que informara a la menor cantidad de personas posible y sólo les dejara saber lo necesario. Me puse a trabajar febrilmente en los preparativos. Horemheb, Ramsés y Nakhtimin fueron llamados a palacio y recibieron el mando temporal de los escuadrones de carros de guerra Hathor, Anubis y Horus, tropas que

estaban, para mí, entre las más leales a nosotros dentro del ejército egipcio. A los ojos de todo el mundo, iban a participar en unas maniobras, se enviaban al norte para ejercicios de adiestramiento. En secreto, cada uno de ellos recibió instrucciones confidenciales sobre el lugar, la hora de reunión y las señales que debían esperar. A los mercenarios se los incorporaría durante la noche. Éstos y unas unidades de confianza de la guardia imperial recibieron uniformes de combate completos y fueron provistos con raciones frías y agua. Amparados por la oscuridad de la noche, antes del día del ataque esperado, fueron llevados en secreto al Valle de las Sombras, para permanecer escondidos en las cuevas, hondonadas y huecos. A cada hombre se le informó de que si abandonaba su posición, o la revelaba, se enfrentaría a una ejecución inmediata. Los compañeros de Snefru estaban también preparados. Se les hizo saber que su comandante había sido enviado a una misión confidencial y que pronto se reunirían con él, pero que hasta entonces permanecerían bajo el mandato directo de Djarka. Observé sus rostros marcados. Eran hombres que podrían haberme servido bien. Pero no podía salvarlos. Estaban manchados y, por lo tanto, eran peligrosos.

Aquel día fatal partimos a primera hora. Yo había supuesto que aquél era el día señalado, pues era desfavorable, pero Akhenatón lo ignoraría y entraría en el valle, ya que para el siguiente día desfavorable todavía faltaban seis semanas, demasiado tiempo para que la tropa de ataque de los libios sobreviviera por su cuenta en el Desierto Oriental. Yo conducía el carro de guerra de Akhenatón. Pequeñas cajas de cuero a mis pies contenían su faldellín de guerra y su armadura. La oscuridad era muy fría. Las estrellas parecían acercarse mientras el enorme desierto, envuelto en sombras, tenía un aspecto siniestro con sus amenazas invisibles. Entramos en el valle con aquella luz gris claro que precede al día. Las estrellas estaban apagándose, el cielo adoptaba un color extraño mientras las criaturas de la noche bramaban sus himnos y escapaban del calor del amanecer.

Dejé los destacamentos de Djarka y Snefru armados con escudos y lanzas en la entrada del valle. Djarka tenía sus instrucciones. Akhenatón y yo continuamos adelante. Nuestros caballos, los más rápidos de las cuadras reales, bufaban y agitaban sus cabezas con sus plumas teñidas de dorado entre sus orejas, que se movían por la brisa de la primera hora de la mañana. Llegamos al pie de los escarpados desfiladeros del final del valle. Mi amo me entregó los instrumentos para hacer fuego. Prendí fuego a los arbustos secos amontonados sobre los escalones del altar portátil, encendí las lámparas de aceite y puse los recipientes de incienso humeante sobre la losa de granito gris. Akhenatón ofrendó serenamente pan y vino al Disco Solar, que en ese momento ascendía glorioso con un majestuoso e imponente brillo. El Dios emergía de su Mundo Inferior, la Gloria de Egipto ascendía para deleitarse en el banquete horroroso de muerte y destrucción que estallaría aquel día. Akhenatón cantó su himno, un impresionante sonido en aquel sombrío valle lleno de fantasmas. Su voz sonaba poderosa y fuerte, llegando hasta los cielos.

En cuanto terminó el sacrificio cogí un madero encendido e hice la señal convenida a ambos lados del valle. Las laderas se llenaron de hombres que salían en tropel de las cuevas, las hondonadas y los huecos. Los mercenarios dirigidos por oficiales cuidadosamente seleccionados del Nakhtu-aa, armados con escudos pesados, lanzas, mazas de guerra y espadas curvadas formaron cerradas filas que miraban hacia la entrada del valle, con los escudos en posición, las lanzas listas, las espadas en sus cintos o entre los pies. Cada fila de soldados estaba separada por una línea de arqueros, con sus *carcajs* llenos y los pesados arcos dispuestos. Akhenatón se armó con una cota de cuero pulido reforzado con placas de metal. La corona de guerra de Egipto estaba sujeta oficialmente a la cabeza, con sus correas verde dorado. Aparecía erguido como el dios Montu en su carro de guerra con las jabalinas en sus fundas y una larga espada curvada en la mano. Me puse la armadura y me coloqué junto a él en el carro. Apenas había tomado las riendas, cuando en el valle, a lo lejos, sonó un cuerno de concha, rompiendo el silencio. Nuestras filas comenzaron a moverse al ritmo del murmullo de los hombres, del crujido del cuero, del repiqueteo de las armas, y luego siguió el silencio abrumador que precede siempre a la batalla.

Con el corazón latiendo apresuradamente y la boca seca, miré las huellas marcadas en el terreno. Djarka apareció veloz saliendo de la oscuridad, persiguiendo el rayo de luz de sol que se movía a lo largo del valle. Las filas se abrieron. Las atravesó corriendo con el arco cruzado sobre los hombros; su aljaba había desaparecido, pero la maza de guerra en su mano derecha estaba cubierta de sangre coagulada. Se arrodilló ante el carro de guerra.

—Están aquí —dijo casi sin aliento—. Son más de los que pensábamos.

Un rugido sordo resonó en el valle, seguido por el silencio. Miré sobre las cabezas de nuestros soldados, que brillaban en aquel instante bajo el sol naciente. En un primer momento pensé que una sombra avanzaba sobre nosotros, pero era una multitud de hombres corriendo como hormigas, haciendo brillar sus lanzas y espadas. Alcancé a ver varas que llevaban las ensangrentadas cabezas cortadas de los hombres de Snefru. El enemigo avanzaba hacia nosotros. Corrían a ciegas, deslumbrados por la luz del sol naciente. Todavía no se habían dado cuenta de qué era lo que les esperaba. Detrás de la horda se veían las nubes de polvo que levantaban los escuadrones de carros de guerra conducidos por los oficiales que los seguían. Los gritos de guerra de los libios se hacían más fuertes, un chillido espeluznante que resonaba a lo largo del estrecho sendero.

—Ahora, Djarka —grité—. ¡La señal!

Djarka estaba listo con un nuevo carcaj con flechas y un recipiente de fuego que había tomado del altar. Sacó una flecha y puso su punta cubierta de resina en la llama. Una, dos, tres líneas rojas brillaron en el cielo mientras la horda se abalanzaba sobre nosotros. Ante el sol deslumbrante, se dieron cuenta, demasiado tarde, de nuestra fuerza y nuestros preparativos. El ímpetu de su carga no podía ser frenado ya que sus

propios carros de guerra, que se movían a gran velocidad pegados a su retaguardia, hacían imposible que se detuvieran para iniciar un despliegue.

Los libios de la primera oleada se empalaron a sí mismos en nuestras lanzas. Aquellos que resbalaron y cayeron fueron rápidamente golpeados con las mazas y pisoteados cuando nuestra primera fila avanzó. Se oían los gritos de las órdenes. Nuestros soldados de infantería se arrodillaron cuando los arqueros con sus arcos tensos lanzaron una lluvia de flechas por el aire, dejando caer implacables puntas metálicas de muerte para producir un daño terrible entre las apretadas filas de los libios. El enemigo se arremolinaba, sus carros de guerra se retiraban torpemente para dejar más espacio. Nuestros arqueros seguían lanzando nubes de flechas mientras avanzábamos lentamente, como un muro de afilada muerte que hacía retroceder a los libios. Ellos trataban desesperadamente de atravesar nuestras líneas, sólo para tener que retroceder y reagruparse. Habían visto a Akhenatón en su carro de guerra. En ese momento exhibí, por orden suya, el gran estandarte de plata, bordado en forma de media luna, con el emblema dorado del Disco Solar. Los libios trataron de acercarse a sus arqueros, pero la presión era demasiado grande. Pasamos por encima de multitud de cuerpos abiertos por flechas y lanzas y de cabezas convertidas en un sangriento montón por los golpes infligidos por nuestras poderosas mazas. Akhenatón permanecía en su sitio como una estatua, sin hacer ni siquiera un gesto cuando las flechas pasaban silbando junto a su cabeza. Cantaba en voz baja un himno a Atón. Hice avanzar el carro; los Nakhtu-aa que había a cada lado protegían nuestros flancos, cortando las gargantas de los heridos. La lucha se hizo más intensa. Los libios se lanzaban contra nuestras filas, tratando de trepar por las laderas del valle para rodearnos. Algunos lo lograron, causando daños terribles. Me preguntaba desesperadamente cuándo llegarían Horemheb y Ramsés. Los libios, vestidos con pieles de animales y con los rostros afeitados cubiertos con pinturas de guerra, se concentraron entonces en Akhenatón. Aquí y allá nuestra línea se torcía. Los capitanes enemigos, conscientes ya de nuestra verdadera fuerza, buscaban una grieta. Hasta ese momento yo no había participado en la lucha, ocupándome sólo de conducir el carro; los caballos, cada vez más enloquecidos, atravesaron una alfombra de cadáveres ensangrentados. Djarka, que se movía con precisión delante de ellos, se agachaba ligeramente a cada rato con la flecha dispuesta, buscando un blanco. Más y más libios aparecían en nuestros flancos.

—¿Dónde está Horemheb? —grité.

Un grupo de libios se lanzó al ataque desde una de las laderas del valle, desesperado por debilitar a los Nakhtu-aa. Nuestros arqueros los detuvieron. El estrépito horroroso de la batalla lo llenaba todo mientras cortábamos, desgarrábamos y golpeábamos. A veces era difícil distinguir entre amigo y enemigo pues las nubes de polvo eran cada vez más densas, cubriéndonos de pies a cabeza con un fino polvillo blanco. Una vez más los libios se lanzaron hacia nosotros. Escuché las trompetas de guerra resonando con fuerza entre el clamor, seguidas por el estruendo

de los carros de guerra y nuevas nubes de polvo detrás de la turba de libios. Los escuadrones Anubis de carros de guerra finalmente habían llegado, con tres soldados en cada carro. Los libios quedaron entonces encerrados. La batalla estaba ganada y comenzó la matanza. Chorros de sangre corrían por el suelo del valle. Los libios fueron sorprendidos en una trampa, la tenaza se cerraba lentamente. No podían abrirse paso ni hacia delante ni hacia atrás. Las dos laderas del valle eran demasiado empinadas para trepar. Quienes lo intentaban, tropezaban y rodaban cuesta abajo en medio de una nube de polvo y una lluvia de esquisto y guijarros. Nuestros hombres los esperaban para cortarles el cuello. Matamos hasta quedar exhaustos. Digo «nosotros» aunque yo ni siquiera di un golpe: conduje el carro de guerra mientras Akhenatón lanzaba jabalina tras jabalina a la masa cada vez menos numerosa de libios.

Finalmente, el enemigo arrojó sus armas y se arrodilló en el polvo, con las manos extendidas clamando piedad, pero la sed de sangre no se detuvo. Las cabezas de quienes se rendían eran echadas hacia atrás para cortar sus gargantas. Algunos mercenarios incluso obligaban a los jóvenes libios a echarse boca abajo contra el suelo duro para orinar sobre ellos e infligirles otras humillaciones antes de terminar con ellos. Por fin, Akhenatón dio una orden y toda lucha cesó. Bajó de su carro para recibir los vítores y las aclamaciones de sus soldados. Los cautivos libios fueron empujados hacia delante. No eran más que un par de docenas. Se formó un camino por el que se dejó paso al carro de guerra imperial con sus ruedas y el electrum azul y oro, cubiertos de sangre seca. Un jefe libio trató de negociar por su vida. Akhenatón sacudió la cabeza, cogió su maza de guerra y dio una orden. Cada prisionero fue atado con los brazos atrás, empujado y obligado a arrodillarse. Akhenatón agarró el pelo de su víctima y movió la maza de guerra, rompiendo cráneos, haciendo saltar los sesos de las víctimas con la misma facilidad con que se casca una nuez. El montón de cadáveres aumentó. El valle quedó en silencio, excepto por los quejidos de los prisioneros y el ruido de la maza de guerra de Akhenatón rompiendo huesos. Permanecía erguido, una figura temible, salpicado con los restos de las víctimas mientras la sangre formaba charcos alrededor de sus tobillos. Finalmente, todos los prisioneros fueron eliminados. Luego Akhenatón levantó la maza como haría un sacerdote con un hisopo.

—¡Atón es glorioso! —gritó—. ¡Nuestra victoria es la suya!

Su voz resonó por todo el valle como un trueno. Lo repitió una y otra vez. Sus soldados respondieron, arrodillándose, entonando a voz en grito un himno de elogio.

—¡Atón es glorioso! ¡Nuestra victoria es la suya!

Con el pecho agitado y el rostro manchado de sangre, Akhenatón finalmente volvió a subir al carro. Recogí las riendas mientras sus comandantes se agrupaban en torno a él. Mi amo los felicitó y les dio las gracias.

—Atón es glorioso. —Señaló la alfombra de cuerpos que se extendía a cada lado—. Que el enemigo muerto se pudra —ordenó—, que sus vientres se hinchen y

revienten. Dejadlos que apesten el aire. Han contaminado el lugar sagrado de mi Padre. ¡Dejad que sus huesos se vuelvan blancos como una advertencia!

Sentí que alguien tocaba mi mano. Horemheb, cubierto del polvo y sudor, me sonreía.

—Te has retrasado. —Me incliné—. Tenías que haber llegado antes.

—Los carros de guerra llevaban más hombres. —Horemheb se limpió el polvo de sus labios—. Fuimos más lentos de lo esperado, pero os hemos salvado.

—¡Y a ti mismo! —susurré roncamente, señalando a los mercenarios que venían en sus escuadrones—. El capitán tenía órdenes de matarte si no te movías.

Los ojos de Horemheb sonrieron.

—Recordaré eso, Mahu.

—Y yo nunca me olvidaré.

Escoltado por sus soldados, que seguían cantando sus alabanzas y retiraban los cuerpos al paso de sus caballos, Akhenatón dejó aquel valle para no regresar nunca más. En la entrada de la hondonada miré hacia atrás. Nuestros hombres volvían a formar. El cielo por encima de ellos se volvía cada vez más oscuro en aquel momento. Los buitres comenzaban a llegar. Ya estaban ocupados con los cadáveres de los hombres de Snefru, tendidos sin cabeza en charcos de sangre. Murmuré una plegaria por ellos y seguí mi camino.

Akhenatón iba agarrado a la barandilla del carro de guerra con los ojos cerrados y moviendo los labios en silencio. No sé si estaba rezando o lanzando amenazas silenciosas. Sea como fuere, en cuanto regresamos al palacio comenzó el terror. Las noticias de la repentina e inesperada batalla en el Valle de las Sombras se habían extendido tanto por el palacio como por la ciudad. Mis hombres ya se habían preparado. Se produjo una oleada de arrestos, todas las rutas fluviales y terrestres fueron cerradas. Poderosos mercaderes, personas importantes y oficiales del ejército fueron reunidos y empujados por las calles para ser interrogados en el palacio. Algunos de los culpables habían huido o habían intentado huir. Unos pocos tomaron veneno y aquellos que habían caído en desgracia ante Akhenatón fueron invitados a seguir ese mismo camino honorable. Ay ocupó el lugar de juez supremo del faraón. El terror era su arma. Los juramentos solemnes de lealtad, apoyados con generosas donaciones en piedras preciosas y oro, eran la garantía aceptable de un buen comportamiento. Aquellos que mantuvieron la calma y se quedaron sobrevivieron. Quienes tuvieron miedo y huyeron fueron desterrados y sus propiedades confiscadas. Unos pocos fueron seleccionados para ser castigados y se les ofreció el exilio o una copa de veneno. En el ejército y las diferentes Casas del Estado, una serie de cargos importantes quedaron vacantes, y fueron cubiertos de inmediato por los candidatos de Ay. Lo mismo ocurrió en los grandes templos. Los sacerdotes se sometieron, el signo de Atón fue exhibido públicamente y, lo que fue más importante, los graneros y los tesoros del templo fueron puestos a disposición de Akhenatón. Esos tesoros y

alimentos se distribuyeron entre los pobres, los pequeños comerciantes y, por supuesto, entre lo que Sobeck llamaba «su propio rebaño hambriento».

Sobeck y yo nos reunimos al poco tiempo y coincidimos en la realización de manifestaciones bien organizadas pero muy ruidosas a favor de Akhenatón y contra la aristocracia del templo tanto en Tebas como en la Necrópolis. Éstas se llevaron a cabo, apenas perturbadas por algunas revueltas e incendios provocados, pero el efecto fue positivo. Las puertas de los graneros y tesoros sagrados se abrieron todavía más. Los guardias del templo y los mercenarios fueron absorbidos por la guardia de palacio de Nakhtimin. A todos los oficiales del ejército se les invitó a hacer juramentos de lealtad. Pocos se negaron. Ramsés y Horemheb fueron ascendidos a coroneles con plenos poderes, responsables de los regimientos de Seth y Anubis, para entonces ya desplegados alrededor de Tebas. Los cambios también se dieron a conocer en las ciudades de provincias. El Magnífico, convertido en un recluso en la Casa del Amor, nada pudo hacer. Nuestra persecución del culto a Amón y sus partidarios resultó ser inesperadamente fácil. En Tebas y en otras partes apareció un profundo resentimiento por la arrogancia, la riqueza y el creciente poder de Karnak y Luxor. Otros templos, tanto en Tebas como en otros lugares, se regocijaron con las noticias de su desgracia y Akhenatón recibió felicitaciones y garantías de lealtad de los templos de Horus en el Delta, de Ra en Heliópolis, de Ptah en Menfis, de Osiris en Abydos y de otros lugares.

La reina Tiye asumió la responsabilidad de la Casa de los Embajadores, que se ocupaba de los asuntos fuera de las fronteras de Egipto. Pentju se convirtió en Supervisor de la Casa Real de la Vida. Maya fue nombrado Superintendente de la Casa Real de la Plata. A mí se me otorgó la Casa de los Secretos. Acudí a sus bien protegidas instalaciones para recibir los sellos del cargo y disfrutaba paseando por sus patios y jardines, visitando las casas y residencias donde trabajaban los escribas. Inspeccioné los calabozos, que estaban asombrosamente vacíos, y luego fui en procesión por el patio central para encontrarme con la Escuela de Escribas en la sala de las columnas, un edificio bajo y oscuro atravesado por rayos de luz. Escoltado por Djarka y tres fornidos capitanes mercenarios, mostré mi nombramiento y les informé de que yo sería el Superintendente de la Casa de los Secretos a partir de aquel momento. Me jurarían lealtad y serían recompensados generosamente por su fidelidad. Si este juramento les resultaba desagradable, debían renunciar para recibir una pensión del templo y ser invitados a acabar sus días como granjeros lo más lejos posible. Tendrían toda la tarde para reflexionar sobre mi propuesta y se reunirían otra vez a la hora nona para tomarles juramento.

—De todas maneras —les advertí, caminando entre ellos—, si hacéis el juramento y después me traicionáis a mí o a mis amos, seréis empalados, vuestras familias vendidas como esclavos y vuestras propiedades confiscadas.

Permanecían sentados en silencio escuchándome. Lo cierto era que no tenían demasiadas opciones. Además, como administradores, todavía estaban anonadados

por las noticias de la batalla del Valle de las Sombras de hacía unos días. Estaban también conmocionados, pues su lealtad a sus propios amos se había visto seriamente afectada. Las intrigas de la corte y los enfrentamientos políticos formaban parte de sus vidas. Sin embargo, que servidores de alto rango del faraón invitaran a los enemigos de Egipto a pisar su sagrado suelo, a matar a su príncipe y a devastar su ciudad constituía una odiosa blasfemia. Los dejé con sus pensamientos y le pedí al escriba principal que abriera la Cámara de los Secretos, donde se guardaban los registros más confidenciales y valiosos. Me condujo y abrió la pesada puerta de cedro tachonada con gruesos clavos de bronce y me hizo pasar a una habitación sin ventanas con paredes rojo oscuro. Innumerables jarras de alabastro con aceite colocadas en nichos proporcionaban luz. Pedí los archivos de Akhenatón y de los niños de la Kap: El escriba principal, que en ese momento sudaba y temblaba, abrió los brazos, vio la mirada en mi rostro y cayó de rodillas con un gemido.

—Lo siento, mi señor —farfulló—. El Padre de Dios Hotep se los llevó hace dos días.

Le respondí que no deseaba verlo nunca más. Añadí que había buenas granjas para comprar en el Delta y que si me lo encontraba en Tebas en los próximos dos días, lo haría empalar en el patio más cercano. Dejé al hombre temblando y me reuní con los otros escribas. Todos ellos prestaron juramento. Ay ya me había entregado una lista de partidarios en la Casa de los Secretos. Elegí a un cananeo delgado y de aspecto joven llamado Tutu, franco en su discurso, de ingenio agudo y ojos perspicaces. También tenía un ácido sentido del humor y prometía ser el más leal y honesto Jefe de Escribas.

—Después de todo —añadió—, lo peor, tras ser empalado, sería convertirse en granjero.

Inspeccioné la Casa de los Secretos, pero Hotep había hecho bien su trabajo. Muchos registros y manuscritos valiosos simplemente habían desaparecido. Ay había ordenado que, por el momento, ni Hotep ni Shishnak fueran tocados. De todas maneras, mandé rodear la opulenta mansión del Padre de Dios Hotep por mercenarios como «protección durante este estado de emergencia» e hice lo mismo con la residencia de los sacerdotes en Karnak. Estuve muy ocupado explotando el creciente sentimiento de indignación en Tebas y en todas las ciudades a lo largo del Nilo por el intento de asesinato del amado corregente del faraón. Los agentes de Ay también estuvieron atareados. Las voces de apoyo a Akhenatón crecieron hasta convertirse en un himno coreado por todos. Los representantes extranjeros visitaron el palacio de Atón con garantías de protección. Alcaldes y sumos sacerdotes acudieron en tropel a las magníficas recepciones de Akhenatón en los opulentos salones o en los espléndidos jardines del palacio de Malkata. La inmensa Casa de la Plata se abrió. Los tesoros de los templos se convirtieron en un río, una fuente inagotable de regalos y sobornos.

Durante el mes siguiente a la batalla del Valle de las Sombras, Ay y yo trabajamos denodadamente, silenciando toda oposición y alentando el torrente de halagos y elogios para nuestro amo. Hotep permaneció en su mansión cuidando su jardín y escribiendo poesía. Todos en la corte se daban cuenta de que había estado involucrado en la traición y la conspiración, pero todavía seguía siendo el amigo más íntimo del Magnífico, el arquitecto de la gloria del reinado del viejo faraón. Karnak era diferente. Nuestros espías entre los sacerdotes informaban de crecientes discrepancias y viejas enemistades, evidentes rumores que finalmente se convirtieron en feroz resentimiento y rechazo ante la manera en la que Shishnak había llevado los asuntos del templo. Privado de apoyos en Karnak y en Luxor, Shishnak hizo lo que yo había rogado que hiciera. Trató de huir, vestido de mujer, acompañado de algunos acólitos. Cogió una embarcación rumbo al norte en busca de asilo. Yo lo estaba esperando con cuatro barcas de guerra llenas de mercenarios y marineros. Interceptamos su barca y la hundimos con todos a bordo, menos el Sumo Sacerdote, que fue sacado de la popa, entre alaridos, por algunos de mis hombres que habían abordado la barca antes de que yo diera la orden de chocar contra ella. Shishnak se mostró carente de toda dignidad, una imagen cómica con su peluca algo chillona, chal con flecos y túnica de lino arrugada. Insistí en que siguiera vestido de aquel modo, incluso cuando ordené que le ataran los brazos, ignorando sus peticiones de piedad. Lo llevé al palacio de Atón para el juicio sumario ante Akhenatón, Nefertiti y Ay. Fue recibido con risas burlonas seguidas de golpes y patadas. Nefertiti, resplandeciente con su túnica, arañó sus mejillas y escupió en su cara. Akhenatón le dio un puñetazo en el estómago mientras Ay, recostado en su silla, se retorció de risa. Shishnak no se enfrentó a la muerte con valor. Suplicó y gimió. Trató de negociar. Cuando esto fue rechazado, cayó en un hosco silencio, negándose a responder a los cargos de traición y homicidio.

—¡Tú mataste a mi hermano! —bramó Akhenatón—. ¡Y tu intención era matarme a mí! Tú siempre has deseado mi muerte. Has utilizado el oro del templo para sobornar a los libios. Sobornaste a Snefru. Atacaste —me señaló a mí— a mi amigo. —Le dio un puñetazo en la cara, partiéndole el labio superior y haciéndole sangrar por la nariz—. Tú, un sacerdote de Amón, que limpias el trasero de un ídolo de madera y tramas el homicidio y la destrucción del Único Sagrado Dios.

—¡No! —gimió Shishnak, con su pintarrajeada cara en aquel momento manchada con sangre, lágrimas y sudor y la ridícula peluca colgando a un lado—. No he sido yo, sino el Padre de Dios...

—¿El Padre de Dios? —gritó Nefertiti con su hermoso rostro congestionado por la rabia—. ¡El Padre de Dios! ¡Cómo te atreves a darle a esa víbora traidora semejante título! —Se alzó con violencia de su silla y le hirió en el cuello con un afilado broche para el pelo que llevaba en la mano. El hombre gritó, cayendo de rodillas, y trató de arrastrarse hacia mí.

—Mahu —chilló—, ¡por piedad!

Me arrodillé junto a él y le quité aquella ridícula peluca. Le pasé un trapo húmedo por la cara y le acerqué una copa de vino mezclado con mirra a los labios.

—Bebe —insistí.

Shishnak lo hizo, aunque Nefertiti me increpó. Akhenatón protestó porque estaba manchando la copa, mientras Ay continuaba sentado, feliz consigo mismo y satisfecho como un gato deleitándose con la escena.

—Bebe —repetí—. Shishnak, vas a morir. Lo único que debes hacer es decidir cómo.

—Confiesa —dijo Ay arrastrando las palabras. Jugueteeó con el cuenco de melón congelado que tenía en su regazo. Chupó un trozo y luego le ofreció a Akhenatón.

—Confiesa —insistí—. Shishnak, tú tramaste nuestras muertes... la del Sagrado, la de su Gran Esposa, la del Padre de Dios Ay y la mía. ¿Habrías mostrado compasión por mí? ¿Te habrías reído mientras me empalaban o me enterraban vivo en las Tierras Rojas? —Shishnak bebió ansioso de la copa—. Eres como un soldado —continué—. Has decidido ir a la guerra y has perdido. Entra en el reino de la noche como un hombre. —Recordé el jefe Chacal riéndose de mí entre dientes y el terror helado que sentí durante aquel viaje de pesadilla por el río—. No puedo hacer nada más.

Lo dejé vaciar la copa. Djarka se unió a nosotros en la sala de las columnas. Ajustó una cuerda alrededor de la frente de Shishnak, la anudó a un pequeño bastón y empezó a girarlo. Los gritos de Shishnak eran horribles. Akhenatón quiso que hicieran una pausa. Hizo llamar a la Orquesta Hitita del Sol, que se colocó en el otro extremo de la sala, y le ordenó que tocara tan fuerte como fuera posible. Djarka reanudó su trabajo. Los ojos de Shishnak se salieron de las órbitas, su rostro fue adquiriendo un color rojo púrpura, las venas se hincharon. Cada poco, Akhenatón se agachaba delante de él.

—¿Sí, Shishnak? —le preguntaba.

Nefertiti desvió su atención a un diseño floral que estaba pintando. Ay volvió a la cesta de juncos llena de documentos que estaba en el suelo, junto a él. Volvieron a concentrarse en el sacerdote cuando se derrumbó. Habló a cambio de una muerte rápida y un entierro honorable. Al final, sencillamente, confirmó lo que ya sabíamos: la trama contra Akhenatón en el templo de Karnak; la infeliz muerte de Tutmosis; el soborno con oro a los libios; el soborno de Snefru y el ataque contra mí. Se presentó como el único responsable y no dio ningún otro nombre. Ya sabía que iba a morir y decidió salvar la poca dignidad que le quedaba.

—Nada más puedo decir. —Sacudió la cabeza. Su rostro estaba cubierto de sangre y hematomas—. Como tú dices, Mahu, luché y perdí.

Me agaché delante de él.

—Crimen, asesinato, intento de regicidio, blasfemia, alta traición —recité—. Tareas muy adecuadas para un Sumo Sacerdote de Amón. —Hice una pausa—. ¿Seguro que no tienes otros nombres para darnos? —Recogí la cuerda ensangrentada del suelo y se la entregué a Djarka.

—Rahimere —tartamudeó Shishnak.

—Ya se murió de miedo.

—O envenenado —dijo Nefertiti coquetamente.

—¿Y el Padre de Dios Hotep? —pregunté.

Shishnak asintió con la cabeza.

—Hotep —suspiró—. Desde el principio mismo, el instigador fue Hotep.

La propia Nefertiti le llevó la copa. Se echó sobre los almohadones y, con la cabeza inclinada, miró a Shishnak atentamente mientras éste bebía el vino envenenado. Akhenatón seguía recostado en su trono con un dedo sobre la boca y otro toqueteando un tatuaje de su brazo, como si marcara el compás de la música de su orquesta. Ay componía un poema, «La muerte de Amón». Me alejé. Al final, los quejidos de muerte de Shishnak cesaron. Akhenatón se puso de pie junto al cadáver.

—¡Nakhtimin! —gritó.

El nuevo Jefe del Ejército del palacio entró rápidamente.

—Quema esto. —Akhenatón le dio una patada al cadáver.

—Yo pensé...

—Pensaste mal, Mahu. Yo pienso bien.

A la tarde siguiente fui a visitar a Hotep. Lo encontré en su exuberante y bien diseñado jardín, sentado en una silla tapizada, de alto respaldo, colocada de manera que recibiera tanto el sol como la sombra protectora de un sicómoro. Vestido con una elegante túnica, con la cabeza y la cara afeitadas y aceitadas, se hallaba mirando por encima de un macizo de flores. Sobre la mesa que tenía delante había una copa de vino. Un atemorizado sirviente me había hecho pasar, explicando en un susurro asustado que todos los demás habían huido. —Los mercenarios que has enviado a custodiarme son corteses. —Hotep ni siquiera me miró cuando me acerqué—. Reconocí al capitán. Servimos juntos una vez en Kush. Ha sido muy amable, Mahu, pero muy firme. Él ha recibido órdenes de protegerme. Pero yo no puedo salir. —Hotep hizo un gesto señalando a los almohadones del otro lado de la mesa—. Pero yo no tengo ninguna intención de irme, Mandril de Sur. Bien... —su sonrisa se agrandó — ¿qué me traes, la vida o la muerte?

—La muerte.

—Eso me parecía.

—Pero compasiva.

—El faraón puede quitar la respiración de la nariz y de la boca —dijo Hotep—, pero no puede dirigir el alma de un hombre. —Alzó una mano—. Escucha, Mahu. No hay nada más tranquilizante que la llamada de amor de una tórtola. Voy a echar de menos todo esto.

—¿Me estabas esperando?

—Ya me he enterado de lo que le ha ocurrido a Shishnak. A mis criados se les ha permitido ir al mercado. Pobre Shishnak —suspiró—, qué tonto. Cometió un gravísimo error. Yo sabía que estábamos acabados.

—¿Error? —pregunté.

—Los libios. —Hotep bebió un sorbo de vino—. Fue idea suya. Oh, no te preocupes, yo lo secundé, aunque lo consideré un error entonces y sigo pensando lo mismo.

—¿Y entonces por qué continuaste?

—Siéntate, Mahu, y te lo diré.

Esperó hasta que yo estuviera cómodo y me ofreció un poco de vino. No acepté.

—El Grotesco debió haber sido estrangulado al nacer. —Hotep se inclinó hacia delante, balanceando la copa. Habló con la cabeza inclinada, como si se dirigiera a sí mismo—. No, ¡más que eso! El Magnífico nunca debió haberse casado con esa bruja de Sheshnu, Tiye, con su cabeza llena de visiones, hablando de sueños sobre un dios invisible y que todo lo ve. —Suspiró—. Pero el Magnífico siempre tuvo su corazón entre las piernas. ¡En su juventud, Mahu, Tiye era más resplandeciente que el sol! Era realmente hermosa, muy experimentada en las artes amatorias. —Me sonrió—. El Magnífico mismo me lo dijo. —Hizo una pausa y se reclinó en su silla—. Yo era el amigo del Magnífico. Escriba fiel, arquitecto principal. Construí templos, palacios espléndidos a lo largo del Nilo, pero Tiye estaba siempre cuchicheando en su oído. El Magnífico no comprendía la idea de ella de un dios universal, de modo que se aferró a Atón, al Disco Solar, como su manifestación. Ella también hablaba del Mesías, de un príncipe que vendría y cambiaría todas las cosas. El Magnífico se rió. Luego nació el Príncipe de la Corona Tutmosis. Hermoso, un príncipe digno de Egipto, seguido por el Grotesco. Los sacerdotes, con sus adivinos, sus horóscopos, sus pronósticos y profecías, deseaban verlo muerto.

—Pero tú no creías en todo eso, ¿verdad?

—No. No creía. Lo que me preocupaba era que Tiye veía al Grotesco como el Elegido. El Magnífico quería matarlo. Tiye suplicó por su vida. Yo sabía lo que iba a hacer la zorra astuta. Mantuvo al Grotesco apartado, sin que nadie lo viera, criado en Heliópolis donde su pequeño corazón fue llenado de enseñanzas sobre el Invisible, sobre Atón, y convenciéndole de que él era el Sagrado de Atón. Años después, Tiye entró en el dormitorio del Divino con un nuevo plan. El Grotesco estaba creciendo. ¿Por qué no podía reunirse con algunos niños seleccionados de la Kap? Puse fin a aquel disparate. Lo hice encerrar en el pabellón, vigilado por hombres tan grotescos como él.

—¿Trataste de matarlo?

—Por supuesto: vinos y comidas envenenados, aquel fanático cerca del muelle. Todo fue planeado por mí. Luego se incorporó al ejército en la campaña *kushita*. Tiye insistía en que se reuniera con los niños de la Kap, que participara en el servicio militar.

—Tú sacrificaste al coronel Perra, ¿verdad?

—Sí. Soborné con plata a los jefes *kushitas*. Debían matar a Perra y atacar su campamento. De un solo golpe libraría al mundo del Grotesco —levantó su copa— y también de los otros niños de la Kap. —Cambió la copa de mano y me señaló—. Ya comenzaba a preocuparme por ti, Mahu. Y lo que era más importante, creí a medias lo que decían los sacerdotes. La vida del Grotesco parecía predestinada.

—¿Sobeck?

—Ah, sí, Sobeck. Imri había sido sobornado. Era un asesino. Mató a Weni por burlarse de un príncipe real. —Hotep se rió entre dientes—. Yo puedo reírme del Grotesco, ¿pero una criatura gorda como Weni? También fue Imri el que organizó el asunto del vino envenenado y las víboras en la cesta. Su aparente descuido permitió que aquel asesino del muelle se acercara. Tu tía Isithia se enteró de los amoríos de Sobeck e Imri proporcionó las pruebas. Esperaba implicar a todos los niños de la Kap, pero no pude. Dime, ¿realmente Sobeck sobrevivió? Tengo espías en la ciudad, pero no son muy buenos... —Sólo le devolví la mirada—. Ah, bien. —Hotep tomó un sorbo de vino—. En ese momento fue cuando los sacerdotes de Karnak decidieron intervenir. Shishnak nunca perdonó al Grotesco que cantara aquel himno a Atón. Lo consideró como un acto de desafío. Bien, el resto ya lo conoces. Cometí varios errores. No entraba dentro de mis planes que el Magnífico se sintiera tan atraído por su propia hija o que hiciera mezclar su vino con jugo de amapola. Siempre subestimé a la reina Tiye y a los niños de la Kap, particularmente a ti, Mahu.

—¿Por qué odias a mi amo?

—No creas que le odio —respondió Hotep—. Sólo detesto lo que él defiende. Egipto está unificado, es el señor de un gran imperio... ¿y sabes por qué, Mahu? Porque cada uno puede tener su propio dios. A todos se les permite recorrer su propio camino. Personas como yo, un simple plebeyo, pueden ascender a la altura de la grandeza. Los dioses de Egipto me protegen. Dime, Mahu, ¿qué va a ocurrir cuando a todo Egipto se le diga que hay sólo un dios y no otros? ¿Que el dios de los egipcios es también el dios de los *mitanni*, de los hititas, de los libios, de los infames asiáticos, de los *kushitas*? Y lo que es más importante, ¿qué ocurrirá cuando la gente no lo acepte?

—No lo sé —repliqué.

—No, Mahu, tú no lo sabes, pero eres igualmente peligroso. A tus ojos, Akhenatón es un dios y debe *ser* obedecido.

—¿Conoces su nombre secreto?

—Ya no es más secreto —Hotep se rió— que el precio del trigo en el mercado. Piensa, Mahu, hoy Amón-Ra, mañana Osiris, al día siguiente Isis. ¡La aniquilación de todos los dioses de Egipto, despreciados como meros ídolos! ¡Trozos de arcilla y piedra hechos añicos! Entonces, ¿qué confortará a la gente? ¿Qué esperanza tienen de una vida después de la muerte en un Egipto con un solo dios, un Egipto privado de todas sus estatuas y sus ídolos? No más templos, no más necrópolis. ¿Crees que el

pueblo aceptará eso? —añadió en voz muy baja—. Miles de años de historia borrados como si fuesen una mancha en el suelo. En diez años habrá una guerra civil. ¿Qué pasará entonces con el poder del faraón y el poderío de Egipto? Y al final, Mahu, ¿para qué? Un dios invisible. —Sacudió la cabeza—. Pero, después de todo, volveremos a los orígenes. Egipto tendrá un dios visible, el único dios, no una simple presencia misteriosa o un ser nebuloso, sino el faraón Akhenatón.

—Padre de Dios, tú deberías haber sido profeta.

—Ahórrame tu sarcasmo, Mahu. Ciertas cosas están escritas para que todos las vean. Sólo es cuestión de leerlas y estudiarlas atentamente. —Bebió vino—. Has estado en la Casa de los Secretos.

—Te has llevado algunos documentos.

—No, Mahu. *Quemé* ciertos documentos. Permíteme darte un consejo. Tu tía Isithia... bien, era una mujer notable... —Me estudió con sus ojos—. Tú ordenaste su muerte y el incendio que destruyó su casa. Oh, no respondas, sé que lo hiciste. Era una mujer muy particular que cumplió con su misión, ser sierva del dios Amón-Ra —mostró una gran sonrisa—, y una íntima amiga mía y del Magnífico. —Bajó la cabeza, evidentemente divirtiéndose—. Tu madre también fue extraordinaria, Mahu. ¿Alguna vez te has preguntado por qué tu padre estaba tan alejado de ti? Te lo diré francamente. Él la abandonaba a menudo. La tía Isithia solía llevarla a la corte. Estuvo muy próxima a mí y al Magnífico.

Me recosté sobre los almohadones con la cara sonrojada y la sangre palpitando en mi cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —Mi boca estaba seca, mi lengua se hinchaba.

—¿Qué estoy diciendo, Mahu? Estoy citando un viejo proverbio: «Es sabio el hombre que conoce a su propio padre». —Me sonrió.

Agarré la daga, pero contuve mis manos.

—No te convertiré en un mártir, Padre de Dios Hotep, derribado en tu jardín por el asesino enviado por Akhenatón... eso es lo que te gustaría que ocurriera. —Controlé mi cólera—. ¿Qué importa de dónde venimos, quién es nuestro padre o nuestra madre o adónde vamos?

—Eso es lo que me gusta escuchar, Mahu, la voz del adivino. Háblame. —Bebió unos sorbos de la copa y volvió a llenarla con una jarra en forma de cabeza de ganso. Mezcló un polvillo de una bolsa que había junto a la jarra—. Dime, Mahu, ¿qué harás si Akhenatón se vuelve contra ti?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Podría ocurrir. —Hotep revolvió el vino con el dedo—. Se saldrá con la suya ahora, Mahu. No habrá nadie que lo detenga, no por el momento, pero —sus ojos brillaron con una sonrisa— he hecho lo que he podido por el futuro. —Cogió su copa, brindó por mí y bebió todo de un trago—. Por favor, sal un momento y luego regresa. Descubrirás que ya me he ido. La Gran Casa puede divulgar entonces que he muerto tranquilamente durante el sueño. ¡Vamos, Mahu, vete! —Me puse de pie—.

¡Mahu! Lo siento... me refiero a tu madre, pero te he dicho la verdad. He cometido dos errores contigo. Jamás debí haberte dejado en manos de esa horrorosa mujer, Isithia. No debí haber dejado a su cargo ni siquiera a un perro. —Sonrió—. Pero, una vez más, tú ya conoces la verdad.

—¿Y el segundo error?

—¡Te subestimé realmente, Mahu, y también te subestima Akhenatón! —Levantó su copa en un brindis final—. ¡Te estaré esperando en los salones del Mundo Inferior!

Espíritu diabólico

Kemet Meer: Egipto es Feliz.

Capítulo 16

*¡Toda la gloria al poder de Atón!
¡Toda la gloria a él que existe antes del tiempo y es el sostén
de todo tiempo!
Mil jubileos y mil más de su reinado glorioso.
Todo el poder a Atón, al Único, al Indivisible.*

Éstos eran los cánticos que se oían por toda Tebas, en sus avenidas, en sus angostas calles serpenteantes y al otro lado del ancho río, en la Necrópolis. El himno de alegría resonaba entre las tumbas de los muertos y más allá, en lo alto del gran pico amenazador donde la diosa Meretseger tiene su hogar. El canto de Atón estaba en todas partes. En las fachadas de las tiendas, en los puestos, inscrito en los pilonos y en los templos, exhibido en sus estandartes y pendones. Akhenatón había logrado lo que quería. Había roto con las convenciones y, vestido con todas las gloriosas galas de guerra del faraón, iba solemnemente en procesión por la ciudad. Nefertiti, en el carro junto a él, recibía las aclamaciones de la multitud. No había nada de la pompa acostumbrada, el sonar de los címbalos, el tintineo del sistro, las nubes de incienso o las canciones de los coros divinos. Ningún sacerdote iba delante de él. Sólo Akhenatón en toda su magnífica gloria, Señor de Tebas, Gobernante de Egipto, contra el que nadie se atrevía a levantar su mano. Las noticias de la muerte de Hotep y la desaparición de Shishnak eran suficiente advertencia. Akhenatón, con Ay, se aseguraron de que cada vacante, cada puesto de poder tanto en la Gran Casa como en los templos fueran ocupados por sus amigos y aliados.

Akhenatón deseaba demostrar que no le temía a nada. Insistió en que la guardia imperial no lo acompañara en su procesión real. La estruendosa multitud era contenida por una fila peligrosamente pequeña de soldados de infantería de los regimientos de Seth y Anubis.

—He depositado mi confianza en Atón —había alardeado Akhenatón.

Todos nos habíamos inclinado y tocado el suelo con la nariz ante él, pero mi confianza en Atón no era tan grande. Hice que las calles laterales estuvieran llenas de mercenarios, y en los techos de las residencias y palacios mandé apostar a los mejores arqueros de la compañía siria. También ordené que algunas barcas de guerra estuvieran preparadas a lo largo del río entre Karnak y Luxor, por si el poder de Atón llegara a fallar.

En el día trece del cuarto mes de la Estación del Cultivo, año quinto de su corregencia, Akhenatón ofreció una suntuosa comida en la Gran Sala de Banquetes de Malkata. Había estado ausente durante unas tres semanas, dejando que nosotros

nos ocupáramos de asegurar que todo estuviera en orden mientras él iba en solemne procesión río arriba hasta el lugar de Atón. A su regreso tomó la decisión de cambiar Egipto, de comenzar de nuevo. Primero lo festejamos en aquellos magníficos salones. Las mesas con incrustaciones de plata y de ébano estaban llenas de copas, platos y cuencos de oro decorados con pequeños lirios y nenúfares. Una procesión impresionante de criados venidos de todos los rincones del imperio, hombres y mujeres, vestidos con puro lino blanco, sirvió coles rojas, semillas de ajonjolí, semillas de anís y comino para provocar una enorme sed que sería saciada por la cerveza más fresca, los vinos hititas y lo más selecto de las viñas del faraón en Egipto y Canaán. Después de esto, vinieron los gansos asados, los cuartos traseros de ternera y filetes de gacela enriquecidos con adornos de jamón, todos asados sobre madera y servidos con cuencos llenos del jugo de la carne y fuentes con toda clase de verduras. Comimos y bebimos hasta hartarnos, mientras la Orquesta del Sol tocaba y los coros divinos cantaban los himnos a Atón.

Cuando los sirvientes se hubieron retirado, las puertas doradas se cerraron con llave y se aseguraron, se volvieron a llenar las lámparas de aceite y se sirvió más vino. Ay hizo callar a los presentes. Estábamos todos: Nefertiti, Tiye, Horemheb y Ramsés, Pentju, Huy, Meryre, Maya y el recién llegado, Tutu, que se había ganado el apoyo incondicional de Ay. Tutu había sido ascendido al rango de Chambelán y Primer Sirviente de Neferkheprure-Waenre, el nuevo nombre de trono de Akhenatón, que se traducía literalmente como «la transformación de Ra es perfecta, el único es Ra». Nefertiti también tenía un nuevo nombre, y éste era Neferenefruatón, que significaba «Hermosas son las bellezas de Atón».

Ay dio comienzo al acto. Por primera vez escuchamos la visión de Akhenatón de la divinidad, de él mismo y también de sus futuras intenciones. Todavía puedo recordar la fuerte voz de Ay resonando en la sala. Comenzó con un himno.

*Hermoso, apareces del horizonte del cielo.
¡Oh, Atón viviente que das origen a toda vida!
Te has levantado desde tu horizonte oriental
y toda la tierra es bañada por tu belleza!
Eres hermoso, deslumbrante en la altura sobre cada región.
Tus rayos han alcanzado los límites de la tierra.
Tú eres Ra, has llegado a los límites
y los has dominado para tu hijo amado.
Aunque estás muy lejos, tus rayos acarician la tierra
y así eres visto.*

Y así continuó durante un buen rato. Recuerdo un verso que me llamó la atención.

*Estás en nuestros corazones pero nadie te conoce
salvo tu hijo Neferkheprure-Waenre.*

La mayor parte de este himno procedía de cantos concebidos en otros templos. Ay hizo una pausa, mojó su garganta y continuó con voz menos monótona. Estaba en ese momento actuando como la boca del rey, proclamando sus palabras.

—Mirad, quiero informaros sobre las formas de los otros dioses. Conozco sus templos y sus escritos de memoria. Soy consciente de los cuerpos primigenios. Los he visto cuando dejaron de existir, uno tras otro, menos el del dios que se engendró a sí mismo, el Glorioso Atón.

Miré a lo largo de la mesa. La mayoría de los invitados había bebido demasiado para prestar atención, pero Horemheb, que estaba sentado a mi lado, fruncía el ceño de una forma feroz.

—En cuanto a Tebas —continuó Ay— y las cosas que se han hecho aquí —su voz se alzó hasta convertirse en un canto—, son peores que las cosas que escuchamos en el cuarto año de nuestro reinado, peores que las cosas que escuchamos en el tercer año de nuestro reinado, peores que las cosas que escuchamos en el segundo año de nuestro reinado...

Y así continuó. Ésa fue la única referencia que Akhenatón hizo a la conspiración y a la traición a la que se había enfrentado.

—Sin embargo, en este día, Akhenatón —dijo Ay—. Su Majestad, en un gran carro de guerra de electrum, revestido con toda su gloria tal como hace Atón cuando se alza en el horizonte y llena la tierra de amor y alegría, partió por el buen camino hacia el lugar de Atón. Y estableció allí un gran monumento. Ha completado el perímetro y la tierra se regocijará y todos los corazones se alegrarán. Fundará una propiedad para Atón, su Padre, levantará un monumento en su nombre y en el de la Gran Esposa Real Nefernefruatén-Nefertiti. Pertenece al nombre de Atón para siempre jamás. Pero ha sido Atón quien le ha aconsejado llevar a cabo esta empresa. Ningún funcionario se lo ha sugerido. Ni nadie de este reino. Ha sido Atón, su Padre, el que le ha recomendado que lo construyera allí. Así pues, en el lugar de Atón hará una casa para Atón, su Padre. También dispondrá un lugar sombreado para la Gran Esposa Real. Construirá para él mismo una residencia. Se edificará una tumba para él en las montañas orientales. Que su entierro llegue después de los millones de jubileos que Atón, su Padre, le haya legado. Jamás abandonará ese lugar. No irá al norte ni al sur, al este ni al oeste, sino que allí hará algo bello para Atón, su Padre. Algo hermoso en el norte, algo hermoso en el sur...

Para entonces el Círculo Real ya se había puesto en alerta y, muy silencioso, escuchaba atentamente esta proclama. Por debajo de las delicadezas cortesanas, de las piadosas exclamaciones, de los tributos a Atón, emergía la realidad. Akhenatón se iba a sacudir el polvo de Tebas de sus pies. Abandonaría a los dioses de Egipto y construiría una nueva ciudad, un gran santuario para Atón.

Cerré los ojos y pensé en aquella llanura arenosa que se extendía hasta las montañas. Akhenatón estaba decidido a ello. Durante la declamación de Ay, permaneció sentado con una leve sonrisa en su rostro, vestido con una falda de tela de

oro y plata, una camisa de la misma tela y una banda brillantemente coloreada con preciosos broches en la cintura. Sobre los hombros llevaba una capa con incrustaciones de valiosas gemas. Los diamantes brillaban en sus orejas y en sus dedos, piernas y tobillos. Un pectoral con un Disco Solar de oro rodeado por piedras preciosas se apoyaba firme sobre su pecho. Una corona cubierta de plumas sobre su cabeza lo hacía parecer más alto. Balanceaba en su regazo un *ankh* adornado con piedras preciosas, junto al flagelo con filigranas de oro y el cetro. Su rostro estaba sutilmente pintado con los labios rojos de carmín y los párpados espolvoreados de verde claro. Círculos de *kohl* oscuro rodeaban sus ojos. Se lo veía majestuoso, las delicadas joyas transformaban su cuerpo deforme y su fea cara en una visión de poder y gloria. Junto a él estaba Nefertiti con su pelo rojo, suelto, una corona con plumas sobre su cabeza y su rostro exquisitamente pintado. Llevaba unas vestiduras de oro y plata, con deslumbrantes joyas, pero la belleza de su cara y el esplendor de sus ojos azules superaban todo aquello y hacían doler mi corazón. Éstos no eran los mismos individuos burlones y crueles que habían asistido al juicio de Shishnak. Se habían transformado en seres inmortales envueltos en luz. Incluso el aire a su alrededor se había vuelto denso a causa de tanta gloria perfumada. Me perdí en un ensueño cuando la proclama de Akhenatón ofreció un nuevo comienzo. Nuestros enemigos ya no existían. Ninguna mano se alzaría contra nosotros, ningún hoyo se cavaría para hacernos caer en una trampa. No encontraríamos a ningún malvado en nuestro sendero para hacernos caer.

Tras su himno a Atón, Ay se ocupó de detalles más prácticos, haciendo una lista de los tesoros del templo de Amón que se usarían para financiar la visión de Akhenatón. Yo escuchaba a medias mientras miraba a Nefertiti. Me di cuenta de que, hiciera ella lo que hiciera, dijera ella lo que dijera, ella era mi visión, ella era mi Atón.

Estaba tan exquisitamente hermosa, mirándome con aquellos ojos azules como cristales, saboreando una broma silenciosa, como si ambos fuéramos cómplices de un secreto. A su lado, Tiye, vestida de plata y piedras preciosas, disfrutaba de aquel momento de triunfo. Los demás estaban ebrios, no sólo de vino, sino también de visiones de más poder y más gloria, reunidos como estaban en los umbrales de una nueva era. ¿Y yo, Mahu, el Mandril del Sur? Lo habría abandonado todo para estar tendido en un huerto, con Nefertiti a mi lado sirviéndome vino. Un fuerte codazo en las costillas rompió mi sueño. Horemheb me miraba furioso.

—Por lo que éramos —susurró por debajo de la conversación que se desarrollaba a nuestro alrededor—, por lo que somos ahora. Mahu, escúchame. ¡Está fuera de sí! ¡Está loco!

El comentario fue tan punzante y contrastaba tanto con lo que estaba oyendo, que me eché a reír. Ay me miró desde su puesto. La sonrisa de Akhenatón se desvaneció, y Nefertiti frunció el ceño.

—Lo siento —me disculpé—, pero con la lista de los tesoros de Karnak pensé en Shishnak con su peluca.

Un murmullo de risas recibió mis palabras. Me levanté.

—Su Majestad, debo retirarme.

Dejé aquella Sala de Halcón Glorioso, magníficamente decorada, y salí casi corriendo por el pasillo de losas azul cobalto y paredes pintadas de amarillo dorado, con diamantes de color rojo sangre en lo alto y en la parte inferior. Pasé apresuradamente junto a guardias y sirvientes hasta salir al patio bañado por la luna. Una vez allí me acerqué a la fuente y me senté en el borde para dejar que la risa estallara. Cuanto más trataba de detenerla, peor era. Llegaron Horemheb y Ramsés. Ellos también se habían excusado. Yo miraba el agua que salía de la boca del águila, haciendo que las flores de loto se balancearan. Traté de calmarme, pero seguía riéndome. Horemheb y Ramsés intentaron hablar. Allí estaban ellos, con sus faldas de cuero pulido, cuellos y pechos adornados con collares de oro y cuentas de plata y los bastones del cargo en sus manos. Sólo con mirarlos, me volvía el ataque de risa, mientras ellos me observaban ceñudos como si yo fuera un recluta impertinente. Cuanto más se enfadaban, peor me ponía yo. Las lágrimas me caían por las mejillas, me dolían los costados, pero no podía parar.

—¿Qué resulta tan gracioso? —preguntó Ramsés.

La risa volvió otra vez. No podía hablar. Detrás de Horemheb y Ramsés una sombra se movió en la columnata. Djarka estaba ahí con su arco ya tenso. Levanté la mano y sacudí la cabeza. Se retiró más hacia la oscuridad cuando Horemheb y Ramsés se volvieron.

—¡Mahu! —Horemheb me agarró por la túnica y me atrajo hacia él—. ¡Mahu!

—Lo siento. —Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo estaba sentado allí, absorto en sueños de gloria, escuchando las revelaciones de un dios. ¿Y qué es lo que dices, Horemheb? —susurré—. «¡Está fuera de sí! ¡Está loco!». —Lo aparté de mí—. Podrías perder tu cabeza por ese comentario. —Horemheb dio un paso hacia atrás—. Oh, no te preocupes —murmuré—. Nunca me he reído tanto. Fue tal el contraste, fue tan cómico.

Ramsés dio unos pasos hacia mí y se detuvo con su cara muy cerca de la mía.

—Sabemos que lo es, Mahu. Es demencial, estar sentados allí, comiendo coles y cebollas, masticando carne tierna y bebiendo vinos dulces mientras escuchamos las voces y los desvaríos de un fanático obsesionado por un dios.

—Vosotros dos podríais perder las cabezas —repliqué.

—Sólo estamos diciendo la verdad —protestó Horemheb. Hizo un gesto señalando al palacio—. La gente sospecha, pero realmente no lo saben. ¿Puedes imaginar, Mahu, lo que va a ocurrir cuando esto se sepa más allá de la tercera catarata o al otro lado de Sinaí? El faraón de Egipto está a punto de romper con el pasado, perdido en el sueño de construir una nueva ciudad, una nueva capital. ¿Los antiguos dioses serán destruidos, los templos cerrados? ¿La Necrópolis se convertirá de verdad

en la Ciudad de los Muertos? ¿No te das cuenta, Mahu, de que Akhenatón piensa comenzar de nuevo? ¿Puedes imaginar el coste de todo ello? Si nuestros tesoros son desviados para la construcción de ciudades en el desierto, si nuestras energías están dedicadas a la adoración de un dios, ¿quién pagará las tropas, los carros de guerra, los caballos? ¿Quién enviará piedras preciosas, oro y plata a nuestros aliados?

—Estás empezando a parecerme al Padre de Dios Hotep.

—No, ¡sólo estamos siendo sensatos! —se quejó Ramsés, pero el miedo brillaba en sus ojos. El orgullo calentaba mi corazón. Ramsés la serpiente, por primera vez en la vida, tenía miedo. Ambos estaban allí para pedir mi ayuda, mi consejo.

—Bien. —Horemheb me golpeó en el pecho—. ¿Crees en todo esto, Mahu? Jugar a ser sacerdotes y fieles en el templo está muy bien, pero ¿qué ocurrirá dentro de un año, dentro de diez años?

—Estamos en un río —respondí—. Debemos dejar que la corriente nos lleve.

—¿Hacia nuestra muerte?

—Ramsés, todos hemos de morir.

—No antes de nuestro momento —replicó Horemheb—. Mahu, tú lo sabes, yo lo sé... todos sabemos que esto es una locura.

—Entonces el río corre rápido.

—Mira. —Horemheb me agarró la muñeca—. Estoy agradecido por lo que has hecho por mí y por Ramsés. También te damos las gracias por lo que hiciste por Hotep. —Horemheb sacudió la cabeza—. Yo no tenía nada contra él, Mahu.

—Salvo que trató de matarnos a todos allá en las Tierras Rojas.

—Política —sonrió Ramsés—. También nos dio la oportunidad de la gloria y las recompensas que ésta conlleva.

—Akhenatón celebró un entierro honorable para Hotep —respondí— porque no tenía otra opción. Él era el héroe del pueblo. —Horemheb retiró la mano—. ¿Qué pasa? —pregunté—. Horemheb, ¿qué es lo que realmente te preocupa? Akhenatón no está amenazando al ejército ni se prepara para entregar el poder de Egipto.

—Estoy muy preocupado. Estoy asustado. —Horemheb se frotó las manos—. Las cosas que me preocupan ocurrirán en el futuro. Pasarán muchos años. ¿Escuchaste cuidadosamente a Ay, Mahu? No tengo dificultad en aceptar que el faraón adopte el título de Hijo de Dios o que se compare con el halcón de Horus o los ibis de Thoth. En lo que a mí respecta, puede adoptar el título que quiera. No. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. Escucha esa proclama cuidadosamente, Mahu. Va a haber un solo dios en Egipto, un país que, durante miles de años, ha venerado lo que ha querido. Y este dios va a ser el mismo Akhenatón.

—¿Y? —Me encogí de hombros—. Su padre aseguró tener poderes similares. Dijo que era el regente de Dios en la tierra.

—¡No! —Horemheb continuó implacable—. Akhenatón no sólo afirma ser el único receptor de esta nueva revelación, sino que además, de algún modo, él ya existía antes de existir, él conocía a Atón antes de haber nacido.

—Lo que mi buen amigo está diciendo —Ramsés apoyó su mano sobre el hombro de Horemheb y acercó su cara— es que es sólo cuestión de tiempo que Akhenatón afirme que él es Atón, el Dios Único.

—¡Son sólo títulos! —me burlé—. Palabras grandiosas en las que nadie realmente cree.

—Alguien ya cree en ellas —replicó Ramsés, con un destello furioso en sus ojos negros—. El mismo Akhenatón. Por eso decimos que está fuera de sí, que está loco y que es estúpido.

—No llegará a tanto. Akhenatón está sólo perdido en visiones de gloria.

—Oh, sí, él lo cree —dijo Ramsés riéndose—, él y su reina de pelo rojo. Se ven a ellos mismos como dioses encarnados y ahí es donde está el peligro. Si ellos de verdad lo creen, llegará un momento en que esperarán que cada uno de sus súbditos también lo crean. ¿Qué va a ocurrir, entonces, Mahu, con quiénes se opongan, con quiénes protesten? ¿Quién se atreverá a señalar que nuestro ejército necesita refuerzos o que hay que construir barcos o que hay que reforzar nuestras guarniciones en Canaán? ¿Se nos dirá que callemos la boca? ¿Que el Gran Dios que todo lo organiza hará algo? ¿Y qué ocurrirá, Mahu, cuando le diga a los reyes de los *mitanni* y los hititas, a los príncipes de Canaán y de Kush, que ya no es su aliado? Que en cambio él es su Dios... y deben obedecerle. —Ramsés palmeó el hombro de Horemheb—. Ahora, Mahu, piensa en todo ello. —Y ambos se dieron la vuelta, alejándose.

* * *

La revolución se produjo; la voluntad de Akhenatón estaba por encima de todo. Tebas se inclinó sobre el polvo para someterse, pero entonces él le pisó la cabeza a la ciudad, hizo que sus ciudadanos respiraran polvo y se atragantaran cuando él partió. Renunciaría a Tebas. La abandonaría para siempre. Iba a dejar que se pudriera como una fruta en la rama y nadie podía oponérsele. El Magnífico, ebrio, drogado y decadente, en aquel entonces estaba siendo alimentado con leche de ratones hembra mezclada con cerveza en un intento por curar sus diferentes dolencias. Se usaban mejillones vivos y recién sacados de la concha para el dolor de sus encías irritadas pero, al final, era siempre el dulce jugo de la amapola lo que le aliviaba el dolor y lo sumergía en un sueño artificial.

Durante algunos días estuve enfermo. Según diagnosticó Pentju, la fiebre había sido provocada por agotamiento y excitación. Esperé que Nefertiti viniera y me cuidara. Incluso envié a Djarka con mensajes excusándome por mi ausencia en el Círculo Real, pero nunca me respondió. Pentju me cuidó bien; Khiya lo trajo a mi lecho de enfermo. Ella me visitaba con frecuencia y me hablaba de los asuntos de la corte. Había hecho buena amistad con Pentju y, cuando él dejó de ocuparse de mí, solía verlos desde mi ventana paseando por los jardines con las cabezas juntas, agachados, estudiando alguna hierba o planta. Nefertiti no me visitó porque ella y

Akhenatón estaban demasiado ocupados en el traslado a la Ciudad de Atón. Fui arrastrado a esos mismos preparativos. La erección de estelas y mojones limítrofes en los bordes de aquella gran media luna de arena bajo los despeñaderos orientales marcaron el principio. Fui testigo del momento en que Akhenatón, glorioso en su carro de guerra, látigo en mano, moviéndose alrededor de toda la zona, inauguró el lugar sagrado que le había sido revelado por Atón. La noticia cayó sobre Tebas como una súbita tormenta eléctrica pero, por supuesto, todo había sido preparado. Ay se había ocupado de que así fuera. Ya se habían cavado los pozos, se habían descubierto las fuentes de agua, se habían construido los canales, los bordes fértiles de la costa oriental del Nilo se estaban cultivando rápidamente. Se reunió la flota imperial. Se amarraron barcazas de todas las partes de Egipto en lugares estratégicos a lo largo del Nilo. Miles de carros e incontables caravanas de mulas y burros se trasladaron de los establos imperiales a muchas ciudades y pueblos.

Una verdadera flota transportó a cortesanos, desde músicos hasta innumerables administradores, junto con arbustos, plantas y semillas, al lugar de Atón. Casi no se veían las aguas del Nilo bajo el enjambre de naves. A lo largo de las orillas se movían filas y filas de carros, tirados por burros y mulas cargados con madera. Actuaba como escolta todo el poderío concentrado del ejército de Egipto: soldados de infantería, arqueros y un escuadrón tras otro de carros de guerra. Me habría encantado haber podido volar como un águila para ver la majestuosa fuerza y el poder de Egipto moviéndose hacia el norte, hacia el lugar de Atón. Un verdadero ejército protegía los accesos a la región, mientras las barcazas de guerra patrullaban el río. Tebas estaba sobrecogida, sus principales ciudadanos no tenían descanso. El poder seguía al faraón. Si el faraón abandonaba Tebas, el dilema era quedarse y perder todas las influencias, así como toda esperanza de ascenso, o abandonar a la familia, dejándola en casa, y unirse al gran éxodo hacia el norte. Los trabajadores de las Necrópolis se amotinaron cuando se dieron cuenta del impacto que la nueva religión iba a tener sobre su trabajo. Los soldados de Nakhtimin, ayudados por mis policías y las bandas de Sobeck, aplastaron esos disturbios.

Me reuní con mi viejo amigo en secreto. Sobeck había decidido no trasladarse al norte, sino quedarse donde estaba para, según sus propias palabras, «cuidar la Ciudad del Cetro hasta el regreso que finalmente se produciría». Ése era el viejo Sobeck, relajado y cínico, tan decidido a construir su propio imperio como Akhenatón a realizar su sueño. Admitió que se había encontrado con Maya. Le expliqué las circunstancias. Sobeck sólo se encogió, de hombros, dejó ver su sonrisa irónica y murmuró que, por lo menos, tenía otro amigo en un puesto importante en la corte. Yo y los otros miembros de la Kap no tuvimos más opción que abandonar Tebas. La Ciudad Vieja, como se la empezaba a llamar, se dejó al mando de Nakhtimin y mis subordinados en el este y el oeste.

El tiempo volaba. Mi vida parecía transcurrir yendo y viniendo de Tebas por el río. La totalidad de los archivos de la Casa de los Secretos se trasladó a aquella media

luna arenosa que ya se iba convirtiendo en una ciudad de pabellones y tiendas. Se evitó el caos. Akhenatón y Ay lo habían planeado muy bien, tan decididos a saquear la tesorería del templo que había suficientes provisiones y Suministros disponibles para alimentar a la creciente corriente de ciudadanos y trabajadores que llegaba. Miles y miles de escultores, arquitectos y artesanos fueron contratados para trabajar bajo la dirección del Jefe de Arquitectos de Akhenatón, Bek, y sus dos ayudantes, Tethmos e Intu. Barcazas cargadas de piedra arenisca se trasladaban al norte desde más allá de la primera catarata. Barcos con sus bodegas llenas de perfumados cedros del Líbano cruzaban el Gran Verde para depositar sus cargamentos en el Delta, donde eran trasladados de inmediato a las barcazas que los esperaban. Las cercanas canteras de mármol de Hathor fueron rápidamente ampliadas. Se contrataron a miles de trabajadores de Tebas, y la valiosa piedra era cortada y arrastrada hacia el lugar sagrado. El alabastro, así como el cobre y la malaquita del Sinaí y de Kush, junto con el oro, la plata y el lapislázuli de todas las minas de Egipto, vendrían después.

Todo esto había sido planeado desde el comienzo. Ay había trabajado a escondidas hasta altas horas de la noche, año tras año, mientras Akhenatón se preparaba para su gran momento. Ay demostró ser un genio administrativo. Yo lo admiraba por su astucia sutil, por el modo en que había ocultado sus planes tan cerca de su corazón. La ciudad había sido creada en las mentes de Akhenatón, Ay y Nefertiti y mantenida en secreto en detallados planos dibujados en una enorme cantidad de rollos de papiro. Akhenatón realizó su sueño de crear un lugar para Atón. También lanzó su terrible venganza sobre los grandes de Tebas, sus nobles, sus administradores y sus sacerdotes que, durante años, lo habían ignorado o se habían burlado de él.

Al principio, los adversarios de Akhenatón trataron de explotar la situación, pero la influencia de Sobek se hizo todavía más grande a medida que las perspectivas de trabajo en la construcción de la nueva ciudad vaciaban los barrios bajos tanto de Tebas como de la Necrópolis. Decenas de miles de personas envolvieron sus pertenencias en bultos y caminaron hacia el norte para empezar una nueva vida. Fueron alojados sobre la orilla oeste del Nilo y utilizados para fabricar millones y millones de ladrillos de barro firme.

Los agrimensores estuvieron ocupados con estacas y cuerdas delineando la nueva ciudad de acuerdo con el sueño de Akhenatón. Los barrios pobres alrededor del solar en construcción crecieron, mientras los planos detallados aseguraban un lugar especial para la familia imperial y otros nobles y escribas. Todo estaba protegido por los carros de guerra de Egipto, una concentración de fuerzas traídas de todas las guarniciones y puestos remotos del País de las Dos Tierras. El Nilo acababa de desbordarse, de modo que el transporte era fácil. Los desiertos a ambos lados del río, deliberadamente descuidados durante años, estaban llenos de presas para los cazadores. Al mismo tiempo, se había ordenado a los grandes depósitos y graneros de las ciudades cercanas que abrieran sus puertas para enviar un flujo continuo de

suministros a ese campamento cada vez más grande a medio camino entre Menfis y Tebas. No era sorprendente que Ay hubiera estado preocupado por las cosechas anteriores. Habían sido buenas y, por lo tanto, podía en ese momento recoger los frutos de tan duro trabajo.

Debo confesar que en mi larga vida llena de pecados, me he encontrado con pocas sorpresas auténticas, pero ver que una ciudad, con sus palacios, templos, casas, jardines, parques, estanques y lagos, literalmente surja del desierto era algo verdaderamente impresionante. Ocurrió con gran rapidez, casi como cuando sale el sol e inunda la tierra con colores y vida en plena actividad. ¡Qué ciudad! Todos los recursos de un gran imperio fueron dirigidos a su construcción. Las residencias imperiales eran prioritarias; su gran puente con columnas unía el Camino del Rey con la gloriosa Ventana de la Aparición, para que Akhenatón y Nefertiti pudieran encontrarse con quienes ellos deseaban favorecer. El Palacio del Norte venía después, con sus patios interiores y exteriores, deslumbrantes estanques, columnatas, altares abiertos al sol, jardines llenos de flores y fila tras fila de exuberantes enredaderas. Se colocaron los suelos y estaban tan pulidos que brillaban como el agua. Se construyó la hermosa Sala Verde, con sus largas ventanas de dos metros de alto y siete de largo que daban al suntuoso jardín, ricamente adornado con toda clase de hierbas, flores y árboles. Las otras tres paredes de la sala estaban pintadas de un color azul marino para reproducir la belleza del Nilo. Los exquisitos bordes superiores e inferiores de color verde representaban las riberas fértiles, llenas de todas las aves exóticas que allí vivían. El suelo y el techo eran blanco puro, tan admirablemente contruidos y pintados con tanta originalidad que se creaba la ilusión de que la estancia era una extensión del jardín y viceversa.

Otras cámaras del palacio estaban decoradas con motivos diferentes. En la Cámara del Río, los martín pescadores anidaban en el loto y en los grupos de papiros, cuyas hojas eran tan realistas que parecían moverse con la brisa. Por encima de ellos, los pájaros se lanzaban al agua, pintados con tanta vida que uno esperaba escuchar el chapoteo y verlos volar otra vez. Otra cámara, la Sala de las Viñas, estaba decorada con muchachas que recogían uvas mientras los cazadores de aves levantaban una red llena de aves atrapadas, pintadas de manera tan natural que si te quedabas mirando fijamente te daba la sensación de que estaban a punto de aletear y casi podías escuchar sus chillidos. El techo estaba decorado con imágenes de espalderas de vid, con sus uvas moradas oscuras tan suculentas que uno se sentía tentado a estirarse y arrancarlas. En el centro de este palacio, como en los restantes, estaba la Sala del Trono, con majestuosas columnas a cada lado, resplandecientes en sus múltiples colores. En el extremo más lejano, bajo un hermoso dosel de piedra esculpida, se encontraban los tronos de oro y piedras preciosas de Akhenatón y su reina.

Los templos de Atón, la Mansión Eterna o Casa del Regocijo, encandilaban los ojos con la blancura de su piedra caliza apoyada sobre granito rosa. A ellos se llegaba atravesando altos pilonos. Luego uno cruzaba los amplios patios y subía por unos

escalones a los altares abiertos al cielo, cuidadosamente ubicados para recibir los rayos del sol. Alrededor de estos santuarios estaban los depósitos llenos de los maravillosos tributos traídos a los templos desde los amplios embarcaderos con suelos de anchas losas que ya operaban a lo largo del Nilo. Todos estos edificios estaban rodeados de muros, con su propia fuente, pozo y jardines. Cada palacio poseía sus pabellones para dar sombra, templetos en los jardines con frescas estancias y caminos con columnatas decoradas con áspides de oro y plantas o flores pintadas en forma de rosetones y guirnaldas.

Las casas privadas de los nobles al norte y al sur de la ciudad eran de techos planos y adobe, pero se volvían más resplandecientes con columnas, pórticos, escalones y columnatas, todo magníficamente pintado y decoradoras paredes interiores, bien iluminadas, tenían pinturas de cacerías, cultivos o escenas del río, aunque era casi obligatorio que el salón central tuviera retratos de Akhenatón, su reina y sus hijos bendecidos por los rayos de Atón. El lema de Akhenatón para sus constructores, arquitectos y artesanos era «Vivir en la verdad». Con esto quería decir que el arte debía reflejar la vida en cada detalle, y el corazón de toda vida era la gloria de Atón. Los nobles se mostraban deseosos de obedecer. Sus mansiones se convirtieron en pequeños palacios con lujosas cortinas para cubrir las ventanas, exquisito mobiliario, camas de ébano y marfil, cestas de flores y, por todas partes, el signo del Disco Solar, el símbolo del verdadero hijo de Atón, Akhenatón.

La ciudad estaba compuesta por tres secciones: los suburbios del norte, la ciudad central con sus templos, el Gran Palacio y la Mansión de Atón, y luego los suburbios del sur, con las villas y mansiones de los nobles. Al noreste de la ciudad se encontraban las casas de los trabajadores, mientras que otros debían buscar sitio para vivir en la orilla oeste del Nilo. Las calles estaban claramente identificadas y la ciudad entera se conectaba con una ancha avenida imperial llamada Camino del Rey. En el centro estaba el corazón administrativo de la ciudad de Akhenatón, la Casa de los Escribas, la Casa de la Recepción y la Casa de los Secretos, con su departamento de policía y celdas, donde yo ejercía mis funciones. Djarka se convirtió en mi colaborador. No permitimos que nadie de Tebas ingresara en nuestra policía, sino que trajimos a mercenarios asiáticos y nubios para que patrullaran las calles. Horemheb y Ramsés eran responsables de la seguridad de las entradas por tierra y por el río. Por la noche, las elevaciones del este se iluminaban con las fogatas de sus soldados.

Me han preguntado muchas veces cómo era la vida en la Ciudad de Atón. Al principio era un lugar tranquilo, lleno de acontecimientos y emociones menores a medida que las estaciones del año se sucedían. Todos en Tebas y en Egipto se quedaron sorprendidos por la velocidad y la minuciosidad de la revolución de Akhenatón. Como un luchador que ha quedado sin aliento, sólo podían asombrarse y tratar de respirar, y casi nada más. Los animales mordidos por cierto tipo de serpiente quedan paralizados. Lo mismo ocurrió tanto en Egipto como en el palacio de Atón. Oh, sí, seguro que puedo describir los diferentes edificios, su belleza y también la

corriente de disposiciones dictadas para mantener todo fresco y encantador. Y al final, ¿cuál fue el resultado? Pues bien, éramos como niños invitados a jugar en un hermoso jardín. El sol brillaba, brillaba y brillaba, y se servían fuentes y más fuentes de dátiles dulces y melón helado. La música sonaba, sonaba y sonaba, pero la noche nunca llegaba. No soplaba ninguna brisa que pudiera enfriar nuestro sudor y no se nos permitía volver a casa. El sol, efectivamente, se volvió demasiado brillante. Nuestros invitados se hartaron de las exquisitas comidas. Nuestros oídos escucharon demasiada música. Anhelábamos la oscuridad de la noche, la frescura y la serenidad que con ella venía.

¡Atón! ¡Atón! ¡Atón! Al principio todo se centraba en él, con ligeros cambios en el ritmo. Akhenatón, acompañado por Nefertiti, convocaban las reuniones del Círculo Real para darnos sermones sobre la nueva religión, sobre nuestros deberes con él y con Atón, nuestra obligación de aceptarlo en todas sus formas. Huy mascullaba entre dientes diciendo por lo bajo que le encantaría irse y predicar sobre Atón en algún lugar, cualquier lugar, lo más lejos posible. El tema era constante: «Debéis estar agradecidos a Akhenatón por mostraros la luz». Debíamos estarle agradecidos por lo que había hecho, debíamos regocijarnos con su presencia, extasiarnos por sus dones, y a la vez darnos cuenta de que Atón sólo escucharía nuestras oraciones si se dirigían a través de él mismo y de su gloriosa reina.

Y los que yo llamaba «los aduladores» —cortesanos y funcionarios que entonces rodeaban a Akhenatón— no ayudaban a que las cosas mejoraran. Entre ellos no estaban los niños de la Kap, salvo Meryre. Él se convirtió en Sumo Sacerdote de Atón cuando Akhenatón abandonó el cargo para que los sacerdotes lo venerasen a él. Las filas de estos aduladores aumentaban a medida que llegaban más miembros del grupo de los *akhmin*. Amosis, gordo y untuoso, apestando a perfume, se regocijaba con los títulos de Fiel Escriba Real, Portador del Abanico a la Derecha del Rey, Mayordomo de la Casa de Akhenatón y Superintendente del Tribunal de Justicia. Aquel hombre era una víbora, con un corazón de piedra y un agudo olfato para sus propios intereses. Tutu, de la Casa de los Secretos, se convirtió en buen amigo de Amosis, una desilusión para mí, pero fue absorbido exclusivamente por el círculo inmediato de Akhenatón y, por supuesto, también venía de Ahkmin. Otro era Rahimose, Escriba Jefe de Reclutas, el candidato de Ay, de su mismo pueblo, para contrarrestar el creciente poder militar de Horemheb. Éstos y otros eran los que yo llamaba «los devotos» o, en privado, «los aduladores». A los otros, incluyéndome a mí mismo, los llamaba «los cínicos»: Horemheb y Ramsés, Pentju, Huy y Maya, aburridos de las emociones infantiles, de los constantes desfiles y ceremonias, las ofrendas y las recompensas. Horemheb y Ramsés utilizaban sus obligaciones militares para escapar hacia las Tierras Rojas. Huy con frecuencia ejercía sus funciones de embajador y regresaba más desconsolado que nunca por la actitud de Akhenatón con respecto a la política exterior de Egipto.

—Es muy simple de comprender —dijo Huy en una ocasión—. Todos deben venerar a Atón y todos deben aceptar a nuestro faraón como Atón encarnado. No hay problema de responsabilidad. Él cree que los *mitanni*, los cananeos, los libios y los *kushitas* deben amarlo por lo que es y no por el oro y la plata que esperan recibir de él.

Los otros eran igualmente cínicos. Pentju, en particular, solía usar la excusa de cuidar a un paciente o buscar algún nuevo remedio para eludir los actos oficiales. Maya encontraba algún consuelo en sus nuevas funciones como Superintendente de la Casa de la Plata, demostrando ser un financiero y tesorero brillante, «capaz — como comentó Ramsés agriamente— de extraer oro de una piedra con sólo aplastarla». A menudo tenía que viajar a Tebas y aprovechaba esas ocasiones para encontrarse con Sobek. Por lo menos su regreso traía cierto alivio, ya que nos informaba sobre los rumores y chismes de aquella ciudad aturdida y moribunda. Nos contaba cosas sobre sus templos, sobre la escasa vida de los mercados y sobre el creciente resentimiento del populacho ante lo que ya abiertamente se llamaba la Gran Herejía.

Ay era el puente entre todos los grupos, ministro fiel de Akhenatón, confidente y aliado de todos aquellos que eran importantes. Era un observador y un analista de corazones, e incluso ahí yo intuía un oculto temor. A todos nos habían llevado a aquel lugar... pero ¿qué vendría después? Ay dedicaba sus energías a reforzar sus lazos con los hombres influyentes en la ciudad de Atón y en todas partes, particularmente con Horemheb, cuya destreza militar y capacidad de organización llegó a admirar. Mutnodjmet, la segunda hija de Ay, hermana de Nefertiti, mujer agradable, de cara regordeta y ojos tranquilos, llegó a la ciudad con sus enanos *danga*. Horemheb se enamoró de ella sólo como él podía hacerlo: obstinado, con la mandíbula tensa, tartamudeando y avergonzado. Pero estaba realmente enamorado. Yo solía molestarlo, golpeándole el pecho y diciéndole: «Por fin he descubierto que tienes un corazón de verdad y no uno de pedernal». Horemheb farfullaba fastidiado e incluso se ruborizaba. Aquél era un problema en el que Ramsés no podía ayudarlo, de modo que yo lo aconsejaba constantemente sobre los regalos que debía comprar y cómo debía actuar. Ay alentaba todo esto. Mutnodjmet no era indiferente, pero había sido relegada a un segundo plano por su hermosa hermana mayor. Al principio estaba muy confundida con Horemheb. Al final, persuadida tanto por su padre como por mí, respondió con dulzura a los avances del gran soldado. Ramsés también apoyaba esa unión y al final se casaron. Maya comentó irónicamente que no estaba seguro de si Horemheb quería más a Mutnodjmet o a sus enanos.

Al poco tiempo, llegaron las noticias de que el Magnífico había muerto. Después de vivir tanto tiempo en la penumbra, había partido silenciosamente hacia el Oeste Lejano. La reina Tiye lo enterró con glorioso esplendor en una majestuosa tumba preparada para él en el Valle de los Reyes, protegido por las grandes estatuas

colosales del rey. Estos colosos de cuarcita roja brillante fueron esculpidos para durar para siempre, mirando severamente hacia el imperio que él había creado.

—Y que su hijo está a punto perder —susurró Ramsés.

Siempre me pregunté si la reina Tiye había ayudado a su marido a partir hacia el Horizonte Lejano. De inmediato actuó contra la causa de su descontento y la princesa Sitamón fue desterrada a alguna distante residencia para que viviera en una silenciosa oscuridad. Akhenatón y su corte respetaron los setenta días de duelo. Se alzaron algunos monumentos y dedicatorias en memoria de su padre, pero éstos no fueron más que manifestaciones secundarias, más bien actos de devoción filial a su ya encanecida viuda. La reina Tiye se convirtió en una visitante asidua de la nueva ciudad de su hijo, donde se había construido y puesto a su disposición un pequeño y sombreado palacio. Seguía siendo cortés y afable conmigo, pero le preocupaba más la protección de su hijo. Ya no tenía que vigilarme. Djarka lo hacía por ella. La reina Tiye me trató como se trata a un buen cuchillo, asegurándose de que la punta y la hoja siguieran afiladas y fuertes. Evitaba a Nefertiti y le interesaba más hablar con Ay. Solían reunirse en la sala de audiencias, cerca de los archivos, repasando documentos, hablando hasta bien entrada la noche sobre los crecientes problemas de las provincias más lejanas del imperio.

Después Ay me visitaba para compartir el pan y beber un poco de vino. Se le había otorgado el título de Jefe de los Arqueros Reales y utilizaba esas oportunidades para controlar cuarteles y almacenes. Le resultaba divertido que yo mantuviera una pequeña armería en una cámara del segundo piso de mi propia casa. Le informé francamente de que no había olvidado a los Chacales ni aquella sangrienta batalla en el Valle de las Sombras. Ay asentía con la cabeza y, sin falta, siempre hacía la misma pregunta, tratando de descubrir qué pensábamos acerca de la situación actual yo y el resto de la Kap, como nos llamaba. Mi respuesta era que yo no era un espía y le preguntaba qué nos deparaba el futuro. Hablaba entre dientes sobre ciudades similares que se estaban construyendo en Canaán y en Nubia, de establecer permanentes tratados de paz con otros reyes y estados. Ay estaba profundamente preocupado. Y tenía buenas razones para estarlo.

Akhenatón y Nefertiti, junto con sus hijas, ya se estaban convirtiendo no sólo en el centro del nuevo culto, sino en el culto mismo. En las secciones norte y sur de los desfiladeros orientales, a ambos lados de la proyectada tumba de Akhenatón, creamos nuestra propia Necrópolis. Podéis ir y ver nuestras tumbas, todavía están allí, la mayor parte a medio terminar. Escogí para mí una en la ladera sur, una caverna subterránea para engañar a los ladrones de tumbas. Visitadla y miradla bien. Las pinturas no tienen demasiada importancia y las oraciones a Atón son erróneas... ésa fue mi manera de resistirme. Visitad las demás y estudiad las pinturas y las inscripciones. Akhenatón había prohibido el rito de Osiris. No iba a haber ninguna ceremonia de apertura de la boca, en preparación para el viaje por el Mundo Inferior, donde el alma sería pesada en la balanza de Thoth para ser juzgada por Osiris. Oh,

no, nada de eso. ¡Akhenatón lo cambió todo! Hizo que todo fuera mucho más simple. Todo lo que había que hacer era morir con la sonrisa del faraón dirigida hacia uno (lo cual, por supuesto, era imposible si se estaba cabeza abajo y con el trasero hacia arriba) y todo iría bien. La Necrópolis del Disco Solar así lo demostraba. Cada una de las tumbas retrataba a Akhenatón y Nefertiti, con su familia, dando regalos, siendo bendecidos por Atón, corriendo juntos bajo Atón, comiendo bajo Atón, jugando, bebiendo, durmiendo y besándose bajo Atón.

Tanto en la muerte como en la vida. Se nos entregaron breviarios con todas las oraciones y todos los himnos a Atón. Fuimos invitados a competir, a mostrar nuestra adulación al Dios y a la real pareja. Incluso las pinturas murales debían reflejar la disposición de Akhenatón de «Vivir en la verdad». Todas debían ejecutarse de acuerdo a cierto estilo. Algunas personas pueden considerarlo original, estimulante y bello. Eso es verdad hasta cierto punto pero, cuando uno se ve rodeado por ello día y noche, cuando hay orden de decorar las tumbas con las mismas imágenes, se vuelve agotador, como escuchar la misma pieza musical, no muy bien interpretada, repetida hasta el infinito.

¿Por qué me quedé? Bien, ¿a qué otro lugar podía ir? Me han preguntado tantas veces por qué no huí... Lo he pensado durante mucho tiempo. He reflexionado. Recuerdo aquellos acontecimientos y la respuesta es muy simple.

¡La sonrisa de Nefertiti!

Espíritu diabólico

Mahu, Comandante de La Policía de Akhenatón

*(Inscripción de La tumba de Mahu
en Tell-el-Amarna, La Ciudad de Atón).*

Capítulo 17

*Ella, cuya sonrisa alegra el corazón,
de rostro encantador y hermosa figura.*

Oh, sí, todo eso era verdad. Nefertiti era la belleza misma, pero en la ciudad de Atón ella fue la prueba de que la belleza lleva aparejado su propio horror. Físicamente cambió. Su rostro se volvió más delgado y de expresión más dura, los pómulos más pronunciados, la cabeza constantemente inclinada hacia atrás y la mirada de aquellos ojos seductores más arrogante. Había perdido la risa, aquel rasgo de juvenil picardía y amor por lo misterioso. Parecía vivir en una explosión de luz y asumió el aura de una diosa inaccesible, como si deseara unificarse con su esposo tanto en la apariencia como en el poder. Empezó a usar la peluca corta de los nubios que deja la nuca descubierta, con dos trenzas cayendo por los lados, imitando el peinado de los guerreros de su séquito. Usaba las túnicas amplias y maravillosas de una reina, pero con frecuencia se presentaba con una simple falda estrecha como la de los soldados, aunque más larga, hasta los tobillos. La corona de Hathor, con sus cuernos y plumas, fue abandonada para reemplazarla por una pequeña corona azul cubierta de plumas, muy similar a la Corona Imperial de Guerra de Egipto. En las pinturas y las esculturas a Nefertiti con frecuencia se la retrataba castigando a un enemigo, adoptando el ritual de un faraón triunfante administrando justicia a sus enemigos. En todos los aspectos aparecía como una mujer soldado, una diosa de la guerra.

Al mismo tiempo, Akhenatón comenzó a ataviarse con ropajes estampados, pelucas bañadas en perfume y amplias túnicas femeninas. Este intercambio de vestimentas y roles fue como la unión de dos fuerzas. ¿Sería una verdadera simbiosis, me preguntaba, o uno absorbería al otro? Si Akhenatón se veía a sí mismo como la reencarnación de Atón, ¿cuál sería el papel que se le asignaría a Nefertiti? ¿Se verían ellos como la expresión masculina y femenina de la divinidad, o él se opondría?

El harén imperial de la Ciudad de Atón con sus concubinas y Ornamentos Reales se amplió para incluir a nobles de diferentes partes del imperio y de aquellos reinos que expresaban su lealtad enviando a sus princesas más bellas para el placer del faraón de Egipto. Sin embargo, Nefertiti todavía reinaba en el corazón de Akhenatón, o por lo menos eso parecía. Yo era quizá el único que percibía una fricción subyacente, una impaciencia de él con respecto a Nefertiti que, en la Ciudad de Atón, trajo al mundo a dos hijas más, pero no al hijo que tanto ansiaba, el futuro portador de su semilla de la vida. A veces, Akhenatón hablaba conmigo a solas, no sobre asuntos de Estado ni sobre la seguridad de la ciudad, sino de sus recuerdos del pasado,

cuando él era el Velado, cuando vivía, como decía él, «en santidad completa y pureza». Yo me preguntaba si añoraba aquellos tiempos. ¿Empezaba a resentirse por el creciente poder y la fuerza de Nefertiti, que no había logrado engendrar al amado hijo varón? La influencia de la reina Tiye había disminuido. Desde la muerte del Magnífico, ella había perdido aquella aura de poder, de inquebrantable voluntad, como si el acceso al poder de su segundo hijo y la construcción de la Ciudad de Atón hubiera sido la realización de un sueño. Sospecho que ella también se daba cuenta de que no todo iba bien. Durante las ceremonias y procesiones, la tensión en la pareja real era a veces evidente, como si mi amo quisiera estar él solo ante Atón, sin deseos ni posibilidades de compartir su condición de ser divino con nadie.

En sus conversaciones conmigo hablaba de aquellos recuerdos preciados cuando él, y sólo él, recorría el camino del Único.

—Yo nunca —afirmaba en tono desafiante— adoré a otro dios —y luego, como un ataque velado hacia su madre, su esposa y toda la camarilla de los *akhmin*—, ni tampoco dancé, canté ni me traicioné a mí mismo ante falsos ídolos como el de Min de Ahkmin.

Aquellos estados de ánimo pasaban, cuando se sumía en una especie de trance, resultado de las pociones y polvos de Nefertiti. Otras veces, yo era convocado a sus aposentos o a sus jardines y él me recibía sentado, retraído, sin afeitarse, con los ojos nublados, como si hubiera bebido en exceso. En una ocasión, mientras esperaba a que me atendiera paseándome por una antecámara, escuché el ruido de voces airadas procedentes del dormitorio imperial. Era una acalorada discusión sobre la liturgia que debía seguirse en una ceremonia en el altar de sol. En otra oportunidad, fui convocado a la residencia imperial. Encontré a Akhenatón, con los ojos pesados y la cara demacrada, en la suntuosa Sala Verde, mirando fijamente hacia el jardín.

—Bien —me dijo cuando me arrodillé y apoyé la nariz en el suelo—, ya he esperado demasiado. Tu espía en Ahkmin... ¿qué informes nos trae?

—Su Majestad —me quedé arrodillado—. ¿De qué espía estamos hablando? ¿Qué informes?

—Lo sabes perfectamente —gritó Akhenatón amenazadoramente.

Levanté la cabeza. Manchas de cólera aparecieron en su cara amarillenta. Sus extraños ojos brillaban, oscuros pozos de cólera. Parecía estar a punto de golpearme.

—¿Sabes una cosa? —Me miró fijamente, con la boca colgando—. Lo siento, Mandril —dijo tartamudeando—. He cometido un error. —Y sin más, me despidió.

El sol de Nefertiti, sin embargo, ardía con la misma intensidad y ferocidad de siempre, aunque seguramente se daba cuenta de la decepción de su marido ante la falta de un heredero varón. Después del nacimiento de su sexta hija, en el año nueve del reinado de Akhenatón, ella ofreció una fiesta en el jardín que se extendía bajo la Sala Verde. Los niños de la Kap fueron invitados. Fue como en los viejos tiempos. Las mesas estaban llenas de fuentes de toda clase de exquisitos manjares y vinos deliciosos importados especialmente de Buto, en el Delta. Akhenatón se reía y

conversaba con Ay. Nefertiti estaba sentada, aceptando cumplidos serenamente, cuando Pentju, un poco ebrio, hizo una broma acerca de que el sexo de un niño es un don de los dioses. Nefertiti lo escuchó.

—¿Qué? —gritó.

Los festejos se interrumpieron y todos quedamos en silencio. Nefertiti saltó de su silla y cogió su bastón, esculpido con los símbolos de Atón. El nacimiento de su última hija había sido un proceso doloroso que la había debilitado pero, fortalecida por su furia, caminó entre los invitados mirando con severidad a Pentju.

—¡Hombre escorpión! —siseó—. ¿Qué dices de los dioses, si sólo hay uno? ¿Y ese don? ¿Estás diciendo que no estoy bendecida por el Único? Él me ha dado seis hijas hermosas. ¿He fallado porque no hay un príncipe, un varón?

Los invitados se fueron apartando apresuradamente a su paso. Pentju, temblando de miedo, se inclinó rápidamente haciendo una reverencia.

—Oh, Divina —supliqué—, sólo ha sido una broma...

—¡Una broma! ¿Acaso yo soy una broma? —Y antes de que alguien pudiera detenerla, Nefertiti dejó caer una lluvia de golpes sobre la espalda inclinada de Pentju, que intentó alejarse gateando. En la confusión, sus ropas se enredaron y perdió el taparrabos, dejando expuestas sus nalgas desnudas. Nefertiti, riéndose a carcajadas, arremetió contra ellas mientras los demás invitados miraban horrorizados. Nefertiti manejaba su bastón como si fuera una maza de guerra. Pentju, gritando, trató de huir arrastrándose, pero estaba enredado en su túnica. Akhenatón observaba con desagrado y mirada sombría. Tiye estaba sentada con las manos en su rostro. Ay parecía asustado. Ramsés bajó el rostro para esconder su risa apenas disimulada. Mesas y fuentes rodaron por el suelo. La sangre salpicó la hierba. Me puse en pie de un salto, aparté a Pentju con un empujón y me agaché para decirle que recuperara su dignidad y huyera. Miré hacia arriba. Nefertiti permanecía ante mí con los ojos llenos de cólera y aquellos deliciosos labios con una mueca feroz.

—Su Majestad —supliqué. El bastón bajó con fuerza, pero lo atrapé. Nefertiti, mordiéndose los labios, me miró furiosa. Trató de recuperar el bastón, pero lo sujeté firmemente. Su cólera comenzó a desvanecerse como si se diera cuenta de dónde estaba y qué había hecho.

—¡Mandrill! —gritó—. ¡Vete! Dile al hombre escorpión que tiene prohibido para siempre volver a mi presencia. ¡Puede ocuparse del mono de la familia, la muchacha *mitanni*! ¡Jamás lo volveré a ver!

Solté el bastón. Nefertiti se retiró y la fiesta terminó.

Deseaba, esperaba, que la Bella me llamara a su presencia. Soñé que nos encontrábamos en algún fresco jardín. Me daba explicaciones, se excusaba, me pedía que actuara como intermediario ante Pentju, pero eso nunca ocurrió. Aquel día, Nefertiti se granjeó un enemigo y también cometió un gravísimo error al apartar a Pentju y, ¡que los dioses me perdonen!, al no consultar conmigo. En lugar de ello,

tuve que escuchar las habladurías y el chismorreo sobre lo sucedido, pero ése era el papel de Mahu en el paraíso de Akhenatón.

La Ciudad de Atón no ocultaba ninguna amenaza o, al menos, eso era lo que yo creía. Las tropas, tanto en tierra como en los accesos del río, por no mencionar a mi enjambre de mercenarios, se ocupaban de que así fuera. Djarka, como lugarteniente mío que era, perseguía a los criminales ocasionales. Se suponía que yo debía ocuparme de apresar a aquéllos a los que Akhenatón llamaba «criminales del corazón», que no veneraban a Atón en el espíritu de la verdad. Pero ¿qué esperaba que yo hiciera? ¿Arrestar a un anciano sacerdote que lloraba por la belleza de Osiris y mantenía su santuario escondido en un armario de su casa? ¿Azotar a una mujer que le pedía a Isis un parto feliz? ¿Multar a algún pobre trabajador que no podía comprender cómo podía continuar después de la muerte sin la protección del Señor Anubis? Ésos eran los informes que llegaban a mi oficina. No necesitaba madera para el brasero. Me encantaba ver cómo ardían. Mis muchachos del cuerpo de mercenarios también lo comprendían. Eran tan supersticiosos que veneraban a todos los dioses, por si acaso. Djarka demostró ser un eficaz lugarteniente, un fiel escriba, un hombre justo, que sentía una auténtica compasión por los pobres, algunos de los cuales eran su propia gente. Rara vez hacía comentarios sobre Akhenatón aunque, cuando le hablé de Nefertiti y su cólera incontrolable, se mostró triste y comentó que las visiones podían salir mal, que los sueños pueden convertirse en polvo y que, quizá, el Único tenía todavía que manifestarse realmente.

Djarka y yo nos convertimos en magistrados más que en policías, decidiendo judicialmente sobre una gran cantidad de temas civiles, disputas domésticas y derechos de propiedad. Llegué a disfrutar metiéndome en las vidas de otras personas, saboreando su misma cotidianeidad y a la vez intrigado por sus complejas relaciones, sus virtudes y sus defectos. A veces, para evadirnos de todo, llevábamos a Karnak a las Tierras Rojas. Elegíamos el lecho de un valle, un río seco donde la humedad favoreciera el crecimiento de la escasa hierba y cuyas empinadas laderas impidieran huir hacia la derecha o hacia la izquierda, y luego poníamos dos redes en la mitad del valle, con comida y agua entre ellas. Los animales se deslizaban por la primera red, en las que dejábamos deliberadamente algunas aberturas, y con un silbido a Karnak, hacíamos saltar la trampa. Yo disfrutaba de la caza. Era una pausa bienvenida que me apartaba de la etiqueta y el protocolo de la corte de Akhenatón.

Al final del noveno año del reinado de Akhenatón, justo después de lo que Ramsés sarcásticamente llamaba «la paliza en las nalgas», Djarka se enamoró de una hermosa muchacha llamada Nekmet, lo única hija de un cocinero muy adinerado que había abierto su propia y lujosa casa de comidas en los suburbios del sur de la ciudad.

Contaré cómo ocurrió la historia. Nekmet tenía entonces unos veinte veranos. Su padre, Makhre, había trabajado tanto en Menfis como en Tebas, logrando ganarse la

reputación de gran cocinero que, en palabras de Djarka, «podía hacer que el pan más vulgar tuviera el sabor más dulce». Naturalmente, me convertí en asiduo de aquella casa, con Djarka sentado a mi lado, ansioso de Nekmet, de ojos resplandecientes, más que de los platos que los criados de su padre nos traían. El padre tenía grandes ambiciones y deseaba trabajar en las cocinas de palacio, de modo que me ocupé de que así fuera. Akhenatón estaba encantado. El hombre fue convocado a presentarse ante el soberano y se le recompensó con frascos de perfume, un collar de oro y un brazalete. Djarka pasaba cada vez más tiempo con su hija. Yo estaba triste y feliz al mismo tiempo. Si Djarka se casaba, me daba cuenta de que lo echaría mucho de menos. Aquel hombre se había convertido en parte de mí, había tratado de llenar los espacios vacíos de mi alma. Con frecuencia me preguntaba si yo debía hacer lo mismo, casarme con alguna amable muchacha y establecerme definitivamente. La verdad es que tenía algunas amantes pero, cuando estaba tendido en la oscuridad y brillaban las lámparas de aceite, sólo podía ver el rostro de Nefertiti, imaginar su cuerpo, sentir su olor. No, yo había sido concebido en el dolor, había nacido en la desconfianza para vivir una infancia sin amor. Mis pecados siempre aparecían ante mí. Había matado, mentido y traicionado, pero había un pecado que no podía y que no puedo cometer. No podía mirar a otra persona y decirle «te amo» sabiendo que era mentira. De modo que, en vez de eso, regresé a mi trabajo de observar y escuchar, haciendo de juez, asistiendo a la corte, mascullando las plegarias, cantando los himnos y, cada vez que fuera posible, escapándome a las Tierras Rojas.

En la primavera del año diez del reinado de Akhenatón, los otros niños de la Kap empezaron a unirse a mí en tales ocasiones y, cuanto más salíamos juntos, menos cazábamos. En lugar de ello, nos reuníamos en algún oasis lejano, preparábamos nuestra comida y bebíamos vino; Horemheb y Ramsés, Huy, Pentju, yo mismo e incluso Maya, aunque éste se quejaba de que el polvo estropeaba sus túnicas y el calor derretía las pinturas de su cara. El único ausente era Meryre. Nuestro Sumo Sacerdote estaba ahora envuelto en su propia santidad, perdido en la visión de Atón. Era el perro de Akhenatón, constantemente a sus pies, siempre listo para servir y complacer. No lo queríamos con nosotros porque sabíamos muy bien cuál era la verdadera razón de nuestros encuentros. Éramos conspiradores sin conspiración, traidores todavía no culpables de traición, descontentos que nada podíamos hacer con respecto a nuestras quejas.

Un día propicio, en aquel mismo manantial, estábamos todos reunidos en el oasis, agotados después de una breve cacería. Dos días antes, Maya había desaparecido misteriosamente de la Ciudad de Atón. Mucho se especuló sobre su paradero, aunque se ausentaba con frecuencia, viajando a Tebas a controlar los graneros y la Casa del Tesoro del templo. Habíamos encendido el fuego. Horemheb había destripado las codornices y Ramsés las asaba sobre las brasas. Estábamos echados tomando vino y conversando sobre nuestros primeros días en la Kap. En esa ocasión, Djarka nos

acompañó, haciendo guardia para nosotros. Fue él quien dio la alarma. Fuimos al borde del oasis y miramos a través de la bruma de calor. Apareció una nube de polvo.

—Carros de guerra —identificó Horemheb.

Djarka corrió para recoger su arco mientras nosotros buscábamos nuestras armas.

—No, es sólo uno —gritó. Nos relajamos cuando el carro de guerra se hizo más visible y pude ver a Maya de pie, con sus túnica resplandecientes ondeando en la brisa. Reconocí el casco de cuero, el tahalí y el faldellín de su conductor. El carro se acercó con estruendo, las pezuñas golpeando el suelo, las plumas de las cabezas de los caballos subiendo y bajando, el polvo arremolinándose hacia nosotros. Sobeck, que había superado sus dificultades iniciales, hizo girar a los caballos hábilmente, ejecutando unos sensacionales giros en zigzag tan apreciados por los conductores profesionales de carros, antes de hacerlos volver y frenarlos a pocos metros de nosotros. Maya bajó y Sobeck lo siguió. Cogió la mano de Maya y caminó hacia nosotros, quitándose el casco. Sonrió ante nuestras expresiones de sorpresa. Horemheb fue el primero en reconocerlo.

—Creí que habías muerto en las Tierras Rojas —gritó Ramsés, mirándome por el raballo del ojo—, aunque teníamos nuestras sospechas.

Sobeck cogió el odre de piel de gacela con agua que le ofrecí. Se lo pasó primero a Maya y luego se mojó la cara y el pecho, antes de llevarla a sus labios, tragando con ferocidad. No había cambiado mucho; su cara estaba un poco más delgada, había algunas cicatrices más en su pecho y sus brazos. Maya estaba junto a él, con una sonrisa deslumbrante en su rostro.

—¿Bien? —Sobeck entrecerró los ojos mirando al sol—. ¿Soy amigo o enemigo? ¿Tendré que esperar bajo el sol, como hace Akhenatón con los embajadores, o me invitaréis a la sombra para ofrecerme esas codornices que huelen tan bien y una copa de vino?

—¡Podría cortarte la cabeza! —bromeó Ramsés—. Todavía ofrecen una recompensa por ella.

—No, Ramsés. —Sobeck colocó el tapón del odre—. Intentarías cortármela pero morirías antes de que tu corazón latiera dos veces.

—Sólo estaba bromeando —protestó desdeñosamente Ramsés.

—Yo no. —Sobeck le lanzó el odre—. ¿Bien? —Abrió las manos—. ¿Amigo o enemigo?

—Siempre amigo. —Horemheb se adelantó para cogerle la mano. Los demás lo seguimos. Cuando me llegó el turno, Sobeck me atrajo contra su pecho y me besó en ambas mejillas.

—Vas con extrañas compañías, Mahu —susurró—. Te echo de menos en Tebas.

Su sudor perfumado hizo cosquillas en mi nariz. Luego se volvió para bromear con Djarka y examinar su arco. Todos nos sentamos alrededor del fuego, compartiendo la carne y el vino.

—Pensé que era mejor —dijo Maya tomando un poco de carne como lo haría una jovencita—. Pensé que sería mejor si Sobeck... bueno, si todos nos encontráramos con él otra vez. Ya le he contado lo de Meryre.

—Una vez santo, siempre santo —comentó Sobeck.

Durante un rato, entre todos recordamos el pasado en la residencia, los diferentes escribas, la noche en que Horemheb perdió a su enano. Sobeck mencionó a Weni y ofreció un brindis silencioso que todos secundamos.

—Sabéis que fue asesinado, ¿no? —Sobeck me miró—. Tú y yo, Mahu, sabemos que Weni fue asesinado.

—Me pareció extraño —comentó Huy— que un viejo soldado no soportara la bebida y se ahogara en un estanque.

—Lo mató Akhenatón —continuó Sobeck en tono uniforme—, probablemente con la bendición de su madre.

—Tal como el Padre de Dios Hotep trató de matarnos a todos nosotros —añadí.

—¿Qué?

No le había dicho nada al grupo acerca de mis sospechas primeras o de la confesión final de Hotep, pero lo hice en aquel momento. Horemheb y Ramsés corroboraron algunas partes de mi relato.

—Bien, bien, bien. —Sobeck vació su copa de vino, volvió a coger el odre y se sirvió otra vez.

—¿Por qué has venido a este lugar, Sobeck? —Ramsés, por supuesto, fue el primero en buscar otra razón—. No creo que haya sido para ver nuestras caras bonitas y desearnos felicidad.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —preguntó Horemheb.

Sobeck eludió las preguntas, describiéndose a sí mismo vagamente como un comerciante con un dedo en cada plato, contando cómo había acudido ante la insistencia de Maya y que era bueno que los niños de la Kap se reunieran otra vez. Durante un rato no respondió o lo hizo con bromas. Cuando terminó la comida, se sentó más cómodamente, chupando ruidosamente una rebanada de melón.

—¿Estáis seguros de que se puede confiar en todos vosotros? —preguntó.

—Si alguno de nosotros fuera un traidor —respondió Horemheb—, ya lo sabríamos.

—Hay una profunda inquietud en Tebas —continuó Sobeck.

—Eso ya lo sabemos —respondió Huy—, en Tebas, en Menfis, en Abydos, en el Delta, por no mencionar la guerra que ha estallado entre nuestros aliados en Canaán. Los hititas están concentrando tropas a lo largo de la frontera. Se han dado cuenta de que Egipto no se toma tan en serio la protección de sus intereses al otro lado del Sinaí.

—Bien, sin duda hay descontento en Tebas —aseguró Sobeck—, y también hay otra cosa. Mahu, ¿alguna vez has oído hablar de los *sekhmets*?

—Sí, sí —respondí, hurgando en mi memoria—. Han cometido varios homicidios en Tebas y en otros lugares. Asesinos profesionales, su arma habitual es un cuchillo o el veneno, aunque se conocen asesinatos cometidos por ellos a distancia, con arco y flecha, o con algún accidente sospechoso. Siempre dejan su marca. —Levanté la mano—. Un pequeño amuleto con Sekhmet, la de la Cabeza de León, la Devoradora, la Destructor.

—Bien —continuó Sobeck, tomando otra rodaja de melón—, tengo conocidos en Tebas... ¿cómo podría decirlo?... hombres y mujeres que preferirían no encontrarse con Mahu y su policía. —Hizo una pausa cuando todos rieron—. Ellos escuchan los susurros y las habladurías. Pues bien: según ellos, alguien ha estado preguntando por los *sekhmets*. Por lo visto —me dirigió una sonrisa—, y digo la verdad, en Tebas se puede dejar un mensaje para este grupo de asesinos.

—Y alguien los ha contratado, ¿no? —pregunté—. Pero no para un trabajo en Tebas, ¿verdad?

—Mahu, tu genio siempre me sorprende. Por lo poco que sé, los *sekhmets*, si es que han sido contratados, deben hacer su sangriento trabajo en la Ciudad de Atón. —Suspiró—. Lo cual puede significar dos cosas, o posiblemente tres. O alguno de vosotros está marcado, o todos... u otra persona del Círculo Real.

—O sencillamente podrían atacar directamente el corazón de la corte —aclaré—. El faraón mismo y su reina. —Ignoré los comentarios en voz baja de Pentju.

—¿Pero quién los habrá contratado? —quiso saber Ramsés—. Tebas, como todas las ciudades de Egipto, está llena de asesinos, pero tienen que haber sido contratados.

—Los sacerdotes de Amón —respondió Sobeck— no están muy contentos de que sus dioses hayan sido despreciados, sus tesoros saqueados y sus templos abandonados.

—¿Pero por qué los *sekhmets*? —insistió Ramsés.

—Son efectivos. —Le sonreí a Sobeck—. Son la clase de gente de la que tendrías que ocuparte.

—Son respetables. —Sobeck bebió un poco de vino—. Y por lo visto, pueden moverse fácilmente de un lado a otro por el Nilo, sacerdotes o comerciantes, representantes de otros reinos. Podrían ser cualquiera.

—¿Y tú nos quieres tanto —se burló Ramsés— que has hecho todo el camino desde Tebas sólo para advertirnos?

—No, Ramsés. Llegué anoche a un puesto de vigilancia militar.

—¿Dónde tienes otros conocidos?

—Así es, Horemheb. Unos cuantos oficiales del ejército son invitados a mi mesa. ¿Cómo crees que pude conseguir ese carro de guerra?

—Pensé que tu buen amigo Maya... —Las palabras de Ramsés quedaron en suspenso ante la expresión fría y dura de Sobeck.

—Os diré por qué he venido. —Sobeck se puso más cómodo—. Maya me contó estas pequeñas reuniones que hacíais en el desierto. Deberíais tener más cuidado. —

Nos miró a todos—. ¿Esto es todo lo que los grandes guerreros de la Kap pueden traer, algunas codornices? Ay debe de sospechar. ¿Todo un día en las Tierras Rojas para comer carne asada... o para tramar una traición?

—Continúa. —Alcé la mano para impedir la réplica de Ramsés.

—Vosotros venís a este lugar para hablar como hacen todos en Egipto. Algunos ya se os han adelantado, tramando lo que van hacer después. A Akhenatón lo llaman el Gran Hereje, dicen que está loco. —Hizo un gesto hacia Horemheb—. ¡Tú sabes que es así! Los oficiales del estado mayor, el alto mando militar, lo dicen. ¿Acaso no ha habido descontento en la guarnición de Menfis? —Horemheb se tragó su respuesta—. Sé de qué habláis cuando estáis aquí —continuó Sobeck—. Seguramente cada uno de vosotros, cada noche tendido en su cama, se pregunta qué ocurrirá después. ¿Os habéis preguntado qué ocurrirá *realmente* después? ¿Habéis especulado alguna vez sobre lo que va a ocurrir si Akhenatón muere? No tiene heredero varón, no hay ningún Príncipe de la Corona. ¿Creéis que los generales de Egipto, los sumos sacerdotes, van a permitir que este disparate de Atón continúe para siempre? ¿No puedes ver la tormenta que viene, Ramsés? Un día Akhenatón se irá más allá de su amado Horizonte Lejano. Muchos en Egipto desearían que ya estuviera ahí y piden a los dioses que aceleren su partida. Ahora, decidme. —Sobeck golpeó el borde de su copa con la uña—. Nadie se atreve a levantar una mano contra la carne sagrada del faraón. Bueno, por lo menos no pública y abiertamente. De todas maneras, Akhenatón puede verse a sí mismo como un dios, ¡pero un día se morirá! ¡Aunque no sabemos de qué manera! La pregunta que debéis haceros es ¿cuánto tiempo sobrevivirán aquellos que lo respaldan y se sientan a la mesa con él?

Observé el rostro de Ramsés. Él echó una rápida mirada a Horemheb, una mirada furtiva y brusca, pero elocuente. Aquellos dos soldados ambiciosos ya habían hablado de esto. Pude darme cuenta también por las caras de los demás de que se trataba de un tema cercano a sus corazones.

—¿Mahu? —Horemheb esperaba mi respuesta.

—Hay dos problemas —respondí lentamente—. El primero... Bien, el primero es el futuro inmediato: la protección de Akhenatón contra los *sekhmets* o cualquier otro.

—¿Y el segundo? —quiso saber Ramsés.

—Lo sabes perfectamente —murmuré mientras me ponía de pie. Recogí mi capa y sacudí la arena y el polvo—. Todos debemos comenzar a pensar en el futuro.

—El futuro puede muy bien cuidar de sí mismo. —Pentju me sonrió e hizo un guiño.

En aquel momento pensé que estaba siendo cínico. Pero al reflexionar sobre ello, las palabras de Pentju contenían las primeras semillas poderosas de la caída y la destrucción de Akhenatón.

* * *

Cuando regresé a la Ciudad de Atón, Djarka y yo nos pusimos manos a la obra. Revisamos los archivos de la policía de la Casa de los Secretos. Estaban todos guardados en ánforas cerradas, ordenados según los años de reinado. No había que informar a ninguno de los escribas sobre lo que estábamos buscando o la razón de dicha búsqueda.

Al principio resultó difícil. Encontré vestigios de los *sekhmets* durante el cuarto y quinto año del reinado de Akhenatón, cuando él era corregente y todavía vivía en el palacio de Atón de Tebas. Estas referencias generalmente estaban basadas en informes de la policía o en los datos proporcionados por los espías. A los *sekhmets* sólo se los conocía por el amuleto que dejaban junto a sus víctimas. Éstas eran con frecuencia hombres muy poderosos, comerciantes, oficiales del ejército y, en una ocasión, incluso un sacerdote del templo de Horas. Según las pruebas, las víctimas siempre tenían enemigos pero, dado que se habían utilizado asesinos profesionales, era prácticamente imposible vincular la responsabilidad de aquella muerte con alguien en particular. Un oficial de policía investigó el homicidio de un comerciante en la calle de los Caldereros, en el este de Tebas, y escribió: «Muchos querían verlo muerto pero, en el momento de su homicidio, todos podían explicar dónde habían estado y qué estaban haciendo».

Los *sekhmets* empleaban gran variedad de métodos para sus asesinatos. Una de sus víctimas murió mientras cazaba por el Nilo. Él y su criado fueron encontrados a la deriva en su bote. A ambos les habían atacado con flechas desde cerca. El amuleto de los *sekhmets* había sido arrojado casi con descuido en la chalana, para caer entre las plumas de algunas de las aves cazadas. Me acordé de cuando Djarka me rescató de los Chacales. ¡Qué fácil había resultado acercarse al bote y disparar una flecha tras otra! Otras víctimas murieron por envenenamiento. Otro perdió el equilibrio y cayó de un edificio que estaba inspeccionando. Uno de los homicidios más audaces fue el de un adinerado mercader del barrio de los Perfumes de Tebas que entró a su tienda para buscar algo de sus almacenes para un cliente. Cuando éste se impacientó y fue a buscarlo, se lo encontró echado entre fardos de tela, con un enorme tajo en la garganta. Tenía el amuleto de los *sekhmets* agarrado en su mano. Hice que Djarka buscara con más cuidado y me di cuenta de que, entre el quinto y el décimo año del reinado de Akhenatón, por lo menos según mis registros, o bien habían estado inactivos deliberadamente, o bien se habían trasladado a otro lugar. Continué con mi investigación y me sorprendió descubrir que diez años antes habían estado también en pleno funcionamiento.

—¡Quince años en total! —exclamé cuando nos sentamos a compartir un cuenco de vino en mi oficina. ¡Estos asesinos llevan trabajando quince años! Hubo una brecha de diez años y luego empezaron otra vez, justo antes de que Akhenatón asumiera la corregencia. ¿Por qué?

Djarka sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabemos que se trata de las mismas personas? —preguntó—. Cualquiera puede adoptar el nombre de *sekhmet* y comprar una bolsa de amuletos baratos.

—No, no, no —objeté—. Se trata de personas que parecen poderse mover por toda la ciudad de Tebas. Son muy similares a los Chacales. Son un negocio de familia. ¿Podrían ser comerciantes? ¿Una familia que se mueve cómodamente por el Nilo?

—Pero alguien debe de poder ponerse en contacto con ellos —señaló Djarka—. Hay que dejar mensajes con los nombres de las víctimas, con el precio estipulado y recibido.

Me incliné hacia delante y acaricié a Karnak, que dormía a mis pies.

—Alguien —dije.

—Alguien —continuó Djarka— ha de actuar como intermediario.

Djarka había planteado un problema que yo no podía resolver.

Envié mensajeros a Menfis, a Tebas y a Abydos. Hice la misma pregunta a la policía en cada ciudad, a aquellos que actuaban como «ojos y oídos» del faraón. La respuesta llegó rápidamente. Los *sekhmets* habían sido responsables de homicidios en cada una de sus ciudades, pero las diferentes autoridades estaban desconcertadas en cuanto a la identidad de aquellos asesinos y sobre cómo destruirlos. Ninguno podía ofrecer la menor pista que pudiera identificarles o sobre su paradero actual. Estaba fascinado por el problema. Tanto que incluso Akhenatón se interesó, y recibí una citación para participar en una reunión del Círculo Real.

Esta vez la reunión estaba presidida por el mismo Akhenatón, con Nefertiti sentada junto a él. El faraón había vuelto a dar muestras de su buen humor acostumbrado. Tenía el rostro afeitado y aceitado, la mirada y la voz agudas, mientras pasaba de un tema a otro. Por fin, se volvió hacia mí, apoyando los codos sobre los brazos de su trono, uniendo sus largos dedos para esconder la boca.

—Mahu, mi amigo. Tengo entendido que has estado muy ocupado. ¿Querías informar al Círculo Real por qué mi Jefe de Policía, Superintendente de la Casa de los Secretos, trabaja hasta bien entrada la noche? ¿Por qué las lámparas de aceite han sido vistas encendidas hasta poco antes del amanecer y sin embargo aquí, en la Gran Casa, no hemos recibido ninguna advertencia, ninguna información sobre ese trabajo? —Dio un fuerte golpe con sus manos, haciendo que Huy se sobresaltara. Ay, sentado a su izquierda, también guardaba silencio, con los dedos sobre la cara para ocultar su propia expresión.

—Su Majestad —escogí mis palabras cuidadosamente, decidido a no mentir—, he recibido información de que un gremio, un grupo de asesinos que se autodenominan *sekhmets*, han sido enviados a la Ciudad de Atón.

Ignoré las exclamaciones entrecortadas y los gritos de los otros miembros del Círculo Real.

—¿Por qué no se nos ha informado de esto? —La voz de Nefertiti se alzó aguda sobre el murmullo—. ¿Quiénes son esas personas? ¿Por qué no han sido arrestados? ¿Cómo se les permitió entrar en la ciudad sagrada?

—Su Majestad. —Abrí los brazos—. Recibí esta información de mis propios espías de Tebas. Podría ser una tontería, un simple chisme, un parloteo ocioso. Cualquiera puede entrar en la Ciudad de Atón siempre que pueda demostrar una buena posición en los negocios. El Divino ha proclamado en todo Egipto que cualquier adorador de Atón es bienvenido. Estos *sekhmets* nunca han sido apresados. No tenemos pista alguna sobre su identidad. Por lo que sé, Su Majestad, podrían estar sentados en esta cámara, podría ser un sirviente en el corredor o uno de los soldados, incluso miembros de vuestra propia corte.

—E incluso si están aquí —Huy intervino en un intento de ayudarme—, no sabemos cuál es su verdadero objetivo. Podría ser para resolver un asunto privado. —Hizo una pausa y cerró los ojos al darse cuenta de su error.

—En otras palabras —Ay se apartó las manos de la boca—, lo que estáis diciendo, mi Señor Huy, es que tenemos asesinos en la Ciudad de Atón pero que en realidad podrían no significar ninguna amenaza para el Divino o su familia. Pero al decir esto —continuó suavemente—, reconocéis la posibilidad de que estos asesinos estén aquí para formar parte de alguna terrible conspiración que pueda golpear el corazón de Egipto.

La mano de Akhenatón se movió para cubrir la de Nefertiti. Por un breve momento, el miedo brilló en sus ojos, una fugaz expresión que desapareció cuando dio rienda suelta a su rabia. En un primer momento continuó sentado, subiendo y bajando su brazo derecho, golpeando el brazo de su sillón. Hasta que se echó hacia atrás en su asiento y, con su pie protegido por una sandalia, pateó la mesa que tenía ante sí, enviando manuscritos, tinteros y papiros en blanco al reluciente suelo. No nos miraba a ninguno de nosotros, sino que había fijado sus ojos vidriosos en alguien al que no podíamos ver. Sus labios se movían como si estuviera hablando con alguien al que no podíamos escuchar. Nefertiti trató de calmarlo, pero él retiró su mano. Ay susurró algo a su oído, pero Akhenatón hizo un movimiento cortante con la mano y se levantó de un salto. Inmediatamente hicimos una reverencia y empujamos nuestros almohadones, inclinándonos hasta poner en contacto nuestras frentes con el frío suelo. Cuando levanté la vista, tanto Akhenatón como Nefertiti habían abandonado el salón. No teníamos otra opción que permanecer arrodillados. Aunque Akhenatón estuvo ausente durante al menos dos horas, nadie, ni siquiera Ay, se atrevió a moverse: las reuniones del Círculo Real no terminaban hasta que el faraón lo decidiera. Llegó un mensajero con expresión preocupada después de atravesar violentamente las puertas entreabiertas que había detrás del trono y Ay salió rápidamente. Horemheb, gruñendo sin disimulo, se arrodilló mientras Ramsés, mostrando su mal humor, movió sus almohadones hacia él y se acomodó lo mejor que pudo.

Por fin, los chambelanes anunciaron el regreso del Divino quien, acompañado por Nefertiti y Ay, entró en la sala. Akhenatón aceptó nuestro respeto y se sentó en el trono. Casi no esperó a que volviéramos a nuestras posiciones antes de coger el flagelo y el cetro que le alcanzó Ay y, cruzando los brazos, dio a conocer un decreto que tendría efecto en todo Egipto: la completa destrucción del culto a Amón. Había que retirar y destruir todas las estatuas. Todas las referencias al dios, fuera en monumentos públicos o en tumbas privadas, debían ser retiradas inmediatamente. Quien se opusiera o resistiera debía ser tratado como un traidor y se actuaba contra él en consecuencia. La orden del rey sería válida desde el Gran Verde hasta más allá de la Tercera Catarata, e incluso hasta el otro lado del Sinaí, para todo templo, santuario o tumba que tuviera una oración, una inscripción o una escultura relacionada con Amón, el Silencioso de Tebas. Escuchamos en azorado silencio la voz de Akhenatón, que llenaba la sala. Cuando terminó, apuntó con el flagelo a Horemheb y Ramsés.

—¡Vosotros seréis los responsables de la puesta en práctica de este decreto, que será inmediato! Mahu, tú debes descubrir a los *sekhmets*. Debes arrestarlos. Debes destruirlos a ellos y a cualquiera relacionado con ellos. ¡Ésta es la palabra del faraón, ésta es la voluntad del faraón y nuestra voluntad será obedecida!

Horemheb y Ramsés podían maldecir y quejarse en privado, pero el decreto de Akhenatón fue redactado por los escribas y enviado a cada pueblo y ciudad de todo el imperio. Ambos guerreros recibieron instrucciones explícitas de trasladarse a Tebas y hacer cumplir sus órdenes, aun cuando ello significara la retirada de las inscripciones de la Necrópolis Real, donde el Magnífico yacía enterrado. Por supuesto, la reina Tiye, Ay y otros trataron de aconsejar cautela y prudencia, pero Akhenatón y Nefertiti estaban de acuerdo en esto. Ellos estaban convencidos de que los *sekhmets* habían sido contratados por los sacerdotes de Amón, de modo que estaban decididos a eliminar ese culto de raíz.

—¡Al cabo de un año —se jactaba Akhenatón—, Amón ya no existirá!

Horemheb y Ramsés encontraron poca resistencia. Sus soldados, al igual que los mercenarios, eran pagados directamente por la Tesorería Real. Akhenatón había dado muestras de una gran astucia. No había atacado a los otros dioses, como Osiris en Abydos o Ptah en Menfis, sino sólo a Amón de Tebas. Los otros sacerdotes y templos lamentaron tales ataques, pero en secreto estaban encantados de ver destruida la supremacía del dios tebano de una vez por todas, sus templos deshonrados y su clero dispersado. Por supuesto, se produjeron tumultos y disturbios, particularmente en Karnak y Luxor, pero los arqueros sirios y los mercenarios *kushitas* de Horemheb los reprimieron brutalmente.

Mis preocupaciones giraban en torno a los *sekhmets*. Di instrucciones cautelosas para que todas las entradas al palacio fueran estrictamente protegidas. La comida y el vino servidos al Divino siempre se probaban. Día y noche continué mi búsqueda. Algo descubrí. Los *sekhmets* habían dejado un rastro de destrucción en las ciudades a lo largo del Nilo menos en un lugar, *Akhmin*, el hogar de Nefertiti, Ay y el

resto de su tribu. ¿Por qué? ¿Procedían de esa ciudad? ¿Eran miembros del grupo de los *akhmin*? Pero ¿quién? Los destinos de Ay y de Nefertiti, así como el de la reina madre Tiye, estaban estrechamente vinculados con el de Akhenatón y su gran visión religiosa. Por supuesto, como razoné con Djarka, yo podía haber entendido mal. Otras ciudades tampoco pudieron presentar ningún informe sobre los *sekhmets*. Me resultaba extraño, y tal vez fuera una mera coincidencia, que *Akhmin* fuera una de ellas. Revisé todos los informes policiales. Iba apareciendo una pálida imagen de los *sekhmets*, aunque a veces era más clara que otras.

—Podría ser —le confié a Djarka— que los *sekhmets* fuesen respetables y adinerados. Se mueven por el Nilo con total impunidad. Quizá sean sólo dos personas, posiblemente marido y mujer. Eso es todo lo que sé.

Volví a mis investigaciones y al hacerlo me encontré con otra cosa. Me interesé por una familia que se había trasladado a la calle de los Escribas y que constantemente hacían peticiones a la Gran Casa de la Escritura para obtener empleo en el palacio. El grupo estaba formado por un hombre, su esposa y sus tres hijos adultos. Hice vigilar la casa y logré sobornar, a uno de los criados. Éste finalmente nos contó una historia diferente. Los hijos en cuestión no eran miembros de la familia, sino sacerdotes escribas del templo de Amón en Tebas. Entramos en la casa, los arrestamos a todos y revisamos sus documentos. Al final aplicamos la tortura, azotándolos en las piernas y las plantas de los pies. Uno de los hombres más jóvenes se desmoronó y confesó. Habían sido obligados a abandonar Tebas tras el cierre del templo de Amón y de la dispersión de las filas sacerdotales. Habían utilizado papiro y pagado a falsificadores para crear documentos falsos y llegaron a la Ciudad de Atón en busca de empleo. Por supuesto, tuve que presentar este informe a la Gran Casa. Akhenatón mismo, acompañado por Nefertiti y Ay, bajó para interrogar a los presos. En su séquito venían Tutu (estoy seguro de que él mantenía informado a Akhenatón de todas mis actividades) y Meryre, cuya mirada de devoción petulante era más ofensiva que nunca.

Akhenatón, fervientemente apoyado por Ay, de verdad creía que había descubierto a los *sekhmets*. Por supuesto, no había encontrado ningún amuleto ni ninguna referencia a los asesinos entre las pertenencias de estos supuestos conspiradores, pero mi amo se negó a escuchar. La simple visión de sus enemigos y el hecho de que habían mentido fueron pruebas suficientes. Ignoró deliberadamente sus protestas de que eran sólo sacerdotes escribas de Amón que intentaban encontrar un nuevo trabajo. Ay tampoco escuchó sus negativas. Consideró que los documentos falsos y el pequeño montón de armas que habían escondido en su casa probaban su culpabilidad. Akhenatón mismo dictó la sentencia. La mujer, la esposa del sacerdote mayor, fue desterrada a las Tierras Rojas. Los cuatro varones fueron llevados al desierto y ejecutados sumariamente.

Por supuesto, fui aclamado como el héroe del momento y me dieron nuevos collares de oro y vino de la propia bodega de Akhenatón. Mi frente fue bendecida con

aceite sagrado. Akhenatón me convocó oficialmente ante la Ventana de las Apariciones, donde Nefertiti me roció con perfumados pétalos de rosas. Hice todo lo posible para razonar con Ay.

—No eran los *sekhmets* —protesté. Yo caminaba de un lado a otro por su capilla palaciega—. Podría tratarse de descontentos con malicia en sus corazones. Sólo los dioses lo saben...

—¿Cómo dices? —exclamó Ay.

Me golpeé el pecho.

—Sólo Aquel que lo ve todo sabe lo que realmente había en sus corazones, pero no creo que ellos fueran los *sekhmets*.

—¿Por qué no?

—Eran demasiado torpes, fue muy sencillo descubrirlos. Además, habían pasado la mayor parte de sus vidas en Tebas, pero sabemos por los informes de la policía que los *sekhmets* han estado operando en Menfis y en Abydos.

—Mintieron —replicó Ay—. Los asesinos siempre mienten para protegerse. Mahu, debes estar contento. El faraón te ha sonreído. Te has ganado su favor. La tarea que te ha asignado ya ha finalizado.

Miré fijamente aquel rostro astuto, aquellos ojos que no dejaban entrever nada. ¿Había sido Ay quién había contratado a los *sekhmets*? ¿Era ésa la razón de que estuviera tan ansioso por echar la culpa a los sacerdotes escribas? Ay, con su genio para cuestionar, para sopesar todo cuidadosamente en su propio corazón oscuro. ¿Por qué había dirigido hacia ellos su dedo acusador tan rápidamente? Hice una reverencia, salí con presteza y regresé a mis investigaciones. Casi había perdido las esperanzas, decidido ya a dejar las cosas como estaban y a considerar el informe de Sobeck como un chismorreo sin fundamento alguno cuando, una noche, Djarka dejó caer un comentario que hizo que mi corazón se detuviera un instante. Había tropezado, muy inesperadamente, con la identidad de los *sekhmets*.

Espíritu diabólico

*Mahu, apoyado en su báculo, escucha las noticias:
Se ha descubierto el paradero de algún malhechor.*

*(Escena de La tumba de Mahu en Tell-el-Amarna,
La Ciudad de Atón).*

Capítulo 18

Horemheb y Ramsés persiguieron a Amón y a todos sus fieles tanto en los templos como a lo largo de las avenidas y calles de Tebas. Ni siquiera las tumbas privadas estaban seguras. Me reía silenciosamente cuando me contaban que los agentes de Akhenatón rompían los sellos de los sepulcros y entraban para borrar la imagen de un ganso, ave sagrada de Amón, de las pinturas murales. En la ciudad de Atón, Meryre y el resto de los aduladores, aquellos hipócritas moralistas, se mostraron más que dispuestos a ponerse a la altura de la ocasión para dar pruebas de su servilismo y lealtad incuestionables. Se allanaron casas, tiendas y almacenes, y las estatuillas de cualquier dios que se encontraban eran incautadas y destruidas. Aquellos que habían ofendido la majestad de Atón fueron ridiculizados públicamente. Se les montaba al revés sobre un burro y se les paseaba por las calles. Honrar a alguna otra divinidad, adorar al dios equivocado, se había convertido en aquella época en un delito en la Ciudad de Atón. Se podía sentir una creciente intranquilidad, a la que contribuían todavía más las estrellas fugaces que atravesaban los cielos por la noche y los aterradores rumores sobre una horrible peste que se extendía al otro lado del Sinaí.

Continué mi búsqueda de los *sekhmets*. Todavía me desconcertaba una cuestión. Sabía quiénes eran y tenía mis sospechas sobre quién los había contratado. Había llegado a la conclusión de que trabajaban para una persona y sólo para ella, de modo que, ¿cómo habían llegado los espías de Sobeck a saber que alguien estaba buscando a los *sekhmets* por los callejones y las calles de Tebas? Tal vez el responsable de los asesinatos había difundido deliberadamente el rumor de que los *sekhmets* iban a ser contratados para colocar la culpa en la puerta de Amón, cosa que Akhenatón habría estado más que dispuesto a aceptar. No me atreví a confiar en ninguno de mis agentes o espías, ni podía informar a Djarka, de modo que salí por la noche yo mismo para observar la casa.

Mi larga vigilia demostró que mis sospechas eran correctas. Así que cuando Makhre y Nekmet nos invitaron a Djarka y a mí a una espléndida comida de tréboles y peces, servida en una salsa especial, acepté de buena gana. Makhre y Nekmet cerraron aquella noche su casa de comidas y se comportaron a la vez como nuestros anfitriones y como nuestros sirvientes. Comimos en la terraza, sobre el techo plano de la casa que daba a un elegante patio. El agua cantaba en una pequeña fuente e innumerables cestos con flores esparcían su fragancia mezclándose con el aroma de los cuencos de incienso y casia colocados a la sombra del parapeto que cerraba la terraza por su parte superior. Las carnes estaban deliciosas, la salsa fresca y sabrosa al paladar, el pan dulce y tierno, mezclado con semillas de algarroba y un toque de miel. El vino era el mejor que producía la tierra negra de Canaán. Fue un hermoso

atardecer, con el cielo cambiando de color y, mientras el sol se ponía, los riscos del este refulgían con sus últimos rayos. Tuve cuidado con lo que comía y bebía, a la vez que estudiaba a aquella valiosa pareja: Makhre con su túnica blanca, cabeza y rostro brillantes por el aceite perfumado; Nekmet con delicada piel y ojos de gacela, resplandeciente con su túnica plisada y delicadas joyas. Entonces yo todavía seguía siendo arrogante; no conocía toda la verdad, el terrible secreto que al final causaría el derrumbe de tantos sueños. En aquella etapa de los acontecimientos yo sólo estaba preocupado por Djarka y su amor por aquella joven y elegante mujer. Al final, me enfrenté a ella. Mientras Nekmet me servía un plato de lechuga preparada con aceite y hierbas, Djarka le hacía bromas por coquetear conmigo. Makhre se reía. No pude resistir más. En lugar de aceptar el tazón, aferré su muñeca con tal fuerza que hizo una mueca de dolor.

—¿Vosotros sois de *Akhmin*?

—No, no —replicó Makhre en tono burlón, pero sus ojos cambiaron. Miraban con atención.

—Pero le dijiste a Djarka el otro día que sí erais de allí.

—¿Qué? —Makhre se volvió hacia su hija. Sacudió la cabeza.

—Tú me lo dijiste —intervino Djarka, ya alarmado, sosteniendo su copa, sin saber a quién mirar. Solté la mano de Nekmet.

—Vosotros sois de *Akhmin* —repetí—. Le dijiste a Djarka, Nekmet, que habías nacido allí. Estoy seguro de que fue un desliz. Si tú eres de allí, tu madre y tu padre también debían de serlo. Entonces ¿por qué mientes ahora?

El banquete había terminado. Los rostros de Makhre y Nekmet los traicionaron. Por primera vez se habían visto obligados a revelar su verdadera identidad.

—Vosotros sois de *Akhmin* —insistí—. Por lo que sé, podríais perfectamente ser parientes del Padre de Dios Ay, amigo cercano del faraón. Entonces ¿por qué venís a la Ciudad de Atón y os comportáis como si no conocierais a nadie? ¿Por qué os acercasteis a mi lugarteniente Djarka? ¿Para lograr el acceso al palacio, cuando el Padre de Dios Ay podría haberlo conseguido sólo con una inclinación de cabeza?

—Os equivocáis —replicó un nervioso Makhre—. Mi señor Mahu, estáis realmente equivocado. No conozco al Padre de Dios Ay. Lo he visto de lejos...

—¡Eres un mentiroso! No hablas con la voz verdadera porque no conoces la verdad.

—¡Mahu! —advirtió Djarka.

—He estado observando esta casa yo mismo. Ayer por la noche, muy tarde, vi al Padre de Dios Ay entrar y salir de este lugar. Así que, decidme, ¿por qué estáis vosotros aquí, Makhre y Nekmet? ¿A quién estáis persiguiendo? ¿A mí? ¿A Djarka? ¿O al Divino mismo?

Nekmet tomó un trozo de granada. Lo masticó cuidadosamente, aprovechando para mirar a su padre por el rabillo del ojo.

—Vosotros sois los *sekhmets* —continuó—. Una familia de asesinos que viene de *Akhmin*. Trabajáis para una sola persona, el señor Ay. Hace muchos años, Makhre, erais tú y tu esposa, pero ella murió. Ahora sois tú y tu hermosa hija. Asesinasteis a algunas personas en Tebas, poco antes de que el Divino abandonara la ciudad. Hicisteis que esos asesinatos fueran interpretados como muertes por rivalidades comerciales o por viejos rencores. Sin embargo, todas vuestras víctimas de Tebas tenían una cosa en común: eran enemigos de Ay. Lo mismo ocurrió con otras víctimas vuestras de las ciudades a lo largo del Nilo. —Algo de lo que yo decía era cierto, el resto eran simples conjeturas—. Os trajo a este lugar el señor Ay —continuó—. No somos vuestras víctimas sino que, a través de nosotros, particularmente de Djarka, habéis conseguido acceso al palacio.

—Pero hemos estado allí —protestó Nekmet—. ¡No hemos hecho ningún daño!

—Por supuesto que no. —Aparté la copa de vino—. Un verdadero asesino tiene primero que ser aceptado, pasar a formar parte de la vida cotidiana, de la rutina. Además, no hay ninguna prisa. Quienquiera que sea vuestra víctima, no atacaréis hasta que el señor Ay diera la orden.

—¿Pero tenéis pruebas? —Makhre había recuperado su aplomo.

—No vas a quedarte soltando evasivas como si fuéramos niños jugando con palos —gruñí—. Haré que registren esta casa. Estoy seguro de que encontraré lo que busco.

—¿Y dónde está vuestra policía? —quiso saber Nekmet.

—Sabes perfectamente —repliqué— que nadie más lo sabe. El Divino piensa que los *sekhmets* han sido detenidos y ejecutados. Sin embargo, si descubriera que los verdaderos asesinos estaban protegidos por el lugarteniente de su Jefe de Policía, que además les abrió las puertas del palacio, su ira alcanzaría a Djarka.

—Vamos a ver al señor Ay —propuso Makhre.

—Lo negaré —respondí—. Dirá que estoy loco o enfermo, pero el daño estará hecho. Hará que vosotros desaparezcáis y Djarka continuará viviendo bajo la sombra de la sospecha.

—Pienso realmente... —Makhre empujó la mesa. Cuando hizo el ademán de levantarse, flexionó su brazo, de modo que cuando atacó, yo lo estaba esperando. El cuchillo, oculto en su mano, apuntó a mi garganta, en el mismo momento en que Nekmet arremetió contra Djarka con una daga que también llevaba escondida. Djarka fue más rápido que yo y empujó la mesa contra el estómago de Nekmet, mientras el cuchillo de Makhre rozaba mi cuello. Me eché hacia atrás, lanzando golpes con mi propio cuchillo a su garganta expuesta, moviéndolo en círculos hasta producirle un corte en la parte blanda por debajo de la barbilla. Cayó hacia atrás sobre los almohadones, con una expresión de sorpresa en su cara y la sangre saliendo por su boca y por la herida abierta del cuello. Temblaba como una persona con fiebre, un ruido horrible surgía de sus labios.

Miré a mi derecha. Djarka tenía su brazo por detrás de la cabeza de Nekmet, a la que empujaba todavía más sobre la daga clavada en la parte alta de su vientre. Tenía

los labios entreabiertos, los párpados se movían como si quisiera hablar o besarlo. El rostro de Djarka era una horrible máscara con una expresión de profunda compasión, pero no por ello soltaba la cabeza ni el cuchillo: sus ojos estaban a sólo unos centímetros de los de ella. Al final, el rostro de la joven se aflojó y sus hombros cayeron. Makhre también quedó inmóvil con la cara hacia un lado y todo el pecho y la ingle empapados de sangre. Arrastré a Djarka, dejando que el cadáver de Nekmet cayera sobre los almohadones. Luego volví a servir su copa y la mía. Me quedé sentado bebiendo mientras Djarka sollozaba con el rostro entre las manos. Fue una de las escenas más desgarradoras que jamás he presenciado. Seguramente estuvo así durante una hora, con aquellos dos cadáveres mirándonos con sus ojos vacíos y vidriosos. Las aves nocturnas volaron sobre la casa. Ya era de noche, oscura y suave como el terciopelo. Seguí bebiendo de mi copa. Por fin, Djarka secó sus lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me acusó.

A la luz de las lámparas de aceite mi joven amigo había envejecido. Su cara había perdido aquella suavidad de aceituna y tenía los ojos enrojecidos; las arrugas marcaban las comisuras de la boca. Tenía el aspecto de un anciano afligido.

—Si te lo hubiera dicho, Djarka, no me habrías creído. Te conozco. Te habrías enfrentado a Nekmet. Te habrían matado, o habrían mentido y huido.

—¿Por qué? —preguntó Djarka—. ¿Por qué me mintió?

—No lo sé.

—Acabaré con Ay —amenazó Djarka.

—No. No harás semejante cosa. —Me levanté, mis piernas estaban tensas y duras—. Vamos, Djarka, tenemos mucho que hacer.

En un primer momento pensé que se negaría, pero Djarka estaba ansioso por descubrir más pruebas, queriendo demostrar que yo estaba equivocado. Pero él sabía la verdad. Mientras revisábamos la casa, reconoció que Makhre y Nekmet habían confesado su propia culpabilidad.

—Nos habrían matado —dije—, y se habrían llevado nuestros cadáveres a las Tierras Rojas.

Registramos aquella casa desde el sótano hasta el techo. Al principio no encontramos nada, excepto datos que indicaban que Makhre y su hija habían recorrido todo el reino. Tenían una fortuna considerable. Bajé al sótano, especialmente construido para almacenar vino y otras mercancías que debían guardarse en un lugar frío. El sótano estaba dividido por una pared de yeso. La examiné con cuidado y retiré una puerta improvisada. Estudié los dinteles.

—Esto se construyó sólo con la intención de que fuera un tabique —le dije a Djarka—, pero tiene por lo menos un metro de ancho a cada lado. —La pared divisoria era de paneles de madera recubiertos por una gruesa capa de yeso. Los lados sobre los que se había fijado la puerta eran de vigas construidas especialmente con esa función. Las quitamos y descubrimos que cada lado de la división era, efectivamente, una estrecha habitación secreta. Allí dentro encontramos la prueba que

buscábamos: un pequeño cofre lleno de medallones y amuletos de Sekhmet, arcos sirios, tres *carcajs* con flechas, espadas, dagas, tableros para escribir. Y lo que era más importante: el escondite ocultaba un botiquín cuidadosamente preparado y perfectamente armado con botes y frascos, todos cerrados y etiquetados con esmero. Los sacamos a la luz de las lámparas de aceite.

—No soy médico —afirmé—, pero sospecho que se trata de venenos y pociones, suficientes para matar a una aldea entera.

También encontramos documentos, todos con sellos oficiales, que proporcionaban diferentes nombres y detalles, así como frascos de maquillajes, pelucas y ropa para que Makhre y Nekmet pudieran disfrazarse. Había también allí pequeñas bolsitas con oro y plata y un cofre con piedras preciosas.

—Estaban siempre listos para huir —comenté—. Dispuestos para desaparecer apenas la tarea estuviera terminada.

En aquel momento, Djarka estaba ya fríamente sereno. Regresamos a la terraza junto aquellos cadáveres que yacían en charcos de sangre. Las moscas comenzaban ya a reunirse.

—¿Qué haremos? —preguntó Djarka.

—¿Cuántas personas sabían que éramos sus invitados?

Djarka, con el rostro todavía manchado por las lágrimas, sacudió la cabeza. Le ordené que me ayudara. Envolvimos los dos cadáveres en pieles de oveja y los atamos firmemente con cuerdas; luego vaciamos las cámaras secretas y pusimos los dos cadáveres dentro. Encontré una bolsa de cuero y recogí la mayor parte de los objetos de valor. Trajimos cubos con agua de la fuente y limpiamos todos los restos de nuestra pelea, y luego esperamos hasta el amanecer para poder apreciar mejor los resultados de nuestro esfuerzo. La terraza estaba ya como cualquier otra. En la cocina lavamos los platos y las copas en recipientes con agua. Regresamos al sótano para volver a poner en su lugar las pesadas vigas y la puerta. Revisé la casa con sumo cuidado. Cuando quedamos satisfechos, nos marchamos.

—¿Por qué? —preguntó Djarka, cuando nos deslizamos por las calles de regreso a la parte central de la ciudad—. ¿Por qué los dejamos así?

—Es la única manera —repliqué—. No confío en el carácter de Akhenatón ni en los arrebatos frenéticos de Nefertiti. El dedo de la sospecha te apuntaría a ti.

Una vez en casa, Djarka se desnudó y me lanzó toda su ropa.

—Quémala —me dijo por encima del hombro.

Salió a uno de los patios, se lavó y regresó a sus aposentos. Lo seguí. Se estaba preparando para un viaje, con sandalias de marcha en los pies y un par de bolsas de cuero ya listas. Cruzado sobre su hombro portaba un arco y un carcaj con flechas, una daga sujeta en el cinturón y un bastón en una mano.

—¿Djarka? —pregunté.

—Dejaré tranquilo al señor Ay por el momento. —Habló entre dientes y no dijo nada más. Me dio la mano y se fue. Desapareció durante cuarenta días y cuarenta

noches en las Tierras Rojas. Cuando regresó, su cara estaba ennegrecida por el sol y había mechones grises en su pelo. Su cuerpo y su rostro se habían endurecido. Habló poco acerca de dónde había estado y regresó a sus tareas.

Durante su ausencia yo estuve ocupado. Regresé a la casa de los asesinos para asegurarme de que todo estuviera en su sitio. Por supuesto, se hicieron preguntas. Hice circular la historia de que el propietario y su hija habían partido a toda prisa. Ay no tuvo más remedio que apoyar esa versión, aunque adivinó la verdad. Me enfrenté a solas con él en un jardín del palacio. Al principio actuó con desconfianza, desestimando mis acusaciones con un revoloteo de sus dedos. Le dije exactamente lo que había ocurrido y dónde estaban escondidos los cadáveres de sus asesinos.

—Vos decidiréis, Padre de Dios —le advertí—, si queréis sacar sus cuerpos para darles un entierro honorable. No creo que lo hagáis.

—En algún momento olerán —contestó Ay imperturbable, aunque estaba visiblemente preocupado ante la posibilidad de que cualquier espía escondido lo escuchara o algún criado se acercara demasiado—. Aunque, claro, sus cadáveres están encerrados...

—¿Por qué los contratasteis —pregunté—, y para quién?

Ay se alejó para oler una flor. La arrancó y regresó haciéndola girar entre sus dedos, moviendo la cabeza y el cuello como si quisiera aliviar la tensión de sus hombros.

—Mi señor Ay —susurré roncamente—, vos me considerasteis vuestro amigo, vuestro aliado.

Ay levantó la cabeza, llevándose la flor a la nariz, pero usándola para ocultar sus labios.

—Mírame a los ojos, Mahu. ¿Qué ves?

—Miedo —respondí.

—Y miedo es. Pronto verás la razón de ello.

—¿Era ésa la única manera? —pregunté.

—Todo ha terminado, Mahu. —Apartó la flor. Hizo un gesto con la mano—. Todo ha terminado. Todo ha salido mal. El vino no sabe tan dulce ni la comida tan deliciosa, íbamos a introducir el culto a Atón, no a perseguir a quienes pintan gansos en las paredes de sus tumbas o guardan una estatua de Isis en su armario. Nunca imaginé que Tebas sería abandonada para que se pudriese o que nuestros aliados más allá del Sinaí se perderían en el polvo porque no los ayudamos. Peor todavía... —Sacudió la cabeza—. No. —Arrojó la flor—. ¡Ya verás! Los *sekhmets* eran una solución fácil.

Ay se negó a decirme más y eso fue lo más cerca que estuvo alguna vez de hacer una confesión completa.

* * *

El decimosegundo año del reinado de Akhenatón estaba ya sobre nosotros y el rey se sumergió en la celebración de su gran jubileo, el aniversario de su coronación. Representantes de otros reinos fueron invitados a Tebas. Se realizaron banquetes y procesiones, los soldados iban de un lado a otro, hubo demostraciones militares, festivales y se intercambiaron regalos. Aquello fue el último destello de luz antes de la oscuridad. Akhenatón desempeñó sus funciones públicas con toda la majestad que pudo reunir. Ataviado con la gloriosa parafernalia del faraón, agasajó a representantes de Kush, Canaán y Libia, así como a los embajadores de los *mitanni* y de los hititas. Les expuso las virtudes de Atón, mostrándose él mismo y Nefertiti como encarnaciones deslumbrantes de su dios. Aquello fue solamente una máscara. Durante las ceremonias mostró una frialdad notable hacia su esposa. Yo había estado tan ocupado con mis propios asuntos, que no había prestado atención a que, en los últimos meses, Akhenatón se había ausentado con frecuencia, mientras Khiya prácticamente había desaparecido de la corte.

Todo esto fue una preparación para la tormenta. La tempestad se desató cuando los festejos del jubileo ya habían terminado y Akhenatón y Nefertiti presidían una reunión del Círculo Real. Las únicas personas invitadas eran los Devotos y los niños de la Kap. Comenzó de la manera formal acostumbrada. Meryre entonó una interminable oración a Atón. Horemheb estaba sentado y tamborileaba con sus dedos sobre un tatuaje de su rodilla mientras Ramsés fingía dormir. Todos los demás estaban adormecidos. La gran persecución de Amón había finalizado ya y había dejado un sabor amargo en las bocas de todos. Por supuesto, Pentju no estaba presente, ya que tenía prohibido aparecer ante Nefertiti. Tres días antes le había estado observando y me preguntaba por qué parecía tan preocupado, con los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando. A la reunión también asistieron tres de las hijas mayores de Akhenatón: Meketatón, Meritatón y Ankhespaatón. Las gemelas eran bastante agradables, pero Ankhespaatón estaba llena de vigor y de vida, una hermosa joven probablemente de no más de diez veranos de edad. Había heredado algo de la belleza seductora y atractiva de su madre, sus expresivos ojos y sus movimientos exquisitamente femeninos. Incluso a tan temprana edad mostraba su cuerpo, vestido con túnicas perfumadas, para captar y llamar la atención de los hombres. Las tres hijas estaban arrodilladas sobre almohadones a los pies de Nefertiti. Las gemelas se mostraban adormecidas, pero Ankhespaatón, con un extraordinario hilo de oro que le sujetaba el pelo, miraba con arrogancia a todos lados con sus ojos en constante movimiento y una ligera sonrisa sobre aquellos labios encantadores.

Cuando Meryre terminó su aburrida letanía, Akhenatón permaneció sentado con las manos sobre los brazos del trono y la cabeza inclinada. En aquella ocasión no llevaba puesta la corona, sólo una cinta de oro con un Uraeus enjoyado en el centro. Alzó la cabeza. Nefertiti se acercó para tocar su mano, un gesto habitual. Akhenatón la apartó. Ella ignoró el insulto y no tuvo ninguna reacción, salvo una leve

inclinación de cabeza. Me miró: su expresión era de aflicción. Me di cuenta de que los años habían pasado. Ella había envejecido, sus mejillas ya no eran tan suaves, su cuerpo había engordado ligeramente.

—Su Majestad. —Tutu, desde donde estaba sentado frente al rey, hizo una reverencia—. Su Majestad tiene palabras para nosotros.

La mano de Akhenatón se alzó hasta su rostro.

—Todos vosotros debéis de haberos... —comenzó. Recuerdo esas palabras muy bien, porque ellas desataron la tormenta—. Todos vosotros debéis de haberos preguntado qué va a ocurrir cuando yo regrese a mi Padre para reunirme con el Único en el Horizonte Lejano, quién se sentará aquí y llevará la corona de Egipto, quién portará el flagelo y el cetro, quién intercederá por vosotros —levantó sus manos como en una plegaria— ante mí y mi Padre.

Nefertiti, sorprendida, giró la cara. Las charlas usuales y los chismes de palacio decían que la hija mayor de Akhenatón le sucedería. Nefertiti hizo un movimiento extraño con sus manos, como si los cortesanos estuvieran demasiado cerca de ella y deseara que se alejaran.

—Mi Señor, tenéis una hija —intervino Tutu, desconcertado.

—Y ahora tengo un hijo. —La declaración de Akhenatón resonó por toda la cámara.

—¡Mi señor! —exclamó Tutu tartamudeando.

—Tengo un hijo —repitió Akhenatón—. Carne de mi carne, cuerpo de mi cuerpo. ¡El príncipe Tutankhatón, hijo de la princesa Khiya la Amada! Y él no es el primero...

Nunca sabré por qué Akhenatón escogió aquel momento y aquel lugar para su declaración. Quizá todo el resentimiento y la decepción se habían unido para salir en ese instante.

—No es el primer hijo —continuó Akhenatón—. También tuvimos una hija que murió, pues nació prematuramente. El príncipe, sin embargo, es un niño vigoroso. Es mi sucesor, la semilla bendita de Atón, el hálito de Dios. Es mi heredero y será proclamado como tal.

En aquel momento, el Círculo Real quedó consternado. Yo no podía más que admirar la astucia de Akhenatón, aunque lamentaba la humillación pública de Nefertiti. Ella había cometido un terrible error. Khiya se había convertido en un Ornamento Real, una adúladora de la corte, alguien que era visto y protegido. Al igual que los demás, Nefertiti tampoco había prestado atención a las largas ausencias de la princesa de los *mitanni*, a sus periodos de aislamiento en los palacios laberínticos de Atón. Un éxito fácil, pues ¿quién iba a preguntar por Khiya, el mono? A Nefertiti no le gustaba, de modo que no había ninguna razón para que ningún cortesano en busca de poder deseara relacionarse con ella. Salvo, por supuesto, Pentju... un hombre de ingenio hábil y corazón astuto. Él seguramente tenía algo que ver con aquello, pero, en aquel momento, permanecí sentado como todos los demás,

en un silencio causado por el asombro. El aspecto del rostro de Nefertiti era desgarrador: su mirada, salvaje y confundida. La gloria de Egipto, los collares, las coronas y las joyas que la adornaban ya no realzaban su belleza o su estatus sino que parecían resaltar la burla. Algunos del Círculo Real se acercaron a felicitar a Akhenatón. Súbitamente Nefertiti se puso de pie. Apartó a las niñas y se arrodilló sobre los almohadones ante Akhenatón de espaldas a nosotros.

—Mi señor —su voz era fuerte—, mi señor, te lo suplico. —Akhenatón se vio forzado a mirarla—. Soy tu reina, tu Gran Esposa. No es posible que los vástagos de un mono de Mitanni lleven la doble corona.

Akhenatón permaneció en silencio con el rostro tenso y el cuerpo rígido. Tenía que enfrentarse a la cólera de Nefertiti. Ella se adelantó, erguida sobre sus rodillas, y puso las manos sobre las rodillas de él, la postura clásica del suplicante.

—Soy tu reina, tu esposa.

Mi corazón lloró ante su voz implorante.

—He hablado. ¡Lo que el faraón ha dicho —la voz de Akhenatón resonó en toda la cámara— será hecho!

Nefertiti permaneció arrodillada, aunque retiró las manos.

—¿Por qué, mi señor? ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí? ¿No pudiste habérmelo dicho en la privacidad de nuestra cámara?

—He hablado —respondió Akhenatón—. Mi voluntad es clara. ¡Mi deseo será cumplido!

Sus hijas gemelas también estaban llorando, sollozando silenciosamente, acercándose para arrodillarse junto a su madre. Ankhespaatón, sin embargo, se volvió para mirarnos. Una muchacha muy bella. Se sentó sobre sus talones con las manos sobre los muslos y miró imperturbable a su alrededor, como si quisiera recordar cada uno de nuestros rostros.

—¡Tú me has traicionado! —Nefertiti se puso de pie de un salto y se alejó, mirando de soslayo a su esposo. Presentó su apelación al Círculo Real pero ¿qué consuelo podía encontrar allí?—. Me has traicionado —repitió.

—La Señora Khiya es la esposa legítima del Divino —dijo Tutu. Junto a él, Meryre asentía enérgicamente con la cabeza.

—¡Silencio! —gritó Nefertiti. Si no hubiera sido por la mano extendida de Ay, ella habría avanzado amenazadoramente sobre el chambelán adulator. Se volvió hacia su marido—. ¡Tú me has traicionado! ¡Hiciste un juramento! —Akhenatón alzó la mano, una señal de que se guardara silencio. Nefertiti se negaba a admitir la derrota—. Hiciste un juramento, un gran juramento que duraría para siempre. ¡Sólo nuestros hijos, la carne del sol, heredarían la doble corona!

—¿Traicionado? —Akhenatón cambió de táctica—. ¿Tú me hablas de traición, mi señora?

—¿Qué quieres decir? —siseó Nefertiti. Akhenatón hizo un gesto a Ay, cuya cabeza se inclinó—. ¿Dónde está el niño? —gruñó.

—Está a salvo.

—¿Y el mono?

—Está muerta.

Miré enmudecido a Akhenatón. El murmullo de las conversaciones se apagó.

—La Señora Khiya está muerta —repitió Akhenatón—. Ha viajado al Horizonte Lejano. Está más allá de nuestro cuidado y de nuestras lágrimas, pero no de nuestra memoria. Murió anoche. El médico... —Me di cuenta de que hablaba en singular—. El médico no pudo contener la hemorragia.

—¡Entonces que su cuerpo se pudra! —gritó Nefertiti—. ¡Y ruego que su maldito hijo la siga!

Akhenatón saltó de su asiento y, levantando la mano, golpeó a Nefertiti en plena cara, haciéndola caer hacia atrás. Ay trató de frenarla, pero el golpe fue tan fuerte que Nefertiti cayó cuan larga era en el suelo. Las gemelas gritaban. Ankhespaatón permaneció arrodillada. Los cortesanos se pusieron en pie, sin saber exactamente qué debían hacer. La reina se levantó con esfuerzo, limpiándose la sangre que salía por la comisura de su boca. Le susurró algo a Ay, pero éste parecía una caña rota, desplomado sobre sus almohadones, temeroso de hasta dónde podría llegar la rabia de Akhenatón. Nefertiti perdió todo control en ese momento. Le gritaba a Akhenatón, que le respondía de la misma manera. Las vestiduras de ambos estaban descolocadas, una sandalia de Akhenatón se había soltado. El Círculo Real estaba tan escandalizado que no pudo hacer otra cosa que permanecer sentado, viendo cómo el Gran Faraón y su Gran Reina se peleaban a gritos, como un campesino y su mujer en alguna callejuela de Tebas.

Ramsés trataba de ocultar su sonrisa. Horemheb permanecía sentado con la boca abierta. Meryre se tapaba los oídos. Me di cuenta de que todo el resentimiento que se había acumulado bajo la superficie durante los últimos años estaba surgiendo en aquel momento, en aquella violenta discusión. El capitán de la guardia irrumpió en la cámara, alarmado por el ruido, pero le hice un gesto para que se retirara. Los hombros de Ramsés se sacudían con una risa muda mientras continuaba la pelea. Tanto el faraón como su reina estaban a punto de perder todo rastro de dignidad. Akhenatón miró con furia a su alrededor. Quizá mi mirada de súplica atravesó la bruma de su cólera, pues, recogiendo sus vestiduras, regresó a su trono, como si los gritos e insultos de Nefertiti no se hubieran producido. Me hizo un gesto para que me acercara. Lo hice. Me arrodillé sobre los almohadones e hice una reverencia. Mientras levantaba la cabeza, Ankhespaatón me miró a los ojos, con una sonrisa sobre sus labios mientras se acercaba a su padre.

—¿Su Majestad? —pregunté.

El rostro de Akhenatón todavía estaba dominado por la cólera, un hilo de baba le corría por la barbilla, su pecho prominente subía y bajaba como si hubiera corrido una gran distancia. Sus blancas vestiduras estaban empapadas de sudor. Se inclinó

hacia delante, golpeando mi hombro con el flagelo. No habló hasta que Nefertiti quedó en silencio, más por agotamiento que por otra cosa.

—La Señora Nefertiti ha empleado palabras de rebelión. —La voz de Akhenatón sonó hueca—. Se ha atrevido a amenazar al Príncipe de la Corona. Será desterrada a sus aposentos en el palacio del norte. No se presentará ante mi rostro nunca más. Mahu, ¡haz que mi voluntad se cumpla!

Me puse de pie y caminé hacia Nefertiti, con las manos extendidas. En aquella hora había envejecido. Las pinturas de su cara estaban manchadas por las lágrimas y el sudor. Un pendiente se había aflojado y, en su furia, había arrancado el collar de plata y oro de su cuello y los pedazos yacían dispersos a sus pies.

—Mi Señora —susurré—, debemos marcharnos.

Nefertiti hizo ademán de resistirse.

—¡Llamad a los guardias! —gritó Akhenatón.

La reina dio un largo suspiro, mientras su cuerpo se estremecía. Pensé que se estaba ahogando, pero entonces su cuerpo se relajó. Estaba allí, de pie, con la cabeza inclinada, los hombros caídos y las manos cruzadas sobre su vientre. Entonces recobró su dignidad y caminó hacia la puerta. Quiso volverse, pero la agarré por el codo.

—Mi Señora —susurré—, es inútil.

Akhenatón había calculado perfectamente que las cosas sucederían de aquella forma. Fuera había una muchedumbre de mercenarios libios, soldados y oficiales cuidadosamente seleccionados. De inmediato formaron un anillo alrededor de nosotros. Atravesamos corredores, patios y jardines, seguimos por la calle del Rey, hacia el palacio del norte. Es extraordinario cómo las noticias de la caída de alguien pueden extenderse con la rapidez del viento. Sirvientes asustados se apartaban corriendo. Cortesanos y funcionarios de pronto encontraron algo más interesante que hacer y desaparecieron. Visitantes y solicitantes, guardias, oficiales, escribas y sacerdotes se dispersaban ante el fuerte estrépito de los pasos de los mercenarios. Recorrimos la amplia avenida hacia los terrenos del palacio del norte. La decisión de Akhenatón había sido planeada. Nos estaban esperando más guardianes, mientras que en los aposentos reales se amontonaban las asustadas doncellas y sirvientas, listas para asistir a su ama. Los aposentos de Nefertiti eran muy similares a los del pequeño palacio de Atón, donde Akhenatón había crecido, en las afueras del palacio de Malkata: un patio central rodeado de edificios y, más allá, un jardín amurallado. Soldados con vestiduras de combate vigilaban cada puerta, cada portón y todos los accesos. Nos trataron con toda dignidad y cortesía. Las cocinas ya estaban preparando la comida. Nefertiti se detuvo y miró con tristeza a su alrededor.

—Mahu, esto no es ninguna sorpresa —murmuró—. Es como ir hacia atrás en el tiempo. Éste es mi nuevo hogar, ¿verdad?

Pasamos por la pequeña Sala de Audiencias, más allá de la cual se encontraban sus aposentos privados. Al llegar a la entrada del dormitorio, Nefertiti despidió al

grupo de damas, así como al corpulento y fornido capitán de la guardia que nos había seguido.

—Tú —dijo ella señalándolo con el dedo— puedes retirarte.

El hombre hizo ademán de protestar.

—Te retirarás —la voz de ella se alzó—, y sólo te acercarás a mí cuando yo lo ordene. ¿Y mis hijas?

—Su Majestad —respondió el capitán—, vuestras hijas tendrán permiso de visitaros siempre que lo deseéis. Pero en cuanto a retirarme...

—Haz lo que dice Su Majestad —ordené, haciendo un guiño rápido al hombre. Hizo una reverencia y se marchó. Nefertiti, tirando de mi túnica, me hizo un gesto para que la siguiera. Lo hice. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella. Ella atravesó el lugar y se sentó al borde de un pequeño diván. Durante un rato estuvo allí sentada, con el rostro entre sus manos, llorando en silencio. Me acerqué a la mesa y serví vino, especialmente helado, y se lo alcancé. Me lo quitó de las manos y bebió con avidez. Quise retirarme, pero me obligó a quedarme, poniendo almohadones a sus pies para que me sentara. Levantó su rostro, pálido y demacrado, pero sus ojos, todavía muy hermosos, parecían más brillantes a causa de las lágrimas.

—Mahu, ¿lo sabías?

—Mi Señora. —Sacudí la cabeza—. Por todo lo que es sagrado, no sabía nada. Ella nunca fue objeto de mi atención.

Nefertiti me devolvió la copa de vino. Continuaba sentada pasando un dedo por una ceja depilada.

—Ni siquiera pensé mucho en que ella había desaparecido, Mahu. Incluso creí que la habían enviado a Tebas. ¿Dónde se ocultaba?

—Ella tenía su propio palacio —respondí—. Señora, ¿no os disteis cuenta de lo que se avecinaba?

—Sí y no —respondió cansinamente—. Después del parto de nuestra última hija, el Amado ya no visitó mis aposentos. Se volvió frío y distante. Solía preguntar con frecuencia por mis días en Ahkmin. Mi relación con mi padre.

—¿Y? —me atreví a preguntar.

—Te diré cuál fue mi respuesta. Mi pasado era mi pasado, así como el suyo era el suyo. A veces me hablaba con brusquedad. Me recordaba que era el hijo de Atón. No, ¡eso no es así! Tú conoces la verdad, ¿no, Mahu? Mi propio padre me lo ha dicho muchas veces. Akhenatón cree que él es Atón. El Dios Encarnado, el Poseedor de toda la Sabiduría. Llegó a molestarse por mi propia presencia.

Yo me encontraba sentado sobre los almohadones en aquellos hermosos y opulentos aposentos con sus cofres con incrustaciones de marfil, su exquisita cama envuelta en lino blanco y delicado mobiliario. Las paredes estaban pintadas con escenas muy sugerentes, el ambiente perfumado con cestas de flores y cuencos de perfumes. Me di cuenta entonces de por qué Ay había llamado a los *sekhmets*, por qué Horemheb y Ramsés estaban tan preocupados. La Ciudad de Atón, el sueño de

mi amo, se estaba tambaleando al borde de la ruina. Nefertiti, como si hablara consigo misma, recitó una letanía de quejas. Me mantuve en silencio. No le pregunté sobre las pociones que le había dado a Khiya, ni soñé con mencionar el nombre de Pentju, aunque yo sospechaba lo que había ocurrido. Por fin, agobiado por los efectos del vino y su propio agotamiento nervioso, Nefertiti se echó sobre el diván, puso un almohadón bajo sus encantadoras mejillas, manchadas por las lágrimas, y se quedó dormida.

Durante un rato simplemente permanecí arrodillado estudiando aquel rostro exquisito enmarcado por su glorioso pelo rojo. Luego, inclinándome para acercarme más, la besé delicadamente en sus labios entreabiertos, todavía dulces con el sabor del vino. Me levanté y me dirigí a la puerta.

—Mahu —me llamó. No me volví, pero me detuve, con la mano sobre el pasador—. Cometí un error, traicionada por mi propio orgullo y mi propia arrogancia.

Abrí la puerta y me fui. Me dirigí a la mansión de mi Señora Khiya, una residencia palaciega con sus propios terrenos, rodeada por una alta muralla de ladrillos. Las puertas estaban fuertemente custodiadas. Mi presencia en el lugar fue cuestionada por los oficiales mercenarios, que me trataron más como a un enemigo que como a alguien a quien conocían. De todos modos, insistí. Por fin, me hicieron pasar. Pentju, con el rostro gris y la mirada vacía, se encontró conmigo en el jardín. Le conté lo que había ocurrido. Sonrió y asintió satisfecho con la cabeza. Cuando lo golpeé en la cara, no se opuso ni llamó a los guardias, sino que se levantó con lentitud, limpiándose la sangre de la nariz y riéndose en silencio. Lo golpeé otra vez, mientras podía escuchar el himno de lamentación que venía de la casa mientras se preparaba el cuerpo de Khiya para el entierro en una de las tumbas de las montañas del este.

—¿Me pegarás otra vez? —Pentju se acarició la mejilla—. ¿O es un caso de «médico cúrate a ti mismo»?

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué no? —Los ojos astutos de Pentju brillaron al esbozar una sonrisa—. ¿Por qué no, Mahu? ¡He sido tratado como un perro delante de la corte! ¡Mi trasero se expuso como el de un escolar desobediente! ¡Sin recibir ninguna disculpa! ¡Fui expulsado de la corte! Lo mismo ocurrió con Khiya. Quedó embarazada hace unos dieciocho meses, pero el bebé fue prematuro.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Cómo crees que son concebidos los bebés? —me respondió burlón. Alcé la mano—. Mahu, Mahu. —Me agarró la muñeca y bajó mi brazo suavemente—. Khiya era astuta como un mono. Sospechaba que los regalos de vino y comida que enviaba Nefertiti contenían pociones que le impedirían concebir o destruirían cualquier cosa que se formara en su vientre. Le dije que sólo comiera y bebiera lo que yo le enviara. El Divino venía aquí a menudo. Oh, me emocioné con lo que Khiya me dijo. Que él estaba cada vez más cansado de Nefertiti, quien se consideraba su igual tanto ante los

hombres como ante dios. De lo muy decepcionado que estaba por no tener un hijo varón. —Se encogió de hombros y se sentó en un banco de madera del jardín. Cogió una pequeña maceta con flores y hurgó en la tierra negra con un dedo—. Cuando Khiya se quedó embarazada otra vez, Akhenatón me hizo jurar que mantendría el secreto. Lo mismo hizo con todos los que trabajaban aquí. Los cocineros, las doncellas, todos son *mitannis* que deben lealtad a Khiya y a nadie más. Tenía instrucciones de no abandonar los jardines. Las puertas estaban custodiadas y, por supuesto, nadie sospechó nada.

—Menos Ay, ¿no?

—Menos Ay. —Pentju suspiró—. De algún modo Ay se enteró de la noticia, pero no se atrevió a decir nada a su hija, ni a sacar el tema ante el mismo faraón. Hace diez días nació el niño, fuerte y vigoroso. Pero la pobre Khiya quedó muy débil. Contrajo una fiebre y murió. El faraón había dado órdenes muy estrictas. Nadie puede venir aquí y nadie puede marcharse sin su permiso escrito.

—¿Excepto yo?

Pentju cerró un ojo y me miró mientras acariciaba su mandíbula dolorida.

—A ella le gustabas, Mahu, tú lo sabes. A Khiya realmente le gustabas. Tú fuiste una de las pocas personas que le mostraron respeto. Pensaba que eras gracioso. ¿Cómo te describió? —Cerró los ojos—. Ah, ¡sí! «No es un hombre que ha perdido el alma, sino uno que la está buscando». En las últimas horas antes de morir estaba sudorosa, febril, caliente como una roca ardiendo al sol. Susurró tu nombre y pidió que tú la recordaras.

Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Pentju había perdido su mirada cínica. Se puso de pie y me agarró las muñecas.

—Te he dejado entrar, Mahu, por ella. —Su voz se convirtió en un susurro—. Porque tengo un mensaje: «Dile a Mahu», dijo Khiya, «que hablo antes de morir y hablaré desde más allá de la tumba».

Reconocí la expresión que los *mitanni* utilizan cuando hacen un gran juramento.

—¿Cuál es? —pregunté.

—«Dile a Mahu que proteja a mi hijo. Dile a Mahu que sea el espíritu que lo guíe, que lo proteja como protegió al Velado alguna vez. Dile que quizá mi hijo sea el Único que va a venir, el Mesías, el Sagrado de Dios».

Pentju me sujetó con tal fuerza, con una mirada tan feroz, su voz era tan firme que supe que decía la verdad.

—No puedo.

—¡No, Mahu, debes hacerlo! Ella hizo un juramento sagrado. Te mencionó por tu nombre. Te guste o no, estás unido a ese niño. Quédate aquí.

Pentju se fue y regresó al poco rato seguido por una mujer joven que llevaba a un bebé envuelto en paños, mamando de su pecho generoso. La muchacha me miró y sonrió. Hablaba en una lengua que yo no podía entender. Pentju respondió y la mujer puso al niño suavemente en mis brazos.

Era la primera vez que yo, Mahu, tenía a un bebé en brazos. Lo miré, empujando la capucha de lino que protegía su cabeza. Noté que el cráneo era extrañamente alargado en la parte posterior, pero la cara era muy bonita: ojos pequeños que me miraban sin pestañear, mejillas regordetas, una pequeña boca que se cerraba y se abría, deseosa del pezón y de la leche vital. Esperé a que llorara al ser separado de su alimento, pero sólo me miró fijamente. Sentí que su tibieza se filtraba a través de los paños de lino. Puse mi dedo en la pequeña mano y sonreí al sentir que me la aferraba. Pentju le dijo algo a la nodriza, que se retiró. Durante un momento, miré a aquella pequeña criatura que había provocado la confusión y el caos en el poder de Egipto.

—Tutankhatón —susurré—, el Príncipe de la Corona Tutankhatón.

Aquellos pequeños ojos negros me miraban con seriedad. Dicen que los bebés no sonríen, que sus expresiones son sólo causadas por el hambre y la sed. Pero aquel pequeño me sonrió, una expresión muy fugaz, como si estuviera saboreando una broma. Se lo entregué a Pentju.

—¿Está bien y es sano?

—Bien y sano —confirmó Pentju—, sin malformaciones ni deformidades.

Creí que iba a añadir alguna otra cosa, pero llamó a la nodriza para que regresara. No volvió a hablar del juramento, sino que me acompañó a la puerta. Me di cuenta de que había un acuerdo tácito y de que, ocurriera lo que ocurriera, el juramento de Khiya en su lecho de muerte me obligaría para siempre.

* * *

Durante las siguientes semanas todo fue caos y confusión. Ay se retiró a sus aposentos privados. Todos los demás se ocuparon de sus asuntos de la manera frenética y estúpida que adoptan los cortesanos cuando desean ignorar algo y no afrontar las consecuencias de lo que pueda ocurrir. El Círculo Real no se reunió. La reina Tiye visitó tanto a su hijo como a Nefertiti, pero era obvio que la ruptura de la pareja real era amarga y no tenía arreglo. Akhenatón parecía completamente encantado con su nuevo hijo, mientras Nefertiti se convertía en una solitaria en sus estancias del palacio del norte. Nadie podía acercársele. Incluso cuando solicité permiso de hacerlo, el chambelán Tutu me ordenó que nunca más lo volviera a solicitar. Akhenatón también se alejó de todo. La vida en la ciudad se hizo más lenta, más desorganizada. El trabajo en la tumba real y en otros sepulcros se detuvo de repente. Todo parecía estar cambiando continuamente y, como suele ocurrir en los asuntos de los hombres, la mano del destino ciego llegó para intervenir.

Espíritu diabólico

«Los textos de esta tumba contienen extraordinarios errores y son a menudo ilegibles».

(Comentario de N. de G. Davies sobre «El Himno a Atón», tal como fue encontrado en la tumba de Mahu).

Capítulo 19

La peste se extendió por la Ciudad de Atón a mitad de la estación calurosa durante el año trece del reinado de Akhenatón. Fue una plaga virulenta que provocaba una enfermedad con mucho sudor, seguida de una muerte inmediata. En un momento tan cercano a la ruptura entre el faraón y su Gran Reina, parecía como si los dioses, finalmente, hubieran apartado su rostro de Egipto. La plaga fue traída desde el muelle a la ciudad y arrasó las calles a ambos lados del Nilo. La casa vacía de Makhre y Nekmet, como Djarka a menudo me contó, fue objeto de interés, especialmente cuando alguien trataba de comprarla: nadie veía razón alguna para que continuara deshabitada. En la época en que la plaga comenzó a desvanecerse, durante la primavera del decimocuarto año del reinado de Akhenatón, habían quedado muchas casas vacías en la Ciudad de Atón. La peste, una bruma invisible de muerte y destrucción, causó estragos en todas las clases sociales. Los síntomas se convirtieron en un tema constante de conversación: un terrible sudor, inflamaciones en la ingle y las axilas, vómitos y terribles dolores de estómago. Lo sé bien. Fui una de las víctimas. Sobreviví sólo gracias a Djarka, que trajo a un hombre sabio *sheshnu* que me hizo ingerir una mezcla de musgo seco y leche agria. Djarka salió indemne, pero durante semanas estuve en el Mundo Inferior, una realidad aterradora donde los devoradores giraban a mi alrededor, hombres con extrañas armaduras, rostros cubiertos con horribles máscaras y bestias grotescas como grifos con alas y cocodrilos con cabeza de hiena. Todos los muertos se reunieron en torno a mí como para celebrar una fiesta infernal: mi tía Isithia, Ineti, Weni, Nekmet, Snefru, Makhre y todos los demás, regocijándose con malicia al verme. Nadaba en un agujero de fuego con formas oscuras que sobrevolaban por encima, envuelto en gritos roncós que resonaban en el aire rojo y nebuloso. Yo sobreviví, pero miles no lo lograron.

Durante la mayor parte del año catorce del reinado de Akhenatón estuve débil e indefenso. No podía mantenerme en pie durante mucho tiempo; incluso una breve caminata me resultaba agotadora. Después de la aparición de la Estrella del Perro, que marcaba el Año Nuevo, mi antigua fuerza regresó. Djarka me permitió mirarme en un espejo pulido.

—Estás tan flaco como un galgo.

Había cambiado. Me había crecido el pelo y tenía mechones grises. Tenía marcas alrededor de la boca y mis mejillas estaban ligeramente hundidas. Estudié mis ojos y aparté el espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Djarka.

—Tengo la cara de un mono —respondí—, y lo que es peor todavía, tengo los ojos de Sobeck.

—Son los efectos de la peste —explicó Djarka—. En primavera estarás recuperado.

Entonces me informó de la dimensión de la devastación. La Gran Reina Tiye, la princesa Meketatón, así como las dos hijas más jóvenes de Akhenatón, por no mencionar a muchísimas personas importantes, escribas y sacerdotes, habían caído víctimas de la enfermedad. Pentju estaba bien, así como el joven Príncipe de la Corona, mantenido en un estricto aislamiento. Horemheb y Ramsés habían huido hacia las Tierras Rojas. Ay, Maya y Huy habían hecho lo mismo.

—¡Incluso Karnak ha muerto! —Me llevé las manos a la cara—. Comió...

—No me lo digas —susurré—. ¡Déjalo así! ¿Y Meryre?

—Los demonios cuidan de su propio amo, todavía lleno de pompa y pus.

—¿Y Akhenatón?

—Vivo, pero está hecho un ermitaño.

Miré hacia abajo, mis manos estaban temblando. Djarka se agachó ante mí.

—Con frecuencia hablaste de ella, amo... de la Gran Reina Nefertiti. ¡Llorabas por ella en la noche!

—¿Y? —pregunté.

—Sobrevivió. Sigue prisionera en el palacio del norte. Pero vamos, debo mostrarte la ciudad.

Djarka trajo un carro de guerra de las cuadras imperiales. El día era triste y sombrío. Un aire frío arremolinaba las hojas secas, y me obligó a llevar una capa para dirigirme a la ciudad. Sus calles y avenidas estaban desiertas. Las casas tenían las puertas y ventanas cerradas con maderas. Sobre las paredes aparecía pintarrajeado el ojo de Wadjet. Los cadáveres secos de ratas, cuervos y murciélagos todavía estaban clavados sobre las puertas de las casas en las que familias enteras habían muerto. Las columnas de humo de innumerables fogatas encendidas en cruces y esquinas para fumigar el aire se retorcían como serpientes, irritando narices y gargantas. Carros tirados por bueyes, cargados al máximo de cadáveres putrefactos, se dirigían hacia el borde de las montañas del este, donde ardían enormes fuegos para incinerar a los muertos. Negras columnas se alzaban contra el cielo lejano antes de ser disueltas por la brisa del Nilo. Los mercados estaban cerrados, sólo algunas tiendas habían abierto. Hombres y mujeres, vestidos como vagabundos del desierto, pasaban rápidamente, con paños cubriendo sus cabezas, bocas y narices. Los mercenarios, armados y listos, estaban sentados o recostados en el suelo. Su simple presencia imponía un silencio mortal.

—Una ciudad de muertos —murmuró Djarka—. En el peor momento de la plaga, amo, estas calles parecían las del Mundo Inferior. Los muertos se amontonaban en las puertas de las casas mientras carroñeros y saqueadores se mantenían ocupados. Las hogueras ardían como si la tierra se hubiera convertido en fuego.

—¿Quién ha mantenido el orden? —pregunté.

—Ay, Horemheb y Ramsés. Impusieron la ley marcial. Los médicos dicen que la peste ya ha desaparecido, pero la gente sigue alejándose.

Nos acercamos al gran templo de Atón. Una puerta lateral chirriaba con el viento. Los sacerdotes se encontraban en pequeños grupos. Un espíritu severo dominaba el lugar en aquel momento. No había ningún peregrino, ningún perfume de incienso venía de los fuegos para sacrificios. Los jardines que bordeaban la avenida que conducía al templo estaban llenos de malas hierbas y totalmente descuidados.

—Mira las pinturas —señaló Djarka.

Frenó los caballos y descendimos. Los graciosos habían estado ocupados haciendo caricaturas de Akhenatón. Aquellos artistas espontáneos no habían ahorrado ni un solo detalle físico del rey: la extraña cabeza alargada, ojos rasgados y saltones, barbilla estrecha, labios gruesos y vientre hinchado. En estas imágenes, sin embargo, el rey no tenía gracia ni belleza. Estaba retratado como un inútil, un beodo de ojos nublados y muy necesitado de la ayuda del vestidor real. Otras imágenes presentaban el mundo al revés. Una de ellas mostraba a un gato de cara seria, erguido, con el báculo del pastor, arreando una bandada de aves. Otra retrataba a un hipopótamo trepando a un árbol, con un sirviente en forma de cuervo listo para atenderlo. Una tercera representaba a un niño pequeño ante un tribunal de justicia. El policía era un gato, y el juez, con los símbolos del cargo, un ratón grande con pecho y vientre prominentes, ojos rasgados y una cara alargada y estrecha. Junto a esta pintura, una legión de ratones asaltaba una fortaleza, defendida por gatos hambrientos dibujados muy ingeniosamente con las facciones de Akhenatón, Nefertiti y otros miembros de la corte real.

Regresamos al carro de guerra y Djarka me condujo de nuevo a casa por las mismas calles sombrías y llenas de humo. Alguien debió de verme pues tres días después recibí una citación en el palacio real. Djarka me acompañó y, mientras atravesábamos los corredores desolados, las únicas personas a quienes encontramos fueron los mercenarios y los soldados de la Casa Real. El chambelán que nos acompañó susurró que así lo había dispuesto el Divino.

—Ha despedido a todos sus sirvientes —comentó el hombre—, porque no confía en ninguno de nosotros.

Los guardias de la entrada de la Sala del Trono me registraron a mí y a Djarka y me dijeron que esperara. Cuando la puerta se abrió, fui casi empujado a aquella sala oscura y de olor acre, iluminada sólo por algunas lámparas de aceite y los rayos de un sol débil que entraban por las altas ventanas ovaladas. Nunca olvidaré lo que vi. La mayor parte del lugar estaba en la oscuridad. La única luz parecía ser la que envolvía el trono donde Akhenatón estaba echado con descuido, desnudo salvo por un taparrabos y un pectoral de fuego deslumbrante alrededor del cuello. Una voz de muchacha joven me dijo que me acercara. Lo hice y permanecí de pie delante del trono, demasiado sorprendido como para hacer una reverencia. La cabeza de Akhenatón estaba afeitada y la parte inferior de su rostro cubierta por una barba

crecida de pocos días; sus ojos huecos y hundidos me miraron entrecerrados como vacilantes lámparas de aceite. Ankhespaatón se hallaba sentada en su regazo dándole cerezas de un tazón y en una silla cubierta con cojines, a su derecha, su hija mayor, Meritatón, estaba recostada, con una copa de vino en la mano. Ambas se pusieron de pie cuando entré. Estaban embarazadas, con sus vientres y sus pechos hinchados. Vestían como *hesets* con diáfanos faldellines sobre los taparrabos y chales bordados sobre sus hombros y entre los destellos del brillo de las joyas, collares y brazaletes que sonaban con cada uno de sus movimientos como el sistro de las bailarinas. Me recompuse y me arrodillé sobre los almohadones. Al hacerlo, noté que las uñas de los dedos de las manos y pies de Akhenatón estaban inusualmente largas y sucias y que su cuerpo olía fuertemente a sudor.

En un primer momento, Akhenatón no pareció darse cuenta de mi llegada. Cuando alcé la vista, me miró con expresión de perplejidad. Sus dos hijas se acercaron sigilosamente a cada uno de sus lados. Meritatón trató tímidamente de cubrirse más con el chal. Ankhespaatón fue más descarada y no hizo ningún intento de esconder su condición o la belleza de su cuerpo joven. Estaba ligeramente inclinada hacia delante, apoyada en el trono con su brazo derecho sobre el alto respaldo y los dedos listos para acariciar la cabeza de su padre. En la mano izquierda tenía una honda copa de vino que ofreció al faraón. La mano de Akhenatón temblaba cuando la cogió. Bebió ruidosamente y eructó. Meritatón mantenía la cabeza baja. Las pesadas trenzas de su peluca perfumada ocultaban a medias su rostro. Ankhespaatón, sin embargo, sonreía con audacia y hasta con coquetería. Akhenatón se movió en el trono.

—Todos se han ido, Mahu.

—¿Quién se ha ido, Su Majestad?

La mirada de Akhenatón estaba perdida, lejana, y sus labios mojados con el vino. Volvió a beber ruidosamente.

—El espíritu se ha ido. Mi Padre ha escondido su rostro. Son tantos los que han muerto. —Dejó la copa. Sus manos fueron a acariciar los vientres hinchados de sus hijas—. La Bella se ha ido, pero mi semilla todavía fecunda. Poblaré la tierra con mi propia semilla, pero aún me molestan Ay y los demás. Informes sobre esto, informes sobre aquello. —Parpadeó—. Pensaba que te habías ido, Mahu. Creí que habías muerto.

—Estuve enfermo, Su Majestad.

—«¡Qué hermosos son!» —cantó Akhenatón, recostado en su trono—. «¡Qué hermosos son tus rayos!» —Se sonó la nariz en sus dedos y dio un golpe con el pie.

—¿Qué me aconsejas, Mandril del Sur?

—¿Aconsejar, Su Majestad? Pues bien, limpiar las calles. Hacer que se purifiquen la ciudad y los jardines. Ordenar a los comerciantes que regresen. Abrir los mercados. Mostrar vuestro rostro.

—¿Y?

—Que traigáis de regreso a vuestra legítima reina.

—Oh, ella ha regresado. —Akhenatón se balanceó, ebrio, dándose golpecitos en un lado de la cabeza—. Todavía está aquí.

—Mi padre gobernará. —Ankhespaatón habló en voz alta y con fiereza, con los ojos brillantes de cólera—. Nuestro linaje, esta semilla y su gloria nos llevarán hacia delante, a nuevos tiempos.

Por un momento, aunque su pelo era negro como la noche y sus ojos rodeados de *kohl* parecían estanques oscuros, el alma de Nefertiti brilló en aquella niña mujer, embarazada de su propio padre. Estaba despiadadamente decidida a defender sus propios intereses y los de él.

—¿Y vuestro hijo, Majestad?

Hice caso omiso del siseo de desaprobación de Ankhespaatón mientras me miraba como un gato enfadado, dando golpecitos con sus uñas a un tatuaje que tenía en el brazo colocado sobre el trono de su padre.

—¡Está a salvo! —Akhenatón sacudió la cabeza—. Mandril...

—Traed a vuestra Gran Esposa.

—Lo pensaré, Mahu, pero ahora tienes que retirarte. Mi semilla —señaló con el dedo su ingle—, mi semilla quiere salir.

Me puse de pie.

—No he dicho que te fueras ahora.

Volví a dejarme caer sobre los almohadones.

—Convocaré al Círculo Real —dijo Akhenatón arrastrando las palabras—. Lo convocaré, pero dejaré que Ay lo presida hasta que decida qué hacer con su cabeza. No, no, no. —Akhenatón estaba hablando consigo mismo—. Su cabeza está segura. Lo necesito. Meryre lo vigilará. —Metió la cara entre las manos y sollozó—. Les diré a todos que regresen. —Sus palabras sonaban amortiguadas. Levantó su rostro surcado de lágrimas—. Quisiera volver atrás, Mandril del Sur. Quisiera regresar a aquel huerto con el sol naciente lavando mi rostro. —Sacudió la cabeza—. No fue justo. No tuve otra opción. ¿Te das cuenta de eso, Mahu? No tuve otra opción.

—¿Cuándo, Su Majestad?

—En el templo de Amón.

—¿Su Majestad?

—No tuve otra opción. Sabía que el vino estaba envenenado. Importuné a mi hermano Tutmosis y él se marchó. Le pedí que esperara en mi cámara ya que tenía que decirle un gran secreto sobre nuestra madre. Ya ves, Mahu, yo sabía que el vino estaba envenenado. Yo... Yo... —tartamudeó. Miré a Meritatón. Seguía con la cabeza baja, pero Ankhespaatón sabía de qué estaba hablando su padre—. Yo había regresado a mi cámara, Mahu. Había visto el vino envenenado en la jarra, la copa junto a ella.

—Su Majestad. —Respiré profundamente, tratando de esconder un estremecimiento de miedo. Tenía el corazón en la garganta. Me resultaba difícil

hablar. Akhenatón estaba inclinado hacia delante como un penitente confesando sus pecados a un sacerdote.

—Ay y Nefertiti me avisaron de que el vino estaría envenenado. Yo no debía beber ni comer nada. Me sentía muy débil, pero ellos me dijeron cómo ocurriría todo, y estuvieron en lo cierto.

Los recuerdos acudieron como un torrente. Ay pensando qué debía hacer. Shishnak gritando su inocencia hasta que el dolor lo hizo confesar. Hotep sonriéndome en aquel jardín, engañándome descaradamente justo antes de morir. En aquel momento me di cuenta de las trampas que él había ocultado. Hotep no había querido alertarme. Deseaba mantenerme cerca de Ay y de Nefertiti, una herramienta voluntaria para sus ambiciones. ¿Ya quién más había utilizado Hotep? ¡A Pentju! Éste no había tenido únicamente motivos de venganza, seguramente estuvo a sueldo de Hotep desde el comienzo. Como lo había estado Khiya. Ésta había visitado al Magnífico en su Casa del Amor no sólo para buscar el jugo de la amapola, sino para informar sobre todo lo que había descubierto. Hotep la había llevado allí y había tramado su venganza en silencio incluso antes de caer del poder.

Hotep y Ay, dos cobras dando vueltas una alrededor de la otra, conspirando para el futuro. ¿Habría alentado también Hotep al Magnífico a disfrutar de la pequeña Khiya, una venganza sutil contra su grotesco hijo? ¿Le habría dicho a Khiya que aceptara su soledad, los sarcasmos condescendientes de Nefertiti y que esperara su oportunidad? Ahora, muchos años después, podía ver los frutos del astuto cerebro de Hotep. Seguramente ya había podido percibir que algún día Akhenatón se volvería contra Nefertiti. Khiya y Pentju eran sus armas. Ay, el conspirador supremo, poco podía hacer para detener a Hotep, salvo acelerar sus propios planes, como un corredor al final de la carrera: el asesinato de Tutmosis y el avance de Akhenatón. Podía comprender que Khiya fuera sobornada por Hotep, ¿pero Pentju? Entonces recordé su enamoramiento de la Señora Tenbra, una mujer de la nobleza, que, por cierto, no prestaría atención a un simple médico. Hotep, por supuesto, había preparado el terreno para Pentju. ¿Y el veneno que había matado a Tutmosis? No había sido obra de Shishnak y los sacerdotes de Amón sino del grupo de *Akhmin*. Por supuesto, Ay y Nefertiti tendrían sus propios espías entre los sacerdotes de Amón. Sería muy fácil dejar una jarra de vino envenenado en la cámara y ordenar a Akhenatón que no comiera ni bebiera nada. Miré el rostro nublado de mi amo. ¿Había sido completamente consciente de la trama contra su propio hermano? Otros recuerdos vinieron uno tras otro. La invitación al templo de Amón. ¿Eso había sido obra de Shishnak o una sugerencia astuta de Ay a través de su espía en la jerarquía sacerdotal de Karnak? Una jugada ambiciosa, tan sutil que los sacerdotes de Karnak cargaron con la culpa.

—¿Mi Señor Mahu? —Me alejé de mi ensoñación. Ankhespaatón se inclinaba hacia delante—. Lo que acabas de oír es sagrado y secreto. Mi padre confía en su Mandril del Sur.

—Y vos, ¿mi señora?

—Lo que mi padre quiere es mi deseo.

Miré a Meritátón. Me estaba sonriendo tímidamente, su cara hermosa parecía tan vacía que me pregunté por su inteligencia.

—¿Mahu? —Akhenatón tenía un rollo cerrado de papiro en sus manos, que debía de estar oculto entre los almohadones del trono. Me lo tendió bruscamente.

—Si algo me sucede...

—Su Majestad, nada ocurrirá.

—Cuando regrese a mi Padre —la voz de Akhenatón se había vuelto firme—, abre este rollo de papiro. Como puedes ver, está sellado tres veces. Prométeme, Mahu —las lágrimas llenaron sus ojos—, por lo que hemos compartido, por la amistad que hemos tenido, que lo mantendrás en lugar seguro. ¡Júralo ahora mismo!

Levanté mi mano y pronuncié el juramento. Me lo entregó.

—Vete, Mahu, mi amigo.

Me retiré y, una vez fuera, Akhenatón y sus dos hijas, con el hueco sonido de sus voces, empezaron a recitar un conjuro del *Libro de los muertos*.

Aborrezco la tierra del este.

No entraré en el lugar de la destrucción.

Nadie llevará ofrendas de lo que los dioses protegen...

En el segundo mes de la Estación de Peret, en el decimoquinto año del reinado de Akhenatón, la peste había desaparecido totalmente. La Ciudad de Atón regresó a una cierta normalidad, pero su corazón, que había sido fuerte una vez, latía débil en ese momento. Akhenatón se exhibía acompañado por sus dos hijas, que se regocijaban con el título de reina. Habían dado a luz a niñas —cada una había recibido su propio nombre con el sufijo «Tasheit»—, pero ninguna sobrevivió al primer mes de vida. La gente murmuraba que había sido un castigo de los dioses. Nefertiti seguía siendo una reclusa, todo acceso a ella estaba prohibido.

La ciudad estaba en aquel momento administrada por un pequeño consejo de Devotos que incluía a Ay y, a veces, al general Horemheb. Ay había salido ileso de la peste. Intercambiábamos cortesías, pero yo me reservaba la opinión. Él era un aliado, pero ya no un amigo. Oculté el rollo de papiro que Akhenatón me había dado. Durante varios días después de mi audiencia con él, estuve reflexionando sobre lo que me había dicho. No había sueño ni visión de Atón. Quizá la reina Tiye había sido pura en sus ideas, pero estaba en un nido de cobras que se retorcían. La lucha era por el poder y la gloria y, aunque no fuera importante, yo formaba parte de ella.

Al final de aquel verano el Círculo Real fue convocado solemnemente. Todos estaban presentes, incluso Pentju, distante y silencioso, como si supiera cuál era su lugar, pero no le preocupara realmente. Los demás habían continuado prosperando,

avanzando en sus carreras, creando sus propias esferas de influencia, fortaleciendo facciones y forjando alianzas. Horemheb era un importante general en el mando del ejército, su lugarteniente era Ramsés. Huy era el amo de todos los asuntos más allá de las fronteras. Maya conocía cada medida de oro y plata, o la falta de ella, de las tesorerías de Egipto. Meryre, perdido en su mundo de fantasía, todavía soñaba con ser Sumo Sacerdote de una religión que se extendería desde el Eufrates hasta más allá de la Tercera Catarata. Ay había vuelto a ser él mismo, tranquilo y sonriente. Estábamos todos allí sentados como si nada hubiera ocurrido, pero cada uno conspiraba silenciosamente para el futuro. La Ciudad de Atón, el reinado del Disco Solar, la idea del Único, se convertían en polvo. Estaban impacientes por barrer todo eso y asumir un normal ejercicio del poder. El único obstáculo era cómo hacerlo.

Ay, sin embargo, en un brillante despliegue de hipocresía y falsedad, apoyado por los niños de la Kap, sus aliados más cercanos, engañó deliberadamente a Tutu, Meryre y al resto. Describió una escena que incluso yo encontré convincente. Al fin Akhenatón había recuperado su vigor acostumbrado. La ciudad iba a prosperar. El general Horemheb iba a reorganizar los ejércitos y hacer avanzar los valores de Egipto de un extremo al otro del imperio, todo bajo el patrocinio entusiasta de Atón. Tutu, Meryre y los demás se tragaron todo esto como niños sedientos.

Después, en la soledad de su jardín privado, Ay convocó una segunda reunión con los niños de la Kap, incluido Pentju. Interrogó muy detenidamente al médico sobre la salud y el bienestar del joven príncipe. Pentju respondió con la verdad, pero dejó muy claro que el niño estaba a su cuidado y sería entregado sólo a quienes Akhenatón indicara. Ay frunció el ceño, se mostró satisfecho y pasó a tratar otros temas. Estábamos sentados a la sombra, bebiendo vino de Charou y saciando nuestra sed con rodajas de limón y granada, mientras dividíamos un imperio.

Nadie cuestionó la decisión de Ay ni el principio subyacente de que el reinado de Akhenatón estaba llegando a su fin y que su revolución ya no era más excitante que el lecho de un río seco. Huy y Maya nos ofrecieron una descripción franca y significativa de los asuntos. El descontento hervía en Tebas. Las arcas del tesoro estaban vacías, mientras más allá de las fronteras de Egipto, mes a mes, la lealtad de nuestros aliados se volvía cada vez más débil. Horemheb reveló noticias más preocupantes. El alto mando del ejército egipcio en Menfis se encontraba a punto de amotinarse. Privados de suministros, armas y reclutas, los comandantes estaban imposibilitados para enviar soldados al otro lado del Sinaí y respaldar a los aliados de Egipto o para defender sus valiosas minas y rutas de comercio.

Finalmente, se tomó la decisión. Huy y Maya regresarían a Tebas. Crearían su propia Casa de Escribas y en secreto harían planes para el futuro. Horemheb, apoyado por Ramsés, sería nombrado comandante en jefe del ejército de todo Egipto y se apoderaría de la guarnición de Menfis. Ay insistió en la necesidad de mantener el secreto y de seguir todos el mismo rumbo y cantar el mismo himno. Tenían que restaurar la confianza, asegurar a los poderosos que se volvería a la vieja manera de

gobernar, que la Ciudad de Atón era apenas un obstáculo en el sendero glorioso del verdadero destino de Egipto. Nadie, por supuesto, se atrevió a plantear, ni siquiera a sugerir, la pregunta de qué podría Akhenatón pensar o decir. Ay ya tenía eso bajo control. Todos mis colegas recibieron los sellos del cargo y sus órdenes, todo ello con el sello real de Akhenatón. Cuando terminamos, cada uno de nosotros hizo un juramento de lealtad, de amistad común y de alianza. Se sucedieron los apretones de manos y cada uno de los niños de la Kap siguió su camino.

Algunas semanas después abordé ante Ay el tema del estado mental de Akhenatón. Evité la tentación de enfrentarme a él. Yo pensaba que teníamos un objetivo común, o por lo menos así lo creía. Ay era tan peligroso y tan astuto como una mangosta. ¿Qué recuerdos conserva un cazador de aquello que ha matado? El cazador vive el presente y planea para el futuro. Ay tenía que verme como un aliado, no como su conciencia. Escuchó lo que dije y se llevó los dedos a los labios.

—Muy perspicaz, Mahu. Como siempre, apuntas al corazón del problema.

—No seas condescendiente conmigo, Padre de Dios —repliqué—. Huy y Mahu, por no mencionar a Horemheb y Ramsés, e incluso Pentju, deben de estar pensando lo mismo. Tutu y Meryre son fáciles de engañar. Todavía sueñan y no han despertado.

—Ya veremos —respondió Ay—. Hablaremos con el Divino y su corregente.

Naturalmente le informé a Djarka de lo que había ocurrido. Él ya sabía casi todo, o por lo menos lo había sospechado, pero se mostró intrigado por la referencia al corregente. Djarka se preguntó abiertamente si Ay se las habría arreglado para volver a ocupar un lugar en los afectos de Akhenatón, de modo que estuviera siendo elevado al rango y título de faraón.

—Y con todo —Djarka sacudió la cabeza—, me parece que es imposible. Nadie lo aceptaría.

—¿Y el Príncipe de la Corona Tutankhatón? —pregunté.

—Pero es solamente un niño.

El día de la audiencia Ay vino a buscarme a mi casa, para asegurarse de que estuviera ataviado con las vestiduras de gran ceremonia de un cortesano. Rodeados de portadores de abanicos y aduladores y precedidos de heraldos y músicos, nos dirigimos al palacio de Atón. Las vías de acceso, los corredores, los patios y los jardines estaban repletos de hombres de Nakhtimin, vestidos con todas las galas de guerra: tocados azul y oro, faldellines blancos como la nieve, lanzas y escudos. Numerosos chambelanes y funcionarios se arremolinaban ante las puertas de la Sala del Trono. Sonaron las trompetas. Se oyeron los golpes del gong. Oleadas de incienso perfumaban el aire. Meryre, vestido exquisitamente, nos acompañó a la presencia imperial. La Sala del Trono había sido modificada. En esta ocasión había un estrado elevado recubierto de oro con dos tronos resplandecientes. No pude menos que quedarme inmóvil, con la boca abierta. Ankhesenamon y Meritatón estaban sentadas en el borde del estrado en pequeñas sillas cubiertas con cojines. Akhenatón llevaba la doble corona de Egipto, una tela de oro sobre los hombros, el pectoral de Nekhbet

refulgía esplendoroso contra su pecho y una falda blanca y brillante caía hasta sus tobillos. A su lado se erguía una figura resplandeciente. Se me cortó la respiración del asombro. Esta persona también llevaba todas las insignias del faraón, sosteniendo el flagelo y el cetro, pero su rostro era el de la Gran Reina Nefertiti. Su pelo glorioso había sido afeitado, sus cejas depiladas, su rostro cuidadosamente pintado como el de su marido. A primera vista, parecía no haber envejecido ni un día pero, al acercarme, pude ver sus hombros caídos, los brazos y manos regordetas, las mejillas ligeramente caídas, arrugas alrededor de la boca que ni siquiera la pintura podía disimular. Ay, disfrutando en silencio de mi sorpresa, se arrodilló sobre los almohadones e hizo la reverencia. Hice lo mismo, tocando el suelo con la frente. No recibimos la orden de levantarnos. La voz de Akhenatón resonó.

—Que se sepa en el País de las Dos Tierras. Que mis palabras sean llevadas más allá de la Tercera Catarata. Yo, en mi sabiduría, con la guía de mi Padre, he decretado que mi Gran Esposa y Gran Reina Nefernefruten-Nefertiti sea ahora mi corregente, adoptando el nombre de Ankheperure-Smenkhkare-Neferneferuatón. Que se sepa que su sello imperial lleva la voluntad de Dios; la voz de Smenkhkare será obedecida.

Y así continuó y continuó, proclamando la grandeza de Nefertiti bajo su nuevo nombre, Smenkhkare. Por supuesto, yo sólo podía seguir arrodillado y escuchar, recordando cómo Egipto se había enorgullecido de sus grandes reinas faraones, como Hatshepsut, hija del gran Tutmosis III. Cuando Akhenatón terminó, se nos ordenó que alzáramos la cabeza. Miré el rostro que había atormentado siempre mi alma. Durante un instante, aquellos ojos se movieron y una leve sonrisa apareció, antes de que se impusiera la máscara imperial. Akhenatón procedió luego a dar a conocer una serie de decretos, todos ellos repeticiones de lo que Ay ya había decidido, y en la mayoría de los casos sólo los ratificaba.

Tan pronto terminó, se nos ordenó retirarnos. Ay me llevó afuera, hacia uno de los pequeños jardines amurallados donde se habían preparado mesas con fuentes y copas de plata. La fruta y el vino los sirvieron criados que se retiraron rápidamente.

—¿Cuánto tiempo hace que sabías esto? —pregunté.

—Bastante —sonrió Ay.

—¿Por qué? —inquirí—. ¿Por qué, Mahu? Porque tú mismo se lo suplicaste a Akhenatón. ¿Acaso no le dijiste que su Gran Reina debía ser restituida a su lugar? Muy bien —se burló—, veo la sonrisa cínica. —Se dirigió al pabellón de sol y se sentó en un asiento cubierto con cojines, indicando que me sentara junto a él—. La respuesta franca es que Akhenatón ha recuperado el sentido común. Nefertiti es la fuerza vital de su alma. Es más, digo que es su *Ka*, su *Ba*, la esencia misma de su ser. Expulsa a Nefertiti y ¿qué ocurre? ¡Tres de sus hijos mueren! Los niños que tuvo con sus dos hijas no sobreviven. Una gran peste arrasa la Ciudad de Atón. Hay disturbios en Tebas y en otros lugares. No es difícil, Mahu, hacer que Akhenatón reflexione sobre la razón de que la leche se haya puesto agria. Por supuesto —jugueteeó con la faja bordada alrededor de su cintura y miró con curiosidad una pintura sobre la pared

del pabellón—, él la ama, Mahu. Ha extrañado su dulce respiración, su graciosa sonrisa.

—¡Y ahora todo irá bien otra vez! —repliqué—. El loto florecerá, el papiro crecerá, el sol brillará, la época de lluvias vendrá y todo será perfecto en el paraíso.

—Algo parecido. —Ay miró por el rabillo del ojo—. Pero tú no lo crees, ¿verdad, Mahu?

No respondí. Me puse de pie, hice una reverencia y me marché. Los últimos días habían comenzado. Akhenatón y Nefertiti podían sonreír y arrullarse. El faraón podía enviar regalos con la expresión «Para siempre» escrita en jeroglíficos sobre un trozo de papiro: una cobra, un pan y una franja de tierra, pero el pan estaba rancio, la tierra dura y la cobra era peligrosa. Yo sospechaba que Akhenatón estaba en aquella época drogado y ebrio, era como suave arcilla en manos de Ay, que se presentaba a sí mismo como su salvador. Aquel hombre-mangosta estaba jugando el más peligroso de los juegos, un ferviente seguidor de Atón que tramaba en secreto el regreso al viejo orden. ¿O era lo contrario? Nunca pude discernir cuál era realmente la verdad.

Este gran cambio fue anunciado con procesiones, con Akhenatón y Nefertiti en su carro de guerra magníficamente decorado, arnés brillante, plumas de avestruz bailando, nubes de incienso retorciéndose en el aire. Iban escoltados por nobles con sus vestiduras multicolores y sandalias exóticas, custodiados por soldados armados con escudos, lanzas, hachas de guerra y arcos. Todo era un sueño. Él y Nefertiti, vestidos de la misma forma, con faldellín de guerra, cola de chacal y la azul corona de guerra de Egipto, sacrificaron toros blancos con guirnaldas alrededor de sus cuellos. Todo era un gran espectáculo. Se mostraron en la Ventana de las Apariciones espléndidamente ataviados, con bandas rojas y regalando collares y otros obsequios al ritmo de los címbalos. Todo era una ilusión. Akhenatón se parecía cada vez más a un ídolo de madera de uno de los templos que él despreciaba, expuesto a la mirada del pueblo. El poder verdadero se encontraba en manos de Ay y de Nefertiti, que disfrutaba de su nuevo nombre para el trono, Smenkhkare.

Ambos trabajaban de manera febril para reparar el daño hecho. Leyes, proclamas, declaraciones y promesas públicas emanaban del palacio. Las puertas dobles de la Gran Casa se abrieron a los solicitantes de todas las ciudades de Egipto, pero era el sello de Smenkhkare el que aparecía en la parte inferior de estos documentos. Adoptó todos los símbolos del imperio. Era ella la que se sentaba en grandeza y gloria, hablando con la voz verdadera y dictando leyes mientras Meritatón aparecía como su acompañante. Tan fuerte llegó a ser la ilusión que Nefertiti se convirtió cada vez más en un hombre, mientras su hija asumía el papel de reina.

A Djarka y a mí nos mantuvieron ocupados atendiendo las necesidades de la ciudad, como si deliberadamente hubieran querido apartarnos de los asuntos del imperio. Se nos ordenó que buscáramos a los malhechores, que detuviéramos a los ladrones, que persiguiéramos a los delincuentes de las Tierras Rojas. Sólo dos veces me reuní con Nefertiti en su nuevo papel y se mostró tan fría y dura como la carne de

un hombre muerto. La última vez fue en la Gran Oficina de la Escritura. Despidió a sus escribas, quedando sólo su capitán de mercenarios, un cananeo llamado Manetho, canoso y con cicatrices y bigote y barba tupidos, que la seguía en cada movimiento con todo el cariño ciego y la lealtad de un perro. Nefertiti-Smenkhkare me había llamado para sermonearme acerca de mantener mejor el orden público durante la noche en las calles de la ciudad. Incluso sugirió mi posible reemplazo. Estaba sentada en una silla de alto respaldo como un juez que dicta sentencia a un hombre culpable. Todavía era hermosa, aunque su cuerpo se había vuelto voluminoso, su cara más gorda, las mejillas no tan suaves y la boca algo caída, pero sus ojos azules todavía brillaban y ardían con luz y vida. Me despidió como si fuera un perro.

El final no llegó de forma dramática. Otra citación al palacio, esta vez en presencia de Ay. Nefertiti-Smenkhkare se hallaba sentada en su trono, en el extremo lejano de la Gran Sala con Meritaton en un taburete a su derecha y Ankhespaaton a su izquierda. Manetho, armado y con casco, estaba detrás de ella. Cuando me acerqué, advertí que había miembros de la guardia de Manetho en los nichos: las lámparas de aceite producían brillantes reflejos en sus espadas desnudas. La sala era tan hermosa como siempre, perfumada con cestas de flores, bien iluminada, sin la menor señal de peligro, de amenaza silenciosa. Nos arrodillamos sobre los almohadones en el suelo e hicimos las reverencias. Meryre, que permanecía entre las sombras, nos ordenó que alzáramos la cabeza y nos sentáramos sobre los talones. Así lo hicimos. Ay estaba relajado, sabía exactamente lo que estaba a punto de ocurrir. Como un director de música, él controlaba cada movimiento. Desde otra habitación del palacio me llegaron los sonos del canto del coro real que ensayaba. Por un momento pensé que se trataba de la Orquesta del Sol de Akhenaton, pero la mayoría de ellos había muerto durante la gran peste; nunca más se escucharía su música.

—¿Te complace ver mi rostro, Mahu?

—La luz de tu rostro, oh, Divina —pronuncié las palabras rituales—, refresca mis miembros y alegra mi corazón. Gozo del placer de tu favor y pido tu protección.

—Entonces tienes que saber esto, Mahu, hijo de Seostris. Las proclamas serán dadas a conocer sólo con mi nombre, porque soy el Faraón, Señor de las Dos Tierras, Smenkhkare Ankhkeperure. —Me miró fríamente, esperando mi reacción.

—¿Y el Divino? —pregunté.

—El Amado Faraón Akhenaton-Waenre ya no está entre nosotros.

—¿Ha muerto, Su Majestad?

—Todavía vive —llegó la respuesta—. Ha regresado a su Padre. Él y su Padre son ahora uno.

Mi corazón sólo albergaba interrogantes. Abrí la boca para hablar, pero una tos suave de Ay y la mirada de implacable majestad de Nefertiti me hicieron guardar silencio. Ella procedió, con su nuevo nombre y títulos, a dar a conocer edictos sobre cómo debía ser anunciada la noticia en la ciudad y llevada a todos los rincones del

imperio. Después de eso, fui despachado. Por supuesto, le hice preguntas a Ay. Pedí que me dijera la verdad, quería ver el cadáver.

—¿Qué preparativos se han hecho para su entierro? —pregunté—. ¿En qué tumba será enterrado? —Ay se encogió de hombros y evitó estas cuestiones.

—Las tumbas de las montañas del este —dijo— están saturadas de sarcófagos, a causa de la plaga.

Me encontraba sentado en aquella pequeña antecámara cuando empecé a hacerme a la idea del significado exacto de las palabras de Nefertiti. Los recuerdos aparecieron en grandes oleadas. El Velado en su pabellón o paseando conmigo por los jardines, hablando de su visión, charlando sobre mil cosas. Ahora se había ido y su muerte apenas había sido mencionada, como si se tratara de algún campesino, de alguien sin importancia. Ay, aparte de su observación pasajera sobre las tumbas de las montañas del este, seguía sentado en su silla, mirándome atentamente.

—Sé por qué estoy aquí. —Aparté una mosca que zumbaba en el aire.

—¿Por qué estás aquí, Mahu?

—Me estás utilizando, como usarías una medida para evaluar oro o plata.

—¿Qué quieres decir? —Entrecerró los ojos.

—¿Crees, Padre de Dios Ay —repliqué—, que esto terminará así? ¿Akhenatón ha muerto; viva Smenkhkare, que no es realmente Smenkhkare sino tu hija Nefertiti? ¿Crees realmente que la gente aceptará esto? ¿Que el Gran Faraón se ha ido pero nadie sabe adónde?

—Pero nadie lo sabe. —Presionó sus dedos contra mis labios—. Mahu, hablo con voz verdadera. Hace tres semanas, el Divino, Akhenatón, simplemente desapareció.

—¿Quieres decir que fue asesinado?

Algo en el rostro de Ay me hizo lamentar esa pregunta. Una expresión pasajera, una infrecuente y fugaz expresión de dolor auténtico.

—Mahu, ¡él desapareció! Estaba en sus aposentos y luego, a la mañana siguiente, cuando los sirvientes entraron en su dormitorio —Ay extendió sus manos—, éste se encontraba vacío. Inmediatamente empezamos una búsqueda por el palacio y por la ciudad.

Sus palabras me hicieron recordar algo, Djarka me había presentado un informe hacía poco menos de un mes sobre los mercenarios de la guardia de Manetho que registraban la ciudad, de escuadrones de carros de guerra enviados a las Tierras Rojas. En aquel momento yo pensé que se trataba de algún asunto militar, un reflejo del deseo de seguridad de Ay y de Nefertiti.

—¿Pero dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? —quise saber.

—No lo sé, Mahu. Akhenatón se había convertido en un recluso. Cada vez con mayor frecuencia pedía que lo dejaran solo. De vez en cuando solicitaba un carro de guerra y que le enjaezaran los caballos de la cuadra; luego partía rumbo a su tumba y hacia las Tierras Rojas. Iba vestido como un cortesano cualquiera o un funcionario

menor, con su cabeza y rostro ocultos por una capucha. A veces incluso llevaba un velo sobre la cara, como cuando era un muchacho.

Recordé la charla en la que Akhenatón estaba borracho. Cuánto anhelaba volver a los viejos tiempos de aislamiento y pureza de su juventud.

—El pueblo exigirá ver su cuerpo y, si ello no ocurre, Horemheb, Ramsés y los demás sí lo harán.

—Se les dirá lo que te estoy diciendo a ti —respondió Ay—. Akhenatón no creía en el rito de Osiris. Diremos, y es la verdad, que, en cuerpo y alma, Akhenatón ha regresado junto a su Padre. Él ya no está con nosotros, salvo en espíritu.

—¿Y qué ocurrirá si reaparece? ¿Qué ocurrirá, Padre de Dios Ay, si nuestro Gran Faraón reaparece desde las Tierras Rojas, purificado y más resuelto que nunca?

Ay sacudió la cabeza.

—Está más allá de todo eso.

—¿Él nunca mencionó nada —quise saber—, nunca hizo referencia a esto?

—Se mostraba distante y retraído. —Se encogió de hombros—. Mi hija, Meryre, Tutu y yo mismo haremos los más solemnes juramentos. No sabemos nada. Hemos buscado por todas partes.

—¿Qué crees que ha ocurrido realmente? —pregunté.

—¿Te lo digo, Mahu? —Ay empujó el taburete para acercarse a la mía—. Akhenatón estaba cansado y desilusionado. Se fue a las Tierras Rojas para morir o para estar solo. Puede que lo hayan matado. Puede haber muerto o podría estar viviendo en alguna cueva como esos santos nómadas que no hablan con nadie, salvo con los espíritus del desierto, el viento y el cielo. Sea lo que fuere, Mahu, su decisión ha sido tomada: él no puede regresar, no va a regresar.

—¿No va a regresar? —pregunté—. ¿Has tenido algo que ver en esto, Padre de Dios Ay?

—No, Mahu, pero tengo mucho que ver en la salvación de Egipto. Para poner las cosas en su lugar, para volver al viejo orden. Ésa es mi preocupación, tu preocupación, nuestra preocupación. ¡No más sueños! ¡No más visiones! No más nuevas ciudades o nuevos dioses. A finales de este año, o quizá en la primavera del próximo, regresaremos a Tebas, donde Huy y Maya están preparándolo todo para la resurrección de Egipto. Horemheb y Ramsés están haciendo lo mismo en Menfis. Te haré una sola pregunta, Mahu, y sólo una. ¿Estás con nosotros? Pues quienes no estén con nosotros se considerará que están en contra.

—¿Cuántas personas se enterarán de esto? —pregunté.

—Los niños de la Kap, nadie más.

—Aparte de tú y tu hija.

—No has respondido a mi pregunta, Mahu. ¿Estás con nosotros o contra nosotros? —Ay tendió su mano, no tuve más opción que darle la mía.

Me dirigí a mi residencia y le pedí a Djarka que me acompañara fuera, al pabellón del jardín donde a los espías y delatores de Ay les resultaría difícil escuchar y

husmear. Lo conté lo que había ocurrido.

—¿Está muerto? —Djarka hizo la misma pregunta que yo.

—Podría estarlo. Podría haber sido asesinado o llevado a las Tierras Rojas y abandonado allí.

—Pediré a mi gente, los *sheshnu*, que hagan preguntas. Es posible, mi señor Mahu —Djarka usaba mi título oficial a menudo cuando hablaba de asuntos de Estado—, que todo haya terminado. También he recibido una visita del palacio. —Sonrió ligeramente—. Se nos ha ordenado que destruyamos todo monumento o tumba con la inscripción de la Señora Khiya. Debemos acabar con todo ello a fin de mes. De todos modos, ¿qué piensas realmente? —insistió—. ¿Es posible que Akhenatón se haya cansado, que haya quedado exhausto?

Cerré los ojos y recordé a aquel hombre joven que vivía tan frugalmente hacía muchos años. Estaba a punto de responder cuando uno de nuestros oficiales entró de repente.

—Amo, tienes una visita: un hombre y un niño pequeño.

Pentju apartó al hombre y entró en la habitación. Junto a él caminaba un niño de unos cinco veranos. Era de estatura mediana, su extraña y alargada cabeza en forma de huevo estaba afeitada, salvo el mechón lateral que caía por encima de su oreja izquierda. Tenía los ojos oscuros, brillantes en un rostro suave y delgado de labios generosos pero pequeños. Se le veía esbelto con su túnica blanca cubriéndole desde el cuello hasta el tobillo, y calzaba sólidas sandalias de cuero.

—¿Sabes quién es? —pregunto Pentju.

Le dije al oficial que cerrara la puerta y la vigilara. Luego cogí al niño y lo levanté. Ni siquiera parpadeó, sino que me miró con solemnidad, escudriñándome minuciosamente. Lo besé en ambas mejillas y lo dejé en el suelo. Inmediatamente su manita aferró la mía.

—El hijo de Khiya —susurró Djarka—, el príncipe Tutankhatón.

Me arrodillé en el suelo e hice una reverencia. Djarka hizo lo mismo.

—No debes hacer eso. —La blanda mano del niño tocó mi cabeza—. No debes hacer eso —repitió puerilmente, con la cabeza inclinada, mirándome a los ojos—. Él me lo dijo. —Señaló a Pentju—. Nadie debe hacer eso durante un tiempo.

Serví una copa de vino a Pentju y le pregunté al niño si quería algo de comer o beber. El príncipe sacudió la cabeza.

Se sentó como un pequeño anciano sobre el taburete que Djarka trajo, mirándonos fijamente con toda la solemnidad de un búho de corta edad. Se parecía a Akhenatón, sobre todo en los ojos y los labios, pero su postura y amabilidad me recordaron a Khiya.

—¿Por qué lo has traído aquí, Pentju?

El médico me entregó un pequeño hipopótamo esculpido envuelto en papiro grueso.

—Todas las semanas —dijo Pentju— excepto durante la plaga, Akhenatón le enviaba a su hijo un regalo, una escultura pequeña, un escarabajo, un amuleto o un anillo envuelto en un trozo de papiro.

Di la vuelta el pergamino. En el exterior estaban las palabras *Enk Hetep*, que significan «estoy contento». Sobre el otro lado aparecía la palabra «besar», con jeroglíficos: una flecha sobre una cabeza que mira hacia abajo, al agua ondulada.

—Akhenatón me prometió —explicó Pentju— que recibiría ese regalo el segundo día de cada semana. En el exterior las palabras «estoy contento», por dentro la palabra «besar» con los jeroglíficos. Si el regalo no llegaba durante tres semanas consecutivas, yo debía imaginar que él ya no estaba entre nosotros y que su único hijo estaba en peligro. Entonces tenía que abrir un documento que me había entregado. Hace más de tres semanas que recibí este último regalo. Esta mañana rompí el sello. Las instrucciones son muy simples. Debía traerte al príncipe y dejarlo a tu cuidado.

Miré al pequeño y sentí una profunda tristeza, agri dulce porque, a pesar de lo que había ocurrido, al final Akhenatón había confiado en mí más que en ningún otro. Le dije a Djarka y Pentju que se quedaran mientras yo regresaba a la casa y traía el documento sellado que Akhenatón me había entregado a mí. Rompí los tres sellos y lo desenrollé. Las palabras garabateadas bajo los rudimentarios jeroglíficos se apoderaron de mi corazón.

«*Haynekah Ahitfe*: salve a ti, más grande que tu padre. *Mem senjay*: no te preocupes. *Ra mepet*: el Sol está en el cielo. *Heket Nebet Nefert, Mahu*: todas las buenas cosas para Mahu». Luego, debajo de todo esto, con una escritura menos formal: «Haz lo que tengas que hacer para proteger a mi hijo. *Senb ti*: adiós».

Destruí el manuscrito y regresé al pabellón del jardín. En aquel momento supe cuáles habían sido las razones de Ay para haberme llevado al palacio aquel día: no sólo quiso ponerme a prueba, sino que había adivinado que yo era uno de los pocos a los que Akhenatón podía confiar a su hijo. Ay quería tenerme cerca. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé contra ella.

—Pentju, ¿sabes qué ha ocurrido?

—Nada, salvo lo que Djarka me ha contado.

—Los mercenarios que rodean tu casa —quise saber—, ¿son de confianza?

—Hicieron un juramento de lealtad al propio faraón. No han sido liberados de él.

—Pero pueden ser sobornados, asesinados o relevados —repliqué amargamente—. Djarka, Pentju, vosotros debéis sacar inmediatamente a este niño de la Ciudad de Atón. Llevadlo en secreto a Tebas y ponedlo bajo el cuidado de Sobeck. Djarka, tú sabes cómo encontrarlo. Dile a Sobeck que si es cierto que me tiene aprecio y si desea pagar su deuda, debe tratar a este niño como si fuera suyo y mantenerlo a salvo hasta que yo o tú, Djarka, volvamos a buscarlo. —Me agaché y abracé al niño. Olía a perfume y a miel. Besé sus mejillas—. Sé valiente, pequeño —susurré—. Haz todo lo que estos hombres te digan.

Al poco rato, provistos de víveres y pequeñas bolsas de oro, plata y piedras preciosas, Pentju y Djarka salieron por las calles laterales hacia el muelle.

Ay llegó un poco más tarde, acompañado por sus capitanes mercenarios.

—Pensé que estabas con nosotros, Mahu.

—Padre de Dios Ay, por supuesto que estoy con vosotros.

—Entonces, ¿dónde está el niño?

—Está a salvo.

Ay miró por encima de mi hombro.

—¿Dónde están Pentju y Djarka?

—También a salvo.

Ay silbó a través de sus dientes.

—¿Dónde está el príncipe Tutankhatón? —repitió.

El capitán de sus mercenarios sacó la espada.

—Está a salvo —repetí—. En los jardines exteriores, Padre de Dios Ay, mis mercenarios también están esperando en la sombra, con los arcos listos y las flechas preparadas. Vamos, amigo —añadí en tono burlón—. Estoy contigo, como cuando rescaté al príncipe Akhenatón del templo de Amón. —Mi visitante parpadeó. Luego apartó la mirada—. Además —susurré—, si yo muero, Padre de Dios Ay, tú también morirás. Pero incluso si sobrevives, nunca descubrirás dónde está el niño.

Ay dio un paso atrás, agitando un dedo ante mi cara.

—Mahu, el astuto Mandril del Sur. —Estiró la mano en un gesto de amistad.

La agarré, apretándola con la misma fuerza.

—Mi amigo y mi aliado. —Sonrió y, dándose la vuelta, abandonó la casa.

* * *

Ay no volvió a preguntarme por el paradero de Tutankhatón, de Pentju o de Djarka, por lo menos en esa época. Durante unas cuantas semanas la ciudad estuvo en paz. Anduve ocupado reuniendo mis pertenencias, guardándolas y quemando documentos. El baile apenas acababa de comenzar. Otros niños de la Kap visitaron la Ciudad de Atón. Ellos también preguntaron por el paradero del príncipe y recibieron la misma respuesta. Me recordaron a los buitres. Llegaron y se comportaron como hombres ocupados en sus trabajos, pero realmente eran como hienas del desierto mordisqueando un cadáver. Se mostraban abiertamente asombrados por la aparente desaparición de Akhenatón pero las cínicas palabras de Ramsés dejaban vislumbrar el estado de ánimo de todos ellos:

—¡Se ha ido y demos gracias a los dioses! Si regresa, lo enviaremos inmediatamente de vuelta.

En algo estaban todos de acuerdo.

—Nefertiti nunca será aceptada. Puede ponerse el nombre que quiera —gruñó Horemheb por encima de una copa de vino—. ¡Smenkhkare Ankhkeperure! Puede proclamarse Hija Divina, e incluso Hijo de Horus, pero no tiene la sangre de

Tutmosis en sus venas. No es de sangre real. Ella y Akhenatón son síntomas gemelos de la misma enfermedad. Mi ejército la va a tolerar durante un tiempo y también tolerará los dulces gestos que nos haga a nosotros o a los grandes de Tebas pero, al final, deberá abandonar el trono.

Ay aceptó esto con ecuanimidad o por lo menos, eso parecía. En el primer mes de la estación del verano nos envió mensajes a todos nosotros, los niños de la Kap. Se había convocado una reunión importante del Círculo Real en el gran palacio de Atón. Estaba claro que se esperaba que todos asistiéramos.

Ofrecí mi casa a Horemheb, Ramsés, Maya y Huy, y ordené a mis cocineros que prepararan una exquisita comida. Hice esto a requerimiento de Ay, al que llamé «mi invitado de honor». Los cocineros se superaron a sí mismos, pero comimos en silencio. Todos estábamos inquietos por lo que iba a ocurrir al día siguiente. Horemheb y Ramsés habían traído sus propios séquitos armados, que acampaban cerca del muelle, mientras a Maya y Huy los habían acompañado en su viaje por el río dos barcazas llenas de mercenarios. Ay llegó tarde, con la cara sin afeitarse, vestido con una simple túnica y cubierto por un manto oscuro. Escuché el chocar de las armaduras mientras sus mercenarios se situaban en el jardín. La Víbora, muy nervioso, rechazó la guirnalda de honor y me pidió que cerrara puertas y ventanas. Nos reunimos a su alrededor. Durante un rato, Ay permaneció sentado sobre los almohadones con la cara entre las manos y, cuando apartó los dedos, sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas.

—El Círculo Real —sollozó y se frotó el rostro mientras trataba de controlar sus sentimientos—. Mañana por la mañana vosotros no debéis asistir a la reunión del Círculo Real. Ya conocéis el protocolo. Nadie puede llevar armas ni asistir con acompañantes armados a los recintos sagrados.

—¿Qué? —Ramsés se levantó.

—Mi hija, la Gran Reina Nefertiti —Ay se humedeció los labios—, planea mataros a todos.

Su anuncio fue recibido con un silencio de sorpresa y temor.

—¿Tienes pruebas? —murmuró Huy.

Ay metió una mano dentro de su túnica y sacó un pequeño rollo de papiro.

—Sabéis —añadió en tono de cansancio— que ella ordenó que el nombre de Khiya fuera borrado de cualquier monumento. Incluso su tumba debía ser saqueada y ultrajada. Planea hacer una limpieza.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Horemheb, agarrando el hombro de Ramsés y forzándolo a sentarse.

Ay se frotó la cara.

—Porque ella cree que soy su aliado. Asegura que tiene el apoyo de Meryre, Tutu y los demás. Sobre todo, la lealtad inquebrantable y total de Manetho y sus mercenarios. Las salas del consejo estarán cerradas y custodiadas. Algunos de los miembros del Círculo Real, incluyéndoos a vosotros, han sido elegidos para morir,

para beber veneno o perder sus cabezas. —Le arrebaté el rollo de papiro—. Ahí están los nombres de los que van a morir —explicó Ay.

Desenrollé el papiro. No estoy muy seguro de si los otros escucharon mi quejido. Todo lo que sentí fue una profunda angustia, un frío paralizante seguido del impulso de gritar. Allí estaba la lista con los nombres: Horemheb, Ramsés, Maya, Huy, Pentju, el príncipe Tutankhatón, Sobek, Djarka y un montón de personas más. Lo que más me atenazó la garganta como si fuera una mano helada fue que mi nombre encabezaba la lista.

—Me reveló esto hace dos días —explicó Ay—. Piensa, como dice ella, obtener una victoria total. Dirá que vosotros sois los verdaderos partidarios de Akhenatón y luego regresará gloriosa con su hija mayor Meritaton al palacio de Malkata de Tebas. Atón se convertirá en un dios más entre otros. Dejará que esta ciudad se pudra mientras restablece el culto a Amón.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué estás traicionando a tu propia hija?

—Muy simple, Mahu. Porque ella está traicionando a Egipto. Oh sí, todos vosotros podéis morir, pero... dentro de un mes, habrá guerra civil... preguntadle a Horemheb...

—¡Mataré a esa bruja! —rugió Ramsés, cogiendo un cuchillo de la mesa.

Otra vez Horemheb lo obligó a sentarse, ordenándole que guardara silencio.

—¿Qué propones, Padre de Dios Ay? —quiso saber Maya.

—Lo que él piensa ya no importa —dijo Horemheb con voz queda—. Tú tienes soldados, mi señor Ay. Nosotros también. Mahu tiene sus mercenarios. Nuestras tropas acampan en la orilla. —Se puso de pie y caminó hasta una ventana—. Esta noche Manetho y su banda serán desarmados. La señora Meritaton debe ser arrestada. ¿Es ella culpable, mi señor Ay?

El Padre de Dios Ay asintió con la cabeza, tragándose un sollozo.

—A la Señora Meritaton se la invitará a tomar veneno —continuó Horemheb.

Nadie se opuso. Se produjo una breve discusión acerca de Meryre y Tutu. Se acordó darles la oportunidad de arrepentirse.

—¿Y la Señora Nefertiti? —pregunté. Yo estaba al borde de las lágrimas. Lo único en lo que podía pensar era en aquel rostro hermoso, en sus ojos azules que centelleaban con picardía, el pelo rojo cayendo sobre sus hombros, su piel suave y sus palabras melodiosas.

—Debe afrontar sus delitos —dijo Huy.

—Debe tomar el veneno —completó Maya.

Sentí tanto frío que comencé a temblar. Ay me miraba con curiosidad, pero Horemheb se acercó, cogió un manto y me lo echó por los hombros.

—¿Estás de acuerdo, Padre de Dios? —pregunté.

—¿Estamos todos de acuerdo? —respondió Ay.

Uno por uno fueron levantando la mano. Se quedaron sentados mirándome.

—Estoy sacrificando a una hija y a una nieta —susurró Ay con voz ronca—. Quienes no están con nosotros, están en nuestra contra. Mahu, ¿cuál es tu respuesta?

Estaba a punto de decir que no, pero mi mirada se posó en la lista que había quedado sobre la mesa con mi nombre estampado en primer lugar y abajo el de Djarka, el de Sobeck y el del príncipe Tutankhatón. Lentamente mi mano se fue elevando. Horemheb fue hacia donde estaban sus cosas y trajo los huesecillos mientras despejaba la mesa con un rápido movimiento de manos.

—Lanzaremos los huesecillos —dijo—. Esto es lo que solíamos hacer cuando estábamos en la Kap.

Cada uno de nosotros lanzó los huesecillos. Mi puntuación fue la más baja. Me miraron con seriedad.

—¡Eres el elegido —dijo Horemheb— para darle el veneno!

Sujeté los huesecillos en la mano con tanta fuerza que se me clavaron en la palma. Ramsés sirvió un poco de vino y pasamos a hablar de otras cosas, del despliegue de las tropas y de lo que ocurriría después.

—Se anunciará —Ay asumió en ese momento la responsabilidad— que Akhenatón, Nefertiti y la princesa Meritaton han entrado en el Oeste Lejano. La visión de Atón se levantó con arena y no podía durar. Regresaremos a Tebas y recuperaremos para nosotros la gloria de Amón. Enviaremos mensajes a todos los rincones del País de las Dos Tierras diciendo que el poder y la fuerza de Egipto han sido restituidos. Haremos que el Pueblo de los Nueve Arcos tiemble bajo nuestros pies.

—¿Y tú serás el faraón, Padre de Dios Ay? —pregunté.

—El príncipe Tutankhatón será proclamado sucesor legítimo de su padre —respondió Ay rápidamente—, prometido de la princesa Ankhespaatón, pero sus nombres proclamarán los cambios que afectarán a todo Egipto. De hoy en adelante ellos serán conocidos como Tutankhamón y Ankhesenamón. Sin embargo —añadió secamente, sin quitarme los ojos de encima—, ambos niños carecen de conocimientos para gobernar. Hasta que el príncipe llegue a la madurez, todo el poder estará en manos de un Consejo de Estado. Todos los aquí presentes seremos miembros esenciales...

En aquella estancia con lámparas de aceite casi agotadas, las sombras bailando contra las paredes y la comida enfriándose mientras las copas de vino se llenaban de nuevo, toda la gloria de Akhenatón, todo el esplendor de Nefertiti, se convirtieron en polvo. Todos hicimos un juramento sagrado con la mano sobre el corazón y la otra estirada para confirmar de qué lado estábamos. Al final, todos se fueron. Me quedé sentado y bebí mientras regresaban a mí todos los recuerdos. Me quedé dormido, escuchando a medias los ruidos de los carros de guerra y de los hombres armados que se movían por la calle. Ramsés me despertó de un puntapié justo antes del amanecer. Me sonrió y me puso en la mano un pequeño pan de semillas de algarroba. Hizo que

lo comiera y que bebiera la cerveza fría que me había traído. Luego me lavé la cara, me puse una túnica y lo seguí por las calles.

Horemheb y Ramsés habían planeado bien las cosas. Tropas regulares, junto con los mercenarios, controlaron en ese momento las calles y avenidas, las entradas a cualquier edificio público, templo y palacio. Se había declarado la ley marcial. Todos los ciudadanos, bajo pena de muerte, quedaron confinados en sus casas. Sólo algún perro en busca de alimento husmeaba el ya rígido cadáver de algún mercenario de Manetho o lamía los charcos de sangre seca. El palacio también había sido abandonado. Los oficiales de Horemheb y Ramsés custodiaban las entradas y patrullaban la zona. Pasé a un patio en donde se habían llevado a cabo las ejecuciones. La cabeza de Manetho ya estaba empalada. Otras yacían desparramadas mientras se amontonaban los cadáveres en los rincones antes de cargarse en carros. Entre ellos había no sólo mercenarios de Manetho sino también cortesanos, escribas, funcionarios y, a juzgar por lo que Ramsés me había dicho, incluso algunas damas que habían tratado de resistir. Del interior del palacio también sacaban a rastras cadáveres de las habitaciones. Al cruzar un jardín vimos que los mercenarios de Ay estaban organizando a los prisioneros, empujándolos y arrastrándolos junto al muro. Aquellos hombres en fila, desnudos con excepción de su taparrabos, eran golpeados y maltratados. Alguien gritaba un nombre, uno de los hombres se arrastraba hacia delante y era obligado a ponerse de rodillas. Aparté la mirada, pero de todas maneras pude escuchar el silbido del hacha o de la maza, el grito de dolor y el ruido sordo de la cabeza o el cadáver que caía.

Nefertiti me estaba esperando en una cámara pequeña. Se hallaba sentada en el centro sobre un montón de almohadones, vestida con una sencilla túnica blanca. En un rincón se acurrucaba una doncella con el rostro hundido entre sus manos, sollozando ruidosamente. En el momento de entrar en la estancia, Maya me entregó una copa con incrustaciones de oro. Me miró con tristeza.

—Sé lo que sientes, Mahu, pero el veneno es rápido. Meritátón se ha ido antes que ella.

Pedí que se llevaran a la joven y me arrodillé ante Nefertiti, sosteniendo la copa en la mano. Oh, todos dirán que ella había envejecido, que su rostro estaba arrugado, que su cuerpo había engordado, que se había afeitado la cabeza para mostrarse como un hombre. Pero yo no puedo recordar nada de eso. Me encontraba sentado frente a la Bella que se había arrodillado junto a mí en un jardín fragante, cuya cara hechizaba mis sueños constantemente, y sigue haciéndolo todavía. Estaba en paz, sus ojos azules tranquilos, ligeramente enrojecidos por el llanto.

—Mahu —pronunció mi nombre en un susurro—. Mahu, sé por qué estás aquí. El adivino me lo dijo, ¿recuerdas? Dijo que moriría a manos de un amigo.

No podía moverme. Apreté la copa y traté de adelantarme, pero todo lo que podía hacer era mirar sus ojos y sentir el terrible dolor en mi corazón. Había un brasero encendido, pero yo podía sentir el frío de la muerte.

—Mahu —sonrió ligeramente—, por lo menos moriré en presencia de un amigo.

—Akhenatón —repliqué—. Mi señora, ¿dónde está Akhenatón?

—Mahu, no lo sé. —La sonrisa se amplió—. Y si lo supiera, no te lo diría ni a ti, ni —apartó la mirada— a las otras hienas.

Antes de que pudiera detenerla, arrebató la copa de mi mano, me dirigió rápidamente un brindis y la vació de un trazo. Vi algunas gotas de color púrpura deslizándose hacia abajo por aquel cuello encantador. Dejó escapar un largo suspiro mientras la copa caía a un lado.

—¡*Senebti*... adiós, Mahu!

Permaneció sentada durante un momento con la cabeza inclinada. Cuando volvió a levantarla, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Empezó a temblar.

—Mahu, por favor, no me dejes morir sola.

La cogí de la mano que me extendía y la atraje hacia mí. Su temblor aumentó, su cuerpo se estremecía tanto que la estreché entre mis brazos y puse su cabeza sobre mi hombro.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué mi nombre...?

Eché la cabeza hacia atrás.

—Yo no hice ninguna lista —dijo con voz ahogada—. Y si la hubiera hecho, tu nombre no habría estado en ella. —Trató de apartarse, pero la retuve conmigo. No podía decir nada. Simplemente esperé a que el temblor cesara.

Respiró profundamente una o dos veces, tosió como para aclararse la garganta y luego cayó hacia atrás. Delicadamente me aparté de ella. Me alegré de que sus ojos estuvieran cerrados. Su rostro blanco parecía más joven en la muerte. Lo puse con gran cuidado sobre los almohadones, me levanté y le di una patada a la copa. Abrí la puerta de la estancia. Ay y los niños de la Kap estaban en semicírculo, mirándome.

—Se ha ido —anuncié. Cerré la puerta con un golpe detrás de mí—. ¡Todo ha terminado!

Espíritu diabólico

*«Te hiciste grande gracias al ejército.
Tú, gobernante de Atón, vivirás para siempre».*

*(Inscripción en La tumba de Mahu
en Tell-el-Amarna, La Ciudad de Atón).*

Nota histórica

Sabemos mucho sobre Mahu gracias a su tumba vacía en Tell-el-Amarna (la Ciudad de Atón), excavada muy profundamente en la roca para evitar el saqueo de posibles ladrones de tumbas. Las pinturas de su tumba se realizaron apresuradamente, pero muestran uno de los grandes logros de Mahu: acabar con un grave complot contra Akhenatón (Nota de G. Davies. *The Rock Tombs of El-Amarna: Tombs of Pentju, Mahu and Other* —Las tumbas de roca en Tell el-Amarna. Tumbas de Pentju, Mahu y otros—, Sociedad de Exploración de Egipto, Londres, 1906). Los arqueólogos también han encontrado su casa y el cuartel de policía en lo que ahora se conoce como Tell-el-Amarna, e incluso han podido apreciar que tenía allí un depósito de armas (véase Davies, arriba). El carácter, la opulencia y la decadencia de Amenhotep III, así como su gran amor por la reina Tiye, están bien documentados y descritos con precisión por la historiadora Joanne Fletcher en su excelente libro *Egypt's Sun King: Amenhotep III* (Amenhotep III, el Rey Sol de Egipto), Duncan Baird, Londres, 2000. El ascenso del grupo de *Akhmin* es analizado pormenorizadamente por varios historiadores como Bob Briers y Nicholas Reeves, y por mí mismo en mi libro *Tutankhamun*, Constable y Robinson, Londres, 2002. El control que tenía la reina Tiye sobre Egipto, particularmente en asuntos internacionales, es evidente en lo que ahora se conoce como las «*Cartas de Amarna*».

El suicidio de (Amón) Hotep, el gran amigo del faraón, la desaparición repentina del príncipe Tutmosis (Mahu afirma que se debió a un veneno y no a una súbita enfermedad) y el igualmente rápido ascenso de su hermano menor Akhenatón son hechos históricos. Los decretos de Akhenatón para fundar su nueva ciudad, en detrimento de Tebas y que indican que algo terrible ocurrió, todavía existen y pueden encontrarse en todos los libros de texto sobre su reinado. Las mismas fuentes describen con precisión la fundación de la nueva ciudad del Gran Hereje así como lo que allí sucedió: el constante endiosamiento de Akhenatón y de Nefertiti y la adoración de Atón. El libro *Nefertiti*, de Evelyn Wells (Robert Hale, Londres, 1965), hace referencia a hechos poco claros, ¡incluyendo el descubrimiento de restos humanos enterrados en los muros de una casa de la misma ciudad!

El derrumbe del reinado de Akhenatón, además de la aparición de un brote de peste, está, sin embargo, rodeado de misterio. El Museo de Berlín alberga la famosa estatua de Nefertiti que refleja su perturbadora belleza, pero también exhibe otra de cuando era mucho más anciana, y su belleza había empezado a desvanecerse. La mayoría de los historiadores aseguran que hubo una importante ruptura entre Akhenatón y Nefertiti, y la causa, como dice Mahu, fue posiblemente el nacimiento de Tutankhatón, el único hijo de Akhenatón con la princesa *mitanni* Khiya. Nicholas Reeves, en su *Akhenatón, el falso profeta de Egipto* (Anaya, Madrid, 2002), cita otras

fuentes y ha elaborado la teoría de que Nefertiti reconquistó el poder, actuó como corregente de su marido e incluso se reinventó a sí misma como el misterioso Smenkhkare, para caer al poco tiempo y perder el poder de manera repentina e inexplicable.

En esta caída no arrastró a Ay, Huy, Maya, Horemheb y Mahu. Sus tumbas muestran largas y prósperas carreras que continuaron mucho después de la desaparición de Nefertiti. Mahu puede tener razón. Él sobrevivió, y los demás también, porque todos ellos fueron la causa de su caída. Estos hombres clave en el gran juego del Imperio se mantuvieron, como muestra la posterior confesión de Mahu, para jugar una y otra vez en el remolino cruel y homicida de la política que caracterizó el final de la gloriosa Dinastía XVIII del Antiguo Egipto.

Paul Doherty



PAUL DOHERTY (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Se licenció en Historia por la Universidad de Liverpool y ganó una beca para el Exeter College de Oxford. Tras sus estudios universitarios se dedicó a la enseñanza secundaria, siendo durante muchos años director de la Trinity Catholic High School de Essex.

Realizó su doctorado sobre el reinado de Eduardo II de Inglaterra y, en 1987, comenzó a publicar una serie de novelas de misterios históricos.

Ha publicado bajo diversos seudónimos como C. L. Grace, Paul Harding, Ann Dukthas y Anna Apostolou, pero actualmente solo escribe con su nombre.

Notas

[1] *kohl*: cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. <<

[2] *hicsos*: grupo humano procedente del Cercano Oriente que se hizo con el control del Bajo Egipto a mediados de siglo XVII a. C. <<

[3] *saluki*: conocido comúnmente como el perro real de Egipto, es quizás la más vieja casta conocida de perro domesticado y el más antiguo de los lebreles, se cree descendiente de los lobos del desierto de Ara. Esta raza ha sido históricamente criada en el Creciente Fértil, donde se originó la agricultura.⁸ Los beduinos los tienen en gran estima y los utilizan para la cacería de gacelas y como animales de compañía. Los salukis tienden a ser animales independientes que requieren ser entrenados pacientemente y son gentiles y afectuosos con sus dueños. <<

[4] *vasos canopos*: recipiente empleado en el Antiguo Egipto donde se depositaban las vísceras de los difuntos, lavadas y embalsamadas, para mantener a salvo la imagen unitaria del cuerpo. Estos vasos se introducían en una caja de madera que, durante el cortejo fúnebre, era transportada en un trineo. <<

[5] *ojos wadjet*: El Ojo de Horus , también conocido como wadjet, es un antiguo símbolo egipcio de protección, poder real y buena salud. El Ojo de Horus es similar al Ojo de Ra, que pertenece a un dios diferente, Ra, pero representa muchos de los mismos conceptos. Los amuletos funerarios se hacían a menudo en forma del *Ojo de Horus*. El *Wedjat* tenía la intención de proteger al faraón en la otra vida y de evitar el mal. Los antiguos marineros egipcios y del Medio Oriente pintaban con frecuencia el símbolo en la proa de su embarcación para garantizar un viaje seguro por mar. <<

[6] *sistra o sistro*: instrumento musical, con forma de aro o de herradura, que contiene platillos metálicos insertados en unas varillas, y se hace sonar agitándolo. Era un instrumento sagrado en el Antiguo Egipto. Quizás originario de la adoración a Bast, se utilizaba en las danzas y ceremonias religiosas, en particular en el culto de la diosa Hathor: la forma de U del sistro recuerda a la cara y cuernos de la vaca diosa. También se agitaba para evitar las inundaciones del Nilo y para asustar a distancia a Seth. <<

[7] *kushitas* originarios del reino de Kush que forma una parte importante de la historia de Nubia en la época de las antiguas civilizaciones de Egipto. Nubia se dividía en dos grandes sectores, Wawat al norte (hasta la segunda catarata del río Nilo), y Kush al sur (entre la segunda catarata y la confluencia del Nilo Azul y del Nilo Blanco). Al norte se encontraba la provincia egipcia Ta Seti. Kush era una región situada a lo largo del valle del Nilo que comprendía el sur del actual Egipto y se extendía por el norte del actual Sudán. Era rica en materias primas, sobre todo en oro, así que los egipcios desde muy pronto ambicionaron explotar estos recursos. Textos egipcios relatan, desde tiempos del faraón Narmer las expediciones hacia Nubia, pero fue en la era del Imperio Medio de Egipto, cuando conquistaron la Baja Nubia (de la primera a la segunda catarata del Nilo). Desde Mentuhotep II se emprendió la campaña y desde Sesostri I la conquista se puede considerar concluida. En decimooctavo año del reinado de este último se condujo una campaña contra Nubia en la que se menciona por primera vez el nombre de Kush. La conquista fue en esta etapa puramente militar: control de recursos y creación de un área «tapón» controlada por numerosas fortificaciones. <<

[8] *mitanni*: antiguo reino ubicado en el norte de la actual Siria, también conocido como Naharina. Se puede considerar que el reino Mitanni existe desde antes del 1500 a. C. Como concepto geográfico, este nombre se utilizó más adelante para designar también a la región comprendida entre el río Jabur y el río Eufrates en la época neosiria. El nombre Mitanni se habría conservado entre los kurdos (la tribu Motikan) que habitan justo los mismos territorios que el antiguo reino. Mitani fue un Estado feudal dirigido por una aristocracia militar que llegó a la zona hacia 1800 a. C. o 1700 a. C. y que adquirió una gran importancia en torno al 1600 a.C., debido a su privilegiada situación a orillas del río Orontes y entre los imperios asirio, egipcio e hitita. Este reino habría sido conquistado por Asiria, quedando anexionado en 1270 a. C. y convertido en el virreinato o provincia de Hanigalbat. <<

[9] nilómetro: es el nombre dado a unas construcciones escalonadas o pozos, diferentes en cuanto a su diseño pero con una misma función: medir el nivel de las aguas del río Nilo. <<

[10] *carcajs*: bolsa o caja en forma de tubo, generalmente ensanchada en su parte superior, que se empleaba para llevar flechas; se llevaba colgada del hombro izquierdo mediante una correa, para poder coger las flechas con la mano derecha.. <<

[11] *mafdet*: Supongo se referirá a *Mafdet* era una diosa egipcia, representada como un felino, cuya labor era la de ofrecer protección contra animales venenosos, tales como la serpiente o el escorpión. Mafdet (escrito a veces maftet) también representaba la justicia, y con mayor fuerza la ejecución. Presente en el panteón egipcio y en la primera dinastía, *Mafdet* se encargaba también de proteger las cámaras del rey u otros lugares sagrados. Cuando no aparecía representada con la figura de un gato, aparecía como una mujer con cabeza de gato. <<